Fernando Hernández Sánchez

GUERRA O REVOLUCIÓN

El Partido Comunista de España en la guerra civil



CRÍTICA


Fernando Hernández Sánchez
GUERRA
O REVOLUCIÓN
El Partido Comunista de España
en la guerra civil
CRÍTICA

Índice

Agradecimientos

ESTE LIBRO ES EL resultado de varios años de investigación, y muchos más de interés, acerca de la historia del movimiento comunista en España y, en particular, de la guerra civil. Evidentemente no hubiera sido posible sin la labor del personal que se dedica a la conservación de los fondos documentales que constituyen el depósito de la memoria de las organizaciones de la izquierda española. Vaya, en este sentido, mi reconocimiento a quienes ostentan la responsabilidad del Archivo Histórico del PCE y de la Fundación Pablo Iglesias. Pero también es de justicia agradecer el trabajo del personal de los archivos institucionales, del Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca, del Archivo Histórico Nacional, del Archivo General de la Administración, del Archivo del Congreso de los Diputados, de la Biblioteca del Pabellón de la República de la Universidad de Barcelona, y de las Hemerotecas Municipal de Madrid y de la UNED. Con su diligencia, profesionalidad y amabilidad facilitan en gran medida el trabajo del investigador, sin que su importante función se vea, a veces, suficientemente destacada.

Los errores de este trabajo, probablemente muchos más de los deseables, no serán en ningún caso imputables a quienes han tenido la amabilidad de leer su borrador y realizar valiosas apreciaciones. Es el caso de Julio Aróstegui, Ricardo Miralles, Juan Andrés Blanco, Alicia Alted, Josep Fontana y Paul Preston. Tengo que expresar mi gratitud a Juan Avilés, que acogió mi línea de investigación con gran interés desde el inicio de mis cursos de doctorado en el Departamento de Historia Contemporánea de la UNED, de cuyos miembros —en particular Abdón Mateos, Susana Sueiro o José María Marín— he tenido ocasión de recoger interesantes sugerencias a distintos aspectos de mi trabajo durante ese periodo.

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Carmen Negrín, que me abrió su casa de París para facilitarme el acceso a los archivos de su abuelo. Igualmente, deseo recordar aquí a los directores del Instituto Cervantes en París y Bruselas, Enrique Camacho y Francisco Ferrero, por sus invitaciones a participar en actos y foros de sus sedes durante el periodo de gestación de este libro.

Julio y Pedro García Bilbao destacaron, como siempre, por sus generosas aportaciones, su amistad y su incansable empeño en el impulso de foros de debate y actividades de conmemoración del legado republicano. La parte gráfica hubiera quedado sin duda deslucida sin la colaboración de José Luis Arcas, que tiene sobradamente demostradas sus dotes como experto en el potencial de la imagen fotográfica de época.

No puedo dejar de señalar el papel decisivo que en la gestación de este libro y en su publicación ha tenido Ángel Viñas, con quien he tenido la fortuna de recorrer un valioso camino durante los últimos años, aquellos en los que ha dado a la imprenta su monumental trilogía sobre la República en guerra. El profesor Viñas me ha honrado con el ofrecimiento de colaboración que se materializó en *El desplome de la República*, publicado en 2009 en esta misma editorial, y lo que es más importante para mí, con su amistad. Vaya también mi reconocimiento para Helen, su mujer, de cuya hospitalidad guardo un magnífico recuerdo.

Asimismo, agradezco sinceramente a Carmen Esteban, Mercè Portabella, Ana Cisneros y todo el equipo de Crítica la confianza que depositaron en este libro desde mucho antes de que fuera solo un proyecto.

Este libro se terminó en el curso 2009-2010, en el que, después de veinte años de dedicación ininterrumpida a la enseñanza, disfruté de una licencia por estudios concedida por la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid. Pero ese solo ha sido el paso final del camino. Quiero hacer constar que durante los muchos más años que he dedicado a reunir materiales, hacer acopio de libros, viajar a las sedes de los archivos e invertir tiempo en la formalización de las ideas básicas que integran este estudio no dispuse de ninguna beca, ayuda a la investigación o subsidio económico de cualquier tipo de institución, ni pública, ni privada. El estímulo para la realización y la llegada a buen puerto de mis trabajos se lo

debo a Almudena Doncel, que ha sido durante todo el tiempo mi colaboradora necesaria, y sin cuya ayuda, reflexión compartida y apoyo incondicional nada de todo esto hubiera sido posible.

Por último, este estudio habla de un tiempo difícil y de las personas que tuvieron que afrontarlo. Nada es blanco o negro en su totalidad, y en todo colectivo humano siempre se repiten parecidas proporciones de héroes, idealistas, oportunistas y miserables. Aunque a lo largo de las siguientes páginas, en ocasiones, haya que referirse necesariamente a los actos de estos últimos, es a los integrantes de las dos primeras categorías a quienes quiero reconocer su contribución a la lucha por la dignidad y por la libertad de todos.

Madrid, julio de 2010

I Parte

1

El estado de la cuestión : la historiografía sobre el PCE en la guerra civil

VALENCIA, 5 DE MARZO de 1937. Desde hace nueve meses España se desangra en una guerra civil iniciada por el semifracasado pronunciamiento de un sector del ejército, con el apoyo de las viejas clases conservadoras y de la Iglesia Católica, contra el gobierno de la República. Ante el asedio de Madrid desde el mes de noviembre, los ministerios y el grueso de la administración republicana se han trasladado a Levante. Y con ella, las direcciones de los principales partidos integrantes de la coalición gobernante, el Frente Popular.

Se celebra en el cine Capitol el primer Pleno Ampliado del Comité Central del Partido Comunista de España (PCE) durante la guerra. Como reconoce la historia canónica del partido,[1] más que de un pleno se trata de un auténtico congreso, por la importancia de los temas tratados y de las resoluciones adoptadas. El sevillano José Díaz Ramos, un antiguo miembro del Sindicato de Artes Blancas de la CNT llegado a la secretaría general del partido en 1932, sube a la tribuna. A sus espaldas, la gran pantalla se encuentra cubierta por un gigantesco mapa de la Península Ibérica, sobre cuya geografía se despliega la consigna: «Luchamos por la independencia de nuestra patria. ¡Por una España próspera y feliz!». A la derecha, las banderas de la República, de Cataluña y de Euskadi. Por encima, junto a la consigna «El Partido Comunista señala el camino de la victoria», colosales efigies de Marx, Engels, Stalin y Lenin flanquean el emblema de la hoz y el martillo orlado de espigas y coronado por la estrella roja de cinco puntas. A

los lados, sendos retratos, en menor tamaño, del propio Díaz y de Dolores Ibárruri, *Pasionaria*, saludan al Ejército Popular y a los combatientes contra el fascismo y por la democracia mundial.

Cuando Díaz procede a tomar la palabra, una estruendosa salva de aplausos lo acoge. En pie, en la platea, puño en alto y jaleando las consignas del momento se encuentran los responsables de los comités provinciales de la España republicana, representando, según las cifras oficiales, a casi un cuarto de millón de afiliados; están los mandos de milicias, muchos de ellos miembros de la joya de la corona del partido, el Quinto Regimiento de Milicias Populares; los comisarios del nuevo ejército en ciernes, como Francisco Antón y Santiago Álvarez, que comparten la mesa presidencial con Joan Comorera, secretario general del partido hermano catalán, el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), que disputa —lo hará pronto en las calles y con las armas— la hegemonía al viejo movimiento anarcosindicalista en aquella región autónoma; allí están, por último, los jóvenes unificados, la otrora joven guardia del viejo líder socialista Francisco Largo Caballero, pasada al campo de influencia comunista desde las jornadas de la resistencia madrileña en noviembre de 1936.

En la tribuna se suceden los saludos de los delegados de los partidos hermanos, los que vitorean la lucha popular española y la enlazan con la exigencia de libertad para Thaelman o Carlos Prestes, los combatientes internacionales venidos de todos los continentes, la ejemplificación de que, como había dicho Stalin, la causa del pueblo español es la de toda la Humanidad avanzada y progresista: obreros, campesinos, intelectuales, artistas... Para sus partidarios, la reunión de Valencia materializa la prodigiosa alza de las fuerzas del Partido —con mayúsculas— que mejor ha sabido conectar con las masas y transmitirles la voluntad de luchar por la victoria en pos de una democracia de nuevo tipo, antioligárquica y popular. Para sus adversarios, es la prueba evidente de los logros de un proselitismo asfixiante combinado con una táctica astuta para camuflar ante grandes sectores de la sociedad su voluntad inequívoca de marchar hacia la

ocupación de todos los resortes del estado e imponer, a la postre, el establecimiento de un régimen totalitario subordinado a los intereses soviéticos.

Hacía apenas un año, tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, el partido reconocía contar con apenas 46.000 miembros. Un mes antes rondaba los 22.500, y más atrás aún, en diciembre de 1935, apenas superaba los 17.300. Todavía más menguadas eran las filas comunistas cuando Díaz sustituyó en el cargo a José Bullejos, en 1932. Bajo el mandato de este, en periodos alternantes de semilegalidad y clandestinidad, el PCE había sido poco más que un grupo testimonial, una cuasi secta aislada en los márgenes del espectro político español, tan parco en militancia que, en los años finales de la Dictadura de Primo de Rivera, su dirección había llegado a enmascararse como la directiva de un equipo de fútbol, el Oriente FC.

¿Qué había ocurrido para que un partido casi testimonial, un grupúsculo afectado durante años por el radicalismo izquierdista, el sectarismo, la pulsión hacia la violencia revolucionaria y la inanidad teórica, arrinconado, por tanto, en una posición ultraperiférica del sistema de fuerzas políticas en España ocupase ahora un espacio de centralidad, abriéndose paso y disputándole la hegemonía a las dos grandes corrientes que habían monopolizado el espacio de la izquierda durante el primer tercio del siglo XX en España? ¿Qué había de ocurrir para que exactamente dos años después de la Conferencia de Valencia, en marzo de 1939, este gigante político se desmoronara dejando entre la polvareda de sus ruinas apenas un puñado de cuadros voluntaristas pero ineficazmente preparados para reconstruir la organización en condiciones de clandestinidad y extrema persecución?

MEMORIAS Y AJUSTES DE CUENTAS

El dramático final de la guerra civil española, cerrado con los enfrentamientos entre las propias fuerzas republicanas que se desencadenaron con el golpe del coronel Segismundo Casado, el 5 de

marzo de 1939, lastró durante decenios las relaciones entre las fuerzas del exilio antifranquista. El papel que unos y otros jugaron durante el conflicto se empleó como argumento arrojadizo en las incesantes controversias entre socialistas, republicanos, libertarios y comunistas.

Las distintas interpretaciones se han tratado profusamente en las memorias de los protagonistas (no exentas con frecuencia de injuriosas descalificaciones) y en la historiografía posterior. Autores de todas las tendencias trataron de llevar cada uno el agua a su molino. Los mitos fundamentales, que han subsistido hasta nuestros días en la literatura pro franquista y conservadora, inciden en el papel central atribuido a los comunistas, desde la gestación hasta los amenes de la guerra civil.[2] Entre estos últimos, las diferencias de criterio, las valoraciones enfrentadas acerca de los aciertos y errores cometidos durante la guerra, y la confusa mezcolanza de respuestas distintas y hasta contradictorias acerca de cuál debería haber sido la reacción correcta de los dirigentes en su tramo final, determinó la aparición de líneas de fractura que se suturarían a golpe de escisiones y purgas en años posteriores.[3]

Todos los que habían jugado un papel protagonista durante los años decisivos de la tragedia española dejaron testimonio de sus memorias, tejidas en la amargura del exilio y con los ingredientes de la autojustificación y el ajuste de cuentas con el adversario, tanto de fuera como de dentro de la propia organización. Al propio tiempo, las lecturas del pasado definieron las posiciones del presente entre una oposición antifranquista de la diáspora sin apenas capacidad de incidencia en el interior de España ni de interlocución con las grandes potencias democráticas, orientadas hacia una *Realpolitik* de convivencia interesada con el franquismo a partir de la década de 1950.

Todas la fuerzas políticas y sindicales republicanas salieron escindidas de la derrota. Antes o después, socialistas, cenetistas y comunistas, al tiempo que se arrojaban mutuamente los trastos a la cabeza por lo pasado, zanjaron también sus disputas internas en el presente y con vistas al futuro.

Entre reproches de haber servido a intereses ajenos y maniobras para hacerse con el control del socialismo en el exilio, Indalecio Prieto liquidó al sector de su partido encabezado por el doctor Negrín, y lo hizo sentando las

bases de una lectura de su trayectoria gubernamental en clave anticomunista que contribuiría en gran medida a la interpretación del papel del presidente del gobierno y de los comunistas vigente hasta nuestros días. Prieto revisitó su pasado en una serie de folletos que contribuyeron a la difusión de la imagen del control comunista de los aparatos de poder de la República durante la guerra civil, ya directamente o por la interposición de compañeros de viaje, pero siempre a beneficio de los intereses de una potencia extranjera.[4] Según Prieto, el PCE había sido el instrumento coactivo de Rusia en el manejo de la política española, junto con

> los comunistas y comunistoides enrolados en otras organizaciones políticas, principalmente en la socialista ... En 1936 el comunismo español era una fuerza insignificante que creció prodigiosamente durante la guerra. La mayor parte de los mandos militares los desempeñaban a última hora comunistas, y en manos de estos quedaron los principales resortes del poder. ¿Cómo pudo ocurrir tal fenómeno? Por un sistema de coacciones graduadas entre el provecho personal para quien se sometía y el asesinato para quien se rebelaba, coacciones que en su comienzo pasaron inadvertidas para el Gobierno —periodo presidencial de Largo Caballero, quien queriendo rectificar su propia obra de aliento al comunismo reaccionó tardíamente—, y que luego —periodo presidencial de Negrín, gran exaltador de los comunistas— fueron no solo encubiertas, sino amparadas y fomentadas desde las cumbres del Estado.[5]

Largo Caballero echó su cuarto a espadas dando pábulo en sus memorias a la idea de que fue perseguido sañudamente por la maledicencia comunista, que no le dejó en paz ni siquiera cuando los lacayos de Moscú alcanzaron su objetivo de sacarle de la presidencia del gobierno, primero, y de toda influencia sindical después, buscando su descrédito incluso en territorio francés y entre sus propios correligionarios.[6] Largo deducía que ello era el tributo a pagar por su insobornable negativa a dejarse manipular por los enviados de Stalin, y por alentar desde su bastión de la Agrupación Socialista Madrileña la resistencia frente a las asfixiantes tentativas de absorción comunista de las Juventudes, de la UGT y del propio Partido Socialista a través de la tendenciosa actuación de los comités de enlace para el Partido Único del Proletariado.

No fue a la zaga de Caballero quien fuera su principal apologista, Luis Araquistáin. El 17 de mayo de 1939 apareció en el diario *El Universal* de México un artículo suyo titulado «El comunismo y la guerra de España» al

que se puede considerar como el texto que fijó el canon del argumentario para buena parte de la literatura anticomunista posterior. Comenzando por atribuir al PCE la paternidad del calificativo de «Lenin español» para el viejo dirigente ugetista, Araquistáin bosquejó todos los trazos de la trama de manipulación que los comunistas habían ejecutado en España: tras encumbrar a Caballero, se deshicieron de él porque resultó «demasiado personal e independiente, un español que quería gobernar a su país conforme al espíritu y a los intereses de su patria y no según los dictados de una política al servicio de un Estado extranjero». Caballero pagó su indocilidad y su independencia frente a las injerencias soviéticas con su caída en desgracia. Era la condición necesaria para la colonización soviética de la República española, que adquirió un definitivo impulso con la llegada al poder de Negrín, juguete de los comunistas. Estos, a su vez, obedecían dócilmente los intereses de Moscú, que ni siquiera apostaba por la victoria republicana. «La guerra de España se ha perdido por culpa de los comunistas. ¿Querían realmente ganarla?»

Araquistáin sembró la duda amparándose en el aparente argumento de autoridad del fugitivo Krivitsky, según el cual a Stalin no le interesaba ni que la República ganase la guerra —porque eso exasperaría a Hitler y provocaría un enfrentamiento a gran escala— ni que la perdiese demasiado deprisa —porque mientras durase el conflicto español cabría la posibilidad de acabar entendiéndose con Alemania—. Esta desquiciada estrategia estaría detrás del boicot a operaciones militares que no contaron con la aprobación de los asesores rusos (como la de Extremadura), de la actuación de la diplomacia soviética respecto al desigual, discontinuo y oneroso suministro de armas y pertrechos a España, de la oportunista retirada de extranjeros o de las campañas de acoso y derribo contra el general Asensio y el propio Caballero. Los comunistas españoles, por lo demás, habrían sido fieles ejecutores de las directrices de persecución contra trotskistas y anarquistas, y eficaces rentabilizadores de la propaganda, de los mecanismos de censura dictatorial contra sus adversarios y de la penetración en los resortes clave del aparato republicano, fundamentalmente en los segundos escalones con poder ejecutivo (subsecretarías, comisariado). En esta tarea habrían contado con el

impagable apoyo de compañeros de viaje y «tapados» que, nominalmente miembros de otros partidos, se habrían plegado o habrían aplicado dócilmente las directivas comunistas. Araquistáin encontró el maniqueo perfecto en la persona de su propio cuñado, Julio Álvarez del Vayo, ministro de Estado y comisario general del Ejército:

> Sorprenderá a algunos que Álvarez del Vayo, socialista, se prestara a esta política, a favor del comunismo. Para todos los que le conocíamos de antiguo, no tiene nada de sorprendente. Desde mucho antes de la guerra su conducta fue la de un perfecto «libelático». (En los primeros tiempos del cristianismo se llamaba libeláticos a los que, siendo ya cristianos, exhibían un libelo o certificado acreditando que adoraban a los ídolos paganos.) Es decir, era un comunista sin dejar de pertenecer oficialmente al partido socialista. Su cuerpo estaba en este partido; su corazón, en el comunismo. Las brujas soviéticas encontraron en él un Macbeth fácil [y] se brindó a ser el Macbeth del proletariado español. Sacrificaría a su propio partido y al pueblo español si era preciso para servir a la Rusia soviética. Sería el rey de la España revolucionaria, el heredero político y sindical de Largo Caballero, el líder supremo de los trabajadores españoles unificados en un solo partido obrero que controlarían los comunistas.[7]

Vayo se erigió en la personificación de la infiltración comunista, a cuyo servicio puso todas sus influencias, tanto para llenar el comisariado de comunistas como para unificar las juventudes socialistas con las del PCE, «ursificándolas» (*sic*). La otra gran figura satanizada por Araquistáin fue la de Negrín, sobre quien lanzó tremendos dicterios.[8]

La proyección de la idea-fuerza del chantaje ejercido sobre la voluntad soberana de la República española por parte de una potencia extranjera a través de la mediación de un partido cipayo se prolongó hasta los años setenta en las memorias de viejos militantes socialistas como Justo Martínez Amutio.[9] En él se encuentra otro elemento argumentativo destacable, la oposición entre el patriotismo de los socialistas —e incluso de los anarquistas— españoles, frente a la carencia de compromiso con su propio pueblo que caracterizaba, en su opinión, a los comunistas obedientes a los dictados de Moscú.[10] Ahora bien, Amutio es también un buen ejemplo de las limitaciones de los testimonios memorialísticos y de la necesidad de someterlos a crítica: para aquilatar su tesis sobre el dogal soviético sobre la

dirección comunista española, citó sin titubear la presencia de Stepanov en España el 30 de julio de 1936, cuando el búlgaro no fue destacado a nuestro país hasta el 8 de enero del año siguiente.[11]

Desde el ámbito anarquista, la concurrencia con el comunismo a lo largo de toda la guerra había sido constante y con episodios de enfrentamientos violentos, cuyo ejemplo emblemático fueron las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona. No es extraño, pues, que sea uno de los sectores ideológicos que más contribuyó a la percepción negativa de los comunistas españoles en aquel periodo. Desde los que ocuparon cargos de responsabilidad ministerial, como García Oliver, hasta los que ostentaron puestos de mando militar, como Cipriano Mera, pasando por los faístas partidarios de la línea dura y la confrontación, como Diego Abad de Santillán o José Peirats,[12] todos concordaron en relatar la traición del partido comunista a la revolución social, espontánea y genuinamente española, que había estallado con el fracaso del golpe militar de julio de 1936 y que sería enterrada por los estalinistas en la primavera-verano de 1937. Esto no hubiera sido posible sin la feroz campaña de proselitismo comunista, sus mendaces tácticas de ocupación del poder mediante la corrupción y el ejercicio del chantaje a costa del suministro de ayuda soviética. A la postre, todo ello causó la desmoralización e hizo mella en el proletariado español, hasta el punto de explicar la pérdida de gancho combativo que condujo a la derrota.

Entre las memorias que contribuyeron a fijar una imagen negativa del PCE durante la guerra civil se encuentran también, sin duda, las de los ex miembros del partido, expulsados o separados de él durante los años transcurridos entre la inmediata salida al exilio y la ruptura de Tito con la Cominform en 1948. Algunos, apartados completamente del comunismo, se adhirieron a campañas de divulgación de los males imperantes más allá del Telón de Acero, la mayoría de las veces sufragadas por el Departamento de Estado norteamericano. Tal fue el caso, en España, de Valentín González, *el Campesino* y de Enrique Castro Delgado.[13] Otros, como Jesús Hernández, no renunciaron a su ideología comunista y buscaron en el modelo yugoslavo la plasmación de unos principios que consideraban fracasados en el sistema soviético. Hernández trabajó como asesor de la embajada

yugoslava en México, mientras daba a publicar sus divergencias en forma autobiográfica con el título *Yo fui un ministro de Stalin*.[14] Las líneas maestras del libro se encontraban ya en las notas que sirvieron al autor para impartir una conferencia titulada «La URSS en la guerra del pueblo español» en la Escuela Superior de Cuadros del Partido Comunista Yugoslavo en 1952.[15] La primera edición vio la luz en México en 1953, y fue traducida al francés ese mismo año con el título de *La grande trahison*.

Herbert R. Southworth, en un famoso artículo de controversia con Burnett Bolloten, contribuyó posteriormente a propalar la especie de que el libro de Hernández había sido convenientemente inspirado, supervisado y corregido por el ex dirigente del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) Julián Gorkin, miembro destacado del Congreso para la Libertad de Cultura, una organización especializada en la difusión de propaganda anticomunista financiada por la CIA. Según Southworth, los contactos entre Gorkin y Hernández se iniciaron a instancias de otro ex comunista, José Bullejos, que hizo de intermediario entre ambos. Fue Hernández, según esta versión, quien solicitó entrevistarse con Gorkin —reputado mediador entre editoriales europeas y autores de obras antisoviéticas—, pero este se negó a «estrechar la mano de Jesús Hernández hasta que no haya denunciado en un libro los crímenes estalinistas en España y, más específicamente, los detalles sobre el encarcelamiento y asesinato de Andreu Nin». De esta forma, Gorkin le habría indicado a Hernández las condiciones bajo las cuales podría publicarse su libro. Seis meses después Gorkin recibió en París el texto de *Yo fui un ministro de Stalin*, cuya traducción —firmada por un tal Pierre Berthelin, seudónimo que, según Southworth, encubría al propio Gorkin— apareció publicada por Fasquelle Éditeurs en 1954.[16] El archivo personal de Gorkin no contiene, sin embargo, prueba alguna de la existencia de correspondencia entre Jesús Hernández y él, al contrario de lo que ocurre con Enrique Castro o Valentín González, *el Campesino*, cuyas obras autobiográficas se encargó de difundir en Europa.[17] Hay dos cartas cruzadas con Castro Delgado. Este escribe a Gorkin el 20 de junio y el 2 de septiembre de 1960, urgiéndole a convencer al director de la editorial Hachette para que acepte publicar su segundo libro, *Hombres made in Moscú*. Castro le confiesa estar acosado por los acreedores y en una

situación económica difícil. Tras haberle dado largas, el 15 de septiembre Gorkin le responde desengañándole de la posibilidad de publicar el libro en Francia, debido a la pérdida de interés del público por la guerra civil española. Del Campesino existen unos documentos, fechados entre 1953 y 1969, consistentes en una petición de ayuda de Valentín González a Gorkin ante su inminente detención y deportación de territorio francés, la solicitud de amparo a la Comisión de Refugiados y Apátridas del Consejo de Estado, un recorte de prensa donde se recoge la precaria vida diaria del Campesino en la localidad de Brehat, y unos apuntes para el guión de un programa de TV sobre la vida de González. La correspondencia con José Bullejos es de fecha muy posterior —1967— a la supuesta mediación con Hernández.

En su opúsculo *España, primer ensayo de democracia popular*[18] y en sus escritos sobre el asesinato de Trotsky, Gorkin únicamente recoge sus conversaciones con Enrique Castro Delgado.[19] Tampoco existe confirmación sobre contactos personales con Hernández en la correspondencia cruzada entre Burnett Bolloten y Gorkin conservada en su archivo personal.[20] *Yo fui un ministro de Stalin* no fue, pues, una obra concebida por Gorkin y endosada a Hernández, como sostenía Southworth, ni parece que la relación entre ambos personajes estuviera guiada por otros fines que no fueran los de la utilización recíproca.

LA CRUZADA ANTICOMUNISTA

El pletórico ascenso experimentado por el PCE durante la guerra civil fue utilizado habitualmente como muestra de la subordinación de la República a una supuesta hegemonía comunista resultante de su eficaz infiltración en los resortes medulares del aparato del estado. La idea fue ampliamente difundida por literatura de combate franquista, tanto por los turiferarios de primera hora (Joaquín Arrarás, Manuel Aznar)[21] como por el comisariado policiaco-propagandístico del periodo de la autarquía (Eduardo Comín Colomer, Mauricio Carlavilla, Maximiano García Venero)[22] o el fiel funcionariado de la autocracia desarrollista (Ricardo de la Cierva, Ángel Ruiz Ayúcar). Como denominador común, todos ellos encontraron

confortable acomodo en los escalafones técnicos y policiales del aparato administrativo de la dictadura, desde donde impulsaron la divulgación de una sesgada visión de la historia como arma en el combate contra la subversión.[23]

Eduardo Comín Colomer se erigió en el experto de referencia sobre el PCE, del que publicó una historia en tres tomos gracias a su puesto de secretario de división de la Brigada Político Social y al acceso privilegiado al material incautado por la Delegación Nacional de Servicios Documentales de la Presidencia del Gobierno. Mauricio Carlavilla —o *Mauricio Karl*, como gustaba firmar sus obras— fue un polizonte con veleidades literarias que se inició en el campo de la literatura anticomunista en 1932. En los años cuarenta y cincuenta acabaría dando rienda suelta a sus delirios en inefables títulos como *Asesinos de España (Marxismo, Anarquismo y Masonería)* y *Biografía política y psico-sexual de Malenkov*. Ángel Ruiz Ayúcar, ex divisionario azul, periodista a sueldo del Ministerio de Información y Turismo de Manuel Fraga y director de *El Español* —publicación oficiosa cuyo objetivo era erigirse en trinchera de la contrainformación del régimen frente a la opinión publicada en el exterior — redactó en ocho meses, según propia confesión, una historia del PCE entre 1939 y 1976, y así le salió: un texto plagado de errores que, pese a todo, le llevó a pasar por ser uno de los principales especialistas en la historia del comunismo español. De Ricardo de la Cierva, prolífico artífice de varias «historias definitivas» e incansable divulgador de las tesis conspirativo-paranoicas, cabe destacar su papel como jefe del Gabinete de Estudios sobre Historia en el Ministerio de Información y Turismo, atalaya desde la que se convirtió en el gran vigía sobre el conocimiento de la guerra civil desde los predios del propio régimen franquista.

La publicación de obras como las de Hernández, Castro y «El Campesino» fue facilitada por el estado a través de editoriales institucionales. El régimen impulsó la difusión de este tipo de textos sin reparar en ninguna convención al uso sobre el respeto a la propiedad intelectual. Con la excepción de *Mi fe se perdió en Moscú*, de Castro Delgado (cuya cesión de derechos fue objeto de negociación entre la editorial francesa que los poseía para Europa, y la española)—,[24] la

impresión de los testimonios de Hernández y de «El Campesino» en la España franquista constituyó un caso de piratería editorial a gran escala llevada a cabo por la propia administración. En el caso de «El Campesino», por ejemplo, el anuncio de su libro *Yo escogí la esclavitud*, publicitado en el *ABC* de 24 de noviembre de 1953, incluía la advertencia de que «de los derechos de autor en España de este libro no se lucrará "El Campesino". Serán entregados a "Huérfanos de Asesinados" y "Ex cautivos". Como la moral y la jurisprudencia dictan, no se beneficiará el verdugo y sí sus víctimas».[25] Publicado con el título *Yo, ministro de Stalin en España*,[26] el texto de Hernández resultó contaminado por los ruidosos comentarios de Carlavilla, que empleó la pintoresca fórmula de un diálogo ficticio con el autor (que, por supuesto, se encontraba imposibilitado de responderle), amparándose en la supuesta familiaridad que le confería haber cruzado disparos con él en 1923, en el transcurso de una huelga general en Bilbao. La mayoría de estos libelos fue publicada por la editorial EPESA, dirigida por Alfredo Sánchez Bella, entonces miembro del Instituto de Cultura Hispánica; años después, en 1969, Franco le designaría ministro de Información y Turismo en sustitución de Manuel Fraga Iribarne.

Los dicterios franquistas contra el enemigo interior no habrían logrado erigirse en categorías aceptables por la historiografía occidental a no ser por el afortunado concurso de los afanes de la Guerra Fría. En la lucha agónica entre sistemas excluyentes que se desarrolló tras la Segunda Guerra Mundial, los portavoces del bloque atlántico no desaprovecharon oportunidad alguna para dar volumen a las disidencias de los antiguos comunistas desengañados del modelo vigente en la Unión Soviética.[27]

Toda una generación de antiguos revolucionarios y funcionarios de la Comintern publicaron por entonces sus reflexiones críticas sobre el sistema estalinista,[28] al tiempo que se revalorizaron los aportes de militantes y escritores adscritos a la izquierda heterodoxa, entre los que sobresalió George Orwell,[29] cuyo testimonio autobiográfico adquirió el valor de un vaticinio sobre la dinámica del totalitarismo comunista en acción en el contexto de la España en guerra.

Desde una óptica poliédrica se iba configurando un marco explicativo en cuyos vértices se situaban las ideas de engaño, expansionismo, contrarrevolución táctica y totalitarismo. El interés del momento, la confrontación bipolar, añadiría las primeras lecturas *hacia delante* del conflicto español. Gitlow bosquejó el inquietante paisaje geoestratégico que habría resultado de una victoria comunista, metonimia que para los nuevos guerreros de la Guerra Fría ya había absorbido por completo la naturaleza de la causa republicana: « Stalin deseaba que los comunistas españoles, que siempre habían sido un factor insignificante de la vida política española, ganaran, con el apoyo del gobierno soviético, el control sobre los destinos de la España leal. Si Franco hubiera sido derrotado una España comunista podría haber proporcionado al mundo comunista una superestructura de control sobre la Península Ibérica, un equilibrio de fuerzas en Europa Occidental, acceso al Mediterráneo y al océano Atlántico, un puente hacia África, y en la frontera, Francia, donde simultáneamente los comunistas franceses participaban en el gobierno del Frente Popular, podría haber sucumbido a la dominación comunista; una España comunista podría impulsar un régimen comunista en su patio trasero, Portugal, un país que no le gustaba al gobierno soviético; proporcionaría a los comunistas acceso a los ricos yacimientos de mineral tan esenciales para la producción de material de guerra, e influencia sobre los países de habla hispana del hemisferio occidental».[30]

Pero fue Burnett Bolloten, en su extensa, prolija y eternamente revisitada descripción de la estrategia comunista para dominar el campo republicano, quien estableció el modelo interpretativo canónico, basado en tres pilares fundamentales: el fulgurante crecimiento del partido, sin precedentes en el caso de ninguna otra fuerza política; su condición de refugio de los sectores sociales temerosos de la revolución desencadenada por los anarquistas y otras fuerzas radicales; y el eficaz despliegue de un programa de camuflaje de sus verdaderos objetivos totalitarios. Un canon que, con su aparentemente aplastante arsenal de referencias hemerográficas y secundarias, se convirtió en una trampa férrea que ha inmovilizado por décadas el análisis sobre la actuación del partido comunista durante la guerra civil.

El PCE, que apenas había tenido peso específico antes de julio de 1936, adquirió una influencia sin precedentes. Las cifras aireadas por el propio Partido Comunista durante el Pleno del Comité Central celebrado en Valencia entre el 5 y el 8 de marzo de 1937 eran elocuentes: se había pasado de 40.000 afiliados a comienzos de julio de 1936 al casi cuarto de millón en solo nueve meses. Ello fue debido, según Bolloten, al indudable éxito de la campaña comunista para granjearse el apoyo de las clases medias urbanas y de los propietarios agrícolas, a los que ofreció refugio frente a los excesos revolucionarios una vez perdidos por estos sectores sus tradicionales referentes políticos, los partidos republicanos burgueses. A mayor abundancia, Bolloten intuía que la influencia del PCE entre las clases medias fue mucho mayor: el partido ejerció un papel de amplio paraguas para este sector social, más allá de lo que reflejan las cifras de militancia. Con ello, los comunistas españoles llevaron a cabo su estrategia de «gran camuflaje» mediante la que lograron enmascarar sus verdaderas intenciones —implantar una versión *avant la lettre* de las «democracias populares» y servir, de paso, a la estrategia estaliniana en Occidente— bajo la capa de la sedicente defensa coyuntural de la legalidad burguesa republicana.[31]

La obra de Bolloten, como ha señalado Aróstegui,[32] está cruzada por una falacia implícita en toda su argumentación global: la intrínseca maldad del comunismo estalinista se percibió en España como una prefiguración de lo que ocurriría tras el Telón de Acero en los años cuarenta y cincuenta. Para la demostración de su tesis, Bolloten recurrió a una ingente cantidad de fuentes secundarias continuamente ampliadas, pero también habitualmente sesgadas. Apenas tuvo en cuenta fuentes primarias, y al autor de este estudio le cabe la duda de que lo que en el apéndice de su libro figura como «entrevistas personales» corresponda verdaderamente a lo que enuncia.[33] Pese a todo, la interpretación de Bolloten ha troquelado como una prensa de acero la mayor parte de las lecturas posteriores sobre el papel del PCE en la guerra civil, en todas las direcciones y bajo las múltiples variantes ideológicas unidas por el denominador común del anticomunismo. Su matriz interpretativa ha sobrevivido inexplicablemente (o quizás

precisamente por la lógica de su versatilidad en la lucha política, tanto desde posiciones neoconservadoras como izquierdistas) al contexto histórico en que se forjó.

Julián Gómez Martín, más conocido como Julián Gorkin, desarrolló ampliamente la tesis del intento comunista de implantación de una protodemocracia popular en España. Apoyándose en los testimonios memoriales de un escogido elenco de ex comunistas o expulsados del partido a los que buscaba editor (Enrique Castro Delgado), traducía a otros idiomas (Jesús Hernández) o, directamente, se inventaba como personajes literarios (Valentín González, *el Campesino*),[34] el antiguo dirigente del POUM y director de los *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*[35] alimentó de forma vehemente la especie de la impregnación comunista de la República en guerra. Habituado al empleo de fuentes dudosas no vaciló en sobrepujar a Walter Krivitsky[36] y llevar la cifra estimada de adherentes al PCE hasta el medio millón.[37]

Sobre el maridaje entre las tesis de Bolloten y las de Gorkin se edificó un monumento interpretativo aplicado a la actuación del PCE en la guerra civil, que desbordó el territorio originario de sus detractores para convertirse en una especie de conversación social, en un punto de vista ampliamente generalizado. Uno de los más eminentes albaceas testamentarios de esta línea, Stanley G. Payne, valoró la supuesta moderación del PCE durante estos años no como un intento, en absoluto, de preservar la democracia o de llevar a cabo una contrarrevolución, sino como una tentativa de evitar que «la extrema izquierda revolucionaria se descontrolara totalmente mientras se realizaba el programa del Frente Popular, preparatorio de otros futuros cambios más decisivos».[38] Obsérvese la fundamentación, tan querida a la corriente neofranquista hoy tan en boga, de la amenaza revolucionaria implícita ya en el propio pacto constitutivo del Frente Popular, contemplado como un artefacto de la estrategia global estalinista.[39] No en balde el PCE habría sido la única fuerza con una estrategia revolucionaria programada antes de la guerra, que pasaba por la eliminación de las fuerzas derechistas y la consecución del monopolio político republicano para la izquierda, como paso previo al establecimiento

de un régimen solo aparentemente democrático, de pluralismo limitado, antecedente de un definitivo «gobierno obrero y campesino». El estallido de la guerra y los condicionamientos exteriores, poco proclives a una radicalización de la República, dictaron el giro hacia el «camuflaje» de los objetivos revolucionarios bajo la capa de la defensa de la legalidad republicana.

Pere Pagés (más conocido como Víctor Alba), ex dirigente del POUM y prolífico ensayista, abundó en este surco, amalgamando en una misma obra las diatribas antiestalinistas de sus antiguos camaradas Joaquín Maurín y Julián Gorkin con los análisis de eminentes figuras de la denominada «literatura del desengaño», como Borkenau o Koestler.[40] En épocas revolucionarias —sostenía Alba invocando a Maurín— hay siempre una masa políticamente atrasada y fluctuante que busca encuadrarse organizativamente en busca de protección, «y lo hace atolondradamente, orientándose las más de las veces hacia el grupo u organización aparentemente más radical y de mayor fluidez. Esta masa fluctuante e incierta, en los primeros meses de la República, fue la base del Partido Radical Socialista. El PC en 1936 era, de hecho, un partido radical-socialista: populachero, demagógico y comunista solo de nombre. La misma masa políticamente inmadura que en 1931 fue radical-socialista, en 1936 se hizo comunista».

En uno de esos raros logros literarios que logran aunar la simplificación sectaria con la más complaciente autoindulgencia, Alba invocaba al veterano líder del Bloque Obrero y Campesino para señalar:

> Veamos qué es lo que correspondía al Partido Comunista a mediados de julio de 1936: 1) Misión: convertir a España en una dependencia rusa; 2) Historia: lamentable, negativa; 3) éxito: ninguno, exceptuando el Frente Popular, puramente electoral; 4) Fuerza sindical: nula ... 5) Proyección intelectual: nula; 6) Fuerza obrera proporcional: 2,5 %; Representación parlamentaria: 16 diputados en una cámara de 452. O sea 3,5 % ... Líderes: Humbert-Droz (suizo), Codovila (argentino), Rabaté (francés), Stepanov (búlgaro)... Después, nada. Y un poco más allá, José Díaz, Dolores Ibárruri y otros. El Partido Comunista, a mediados de julio de 1936, era un supuesto político que no merecía ser tomado en consideración.[41]

En consecuencia, solo la influencia de agentes exógenos (Stalin, la Unión Soviética y sus esbirros en España), unidos a una engañosa propaganda, una agresiva captación de miembros y una feroz persecución de sus adversarios podría explicar el espectacular crecimiento organizativo del comunismo español entre 1936 y 1939. Todo ello actuando sobre una masa social ignorante, medrosa o interesada, según los casos, pero de cualquier modo opuesta a la realización de la auténtica revolución que pretendían anarquistas y poumistas.

Este modelo interpretativo se convirtió en verdadera música celestial para los oídos de los guerreros de la Guerra Fría, dispuestos a rendir un sentido homenaje al romanticismo revolucionario —inocuo a posteriori— a cambio de demoler la legítima causa de una República española asesinada por la letal conjunción de una conspiración reaccionaria interior, la agresión abierta de las potencias fascistas y la pasividad cómplice de las democracias occidentales. Considerar que la República española había constituido un ensayo anticipado de las dictaduras comunistas implantadas al este del Telón de Acero tenía sin duda efectos emolientes para las conciencias laceradas de los intelectuales del Mundo Libre que recomponía sus relaciones con Franco.

En los años sesenta, al calor de la editorial Ruedo Ibérico, afloraron los trabajos de un grupo de hispanistas[42] que estudiaron la guerra civil con una pretensión desencorsetadora frente a los perennes, aunque ya por entonces oxidados, prejuicios franquistas. Pero, a pesar del inmenso mérito que supuso la elaboración de unos valiosos textos de síntesis, dotados de una finalidad eminentemente divulgativa para un público ávido de otras versiones que no fueran la de la Cruzada, pocos de ellos (con la excepciones de H. R. Southworth y Gabriel Jackson) se sustrajeron a la matriz troquelada por la escuela bolloteniana respecto a la interpretación del papel jugado por los comunistas españoles.

En su durante mucho tiempo clásica obra sobre el periodo, Hugh Thomas[43] retornó a la estela de la evaluación de la influencia comunista tomando como base las cifras de militancia facilitadas en el Pleno de Valencia, aunque retrotrayéndolas erróneamente a finales de 1936. Como ejemplo de su irradiación entre las clases medias, Thomas citaba el informe

de José Díaz en el que se afirmaba que no menos de 76.000 militantes (el 30,7 %) del partido eran campesinos con tierras propias, superando ampliamente a los obreros agrícolas; y que 15.845 (el 6,2 %) se encuadraban entre la mesocracia urbana:

> Los comunistas habían ayudado considerablemente a la clase media en Cataluña formando la GEPCI (federación de pequeños propietarios [*sic*])[44] que llegó a reunir 18.000 miembros, y que fue criticada por la CNT por dar acogida a antiguos capitalistas. Análoga irritación causó (entre los socialistas izquierdistas de la Federación de Trabajadores del Campo [*sic*] el apoyo comunista a los pequeños agricultores de Valencia, muchos de los cuales habían apoyado antiguamente el movimiento autonomista valenciano [según Bolloten, incluso a la CEDA].[45]

Gerald Brenan[46] también intentó penetrar en las claves explicativas del orto comunista en la España de la guerra civil. Su valoración de partida acerca del peso real del PCE en vísperas del conflicto era la que más distaba de la realidad («en marzo de 1936 los miembros del partido no eran probablemente más de 3.000 [*sic*]»).[47] A continuación, recorrió nuevamente los derroteros del camuflaje de sus intenciones («detrás de la fachada de los *slogans* revolucionarios eran moderados») y de la base no proletaria: habiendo llegado tarde, como partido relativamente nuevo, para atraerse a los elementos más conscientes y revolucionarios de la clase trabajadora española, el PC tuvo que diversificar su mensaje, dirigiéndolo a las clases medias, los trabajadores de cuello blanco, los intelectuales y, sobre todo, la juventud, ayudándose para conseguir sus fines de un inmejorable dominio de las técnicas modernas de propaganda («sus tácticas eran las mismas que las empleadas por los jesuitas en el siglo XVII y llevadas a las mayores proporciones por Hitler») y de una asombrosa capacidad para infiltrarse en las organizaciones concurrentes, vaciarlas de su esencia original y someterlas a su órbita. Esta maquinaria férreamente disciplinada, fanática (pues participaban del «fervor de los misioneros»)[48] y perfectamente entrenada como fuerza indígena al servicio de intereses foráneos no dudaría en sacrificar cualquier ventaja militar que no pudiera ser atribuida a sus consejeros o mandos propios, es decir, que no redundara en beneficio de su propia autopropaganda y de sus objetivos particulares y hegemónicos.

Prácticamente toda la producción editorial a la que me estoy refiriendo se vio prohibida de inmediato en España. La imposibilidad de consultar libremente los archivos españoles y la dificultad para acceder a los de las organizaciones del exilio explica, por ejemplo, que Gabriel Jackson[49] incurriera en errores de apreciación, siendo quizás el más destacable el de otorgar credibilidad a las disparatadas cifras de Pierre Broué (como se verá después) sobre la magnitud de la militancia comunista. Igualmente, Jackson repitió las generalizaciones acerca de la línea política del partido y de la composición de sus filas:

> En nombre de los principios marxistas, defendían los derechos de la pequeña clase media, que estaban amenazados por el «izquierdismo infantil», compuesto principalmente por anarquistas y socialistas de izquierda. En su mayoría sus nuevos afiliados no eran de origen proletario, así que su expansión no hizo mella en la lealtad de los obreros hacia la UGT y la CNT. Se convirtieron en un partido de funcionarios, oficiales del ejército, jóvenes intelectuales y pequeños burgueses.[50]

La reiteración de interpretaciones transmitidas de autor a autor, en ocasiones con idénticos datos y ejemplos, no fue un fenómeno exclusivo de la historiografía de talante liberal o conservador. En su estudio sobre los comunistas en España, el politólogo Guy Hermet[51] se basó fundamentalmente para el periodo 1936-1939 en las cifras proporcionadas por el propio PCE en algunas de sus obras canónicas, como *Guerra y Revolución en España*. El punto álgido de la pleamar comunista se situó, de nuevo, en torno a marzo de 1937, cuando el partido sumó 249.140 afiliados. Las cifras aportadas por Hermet fueron recogidas posteriormente por Broué y Témine, Antonio Padilla o Joan Estruch.[52]

Hermet, además, ejemplificó el modelo de la generalización a partir de la descripción de un par de casos, esquema que acabó transfiriéndose *ad nauseam* a multitud de estudios posteriores. Para ejemplificar el carácter de partido-refugio adquirido por el PCE, recurrió al caso del padre de los hermanos Goytisolo, «hombre más bien de derechas pero [que] entró en el PSUC para defenderse de los anarquistas que querían apoderarse de la fábrica en la que trabajaba como ingeniero».[53] O el del alcalde de El Toboso, interrogado por Mijail Koltsov, que se presenta a sí mismo como

«republicano, de convicciones comunistas pero igualmente seducido por las ideas anarquistas y, al mismo tiempo, entusiasta del Partido Socialista».[54] Broué y Témine apelaron a recursos semejantes tomando como sujetos al hijo del católico Alcalá Zamora, el teniente José Alcalá Castillo, o a Constancia de la Mora, nieta del político conservador Antonio Maura,[55] quienes a su juicio llevaron consigo a su nueva organización un antiguo odio de clase genéticamente heredado.

En los años inmediatamente posteriores a la caída de la Unión Soviética, y con la apertura —no siempre total— de los archivos de la Comintern, vieron la luz obras que, retomando el clásico lugar común de la influencia soviética en la guerra de España por intermediación del PCE, aportaron nuevos datos. Entre ellas hay que citar los trabajos de Radosh, Habeck y Sevostianov[56] —prejuiciada interpretación de informes consultados en los archivos ex soviéticos—, y el muy discutible estudio de Stanley G. Payne,[57] quien, estableciendo como *deus ex machina* de su argumentación el papel de simple correa de transmisión de las órdenes soviéticas por los partidos comunistas —obviando las consideraciones locales que en no pocas ocasiones obligaban a variarlas—, arranca con una clamorosa equivocación acerca de la secuencia de las líneas estratégicas emanadas de los congresos de la Internacional Comunista, llegando a invertirlas por completo.[58]

Entre los documentos consultados por Radosh y citados por Payne se encuentra el informe que el secretario de organización, Pedro Checa, elevó a la Comintern a mediados de 1937, cuando la organización estimaba en 328.978 el número de sus miembros. Si el análisis se detuviera aquí, se remacharía un clavo más en el retablo de la aplastante hegemonía comunista en la República. Estruch lo resume así: «En total, unos 300.000 militantes, más que el PSOE y más que todos los partidos republicanos juntos. Los dos millones de afiliados de la UGT y los tres millones de la CNT no pueden comparárseles, ya que se trataba de sindicatos con criterios de afiliación muy distintos».[59] Los archivos, como se verá, no se detienen en 1937, ni las valoraciones de los propios responsables se limitaron a los aspectos meramente cuantitativos.

Ello no es impedimento para que, sin empacho alguno ni prurito de verificación documental, algunos autores hayan alcanzado los extremos más delirantes. Sobresalen en este aspecto Pierre Broué y Émile Témine, quienes en su obra de referencia para nostálgicos de la revolución perdida partieron de los mismos presupuestos que Bolloten y Alba: el PCE había sido un partido diminuto, con escaso músculo militante y electoral y aún menor materia gris teórica hasta septiembre de 1936. Fue con la formación del gobierno de Largo Caballero y, por supuesto, con la llegada de la ayuda militar soviética y de sus inevitables agentes militares y policiacos cuando se inició la estratosférica carrera comunista hacia la hegemonía. Ambos autores no tienen empacho en afirmar que «de ser cerca de 30.000 a comienzos de la guerra civil, [los comunistas] pasaron a tener varios cientos de miles de militantes, para llegar al millón [!] en junio de 1937», sin citar fuente alguna.[60]

Broué y Témine insistieron, por lo demás, en las tesis bollotenianas sobre el aburguesamiento táctico del PCE (que a ellos les parecía estratégico, en consonancia con la traición estalinista a la Revolución con mayúsculas como objetivo inexcusable del proletariado), basándose para ello en el testimonio del ex compañero de viaje Franz Borkenau. Con su oposición a la obra revolucionaria, a los movimientos espontáneos de obreros y campesinos, a la descentralización de los comités y a la acción de las masas, el PCE se habría convertido en el partido de los defensores del orden burgués, de la propiedad y de los intereses de la meritocracia administrativa y militar del Estado republicano reconstituido, entre quienes reclutaría sus partidarios más entusiastas e inescrupulosos. Borkenau resumía a la perfección la actuación comunista en España para lectores familiarizados con la vulgata comparativa del modelo revolucionario soviético:

> El elemento básico de esta situación es que los comunistas [españoles], a diferencia de la pasada situación rusa, no están aquí con los trabajadores y despiadadamente en contra de los *kulak* [propietarios agrícolas], sino con los *kulak* y en contra de los sindicatos.[61]

¿Qué otra cosa cabría esperar de un partido que había perdido todo referente como organización proletaria? Broué y Témine —seguidos de nuevo a pies juntillas por otros autores (Estruch)— sentaron cátedra sobre el aburguesamiento del PCE citando el caso de su organización madrileña: de sus 63.246 militantes en enero de 1938, aseguraban, solo 10.160 estaban sindicados.[62] Otro caso de transferencia continua de error: este dato lo introdujo en 1955 David T. Cattel, y desde él nadie se ha molestado en comprobar si era cierto.[63] Esto pone de relieve hasta qué punto es necesario recurrir a los archivos —hoy plenamente accesibles— en lugar de repetir continuamente las referencias de fuentes secundarias. En el Archivo Histórico del PCE se encuentra el informe sobre la situación del partido en Madrid a comienzos de 1938, donde se desglosan los perfiles estadísticos de la militancia. En lo tocante a la sindicación, los datos son aplastantes: 45.280 afiliados comunistas (el 71,4 por 100) lo eran, al mismo tiempo, a alguna central sindical (42.399 a UGT y 2.891 a CNT). Solo 18.147 (el 28,6 por 100) no estaban sindicados.[64] Lo curioso es que en su enésima debelación de la villanía estaliniana en la revolución española, Broué aludiera a sus ímprobas pesquisas en diversos archivos, entre los que cita el del PCE,[65] donde le habría costado muy poco contrastar sus afirmaciones.

Más cautos, o menos documentados aún, se mostraron Stéphane Courtois y Jean-Louis Panné en el capítulo reservado a España dentro del en su época exitoso *Libro Negro del Comunismo*.[66] Ambos autores exponen en un momento determinado —vísperas de la guerra civil— un complicado algoritmo donde se mezclan peso real, hiperrepresentación parlamentaria, liderazgo e influencia atribuida a los comunistas españoles: «Los 16 [diputados] del PCE constituían una representación bastante superior a sus fuerzas reales: 40.000 miembros reivindicados, pero probablemente poco más de unos 10.000 dirigían las organizaciones satélites apoyadas por más de 100.000 afiliados».[67] Cumpliendo con el principio de que donde no llegan las fuentes alcanzan las imputaciones, los firmantes de este polémico *best seller* no dudaron en recurrir a las tesis más rancias y los lugares comunes más transitados por la historiografía anticomunista: la capacidad de infiltración favorecida por la asequibilidad de ciertos «compañeros de

viaje» (Álvarez del Vayo, Juan Negrín), y el desempeño de un auténtico virreinato por parte de los representantes más destacados de Stalin en España (el embajador Rosenberg y, en general, los *missi dominici* militares y policiacos soviéticos).

De la persistencia de tradiciones heredadas y de la resistencia a cuestionar mínimamente los datos recibidos habla una de las más recientes y exitosas producciones editoriales sobre la guerra civil española. Antony Beevor reproduce, tal cual, todos los tópicos acuñados por la historiografía antes citada, sin que al parecer le importe redondear al alza en casi 50.000 militantes las cifras de marzo de 1937 ni el aroma a naftalina de los viejos asertos acerca de la procedencia mesocrática, medrosa, antirrevolucionaria y ambiciosa de la mayor parte de los nuevos adherentes al comunismo en tiempos de guerra. Beevor, como divulgador brillante que es, cincela cuidadosamente la doble faz de la perversa estrategia comunista en España, cuya talla había iniciado Bolloten:

> Los mayores campeones del derecho a la propiedad no eran los republicanos liberales, como hubiera sido lógico suponer, sino el Partido Comunista y su rama catalana, el PSUC. Ambos seguirían la estrategia de la Comintern de camuflar la revolución. Dolores Ibárruri y otros miembros de su comité central negaban enfáticamente que en España se estuviera produciendo una revolución y defendían vigorosamente a empresarios y pequeños propietarios rurales (en un tiempo en que los *kulaks* morían en los campos del Gulag).[68]

Si nos detenemos un momento para intentar pergeñar un bosquejo de la imagen del Partido Comunista de España durante la guerra civil con los estereotipos heredados de la literatura memorialística y de la historiografía de matriz bolloteniana, tendríamos ante nuestros ojos la figura de un ciego ejecutor de las órdenes de Moscú, que pretendió implantar una democracia popular mediante la imposición de una hegemonía que solo podía conseguir a costa de la laminación de sus competidores a derecha e izquierda: los socialistas y los anarquistas. Un partido-refugio de emboscados, arribistas y sectores conservadores asustados por la revolución y, en consecuencia, una organización contrarrevolucionaria. Por su obstinación en el mantenimiento de una resistencia desesperada que solo convenía a los intereses soviéticos, se erigió en el partido de la guerra. Fue el responsable de la persecución

política y policial de izquierdistas antiestalinistas, y trajo a España la lógica de las purgas que asolaron la URSS por esos mismos años. Era una perfecta maquinaria organizativa y, gracias a ello, dominó el Ejército Popular y los aparatos esenciales del estado republicano (policía, Servicio de Inteligencia Militar). Logró, por último, imprimir su sello al gobierno republicano, desalojando de él a quienes le resultaban incómodos (Largo Caballero, Prieto), aupando a personajes acomodaticios o fácilmente manipulables (Negrín) y manejando los hilos de la tramoya que habría convertido a una República española hipotéticamente triunfante en un anticipo de las posteriores democracias populares del Telón de Acero.

LA AUTOEXPLICACIÓN COMUNISTA

Como es lógico, la versión militantemente anticomunista sobre el papel del PCE durante la guerra civil tuvo su contrapartida en la historia que el propio PCE escribió en las décadas siguientes. No es este el momento de entrar en detalles que se abordarán al final de este estudio. Sí se puede adelantar que las interpretaciones que el partido dio acerca de su papel durante la guerra civil recorrieron un camino paralelo al de las coyunturas políticas por las que atravesó la organización desde 1939 en adelante.[69] En todos los casos, la finalidad esencial consistió en presentarlo como heredero de la lucha republicana y el crisol de la resistencia antifascista. En la década de los sesenta la versión comunista de su pasado se condensó en forma de canon oficial sobre el periodo 1936-1939 bajo el título de *Guerra y Revolución en España*. Su redacción vino precedida de la publicación, en 1960, de la historia oficial del Partido Comunista español, en aplicación de un mandato del VI Congreso celebrado en Praga en diciembre de 1959.

La obra fue redactada por una comisión del Comité Central integrada por Dolores Ibárruri, Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y José Sandoval. En aquel momento ya se advirtió de que se

trataba de una primera aproximación, que debería ser completada y perfeccionada con nuevas investigaciones y con la ayuda de las observaciones y sugerencias procedentes de los lectores.

Guerra y Revolución supuso la consagración definitiva del canon comunista, asentado sobre los siguientes pilares fundamentales: la guerra de España fue una guerra revolucionaria, fruto de una reacción popular contra el asalto al poder por parte de los residuos feudales de la aristocracia terrateniente, el capitalismo monopolista y el ejército de casta. Fue, también, una guerra nacional, por la independencia, frente a la invasión de las potencias del Eje que habían convertido a España en objeto de rapiña por sus recursos y por sus posibilidades para convertirse en plataforma para nuevas agresiones. La guerra de España movilizó la solidaridad internacional de los trabajadores y de los antifascistas de todo el mundo, pareja al bloqueo criminal que las potencias capitalistas impusieron al gobierno legítimo bajo el pretexto de impedir una generalización del conflicto. Los ejemplos más eminentes de esa solidaridad fueron la ayuda militar prestada por la Unión Soviética y la llegada de miles de combatientes voluntarios antifascistas encuadrados en las Brigadas Internacionales. Por su parte el PCE había luchado en el seno de un bloque plural de fuerzas populares en pos de la consolidación de una República de nuevo tipo, no socialista pero sí consecuentemente antioligárquica y antimonopolista. Para conseguir estos objetivos, el PCE fue el forjador de las herramientas más eficaces para la defensa de la República: el Quinto Regimiento, el Ejército Popular y el Comisariado; defendió consecuentemente la unidad, el orden y la disciplina frente a los experimentos desarrollados por otras fuerzas en la retaguardia, y criticó duramente las actitudes derrotistas y capituladoras. En definitiva, el PCE fue la más perfecta emanación del pueblo republicano y el albacea de la epopeya de su resistencia contra el fascismo.

Hoy en día, la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM), dependiente del PCE, ha abandonado las pretensiones apologéticas en pos del fomento de una investigación rigurosa sobre la historia comunista en

España, cuyos logros se han materializado durante los últimos años en dos congresos sobre la historia del partido (2004 y 2007), y en diversas jornadas sobre estrategias unitarias (2005) o el PCE durante la guerra civil (2006).[70]

El estado de la cuestión en la historiografía actual

Desde que, tras la implosión de la Unión Soviética y la desaparición de los regímenes del llamado «socialismo real», el comunismo dejara de ser un asunto candente en la agenda política cotidiana, los estudios sobre su historia deberían haber perdido mordiente ideológico y ganar en contenido académico. Pero, como afirma Erice, el supuesto fin del comunismo no ha significado paralelamente el del anticomunismo y sus derivaciones historiográficas.[71]

En los últimos tiempos, los trabajos que más rigurosamente se han acercado al fenómeno que nos ocupa han sido los de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, Daniel Kowalsky, Yuri Rybalkin o Frank Schauff.[72] Todos ellos tienen en común la utilización de los archivos de la Comintern, sobre cuyas relaciones con el PCE versan la mayor parte de sus contenidos. Son historias superestructurales de la Internacional Comunista y de los lazos de dependencia que la unían a su sección española, el PCE. Como reconoce Elorza, dejan fuera «la otra cara de la moneda ... consistente en las luchas de tantos comunistas por la emancipación humana y muchas veces sin que en Moscú se supiera, por la libertad y la democracia en sus respectivos países».[73] Es decir, como señala acertadamente Erice, la dimensión nacional del PCE queda fuera de foco, lo que impide la explicación de sus avances o retrocesos y la comprensión de la dialéctica entre partido y sociedad.[74]

Los trabajos citados hacen pensar en los frutos que podría haber alcanzado la investigación de E. H. Carr, quien dedicó décadas de su vida al estudio de la revolución soviética y al desarrollo de la URSS, de haber gozado de la posibilidad de acceso a los archivos de Moscú. De forma póstuma, en 1984, vio la luz su seria y académica interpretación de las relaciones entre el órgano internacional de dirección del comunismo y los

acontecimientos de España, si bien en base a las fuentes documentales —básicamente hemerográficas y publicadas en ruso— que entonces eran accesibles.[75]

De la potencialidad de la información contenida en esos archivos para el estudio de la guerra civil española, y del papel jugado por sus distintos protagonistas —con el PCE en un señero primer plano— da cuenta la trilogía elaborada por Ángel Viñas entre 2006 y 2008. El uso minucioso de las fuentes y su compromiso de «pegarse a ellas» ha llevado a Viñas a dejar esclarecidos algunos de los episodios más relevantes en la historia del PCE durante la guerra civil, desde los más oscuros —la represión de retaguardia o la persecución del trotskismo— a los que le convirtieron en protagonista esencial del esfuerzo de guerra republicano como apoyo de la estrategia del gobierno de Negrín.[76]

¿POR QUÉ ES NECESARIA UNA HISTORIA DEL PCE EN LA GUERRA CIVIL?

La historia del Partido Comunista durante el conflicto español sigue marcada por el predominio del memorialismo y de los estudios polemistas basados en fuentes secundarias. Resulta cuando menos sorprendente que el sujeto colectivo sobre cuyas intenciones, entidad organizativa, capacidad de influencia y potencial para determinar la política gubernamental se han vertido tantos ríos de tinta desde la propia guerra hasta el momento actual carezca de un estudio historiográfico específico y con la necesaria base empírica. Es necesario abordar el estudio del Partido Comunista durante la guerra civil partiendo de la abundante documentación primaria hoy al alcance del historiador, y es preciso hacerlo desde una perspectiva holística, que integre los aspectos superestructurales —estrategias y adecuaciones tácticas de la línea política— con los elementos (composición social, motivaciones de sus adherentes, prácticas militantes, el *cursus honorum* de sus cuadros y dirigentes) que dotan de realidad social a la estructura organizativa partidaria.

Es necesario, por ejemplo, proceder a una revisión de los aspectos cuantitativos y cualitativos de la militancia comunista en el periodo de la guerra civil. Parafraseando a E. P. Thompson en uno de sus estudios sobre las causas y la tipología de los participantes en los motines preindustriales, hay que huir de reduccionismos que eliminan las complejidades de motivación, conducta y función, ofreciendo una «imagen abreviada» del militante comunista:[77]

> Conocemos muy bien todo lo relacionado con el delicado tejido de las normas sociales y las reciprocidades que regulan la vida de los isleños de Tobriand, y las energías psíquicas involucradas en el contenido de los cultos de Melanesia; pero, en algún momento, esta criatura social infinitamente compleja, el hombre melanesio, se convierte (en nuestras historias) en el minero inglés del siglo XVIII que golpea sus manos espasmódicamente sobre su estómago y responde a estímulos económicos elementales.[78]

En nuestro caso, bastaría sustituir el minero inglés por el militante comunista español de los años treinta, a un tiempo ignorante, fanático, interesado, taimado y servidor de intereses foráneos, al que solo falta el cuchillo entre los dientes para encarnar el personaje estereotipado de cierto tipo de propaganda muy difundida tanto entonces como en los años de la Guerra Fría. Como afirma una de las principales expertas en el estudio de este medio político, Annie Kriegel, «la masa de militantes comunistas, el pueblo comunista, no es un magma de individuos intercambiables, sino una población específica con su pirámide de edades, sus relaciones de sexo, sus grupos socio-profesionales y sus conflictos de culturas, de prácticas y de conductas».[79]

Si queremos conocer cuál fue la historia de lo que se convirtió en una de las fuerzas medulares de la República en guerra tenemos que hacernos las siguientes preguntas: ¿Cuánto hay de cierto en la imagen común de la maquinaria disciplinada y obediente a las directrices foráneas, sin asomo de especificidad en la praxis de la política aplicada a unas condiciones locales extraordinariamente dinámicas? ¿Cuál fue realmente su fuerza organizativa? ¿Quiénes eran sus integrantes, dirigentes y militantes de base? ¿Qué grado de implicación tuvieron? ¿Cuáles fueron la fortaleza sectorial y

la implantación territorial de la organización? ¿Qué impulsó a aquellos hombres y mujeres a militar activamente y cuál fue su perfil? ¿Qué nivel real de influencia y penetración tuvieron en la sociedad republicana?

Es indispensable liberarse de los marcos conceptuales heredados, tanto los de índole hagiográfica, gestados por la propia propaganda comunista para legitimar su estrategia política, como los de carácter debelador en toda una amplia gama que va desde la historiografía franquista o pro franquista —en sus clásicas y siempre redivivas interpretaciones— al anticomunismo en sus distintas facetas (liberal, conservador, socialista, trotskista y anarquista).

No debería haber pretexto hoy para librar batallas propias del presente recurriendo a pretéritos esquemas simplificados ni para seguir apoyándose en fosilizadas lecturas basadas en la imputación de intenciones perversas o en vindicaciones heroicas. Cuando los archivos son públicos y el comunismo ya no constituye un elemento esencial de la agenda política, resulta incomprensible continuar operando con caracterizaciones obsoletas.[80]

Estas cuestiones son las que pretende abordar este trabajo. Se partirá de una aproximación a los orígenes del partido, a los no muy remotos tiempos del radicalismo izquierdista, para proseguir con su evolución durante el periodo republicano y desembocar en el contexto de los primeros compases de la guerra. Ello permitirá valorar la trascendencia de la enorme transformación que se operó en el PCE en un lapso tan corto de tiempo. Este curso cronológico se interrumpirá momentáneamente en 1937, para profundizar en el interior de la organización durante el que fue su momento álgido, discutir su tamaño, valorar su implantación, escrutar los rostros de sus militantes. Por último, se retomará el hilo del devenir de los acontecimientos hasta el desplome de la resistencia republicana y la derrota, con su inevitable corolario de reproches, enseñanzas y balances.

II Parte

2

Una fuerza marginal: los primeros años del PCE (1920-1932)

La revolución de octubre de 1917 y la toma del poder por los bolcheviques en Rusia se convirtió en el tema central de debate y en la línea de definición de las posiciones del movimiento socialista en toda Europa a comienzos de los años veinte. A la Internacional Obrera Socialista (IOS) —o Segunda Internacional—, desacreditada por no haber sabido detener la guerra que había conducido a la masacre a la clase trabajadora europea entre 1914 y 1918, se oponía la nueva Internacional Comunista (IC) —la Comintern o Tercera Internacional—, que agrupaba en su seno a los simpatizantes de la revolución soviética. Como otros partidos socialistas europeos, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) se planteó en su congreso de 1919 la decisión sobre la adhesión a la Comintern, aprobando una resolución transaccional en la que, abogando por la existencia de una sola Internacional y el mantenimiento del PSOE dentro de la socialista, se acordó enviar una delegación al siguiente congreso de Ginebra con el mandato de solicitar que se adoptaran medidas para llegar a la fusión de ambas Internacionales. A propuesta del veterano líder Isidoro Acevedo se añadió una enmienda proponiendo que si no se alcanzaba la unificación, el PSOE pediría su ingreso en la Internacional Comunista. La resolución fue aprobada por 14.010 votos contra 12.497.

En 1920 las Juventudes Socialistas decidieron no aguardar más y se constituyeron en Partido Comunista español (PC). Los partidarios de la línea tercerista dentro del PSOE prefirieron esperar a la convocatoria del

congreso extraordinario en abril de 1921 que, tomando como base los informes de Daniel Anguiano y Fernando de los Ríos sobre su viaje a la URSS, decidiría sobre la aceptación o no de las veintiuna condiciones de adhesión impuestas por la Comintern, que implicaban la sujeción a la estrategia mundial de la IC, la ruptura total con el reformismo, y la adopción de un modelo de partido de vanguardia, centralizado y sometido a una disciplina cuasi militar, cuyas filas habrían de ser sometidas a una depuración sistemática y periódica. El congreso extraordinario se clausuró con la derrota de las tesis terceristas por 8.808 votos contra 6.025.[1] A la vista de ello, la minoría decidió separarse y fundar el Partido Comunista Obrero Español (PCOE). Un año después, y por orden de la Internacional, ambos grupos se fusionaron para crear el Partido Comunista de España (PCE).

Los años iniciales del movimiento comunista estuvieron marcados por el radicalismo izquierdista del nuevo partido. Como recordaba un veterano portugués de aquellos mismos años, eran

> sacerdotes de una nueva Orden, impregnados de férreo espíritu sectario [y con un] alto sentido de solidaridad entre nosotros y una marcada tendencia para considerar como enemigos a todos los que no formaran parte de la Orden. Contábamos con certezas indudables, científicas, a largo plazo; los inconvenientes no contaban. La victoria sería nuestra. Porque éramos comunistas, porque éramos jóvenes.[2]

Fue esta una época de extensión de la violencia a la práctica cotidiana de las organizaciones políticas y sindicales. Óscar Pérez Solís, atrabiliario personaje de origen militar, pasado al socialismo, primero, y al comunismo después, señaló que la violencia «no era un arma que esgrimiese un solo partido, pues, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, no se reparaba en procedimientos de combate cuando las pasiones se encrespaban a impulsos del odio político o del odio de clases».[3] En torno a Pérez Solís se formó un grupo de jóvenes cuya formación política era tan escasa como intensa su vocación por la acción directa. Su propia biografía revela la deriva de raíz soreliana que teñía la actuación política de una parte importante de esta generación: Solís fue en su juventud capitán de artillería, expulsado del ejército en 1913 tras afiliarse al PSOE en Valladolid. Su

conversión al obrerismo se debió a la relación sentimental mantenida con un recluta de su regimiento, un joven anarquista andaluz. Desterrado de Valladolid a causa de sus enfrentamientos con el caciquismo local, Prieto le llevó a Bilbao. Identificado, en principio, con el ala derecha del partido, se opuso inicialmente al ingreso del PSOE en la Tercera Internacional. En el congreso de 1920 condenó abiertamente la decisión adoptada por las Juventudes Socialistas de convertirse en Partido Comunista español. Sin embargo, en el tercer congreso extraordinario (1921) se mostró, de forma sorpresiva, partidario de los terceristas. Su estancia en el País Vasco lo había radicalizado: abandonó la influencia moderada de Prieto y se alineó junto a su adversario en el socialismo vizcaíno, Facundo Perezagua. Su afán de liderazgo se vio colmado al ser encargado de dar lectura al manifiesto de escisión del grupo tercerista fundador del Partido Comunista Obrero Español. La Federación Vizcaína socialista, que le había comisionado para que la encabezara en el congreso, denunció la ruptura de su mandato representativo. Desde entonces el nuevo grupo comunista de Bilbao mantuvo relaciones sumamente hostiles con los socialistas.

En los años siguientes, fusionados ya el PC y el PCOE por orden de la Comintern, Solís fue elevado al puesto de secretario general del Partido Comunista de España en julio de 1923, siendo cooptado como miembro del ejecutivo de la Internacional Comunista en julio de 1924. Su estrategia para compensar la debilidad relativa de los comunistas frente a los socialistas consistió en la creación de un núcleo de «hombres de acción», al estilo anarquista.[4]

Cuando el propio Solís volvía la vista hacia aquellos años recordaba que los grupos de jóvenes comunistas se encontraban «contaminados de los métodos sindicalistas», tendían al desencadenamiento de numerosas huelgas inoportunas, frustradas en su logro por el planteamiento de objetivos maximalistas y el desarrollo de comportamientos extremadamente violentos. La aureola con que se rodeaba a los sindicalistas de Barcelona sedujo a los grupos de jóvenes comunistas; los métodos anarcosindicalistas aparecían de hecho ante sus ojos como la manifestación de lo más genuinamente revolucionario, y el ansia de ser más revolucionarios que los anarquistas condujo, en algunos casos, a ir tan lejos como ellos en el

empleo de esos métodos, como, por ejemplo, las «expropiaciones» de cajas fuertes en bancos y empresas a punta de pistola. No faltaba para ello el referente justificador de lo que había hecho Stalin durante sus primeros años de militancia para contribuir a las finanzas del partido ruso,[5] aunque, años después, al dirigente comunista Vicente Uribe no dejaban de parecerle comportamientos rayanos en la delincuencia común:

> Algunos —señalaba Uribe— empezaron a «trabajar» por su cuenta y alardeaban de sus «hazañas» en los barrios altos de Bilbao que tienen la misma significación que los barrios bajos de Madrid. La mayor parte de ellos no trabajaban o trabajaban muy poco y estaban desligados del grueso de la clase obrera a la que esta clase de *hazañas* le producían muy mal efecto y no las aprobaban.[6]

Hasta tal punto habían calado entre los jóvenes comunistas los métodos de los que García Oliver denominaba «los reyes de la pistola obrera» que Bilbao, sede de una de sus organizaciones más importantes, se situó en cabeza en cuanto al número de atentados *per cápita* —solamente superada en términos absolutos por la capital catalana— en los años previos a la dictadura de Primo de Rivera.[7] Caracterizaba además a los jóvenes comunistas un izquierdismo a ultranza que les llevó, en algunos casos, a poner en cuestión al mismísimo fundador del estado soviético:

> El último folleto de Lenin contra los extremistas —sostenía Andrade en agosto de 1920— es abominable ... Lenin está dando armas a nuestros enemigos. Con esa obra en la mano [se refería a *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*], si los centristas españoles no fueran tan brutos e incultos, podrían desacreditarnos ante la clase obrera española. Pero menos mal que por ahora ni siquiera saben que se ha publicado. De todo esto el responsable es el intrépido Radek. Pero nosotros no pensamos someternos.[8]

La exhibición del radicalismo adquiría toques jocosos de provocación cuando se disponía de auditorios predispuestos a dejarse *épater*: Merino Gracia dio una conferencia en el Ateneo de Madrid en mayo de 1920, haciendo gala de que no acudía a tan docta casa para convencer a nadie «porque eran inconvencibles», sino a disfrutar de la ocasión de penetrar en

el hogar de la ciencia burguesa y aprovecharse «de las bibliotecas que la burguesía inconsciente nos abre para aprender a destruir el actual sistema económico del capitalismo».[9]

El peso del extremismo y el recurso a los métodos violentos de actuación se prolongó durante años y dejó profundas huellas de carácter sectario en la formación de los primeros militantes comunistas. Todavía en los tiempos inaugurales de la República recordó Uribe cómo en su primer contacto con el Comité de Radio de la zona minera, muy importante por el número de afiliados y porque estaba enclavado en pueblos de influencia comunista, asistió a una reunión en la que el secretario, un tal Martín, apodado «Petaca»,

> empezó preguntando a los asistentes cómo está la cuestión de las pistolas, cuántas balas tenían en depósito, si ya se habían preparado las bombas de que habían hablado. Es decir, el Comité de Radio se ocupaba en primer lugar y exclusivamente en aquel caso, por lo que me pude enterar después, de hacer la revisión de los pertrechos de guerra. Este era realmente el trabajo principal del Comité de Radio, además de cobrar las cotizaciones. «Petaca» tenía gran autoridad porque había estado algunos años preso en el penal de Burgos a causa de un hecho donde habían hablado las pistolas.

Uribe achacó el aislamiento y la debilidad del partido en estos años al radicalismo infantil de las nuevas generaciones incorporadas a él, cuyas prácticas chocaban, además, con la vieja cultura política de los escasos dirigentes veteranos, formados en la vieja escuela socialista. Frente a la orientación hacia la actividad política de los mayores, los jóvenes que arribaron a comienzos de los años veinte al partido bajo el hechizo del ejemplo bolchevique oponían rasgos tomados del sindicalismo revolucionario: la espontaneidad, la indisciplina, la violencia y un cierto instinto apolítico. El extremismo conducía a casos como el de la agrupación comunista de Sestao, donde

> se pasaron varios días discutiendo si aceptaban las condiciones de vida legal del Partido, es decir, las posibilidades de trabajo legal y abierto que se podía realizar durante el régimen monárquico constitucional, porque muchos lo consideraban atentatorio a la dignidad de revolucionario aceptar y aprovecharse de las pocas libertades que concedía la monarquía. No

> queremos nada concedido por la burguesía, decían, se lo arrancaremos, como si lo poco logrado hasta entonces no fuese también arrancado y logrado después de decenas de años de lucha de la clase obrera y de las fuerzas democráticas españolas.

En cualquier caso, los comunistas participaban de una violencia que, como ya se señaló más arriba, se encontraba presente en el ambiente desde tiempo antes a su irrupción en la vida política. El rasgo peculiar de Vizcaya es que esa violencia no se ejercía preferentemente, como en el caso de Barcelona, contra representantes de la patronal o sicarios parapoliciales, sino que era una violencia interna, de competencia por el dominio sindical entre las distintas ramas del movimiento obrero.

Leandro Carro, que se incorporaría al movimiento comunista en los años veinte, rememoró varios casos de confrontación entre socialistas y anarquistas en los tensos días de 1919 en los que, a raíz del congreso de La Comedia —celebrado en este teatro madrileño por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT)—, los anarcosindicalistas pretendieron extender su influencia a Euskadi, disputándole la base social a la Unión General de Trabajadores (UGT). Entre el 15 y el 20 de agosto de 1919, por ejemplo, los anarquistas convocaron una huelga general en la empresa siderometalúrgica de Echevarría, en Bilbao, cuyo sindicato estaba controlado en su mayoría por los socialistas. El motivo esgrimido era protestar contra la represión patronal desencadenada en Barcelona desde el triunfo de la huelga de La Canadiense. El comité del sindicato convocó una asamblea que presidió Leandro Carro, en la que la mayoría socialista acordó volver al trabajo a la mañana del día siguiente. Los anarquistas replicaron que «estaban dispuestos a mantener la huelga ocho días, pues tenían las "pipas" aceitadas». Carro replicó que tuvieran en cuenta que había más «pipas» que las suyas y, al día siguiente, los obreros se presentaron al trabajo bajo la protección de los socialistas, que como Carro se encargaba de subrayar, no iban «descalzos» (esto es, desarmados). Mediaron algunas provocaciones entre partidarios y contrarios a la huelga, que dieron lugar a pequeñas refriegas, pero los trabajadores se incorporaron al trabajo. Los anarquistas intentaron ajustar cuentas con Carro dos meses más tarde, y tomando por él a un tal Alonso, le tirotearon cuando se dirigía al anochecer por la orilla de la ría camino de la Casa del Pueblo. Aquella

misma noche, los socialistas batieron las calles de Bilbao al grito de *¡viva la UGT!* y *¡Mueran las provocaciones!* en busca de simpatizantes anarquistas, a los que golpearon en represalia.

En otra ocasión, a principios de 1921, y ya militando en el comunismo, el grupo de Carro se enfrentó a otro venido de Barcelona «para imponernos por la fuerza el anarcosindicalismo»:

> Nosotros nos enteramos de ello y fuimos a la calle del Gimnasio, donde estaban reunidos. Llamamos, no nos abrieron, y aquí fuimos más anarquistas que todos ellos. Saltamos la cerradura de la puerta a tiros; ellos contestaron cerrados en una habitación que daba a un patio trasero, y nosotros hicimos lo mismo con la segunda puerta; mas el tiempo perdido en la refriega antes de poder estar frente a frente y al descubierto, lo aprovecharon para tirarse al patio y escapar. Así y todo cogimos a tres medio destrozados del golpe que se dieron, les llevamos a un lugar fuera de allí, y de tal medio les cantamos las cuarenta, diciéndoles que estábamos dispuestos a terminar con todos ellos si no se iban a todo correr al lugar de donde vinieron, que al primer tren de la noche salían todos para Barcelona, diciendo que les habían engañado sus compañeros de Bilbao. Después de esto no nos volvieron a molestar más, ni los de fuera ni los de Bilbao, pues comprendieron que las uvas estaban verdes.[10]

La pugna entre comunistas y socialistas no fue menos violenta. En abril de 1922 los comunistas convocaron una huelga general de mineros contra la rebaja de los salarios, a la que los socialistas se oponían. José Bullejos, que años más tarde sería secretario general del PCE, dirigió un discurso a los huelguistas desde el balcón de la Casa del Pueblo de Gallarta y, cuando se retiraba camino de Ortuella para coger el tren de regreso a Bilbao, fue tiroteado por cinco individuos que le habían seguido durante todo el día, resultando herido de extrema gravedad, a resultas de lo cual quedó lisiado de una pierna.[11] Los enfrentamientos entre comunistas y socialistas fueron moneda corriente desde los primeros tiempos de la escisión. Ya en el congreso de 1920 los altercados salpicaron las sesiones tormentosas que precedieron a la formación del Partido Comunista. Como rememoraba Juan Andrade en correspondencia con el internacionalista Geers:

> Las imprecaciones a Besteiro y Caballero eran estruendosas. Llegamos en algunas ocasiones a las manos. [Fabra] se encaró conmigo y me preguntó: «¿Quién es usted?». Yo le respondí: «El que le dice a usted todas las semanas en *El Comunista* las verdades, y que le insulta a usted

ahora en su cara». Y acompañé los insultos con un puñetazo. Aquello fue Troya ... [A Manuel Llaneza, teniente de alcalde en Asturias] Luis Portela, con voz estentórea, le gritó: «¡Deja la vara y vete a la mina!» ... Indalecio Prieto nos increpó. Nosotros, al darnos cuenta, le insultamos atrozmente...[12]

El choque más sangriento entre ambas corrientes tuvo lugar en noviembre de 1922, con motivo de la reunión en la Casa del Pueblo de Madrid del XV Congreso de la UGT, en el que se iba a discutir la adhesión del sindicato a la Profintern (Internacional Sindical Roja, afecta a la Internacional Comunista). Los debates se desarrollaron en un clima de creciente crispación hasta que en un momento se escucharon disparos y un albañil socialista cayó herido de muerte. Testigos presenciales acusaron a Merino Gracia del crimen, si bien parece que el disparo mortal lo realizó un joven comunista bilbaíno, guardaespaldas de Pérez Solís. En cualquier caso, el desgraciado incidente fue tomado por los socialistas como argumento para la exclusión de la UGT de todos los sindicatos liderados por comunistas, abriéndose así un periodo de duras pugnas por el control de las organizaciones y de las casas del pueblo entre ambas corrientes.[13]

En este contexto, para garantizar el reclutamiento de nuevos militantes aguerridos y dispuestos a todo, se recurrió a métodos aberrantes como los que el propio Vicente Uribe denunció años más tarde:

[Hacia 1923] Formado el grupo juvenil en Baracaldo, buscábamos miembros y cuando ya estaban «maduros» les proponíamos matar al jefe de la guardia municipal, que era el tipo más odiado del pueblo. Si aceptaban entraban en la Juventud, si no, dábamos largas al asunto y estudiábamos sus características de supuesta valentía ... No hace falta extenderse sobre su repercusión en cuanto al reclutamiento, que era muy escaso. Al proceder a poner las condiciones antedichas queríamos poner a prueba a través de propuestas extravagantes y falsas, si ya estaban duros y dispuestos a todo por la Juventud Comunista.

El prurito revolucionario arrastró a los comunistas a la exteriorización de las actitudes favorables a la violencia o les erigió en audaces dirigentes de conflictos laborales de cierta envergadura, pero incapacitados para arrancar logros de corto alcance mediante la negociación: «El extremismo

más extremo —recordaba Uribe— era el considerado como el más revolucionario ... Negociar aparecía como una traición, hacer como los socialistas, y esto por nada del mundo se podía hacer entonces».

AÑOS DE PLOMO Y REJAS (1923-1931)

La dictadura de Primo de Rivera, surgida, entre otras razones, con el pretexto de sofocar los efectos del violento enfrentamiento entre patronal y sindicatos, llevó al PCE a la clandestinidad, acentuando sus rasgos de radicalización y sectarismo. En una región tan proletarizada como Vizcaya, el número de afiliados al partido en 1927 era de unos ciento cincuenta, y el de la Juventud Comunista de menos de cien. Las fuerzas eran tan menguadas que el aparato dirigente se encubría clandestinamente como parte integrante de un equipo de fútbol, el Oriente CF.[14]

Los comunistas habían adoptado el modelo organizativo de células en fábricas y centros de trabajo. Frente a la organización territorial, propia del socialismo legal —o tolerado— y articulada en torno a la Casa del Pueblo, la célula comunista de empresa estaba pensada para mantener la relación orgánica con los militantes en el lugar de trabajo, al margen de que las autoridades decidiesen clausurar los locales sindicales y los centros obreros. Hernández lo argumentó, años después, en vísperas de los acontecimientos de octubre de 1934:

> Si ... se organizara a los trabajadores en sus fábricas y en los talleres, en los comercios y en las oficinas ... si hubieran estado constituidos los comités de fábrica y de taller ... la medida represiva hubiera sido impotente, inútil. Porque es en los lugares de trabajo donde la burguesía asienta su fuerza, su economía, donde nosotros debemos oponerle nuestra fuerza. Y el día que suene la hora de la batalla, el triunfo nos costará poco esfuerzo conseguirlo, porque habremos logrado levantar las barricadas de la revolución en el corazón de las fortalezas del enemigo.[15]

Sin embargo, para otros, como Juan Andrade, la sustitución de la agrupación territorial, donde los acuerdos se tomaban por decisión de las asambleas de militantes, por la organización celular fabril fue una

consecuencia más del proceso de estalinización y liquidación de la democracia interna del partido.

En cualquier caso, la escasa proyección del partido apenas había permitido ampliar su base desde los primeros tiempos: la casi totalidad de estos militantes, según Uribe, «estaban en él desde el momento de su fundación». El partido carecía prácticamente de plataformas de expresión: su primer órgano oficial, *La Antorcha*, estaba suspendido, y los pocos números legales que pudieron aparecer del *Joven Obrero*, editado en Bilbao, fueron retirados por la policía.

Bajo la dirección de José Bullejos, Gabriel León Trilla, Manuel Adame y Etelvino Vega, el PCE se debatía entre el radicalismo, el voluntarismo, las confrontaciones personalistas intestinas y una deficiente praxis conspirativa. La Juventud Comunista operó durante todo este tiempo como el brazo ejecutor de la política más radical del partido. Algunos críticos posteriores de este periodo imputaron a la influencia de Bullejos la apuesta de las Juventudes por el activismo violento y maximalista, pero este no fue un rasgo exclusivo de la organización comunista española.

En aquel periodo inicial, las Juventudes Comunistas no eran aún la mera sección juvenil de los partidos comunistas adultos. Bien al contrario, en muchas ocasiones eran difíciles de controlar ideológicamente, se comportaban como un pequeño partido comunista autónomo, aceptando a regañadientes las directivas de los adultos. Las juventudes cultivaban una identidad propia, con orgullo organizativo fuerte, consustancial a un movimiento que hacía del culto a la juventud una de sus banderas. Como contrapartida, constituían el sector más dinámico de la organización comunista, el más aguerrido y dispuesto a la lucha, se encontraban en la vanguardia del combate político y a ello se debía que aportaran el mayor contingente de detenidos y presos.[16] La mayoría de sus miembros eran jóvenes obreros, aprendices y empleados que se implicaban en un estilo global de vida difícil y peligrosa, portadora del futuro y dispuesta a todo por la revolución. Las juventudes estaban integradas por la primera generación formada ya políticamente en el propio ideario comunista, sin ligaduras a la cultura socialista que aún teñía las mentalidades y las actitudes de los adultos que habían participado en la escisión *tercerista*. Fue por ello por lo

que se convertirían posteriormente en un bastión para la bolchevización y estalinización de los respectivos partidos comunistas, y en una fértil cantera de futuros dirigentes.

En 1927, con motivo del intento de desencadenar una huelga general en Asturias, se produjo la caída más importante del aparato comunista bajo la dictadura de Primo de Rivera.[17] Prácticamente toda la dirección del partido y de las juventudes fue procesada por intento de rebelión contra la seguridad del Estado, ingresando en prisión, donde permaneció hasta la caída del dictador.

El sectarismo y el incremento de la represión policial, que logró en varias ocasiones la caída de las direcciones de la Juventud Comunista y del partido al completo, contribuyeron a que disminuyera el número de militantes de ambas organizaciones, especialmente entre quienes habían militado desde los primeros momentos. El cerco a que era sometida la organización excitaba, por otra parte, los recelos de quienes escapaban a las redadas, incrementando su aislamiento. Muestra de ello y, a la vez, de la fragilidad ante la infiltración que padecía en estos momentos la organización comunista, se deduce del siguiente episodio. Cuando Gabriel León Trilla llegó a España, procedente de París, para hacerse cargo de la dirección del PCE, designó miembro de la dirección de la Juventud a Uribe, quien no dudaba en confesar que entonces «no tenía ni la preparación, ni el conocimiento, ni experiencia para poder tratar de cuestiones importantes con organizaciones del Partido». Aun así, a finales de 1927 fue enviado a Asturias para que la dirección local le informara de la situación en esta importante región. Uribe llegó a Oviedo, se presentó en los lugares apropiados y estableció contacto con el Comité Regional, residente en Turón, tres de cuyos miembros se entrevistaron con él. Trilla no le había dado ninguna credencial que facilitara su reconocimiento, por lo que Uribe, como precaución, se fabricó una como miembro de la dirección de la Juventud, firmada por él mismo. Establecido el contacto, los miembros del Comité Regional de Asturias le llevaron en plena noche al monte Naranco. Allí le acribillaron a preguntas, empezando por exigirle un documento que acreditara su personalidad y el carácter de enviado de la dirección del partido:

> Les entregué la [credencial] hecha por mí, me dijeron quién es Mario el firmante de la misma, les dije, un camarada de la dirección de la Juventud. Después de unas horas me dicen, te hemos traído aquí al monte Naranco en plena noche porque teníamos sospechas y si se hubieran confirmado te hubiéramos liquidado aquí mismo, el término que emplearon sin tapujos fue «te matamos». Vuélvete a Vizcaya, no te decimos nada del Partido y dile a Trilla que venga él, que tenemos muchas cosas que arreglar.

Que un perfecto desconocido lograra romper la prevención inicial de todo un Comité Regional mediante la exhibición de una rudimentaria credencial falsificada por él mismo no habla precisamente muy bien de la calidad conspirativa de las organizaciones comunistas en aquel periodo.

«¡Abajo la República burguesa!»

La proclamación de la República sorprendió a Bullejos, Etelvino Vega y Jesús Hernández en Madrid, adonde habían llegado la víspera de las elecciones municipales, procedentes de Valencia tras la realización de una brevísima campaña electoral. El día 14, un reducido grupo de comunistas —que apenas llegaba al centenar— encabezado por los tres dirigentes citados se encaminó hacia el Palacio Real para quitar la bandera monárquica y sustituirla por la roja con la hoz y el martillo, mientras proferían consignas contra la «República burguesa» y a favor de un gobierno de obreros y campesinos, siendo recibidos con hostilidad por la mayoría de los manifestantes que aclamaban enfervorizadamente al nuevo régimen.[18]

Pese a todo, la instauración de la República trajo consigo el retorno del PCE a la legalidad, aunque muy menguado en sus fuerzas. En zonas industriales de tradicional implantación comunista en otras épocas, como Vizcaya, los datos eran reveladores: en Baracaldo, por ejemplo, el número de afiliados ascendía a quince; la Juventud Comunista contaba con setenta u ochenta adherentes. Y las perspectivas apuntaban a que el único refuerzo provenía de sectores que ya habían militado anteriormente en las filas del partido, pero no se crecía en nuevos sectores sociales. La mayor parte de los electores que depositaron su voto para las candidaturas comunistas en las

elecciones constituyentes, afirmaba Uribe, «eran obreros que habían pasado por el Partido o por la Juventud y que, a través de todas las vicisitudes, se mantenían en una actitud de fidelidad revolucionaria para el Partido». El PCE podía contar entonces con una militancia estimada de 4.950 miembros en todo el territorio nacional.

En las elecciones a Cortes Constituyentes del 28 de junio de 1931 los resultados estuvieron en relación con la magnitud del partido. Los sufragios en España oscilaron entre los 53.000 que apunta Javier Tusell y los 190.065 de otros autores, como Comín Colomer, cantidad que puede considerarse desproporcionada sin temor a equivocarse. En cualquier caso, el PCE no obtuvo en este periodo representación parlamentaria.

La recomposición de fuerzas se realizó poco a poco, y en ello ostentaron un papel de liderazgo de nuevo las Juventudes Comunistas. Hacia finales de 1931 el número de afiliados en Vizcaya sumaba casi los setecientos, agrupados la mayor parte en células de empresa; la Juventud tenía más afiliados que el partido y en varias fábricas tenía su propia organización juvenil. En Guipúzcoa rondaban los ciento cincuenta, repartidos en las agrupaciones de San Sebastián, Rentería, Pasajes e Irún. La agrupación de Éibar ostentaba un carácter especial: era la encargada de proporcionar armas, sustraídas de la fábrica, a los militantes de Vizcaya. En Santander había un grupo muy heterogéneo, al que un tal Lorite, «con una bata blanca y delante de un tablero daba lecciones de comunismo». En Reinosa radicaba un fuerte grupo en la fábrica de armas, casi todos jóvenes, y alguno más en Torrelavega. En el Astillero, importante centro industrial, se padeció la ruptura de la organización por las divergencias con los trotskistas. En Navarra y La Rioja la presencia era casi testimonial.

Sin embargo, lo reconstruido tan trabajosamente fue pronto desbaratado por las consecuencias de la crisis económica, cuyos efectos llegaron a España en 1931. Los despidos masivos, que se generalizaron desde octubre de ese año, resultaron muy perjudiciales para la captación de nuevos militantes y para el sostenimiento en las filas del partido y de la Juventud de los veteranos despedidos. Como consecuencia de ellos, el trabajo y la influencia de los comunistas en las fábricas disminuyeron.

3

Del relevo en la dirección al giro frentepopulista (1932-1936)

EN 1932 TUVO LUGAR la caída de la anterior cúpula dirigente del PCE —integrada por José Bullejos, Manuel Adame, Gabriel León Trilla y Etelvino Vega— y su sustitución, a instancias de la Comintern y de su delegado en España, el argentino Luis Codovilla, por el nuevo núcleo de dirección encabezado por José Díaz.[1] Se produjo un desembarco en el aparato de la organización de toda una hornada de antiguos jóvenes comunistas procedente de la Escuela Leninista, dispuesta a la bolchevización del partido: Jesús Hernández, responsable de Agitación y Propaganda (*agitprop*); Vicente Uribe, que asumió la dirección de *Mundo Obrero*; Luis Cabo Giorla, destinado a la secretaría de Madrid; José del Barrio, encargado de la organización y la secretaría política de Cataluña; Sebastián Zapirain, de la organización de Euskadi...[2] Este era, a grandes rasgos, el equipo que dirigiría el partido durante la guerra civil.

Hasta mediados de 1934, el nuevo grupo dirigente siguió aplicando las directrices estratégicas que la Internacional Comunista había prescrito para el denominado *tercer periodo* —el de la crisis— del capitalismo: la confrontación con el «socialfascismo» y con el «anarquismo pequeño-burgués» en la línea de «clase contra clase». Durante el primer semestre de 1933 el órgano oficial del partido, *Mundo Obrero*, publicó artículos en los que se trató sobre temas doctrinales,[3] sobre la construcción del socialismo

en la Unión Soviética,[4] o se polemizaba con anarcosindicalistas y socialistas acerca de la unidad de acción por la base o de los análisis sobre la implantación del nazismo en Alemania.[5]

En diciembre de 1933 Jesús Hernández y Dolores Ibárruri, *Pasionaria,* participaron en las sesiones del XIII Plenario del Comité Ejecutivo de la Comintern, en que se analizó la problemática de la expansión del fascismo. Lo más interesante de su aportación fue la identificación del peligro de implantación del fascismo en España con la ofensiva de los grupos monárquicos y agrarios, y la autocrítica de la que se deducía la propia debilidad del partido —a pesar de dar cuenta de la formación de las milicias obreras y campesinas— para acometer en solitario la lucha contra el fascismo sin contar con el Partido Socialista:

> En muchos lugares los campesinos nos decían: «Nosotros estamos de acuerdo con vosotros; sabemos que el Partido socialista nos ha traicionado, pero ellos son aún un Partido fuerte y es preciso cerrar el paso al fascismo». Esto evidencia que, pese a nuestros esfuerzos ... no hemos logrado despertar toda la confianza y el convencimiento en esos núcleos de trabajadores de que el Partido Comunista es el único que impide los avances del fascismo, que puede satisfacer todas las reivindicaciones de la clase obrera y de los campesinos, mientras que el Partido socialista es, por el contrario, el factor principal que allana el camino al fascismo. Nosotros no hemos logrado esto, a pesar de que estamos en una aguda y enconada situación revolucionaria.[6]

En la misma tónica sectaria, los representantes españoles se preocuparon de largar una buena andanada contra los anarquistas («La peor de las enfermedades de la clase obrera española es el anarquismo, que está enraizado seriamente en ella, y especialmente en Cataluña»), a quienes calificaron de demagogos, «putschistas», aventureros, pistoleros y abonadores del terreno para el fascismo.

Pero la evolución de la situación interna del país iba a hacer cambiar muy pronto el panorama de las relaciones entre las distintas corrientes del movimiento obrero organizado. Las fuerzas de derecha —la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), del abogado Gil Robles, y el Partido Republicano Radical (PRR) del viejo Alejandro Lerroux— obtuvieron la mayoría en las elecciones del 19 de noviembre de 1933. La izquierda, que se presentó a ellas dividida, cosechó una rotunda derrota. Dos de los principales dirigentes comunistas, Jesús Hernández y Dolores

Ibárruri, buscaron fortuna concurriendo por una circunscripción con una fuerte componente proletaria en su composición social, Asturias, obteniendo, respectivamente, 17.399 y 17.954 votos (el 6,35 y el 6,55 por 100 de los sufragios emitidos).[7] A nivel nacional, los comunistas presentaron 188 candidatos en 40 provincias. Los sufragios obtenidos por el PCE no superaron el 1,2 por 100 de los votos totales emitidos, a pesar de lo cual consiguieron su primer diputado de los 474 que componían la cámara. Este escaño fue el del doctor Cayetano Bolívar, candidato por Málaga, elegido en segunda vuelta.[8]

Aunque la CEDA no se integró de momento en el nuevo gobierno, que quedó a cargo de los radicales, en minoría, la consolidación como primera fuerza de un partido católico, que apenas ocultaba su reticencia hacia el sistema republicano y que no tenía empacho en manifestar su admiración por el corporativismo antiparlamentario, encendió las alarmas de los partidos de la izquierda, que temieron una reedición del proceso que en Alemania les había arrastrado a la clandestinidad y a los campos de concentración. En particular, el Partido Socialista, encabezado por Largo Caballero, juzgó llegada la hora de prepararse para pasar a la ofensiva en el caso de que se produjera la entrada de la CEDA en el gabinete. A tal fin, impulsó las Alianzas Obreras, con el fin de agrupar a las fuerzas políticas y sindicales de izquierda con el objetivo de preparar la huelga general revolucionaria cuando la ocasión se presentase.[9]

Desde el centro de dirección del movimiento comunista mundial también se emitieron señales de alerta y directrices de preparación. El 14 de enero de 1934 las antenas de los servicios secretos británicos descifraron un mensaje emitido desde Moscú para España,[10] en el que se instaba al Partido Comunista a iniciar de inmediato una campaña para la creación en todas las fábricas y poblaciones de comités de Frente Único contra la reacción y el peligro fascista. Al mismo tiempo, el PC debía dirigirse a las direcciones locales de las organizaciones, sindicatos, Partido Socialista, UGT, CNT, sindicatos autónomos y, en general, a todos los trabajadores, organizados o no, a fin de instar la elección de estos comités, organizar acciones y manifestaciones reivindicando la reapertura de los sindicatos clausurados, y reivindicar, en mezcolanza algo abigarrada, la libertad para la prensa obrera,

el desarme y disolución de las bandas fascistas, la derogación de la Ley de Orden Público, la disolución de los jesuitas y la confiscación de todos sus bienes.[11] Pocos días después, por la misma vía, llegaron directrices para apoyar con toda la intensidad posible la campaña del Socorro Rojo Internacional contra la extensión del terror y el peligro de guerra.[12]

Los acontecimientos de Austria, con el brutal aplastamiento de la municipalidad socialista de Viena por las fuerzas del gobierno derechista de Dollfus —un homólogo de Gil Robles y su CEDA— entre el 12 y el 16 de febrero, alarmaron a las fuerzas de izquierda. Moscú giró orden a los partidos comunistas de que organizaran demostraciones de masas en solidaridad con los obreros vieneses, campañas de prensa contra el fascismo austríaco y por el acogimiento de huérfanos de la represión.[13]

El camino de Octubre

La primera mitad de 1934 se desarrolló, como recordó el dirigente comunista Jacques Duclos —que intervino en diversas ocasiones en tareas cerca del PCE— en medio de grandes luchas en las que se mezclaron en un mismo torrente la acción reivindicativa de los trabajadores, el movimiento campesino y el nacionalismo democrático. Comenzó con la huelga del 19 de febrero convocada en solidaridad con los obreros austríacos, y continuó con el paro del 17 de abril contra el terrorismo fascista, la movilización contra la concentración de la CEDA en El Escorial, la gran huelga campesina del verano, que afectó a las faenas de recolección, y la de más de 200.000 obreros de Madrid, movilizaciones a las que se sumaron los labradores catalanes el 8 de septiembre en protesta por la anulación a nivel central de la Ley de Contrato y Cultivo aprobada por el parlamento autónomo. 1934 fue también el año de los primeros grandes mítines unitarios de las juventudes socialistas y comunistas, y de las impresionantes manifestaciones de repudio a los asesinatos, a manos de pistoleros falangistas, de la joven socialista Juanita Rico y del comunista Joaquín de

Grado; el año de la primera gran movilización de mujeres contra el plan gubernamental de movilización de reservistas, y de las acciones contra la concentración fascista de Covadonga.[14]

Los llamamientos a unidad de acción, sin embargo, apenas se tradujeron en resultados, dado que aún se razonaba en términos de frente único por la base, la línea sectaria que tanto había contribuido a alejar al PCE del resto de las organizaciones del movimiento obrero. Todavía el 2 de agosto *Mundo Obrero* explicó la negativa comunista a ingresar en las Alianzas Obreras por considerarlas órganos estériles si a lo único que se dedicaban era simplemente a esperar el supuesto momento adecuado para actuar, sin plantearse seriamente el asalto al poder. Para los comunistas, las Alianzas debían ser la trasposición de los *soviets* al contexto español: no debían servir para otorgar el poder en exclusiva al Partido Socialista, sino para erigirse en órganos de un poder de nuevo tipo, el del gobierno de los obreros, campesinos y soldados.[15] Los días 6 y 9 el órgano comunista lamentó que todo el espíritu unitario socialista se redujera a invitar a las demás fuerzas a entrar en las Alianzas ya constituidas. Denunció también la contradicción entre el uso de un lenguaje radical y la parálisis conspirativa por parte de los líderes socialistas:

> El objetivo de toda revolución es la toma del Poder. Pues bien, llegar a ese fin es lo preciso. No decir a grandes voces queremos esto, sino marchar a tomarlo, diciendo cómo y de qué manera. Hasta hoy solo voces y encendidas promesas han hecho los jefes socialistas, y a cada zarpazo de la reacción, recrudecen las amenazas. Amagan, pero no dan. Y no solamente no dan, sino que impiden que se dé, so pretexto de que «se gastan energías».[16]

Las líneas argumentales del discurso comunista se inspiraban en los contenidos de un artículo publicado por la revista teórica del PC francés —que, como se ha señalado ya, ejerció durante este tiempo un papel tutelar. En «Les problèmes de la révolution espagnole», aparecido en el número 19 de *Cahiers de Bolchevisme*, se manifestaron las reticencias hacia Caballero y su supuesta orientación izquierdista, en consonancia con la desconfianza mantenida aún hacia los líderes de la socialdemocracia. Se ponía en duda tanto su caracterización como el «Lenin español» —el dirigente bolchevique, al contrario que Caballero, nunca habría sido consejero de

Estado con el zarismo, o ministro de Kerenski— como su incapacidad para valorar la utilidad de las luchas parciales o la necesidad de atraerse al campesinado al campo de la revolución.[17]

Sin embargo, un mes más tarde, el 14 de septiembre, dando un giro a sus anteriores posiciones, el Pleno del Comité Central de los comunistas tendió puentes hacia la CNT y el PSOE, aprobando el ingreso del PCE en las Alianzas Obreras. El secretario del partido, José Díaz, lo justificó afirmando: «Cuando los bolcheviques estaban en minoría en los *soviets*, supieron conquistar la mayoría. Es lo que haremos en las Alianzas Obreras».[18] Es indudable que la Comintern había valorado el riesgo de que el PCE se quedase aislado ante la marcha de los acontecimientos.

El 15 de septiembre, en el marco de una concentración ante las milicias juveniles socialistas y comunistas, Jesús Hernández señaló por primera vez la que sería línea maestra de actuación durante los próximos tiempos, la unidad de las fuerzas marxistas en una sola central sindical y en un partido único del proletariado:

> Ahora que vemos al Partido y a la Juventud Socialista que se orientan por el camino de la Revolución, después de comprender sus errores pasados, nuestro Comité Central ha planteado la cuestión de que el Ejército de la revolución necesita una sola dirección, que el proletariado necesita un solo partido dirigente, que hay que caminar, ir con noble intención y decidido propósito a dar a la clase obrera un solo mando, un solo partido.[19]

Poco menos de una semana antes, el PCE había recibido de Moscú el plácet para dirigir una carta abierta a la organización de las Juventudes Socialistas proponiéndoles la unificación sobre las bases de la Internacional Juvenil Comunista (IJC), o en última instancia, en el Frente Único en la lucha contra la reacción y por las reivindicaciones de la juventud, plataforma de la que quedarían incondicionalmente excluidos los seguidores del trotskismo. Si esta propuesta fuera rechazada se podría trabajar para conseguir el Frente Único de la juventud en las organizaciones locales.[20] La invitación contenía elementos que combinaban lo viejo y lo nuevo —junto con la feroz exclusión de cualquier forma de transigencia con el trotskismo que se acentuaría en los años inmediatamente posteriores —: la pulsión por conseguir la unidad con los socialistas aun sin contar con

el acuerdo de su dirección, propio de la línea del frente único por la base, con la novedosa posibilidad de renunciar a condiciones hasta entonces inexcusables —la ruptura inmediata con la organización ligada a la Internacional Obrera y la adhesión a la correspondiente de la Comintern— con tal de avanzar en el proceso unitario. Se abría por primera vez la posibilidad de llegar a una entente con el hasta entonces rival «socialfascista», y para ello era vital alejarlo primero de toda veleidad con el considerado por los comunistas principal enemigo dentro del campo proletario, el trotskismo.[21]

El 18 de septiembre se advirtió al PCE de la tarea perentoria de dirigir un manifiesto a los trabajadores, el PSOE, la UGT, la CNT, la FAI y la CGTU, además de a los sindicatos autónomos explicando la gravedad del momento y llamando a la formación de alianzas obreras en todas las fábricas y localidades. Estas alianzas deberían adoptar un programa de lucha contra el fascismo, el capitalismo y los terratenientes, por la toma de la tierra y la formación de comités de obreros, campesinos y soldados. Esta sería la auténtica preparación para la conquista del poder, sin cuya preparación la victoria no podía ser garantizada. Asimismo, las alianzas deberían dar publicidad a su programa y comprometerse a realizarlo en cuanto tomaran el poder. Dicho programa consistiría, entre otros objetivos, en la expropiación de los latifundistas y de la Iglesia, en el desarme de las fuerzas contrarrevolucionarias y en el armamento de los trabajadores y los campesinos.[22]

En vísperas de los hechos de octubre se intentaron movimientos de acercamiento a Largo Caballero, al que se requirió para mantener encuentros con representantes del Comité Central o de la Comintern, si no en Moscú, en cualquier otro lugar del extranjero que él determinara.[23]

El anuncio de la entrada de la CEDA en el gobierno, la noche del 3 de octubre de 1934, desencadenó el movimiento de respuesta de la Alianza Obrera. Bajo la consigna «¡Antes Viena que Berlín!», la izquierda socialista y comunista se lanzó a la huelga general, fracasada casi de inmediato en todo el territorio nacional, a excepción de Asturias, donde prendió durante tres semanas una insurrección que adquirió tintes revolucionarios.[24]

Durante estas jornadas apenas hay constancia disponible de los mensajes cruzados con Moscú por parte de la dirección comunista española, pero es muy revelador que desde el corazón de la Comintern las directrices emanadas para su sección española planteasen medidas tan radicales como «extender la huelga general y la lucha armada de los trabajadores» junto con buscar la aproximación con los republicanos burgueses («la Izquierda Republicana de Azaña y la izquierda catalana [ERC]»). Y todo ello con el objetivo de derrocar el gobierno Lerroux, la inmediata disolución de las Cortes, la convocatoria de nuevas elecciones y la celebración de un referéndum para la confiscación de la tierra de los latifundistas.[25] Se mezclaban, de esta forma, una táctica que no dudaba en recurrir a métodos insurreccionales en pos de una estrategia cuyos objetivos se planteaban en términos de consolidación de una nueva mayoría parlamentaria y en reformas sociales plebiscitadas. Como corroboró en sus memorias Vicente Uribe, «la opinión que prevalecía entonces entre los camaradas era que ... con la huelga general y algunos actos de violencia, el gobierno Lerroux retrocedería y Alcalá Zamora llamaría a Caballero a formar gobierno».[26] Es probable que tal modestia de objetivos tuviese que ver con un cierto tipo de división internacional del trabajo por parte de la Comintern, que no asignaba empresas arriesgadas a partidos de los que, por su tamaño o capacidad de influencia, no esperaba resultados espectaculares.[27]

A medida que avanzaban los días y se evidenciaba la derrota de las organizaciones obreras, el secretariado de la IC apenas pudo hacer nada más que repetir los consabidos llamamientos a la solidaridad para organizar mítines y manifestaciones en defensa de los obreros y campesinos españoles, al tiempo que dirigía un llamamiento a la Segunda Internacional en idéntico sentido.[28]

Como es conocido, el resultado de las jornadas de octubre fue una derrota sin paliativos para la izquierda que, salvo en Asturias —donde llegaron a crearse verdaderos órganos de poder revolucionario—, mostró imprevisión en el planeamiento, vacilación en la ejecución e incapacidad para arrastrar al movimiento a la mayor parte de la clase trabajadora organizada.[29] Una buena parte de la cúpula dirigente de los sindicatos y de los partidos proletarios ingresó en prisión, y la prensa —entre ella, *Mundo*

Obrero— fue clausurada. En la confusión de la derrota se llegó a especular con la muerte de Pasionaria mientras cubría la retirada de los revolucionarios de Oviedo.[30]

Octubre del 34 trajo consigo consecuencias que trascendieron al fracaso y a la represión subsiguiente. Uribe se entrevistó en la cárcel con Caballero, por intermediación de Álvarez del Vayo, para plantearle, entre otros asuntos, la oportunidad de que convirtiera las sesiones de su proceso en un acta de acusación contra el tribunal y el gobierno, al estilo de lo que había hecho Dimitrov en Leipzig. El líder socialista, amparándose en un sometimiento a la voluntad de su organización, persistió en negar toda participación personal y toda responsabilidad en el movimiento. Uribe piafaba ante esta respuesta:

> Con esto se llegaba a la peregrina situación de que el máximo responsable del movimiento aparecía ente las masas como una inocente paloma que no conocía nada ni se había enterado de nada. Muchos obreros fueron a la huelga impulsados por Caballero; en ella dejaron la vida unos y perdieron la libertad otros, pero a la hora de asumir la responsabilidad [los socialistas] la rehusaron poco elegantemente.

Con bastante menos que perder, el PCE reivindicó abiertamente la responsabilidad del movimiento insurreccional, cobrando una presencia política en el terreno que le dejó expedito la retracción de los dirigentes socialistas. A pesar de la represión policial y de la posibilidad de incurrir en la última pena para sus máximos dirigentes, los comunistas desarrollaron una amplia campaña de solidaridad con los perseguidos, presos y represaliados, acompañada de una activa propaganda en el interior y en el extranjero.[31]

Fracasó el intento de que Caballero capitalizara la vindicación de Octubre, pero se abrieron cauces de interlocución entre socialistas y comunistas que apuntaban a un nuevo tipo de relación entre ambos. Es probable que Bolloten hubiera entrado en éxtasis de saber que la dirección española solicitó de Moscú que André Marty colaborara con Vayo y Margarita Nelken (¡dos de sus demonios familiares!) en la elaboración del programa de una plataforma de la oposición caballerista dentro del PSOE.[32] Lástima que, por entonces, Largo estuviese pensando más en términos de

servirse de los comunistas para derrotar a sus oponentes en su propio partido que en *servir a* aquellos en su labor de fagocitosis del espectro político de la izquierda. Si por entonces alguien pensaba en absorber a alguien, no era precisamente el sector del PSOE que lideraba Caballero quien tuviera previsto convertirse en presa.

En todo caso, las enseñanzas del episodio, junto a las extraídas de otras recientes experiencias europeas —el aplastamiento de la insurrección de Viena, la amenaza de las ligas de extrema derecha en Francia—, abrieron el camino a la formulación de una nueva estrategia unitaria, materializada en el abandono de la línea del *tercer periodo*, en los procesos de acercamiento de sindicatos y partidos obreros y en la postulación de los frentes populares antifascistas.[33]

El giro hacia el Frente Popular

En agosto de 1935 se celebró en Moscú el VII Congreso de la Internacional Comunista. Jesús Hernández figuraba como segundo responsable oficial de la delegación española, tras José Díaz. Fue en esta ocasión cuando utilizó por primera vez el seudónimo «Juan Ventura», con el que firmaría posteriormente sus artículos periodísticos.

Hernández intervino en la sesión celebrada la mañana del 8 de agosto, y con su discurso aportó la visión española del frentepopulismo a la luz de las enseñanzas de los acontecimientos asturianos de octubre de 1934.[34] Comenzó haciéndose eco del informe presentado por Dimitrov, en el que se había planteado el giro hacia la política de frentes populares antifascistas. Hernández lo consideró plenamente ajustado a la situación planteada por las experiencias francesa —el intento de asalto a la Asamblea Nacional de las ligas fascistas y de excombatientes— y española del año anterior.[35]

Pasó después a analizar los hechos de Asturias como la expresión de la línea de conformación del frente único y la superación histórica, por parte del movimiento obrero español, de los clásicos e ineficaces métodos insurreccionales del anarquismo. En Asturias se había dado la combinación de una insurrección popular de masas contra el fascismo, y un intento de

asalto al poder. Ello fue posible por la superación de las diferencias históricas que habían mantenido separadas entre sí a las masas socialistas y comunistas, lo que Hernández consideraba un mérito exclusivo de su partido y de la política de frente único, tras años de predicar la unidad en el desierto mientras avanzaba imparable la reacción nazifascista y clerical.

Tras la derrota de octubre, el PCE lanzó un llamamiento a la unidad y al agrupamiento de fuerzas al Partido Socialista, a los obreros anarquistas, a la CNT, UGT, sindicatos autónomos y todas las organizaciones proletarias, al tiempo que desarrolló una gran actividad tendente a la creación de un frente popular antifascista que abarcara desde los sectores del republicanismo de izquierda, a gran parte de la intelectualidad antifascista. Todo ello unido al impulso de los comités contra la guerra y el fascismo, en los cuales se enrolaron gran número de mujeres, y de los comités pro amnistía de los represaliados y presos de Asturias.

No podía faltar, como mandaban los cánones, alguna reflexión de carácter autocrítico. Hernández reconoció que el PCE no había sabido ser lo suficientemente flexible (quizás debería haber dicho menos sectario) para haber cedido en su política de frente único en las elecciones de 1933, «cuando la reacción formó un bloque único para dar la batalla a las fuerzas democráticas y revolucionarias», a fin de haber posibilitado la formación de las candidaturas comunes de socialistas y comunistas como las que en Málaga llevó a las cortes al doctor Cayetano Bolívar. Pasada esta fecha volvió a incurrirse de hecho en el sectarismo, a pesar de que el lenguaje se fue suavizando en la forma. Por ello, en conclusión, resultaba tan interesante para los comunistas españoles el planteamiento del «Gobierno de frente único o Gobierno Popular antifascista» realizado por el VII Congreso de la Comintern. Era como si, en cierta medida, el PCE hubiera sido un adelantado en la praxis política que condujo a su formulación. Autorizado por tales precedentes, Jesús Hernández culminó su informe dirigiéndose públicamente

> a Largo Caballero y a sus amigos, [manifestando] que estamos dispuestos a trabajar, junto con ellos, para crear el frente único, para lograr la unificación en el frente sindical, para marchar hacia el Partido único revolucionario del proletariado, *para derrocar la dominación burguesa e instaurar el Poder de los obreros y campesinos en España*. Declaro que tendemos

> fraternalmente la mano a todos los obreros socialistas y anarquistas, a todas las organizaciones sindicales de la clase obrera para lograr esa finalidad común revolucionaria, y para ahorrar a nuestro proletariado la sangrienta experiencia del fascismo, la vergüenza de los campos de concentración y del patíbulo. Lo mismo decimos a nuestros camaradas anarquistas.

El subrayado, mío, demuestra que a Hernández le resultaba aún dificultoso comprender la verdadera naturaleza de la política frentepopulista, de contención del fascismo y sostenimiento de las democracias burguesas frente a la amenaza expansionista nazi, que habría de aplicar a instancias de la IC. Lo que sí se llevó a la práctica en los meses subsiguientes fueron algunas de las conclusiones recogidas en el informe ante el plenario de la Comintern:

> Realizar sobre la base de este frente único proletario la unidad de todos los antifascistas, creando y reforzando el Frente Popular Antifascista, que, apoyado en los objetivos comunes a todos, pueda ser la base de la formación del Gobierno popular antifascista ... En el terreno sindical, marchar audazmente —venciendo el sectarismo— hacia la fusión de los Sindicatos paralelos en cada localidad, hacia la creación de un solo Sindicato por industria y una sola central sindical de lucha de clases ... Al mismo tiempo, colocar en lugar preeminente el problema de la creación de un solo Partido revolucionario del proletariado, venciendo los últimos escrúpulos de los valientes obreros socialistas y de los luchadores de octubre, yendo hacia la unidad orgánica con aquellas indispensables y mínimas garantías de los principios revolucionarios. Y en lo que concierne a nuestras Juventudes y a las Juventudes Socialistas, debemos caminar con paso de gigante para fundirlas en una organización que abarque en su seno a toda la juventud antifascista. Tal debe ser nuestra perspectiva actual en España.

En el momento en que Hernández enunció estos objetivos, su consecución parecía condenada a seguir el camino recorrido por las distintas formulaciones de los frentes únicos, ya fuera por la base o por la cúpula: el que terminaba en la esterilidad que caracteriza a las posiciones políticas defendidas por organizaciones testimoniales. Sin embargo, los movimientos estratégicos que en aquel contexto estaban desarrollando republicanos de izquierda y socialistas, junto con las demandas generadas en un amplio espectro de la izquierda social —desde los que se proponían recuperar la «República del 14 de abril» a los que se movilizaban en pos de la amnistía para los presos de Asturias—, iban a situar la conformación de un programa común y su consecuente plasmación en una candidatura unitaria en el centro del debate. Y aunque su diseño y contenidos no fueran

plenamente coincidentes con lo que los comunistas habían pensado que debía ser un Frente Popular, llegaron para acomodarse lo mejor posible a la nueva situación. Mucho más que impulsar la nueva estrategia, se puede decir que fue esta la que llegó al encuentro de los comunistas. Que su capacidad para aprovechar la oportunidad deviniera, a la postre, en la obtención de ventajas organizativas tuvo que ver con su capacidad de adecuación y respuesta a las nuevas y dramáticas circunstancias que cabalgaban a lomos de la esperanza popular y la crispación política durante los meses que precedieron a la sublevación militar.

4

Vísperas (febrero-julio de 1936)

A COMIENZOS DE 1936 *Mundo Obrero* pudo reabrir tras la prohibición gubernamental posterior a la insurrección de Asturias. La dirección comunista entró en un estado de agitación febril preparando las elecciones. La formulación de una amplia coalición para la recuperación de la República por parte de Azaña y los socialistas de Prieto, y la aproximación táctica de un Caballero sumido en la lucha por el control del socialismo,[1] en plena batalla interna contra sus adversarios, marcó el proceso de génesis del Frente Popular.

El 19 de diciembre el partido español comunicó a Moscú la aceptación crítica de un bloque electoral de izquierdas, pero declarando su disposición a «luchar junto con la izquierda por un frente unido proletario, por las alianzas obreras».[2] Dos días después, Codovilla refirió a Manuilski una entrevista con Caballero para acordar posiciones. Codovilla llegó a la conclusión de que, aun estando de acuerdo con la propuesta unitaria, Caballero —que acababa de cesar en sus cargos en el partido— y los socialistas de izquierda, inmersos en las disputas internas con los centristas de Prieto, minusvaloraban el asunto central. Por su parte, la organización del PSOE había invitado ya a dos delegados del PC para decidir sobre el frente popular y las próximas elecciones.[3]

Durante las semanas previas a los comicios conocemos principalmente las comunicaciones que Codovilla remitió a Moscú. De ellas se deducen tanto los meandros del proceso de conformación del programa y las candidaturas, como las maniobras de Caballero para utilizar el Frente

Popular en apoyo de su lucha partidaria. «Caballero habló en un mitin y enfatizó la necesidad de unificar las organizaciones sindicales y políticas del proletariado. Su discurso, a pesar de que suele ser bastante oscuro, favorece la presente política del PC.»[4]

Las negociaciones del pacto del Frente Popular no resultaron fáciles. Los republicanos no querían que los comunistas participaran en las discusiones. Uno de sus representantes más conservadores, Sánchez Román, llegó a retirarse de las conversaciones. Caballero no presionó en absoluto para que las deliberaciones se efectuasen entre todos los representantes de las fuerzas políticas participantes. Según Uribe, «asomaba ya la oreja de su singular concepción del PC; nos consideraba únicamente como una fuerza de apoyo para el PS y especialmente para él, para sus planes».

Entre las propuestas programáticas que propuso el PCE figuraron que el gobierno disolviera los partidos con formaciones paramilitares, y la expropiación sin indemnización de las tierras de los grandes terratenientes y su entrega gratuita a los obreros agrícolas y campesinos. Los socialistas eran, sin embargo, partidarios de la socialización de la tierra, lo que para el futuro ministro comunista del ramo —«siendo benévolo en el juicio»— era una clara incomprensión por parte de los socialistas del papel que estaban llamados a jugar los campesinos en la lucha por las transformaciones democráticas del país.

El manifiesto contenía cuestiones que iban más allá del programa electoral, como el rápido establecimiento de relaciones con la URSS. Para Codovilla, la impresión general era buena y se estaba trabajando ya en la cuestión de los candidatos.[5]

Los negociadores socialistas, encabezados por Juan Simeón Vidarte, plantearon la incorporación de candidatos comunistas en las listas comunes en términos de lograr un número de diputados «no menor que el necesario para tener derecho a constituir minoría y participar en las comisiones, es decir 10. Con esto, ellos, los socialistas, tendrían un apoyo en las comisiones que es donde se elaboraban los proyectos». Hubo tira y afloja en algunas circunscripciones, como Toledo, Alicante y Sevilla, donde a pesar de los esfuerzos del PCE no se pudo incluir a ninguno de sus candidatos.

Para Toledo, donde se descontaba un triunfo claro del Frente Popular, los comunistas propusieron a Pedro Martínez Cartón. A este le sentó muy mal no verse incluido por dicha provincia, y se le acabó presentando, aunque de mala gana por su parte, en la lista de Badajoz, en lugar de un trotskista de Llerena —donde el POUM poseía una importante organización local— propuesto por Vidarte y que había sido enérgicamente rechazado por el PCE.[6] Paradójicamente, Cartón salió elegido diputado por la provincia extremeña, lo que no habría ocurrido en el caso de porfiar en figurar por Toledo. En Alicante, la retirada por el propio PC de la candidatura de Francisco Galán —en compensación por la retirada del PSOE a favor de candidatos republicanos— fue muy mal comprendida por las bases.

Si bien Uribe atribuyó, de forma despectiva, al «cretinismo» parlamentario de los socialistas estas discusiones, no es menos cierto que en las filas del propio PCE la posibilidad, por primera vez en su historia, de alcanzar grupo parlamentario suscitó movimientos de rivalidad interna. En Madrid, dada su trascendencia, comparecían las figuras máximas de los partidos, y por consiguiente debía presentarse por esta circunscripción su secretario general, José Díaz. A esto se opuso Pablo Yagüe, a la sazón secretario del Comité Provincial de Madrid, diciendo que Díaz debía ir por Sevilla, que era su tierra. Como «todos nuestros razonamientos fueron inútiles ante las cabezonadas de Yagüe», la cuestión fue zanjada imponiendo la autoridad del Buró Político, «y Pepe fue nuestro candidato y luego diputado por Madrid». En Vizcaya, el aparato propuso a Vicente Carro, veterano militante del movimiento obrero regional. El secretario general del PC en Euskadi, Juan Astigarrabía, iría por Guipúzcoa, circunscripción prácticamente hegemonizada por el nacionalismo vasco. Ante la previsión de no salir elegido, Astigarrabía trató de sustituir a Carro, sacando a colación algunas de sus insuficiencias políticas. Como en Madrid, fue preciso un cornetazo del Buró Político, pero Astigarrabía no se plegó y se negó a ir en la candidatura guipuzcoana, siendo sustituido por Jesús Larrañaga. El colmo de las tensiones, auténticamente de campanario, se alcanzó en Pontevedra, donde tras lograr obtener un puesto en la candidatura del Frente Popular por esta provincia, las rivalidades entre las organizaciones comunistas de Vigo y Pontevedra impidieron un acuerdo y

llegaron a la conclusión de que el Buró Político designase al candidato, de forma que no fuera ni de Vigo ni de Pontevedra, e incluso que no fuera gallego. Esta fue la razón por la que Adriano Romero fue incluido en la candidatura del Frente Popular de Pontevedra.

A menos de quince días de la celebración de los comicios Madrid informó a Moscú de que habían logrado colocarse 21 candidatos del partido, de los que se esperaba que al menos la mitad obtuvieran escaño.[7] También refirió que la intensificación de la campaña y el entusiasmo desatado estaban llevando a un incremento considerable del número de afiliaciones.[8] No se daban datos, pero algo más de un mes después, en un Pleno del Comité Central con delegados de 47 provincias se informó que el partido contaba con 50.348 miembros y estaba en rápido crecimiento. La mayoría de los nuevos afiliados procedían de las regiones agrícolas, y más de la tercera parte eran mujeres. La Juventud Comunista tenía en ese momento 32.600 militantes.[9]

El 16 de febrero de 1936 los comunistas recogieron el 3,5 por 100 de los votos y obtuvieron 17 diputados.[10] La suma de las nuevas expectativas que se abrían para las clases populares y del temor suscitado entre los sectores conservadores bosquejó el cuadro de tensión creciente que se completaría en los meses siguientes.

PRIMAVERA DE URNAS Y LUCHA

Desde febrero, a la grave situación económica que afectaba al bajo nivel de vida de la clase trabajadora hubo que sumar la crisis artificial creada tras el triunfo del Frente Popular. Previendo la aplicación de la reforma agraria y las expropiaciones sin indemnización, los grandes terratenientes decidieron abandonar las faenas agrícolas para la siguiente temporada. Se detectaron fugas de capitales, retirada de fondos bancarios, torpedeo contra el valor de la peseta, y en el aire planeaba la amenaza de un cierre patronal si el gobierno obligaba a las empresas a pagar las indemnizaciones reconocidas a los represaliados de octubre del 34.

La constitución del nuevo gobierno Azaña fue objeto de valoraciones confusas por parte de la Comintern. Si en primera instancia se valoró no como un gobierno de Frente Popular, sino como un gobierno burgués de izquierda,[11] Moscú consideró sin embargo que debía ser apoyado contra los ataques y un posible golpe de estado de los reaccionarios, para garantizar que pudiera llevar a cabo el programa electoral del Frente Popular, sin perjuicio de que el PCE mantuviese una acción independiente y se reservase el derecho a criticar y a recurrir a la movilización cuando las medidas gubernamentales fueran dirigidas contra los intereses de las clases trabajadoras.[12]

Las semanas siguientes fueron agitadas, transcurriendo bajo el triple signo de la presión popular para que el gobierno llevase a cabo reformas profundas, con verosímiles amenazas de desbordamiento;[13] de la lucha interna en el PSOE, en la que la facción caballerista parecía abonarse a un radicalismo que podía terminar con la ruptura del bloque popular; y de los movimientos para llevar a cabo la consecución de la unidad orgánica del proletariado, empezando por la fusión de las juventudes.

El PCE, según informó Codovilla a Dimitrov, apostaba por el programa de la revolución democrático-burguesa (al que atribuyó, de forma sin duda exagerada, un aplastante apoyo de masas).[14] Sobre el palpitante tema de la reforma agraria, por ejemplo, los comunistas apoyaron las ocupaciones de tierra de forma organizada, como forma de obligar al Instituto de Reforma Agraria (IRA) a acelerar sus pasos, pero limitándose «solo [a] ocupar la tierra de la ex nobleza, de los terratenientes reaccionarios importantes, de la Iglesia, tierras ex comunales, etc. Lo mismo con los almacenes de grano». El partido hacía todos los esfuerzos «para consolidar las posiciones conquistadas y para apoyar, pero no precipitar, luchas prematuras».

En las circunstancias del momento resultaba suicida creer, como lo hacían los socialistas de izquierda, que el bloque popular había cumplido su misión y había que disolverlo. Los socialistas no querían ir a las elecciones municipales con los republicanos. Bien al contrario, los comunistas propusieron a Caballero acordar un programa común «que contenga las reivindicaciones esenciales de la revolución democrático-burguesa» y, al

mismo tiempo, reforzar la unidad proletaria organizando juntos las alianzas obreras y campesinas y discutir sobre la formación del partido único. Sobre este último aspecto se dieron pasos decisivos a últimos de marzo. En concreto, en su reunión del último día del mes el Comité Central aprobó unánimemente las razones adoptadas para la fusión de las juventudes comunista —que decía contar con 35.246 miembros[15]— y socialista. Es interesante señalar que en esta reunión del órgano de dirección comunista tomó parte el todavía militante socialista Santiago Carrillo, que «hizo una magnífica sugerencia política, declarar que la JS se propone adherirse definitivamente a la KIM [Internacional Juvenil Comunista] y procurar que el PS reformado junto con el PC se adhiera a la IC».[16]

En el rampante clima de tensión a que estaba conduciendo la actuación de los grupos de pistoleros falangistas, convenía mantener la cabeza fría y no caer en provocaciones antes de estar preparados para afrontar la lucha en esos términos. No se trataba de responder al atentado con el atentado, sino de impulsar el desarrollo de organizaciones de autodefensa, como las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC), que dotadas de armas cortas y con una rudimentaria instrucción militar cumplían misiones de protección en manifestaciones y actos de masas.[17]

A principios de abril, la Comintern, por boca de Dimitrov y Manuilski, comunicó su alarma por los acontecimientos, que no dudaba en atribuir a los «contrarrevolucionarios». En ellos estaban implicados dos vectores: los socialistas de izquierda —junto con los inevitables «trotskistas»—, con sus intentos de destruir el frente popular; y los anarquistas, de los que se temía un *putsch*, y cuyas actividades habían derivado en la proliferación de choques entre las masas y las fuerzas de orden público y en «los exagerados intentos de incautación de propiedades». La colusión de ambas fuerzas no podría dejar de tener fatales consecuencias para la unidad del frente popular en el parlamento.

La IC realizó un llamamiento dramático a su sección española para que no cayera en ninguna provocación, ya que «sería perjudicial a la revolución en este momento y podría solo favorecer el triunfo de los antirrevolucionarios». Había que impedir que se produjera una ruptura con los republicanos burgueses de Azaña, ni siquiera darles el pretexto para que

se apoyasen en elementos reaccionarios. Se debían emplear todos los medios para acelerar la realización del programa del Frente Popular, particularmente la cuestión agraria. La directriz terminaba haciendo hincapié en la necesidad de apartar el espantajo del peligro rojo:

> En todas las actividades del partido que realicéis se debe resaltar que la creación del poder soviético no está en el orden del día, sino que por el momento, es solamente cuestión de establecer un estado democrático que haga posible ejercer una barrera contra el avance del fascismo y la contrarrevolución, y para fortalecer en general las posiciones del proletariado y sus aliados.[18]

Por más que se llamase a la contención, la presión popular seguía aumentando. Con motivo del desfile del 14 de abril se produjeron incidentes en el Paseo de la Castellana, durante los cuales pistoleros falangistas dispararon contra la presidencia, resultando muerto el alférez de la Guardia Civil Atanasio de los Reyes.[19] Su entierro derivó en nuevos tiroteos entre los participantes en el cortejo —simpatizantes de la extrema derecha— y miembros de las milicias socialistas que los hostilizaban en su marcha hacia el cementerio del Este,[20] con un balance de tres víctimas mortales más y el desencadenamiento de una huelga general en Madrid, de la que Codovilla dio cuenta a Manuilski. El PCE hizo todo lo posible por evitarla y, aunque no se atreviera a manifestar en público su disconformidad con el paro, instó el retorno al trabajo en pos de evitar, a cualquier precio, que degenerara en incidentes violentos en los que las masas fuesen arrastradas por los anarquistas, que pretendían convertir la huelga general en indefinida.[21] La actitud comunista de firme apoyo al gobierno se reiteró en el mensaje en que se daba cuenta del final del paro, dos días más tarde. El PCE se atribuyó, junto con la mayor parte de los socialistas, el mérito de la orientación imprimida a la movilización, de protesta contra las actividades de los grupos fascistas y apoyo a las fuerzas de policía. No significaba ello que no hubiese habido en el seno del propio partido contradicciones e incomprensiones hacia una línea tan moderada. «En algunos casos —se informó—, la presión de los socialistas de izquierda y los anarquistas se ha hecho sentir en nuestras filas, y para no parecer menos “revolucionarios”, se han hecho algunas concesiones.» Se hizo necesario,

para ajustar el rumbo, discutir las directrices de la IC en el Buró Político con el objeto de confirmar definitivamente la línea táctica del partido en este momento, y lograr que todos los miembros la entendieran.[22]

La dirección comunista española estaba preocupada por la deriva tomada por la izquierda socialista, consistente, a su juicio, en incitar a las masas «contra el odiado sector militar y por lo tanto llevar a cabo la revolución proletaria inmediatamente». Como muestra, una parte de los incidentes durante el desfile del 14 de abril tuvieron lugar cuando, al paso de unidades de la Guardia Civil, sectores del público, con los puños en alto, prorrumpieron en gritos de «¡UHP!». Asturias quedaba todavía muy cerca. A ello se añadía el peligro de un *putsch* anarquista, apoyado en la impaciencia revolucionaria de esas mismas masas. Todo ello hacía sumamente necesario el mantenimiento de una actitud de vigilancia por parte del PC.[23]

Mientras tanto, se continuó con la estrategia unitaria, dependiente en buena parte de las tensiones internas y del juego de tendencias en el PSOE. Los comunistas fijaron la fecha de su congreso el 12 de julio, unos días después del congreso socialista, para orientarse hacia la fusión de ambas organizaciones. Entre los dirigentes comunistas locales se extendió la impresión de que los socialistas de izquierda maniobraban para evitar la fusión y la adhesión a la IC, porque lo que deseaban era exclusivamente la entrada en masa de los comunistas en el Partido Socialista para incrementar la fuerza de su plataforma fraccional.[24]

En medio de este proceso surgió en el horizonte el nubarrón de la actividad trotskista. Desde Moscú, Dimitrov alertó al PCE contra antiguos comunistas expulsados y por aquel entonces activos en el seno de otras organizaciones de izquierda: en concreto, aludió a las posibles maniobras de Bullejos en la JS y a la creciente actividad de Maurín en Cataluña. Este último era, con mucho, el más peligroso. El partido y su prensa no estaban haciendo prácticamente ninguna campaña contra el trotskismo. Era imperativo concentrar todas las baterías sobre él, empleando la denuncia pública para «desenmascarar la política aventurera de Maurín y Cía, sus relaciones con Doriot,[25] un agente de Hitler, sus actividades escisionistas, [y] su hostilidad al frente popular». La unificación de las fuerzas proletarias

de Cataluña adquiría una finalidad específica: «arrancar a las masas de la influencia de Maurín». En esta tarea resultaba prioritario educar a los nuevos miembros del partido en el papel contrarrevolucionario de los trotskistas en la URSS, España y otros países.[26]

La lucha entre facciones socialistas estaba poniendo en riesgo la unidad del Frente Popular y la estabilidad del gobierno. Con la elevación de Azaña a la presidencia de la República, tras la destitución de Alcalá Zamora, Caballero y la UGT declararon su voluntad de separarse del Frente Popular. En vista de la gravedad de la situación, Codovilla mantuvo una entrevista con Caballero, a quien después de alguna discusión, logró convencer de que la ruptura sería un grave error y le comprometió no solo a no quebrar la alianza, sino a fortalecerla, y a preservar el frente unido de los partidos obreros y la UGT.[27]

El clima de tensión no cedía en intensidad. En unos casos se reactivaron viejos episodios de violencia entre campesinos y fuerza pública. El 29 de mayo de 1936, en Yeste (Albacete) se produjo un enfrentamiento de esta naturaleza que culminó con un balance de 18 muertos (17 vecinos y un guardia civil), más de 17 heridos y un gran número de detenidos.[28] Dimitrov hizo llegar a Díaz un cable en el que concedió «extraordinaria importancia a los hechos que han ocurrido en la provincia de Albacete ... porque estas acciones perjudican al FP, comprometen al gobierno y favorecen a los contrarrevolucionarios». Recomendó tomar las medidas necesarias para que estos acontecimientos no volvieran a ocurrir y la formación de una comisión parlamentaria para investigar y descubrir a los autores «de esta criminal provocación».[29]

En otros casos, la violencia era resultado de la rivalidad entre las propias organizaciones obreras. El 10 de junio de 1936 fue muerto de un disparo, durante un paro convocado por el Sindicato de Pescadería de la CNT, el concejal comunista de Málaga Andrés Rodríguez, opuesto a las reivindicaciones de los huelguistas. Al día siguiente, cuando salía de su domicilio para asistir al sepelio, fue también asesinado el presidente de la Diputación Provincial, el socialista Antonio Román Reina.[30] El

Secretariado de la IC instó nuevamente, para rebajar tensiones, a la apertura de una comisión de investigación y al diálogo al máximo nivel entre las dos centrales obreras para acabar con las hostilidades.[31]

PREPARADOS PARA EL FUTURO

La agudización de las tensiones sociales y políticas en España tras el triunfo del Frente Popular y la preparación del V Congreso que el PCE debería celebrar a partir del 12 de julio hizo que Moscú convocara a los dirigentes del partido al Presídium del Comité Ejecutivo de la IC, en la sesión del 22 de mayo de 1936.[32] En esta reunión, Hernández presentó a la Internacional el programa del próximo cónclave del partido, cuyo orden del día, aparte de los aspectos sectoriales y orgánicos, tendría como eje principal la formación del Partido Único del Proletariado.[33]

Comenzó pasando revista a la situación del país en los convulsos meses de la primavera de 1936. Las elecciones, a pesar de los condicionamientos en contra —«la derecha hizo campaña con el lema: "Votar al Frente Popular es votar a Dimitrof [*sic*], votar por España y contra Dimitrof"»—, habían sido un triunfo de las masas antifascistas, gracias fundamentalmente a la política de Frente Popular, que el PCE no dudó en arrogarse como propia. Se percibieron factores decisivos, de nuevo cuño, como la participación masiva de las mujeres y la participación electoral de las bases anarcosindicalistas. Este desplazamiento hacia la izquierda se había acentuado incluso en aquellas provincias, como Granada o Cuenca, donde se hizo necesario repetir el proceso electoral, y a pesar de las presiones de la reacción.

A la clásica cuestión ¿qué hacer?, Hernández respondió que la situación obligaba al partido a plantearse la reorganización de la economía del país sobre una nueva base. Sorprende que el programa formulado por el dirigente comunista tenga evocaciones casi keynesianas. En concreto, postuló la nacionalización de algunas industrias, en primer lugar la del carbón, para después obligar a las industrias del transporte, ferrocarril, barcos, etc., a consumir carbón nacional. En el campo, cuya situación era

explosiva,[34] propuso llevar a cabo una campaña de agitación nacional bajo el lema «Es necesario salvar al país del hambre», planteando la medida de expropiar las tierras que no se trabajasen para ser distribuidas entre los campesinos, con el compromiso de entrega por parte del Estado de *stocks* de semillas y la habilitación de créditos al consumo. Para aliviar la situación del campo y la de los obreros sin trabajo, el PCE proponía realizar un vasto plan de obras públicas, de irrigación, de electrificación, construcción de caminos e higienización de los pueblos, para lo cual sería necesaria una fuerte inversión estatal, cuyos fondos procederían de un impuesto progresivo sobre la propiedad rústica y sobre la renta en general, sobre los beneficios de los bancos, las sociedades anónimas y las grandes industrias. Si ello no bastaba, sería necesario un empréstito forzoso sobre el Banco de España y los grandes capitales.

Mientras la coyuntura socioeconómica se tornaba cada vez más grave, las clases populares habían recibido del gobierno, desde el mes de marzo, medidas esencialmente reparadoras de los efectos represivos del Bienio Negro: el decreto sobre readmisión con indemnización (3 a 6 meses de salario) de los represaliados de octubre, la amnistía general, la reactivación del estatuto de autonomía catalán y la elaboración del vasco, la revisión de desahucios de campesinos (con el asentamiento por el Instituto de Reforma Agraria de 87.000 familias y medio millón de personas), el restablecimiento de la legislación social, el desarme y disolución de las organizaciones fascistas, la desmilitarización de los obreros que trabajaban en las industrias de guerra, una depuración superficial de las fuerzas represivas y del ejército, y el nombramiento de una comisión de investigación sobre la represión de octubre. Sin embargo, para que el gobierno avanzara en otros ámbitos se hacía preciso someterlo a presión: huelgas económicas, políticas, conjuntas de ocupados y parados, parciales y generales, ocupación de fábricas e invasiones en masas de fincas... Era en estas circunstancias cuando el Estado se veía obligado a intervenir a través de sus delegados de trabajo, y en general su dictamen era favorable a los obreros.

Respecto a la inquietud que generaban en el extranjero incidentes como el incendio de establecimientos religiosos, Hernández procuró alejar a los comunistas de la responsabilidad sobre ello, si bien explicaba que en

algunos casos los asaltos se debieron a encontrarse en su interior «depósitos de armas fascistas o que desde ellas se ha hecho fuego contra manifestaciones populares». El PCE, contrario a este tipo de prácticas, se propuso como tarea aún no resuelta educar a las masas en el correcto enfoque del problema religioso, rechazando el anticlericalismo visceral.

Adecuándose rápidamente a la nueva estrategia, el PCE iba ganando aceleradamente espacios de respetabilidad, incluso entre las fuerzas republicanas que detentaban el gobierno. Hernández proporcionaba un ejemplo:

> Debido a las provocaciones de reaccionarios y fascistas y también a la negativa de dar cumplimiento a las disposiciones del gobierno sobre la admisión de los obreros represaliados se producían y producen infinidad de movimientos de protesta en todos los pueblos de España. Los gobernadores delegan su autoridad en unos funcionarios llamados delegados gubernativos que acuden a estos pueblos a tratar de dar una solución al conflicto existente. Pues bien, en casi todas las provincias de España hemos tenido delegados gubernativos en las personas de comunistas (en funciones gubernativas) ... Hay otros casos como la actividad desplegada por el gobierno y altos funcionarios de la policía para que nuestros camaradas estén alerta frente a los intentos de asesinatos preparados por los fascistas contra ellos. En estas ocasiones no solamente dan facilidades para la defensa de nuestros camaradas sino que de común acuerdo con ellos estudian las formas más convenientes.[35]

La conclusión a la que llegó fue que, sin olvidar que el gobierno no era más que un gobierno republicano de izquierda, o sea, burgués, «podemos seguir un gran trecho del camino en común, para mejorar las condiciones de vida, de trabajo, de cultura y bienestar de las masas laboriosas de nuestro país y asestar golpes serios a las fuerzas de la reacción y el fascismo». El giro hacia la política de Frente Popular en la acepción canónica de Dimitrov había llegado a su conclusión.

Al calor del antifascismo crecían las dinámicas unitarias entre las organizaciones marxistas de la clase trabajadora española. Tras la fusión de la comunista Confederación General del Trabajo Unitaria (CGTU) con la UGT, esta central sindical contaba con 745.000 obreros industriales, unos 253.000 campesinos y más de 200.000 obreros en trance de afiliación. La CNT, que declaraba 559.000 adherentes, también se reforzaba aunque no al

ritmo impetuoso de la UGT. El gran éxito unitario lo constituyó la creación de la Juventud Socialista Unificada (JSU).[36] El primer logro había sido la homogeneización ideológica:

> la eliminación de toda una serie de concepciones que reflejaban influencias de tipo trotskista y de vanguardismo entre ellos [los jóvenes socialistas] ... Ya se han pronunciado abiertamente contra el trotskismo como corriente contrarrevolucionaria y luchan dentro de sus filas por la expulsión de estos elementos. Tal es el caso de la decisión tomada contra la fracción dirigida por Bullejos y algunos elementos trotskistas en el seno de la Juventud Socialista de Madrid.

Desde el punto de vista orgánico, el resultado de la fusión iba más allá de la mera suma de efectivos, desencadenando efectos sinérgicos: si la Juventud Comunista tenía antes del 16 de febrero 14.000 miembros y en el momento de la fusión contaba con 50.680; y la Juventud Socialista contaba con unos 65.000, dos o tres semanas después de la fusión la Juventud Unificada tenía ya 140.000 miembros. A ellos había que añadir «decenas de miles de pioneros, entre 40.000 y 50.000 mujeres y unos 30.000 jóvenes en la Federación Deportiva Obrera».

Las relaciones con el Partido Socialista fueron objeto de especial atención, particularmente con el sector que seguía a Largo Caballero. «Nuestros esfuerzos tienden a acelerar su comprensión de los problemas ya que no olvidamos que ha de ser con estas fuerzas con las cuales hemos de crear el partido único revolucionario del proletariado en España.» Los comunistas eran conscientes de que el peligro de la escisión se había acentuado considerablemente en el PSOE: «En toda la prensa se habla de la posibilidad de la ruptura del PS y de la creación por parte de Prieto de un partido de tipo republicano radical socialista con las fuerzas que él acaudilla y algunas otras fuerzas del campo republicano». El PCE se comprometió a emplear todos sus esfuerzos en impedir, en la medida de sus posibilidades, la escisión del PS y a

> apoyar la labor de depuración de los elementos derechistas y de la parte más podrida del centro procurando salvar a la masa de obreros que siguen a los líderes centristas (Asturias) porque son la masa de obreros revolucionarios que pueden y deben marchar en conjunto con la izquierda del partido socialista para formar con nosotros el partido único del proletariado.

En lo tocante a las propias fuerzas, el PCE reconocía que pudo salvar a la mayoría de cuadros dirigentes tras la derrota de octubre, a excepción de Asturias, donde el partido fue casi deshecho. Desde entonces, al calor de las campañas frentepopulistas, la recuperación había sido un hecho: antes de las elecciones de febrero el partido tenía alrededor de 20.000 miembros; en el mes de mayo tenía registrados 83.967. Era, en expresión de Hernández, «el comienzo de la transformación de nuestro partido en un gran partido de masas. Como tarea nos hemos dado la de alcanzar los 100.000 afiliados para la fecha de la celebración de nuestro V Congreso».[37] El reclutamiento más importante procedió de las zonas agrícolas y de las ciudades de tipo semiindustrial (Málaga, Sevilla, Jaén, Valencia, Badajoz, etc.), y de los centros mineros (Asturias y, en menor medida, Vizcaya). La mayoría de los nuevos miembros eran obreros de la UGT y solo una mínima parte no habían estado organizados con anterioridad. Era escaso el número de nuevos adherentes procedentes del PSOE, «ya que el partido no hace una campaña especial para lograr miembros del ala izquierda del PS puesto que la perspectiva es la de fusionar sus fuerzas y las nuestras», y mucho más escaso aún el de procedentes del anarquismo.

Los puntos débiles del fortalecimiento de la organización eran dos: la carencia de cuadros formados para educar a la avalancha de nuevos militantes y la escasa presencia en Cataluña. Respecto al primero, se planteó como tema prioritario la creación de escuelas de formación, teniendo en cuenta que la mayor parte de los nuevos miembros provenían de centrales sindicales o grupos cuya forma de trabajo era ajena al centralismo democrático propio de las organizaciones comunistas. En buena lógica leninista, había que fortalecer la cadena de responsabilidad entre la cúspide y las bases «para garantizar que las instrucciones que se transmiten a las células se cumplen».

En lo tocante a Cataluña, el partido apenas sobrepasaba los 2.000 adherentes en aquel territorio a causa de la gran fragmentación de organizaciones (PCC, Partit Català Proletari, Unió Socialista...); la hegemonía anarcosindicalista (en Cataluña había 50.000 miembros de UGT por 90.000 de CNT); y la inadecuada comprensión del problema nacional catalán, lo que unido a la histórica lucha fraccional sufrida por el

comunismo pasó factura en forma de debilidad del sector ortodoxo ante la fuerza encabezada por el disidente Joaquín Maurín, el Bloque Obrero y Campesino. El primer paso hacia la lucha por la hegemonía —que tantos conflictos iba a generar en la Cataluña en guerra— se estaba comenzando a dar con la aproximación de las fuerzas simpatizantes de la IC para la formación del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC).

El análisis de Hernández sobre los peligros que se cernían a corto y medio plazo sobre el gobierno combinó a partes iguales preocupación, apreciaciones clamorosamente erróneas y declaraciones de profundización en la línea frentepopulista. En cuanto al problema del peso de los sectores reaccionarios en el ejército y a su capacidad para desencadenar un levantamiento lo consideró preocupante, si bien se dejó llevar por lo que juzgaba «un cierto desplazamiento de la oficialidad hacia el Frente Popular como asimismo hacia nuestro partido».[38] Con respecto al futuro, consideraba que

> la lucha actual está planteada entre fascismo y antifascismo, entre revolución y contrarrevolución, lucha que aún no está terminada ni decidida. El Partido se desarrolla rápidamente, pero la dirección no olvida que los éxitos logrados no están aún consolidados definitivamente. Justamente porque la lucha tiene este carácter todavía en nuestro país es por lo cual nosotros no planteamos como perspectiva inmediata la instauración del poder soviético sino la lucha por la consolidación de la República democrática, es decir, que tomamos la orientación de la terminación de la Revolución democrático burguesa, punto en el cual discrepamos de los socialistas que estiman aún en su inmensa mayoría que el problema actual es la lucha directa por la dictadura del proletariado y por el socialismo.

Con este conjunto analítico el PCE consolidó una transformación fundamental. En menos de una década —si se considera en un tiempo «largo»— o de un lustro, mirándolo a corto plazo, el Partido Comunista había pasado de ocupar un lugar marginal, alojado en el extremo radical, violento y sin capacidad alguna de influencia del sector político de la izquierda, limitado a un puñado de activistas con una estereotipada, escasa e ineficaz percepción de la realidad, a ubicarse en un espacio de centralidad, al calor del movimiento unitario desplegado por la oposición a la extensión del fascismo en la segunda mitad de los años treinta.

Todos —o casi todos— los temas que agitarían la relación entre las fuerzas de la izquierda, la pugna por la hegemonía y la filosofía de la naturaleza del proceso que se abriría con la guerra civil se encontraban ya en el arsenal estratégico del PCE antes de iniciarse el conflicto.

5

El comienzo de la guerra (julio-octubre, 1936)

EN LOS DÍAS PREVIOS a la sublevación militar el PCE y la Comintern mantuvieron constantemente contactos radiados. El 13 de julio «Luis» Codovilla elevó un mensaje a Manuilski en el que, tras valorar como enormemente grave la situación creada por los asesinatos del teniente Castillo y del líder reaccionario Calvo Sotelo, y asegurar que los comunistas españoles contribuirían a reforzar el Frente Popular y apoyar la posición del gobierno, consideraba, sin embargo, que el principal peligro del momento procedía de una posible colusión entre la errada táctica de los líderes anarquistas de prolongar las huelgas con la idea de confrontar a los trabajadores con el gobierno y la actitud provocativa de los grupos fascistas que sembraban la violencia en las calles.[1] Coincidía en ello con la apreciación del gobierno de Casares Quiroga y del presidente de la República, Azaña, que recelaban más de una situación insurreccional multifocal del anarcosindicalismo que de una sublevación militar, con el consiguiente cálculo erróneo acerca del verdadero origen del peligro y sus posteriores consecuencias catastróficas.

LOS CONFUSOS PRIMEROS DÍAS

El 17 de julio, mientras el levantamiento daba sus primeros pasos en el protectorado de Marruecos, Manuilski y Dimitrov dirigieron nuevas instrucciones a Codovilla y al Buró Político del PCE, mediante las que

aconsejaron, en primer lugar, «preservar intactas, y a toda costa, las filas del Frente Popular», empleando todas las formas de presión sobre el gobierno —reuniones, resoluciones...— con el fin de provocar un rechazo decisivo del fascismo, y para conseguir medidas enérgicas por parte del gobierno contra los insurgentes. Continuaron exigiendo el arresto inmediato de los líderes parlamentarios que se hubieran levantado contra el gobierno; depurar en su totalidad el ejército, la policía y las fuerzas del orden; en consonancia con la concepción de la revolución española como un proceso antioligárquico, la Comintern instó a los comunistas a «despojar a la aristocracia de todos los derechos de ciudadanía, confiscar sus bienes, expulsarla del país y prohibir su prensa»; la creación de un tribunal especial «contra los aventureros, terroristas, conspiradores y fascistas rebeldes, y aplicar a éstos la máxima pena, incluida la expropiación de sus bienes»; y por último, llamó a la formación de milicias de obreros y campesinos. Todavía se prestaba especial atención al vector anarquista como agravante de la situación, indicando que:

> Es necesario tomar medidas preventivas con gran urgencia contra los intentos *putschistas* de los anarquistas, tras los cuales se oculta la mano del Fascismo. [Para ello] proponer a la CNT la inmediata construcción a nivel nacional y local de comités de unidad para luchar contra los insurgentes fascistas y preparar la unificación de los sindicatos. Si la dirección anarquista rechaza esta proposición, debéis tomar una posición pública contra los anarquistas como rompehuelgas de la lucha contra el fascismo entre la clase obrera.[2]

Dos días después, el 19, ante la falta de respuesta, Dimitrov se dirigió a Codovilla para solicitarle que acusara recibo del anterior mensaje e informara de lo que sucedía con el Frente Popular y la situación en el ejército.[3] En un telegrama firmado conjuntamente, Codovilla y José Díaz ofrecieron tres días después del inicio de la rebelión una visión triunfalista del desarrollo de los acontecimientos: «La insurrección militar está aplastada. En algunas partes del país la lucha continúa, pero no es nada definitivo».[4]

El mismo día, Moscú, nada confiado en la idílica interpretación de los representantes de la sección española de la Internacional, reiteró la línea de defensa de la República y del Frente Popular proponiendo, si era preciso, la

formación de un nuevo gobierno con la incorporación de todas las fuerzas políticas, comunistas incluidos.[5]

El 21 Codovilla y Díaz reiteraron su visión optimista tomando como base la situación de Madrid donde, tras el aplastamiento del foco golpista del Cuartel de la Montaña, la situación se encontraba controlada por las milicias y las fuerzas del gobierno. Como proclamaba la portada del órgano comunista,

> definitivamente aplastados en Madrid y sus alrededores, sólo restan por sofocar algunos focos que se mantienen en provincias en desesperada situación. Es bien probable que el nuevo día amanezca con el anuncio de la victoria definitiva de las fuerzas del pueblo en todo el país.[6]

Después del reparto de armas y el doblegamiento de la intentona militar, las milicias fueron reconocidas oficialmente y los milicianos recibieron un salario. El entusiasmo por las milicias exultaba en la prensa del partido, con una posición que, de forma aún imprecisa, apostaba por un drástico saneamiento de la cúpula de mando y el otorgamiento de un decisivo peso específico para los mandos emergentes de la estructura miliciana dentro del nuevo ejército.[7]

Convencidos del inminente triunfo popular sobre los sublevados, Codovilla y Díaz señalaron como único punto negro el desorden provocado por la propensión de los anarquistas al «saqueo y al incendio». Para cortar de raíz los excesos, aseguraron, los autores de estos actos habían sido advertidos de que, de persistir en estos actos de provocación «se les aplicará la ley revolucionaria».[8]

Los dirigentes españoles comunicaron a Manuilski y Dimitrov que se habían instalado en las oficinas de Acción Popular —en el número 6 de la calle de Serrano—, donde habían caído en sus manos los ficheros de miembros de sus juventudes, las JAP, que en buena parte se habían sumado a la violencia del pistolerismo falangista. «Los mantendremos en un lugar seguro después de que los hayamos estudiado.»[9] Serían útiles para la persecución y eliminación de los elementos derechistas. De hecho, en estos primeros días, los telegramas de Codovilla dejaban traslucir la lucha desencadenada contra los enemigos de la República, a los que se aplicaba la

«ley revolucionaria», avalada porque «el odio contra el fascismo que llega hasta el más tímido justifica cualquier tipo de medidas revolucionarias».[10] Máxime en una situación de confusión total, en la que nadie sabía exactamente quién representaba u obedecía a quién.[11]

Confiando en la rápida liquidación de la sublevación militar, Codovilla pensó que se abría una nueva etapa en la que era «evidente que las medidas que se tomen impulsarán al gobierno del FP en condiciones de desplegar un enorme desarrollo de la revolución democrático-burguesa, en la que pensamos que debemos tomar parte». Solicitada a este respecto la opinión de la Comintern, su Secretariado se encargó de templar el entusiasmo de los dirigentes españoles: «Nos os dejéis engañar por vuestros éxitos iniciales. Vuestros adversarios van a prolongar la guerra civil». En consecuencia, se les instó a desarrollar «la ofensiva decisiva más audaz contra los focos más importantes de la contrarrevolución con el fin de aniquilar sin piedad a los líderes rebeldes».

Moscú consideró extremadamente importante atraer masas de campesinos a la lucha contra los insurgentes. Futuro elemento de controversia con los anarcosindicalistas, la Comintern propuso «avanzar en la confiscación de las tierras de los que participan en la rebelión» (y solo estas) para repartirlas a los campesinos.[12] No se dejó de insistir en que lo más importante era la preservación y el refuerzo del Frente Popular. En consecuencia, la directriz a los comunistas españoles fue tajante: «Debéis actuar exclusivamente bajo la bandera de la República».[13]

Los dirigentes de la Internacional seguían sin tenerlas todas consigo y recelaban de la verosimilitud inicial de las noticias transmitidas por Codovilla, cuyo inveterado optimismo no podía ocultar que la situación se prolongaba demasiado como para creer en una victoria fulgurante de las fuerzas republicanas.[14] Moscú apenas podía ocultar su ansiedad ante el parsimonioso goteo de noticias: en un mismo día, el 20 de julio, remitió dos cables a España, un primero en el que indicaba que se abriría el canal de comunicación cada tres horas, o en el tiempo que fuese más conveniente

para la sección española; y un segundo en el que se avisó del mantenimiento permanente de la comunicación («Os escuchamos todo el tiempo. Si tenéis noticias podéis enviarlas a cualquier hora»).[15]

Las respuestas de Codovilla no podían ser, al mismo tiempo, más paradójicas y desasosegantes. El día 22 aseguró que la insurrección fascista estaba definitivamente aplastada, pero que al tiempo en que abandonaban sus posiciones, los sublevados dejaban un paisaje de muerte y tierra quemada, como debía haber ocurrido en Sevilla, de la que no se tenían noticias, aunque parecía que «habían matado a gran número de nuestros camaradas».[16] Cuatro días después se explayó en una prolija exposición destinada a demostrar que el gobierno mantenía el control de la mayor parte del país, a excepción de zonas donde los rebeldes habían logrado apoderarse de capitales con el territorio de sus correspondientes provincias —Navarra, Burgos, Valladolid y Palencia (*sic*)— y zonas donde solo controlaban las ciudades pero no el territorio —Sevilla, Zaragoza y Cádiz.[17]

El 23 de julio el Secretariado de la Comintern discutió la situación en España a partir de un informe de Ernö Gerö («Pedro», futuro asesor del Partido Socialista Unificado de Cataluña, PSUC). En esta reunión se acordaron las instrucciones que se habrían de transmitir a España y que, tras ser sometidas por Dimitrov a la aprobación de Stalin, constituyeron la línea oficial de Moscú respecto a los inicios del conflicto español.[18] El texto de la intervención de Dimitrov ante el Comité Ejecutivo de la Comintern ha sido dado a conocer en la compilación de Radosh y sus colaboradores,[19] que, en su línea habitual, glosan el informe de manera que consideran la afirmación sobre las cautelas necesarias para no lanzarse a la creación de soviets «*en la presente fase*» [el subrayado es suyo] como una prueba evidente de la teoría del «camuflaje» de las verdaderas intenciones comunistas enunciada en su día por Bolloten.

Sería un error, comenzaba Dimitrov, considerar que los acontecimientos marchaban hacia una pronta destrucción de los rebeldes y, en consecuencia, lanzarse «a por todas». En las presentes circunstancias, proponer la creación de soviets y tratar de establecer una dictadura del proletariado en España constituiría un error fatal. Las consignas, pues, eran: defender la República; no abandonar las posiciones del régimen

democrático en España; mantener la unidad con la pequeña burguesía, los campesinos y los intelectuales radicales, consolidando y reforzando la República democrática, mediante la destrucción total de los elementos contrarrevolucionarios.

Lógicamente, en las circunstancias del momento, los comunistas españoles estarían sometidos a muchas tentaciones. Puso como ejemplo la incautación de la sede de Acción Popular. «Es estupendo», afirmó, pero no debía generalizarse: «Si nuestra gente comienza a confiscar fábricas y empresas, y a causar estragos, la pequeña burguesía, los intelectuales radicales y parte del campesinado pueden apartarse de nosotros, y nuestras fuerzas no son todavía suficientes para una lucha contra los contrarrevolucionarios». No había que lanzarse hacia delante dejándose llevar por el entusiasmo.

Un tema candente era la cuestión de qué hacer con el ejército. ¿Era preciso sustituirlo por una milicia popular? Frente a las posiciones izquierdistas, Dimitrov consideró que era necesario crear un ejército popular republicano, depurado de los elementos del viejo ejército de casta pero que, al mismo tiempo, integrara a los oficiales y generales que hubieran permanecido leales a la República. El dirigente búlgaro cerró su informe proponiendo la expropiación de los bienes raíces de los grandes terratenientes y la Iglesia, y su distribución entre los campesinos para vincular a estos en la defensa de la República.

El 24 se transmitió a España un cable que comenzaba con un reproche —«Díaz. Luis. Vuestra información es insuficiente; no es concreta, sino sentimental. Una vez más os pedimos que nos enviéis noticias serias y eficaces»— y enumeraba a continuación las tareas ineludibles: concentrarse en el asunto fundamental del momento, la rápida y definitiva liquidación de la insurrección fascista; fortalecer la unidad del Frente Popular; no minimizar las dificultades ni los nuevos riesgos; no abandonar las posiciones del régimen democrático y no aventurarse fuera de los límites de la defensa de la República.

Asimismo, se desaconsejaba, si no era absolutamente necesario, que los comunistas participasen en un hipotético gobierno, y hacerlo solo «si es urgente y absolutamente necesario para aplastar la insurrección». Se

mantuvo de esta forma la línea de apoyar desde fuera, sin formar parte de ellos, a los gobiernos de Frente Popular, evitando las tentaciones, alimentadas por un romanticismo revolucionario, de avanzar posiciones hacia una solución de carácter soviético. Por último, se urgió a reconsiderar la oportunidad, en ese momento, de ceder al primer impulso de reemplazar el ejército regular por las milicias populares, al tiempo que se planteó la posibilidad de atraer al campo republicano a los oficiales que abandonaran inmediatamente las filas de los rebeldes y se pusieran al lado del pueblo, mediante un decreto de amnistía.[20]

Como recordó posteriormente en su memorias Vicente Uribe, el PCE brindó todo el apoyo posible al gobierno de José Giral e hizo cuanto pudo por ayudarle en su tarea, aunque la valoración que le merecía era muy pobre: «Podía derribarse por sí solo en cualquier momento». Pero era la representación legal de la República y había que mantenerlo a toda costa. Al no estar representados los comunistas en el gabinete, Uribe fue el delegado del partido para aportarle la colaboración que los comunistas pudiesen ofrecer en aquellas circunstancias.[21]

Entre preocupaciones por los rumores acerca de la suerte corrida por algunos dirigentes del partido español durante los primeros confusos días,[22] un nuevo telegrama instó personalmente a José Díaz a impulsar pronunciamientos públicos de que en la actual coyuntura el PCE había apostado por defender la República democrática y no luchaba por establecer la dictadura del proletariado.[23] El 29, Dolores Ibárruri, en una intervención retransmitida por Unión Radio de Madrid, hizo un llamamiento en nombre del Comité Central del partido en el que fijó las posiciones requeridas. Pasionaria calificó el momento como el del desarrollo de la revolución democrático-burguesa que en otros países de Europa se había producido hacía un siglo, y en la que los comunistas españoles reclamaban un papel de vanguardia en la lucha contra las fuerzas que representaban el oscurantismo de tiempos pasados.

La pugna que se libraba en suelo español tenía como antagonistas a la España democrática, liberal y republicana frente a las fuerzas reaccionarias y fascistas «que, buscando ayudas inconfesables, quieren implantar en nuestro país un régimen de terror y de sangre». El Partido Comunista,

prosiguió, consciente de su responsabilidad histórica, estaba, «con alma y con vida, dispuesto a defender la república, a defender la democracia, a defender las libertades conseguidas a través de luchas sangrientas contra la reacción». Y concluyó:

> Nosotros, comunistas, defendemos un régimen de libertad y de democracia; nosotros, al lado de los republicanos, de los socialistas y de los anarquistas, impediremos cueste lo que cueste que España camine hacia atrás, que marche de espalda al progreso ... En estas horas históricas, el Partido Comunista, fiel a sus principios revolucionarios, respetuoso con la voluntad del pueblo, se coloca al lado del Gobierno que es la expresión de esta voluntad, al lado de la República, al lado de la democracia.

Solicitó el apoyo internacional para evitar cualquier posibilidad de injerencia exterior en forma de ayuda a los rebeldes, y que se dejase manos libres a los propios españoles para resolver la situación creada por el levantamiento faccioso.[24]

Fue de nuevo Pasionaria —casi con total seguridad, a tenor de los recursos retóricos contenidos en el documento—[25] la encargada de redactar el manifiesto del Partido Comunista que se dio a conocer en la fecha en que se cumplió el primer mes de guerra. En este texto, subtitulado «¡Contra los promotores de la guerra, unión nacional de los que anhelan una España grande por su cultura, una España libre, una España de paz, de trabajo y de bienestar!», se hizo balance de las primeras semanas de contienda para pasar a continuación a definir el carácter de la lucha y determinar los medios para alcanzar la victoria definitiva. Respecto al primer punto se apreció un giro esencial:

> La lucha [que] en los primeros momentos pudo tener solamente el carácter de una lucha entre la democracia y el fascismo, entre la reacción y el progreso, entre el pasado y el porvenir, ha roto estos marcos para transformarse en una guerra santa, en una guerra nacional, en una guerra en defensa de un pueblo que se siente traicionado.

El camino de la victoria pasaba por una profunda reorganización del ejército, del que ya no se planteaba su sustitución por las milicias, sino una inteligente conjugación de las nuevas fuerzas armadas emanadas del pueblo con los militares adictos para la formación de un nuevo Ejército Popular

dotado de las debidas cohesión y disciplina. A este punto contribuyó, como señaló Uribe posteriormente, que los pocos mandos militares profesionales que habían permanecido leales se dirigieran constantemente al PCE en demanda de fuerzas para hacer frente a las necesidades y que el partido les ayudara constantemente en la coordinación del esfuerzo militar.[26]

La apuesta de los comunistas por la creación de un nuevo ejército no contó con el apoyo ni de los anarquistas —profundamente imbuidos de la mentalidad antimilitarista que había caracterizado al movimiento obrero español desde la Restauración— ni con la comprensión de algunos sectores del Partido Socialista. Cuando Uribe, que formaba parte del Comité de Milicias de Madrid, expuso la posición de su partido respecto a la necesidad de formar un nuevo ejército, superar la etapa de las milicias y potenciar una industria de guerra, Enrique de Francisco, socialista caballerista, sentenció que la creación del ejército sería una traición al pueblo y a las milicias, y que en cuanto al material de guerra, no veía más fuente que el abastecimiento desde el extranjero.[27]

Consciente de la nueva realidad de la guerra total, el PCE planteó una férrea organización de la retaguardia, para garantizar la producción y el aprovisionamiento. A ello contribuiría la movilización de todo el pueblo, incluyendo a las mujeres, que debían ocupar un nuevo lugar en la producción en todos los sectores.

El manifiesto fijó el significado de la lucha para el pueblo republicano: no se trataba exactamente de una guerra ofensiva, de una revolución para la consecución de un nuevo sistema social. Era, por el contrario, una guerra en defensa de «todas las conquistas democráticas, [de] todas las libertades populares»:

> Defendemos las más puras esencias de la democracia; luchamos por que los obreros tengan un salario remunerador; por que no vuelvan a ser azotados por el espectro del paro y del hambre; luchamos por una legislación justa, por la igualdad de derechos políticos y sociales para la mujer; luchamos por que los campesinos tengan la tierra suficiente para poder vivir. Queremos el bienestar para todo el pueblo ... Defendemos las libertades a que tienen derecho Cataluña, Euskadi, Galicia y Marruecos.

Concluyó con sendos llamamientos a la lucha a los pueblos de Euskadi y Cataluña, a los soldados, los campesinos, las mujeres y madres, y a los españoles en general.[28] Siguiendo un modelo propio de la propaganda comunista, las ideas fundamentales del manifiesto fueron reiteradas y explicadas machaconamente en días y semanas sucesivos. *Mundo Obrero* dedicó un editorial o un artículo de portada a glosar alguno de los puntos hasta, por lo menos, los primeros días de septiembre, con la formación del nuevo gobierno.

El 26 de agosto amplió hasta una escala casi programática la concepción que los comunistas tenían acerca de cuáles debían ser las bases sobre las que se desarrollase la República en aquellos momentos. El primer objetivo primordial, al que quedaban supeditados todos los demás, era el aplastamiento de la reacción. Conseguido lo cual, el nuevo impulso político debería llevar, dentro de la más estrecha unidad del Frente Popular, a la nacionalización de los recursos financieros (el Banco de España), al control de la banca privada, la nacionalización de los ferrocarriles, de las minas y de las industrias fundamentales, así como la incautación de todas las industrias y empresas abandonadas por sus dueños. Se apostaba por la municipalización de todos los servicios públicos y urbanos (tranvías, autobuses, gas, electricidad, casas de vecinos) y su entrega a los ayuntamientos, las organizaciones obreras y los comités de Frente Popular, así como por un apoyo estatal a un ambicioso programa de obras públicas (regadíos, carreteras y puertos). Se defendía una aplicación contundente de la reforma agraria, empezando por la incautación de las tierras y latifundios de los simpatizantes de la sublevación. Por último, se pretendía atender a las necesidades de las clases medias mediante una «política hacendaria que desgrave de las cargas que una economía semifeudal hacía pesar sobre la pequeña burguesía rural y urbana, una legislación social que asegure el bienestar material y cultural de las clases trabajadoras».[29]

Si en esta primera glosa se hizo hincapié en quiénes eran los adversarios de la República democrática y qué medidas, propias de una guerra total moderna, debían adoptarse en pos de una disciplina centralizada, en intervenciones posteriores se diseñó el perfil de la base social republicana. El 4 de septiembre, la víspera de ser designado ministro

de Instrucción Pública, Jesús Hernández habló por los micrófonos de la emisora del PCE en Madrid para afirmar que la guerra era contra los «enemigos seculares [de España], los magnates de la tierra [y] los usureros miserables». Frente a ellos se encontraban obreros y campesinos que combatían «por una existencia digna, por la posesión de la tierra, por la libertad», intelectuales en lucha «por la causa de la cultura amenazada y el progreso detenido», mujeres que no querían «el látigo y el hambre para [sus] hijos», y en definitiva, el «pueblo trabajador, digno e invencible».[30]

El 9 de septiembre, en un mitin ante el Comité Provincial de Madrid para explicar la posición ante el nuevo gobierno de unión nacional presidido por Largo Caballero, el diputado y miembro del Buró Político, Antonio Mije, empleó un término incluyente, con un significado interclasista que, alejándose definitivamente del discurso exclusivamente proletario tradicional, definiría durante la duración de la contienda a la base social a la que pretendía representar el PCE, el «pueblo laborioso».[31] Era en su representación que el Partido Comunista, como parte integrante del gobierno, quería impulsar un programa consistente en: 1) dominar completamente la sublevación militar; 2) reorganizar el Ejército Popular; 3) resolver el problema de la tierra; 4) aniquilar el poder económico y político de la Iglesia; 5) el mejoramiento del nivel de vida de los trabajadores, con establecimiento de un salario mínimo, seguros sociales de paro, enfermedad y vejez; 6) la plenitud de derechos para Cataluña, Euskadi, Galicia y democratización de Marruecos; y 7) la lucha por la paz mundial.

El PCE culminó así la misión de sintonizar su línea política interior con la diseñada desde Moscú. Al menos por el momento, los objetivos de la lucha estaban claros, como señaló algún observador extranjero: «El PCE no cree, *en las actuales circunstancias*, en la viabilidad y las posibilidades de una República soviética española; considera que, a la vista del estado de Europa y los riesgos de una cruzada antiobrera, el paso por la fase de una República democrática fuertemente escorada a la izquierda es inevitable, por un tiempo más o menos largo».[32] La dinámica de la guerra sometería esta posición a nuevas tensiones.

Entre la no intervención y la decisión de participar

Las primeras reacciones de la Comintern son indisociables de la línea diplomática adoptada por la Unión Soviética en la segunda mitad de la década de los treinta, vinculada al establecimiento de una política colectiva de seguridad en Europa mediante una entente con Francia y, si fuera posible, Gran Bretaña. La guerra de España vino a dislocar los intentos de aproximación de Stalin a Occidente, por lo que convenía a Moscú tranquilizar a las cancillerías y procurar no involucrarse directamente en el avispero español. En este sentido hay que interpretar la directriz transmitida por la URSS a sus representantes, interceptada, por los informadores de la Prefectura de policía de París, en la que se instaba a los representantes diplomáticos a no manifestar públicamente su simpatía por la República,[33] y la aceptación de un asiento en el Comité de Londres —órgano vigilante del acuerdo de no intervención— en agosto de 1936.

Hasta entonces, el gobierno soviético, sus representantes diplomáticos e incluso agentes de sus servicios de inteligencia habían venido recibiendo solicitudes de aprovisionamiento de las autoridades españolas o de individuos autorizados. El 25 de julio Giral remitió una carta al embajador de la URSS en París, solicitando el envío de armamento y munición.[34] Lo hizo después de que el día 22 el Politburó del PC soviético —la autoridad central en materia de política exterior, defensa e interior y en el que las opiniones de Stalin eran absolutamente básicas— decidiera ordenar al Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior que enviara inmediatamente combustible a España a un precio reducido, en las cantidades necesarias y en buenas condiciones.[35] Tal envío, si se produjo, debió de ser a bordo de un barco soviético porque por aquellas fechas no había petroleros españoles en aguas soviéticas o en las cercanías.

La decisión del Politburó no implicaba una intervención inmediata en los acontecimientos de España. A principios de agosto, Fernando de los Ríos, que ejercía en París las funciones diplomáticas, apremió a su colega soviético anunciando que estaba dispuesto a viajar de inmediato a Moscú para cerrar un trato comercial. El 6 de agosto, Mijail Koltsov, corresponsal de *Pravda* en España, se entrevistó en la capital francesa con el hijo de

Giral, que le urgió de forma casi desesperada el envío de pilotos y bombas de aviación. El día 9 un consejero de la embajada soviética transmitió a la NKVD que los españoles «aceptaban cualquier combinación con tal de recibir la ayuda cuanto antes». Todas estas peticiones iniciales quedaron insatisfechas, pues el 9 de agosto el comisario adjunto de Asuntos Exteriores, Nikolai Krestinsky, escribió a Stalin informándole de las peticiones republicanas y aconsejándole que, debido a las implicaciones políticas internacionales, era preferible desestimarlas y ayudar a la República de otra manera. En consecuencia, el 23 de agosto el comisario de Asuntos Exteriores, Litvinov, notificó al encargado de negocios interino que comunicara al embajador español que los dirigentes soviéticos no estimaban posible darles respuesta positiva.[36]

La incomodidad que suponía para el Kremlin el conflicto español fue puesta de relieve en sus informes por, curiosamente, el encargado de negocios italiano, Vincenzo Berardis.[37] Consideraba que la Comintern estaba obligada, por supuesto, a ayudar al PCE. Pero desde el punto de vista de la diplomacia soviética, un rápido triunfo del pueblo en armas, dada la dinámica inicial de la contienda, induciría una rápida «sovietización» de España que fortalecería las corrientes antibolcheviques en toda Europa, haciendo peligrar la política de normalización que seguía Moscú, minando su capacidad de llegar a acuerdos con los estados hostiles a Alemania y Japón, y generando reacciones hostiles en los países vecinos de España (Italia) o en aquellos (Reino Unido) con intereses en el Mediterráneo. En definitiva, al gobierno soviético le interesaba demostrar que no abandonaría, sucediese lo que sucediese, una postura oficial, y cómoda, de prudente neutralidad. Como muestra de la actitud del gobierno soviético en estos momentos, el encargado de negocios norteamericano, Roy Henderson, fue destinatario de una comunicación confidencial por parte de un alto cargo del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores, quien le aseguró el 31 de julio que el Kremlin se había abstenido cuidadosamente de hacer cualquier cosa que pudiera considerarse como una interferencia en los asuntos españoles. Los pronunciamientos favorables a la República española quedaron, de momento, limitados a la organización de manifestaciones populares en torno al 1 de agosto —aniversario del inicio

de la Gran Guerra y fecha emblemática, en los años veinte y treinta, para el movimiento contra una nueva guerra imperialista—. En Moscú y Leningrado se congregaron más de 100.000 personas, aunque destacó entre ellas la ausencia de altos dirigentes de la Internacional o del PCUS.

La Comintern había iniciado una campaña internacional explicando la naturaleza de la lucha en España y un acercamiento a la Internacional Obrera Socialista.[38] El 26 de julio, el Secretariado había comunicado a Díaz y Codovilla que consideraba necesario que la UGT hiciera un llamamiento al Consejo General de las Trade Unions en el sentido de que la lucha de la República española contra la sublevación no fuese obstaculizada por intereses imperialistas. En tal sentido, se exigió que el gobierno británico retirase sus navíos de guerra de aguas españolas y que otro tanto hiciesen Alemania e Italia. Convenía recabar en tal sentido la colaboración de la Internacional Sindical de Amsterdam y la Internacional de Obreros Portuarios, para impedir que partiese ayuda de la reacción británica a los rebeldes, y hacer gestiones ante Caballero y Prieto para que solicitasen de la Segunda Internacional medidas de ayuda efectiva para la República española.[39]

En definitiva, la postura oficial de Moscú se adecuó a una *Realpolitik* consistente en exigir que no hubiera injerencias externas en el conflicto español y en reclamar los derechos de libre adquisición de armas para el gobierno legítimo. Como expresó gráficamente Maurice Thorez durante un mitin en París el 25 de agosto: «por la no intervención, pero contra el bloqueo».[40]

El 31 de julio el Secretariado de la IC remitió un nuevo cable instando a sus camaradas españoles para que consiguiesen una declaración del gobierno tendente a tranquilizar a las cancillerías europeas, «con el propósito de facilitar de manera real y efectiva la ayuda al pueblo español, y para contrarrestar la campaña de la prensa reaccionaria mundial». Dicha declaración debería contener los siguientes puntos:

> 1. Que el pueblo español, bajo el gobierno republicano, está luchando por la defensa de la República democrática, por la democracia, por el orden republicano frente al fascismo, la anarquía y la contrarrevolución.

2. Todas las confiscaciones que se han ejecutado no han sido en general contra la propiedad privada, sino contra la de los que han tomado parte en la rebelión.

3. El gobierno puede declarar que el pueblo español y su gobierno aprecian los sentimientos religiosos de su pueblo, y la única razón por la que ciertos monasterios han sido ocupados durante la lucha ha sido porque eran posiciones militares estratégicas de los rebeldes.

4. El gobierno garantiza los intereses de los ciudadanos extranjeros en España y la inviolabilidad de sus propiedades ... Las organizaciones obreras afiliadas al FP deberían hacer declaraciones similares.[41]

El mes de agosto fue testigo de un ansioso intercambio de cables entre Moscú y Madrid para valorar el grado de internacionalización del conflicto. El 29 de julio a Moscú llegó un mensaje con la inquietante información de que los insurgentes recibían ayuda por la frontera portuguesa, además de Cádiz y otros puertos secundarios.[42] El día 2 el Secretariado de la IC ordenó a Madrid que se enviara a París a un camarada autorizado, por ejemplo Uribe, para establecer un contacto extremadamente importante con Thorez, secretario general del PCF, y André Marty.[43] Al día siguiente se reiteró la orden, con una petición adjunta de inmediata transmisión de información sobre el estado de cosas en España.[44]

La dirección española dio respuesta en los dos días siguientes, con un extenso informe en el que se pasó revista a la situación militar, en la tónica habitual de no reconocer lo delicado de la situación y apuntando como victorias consumadas lo que eran operaciones en curso —casi todas posteriormente fracasadas— para la toma de Córdoba, Zaragoza, Palma de Mallorca y Oviedo. La única exitosa fue la que logró fijar el frente en la sierra de Guadarrama. Respecto a la situación política, se señaló el orden reinante en las filas gubernamentales, con la única excepción, como se señalará después, del comportamiento mantenido por la CNT y las organizaciones anarquistas.[45]

El día 7 de agosto apareció la primera referencia a la internacionalización de la contienda:

Hoy aparecieron por primera vez aviones enemigos de diferentes clases y de tipo extranjero, probablemente italianos. Lamentablemente los aviones franceses prometidos al Gobierno no han llegado.[46]

Inmediatamente Moscú se agitó por las implicaciones. El 8 remitió directrices a Madrid para que el gobierno hiciera una declaración pública de abordar un proyecto de concesión de autonomía a Marruecos (incluyendo la posibilidad de autogobierno y parlamento propios), con el fin de secar la fuente de reclutamiento de Franco.[47] Cinco días más tarde urgió nueva información de la situación de los frentes, específicamente de aquellos que podían resultar particularmente resolutivos a corto plazo: la frontera francesa y la línea de avance franquista desde el sur hacia Madrid. Se preguntó, por tanto, acerca de las medidas tomadas para la defensa de San Sebastián y por la posesión de Badajoz.[48] Los días 16 y 17 se respondió a Moscú dando cuenta de lo solicitado. Decididamente, la situación de San Sebastián era extremadamente difícil por la carencia de armas y municiones. Del frente sur, sin embargo, se hacían previsiones contradictorias: mientras se valoraba con evidente optimismo la solidez del frente extremeño —«el punto crucial es Mérida y su carretera [y] aunque Badajoz todavía se sostenga, puede ser abandonado para concentrar fuerzas alrededor de Mérida. Se espera que el ataque enemigo será repelido»—, se consideró de mayor riesgo la posibilidad de avance desde Granada hacia Madrid. De momento, se había logrado conjurar con la reconquista de Antequera, pero había decididamente peligro de un avance enemigo por aquel sector, a menos que se enviasen refuerzos.[49]

Lo más importante es que en este cable se hizo por primera vez alusión a la implicación internacional de las potencias fascistas al lado de Franco:

> El enemigo está recibiendo de Italia, Alemania y de sus moros refuerzos y suministros de fusiles, ametralladoras y aviones. Es preciso a la mayor rapidez que se nos envíen armas y municiones. Sobre todo es necesario de manera inmediata enviar armas a San Sebastián, pues en caso contrario perderemos esa frontera.[50]

Moscú recomendó encarecidamente acudir a la diplomacia internacional y que, con vistas a ampliar la campaña internacional por la defensa de la República española, el gobierno emitiera una nota de protesta

contra la intervención germanoitaliana y dirigiera un memorándum a la Sociedad de Naciones confirmando la violación del derecho internacional, instando a poner fin a la ayuda de las potencias fascistas a los rebeldes.[51]

El gobierno soviético seguía en aquel momento jugando la carta de la diplomacia tras haberse sumado al Comité de No Intervención. El 23 de agosto se comprometió mediante una nota a prohibir «la exportación directa o indirecta, la reexportación o tránsito hacia España, los dominios españoles o la zona española de Marruecos de toda clase de armas, equipos o materiales bélicos, así como de toda clase de naves aéreas tanto en forma ensamblada como sin ensamblar, o de toda clase de navíos de guerra».[52] Mientras tanto, se ordenó a «Pedro» (Gerö) que marchase inmediatamente a París y telegrafiase desde allí toda la información de que dispusiese sobre la insurrección facciosa y la participación extranjera al lado de Franco.[53] Poco después fue el propio Codovilla quien salió hacia Moscú para informar en primera persona.

Para entonces debía sospecharse ya que servicios de inteligencia extranjeros habían descodificado la cifra de las comunicaciones de la Comintern entre Moscú y España. Dimitrov anotó esta información en su diario el 26 de agosto de 1936.[54] A raíz de ello se modificó la clave, aunque también se conservó la anterior para evitar que Londres se diera cuenta de que en Moscú se habían enterado. Por ello a partir del 24 de agosto descendió el flujo de telegramas entre Madrid y Moscú, y los descifrados por los servicios británicos fueron perdiendo progresivamente importancia. Cinco días antes, Díaz y Codovilla remitieron un mensaje (en francés) a Moscú, dirigido a M. y A. (Maurice Thorez y André Marty), acusando recibo de otro suyo en el que, por lo que se puede inferir, les avisaban del cambio de canal. «Podemos comunicar con vosotros desde el Ministerio de la Guerra», dijeron los dirigentes españoles. «Decidnos un número de teléfono privado y una hora en que podamos comunicar en clave.»[55]

Los últimos mensajes captados por la inteligencia británica en este periodo hacían ya alusión al envío de asesores militares y al destino que debían ocupar: eran expertos que el Comité Central del PCE debía poner al

servicio del Estado Mayor del Ejército, no un Estado Mayor particular del PCE.[56] Esta observación creó cierta perplejidad en la dirección española, que respondió:

> Nunca hemos pensado conectar el estado mayor de nuestro CC con el del gobierno, ni imponer nuestras decisiones sobre él [porque] nos damos cuenta de que la única esperanza de victoria es la existencia de un solo estado mayor que en los planes de base ... dirija todas las operaciones militares en el país, y esto lo hemos logrado.

La evidencia primaria deja, una vez más, en mal lugar a los defensores de la ley de bronce sobre la implacable voluntad comunista de hegemonizar a las fuerzas armadas hasta convertirlas, de facto, en un ejército del partido. ¿Cómo no podía ser verdad lo que dijo Enrique Castro, miembro del Comité Central y organizador del Quinto Regimiento a sus nuevos reclutas?: «Este ejército va a ser nuestro ejército, oídlo bien, nuestro ejército, pero eso sólo lo sabremos nosotros; para todos los demás será el ejército del Frente Popular». Lástima que entre los hechos y el texto de Castro hubiesen mediado *solamente* 27 años de exilio y 19 de su expulsión del PCE, minucias que no arredraron a Bolloten para otorgar naturaleza de fuente directa a un discurso apócrifo.[57]

Los españoles acusaron recibo de la llegada de dos de los asesores militares prometidos: uno de ellos «el capitán Durant, a quien, por su propia sugerencia, hemos aplicado a la tarea de organizar las milicias ... tiene muy escasos conocimientos militares y esperamos que el otro sea más competente».[58] El aludido no era otro que Vital Gaymann, alias «comandante Vidal», consejero municipal de París y veterano de la Gran Guerra, enviado por el PCF para trabajar en la comisión militar a disposición de los camaradas españoles. Cuando André Marty llegó a Madrid encontró que llevaba veinte días sin que se le hubieran dado instrucciones de la Secretaría del partido, y en particular de Codovilla, ni se le hubiese proporcionado alguna tarea, por lo que estaba a punto de irse. Marty le designó para la jefatura del Estado Mayor de la base de las Brigadas Internacionales en Albacete.[59]

El PC español quedó ligado a su homónimo francés, vía París, mediante los mensajes cifrados del agente «Raoul». La relación entre el PCF y el PCE venía de lejos, y a lo largo de ella el partido francés jugó tradicionalmente el papel de tutor de la sección española. En lo inmediato, el primer representante de un partido (no de la Internacional) que recibió información directa de lo que ocurría en España el 19 de julio de boca de uno de los miembros del Buró Político español fue Jacques Duclos, a quien telefoneó Uribe mientras el presidente del gobierno, Giral, estaba intentando realizar otro tanto con Léon Blum.[60] Durante las semanas siguientes, tanto la dirección española como el enlace de París tuvieron que funcionar sin contacto directo con Moscú. La ansiedad se manifestaba en los telegramas cruzados entre España y Francia, justo cuando se estaba instrumentando la llegada de los primeros asesores militares.

Se conocen los siguientes pasos de la Comintern a través de los diarios de Dimitrov. El 28 de agosto se reunió el Buró Político del PC soviético para tratar sobre la eventual organización de un cuerpo internacional para enviarlo a España. Dallin y Firsov datan en esta fecha y a raíz de esta reunión la decisión de enviar a España las Brigadas Internacionales. Serrano, sin embargo, retrasa la decisión hasta la reunión del Ejecutivo de la Internacional, que tuvo lugar en la tercera semana de septiembre. Mientras tanto, el PC francés continuó con su intento de encauzar la situación española sin directrices concretas de la Internacional. Las interferencias del sector diplomático soviético, próximo a las tesis de la no intervención, propiciaron el 30 de agosto el exabrupto de Thorez, una de esas poco destacadas muestras de independencia que en ocasiones se manifestaban en las direcciones comunistas nacionales: «Protesto contra los intentos de presión por parte de la embajada soviética a propósito de nuestra línea sobre la cuestión de España».

La explicación más plausible para aquella discordancia era que en aquel momento, a juicio de los diplomáticos franceses destinados a Moscú, existía una divergencia de puntos de vista entre una «fracción moderada» (o pragmática, en la que se alineaba el propio Stalin, apoyado por Litvinov, ministro de Exteriores), contraria a la intervención en España por temor a la reacción germanoitaliana, y un sector de «ideólogos revolucionarios»,

pertenecientes al aparato de la Comintern, que abogaría por la intervención. Una y otra línea no confluyeron hasta el mes de septiembre. Fue Dimitrov el encargado de darle una teórica a Thorez, poniendo como ejemplo la situación en Francia: «Nosotros no queremos derribar al gobierno Blum, pero criticamos a Blum. ¡La posición del gobierno soviético y la posición de los comunistas en Francia no tiene por qué coincidir!».[61]

Agosto culminó con nuevas reuniones destinadas a decidir la composición de la ayuda a remitir, desde la posibilidad de enviar a España emigrados españoles de América y de otros países hasta la resolución más práctica de mandar pilotos y ayuda material. Mientras que durante ese tiempo Franco había conseguido ya el compromiso y la ayuda de las potencias del Eje, dispuestas a proporcionar a los sublevados en España la colaboración que fuese necesaria para conseguir sus objetivos de fragilizar las posiciones de Francia y Gran Bretaña en el flanco sur de Europa, la República no había podido atraerse aún el apoyo de un Stalin interesado en acotar y conjurar la extensión de un conflicto generalizado en Europa cuando la Unión Soviética intentaba acercarse a las cancillerías occidentales para la búsqueda de un sistema colectivo de seguridad frente al expansionismo hitleriano. Habría que esperar al mes siguiente, que se inauguró con la formación de un nuevo gobierno y con la entrada en él, por primera vez, de ministros comunistas, para que el escenario experimentase un cambio decisivo.

A raíz de las manifestaciones populares de agosto y la corriente de simpatía levantada en todo el mundo hacia la resistencia republicana frente al embate militar con el apoyo de las potencias fascistas, algunos dirigentes soviéticos se vieron forzados a admitir que si la URSS quería mantener una posición de liderazgo entre el proletariado internacional, no podía sustraerse, en aquel momento de crisis, a la necesidad de hacer algo para defender a la República española. Máxime en un contexto de combate abierto contra el trotskismo, cuyas manifestaciones más virulentas se estaban escenificando desde el 19 al 24 de agosto, en el denominado «proceso de los 16» —entre los que se encontraban dos viejos líderes de la Comintern y del ala izquierda del PCUS, Zinoiev y Kamenev.[62]

El 12 de septiembre Dimitrov consignó la llegada en el vapor de Batum de una delegación de Málaga encabezada por el diputado comunista Cayetano Bolívar, cuyo objetivo era la solicitud de petróleo y, principalmente, armas. Traía una petición de entre 18.000 y 20.000 fusiles, 500 ametralladoras y munición. Togliatti fue el encargado de entrevistarse con él. Dimitrov no dejó de anotar que, tras una entrevista con el líder del partido británico, Pollit, le había quedado «una turbadora impresión (¡ansiedad, confusión, etc., acerca de lo relacionado con el Frente Único en España!)». El líder de la Comintern se debatía dramáticamente entre lo que le pedía el cuerpo y lo que le imponía la subordinación a los intereses geoestratégicos del Kremlin.

Las malas noticias continuaron al día siguiente. Thorez le refirió su evaluación negativa del trabajo realizado por el PCE, que consideraba «desorganizado y descoordinado». Entre él y Marty se apreciaba un choque de egos: acusó al viejo amotinado del Mar Negro[63] de tomar decisiones de acuerdo con su sola voluntad personal. Dimitrov extrajo como conclusión personal que no era oportuno mezclar las tareas de ambos. A todo ello se sumaba que la guerra de España y su seguimiento en Francia estaban causando la aparición de grietas en el seno del Frente Popular. Existía la sospecha de que los socialistas querían romperlo y descargar sobre los comunistas la culpa de la ruptura.

Es el 14 de septiembre cuando se puede datar el proceso de la toma de la decisión soviética de ayudar a la República española. Siguiendo la pauta habitual, primero se reunió el politburó del partido soviético y luego el Secretariado de la Internacional. En el encuentro celebrado en el Kremlin, en el que se encontraban presentes Molotov, Kaganovich, Andreev, Yagoda, Slutsky, Moskvin y Uritsky, se trató de la organización de la ayuda a España a través de una operación de contrabando. Al día siguiente, el Secretariado, a cuyo cónclave se sumaron Thorez, Pollit, Koplenig, Hathaway, Clément y Vassart, discutió los nuevos aspectos de la situación internacional en relación a España. El 16 tuvo lugar una reunión del órgano encargado de las decisiones sobre temas políticos de la Comintern, el Presídium, con un orden del día en el que figuraban la recepción de información sobre España (en la jornada siguiente Codovilla informó en

primera persona) y sobre el Frente Popular en Francia. En el transcurso de la reunión, Kaganovich coincidió con Thorez en que en la cuestión del contrabando de las armas de Francia a España, cualquier medio se consideraba adecuado para alcanzar el objetivo.

El 18 le tocó el turno de reunirse al órgano más restringido de decisión en el seno de la Internacional, el Secretariado. Se sometieron a discusión la política y actividades del partido español, el despliegue de una campaña internacional, la instrumentación de ayuda material y la puesta sobre el tapete de una iniciativa para la convocatoria de una conferencia de organizaciones internacionales del proletariado. De todos los puntos, el que centró la mayor parte del tiempo fue la discusión específica sobre la cuestión de la ayuda técnica, en la que intervinieron Pollit, Fried y Codovilla. Para disponer de una información actualizada se dispuso, asimismo, convocar a Marty, que se encontraba en Madrid.

El Secretariado de la IC siguió analizando periódicamente en sus reuniones[64] la situación española, y preparando el camino para el despliegue de la ayuda que iba a facilitar el gobierno soviético. Tras un viaje relámpago a Moscú para entrevistarse con la plana mayor de la Internacional, el «ojo de Moscú» en el PCF, Eugen Fried (« Clément», «Legros» o «El Viejo»), regresó a París el 24 y junto con Pierre Allard («Giulio Cerreti», otro *missi dominici* de la Comintern) se entrevistó con Thorez, Maurice Tréand y Émile Dutilleul, el tesorero del partido francés. Aquí se tomó el doble acuerdo de crear una red de reclutamiento y encuadramiento de voluntarios para combatir en España, las futuras Brigadas Internacionales, puestas bajo la responsabilidad de Tréand, y la creación de una red de transporte de armas compradas por un traficante llamado Wolf, asentado en Holanda y con contactos con Walter Krivitsky, *rezident* del Departamento para el Extranjero de la NKVD en La Haya. Esta red sería responsabilidad de Cerreti, con la supervisión de Fried. Como una gran parte de esta actividad tendría lugar en territorio francés, el PCF y sus militantes se encargarían de proporcionar la logística. Los comunistas se aseguraron del apoyo, secreto, de los gobiernos francés y soviético, ya que Cerreti tenía un doble enlace permanente, por una parte con Gaston Cusin —alto funcionario comisionado por Léon Blum—, y por otra con Jacques

Souritz, embajador de la URSS en Francia. No se trató, pues, de una operación improvisada en medio del entusiasmo por la revolución española, sino de un acuerdo de alta política internacional entre Francia y la URSS, donde los aparatos de la Internacional y del PCF jugaron el papel de mano de obra por cuenta de Stalin.[65]

El diseño del operativo para el desarrollo de la ayuda militar activa a la España republicana («Operación X») se planeó en la reunión del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista soviético, el 29 de septiembre. El asunto, por su trascendencia y volumen, salió del ámbito de competencia de la Internacional para recaer en manos de altos órganos del Estado soviético, en concreto el Comisariado del Pueblo para la Defensa (NKO, según el acrónimo ruso). Según el plan elaborado por el director del Departamento de Inteligencia del NKO (S. Uritski) y el jefe del Departamento del Extranjero de la NKVD (A. Slutski), el programa contempló la aprobación del plan para transportar personal y máquinas especiales a España, y la asignación de 1.910.000 rublos y 190.000 dólares americanos para los gastos de la operación.

Stalin teledirigió toda la reunión por teléfono desde su dacha de verano en Sochi. Desde entonces, y en adelante, todas las decisiones importantes sobre la ayuda militar a España se adoptaron en reuniones del Buró Político, reservándose Stalin la decisión definitiva en lo referente a volúmenes y fechas de los suministros.[66]

El 15 de octubre Stalin telegrafió a José Díaz, expresando las siguientes afirmaciones: «Los trabajadores de la Unión Soviética, al ayudar en lo posible a las masas revolucionarias de España, no hacen más que cumplir con su deber. Se dan cuenta de que liberar a España de la opresión de los reaccionarios fascistas no es un asunto privado de los españoles, sino la causa común de toda la humanidad avanzada y progresista».[67]

La implicación soviética en la guerra de España fue acompañada de la declaración pública de que Moscú recuperaba su libertad de acción respecto al Comité de No Intervención, aunque sin dejar de tomar parte en el Comité de Londres.[68] Como señaló Litvinov al embajador en Madrid, Rosenberg, ello empeoró notablemente la situación internacional de la URSS, a pesar de que la carga principal de los incumplimientos recaía sobre las potencias

fascistas.[69] En cualquier caso, el que Stalin no se decantara por una acción directa a favor de la España republicana hasta que resultó evidente que el Tercer Reich y la Italia fascista se reían de la no intervención y continuaban un apoyo creciente a Franco, favoreció que transcurrieran casi dos meses durante los cuales los sublevados hicieron progresos irreversibles.

6

Los comunistas en el gobierno (septiembre-noviembre, 1936)

LA ENTRADA DE LOS comunistas españoles en un gobierno encabezado por el viejo líder socialista Largo Caballero no fue precisamente lo que Moscú consideraba mejor para la posición internacional de la República española. Por mucho que Bolloten y otros autores, como Radosh y sus colaboradores, se empeñen en incidir sobre la subordinación obsecuente de los comunistas españoles, lo cierto es que fue la Comintern, como se verá a continuación, la que hubo de rehacer sus posiciones para cohonestar lo que la dirección del PCE presentó con todos los rasgos de un hecho consumado. En esa metabolización desempeñó un papel emoliente la voluntad declarada de influir sobre el viejo dirigente socialista, Francisco Largo Caballero, del que históricamente recelaban.

LA CONSTITUCIÓN DEL «GOBIERNO DE LA VICTORIA»

La posibilidad de desbordamiento por parte de una revolución anarquista, los perniciosos efectos que la violencia de retaguardia tenía para la imagen exterior de la República y la escalada de la implicación del Eje en la ayuda a Franco sin que el Comité de Londres reaccionara, llevaron a los comunistas a la consideración de que el gabinete Giral era demasiado débil para afrontar los retos del momento. Los acontecimientos estaban a punto de llevarse por delante la primitiva directriz de no participar en una combinación gubernamental.

Giral no era ya en esos momentos el hombre necesario. Uribe señaló en sus memorias que, dado que las condiciones de quien encabezara el gobierno tenían una gran importancia para alcanzar buenos resultados, en aquel momento Caballero era el hombre más indicado para dirigirlo. Sin embargo, en el propio Partido Socialista había quien no lo veía así. Negrín, como señaló Zugazagoitia, consideró que un gobierno Caballero era un desafío a Europa y un disparate, tanto nacional como internacional.[1] Cuando la dirección del PCE se reunió con Prieto y la Ejecutiva del PS, «Prieto dijo sin rodeos que Caballero como jefe de gobierno sería un desastre, que no era hombre para presidir un gobierno. Pero que había que inclinarse dada la situación existente».[2] Los comunistas no participaban del escepticismo de Prieto, pues aunque conocían los defectos de Caballero, confiaban en que podría ser orientado en un sentido positivo. Las últimas reticencias del PCE a formar parte de un futuro nuevo gobierno fueron vencidas por Caballero, según Uribe, con el argumento de que si ellos no entraban, él no encabezaría un nuevo gabinete.[3]

Sin embargo, no era eso lo que Moscú deseaba. Los días 3 y 4 de septiembre se reunió la Comintern, después de que lo hiciera el Buró Político del PCUS. La situación era crítica. Había que enviar a una persona especializada para ayudar a los franceses en la compra y transporte de armas y aeroplanos. El día 3 el Secretariado de la IC recibió un cable cifrado de Díaz y Luis informando que Largo Caballero insistía en la necesidad de un cambio de gobierno, que él mismo presidiría.

> Sería deseable en el futuro dar al gobierno el carácter de gobierno de salvación nacional, y nuestra participación será necesaria. Vosotros conocéis nuestra orientación. Estamos insistiendo en ello. Pero si nuestra postura proporciona ocasión para la ruptura del frente nacional, nos pondremos de acuerdo para tomar parte en el gobierno como ministros sin cartera. Por favor, responded de inmediato.

Como Stalin estaba fuera de Moscú, Manuilski informó rápidamente a Kaganovich sobre el mensaje, haciendo hincapié en que «Caballero insiste en la participación de nuestro partido en el gobierno». Después de asegurarse la aprobación telefónica de Stalin, Dimitrov remitió a Díaz un mensaje especificando detalladamente el tipo de gobierno que Moscú

juzgaba más conveniente que se estableciera: Un consejo de ministros dirigido por Giral, reorganizado como gobierno de defensa nacional, en el que los republicanos tuvieran la mayoría. Sería conveniente incluir en él representantes de Cataluña y País Vasco, dos socialistas —por ejemplo, Prieto y Caballero—, y dos comunistas, siempre en la perspectiva de que debía ser «un gobierno comprometido con la defensa de la República democrática que subordine todas las tareas al aplastamiento de la revuelta». Duclos debía convencer a Caballero de que un gabinete encabezado por él podría empujar a Inglaterra hacia el lado de los rebeldes e incrementar la escalada de una intervención alemana e italiana.

No parece, sin embargo, que el poder de convicción de Duclos fuese muy contundente. En sus memorias escritas más de treinta años después, el veterano dirigente francés prefirió adecuar los hechos al posterior devenir de los acontecimientos. Según su versión, cuando se le consultó acerca de la participación de los camaradas españoles en el nuevo gobierno, su consejo —«sobre la base de la experiencia francesa»— fue favorable, «lo que significa que yo había cambiado de opinión sobre este problema, dado que llegué a pensar que Thorez tenía razón cuando sostenía que sería más fácil influir en el gobierno desde dentro que desde fuera».[4]

El 4 de septiembre el PCE envió un telegrama firmado por Díaz, Luis y Duclos: «A pesar de nuestros esfuerzos ha sido imposible evitar la creación del gobierno Caballero. Os aseguramos la participación de Giral como ministro sin cartera ... Hemos actuado para acabar cuanto antes con la crisis de gobierno. Todos insisten enérgicamente en que los comunistas participen en el gobierno; esto sería imposible de evitar sin crear una muy grave situación. Hemos tomado las medidas necesarias para organizar el trabajo de nuestros ministros». Tachando las firmas, Dimitrov reenvió el mensaje a Stalin y a otros líderes soviéticos.[5]

Con la manía de leer la historia hacia delante que le caracteriza, Radosh afirma que las reticencias manifestadas por el PCE a la hora de incorporarse a un gobierno presidido por Caballero explican la evolución de los acontecimientos en los meses posteriores.[6] Acabamos de concluir que fueron los comunistas los que dieron el paso para entrar en el gabinete, y que después vino la convalidación de Moscú. Ahora también podemos

señalar que, ya desde antes de enfrentarse a él, los comunistas tenían sus reservas sobre Largo Caballero. No era ningún secreto. También Elorza y Bizcarrondo, al glosar el telegrama que Codovilla remitió a «la Casa» para justificar el ingreso en el nuevo gobierno, anticiparon la posible apertura de una dinámica de enfrentamiento basada en una multiplicidad de factores, entre ellos —y no el menor— la incompatibilidad personal.[7]

Por primera vez en el transcurso de la guerra, la dinámica propia de las circunstancias nacionales había hecho que los comunistas españoles actuasen de forma distinta a la propuesta por Stalin, y éste lo aceptó. No sería la última. Bolloten no fue nunca capaz de comprender algo así. Para su modelo mecánico unidireccional, no cabía otro sentido de giro de los engranajes que el que tenía el origen del impulso en un despacho a la sombra de las cúpulas del Kremlin.[8]

El 5 de septiembre *Mundo Obrero* saludó la formación del nuevo gabinete. Destacó su naturaleza de gobierno que contaba con el apoyo firme y entusiasta de las fuerzas nacionales, desde los católicos nacionalistas a la CNT, y por ello encarnaba la voluntad nacional. El nuevo gobierno —«el gobierno de la Victoria»— no solamente salvaría a España «del desorden, del caos y del fascismo», sino que llevaría a la práctica los objetivos de la República Democrática:

> Será el gobierno que realice una amplia Reforma Agraria ... que ayude a la pequeña propiedad industrial y comercial y a toda la producción que sirva a fines nacionales ... que ponga todas las fuerzas al servicio del pueblo laborioso para aumentar su bienestar ... que establezca seguros sociales, jornada máxima y salario mínimo, socorro de paro, enfermedad y vejez ... que llevará a los límites de lo posible la protección al trabajo de la mujer y la juventud ... que ponga las ciencias y las artes al servicio del pueblo y que termine con la vergüenza del analfabetismo ... que asegure amplios derechos de organización, de reunión, de manifestación y de Prensa para todo el pueblo trabajador ... que respetará todas las creencias religiosas y la libertad de culto ... que reconozca los derechos de las nacionalidades existentes en España, de Cataluña, de Euskadi y de Galicia, y que establecerá amplias libertades democráticas para Marruecos y demás colonias ... que asegurará el pan, el trabajo, la tierra, la libertad y una amplia democracia para todos los españoles.[9]

Conviene detenerse un momento en este punto. Lo que expuso *Mundo Obrero* no era exactamente tanto el programa del gobierno Caballero como el propio programa que a él llevaba el PCE. Un programa en el que apenas

se encontraban ya los objetivos maximalistas que habían caracterizado el ideario comunista durante el periodo izquierdista de los años veinte y treinta.

Los contenidos del programa del PCE en guerra deben ser puestos en relación, no con el marxismo-leninismo, sino con una reformulación y puesta al día del ideario republicano de izquierdas. Los comunistas españoles retomaron los contenidos de una cultura radical que había quedado arrumbada durante los años treinta por la irrupción de un discurso ideológico de matriz proletaria. La revolución, con su referente emblemático en el octubre soviético, había ofrecido a las clases trabajadoras un nuevo paradigma de comprensión —y de transformación— de la realidad. Pero la aparición del peligro fascista y su réplica, el frentepopulismo, al aparcar el proyecto ofensivo revolucionario y sustituirlo por una defensa interclasista de la democracia burguesa, precisó retomar los valores de la vieja cultura radical como banderín de enganche, si bien dotándola de nuevas imágenes y contenidos.

El PCE —y aquí radica una de las razones que le llevaron a ocupar un lugar de centralidad en el escenario de la República en guerra— supo ocupar un espacio político y social nutrido de las tradiciones de la cultura republicana de entre siglos (progreso, libertades, laicismo, instrucción y reformismo social), al que dotó del liderazgo político del movimiento obrero.

El programa que el PCE llevó al gobierno en el que fue llamado a tomar parte, como haría en los siguientes del doctor Negrín, apenas se movió del marco de la defensa de lo que, parafraseando el concepto clásico de E. P. Thompson para las masas de las sociedades preindustriales, podemos denominar «política moral de la multitud».[10] Si el concepto originario —economía moral— se refiere a un tipo de consenso popular integrado por concepciones tradicionales acerca de lo que era ético y legítimo (y sus contrarios) en el comportamiento de los agentes económicos que intervenían en todo lo que tenía que ver con la subsistencia de las clases populares, el término «política moral de la multitud» hará alusión a los conceptos acerca de lo que estaba bien, lo que era deseable, en definitiva la buena política en el marco conceptual de las clases populares del primer

tercio del siglo XX: tierra para el campesino, seguridad y subsidios para los obreros, protección para pequeños industriales y comerciantes, instrucción para todos, amplias libertades, laicismo y descentralización territorial. Todos estos principios conformaban un esquema amplio con el que una gran mayoría social podía sentirse identificada, como sin duda podía estarlo con su sintético corolario: pan, trabajo, tierra y libertad.

El gobierno formado el 4 de septiembre de 1936 fue el primero de la historia de España —y de Europa occidental— que contó con presencia comunista. Esta situación sin precedentes sirvió para que, por aplicación del principio de contagio, algunos autores (entre los historiadores, Payne y Beevor) hayan considerado que los gobiernos de Frente Popular formados en España durante la guerra anticiparon los regímenes de coalición y las democracias populares que emergieron en Europa tras la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial.[11] En ese apasionante, aunque ucrónico, juego del contrafactual ninguno ha incurrido en pensar, por el contrario, que la gran coalición antifascista, mutada en gobierno de unión nacional, podría haber jugado un papel similar al que desempeñó en otros países de Europa en la resistencia contre el Eje, primero, y en los primeros gabinetes de reconstrucción postbélica antes de que se impusiera la lógica de la Guerra Fría, y que la función del PCE en su seno podía haber corrido pareja a la de sus homólogos francés e italiano. Y con el mismo destino que ellos en 1947.

Frente al optimismo inicial del PC, las primeras diferencias con Caballero no tardaron en aflorar. Si los comunistas creyeron alguna vez que podrían influir sobre él para guiar sus pasos en el gobierno, el viejo líder demostró pronto que tenía sus propias ideas y un estilo de gobierno particular. Al igual que cuando planteó la incorporación de los comunistas al Frente Popular, Caballero concibió la entrada de estos en el gobierno como una pieza más de su estrategia en la pugna contra el sector centrista de su partido. Cuando el desplazamiento del centro de gravedad política dentro de la izquierda escapó a su control y se inclinó hacia un PCE en alza —el momento culmen se alcanzó con la incorporación de la mayor parte de la dirección de la JSU en noviembre—, las relaciones de Caballero con los comunistas se agriaron definitivamente.

Tres fueron los principios fundamentales con los que el PC aterrizó en el nuevo gabinete: crear un nuevo ejército popular, con disciplina y unidad de mando; llevar a cabo las transformaciones económicas y sociales que reclamaba una sociedad mayoritariamente campesina en pie de guerra; y combatir eficazmente al enemigo en la retaguardia.

LA POLÍTICA MILITAR DEL PCE: DE LAS MAOC AL QUINTO REGIMIENTO

Como todo partido de corte leninista, el PCE contó ya antes del estallido de la guerra con una fuerza paramilitar denominada MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas). En pura teoría, la «milicia popular» del proletariado era el contrapunto de los aparatos represivos del estado burgués y, tras la revolución, el organismo destinado a sustituir a la vieja policía y al viejo ejército. El contingente de las MAOC en mayo de 1936 oscilaba entre los 1.500 militantes que reconoció la historia del partido, y los 4.000 que aseguraban controlar algunos de los dirigentes comunistas que ostentaron su responsabilidad, como Modesto.[12] Aunque Alpert opina que estas magnitudes, relativamente reducidas, pueden reflejar un deseo de los comunistas de minimizar su actividad anterior a la guerra,[13] no es probable que antes de julio de 1936 pasaran de ser algo más que grupos de militantes, predominantemente de las Juventudes, que se ejercitaban regularmente los domingos y festivos en la sierra o en la Casa de Campo de Madrid, cuya función consistía en llevar a cabo acciones de autodefensa y realizar tareas de servicio de orden en reuniones, mítines y manifestaciones, y cuyo armamento se limitaba a un pequeño número de pistolas. En cualquier caso, y a pesar de lo que la derecha observó temerosa como imponentes manifestaciones de organización y disciplina de la primavera de 1936, es evidente que las MAOC, antes de la guerra, carecieron de una preparación militar eficaz.

Las MAOC fueron creadas por el PCE en la primavera de 1933, y su organigrama no era muy diferente al que mantuvieron otras secciones paramilitares izquierdistas: la escuadra como unidad básica de combate,

formada por 10 milicianos y un agente de enlace. Los niveles superiores se estructuraban en guerrillas y centurias, cada una con una dirección formada por tres personas. La debilidad del PCE hizo que hasta el triunfo del Frente Popular las MAOC solo tuvieran alguna implantación en Madrid capital y en algunas zonas de la provincia, como Villalba. El informe presentado a la Conferencia Regional de Madrid de 1934 hablaba de «una gran negligencia» en su organización, por lo que su desarrollo debía de ser escaso, aunque ya en septiembre de ese año se decía que existían en Madrid seis centurias, un número a todas luces excesivo teniendo en cuenta la fuerza del PCE en la provincia.[14]

El otro ámbito de acción de la política comunista en lo tocante al ejército antes del estallido de la guerra fue el desarrollado por la Comisión Antimilitarista. Esta Comisión formaba parte del aparato del partido desde los años veinte, y en origen había servido para coordinar la lucha contra el reclutamiento obligatorio, contra la guerra de Marruecos y, en última instancia, para coordinar y organizar a los comunistas que debían prestar el servicio militar. Su objetivo máximo era doble: por una parte, efectuar una propaganda disolvente en el interior de los cuarteles, capaz de neutralizar al ejército burgués e imposibilitar su intervención al lado de la reacción; por otra, convencer a los soldados, «hijos del pueblo», de que se pusiesen al lado de sus hermanos proletarios cuando llegase el momento.[15] En vísperas de la sublevación los contactos con militares profesionales de la UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista) y la asunción de responsabilidades en dicha Comisión por militantes que habían recibido instrucción específica en la Escuela Leninista de Moscú (como Enrique Líster) permitieron la penetración en algunas escalas, como las de cabos y suboficiales, lo que reportó réditos en los momentos decisivos del levantamiento en Madrid.

Cuando se produjo la sublevación militar, las organizaciones obreras lanzaron de inmediato la consigna de la entrega de armas al pueblo y el reclutamiento de voluntarios para suplir al ejército desarbolado por la sedición, cuyas unidades, por lo demás, fueron disueltas y sus fuerzas licenciadas por el gobierno republicano. Los escasos militares profesionales que permanecieron leales al gobierno legítimo se dieron cuenta, muy pronto, de que de todas las fuerzas que sostenían al Frente Popular, el PCE

era la más fiable y la que tenía un concepto más claro acerca de la naturaleza de la guerra y de la necesidad de garantizar el orden, la disciplina y la unidad de mando. Ya a comienzos de septiembre su órgano de prensa había advertido que la guerra «sería larga y dura», y que habría que prepararse para ello. Pero fue cuando se cumplió un mes de la sublevación cuando el PCE definió la naturaleza de la guerra y la necesidad de dotarse de un arma adecuada para la victoria. La guerra que se enfrentaba era, efectivamente, una guerra civil, pero una guerra

> que se parece mucho más a una verdadera guerra nacional liberadora, entre un pueblo amenazado contra un agresor extranjero ... Una guerra con frentes de más de 200 kilómetros. Una guerra que pone en presencia ejércitos de más de 100 mil hombres. Una guerra donde todos los medios de destrucción de la técnica militar moderna son utilizados. Una guerra donde los rebeldes han violado sistemáticamente todas las leyes de la guerra, bombardeando las ciudades abiertas, la población indefensa, destruyendo sin razones estratégicas ni tácticas el patrimonio industrial, agrícola y cultural del pueblo español. Una guerra que —podemos decirlo así— ha aprovechado las enseñanzas terribles de la guerra mundial y que es al mismo tiempo como el ensayo general de la próxima guerra que será diez, cien, mil veces más horrible y más sangrienta.

Frente a esta guerra total, guerra moderna del siglo XX con todas sus características de gran escala, abundancia de material y globalidad de objetivos, la improvisación, la iniciativa, incluso el entusiasmo o el heroísmo no eran suficientes para lograr la victoria.

> La guerra moderna —concluía el editorialista de *Mundo Obrero*— exige que todos los recursos de la nación, todas las facilidades de producción, todas las fuerzas económicas, morales, espirituales, físicas, sean puestas en tensión, teniendo como único objetivo la victoria. No puede hacerse la guerra a medias. Es necesario «hacer la guerra» como decía Clemenceau en 1918 en Francia.[16]

Es indudable que tanto el tono como el fondo del análisis apelaba a valores que podían muy bien compartir militares profesionales del viejo ejército. Esto fue lo que atrajo a muchos de ellos a las filas comunistas en los primeros compases de la guerra.

Los comienzos del ejército republicano pueden fecharse, según Alpert, el 3 de agosto de 1936, cuando se publicó un decreto instituyendo batallones de voluntarios. Serían mandados por oficiales y suboficiales

profesionales, estarían uniformados y servirían por un mínimo de dos meses o por la duración de la campaña. Como aliciente, una vez concluida la estancia en filas, sus miembros tendrían preferencia para integrarse en puestos de policía o de funcionarios subalternos. Los únicos requisitos eran tener entre los 20 y los 35 años y contar con el aval de una organización frentepopulista.[17]

La puesta en pie de lo que a la postre sería el embrión de un nuevo ejército chocó con la oposición de una parte sustancial del movimiento obrero, en cuya cultura política había ocupado un lugar central hasta entonces la oposición a la conscripción, a las quintas y al militarismo encarnado en el odiado «ejército de casta».[18] El propio PC tuvo que dar el salto, tanto político como terminológico, de la posición «A-M» (siglas de «antimilitarista», la denominación en el argot del partido del antes citado aparato específico dedicado al trabajo conspirativo en el interior de los cuarteles) a la formulación de la necesidad de articular un nuevo ejército popular. Como ya se señaló en un capítulo anterior, durante las primeras semanas de la guerra se discutió entre la dirección nacional y la Comintern la naturaleza de ese nuevo ejército, y la proporción que dentro de él debían ocupar los militares procedentes del anterior y los nuevos mandos de milicias.

El PCE organizó en Madrid la unidad miliciana, que pretendió convertir en modelo de referencia para ese nuevo Ejército Popular por el que apostó. El Quinto Regimiento de Milicias Populares, según Líster, se fundó el 20 de julio sobre la base de las MAOC de la barriada de Cuatro Caminos —concentradas por orden de Modesto en un convento de la calle Francos Rodríguez reconvertido en cuartel— y el quinto de los cinco batallones de voluntarios que se creó nada más aplastar la sublevación en Madrid.[19] Aunque sus fundadores ofrecieron la cifra de 70.000 hombres como fuerza inicialmente integrante del Quinto Regimiento, es más probable que las dimensiones reales se situaran en torno a los 25.000.[20]

El Quinto Regimiento fue la aportación emblemática del PCE a la fase miliciana de la guerra porque, al contrario de lo que ocurría con las unidades de voluntarios de la CNT o de algunas tendencias socialistas, que confiaban de forma optimista en el empuje y el entusiasmo del «pueblo en

armas» para arrollar al «ejército de la reacción», los comunistas eran conscientes de que para enfrentarse a un ejército disciplinado hacía falta otro ejército de iguales características. El convento-cuartel de Francos Rodríguez se erigió en el paradigma de centro de instrucción militar, observancia de la disciplina y obediencia al mando que las demás organizaciones rechazaban como vestigios del viejo orden de cosas, pero que el PCE logró instilar en el naciente Ejército Popular Regular (EPR).

Las unidades nacidas del seno del Quinto Regimiento, las Brigadas de Acero, con autonomía completa, sus propios servicios de transmisiones, secciones de ambulancias y demás sirvieron de modelo para la constitución de las Brigadas Mixtas, unidad básica del ejército republicano.[21] Su concepción política de la guerra y del ejército popular contribuyó a la difusión de la figura del comisario político. Su completo entramado organizativo (administración, Estado Mayor, escuela de formación de oficiales, unidades de guerrillas, abastecimientos, transportes y transmisiones, escuelas de enfermeras) y las actividades desplegadas para estrechar y fortalecer la relación entre los combatientes y la retaguardia (organizaciones femeninas para la ayuda a las familias de los combatientes, propaganda hacia el enemigo, el periódico *Milicia Popular*, las campañas de alfabetización, las conferencias, exposiciones, la proyección de películas soviéticas como *El acorazado Potemkin* o *Los marinos de Kronstadt*) fueron otros tantos elementos que el EPR heredó del Quinto Regimiento.

A finales de diciembre se anunció la práctica integración de la unidad comunista por antonomasia en las Brigadas Mixtas, y su disolución se oficializó el 27 de enero de 1937. Para entonces ya se había convertido en parte del mito destinado a esmaltar el imaginario del PCE durante la guerra civil.

LA POLÍTICA AGRARIA DEL MINISTERIO COMUNISTA

Los decretos sobre la tierra que el flamante ministro de Agricultura, Vicente Uribe, pretendió impulsar suscitaron un doble debate: entre los comunistas y el resto de sus compañeros de gabinete, por un lado; y entre el

PCE y los anarquistas, por otro.

En el proyecto comunista se preveía la entrega gratuita a los campesinos, y en régimen de propiedad, de la tierra confiscada a los grandes terratenientes y latifundistas comprometidos en la sublevación militar.[22] Los republicanos, como ya habían hecho cuando se planteó el tema de la reforma agraria en el pacto programático del Frente Popular, votaron en bloque contra el proyecto. Los socialistas, por su parte, y por boca de Negrín como ministro de Hacienda, se opusieron al reparto y en su lugar apostaron por la nacionalización de la tierra. Los dos ministros comunistas no contaban con fuerza para vencer esta oposición y, por lo tanto, el decreto fue aprobado con esa forma el 7 de octubre de 1936. Se expropiaron sin indemnización y a favor del Estado todas las fincas rústicas pertenecientes a propietarios afectos a la insurrección contra la República y se procedió a su entrega, en usufructo a perpetuidad a las organizaciones de obreros agrícolas, braceros y campesinos de los términos municipales donde estuvieran enclavadas. Estos podrían decidir a voluntad sobre su explotación colectiva o individual, y recibirían en todo caso la asesoría y ayuda técnica y material del Instituto de Reforma Agraria.[23]

El decreto contó, de partida, con la oposición de la CNT y de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT) de UGT. La mayor controversia giró en torno a la consideración del pequeño propietario, que el PCE consideraba necesario proteger para que no decayera la producción agraria, y que anarquistas y sectores de la UGT consideraban una rémora heredada de la vieja sociedad, tanto más inútil en cuanto que había perdido su tradicional control sobre el proceso de producción y la asignación de los excedentes. Ambos consideraron que debía aplicarse tajantemente el principio de que un propietario sólo debía poseer la tierra que pudiera cultivar por sus propios medios. A partir de aquí terminaban las coincidencias entre las centrales sindicales.

La disparidad de fuerzas impidió unificar criterios respecto a la reorganización del régimen de propiedad. Allí donde se estaba practicando ya una explotación colectiva, estos sectores se negaron a revisar lo que consideraban un derecho conquistado. Con menos razón aún lo hicieron en aquellas zonas donde el orden colectivista había sido implantado en los

primeros días por la fuerza y contaba con la tutela armada de las columnas confederales.[24] Los comunistas, encuadrados en la UGT, y mientras no concitaron fuerzas suficientes para enfrentarse al predominio libertario, se plegaron a la situación existente en su zona de actuación. Lo mismo defendieron al pequeño propietario, con la creación de la Federación Campesina en Levante o mediante el apoyo a la Unió de Rabassaires en Cataluña, que se integraron en las colectividades manchegas, alcarreñas e incluso aragonesas.[25] A partir de esta situación, el resto de la guerra fue testigo de la lucha entre estas dos concepciones de la revolución agraria que englobaban una pretensión de control político del campesinado.

No cabe duda de que, más allá de las grandes declaraciones programáticas, los objetivos de búsqueda del compromiso del campesinado y maximización de la producción ocuparon el foco central de la política comunista respecto al agro, dado que se les consideraba indisolublemente relacionados. El 16 de septiembre Manuel Delicado, miembro del Buró Político, destacó en un discurso a través de Radio PCE1 que si la tierra le había sido conquistada al enemigo «de la única manera que puede conquistarse revolucionariamente», en el reparto de las tierras incautadas no se podía olvidar a los pequeños campesinos y aparceros «que forman parte de la gran familia del trabajo» porque hasta entonces habían sido explotados como los obreros aunque con procedimientos distintos.[26] El campo español no estaba poblado solamente de proletarios: había millones de campesinos pobres y medio que habían estado sometidos históricamente al dominio semifeudal del gran terrateniente.

> No es justo considerar al campesino trabajador como una prolongación de la tiranía y del fascismo. El campesino quiere una fuerza que le conduzca, que le oriente hacia el camino de su mejoramiento económico y social. Tiene una mentalidad pequeñoburguesa que no es fácil de transformar con medidas extremistas. Él ama a su pequeño pedazo de tierra ... El error mayor que se pudiera cometer es lanzar a los pequeños propietarios de la tierra por el camino del enemigo, permitiendo que deje de ser el mejor aliado de la clase obrera. El PC antes y después de estar en el gobierno ha mantenido una misma línea con relación al campo. Su consigna fundamental ha sido «La tierra, para el que la trabaja». Y deja en libertad a los campesinos para que la cultiven como mejor deseen, colectiva o individualmente.[27]

Como ya se ha señalado, el debate sobre propiedad individual o colectiva, y sobre la naturaleza política del pequeño campesinado propietario o arrendatario, enfrentó —y no solo dialécticamente— a los comunistas con otras fuerzas políticas y sindicales a su izquierda. El PCE contaba con el precedente de las enseñanzas proporcionadas —y transmitidas mediante la Comintern— por la guerra civil rusa y la gran colectivización estalinista. Resulta cuando menos curioso escuchar de boca del secretario general, en una reunión con activistas del Comité Provincial de Madrid: «Vosotros sabéis que en la Unión Soviética han sido necesarios muchos años para el desarrollo intenso de la colectivización. *Si en España se sigue esa política equivocada con los campesinos va a suceder que estos van a dejar de trabajar la tierra, pues de ninguna manera se puede imponer por la fuerza una colectivización*».[28] Si el PCE consideraba, no obstante, que la explotación colectiva era un *desideratum* a largo plazo, ¿cómo cohonestar su posición actual a favor de la propiedad privada y su ideología revolucionaria? La respuesta la proporcionó, de nuevo, Delicado: «No vivimos la revolución socialista. La revolución democrática tiene su expresión fundamental en el campo».

Los comunistas procedieron a popularizar el decreto de Uribe como «el instrumento, el arma de la única verdadera revolución agraria que se ha hecho en España» y como un producto propio a pesar de los matices introducidos por el gabinete, fundamentalmente porque lo consideraron básico para el esfuerzo de guerra por razones tácticas —era indispensable para implicar a las masas campesinas en la defensa de la República, al tiempo que ofrecía un estímulo para la intensificación de la producción de víveres imprescindible para el abastecimiento del ejército y la retaguardia—[29] y de índole estratégica, porque con ello se ampliaba la base de la coalición antifascista y se daban pasos decisivos en un ingrediente fundamental de la revolución democrática: «Acabar con los latifundios, liquidar las relaciones semifeudales, expropiar a la aristocracia terrateniente».[30]

EL COLAPSO DEL ORDEN PÚBLICO

Sin duda, uno de los aspectos más sensibles de los primeros tiempos de la guerra fue el relativo al control del orden público. Cuando los gobiernos extranjeros tomaron sus posiciones respecto a los acontecimientos de España, uno de los factores esgrimidos para justificar sus prevenciones fue la información que les llegaba acerca del desencadenamiento de una revolución social en la retaguardia republicana, con su correspondiente despliegue de violencia punitiva. El semifracasado golpe militar del 18 de julio dejó desarbolado o en cuadro el aparato coercitivo del Estado republicano. Los tradicionales mecanismos sustentadores del orden público colapsaron, bien por haberse sumado sus integrantes a la sublevación, bien por disolución administrativa de sus cuerpos, o simplemente por haber sido rebasados por el ímpetu del pueblo en armas y la dinámica revolucionaria, que advino como una profecía autocumplida precisamente a causa —y no como motivo— del movimiento faccioso.[31]

El gobierno, debilitado, quedó relegado por unos meses a la posición de mantener la continuidad institucional republicana ante el exterior. En el interior, sus órdenes no siempre fueron obedecidas y en muchas ocasiones hubo de marchar a remolque de los hechos consumados por la proliferación de comités y consejos. Pero en ningún caso el gobierno republicano fue sustituido por un nuevo poder revolucionario, lo que le permitió reconstruirse posteriormente, cuando la constelación de micropoderes paralelos y con objetivos divergentes demostró, a corto plazo, su comportamiento contradictorio con el objetivo de afrontar una guerra moderna de larga duración.[32]

La justicia dejó de ser, de repente, un instrumento del Estado, para pasar a ser la aplicación expeditiva y apenas sin mediaciones de resoluciones que afectaban a todo tipo de litigios, desde los políticos y sociales, heredados de una secular estructura caracterizada por el caciquismo, la injusticia social y la brutalidad en las relaciones laborales, hasta rencillas familiares y de vecindad, pasando por la revisión de las sentencias con las que la vieja justicia «de clase» —despidos, listas negras, multas— había sustanciado los conflictos durante los últimos treinta años.[33]

La violencia desatada en la zona republicana respondió a tres categorías: la ejercida de forma tumultuosa y sumaria contra los representantes de la vieja sociedad (terratenientes, empresarios, religiosos) sospechosos de alentar o simpatizar con los golpistas, y que se ejerció a modo de acto fundacional del nuevo orden de cosas; la derivada de una respuesta emotiva a los daños infligidos por el enemigo (fundamentalmente con la llegada de refugiados que traían consigo horripilantes relatos de la represión militar, o tras episodios de bombardeos sobre objetivos civiles); y la puesta en marcha contra el «enemigo interior» (la denominada «quinta columna») en las zonas limítrofes con el frente de combate o, con carácter extensivo, en la retaguardia. La primera variante obedeció a la voluntad de hacer añicos un pasado que podía ser remoto (el caciquismo, el anticlericalismo) o de raíces más próximas (las delaciones, represalias o despidos durante el Bienio Negro y, particularmente, tras octubre de 1934). Las otras dos se inscribieron en la naturaleza de las *guerras totales* del siglo XX, en las que desaparecieron los conceptos clásicos de «frente» y «retaguardia», la población civil era un objetivo militar más y la propaganda y el síndrome del espionaje hicieron percibir la presencia del enemigo en todas partes. Las tres se dieron en *tempos* determinados: la violencia espasmódica contra los representantes emblemáticos de la vieja sociedad y las respuestas vengativas frente a las incursiones del enemigo sobre objetivos civiles se concentraron en los primeros meses de guerra, para remitir a medida que el gobierno fue recuperando el control sobre el orden público. La acción depuradora contra el enemigo enquistado en la retaguardia se disparó en los momentos críticos en los que era posible percibir a corta distancia el aliento amenazante de sus avanzadas y en las zonas donde el choque fue o estaba a punto de ser inminente.

Hubo una cuarta variedad de violencia durante este periodo, la ejercida entre sí por las propias organizaciones de la España republicana, a consecuencia de las disputas por el control local y la hegemonía nacional, pero de ese apartado se tratará más adelante.

EN MANOS DE LOS «INCONTROLABLES»

La imputación de los actos violentos en la retaguardia republicana ha sido objeto de confrontación en el marco de una «guerra de papel» que se ha prolongado, con efectos políticos, hasta nuestros días. Desde el franquismo, las acusaciones por el «terror rojo» afectaron a todos los sectores de la coalición antifascista por pensamiento, obra u omisión. De ello se encargó la Causa General, con la elaboración de sus relaciones de sospechosos de participar en los crímenes, en cuyos formularios aparecían recogidos, con frecuencia, los nombres de todos los individuos de ideología republicana, izquierdista o sindicalista de una localidad. Con vistas al supremo fin de la purificación de la sociedad española, no se hicieron distinciones ni grados de responsabilidad: en aplicación de las teorías del doctor Vallejo Nájera, la infección con el «gen marxista» hacía a sus poseedores «acreedores a la comisión de todo acto de barbarie contra personas de orden»,[34] y por tanto, punibles incluso con carácter retroactivo o preventivo.

La contraparte republicana se refugió defensivamente en la atribución de los hechos represivos a los «incontrolados» que pulularon por el territorio huérfano de autoridad pública hasta que esta fue pacientemente reconstituida por el Estado a partir de la primavera de 1937.[35] Prácticamente se convirtió en categoría la tesis de que en la confusión inicial, todo un universo de individuos dudosos, cuando no abiertamente criminales e incluso simpatizantes del enemigo, se acogieron a la protección de un carnet antifascista y lo emplearon como cobertura para cometer sus fechorías. Lógicamente, todos atribuyeron esta conducta a los demás. Los comunistas acusaron a los anarquistas:

> Es fácil recordar qué clase de carnets poseían los elementos de la quinta columna últimamente detenidos. Muy fácil. En todos los casos eran determinados carnets sindicales ... En nuestro partido mantenemos una vigilancia exigente para la admisión de nuevos afiliados. Pero, además, en el caso de que algún provocador pudiera introducirse en nuestra organización —caso difícil, pero no imposible—, la especial estructura interna de nuestro partido, las normas por las que se rige y, sobre todo, la vigilancia constante, aseguran que, en un plazo breve, el provocador sería hallado ... Pero no sucede lo mismo en las organizaciones sindicales.[36]

Los anarquistas respondieron alegando la dudosa extracción de muchos nuevos militantes adheridos al PCE y a la UGT a raíz de su campaña proselitista, en lo que coincidían con apreciaciones como las de Eduardo Barriobero, quien hablaba de los «carnets pararrayos» exhibidos por muchos antiguos reaccionarios, «los más viejos [de los cuales] databan del mes de agosto [de 1936]».[37] Los socialistas prodigaron sus acusaciones *tous azimuts*: en un discurso en marzo de 1937 el ministro de la Gobernación, Galarza, advirtió del peligro de abrir las puertas de par en par a nuevos afiliados, porque en «las instrucciones dadas por Falange a sus afiliados figura la de ordenarles que se infiltren en los organismos extremistas. Esto es lógico, pues él preconizó lo mismo durante la Dictadura, hacerse del Somatén, pues los somatenistas eran los únicos que podían tener un arma y a ellos, entonces, les eran precisas. Así se da el caso de que los reaccionarios y caciques estén enquistados en altos cargos de Comités de pueblos».[38]

Una reconstrucción histórica de este periodo no puede eludir los aspectos más oscuros pues, de hecho, todos los sectores del frente antifascista se dotaron de comités de vigilancia y emplearon la violencia para imponer el control de la retaguardia y asegurar sus posiciones organizativas. Se trata de explicar lo que ocurrió, a diferencia de lo que ciertas tendencias neofranquistas están llevando a cabo en la actualidad, consistente en negar o transferir a otros su responsabilidad en el baño de sangre desencadenado por el levantamiento militar.[39]

Sin descartar los casos de episodios espontáneos, surgidos al calor de las pasiones desatadas en los primeros momentos, no es posible negar que, colapsado el aparato del Estado, sus instrumentos de control social y sus instituciones judiciales, los órganos que recogieron el poder de la calle se emplearon concienzudamente en la aplicación de una «justicia por consenso», expeditiva y niveladora que, si bien carente de los formulismos tradicionales —y quizás precisamente por ello—, fue percibida por sus administradores como «justa» en unos momentos en que había que defenderse de una insurrección militar montada para favorecer el retorno de

los privilegios de las viejas clases dominantes, aunque, en ocasiones, la asunción del ajuste de cuentas con el pasado adquiriera tintes de franca brutalidad.[40]

En ese magma de micropoderes en que se convirtió la zona republicana durante los primeros meses, todas las organizaciones, sin distinción, erigieron comités que asumieron las funciones policiales y judiciales, y las ejercieron en el radio de alcance de un fusil máuser reglamentario (2.000 metros). Como parte de la profunda reorganización social desencadenada por el hundimiento del viejo estado de cosas todos justificaron la justicia expeditiva de los comités. En septiembre de 1938, y con motivo de denunciar la infiltración de viejos mandos policiales en la Guardia de Asalto, un anónimo socialista de la tendencia caballerista alertó «del peligro que supone para el Orden Público de la República que este se halle en manos de personal que por virtud de la coincidencia y que para librarse de la justicia del pueblo —en un principio algo violenta y falta de control sereno y justo, pero inevitable y hasta admisible en algunos casos— no dudaron en acudir al PC, CNT, etc., y pedir un flamante carnet que les pusiera a salvo de las primeras convulsiones revolucionarias de un pueblo ansioso de justicia y de libertad».[41]

En las zonas rurales, los comités locales asumieron con entusiasmo la tarea de limpiar la retaguardia o encauzar el proceso depurador en su ámbito de influencia. Allí donde todos se conocían entre sí, las tareas de erradicación de los vestigios del orden oligárquico y de los emboscados en espera de los suyos corrió a cargo de los propios vecinos, unas veces de manera expeditiva, otras forzando el ritmo de la maquinaria de los tribunales populares creados para encauzar la represión de desafectos.[42] Cuando no bastaban las propias fuerzas, los comités contaron con la ayuda de las columnas de milicianos que acampaban en el territorio. En ocasiones, la competencia por el dominio territorial entre las propias organizaciones republicanas condujo a situaciones absurdas, tales como que la entrada en una localidad de una columna de significación determinada se veía acompañada de la huida inmediata de los simpatizantes de la ideología contraria a la de la fuerza armada, paralizando la vida económica del pueblo.[43]

En las capitales de provincia donde fracasó la sublevación tras duros y desiguales combates, la violencia de primera hora se volcó contra los militares insurrectos que cayeron en manos de las milicias. Tagüeña lo describió lacónicamente en su descripción de la toma del Cuartel de la Montaña: «Como a las 3 ó 4 de la tarde, vimos que por la carretera general hacia el cuartel avanzaban milicianos ... una masa inmensa que entró como un alud, y pronto aquello se convirtió en una escena de enorme confusión. Salían soldados en mangas de camisa con las manos en alto. Un grupo de oficiales prisioneros fue subido a un camión que los llevó a la Casa de Campo, al encuentro de su fatal destino».[44] En San Sebastián el 29 de julio se hicieron ochenta y seis prisioneros tras la rendición de los oficiales y policías sublevados de Loyola. Fueron conducidos a la Diputación y allí el presidente de la Junta de Defensa de San Sebastián habló desde el balcón a la muchedumbre furiosa y anunció que los prisioneros serían juzgados por un tribunal con todas las garantías de defensa. El dirigente comunista Jesús Larrañaga, sin embargo, creyó que esta actitud era un signo de debilidad y apostó por la aplicación de un castigo ejemplar a los rebeldes. Milicianos comunistas intentaron sacar de la Diputación al gobernador militar rebelde, Carrasco, con intención de fusilarlo, interponiéndose Manuel de Irujo, quien tuvo una discusión muy violenta con Larrañaga, en la que este le tildó de fascista. Un segundo intento de extraer a Carrasco se ejecutó por la noche, y el jefe rebelde acabó fusilado. A continuación, Larrañaga dio la orden de acabar con los detenidos en la cárcel de Ondarreta, entre quienes se encontraban la mayoría de los militares insurrectos y policías implicados en la represión de las luchas sociales de los años anteriores.[45]

En las áreas urbanas, por definición más proclives al anonimato y el enmascaramiento, proliferaron los «grupos de control», «patrullas» y « milicias de retaguardia» autoerigidas en fuerzas de vigilancia, control y depuración.[46] Según la Causa General —con todas la precauciones con las que hay que tomar esta fuente—, el PCE contó en Madrid con varios centros operativos («checas», en el argot de la época) de sus milicias de vigilancia. Algunos funcionaron en establecimientos eclesiásticos incautados; otros eran las sedes de las organizaciones territoriales (células o radios), que habilitaron un espacio para la detención de sospechosos.[47]

En confusa mezcolanza de funciones, no fue infrecuente el solapamiento de actuaciones entre los grupos pertenecientes a organizaciones distintas, con los consiguientes conflictos derivados de ello. El 30 de septiembre, *Mundo Obrero* publicó un suelto en el que se polemizaba con las milicias del socialista García Atadell[48] acerca de la detención de una joven por agentes de la brigada «No pasarán» del PC. Era hija de un comandante de tendencia conservadora y fue detenida por la supuesta posesión de una carta remitida desde Berlín con fecha 18 de septiembre, con información sobre la constitución de una central de reclutamiento de voluntarios fascistas alemanes, irlandeses y checos. Sin cuestionarse lo estrambótico de dicho documento, en el ambiente que empezaba a impregnar la ciudad sobre la que se cernía el avance de las columnas franquistas su hallazgo fue considerado suficientemente grave como para que la joven fuese puesta a disposición de la Dirección General de Seguridad. Sin embargo, Atadell, por razones que desconocemos pero que con toda seguridad no obedecieron a impulsos caballerosos o altruistas, decidió que lo que había hecho la brigada comunista era un «secuestro» y procedió a liberar por su cuenta a la chica.[49]

En Madrid, la combinación de grupos armados y atmósfera electrizada por la llegada a la ciudad de los fugitivos de la columna de Yagüe, que relataban la feroz represión efectuada en los valles del Guadiana y el Tajo, hizo saltar la chispa que provocó el asalto a la cárcel Modelo el 25 de agosto y el rosario de ejecuciones subsiguientes. La cúpula comunista responsabilizó del asalto y los asesinatos a «bandas armadas de anarquistas» que explotaron «el justificado odio de las masas por los crímenes fascistas», en curiosa mezcolanza con la izquierda socialista que los había «incitado mediante la política trotskista inspirada por Araquistáin».[50]

El de la Modelo de Madrid no sería el último caso. Los bombardeos aéreos sumaban a los daños materiales los «enervantes efectos causados por las explosiones continuas de bombas de 50 a 250 kilos y por el ruido verdaderamente alucinante de los trimotores volando a baja altura».[51] En tales circunstancias, como tuvo ocasión de constatar el propio presidente Azaña en Valencia, las incursiones aéreas facciosas desataban el impulso de

asaltar las cárceles donde se encontraban presos simpatizantes de los que bombardeaban objetivos civiles: «Ahora querrán tomar represalias, las cuales darán pretextos para otros estragos, y así hasta el infinito destrozo. "¿Pero es que hemos de aguantarnos y no responder?", dicen muchos. No sé qué será lo peor».[52]

Reacciones de esta índole tuvieron lugar en Albacete, Cartagena y Murcia, donde el 13 de septiembre se asedió la prisión para conminar al alcaide a que ejecutara las condenas a muerte dictadas contra la cúpula de la trama golpista en la provincia, sin esperar a una posible conmutación por parte del Consejo de Ministros.[53] En Caspe y su comarca la noticia de la caída de Málaga suscitó manifestaciones espontáneas que exigían «el mando único y la unidad de todas las fuerzas proletarias». Cuando los manifestantes procedieron a retirarse, un incidente atribuido a fuego de paqueo enemigo proporcionó el pretexto para llevar a cabo represalias «contra personas de notoria y acentuada historia derechista a las que las autoridades habían logrado proteger hasta ese momento».[54]

Los casos de Alcalá de Henares y Guadalajara muestran en qué medida las actitudes ante este tipo de conductas no dependían tanto de una política determinada por las organizaciones como de la actitud personal de sus dirigentes a escala local. Es muy conocida la intervención del anarquista Melchor Rodríguez (conocido como «el ángel rojo») en la evitación de sacas y asaltos en su calidad de inspector general de prisiones. El 8 de diciembre de 1936, por ejemplo, tras un bombardeo sobre Alcalá de Henares que produjo un elevado número de víctimas, una multitud se dirigió a la cárcel de la ciudad con el fin de fusilar en represalia a los reclusos de significada ideología antirrepublicana como el general Agustín Muñoz Grandes, el futbolista Ricardo Zamora, el abogado Ramón Serrano Suñer o los falangistas Rafael Sánchez Mazas y Raimundo Fernández Cuesta. El asalto fue frustrado por la presencia de Melchor Rodríguez, que porfiando con la multitud, evitó que se consumara la tragedia.

Menos conocida pero necesariamente destacable es la actitud tomada por gente como Vicente Relaño, secretario del Comité Provincial de Guadalajara del PCE.[55] El 6 de diciembre se produjo el asalto a la cárcel Central y a la prisión militar con posterioridad al letal bombardeo

protagonizado por una escuadrilla de veintitrés aparatos facciosos. En este caso, los asaltantes lograron su propósito y ejecutaron a la mayoría de los detenidos, condenados por los tribunales o en situación preventiva a la espera de juicio. El director, anarquista, no hizo nada por impedirlo. Solo unos pocos lograron escapar en medio de la confusión, entre ellos un maestro de ideología derechista, Higinio Busons, quien tras la guerra declaró que se dirigió a casa de unos amigos que, a su vez, pidieron ayuda a Relaño, que se la ofreció sin reserva. Incluso acompañó a Busons hasta la sede del Gobierno Civil, donde le invitó a manifestar su protesta sobre aquel acto salvaje del que había estado a punto de ser víctima, pues él mismo ya lo había hecho en un manifiesto que Busons afirmó haber leído aquella misma tarde en el despacho de la Comisaría de Vigilancia. Busons sobrevivió: fue juzgado por el Tribunal Popular el día 5 de febrero de 1937, resultando absuelto.

Relaño se destacó también por la denuncia de las actividades irregulares llevadas a cabo por las milicias de la «checa de Los Paúles», en las que estuvieron implicados algunos militantes comunistas. Como secretario del Comité Provincial del PC, no le tembló el pulso al hacer pública la expulsión del partido de dos de los más significados integrantes de estas milicias, entre ellos Raimundo Serrano, cofundador del PC en la provincia, comandante del quinto regimiento de milicias de Guadalajara y presidente de la Federación de Sociedades Obreras de la Casa del Pueblo.

Los vencedores de la guerra no correspondieron a la integridad de Relaño. Higinio Busons, al que había salvado la vida, fue nombrado secretario de la Comisión Depuradora del Magisterio. En diciembre de 1942 declaró a favor del ex secretario provincial del PCE, quien contó, además, con otros cuatro avales a su favor firmados por personas de derechas a las que había protegido, incluido un sacerdote. No sirvió de nada. Vicente Relaño fue condenado a muerte y oficialmente fusilado (aunque en realidad falleció a causa de las torturas) el 8 de mayo de 1943.[56]

Más allá de las encomiables actitudes de quienes se negaron a convertir el crimen en recurso político, o de las reprobables de quienes no dudaron en cometerlo, el empleo de la violencia incontrolada mostró pronto a ojos de los responsables comunistas su carácter contraproducente. Si, por

una parte, consideraban lógico que sus militantes se hubieran visto envueltos en hechos de este tipo —consecuencia de explosiones de un «odio lícito»—, el riesgo de que los excesos a que conducían produjera un desbordamiento de la República democrática, junto al descrédito que tales actos acarreaban a los ojos de la opinión internacional, les llevó a proponer al gobierno «el emplazamiento de milicias como guardia y la creación de un tribunal especial para juzgar a los líderes fascistas».[57] Ello no fue incompatible con la insistencia en sus órganos de prensa tanto en la necesidad de un redoblamiento de la vigilancia como en la implicación de toda la retaguardia, más allá de las fuerzas de seguridad, en la misión de descubrir y eliminar al enemigo emboscado. El 26 de septiembre, el editorial de *Mundo Obrero* vinculaba ya este objetivo a la defensa de la capital de la República:

> Piénsese en lo que sería un asedio de Madrid con esos elementos activos y libres del enemigo en la retaguardia. Las horas que vivimos no son de contemplaciones ni de sentimentalismos. Exigencia inexorable de lealtad. Nadie neutral, nadie sorprendido en ese «¡Si yo no me he metido en nada!» porque aquí hay que meterse en todo, hay que ocupar un puesto en la defensa de la República. O de lo contrario hay que considerar al disidente como enemigo.[58]

Con la constitución del gobierno de Largo Caballero se adoptaron las medidas legales para la creación y puesta en funcionamiento de los tribunales populares, la reglamentación de los registros domiciliarios y las detenciones, y las funciones de los agentes del orden y de las Milicias de Vigilancia de la retaguardia.[59] Las medidas tuvieron como objetivo recuperar el monopolio de la vigilancia y la punición para las autoridades gubernativas, al tiempo que cortar con los excesos que habían sembrado el desasosiego en la retaguardia republicana durante los primeros meses. Como muestra de esta voluntad, desde julio de 1937 se abrieron, primero en Cataluña y luego en otros lugares, procesos judiciales por incautaciones ilegales y «cementerios clandestinos», en los que se vieron incursos algunos de los responsables de los desmanes de los primeros tiempos de la guerra, aunque intentaran camuflar sus hazañas bajo la coraza del fervor revolucionario del momento.[60] Quienes más elevaron sus protestas contra ello fueron los que, en un momento de postración política —las

organizaciones libertarias—, nutrieron en mayor número las actas de los procesos de esta índole. Sin embargo no faltaron en tal trance algunos valedores inesperados, como el consejero de Trabajo de la Generalitat en representación del PSUC, Rafael Vidiella, quien sostuvo que

> los jueces no pueden admitir denuncias que se formulen sobre hechos de carácter revolucionario acaecidos con motivo del movimiento provocado por los generales facciosos, ya que de efectuarlo así, sería como procesar la propia revolución; y la revolución hace cosas bien hechas y mal hechas, pero que no son precisamente señaladas como delito, ya que todo alzamiento revolucionario rompe los vínculos de las organizaciones existentes, los moldes colectivos anteriores al movimiento, así como también tergiversa las normas de derecho instituidas.[61]

Algunos de estos procesos afectaron a militantes comunistas, en concreto de Asturias, donde no habían cicatrizado las heridas derivadas del estallido y represión subsiguiente de la comuna de 1934, y el afán de venganza y el odio de clases suscitaron una febril actividad de depuración.[62] En un sumario, sin fecha, instruido contra cuatro afiliados al PC y miembros de las Milicias de Vigilancia, se detalló todo un catálogo de procedimientos enmarcables en lo que se dio en llamar «limpieza de la retaguardia». Su *modus operandi* se repitió a lo largo de una veintena de actuaciones saldadas con diez «paseados», tres desaparecidos, cinco detenidos y dos incautaciones de bienes.

El procedimiento se ponía en marcha por orden del Comité Provincial o a instancias de algún comité local del partido. Los motivos iban desde la denuncia por querellas personales hasta la adhesión a los sindicatos «amarillos», pasando por la sospecha de desafección o el ejercicio de un oficio de cuello blanco.[63] Se facilitaba una lista de sujetos a detener y se proporcionaba a los milicianos placas de policía pertenecientes a un agente del orden. En algunos casos se emitían órdenes selladas por la alcaldía o, incluso, se falsificaban otras como procedentes del Gobierno Civil. El operativo lo solían llevar a cabo dos de los implicados, con un coche y un chófer que era puesto a su disposición, bien por las milicias de retaguardia, bien por alguno de los comités. El coche —se buscaba preferentemente el modelo Packard de cinco asientos— era, como puede suponerse, fruto de alguna incautación anterior.

A partir del momento en que los patrulleros efectuaban la detención cabían tres posibilidades: conducir al detenido a un edificio del partido (una casa sita en Infiesta), ponerlo a disposición de la 5.ª Brigada acuartelada en Lugones, o darle ellos mismos el «paseo». En cualquier caso, los bienes, dinero, joyas y automóvil, si los había, eran incautados y entregados a un responsable del Comité Provincial.

Los encausados se preocuparon de dejar bien claro que sabían que obraban al margen de la legalidad vigente y procuraron camuflar sus huellas. Cuando se les encomendó la eliminación en Llanes de unos individuos de Gijón que se habían refugiado allí, y habiendo puesto el Comité local un coche a su disposición, borraron el emblema de la hoz y el martillo de la carrocería y quitaron la matrícula por el camino antes de llegar a su objetivo. Se temía la reacción de las autoridades, pues, cuando estas decidían actuar, el operativo se tornaba imposible. Así ocurrió en este caso, dado que el gobernador Belarmino Tomás cursó una seria advertencia contra el batallón de Lugones, en aplicación de las disposiciones publicadas entre el 15 y el 22 de octubre en el *Boletín Oficial de la Provincia de Oviedo*, referentes al traslado de presos y a las detenciones ilegales.[64]

Los encausados creían gozar de impunidad, pues si algún día eran detenidos, se les dijo, el partido los pondría a salvo y les prepararía la fuga. Aunque la obediencia no estaba exenta de temor. Dado que llevaban a cabo una actividad ilegal, se les instó a «ser sordos, mudos y ciegos, si alguno *espuntaba* [contaba] alguna cosa que sólo lo haría una vez porque sería fusilado en una esquina que eran las normas del partido y estábamos obligados a cumplir con toda disciplina».

Existía la conciencia de que se era demasiado laxo con la quinta columna. Buena parte, como se verá, de los enfrentamientos entre el PC y la CNT durante los meses subsiguientes lo fueron por la política de aseguramiento del control de la retaguardia. Menudearon las acusaciones mutuas de blandura, cuando no de connivencia con el enemigo. Para combatirlo se mantuvo el modelo de vigilancia y represión materializado en la prisión de partido.[65] La lucha contra la quinta columna no admitía que pudieran producirse tiempos muertos. Distintos comités se encargaron de

excitar el celo y la autonomía de las milicias de vigilancia: «los días que no se hacía ningún servicio se nos preguntaba quién nos impedía hacerlo y por qué no se hacía».

Como ya se ha señalado, estos actos no fueron cometidos so capa de la legislación republicana sino en aplicación de una lógica represiva ejercida de forma particular por las distintas organizaciones que pugnaban en descollar como garantes del orden en la retaguardia, como inversión a medio plazo en la consecución de una mayor influencia política. En el caso del norte el celo represivo se vio incrementado, además, por su situación prácticamente insular, separada irremediablemente del resto del territorio leal y sin vía de escapatoria que no fuera el mar —lo que acentuó la certeza de la necesidad de combatir a la quinta columna en un espacio claustrofóbico—, y las profundas heridas aún abiertas de la revolución de octubre.

Con el gobierno Negrín el Estado republicano fue recobrando sus atribuciones y abrió la causa contra los excesos del periodo anterior. Cuando los que, valiéndose de un carnet, un arma, una misión y la postración del aparato del Estado fueron llamados a pagar sus excesos por los tribunales republicanos, el PCE, representado en el gobierno y en aplicación del principio de responsabilidad colectiva, prestó su asenso a la apertura de los procesos, incluso contra aquellos que implicaron a afiliados suyos. A lo más que se llegó fue a solicitar en el Comité Nacional de Enlace UGT- CNT la personación de las centrales sindicales en los procesos abiertos por cementerios clandestinos.[66] No existe un equivalente en la otra zona. Nadie penó por las noches de gatillo fácil del verano de 1936 (ni por las de los siguientes) en la España franquista.

FRICCIONES EN AUMENTO

Las diferencias intragubernamentales no tardaron en proliferar a medida que la situación militar empeoró. Caballero había confiado en que su llegada a la presidencia del Consejo supusiera una inyección de moral —«el Gobierno de la Victoria»— que acabase con el retroceso continuo de

las milicias ante el avance insurrecto. No fue así. El enemigo continuó su avance por el valle del Tajo y, tras ocupar Talavera, prosiguió hacia la capital de la República desviándose, momentáneamente, para tomar Toledo.[67]

Los reiterados fracasos en la ejecución de maniobras de ataque frontal y contención que terminaban con el desbordamiento envolvente por el enemigo y la desbandada de las fuerzas propias, ejecutadas por generales del viejo ejército a los que se juzgaba seriamente limitados para afrontar la nueva naturaleza de la guerra, junto a la idiosincrasia del propio sistema de milicias, pusieron de relieve la necesidad perentoria de avanzar en la creación de un ejército regular.[68]

El PCE elevó a Caballero un proyecto basado en cuatro propuestas: llamamiento a la movilización general; creación de un Comité de Guerra restringido que, bajo la autoridad suprema del gobierno, tomase todas las medidas de orden militar; organización inmediata de la defensa de Madrid; y creación en Levante de un ejército de reserva. A ello añadió en días siguientes la necesidad de crear una sólida línea de fortificaciones entre el Tajo y Madrid.[69]

Su órgano de prensa se encargó de popularizar las propuestas. A los dos meses de guerra podía percibirse una mutación en la naturaleza política y militar del conflicto, debido al pacto de los sublevados con el fascismo internacional y a la ayuda que habían recibido del Eje. En su aspecto político era una guerra «no sólo por la libertad y la democracia, sino también era una guerra nacional por la integridad de nuestros territorios». Era necesario pasar rápida y firmemente a formas superiores de organización, de acuerdo con las nuevas circunstancias y con las imperiosas necesidades de la nueva fase de la guerra. Ello se resumía en que no podía haber sino un solo poder: el poder del gobierno; que el mando también debía ser único y que era perentorio imponer la máxima disciplina.[70]

Caballero no se mostró receptivo a estas sugerencias. Un informe de André Marty, fechado el 10 de octubre, consignó que persistían las diferencias sobre la necesidad de crear un comité militar dependiente del gobierno; sobre la urgencia de fortificar Madrid e impulsar la defensa antiaérea, y sobre la creación de nuevas unidades en base al modelo del

Quinto Regimiento.[71] Para los comunistas, el decreto del 30 de septiembre que facultó la incorporación de los jefes, oficiales y clases de milicias a la escala activa del ejército, aunque positivo, no suponía la creación de un ejército popular regular, sino la mera militarización de las milicias. Con ello perduraba la autonomía de las unidades dependientes de partidos y sindicatos, sin obligación de obediencia a un mando superior unificado. También se produjo con retraso la creación del Consejo Superior de Guerra, que no tomó posesión hasta el 4 de noviembre, con la primera remodelación del gobierno Caballero y con las columnas facciosas a las puertas de Madrid.[72] Respecto a la urgencia de impulsar las tareas de fortificación para la defensa de Madrid, los comunistas llegaron a lamentarse de que dependieran del Departamento de Guerra —controlado por Caballero— y no del de Obras Públicas, encabezado por el republicano Julio Just.[73]

Los pasos más decididos en la recreación de unas fuerzas armadas republicanas se dieron entre el 14 y el 15 de octubre, con la formación de las primeras seis brigadas mixtas (en cuyo reclutamiento se volcó el PCE) y el decreto de creación del Comisariado General de Guerra, institución inspirada en los ejércitos revolucionarios, desde la Convención francesa hasta la guerra civil rusa, cuya inspiración se disputaron a partes iguales comunistas y anarquistas.[74] Sin embargo, se hacía necesario avanzar más deprisa en la creación del Ejército Popular Regular, planteado pero no efectivamente realizado. Las necesidades de la guerra, en opinión de los comunistas, lo imponían.

El PCE estaba leyendo correctamente la conflagración en clave de guerra total moderna, y, en consecuencia con ello, propuso las medidas de unificación de criterio, centralización de mando y esfuerzos y disciplinamiento que ello requería. Quizás no sea ajeno a este hecho el incremento de influencia que el partido experimentó por ello en amplios sectores de la sociedad y del ejército.

A mediados de octubre, y con las tropas rebeldes avanzando imparables rumbo hacia Madrid, el PCE consideró que el gobierno no estaba llevando a cabo la necesaria movilización de la población. Para Uribe, ni el presidente de la República, ni el presidente del Consejo ni muchos de sus ministros creían en las posibilidades de defensa de la capital.

Azaña recelaba de «aquella República revolucionaria ... que estaba lejos de lo que él podía soportar como régimen político para España. Soñaba con una República como la de Herriot en Francia, asentada en lo que él llamaba las clases medias».[75] Caballero, continuaba el ministro de Agricultura, daba continuamente muestras de incompetencia. Prieto dijo sin rodeos que Madrid era indefendible, que convenía retirar a los cuadros políticos y sindicales y a los obreros más cualificados hacia el este. Haciendo de la necesidad virtud, valoró que la ocupación de Madrid crearía a Franco más dificultades que ventajas, por las necesidades de abastecimiento. En puridad, no todo este pesimismo les era imputable a los principales responsables republicanos: el agregado militar francés, Henri Morel, en una entrevista con Álvarez del Vayo advirtió que «jugarse la suerte del régimen a la defensa de Madrid, es jugárselo todo a una sola carta».[76]

El PCE decidió lanzar entonces una campaña de propaganda para galvanizar el espíritu de resistencia siguiendo un guión y con unos mecanismos de *agitprop* que se volverían habituales durante el resto de la guerra: mítines-relámpago, manifestaciones de mujeres ante la presidencia del gobierno, profusión de titulares y consignas en la prensa del partido.[77] El Quinto Regimiento ofreció formar cuatro batallones de choque, en cuyos estandartes, junto con el de «Madrid», figurarían nombres emblemáticos del imaginario bolchevique: «Leningrado», «Comuna de París» y «Marinos de Kronstadt». La épica del octubre soviético comenzaba a impregnar el espíritu de resistencia de la capital de la República. En algunos sectores, enardecidos por la atmósfera electrizada de la proximidad a jornadas decisivas, comenzó a calar un mensaje que proponía pasar de la defensiva a la ofensiva. Marty lo dejó traslucir en uno de sus informes:

> El gobierno y el PC deben dejar claro ante la gente el objetivo de la guerra, como se hizo en Francia durante la guerra imperialista. La República del Frente Popular del 16 de febrero no es la misma que la del 14 de abril. Caballero dijo en el parlamento que debemos dar a esta República un contenido social, que debemos crear una República de trabajadores, como está escrito en la Constitución. Pienso que deberíamos insistir más en el carácter social de la República. No estamos combatiendo únicamente para destruir el fascismo, sino también por los derechos democráticos y los intereses vitales de las masas.[78]

Consignas que debieron sonar como música celestial para los comunistas madrileños, cuyo empeño en la defensa de la capital iba a tener su prueba de fuego —casualidades del destino— el 7 de noviembre, decimonoveno aniversario del asalto al Palacio de Invierno.

LARGO NOVIEMBRE EN MADRID: FULGORES Y SOMBRAS

El 22 de octubre las fuerzas facciosas alcanzaron Navalcarnero, desde donde comenzaron los preparativos para el asalto a Madrid. Entre ese día y el 4 de noviembre se sucedieron rápidamente los acontecimientos: se procedió a una reorganización de los mandos militares —el general Asensio dejó el mando del Ejército del Centro en manos de Sebastián Pozas, y el general Miaja fue designado jefe de la Primera División Orgánica— y se remodeló el gobierno para ampliar su base dando entrada en él, por primera vez, a cuatro ministros anarquistas.[79] El nuevo gabinete apenas tuvo tiempo de reunirse en Madrid, pues de inmediato se acordó su traslado a Valencia.

Cundió la sensación de que el gobierno «huía». Sus funciones se paralizaron, los funcionarios se afanaban en embalar enseres y destruir documentación, los ministros tomaban el camino de Valencia por distintas rutas, haciendo frente en el itinerario, en algunos casos, a los amenazantes reproches de controles armados casi en estado de rebeldía. Dado que el gobierno iba a instalarse fuera de la hasta entonces capital de la República, se procedió a nombrar un organismo para la gestión de la ciudad, la Junta de Defensa de Madrid, donde estarían representados los partidos del Frente Popular y los sindicatos. No se le atribuyó un perfil organizativo determinado ni unos objetivos que sobrepasasen la mera supervivencia, lo que denotaba la escasa confianza en la resistencia y la percepción sobre lo efímero de su duración. Antes de partir, el gobierno dio incluso la orden de que las baterías antiaéreas fueran enviadas a Valencia.[80]

El 6 de noviembre los generales Pozas y Miaja recibieron las órdenes para la defensa de Madrid.[81] En ambos casos, las previsiones eran poco optimistas y preveían que Pozas estableciera su puesto de mando en Tarancón, sobre la carretera de Valencia, y que Miaja, en caso de no poder

sostenerse en la ciudad, procediera a retirarse con sus fuerzas hacia Cuenca. La elección de Miaja, incapaz en su momento de lograr la reconquista de Córdoba, para presidir la Junta revelaba asimismo la poca fe que Caballero tenía en las posibilidades de defensa de la capital: el propio Miaja podía albergar pocas dudas acerca de que se le había designado para entregar la ciudad al enemigo porque era prescindible.[82]

Este abandono de la primera línea erosionó la figura de Largo Caballero, arrastrando consigo el prestigio de su propio partido. Buscando para el gobierno la seguridad de la retaguardia levantina, dejó expedito el campo de actuación en el frente —allí donde los riesgos eran más elevados, pero también donde el necesario forjado del espíritu combativo de las masas podía arrojar mayores réditos políticos— a quien quisiera y pudiera afrontar la descomunal tarea de organizar la defensa, gestionar las necesidades de una población incrementada por los refugiados, mantener un orden disciplinado y erradicar las actividades de la quinta columna. En esa tarea no iba a estar solo el PC de Madrid —la CNT supo, también, desplegar una eficaz movilización—, pero no cabe duda de que fue la fuerza que con más ahínco defendió la estrategia de la Junta de Defensa, la que invirtió un enorme esfuerzo organizativo implicando a toda su militancia y la que, por tanto, supo sacar un mayor partido de la exitosa contención del ataque franquista. Algunos de sus más destacados dirigentes ocuparon puestos cruciales en la Junta, precisamente aquellos que estaban más vinculados con la centralización y la recuperación por parte del gobierno del control sobre aspectos básicos del esfuerzo militar (Antonio Mije), orden público (el recién ingresado Santiago Carrillo), y abastecimientos (Pablo Yagüe).

El 2 de noviembre el PCE lanzó un manifiesto con resonancias épicas: «¡Madrid está en peligro!». Los contenidos del imaginario republicano comenzaron a penetrar a torrentes en los manifiestos comunistas. Fue durante la batalla de Madrid cuando se terminó de formalizar el discurso comunista acerca de la naturaleza de la guerra. Esta había atravesado por tres fases: la inicial, durante la que se trató de «aplastar la sublevación de los generales traidores»; una segunda en que, con la ayuda del Eje, los facciosos se hicieron con un potente material bélico y asesores extranjeros,

perfilándose ya entonces en el conflicto los rasgos de una guerra por la liberación de España; y la tercera fase, en la que se produjo una invasión del suelo patrio por fuerzas regulares del fascismo alemán e italiano.

> Ya no se trata sólo de aplastar una sublevación facciosa ni de una guerra civil contra un ejército equipado por potencias extranjeras. Ahora se presenta ante nosotros, ante la República, ante España, la necesidad de luchar contra los invasores fascistas, contra una parte de las fuerzas armadas de Alemania, Italia y de sus agentes en nuestro país ... esta es nuestra segunda guerra de la independencia.[83]

La naturaleza de la contienda como guerra popular de liberación se impuso sobre cualquier otra consideración, sobrepujando la línea del mantenimiento de la República democrática durante el resto de su duración. En un discurso ante las Cortes José Díaz recalcó que la lucha en España era entre la democracia y el fascismo. Los comunistas, sin renunciar un ápice a su ideología y a sus fines, sostenían que en ese momento solo podía haber un único programa: ganar la guerra. A este fin estaban dispuestos a sacrificar todos los demás objetivos. «Los intereses de los obreros, de los campesinos, de la pequeña burguesía y de los extranjeros respetuosos con la República —concluyó— estaban salvaguardados por el gobierno del Frente Popular».[84]

En pos de ese objetivo supremo de ganar la guerra, el PCE expuso un programa que permanecería prácticamente invariable en los contenidos y solo modulable al alza en el énfasis empleado para sostenerlo a medida que la guerra se prolongase: había que crear cuanto antes el ejército popular; observar una disciplina férrea y obediencia a un mando único; diseñar un plan general de operaciones; movilizar y utilizar mejor los recursos nacionales; implantar el servicio militar obligatorio; asegurar una dirección político-militar de la guerra; y reorganizar la industria, poniéndola en condiciones de abastecer de todo lo necesario al frente y a la retaguardia. Era el programa de Clemenceau envuelto retóricamente en la bandera de Lenin.

El asalto de los sublevados a la ciudad comenzó el sábado 7 de noviembre. Como ha señalado Graham, la situación era tan extremada que las actas de la Junta de Defensa solo estaban fechadas con el guarismo del

día, sin referencia ni a mes ni a año: solo existía conciencia del ahora, y el futuro era un territorio impredecible. Bajo las primeras acometidas, algunos mandos comunistas desobedecieron las órdenes prescritas por el Estado Mayor: Líster rehusó retirarse a Tarancón y acudió a consultar a la sede del Buró Político de su partido.[85] De forma autónoma, el PCE decidió que las unidades mandadas por sus hombres se replegaran hacia los límites de la ciudad. Su táctica iba a coincidir con la diseñada por el nuevo Estado Mayor para la defensa de Madrid designado en aquel momento, y encabezado por el teniente coronel Vicente Rojo. La consigna pasó a ser: resistir y no retroceder. La propaganda comunista soldó en una sola pieza la línea del partido con la decisión del mando militar. El resultado fue que la batalla de Madrid se erigió en el primer gran brillante que esmaltó la panoplia del imaginario comunista durante la guerra civil, y determinaría, durante los meses siguientes, el incremento de sus filas.

Quizás una de las razones por las que el PCE afrontó con mayor decisión que otras fuerzas la batalla de Madrid fue porque sus miembros contaban con una preparación específica para la lucha callejera. Era una de las materias que habían cursado los cuadros destinados a la escuela leninista. Los militares facciosos sabían que el combate en un entorno urbano tenía un carácter distinto que en campo abierto. Por ello evitaron plantear el ataque a la capital por el este (Vallecas) o el oeste (Tetuán y Cuatro Caminos), donde se extendían barriadas de caserío irregular y composición social proletaria. El Quinto Regimiento había repartido instrucciones al respecto:

> 1. En las barriadas donde quiera entrar el enemigo, los milicianos deben construir barricadas, hacer hoyos, crear los obstáculos que impidan a los tanques enemigos correr como quieran.
>
> 2. Ocupar las casas más importantes de la calle que se debe defender, organizando la defensa desde las ventanas de las mismas. Un tanque no puede hacer nada contra los hombres que están en el primero o segundo piso de una casa. Y esos hombres tienen, a su vez, la posibilidad de tirar bombas sobre los tanques, de destrozar la caballería enemiga y hacer retroceder la infantería ... Desde las ventanas se pueden arrojar con facilidad toda clase de elementos de ataque.
>
> 3. En las calles se debe organizar un servicio de vigilancia; pero los milicianos encargados de este servicio deben saber, en caso de peligro, en qué casa deben refugiarse para resistir y atacar. También los milicianos encargados de la defensa de trincheras, parapetos y puestos, deben saber, en caso de debida retirada, adónde ir.[86]

Los combates se sucedieron durante un mes. El frente se estabilizó en torno a las riberas del río Manzanares y las alternativas para tentar la ruptura de las líneas defensivas por puntos distintos (la carretera de La Coruña, el Jarama, Guadalajara) fracasaron igualmente. Pero mientras esto ocurría, Madrid fue sometida a continuo castigo artillero y a bombardeos aéreos diarios, cuyas consecuencias fueron la intensificación del sufrimiento de la población civil (que pagó por millares el número de bajas por sus efectos), y la extensión de un sentimiento de odio y venganza que se traduciría en la búsqueda de emboscados y en el exterminio de quintacolumnistas durante aquel duro final del otoño de 1936.

LA OBSESIÓN POR LA «QUINTA COLUMNA»

Nunca una expresión propagandística como la empleada por el general Mola para blasonar de la fuerza de apoyo clandestina con la que pensaba tomar la capital de la República hizo tanta fortuna y, al mismo tiempo, fue tan letal para los partidarios de los sublevados que se encontraban prisioneros en la cárceles republicanas.[87] La idea de que los emboscados se hallaban por todas partes y actuaban impunemente al resguardo de los formulismos legales y el amparo de las legaciones diplomáticas estimuló la intensificación de las demandas de depuración hasta niveles paroxísticos a medida que se incrementó la percepción de peligro por la aproximación de las líneas del frente.

En Madrid, la movilización para la defensa de la capital de la República y las exigencias de mano dura contra la «quinta columna» se convirtieron en una sola idea-fuerza. Los emboscados estaban por todas partes, clamaba el editorial de *Mundo Obrero*. Ciertas o imaginadas, se revelaron tramas organizadas para asaltar el Ministerio de la Gobernación y Unión Radio, o para facilitar la fuga de los presos de la cárcel de San Antón, lo que indicaba que los emboscados seguían trabajando en la sombra y disponían de una red de contactos entre ellos. La seguridad interior era un asunto demasiado serio como para dejarlo solo en manos de la fuerza pública:

> El efectivo saneamiento de Madrid no puede realizarse por la sola acción de la Policía y de los grupos de vigilancia. En la limpia de la ciudad tiene que participar toda la población antifascista ... Descubrir, vigilar, informar a las autoridades, e incluso detener a los agentes fascistas.[88]

El 3 de octubre, Pasionaria firmó un artículo en el que bajo el título: «Defensa de Madrid, defensa de España. Vigilancia y decisión», llamaba en términos airados a tomarse en serio la depuración:

> ¿A qué viene entablar discusiones bizantinas sobre si a Madrid hay que defenderla en el frente del Tajo o en la calle de Embajadores? ... La ley de la guerra es dura, pero hay que aceptarla; sin sensiblerías, ni beligerancia, ni debilidades. Nosotros no podemos llegar al sadismo que han llegado los facciosos, nosotros no torturaremos jamás a los prisioneros, ni escarneceremos a las mujeres de los traidores, ni asesinaremos a sus hijos. Pero vamos a hacer justicia; y justicia rápida y ejemplar, para extirpar hasta la raíz la planta de la traición.[89]

Aficionada como era a las imágenes de la cultura clásica popular, Ibárruri recurrió al episodio de la Campana de Huesca para ilustrar la exigencia de ejemplaridad. En ello quisieron ver algunos observadores extranjeros el llamamiento a la eliminación de los elementos derechistas que cobró trágicamente cuerpo en los episodios ocurridos durante el comienzo del asedio a Madrid en el mes de noviembre, si bien el tono del texto de Pasionaria no era diferente ni iba más lejos que los artículos que proliferaron en aquellos críticos días apelando a la movilización y al disciplinamiento de la retaguardia.[90]

Como ya se señaló anteriormente, los episodios de asaltos tumultuarios contra las prisiones y la actuación continua e impredecible de numerosos comités de investigación y milicias de retaguardia autoerigidas en poder punitivo autónomo fueron una constante del periodo inicial de la guerra y una consecuencia del colapso de la estructura institucional del aparato del Estado republicano. Uno de los objetivos que se plantearon las autoridades, a medida que este aparato tornaba a recomponerse, fue el de acabar con estos micropoderes autónomos que operaban como comités de salud pública en estado de competencia.

De hecho, pasados los primeros momentos, la estadística de víctimas de este terror de retaguardia fue mostrando, salvo algún repunte, una tendencia decreciente.[91] Sin embargo, la llegada de noviembre y el establecimiento del cerco de Madrid supusieron una alteración, tanto cuantitativa como cualitativa, así en la progresión a la baja de esta tendencia como en la etiología de la represión desencadenada. A ello no fue ajena la inserción de un elemento foráneo en la coyuntura de la defensa de la capital: la llegada de asesores soviéticos en seguridad interior.

Junto a los técnicos militares y el personal diplomático enviados por Stalin en su línea de sostenimiento del esfuerzo de guerra de la República hizo su aparición un tipo de personal particular, los agentes de la NKVD, cuya misión —en palabras de uno de sus máximos exponentes, Orlov— era, supuestamente, ayudar a los republicanos a montar un servicio de inteligencia militar y desarrollar las bases para una guerra de guerrillas. Sin embargo, para este tipo de tareas no era necesario pertenecer a la NKVD. El coronel Ilya Starinov, que puso en marcha el XIV Cuerpo de Ejército de Guerrilleros, pertenecía a la inteligencia militar (GRU, acrónimo de Directorio Principal de Inteligencia, en ruso).[92] Fue otro insigne agente de la NKVD, Sudoplatov, quien dejó traslucir la verdadera misión de Orlov y sus hombres: planificar operaciones contra los «trotskistas» y su agencia local (el POUM), contra los «aventureros» que acudieron a España con la esperanza de ver materializadas sus utopías revolucionarias, y para colaborar en la liquidación de la «quinta columna» fascista.[93]

A medida que la amenaza de cerco se cernía sobre Madrid, y con la paranoia suscitada entre sus muros por la autocomplaciente propaganda enemiga que exaltaba la presencia acechante de esa «quinta columna» complementaria a las que convergían sobre la capital de la República, proliferaron las ejecuciones de sospechosos. Las autoridades republicanas afirmaron sentirse impotentes para detener los registros y ejecuciones extrajudiciales. Con el objetivo de ponerles coto y de recuperar el control sobre los mecanismos de vigilancia y punición, el 6 de octubre el Consejo de Ministros aprobó la creación de tribunales especiales de urgencia; la ampliación de las competencias del tribunal que entendía de los delitos de traición y espionaje y la creación de otro para que juzgase las

responsabilidades civiles derivadas de la rebelión. El ministro de Gobernación firmó una orden ministerial prohibiendo la circulación entre las once de la noche y las seis de la mañana a toda persona que no formara parte de los servicios de vigilancia y seguridad.[94]

Sin embargo, la aproximación del enemigo a la capital, la intensificación de la sensación de que la derrota iría acompañada de una brutal represión —como en Badajoz, como en Talavera, como en Santa Olalla, como en Toledo...—, quizás de dimensiones hasta entonces inimaginables,[95] acentuó la ola de terror depurador en la retaguardia madrileña. Las portadas de *Mundo Obrero* elevaron el tono de las consignas movilizadoras de la guerra total hasta alcanzar el paroxismo en los primeros días de noviembre, coincidiendo con el inicio de los combates en los arrabales de la ciudad.[96]

En los últimos días de octubre y primeros de noviembre, las incursiones de los *junkers* con pabellón faccioso dejaron un rastro de sangre en Madrid y sus alrededores. El 30 de octubre seis bombarderos mataron en Getafe a 60 niños y 60 adultos. Al día siguiente se repitió el ataque, con 200 muertos y 300 heridos. Los días 8, 9 y 10 de noviembre Madrid fue sistemáticamente castigada por la artillería y la aviación. Una bomba que cayó sobre la estación de metro de Atocha mató a 80 personas. El 15, otra bomba sobre el hospital de Cuatro Caminos ocasionó 53 muertos y más de 150 heridos. El 17, oleadas sucesivas de bombardeos, mañana y tarde, sumieron en llamas el centro de la ciudad y dejaron un saldo de 250 muertos y 600 heridos.[97] En un artículo firmado el 25 de noviembre, el periodista francés Louis Delaprée evaluó en al menos 2.000 las víctimas causadas desde el inicio de los *raids* aéreos sobre la capital.[98]

Conocedor de los estallidos de furia popular que sucedían a los ataques contra objetivos civiles, el ministro de la Gobernación, Galarza, confesó temer por la seguridad de las prisiones. Tampoco ocultó el temor a que cuando los franquistas estuvieran a las puertas de Madrid, los presos pudieran intentar una evasión. El corresponsal de *Pravda*, Mijail Koltsov, ya había advertido del riesgo que suponía la presencia en las cárceles de Madrid de «ocho mil fascistas encerrados, de ellos tres mil oficiales de carrera y de la reserva», que podrían incorporarse al enemigo si este

conseguía penetrar en la ciudad. Koltsov se lamentó de que, aunque era necesario sacar inmediatamente de la ciudad a esos cuadros, nadie se estaba ocupando de ello.[99]

La situación no tardó en resolverse de manera trágica. La noticia de las ejecuciones de Paracuellos y Torrejón trascendió cuando la batalla de Madrid cumplía una semana, y fue el encargado de negocios de la embajada británica, Ogilvie-Forbes, quien envió a Londres un telegrama en el que refirió cómo el representante de la Cruz Roja Internacional, en compañía del encargado de negocios argentino, tuvo conocimiento *in situ* de los fusilamientos de 450 presos extraídos de Madrid en Torrejón, cerca del río Henares. Asimismo, se informó del asesinato de otros 500 cerca de Paracuellos. Felix Schlayer,[100] vicecónsul honorario de Noruega, dijo poseer la lista de los presos que salieron de las distintas cárceles entre el 7 y el 8 de noviembre: 970 de la Modelo, 175 de San Antón y 150 de Ventas. La mayor parte (1.300) fue ejecutada. El número total de fusilados entre el 7 de noviembre y el 4 de diciembre se ha fijado en torno a 2.400.[101]

Consciente del tremendo impacto negativo que reportaría el conocimiento internacional de estos hechos, Ogilvie-Forbes creyó justo salvar la responsabilidad del gobierno de la República, dado que cuando los fusilamientos tuvieron lugar ya se había producido la evacuación de los ministros a Valencia.[102] El embajador británico, por su parte, explicó que la evacuación y muerte de los presos de la cárcel Modelo había frustrado los planes de complementar con ellos las fuerzas de orden público que los atacantes tenían previsto desplegar en Madrid, y que el objetivo de una de las operaciones de aproximación por el oeste había sido alcanzar la prisión para liberarlos.

La responsabilidad última por los fusilamientos ha sido objeto de una larga controversia. Algunas fuentes atribuyeron la orden para que los presos fueran entregados a las organizaciones políticas al subdirector general de seguridad, Vicente Girauta, por mandato de su superior, el director general de Seguridad, Manuel Muñoz, que había salido para Valencia con el Gobierno. Pero, por otra parte, uno de los consejeros del Buró Político del PCE, el búlgaro Stoyan Minev, *Stepanov*, se ufanó en su informe de balance de la guerra de la participación comunista en los hechos, como parte del

insobornable y resuelto combate contra la quinta columna. El PCE, afirmó, «sacó sus conclusiones y llevó a cabo en un par de días todas las operaciones necesarias para limpiar Madrid de quintacolumnistas. Esta operación de “limpieza” contribuyó a la salvación de Madrid no en menor medida que los combates a las puertas de la ciudad».[103] Ahora bien, aunque Stepanov cargara la responsabilidad en la cuenta del PCE, es preciso recordar que él no estaba en España cuando ocurrieron los sucesos, ya que llegó destinado por la Comintern en enero de 1937.

El periodista Martínez Reverte alumbró hace algunos años el borrador del acta de una reunión de representantes del Comité Nacional, comités regionales y otras organizaciones de la CNT que se celebró la mañana del 8 de noviembre. Para Reverte, la «pistola humeante» se encontró empuñada, a dos manos, por la federación anarquista local y «los socialistas que tienen la Consejería de Orden Público».[104]

El estado actual de la investigación permite concluir que la responsabilidad por las sacas correspondió a un sector neocomunista y otro anarquista de las organizaciones actuantes en Madrid. Pero si a ellos compete la ejecución material, la incitación tuvo un origen externo. Según Koltsov, el corresponsal de *Pravda*, un tal «Miguel Martínez» —a quien Viñas identifica como Iosif Romualdovich Grigulevich (« Grig»), un lituano que hablaba español con acento sudamericano, y que llegó a España a principios de octubre de 1936 con una recomendación del partido comunista argentino— se reunió el 7 por la mañana en la sede del Comité Central con Pedro Checa, secretario de organización del PCE, para plantearle el problema de los presos. Checa respondió que no se había hecho nada y que ya era demasiado tarde para hacer algo. La evacuación exigía transportes, escoltas y organización. «Martínez» respondió que solo era necesario seleccionar a los elementos más peligrosos y «mandarlos a la retaguardia», en grupos pequeños. Lo importante era que todos esos cuadros no pudieran servir a Franco. «Por pocos que se logre mandar —dos mil, mil, quinientos— ya será algo. Que se lleven por etapas hasta Valencia.» Checa reflexionó y asintió.[105] Con ello se decidió el destino fatal de una parte de los presos.

El vector de la NKVD, con Grig y Orlov como personajes centrales, ocupó el papel protagonista de la trama. En un informe que el agregado militar Gorev redactó para el director de la inteligencia militar (GRU), fechado el 5 de abril de 1937, señaló que entre a quienes cabía un importante mérito por la eficaz defensa de Madrid se encontraban los «vecinos» —eufemismo empleado para designar a los agentes de la NKVD —, con el camarada Orlov a la cabeza, «que tanto hicieron para impedir una revuelta interna». Con este circunloquio se encubrieron las «limpias» ejecutadas a instancias de Orlov. Al PC madrileño y a los jóvenes dirigentes de la JSU que en aquellos momentos se le estaban pasando en masa les tocó poner la mano de obra. No era fácil, en aquella dramática situación en la que se debatía la capital martirizada por los bombardeos aéreos prácticamente impunes, discutir las orientaciones de un camarada que hablaba con la autoridad que le daba su condición de agente soviético, «gracias a cuyo país la República estaba en condiciones de oponer a las tropas sitiadoras algo más que mera chatarra y pechos al descubierto».[106] La empresa de liquidación de la quinta columna evocaba, además, para los entusiastas neófitos la contundencia con la que los bolcheviques habían conseguido la victoria en la guerra civil rusa: la imposición de un «terror» (en el sentido jacobino del término) como herramienta constructiva de un nuevo orden político, cuyo ejercicio llevaba aparejada la promoción de quienes estuviesen dispuestos a asumir el compromiso de llevarlo a la práctica hasta sus últimas consecuencias.[107]

En la situación agónica del Madrid de noviembre, en la que parecía llegado el momento de «la lucha final», la violencia ejercida contra el enemigo de la retaguardia fue el envés del combate cuerpo a cuerpo en las trincheras, la vindicta de las víctimas pulverizadas por los ataques alevosos de la aviación y la artillería. La vida o el sacrificio de unos miles de prisioneros solo contaba en términos tácticos. Algo que solo fuera de aquel contexto adquirió su carácter indeseable y merecedor de ocultamiento. Que lo que ocurrió en aquellos trágicos días de noviembre no fue para enorgullecerse se puso en evidencia en el relato que se construyó a posteriori. Inmediatamente terminada la guerra, Stepanov borró las huellas de los responsables soviéticos y endosó la responsabilidad de lo ocurrido al

PCE, camuflándolo como si fuera un mérito. Koltsov ya había recorrido un trecho más, silenciando lo que pasó con los presos. Después, las responsabilidades personales se diluyeron en la neblinosa atribución a los «incontrolados» —que ciertamente todavía seguían actuando por entonces — de los fusilamientos masivos.

Todas las decisiones que pusieron en marcha el mecanismo que culminó en el pie de páramo de Paracuellos se tomaron en un círculo restringido. Los asesores políticos del PCE no tuvieron contacto con París o con Moscú en aquellos días cruciales porque el enlace por cable estaba roto desde el día 6 de noviembre.[108] No se sabe si «Miguel Martínez» pudo entablar contacto por otra vía con la central o actuó por propia iniciativa. En cualquier caso, «Martínez» activó un engranaje en el que se vieron implicados de diversa manera miembros ligados al PCE, la JSU, la Consejería de Orden Público de la Junta de Defensa de Madrid y la Dirección General de Seguridad. En los vértices de este cuadrilátero se encontraron Pedro Checa, Segundo Serrano Poncela, Santiago Carrillo y el anarquista Amor Nuño. La evidencia documental disponible permite apreciar que la decisión de la «evacuación» hacia Paracuellos no fue tomada en el seno de la Junta de Defensa.[109]

Al mismo tiempo que se resolvía de forma draconiana el asunto de los presos derechistas, y quizás apoyándose en el hecho de que la inquietud por la amenaza inmediata de la quinta columna ya había sido conjurada por los fusilamientos, la Consejería de Orden Público, dirigida por Santiago Carrillo, impulsó disposiciones para ordenar la entrega en un plazo de 24 horas de las armas de las que se dispusiese de forma ilegal (9 de noviembre) bajo pena de juicio con arreglo al fuero de guerra. La vigilancia del interior de la capital y de sus accesos quedó reservada a las fuerzas que determinase la Consejería (10 de noviembre), quedando prohibida a cualquier otra. Se cerró inmediatamente la checa de Fomento, la más importante de las que operaban en Madrid, y siguieron medidas que disciplinaron la violencia contra los adversarios de la República.[110] Se cerró de esta forma el periodo más sangriento de la violencia punitiva en la capital, el segundo semestre de 1936, durante el que se ocasionó el 95 por 100 de las víctimas imputables a la represión de retaguardia durante toda la guerra.[111]

Tras varios intentos infructuosos de toma de la capital, en enero de 1937 el frente de Madrid quedó estabilizado. El intento de tomar la ciudad fracasó en sucesivas tentativas. Varela se estrelló contra las trincheras de sus extrarradios. El general Mola nunca se tomaría el café en la Puerta del Sol. La capital republicana no caería hasta finales de marzo de 1939 y con la mediación de una nueva rebelión político-militar interna. Con sus luces y sus sombras, el PCE fue la fuerza política que más rentabilizó aquella victoria. No le hurtaron los méritos ni siquiera observadores extranjeros que se encontraban muy lejos de simpatizar con el comunismo, pero supieron apreciar muy pronto su capacidad movilizadora. El agregado militar francés, Henri Morel, quien no había creído en un principio en la viabilidad de la defensa de la ciudad, fue contundente al respecto:

> Si no hemos visto la caída de Madrid y la debacle definitiva —informó a sus superiores— hay que atribuir el mérito al jefe de gobierno y al apoyo eficaz del Partido Comunista cuyos jefes personifican, en medio del desorden y del individualismo españoles, las ideas de organización y de autoridad, en parte de importación extranjera.[112]

7

«Tacto de codos»: los enfrentamientos por el control y la defensa del espacio político durante la «primavera caliente» de 1937

COMO SE SEÑALÓ ANTERIORMENTE, el desmoronamiento del Estado republicano y la pugna de los poderes locales y de organizaciones políticas y sindicales por ocupar un lugar de influencia marcó todo el periodo inicial de la guerra civil. Togliatti definió más tarde el comportamiento de cada fuerza en aquella situación como un ejercicio de «tacto de codos»,[1] concepto con el que quiso referirse tanto a la habilidad para abrirse espacio como al empleo de la fuerza para conservar el adquirido.

Hubo una modalidad de violencia que agitó la retaguardia republicana prácticamente durante casi todo el primer año de guerra. Fue la que enfrentó entre sí a las organizaciones políticas y sindicales del arco antifascista. La literatura posterior apenas ha hecho referencia a los episodios que jalonaron aquella «primavera caliente» de 1937, desplazando todo el foco de atención a los enfrentamientos de Barcelona en el mes de mayo. Anarquistas y poumistas lograron imponer una lectura de los acontecimientos en clave de confrontación entre los custodios del proceso revolucionario (ellos mismos) y los advenedizos comunistas, cuyo carácter contrarrevolucionario encontró la ocasión para mermar la influencia del anarcosindicalismo y liquidar la supuesta amenaza trotskista en el fracaso del movimiento desencadenado a raíz de la reacción a la toma de la Telefónica barcelonesa.[2]

Se ha acrisolado el feliz hallazgo terminológico de «la guerra civil dentro de la guerra civil» para caracterizar a este episodio, y Beevor no tiene ninguna duda en arrancar su descripción de los hechos de mayo en los días 24 y 25 de abril de 1937, con los atentados —frustrado el primero, consumado el segundo— contra Eusebio Rodríguez Salas (consejero de Orden Público de la Generalitat) y Roldán Cortada, destacados miembros del PSUC.[3] Peirats, por su parte, en su prolijo estudio sobre la CNT pasa de puntillas por los acontecimientos anteriores a mayo, interpretando *pro domo sua* alguno de los pocos hechos que tiene a bien citar, como los de La Fatarella.[4]

Los hechos de mayo no constituyeron una reacción episódica en la que se jugó a una carta el destino de la revolución y la guerra. Es preciso ponerlos en relación con todo un rosario de incidentes que tuvieron lugar a lo largo y ancho de todo el territorio leal durante el primer semestre de la guerra. Las tensiones que motivaron estos enfrentamientos obedecieron a tres causas: las disputas por el control del orden en la retaguardia, la pugna por el dominio a escala local —en la que cobró enorme importancia la resistencia a la imposición del modelo colectivista de propiedad de la tierra — y las luchas por la hegemonía a todos los niveles. A ello hay que añadir que en los primeros y confusos días de la guerra y la revolución se saldaron viejas cuentas acumuladas durante los conflictos de los meses —e incluso años— anteriores.[5]

VIEJOS DESCONCHONES EN LA MAL SOLDADA UNIDAD ANTIFASCISTA

El 14 de octubre, el cónsul soviético en Barcelona, Antonov-Ovseenko, informó a Krestinski, responsable del NKID, que el Comité Central del PSUC recibía a diario multitud de denuncias sobre los excesos de los anarquistas, que habían derivado en choques armados. Citó casos como el de un pueblo de Huesca, cercano a Barbastro, donde veinticinco miembros de la UGT fueron asesinados por los anarquistas «en un ataque por sorpresa provocado por razones desconocidas». O el de los trabajadores de una fábrica textil de Molins de Rei, que dejaron de trabajar como

protesta contra unos despidos arbitrarios y enviaron a Barcelona a una numerosa delegación para transmitir sus quejas. A pesar de que los libertarios sacaron del tren a una parte de esta delegación, cincuenta trabajadores consiguieron llegar y enviar sus quejas al gobierno central, pero ahora temían regresar, recelando una venganza anarquista.[6]

En Pueblo Nuevo, cerca de Barcelona —siguió relatando el cónsul—, los anarquistas situaron a un hombre armado a las puertas de cada una de las tiendas de alimentación «y si no se tiene un cupón de alimentos de la CNT no se puede comprar nada. Toda la población de ese pequeño pueblo está muy excitada». Este almacén debía ser uno de los trece pertenecientes a los comités de abastos que, bajo control de la CNT, eran responsables efectivos de la distribución de productos alimenticios en Barcelona. La pugna entre estos comités y la Consejería de Abastos de la Generalitat, presidida por Joan Comorera, secretario general del PSUC, no tardó en estallar. Que se empleara el abastecimiento como una palanca de influencia política no era una exageración de Antonov-Ovseenko: en el caldeado ambiente de comienzos del año siguiente, la prensa de Barcelona publicó reiteradamente noticias acerca del descontento provocado por prácticas abusivas y enfrentamientos motivados por disposiciones inmediatamente contestadas. El PSUC movilizó a sus bases, especialmente femeninas: entre el 27 de diciembre de 1936 y el 25 de febrero de 1937 *La Vanguardia* dio cuenta de una sucesión de manifestaciones de mujeres opuestas a los comités y demandantes de una acción gubernamental decidida.[7] La de febrero, por ejemplo, tuvo lugar a consecuencia de los incidentes ocurridos en algunas tahonas de la Barceloneta. Alrededor de las cuatro y media de la tarde se formó un cortejo de mujeres que se dirigió a la Plaza de la República con objeto de hacer pública su protesta ante el Ejecutivo de la Generalitat. La manifestación exhibía una pancarta en la que se leía: «No queremos Comités. Queremos un solo Gobierno». Una delegación de las manifestantes logró entrevistarse con el subsecretario de la Presidencia, Martín Rouret, al que trasladaron sus quejas por el hecho «de que se les obligara, en determinados hornos, a firmar un documento de naturaleza política». En relación con este hecho fue denunciado un panadero de la calle de la Maquinista, quien a todos los que iban a comprar pan les pedía

que le firmasen un documento en el que se exigía la dimisión de determinado consejero de la Generalitat —Comorera, de Abastos—. A los que firmaban dicho documento les vendía dos panes, y a los que no querían firmarlo solo les vendía uno.[8] El asunto se saldó —no sin el rechazo de la CNT— con la imposición del racionamiento de pan en toda Cataluña (250 gramos por persona y día) el 27 de febrero de 1937.

Las disputas violentas proliferaron entre los miembros de los sindicatos. Parte de ellas hundían sus raíces en conflictos pasados. Uno de los casos más destacados fue el asesinato del presidente de la Federación de Entidades Obreras (UGT) del puerto de Barcelona, Desiderio Trillas Mainé, tiroteado el 31 de julio cuando circulaba en un vehículo por la capital catalana junto con otros tres compañeros del sindicato, de los cuales resultaron también muertos Manuel Catés y Miguel Nerón. Todos ellos eran también militantes del PSUC.

En su monumental trilogía sobre la CNT en la revolución española, José Peirats relacionó la muerte de Desiderio Trillas con la marea de ajusticiamientos que tuvieron lugar durante los primeros días a consecuencia de arreglos de cuentas a costa de los conflictos sociales acaecidos en los años anteriores. Peirats citó algunos casos, como los de la liquidación de los antiguos pistoleros del Sindicato Libre, Ramón Sales e Inocencio Faced.[9] En este contexto incluye, asimismo, la muerte de Trillas, del que no dudó en afirmar que «fue durante años el cacique de la contrata de la mano de obra portuaria, animador de favoritismos y de disidencias, de despidos y del pacto del hambre impuesto a muchas familias». Sin embargo, el asesinato de Trillas parece obedecer más a otra tipología, la de la competencia intersindical que había teñido de violencia las relaciones entre las organizaciones del movimiento obrero desde la dictadura de Primo de Rivera y los primeros tiempos de la República. El perfil biográfico de Desiderio Trillas no se correspondía precisamente con el de un sicario de Martínez Anido: entre 1921 y 1926 fue detenido y procesado en cuatro ocasiones por terrorismo, tenencia de explosivos, sedición, propaganda ilegal y presidir ilegalmente comités de huelga del ramo de transportes. En 1927 abandonó el sindicalismo revolucionario e ingresó en la UGT, siendo elegido vocal obrero del Comité paritario del puerto de Barcelona. Al

constituirse la República fue convocado a declarar ante la comisión parlamentaria de responsabilidades acerca del origen del pistolerismo. Durante el primer bienio colaboró con la UGT y el PSOE mediante la participación en diversos actos, siendo designado en diciembre de 1933 candidato al Ayuntamiento de Barcelona en las elecciones municipales, en una candidatura conjunta de los socialistas con el Bloque Obrero y Campesino (BOC) de Joaquín Maurín.[10] A comienzos de 1934, los anarcosindicalistas desencadenaron una larga huelga que fue aplastada por el gobierno y Esquerra, y durante la que entraron en colisión con el Sindicato de Transporte de la UGT, presidido por Trillas. Los rescoldos se reavivaron cuando en julio de 1936, con el pretexto de vengarse de los esquiroles, la CNT mató a más de ochenta hombres, miembros del sindicato socialista.[11] También se vieron afectados los socialistas, que en febrero del año siguiente perdieron en Valencia a Florentino Prieto, antiguo luchador asturiano de octubre del 34, «a manos de quienes incapaces de ser héroes en el frente, lo son, a su manera, en la retaguardia».[12]

El sepelio de Trillas y sus compañeros se convirtió en una impresionante manifestación, en la que, según Marty, participaron cincuenta mil personas, dando lugar a que la CNT se viera obligada a transmitir por radio que ellos no tenían nada que ver con los asesinos. Aunque se intentara rebajar unos cuantos grados la tensión con los grupos anarquistas, los hechos trascendieron al exterior. En un informe leído ante la Comintern el 19 de septiembre, Thorez aludió a la situación en Barcelona en estos términos: «Los anarquistas se han apoderado de casi todas las armas en Cataluña y las guardan ... contra las otras fracciones de la clase obrera. Desde el comienzo de la insurrección ellos han asesinado a varios de nuestros militantes comunistas y sindicalistas, y llevan a cabo bestialidades en nombre de un pretendido comunismo libertario».[13] Marty refirió otros incidentes en los que los anarquistas llegaron a arrestar al comisario político del Quinto Regimiento, «que se salvó de la muerte solo por la llegada de nuestra unidad militar» y a uno de los comandantes de la misma unidad, «reteniéndolo durante media hora para mostrarlo a sus pistoleros».[14] Igualmente, el proceso de colectivización de la industria y los servicios suscitó roces. Como ha señalado Casanova, hubo serios enfrentamientos

entre los sectores manuales, donde predominaba el anarcosindicalismo, y los grupos de trabajadores de las oficinas afiliados a UGT y al CADCI.[15] La atmósfera estaba tan cargada que incluso había quien se extrañaba de que no estallase un movimiento de respuesta. En una entrevista mantenida con el escritor Ilya Ehrenburg el 18 de septiembre, el presidente Companys reprochó al PSUC que «no estuviera respondiendo al terror de los anarquistas con la misma moneda».[16]

No tardó mucho tiempo en abonarse esta cuenta pendiente. Los incidentes más graves tuvieron como escenario Valencia, y como motivo los enfrentamientos entre unidades anarquistas —la Columna de Hierro— y dotaciones locales de la policía y fuerzas del PC. La actuación de la polémica Columna de Hierro, integrada por los sectores más radicales del anarquismo levantino,[17] fue objeto de controversia, particularmente por la incorporación a sus filas de una gran parte de los presos comunes del penal de San Miguel de los Reyes, puestos en libertad en aplicación del principio de que había que «acabar con el régimen burgués, y que aquella gente que había allí eran víctimas de la Sociedad [*sic*] y que había que ofrecerles una oportunidad».[18]

Uno de sus integrantes, Tiburcio Ariza González, delegado de centuria apareció muerto en Valencia a finales de octubre. Las versiones difieren: los anarquistas atribuyeron el asesinato, a tiros, a agentes de la Guardia Popular Antifascista (GPA). Jesús Hernández, por su parte, adujo que había perecido «colgado por el pueblo en un pino del Saler».[19] Su sepelio, el 30 de octubre, se convirtió en una manifestación a la que decidieron acudir, bajando desde sus posiciones en el frente de Teruel, integrantes de la propia Columna de Hierro, de la Torres-Benedito y de la CNT 13, con el pretexto de «asistir al entierro del camarada caído» y la intención confesa de «exigir responsabilidades a los autores de su muerte». Las autoridades valencianas y el PCE recelaron de inmediato sobre la posibilidad de un asalto armado a sus sedes, dado que el cortejo pasaría ante el Gobierno Civil y el local del partido, en la plaza de Tetuán. La tensión podía mascarse y acabó por estallar. De nuevo las interpretaciones divergen: los comunistas alegaron que respondieron al fuego que pretendió hacerse desde un blindado que precedía al armón sobre el que reposaba el féretro, señal convenida para el

inicio del asalto; los anarquistas, que quienes primero dispararon con una ametralladora fueron los comunistas desde el interior de su sede. En cualquier caso, el suceso se saldó con un indeterminado —pero seguramente muy elevado— número de muertos y heridos.[20] Los manifestantes de la Columna se dispersaron, y aunque se manejó la posibilidad de una venganza en toda regla, fueron aplacados y devueltos al frente por la actuación de los comités de la Confederación en pos de no ahondar en los enfrentamientos y de la preservación de la unidad antifascista.

Una preocupación que, desde los primeros días, estaba presente en el ánimo de la Comintern, ya que según recogen Elorza y Bizcarrondo, un documento con el sello «Estrictamente confidencial» fechado el 28 de agosto en el que se consigna el envío de «Pedro» Gerö a Barcelona fijó como objetivo principal «conseguir la consolidación del Frente Popular y el cese de la lucha que comienza a desarrollarse entre las organizaciones que forman parte del mismo (anarquistas, comunistas, socialistas de izquierda, republicanos), lucha que amenaza con desagregar las fuerzas de la revolución y puede ayudar a los fascistas a obtener la victoria».[21]

ENTRE LAS MILICIAS Y EL VACÍO

La extensión de la revolución por las zonas rurales al compás del avance de las columnas que habían sofocado la insurrección en las zonas urbanas comportó un desigual control del territorio, dependiente tanto de factores locales (la distribución original de fuerzas en cada lugar) como de factores exógenos (la ideología de la columna armada que irrumpiera en él). De esta manera, no fueron pocos los sitios donde se dieron enfrentamientos entre las propias organizaciones obreras y republicanas. Uno de los motivos más reiterados durante el primer año de guerra fue la oposición, llevada a cabo por los denominados campesinos «individualistas», al colectivismo impuesto por los anarcosindicalistas en algunas comarcas del país. Tuvo que ver con ello que la geografía política de la lealtad a la República no

coincidiera, en buena parte del este y el Levante peninsular, con la geografía socioeconómica del desigual acceso a la propiedad o a la explotación autónoma de la tierra.[22]

La organización comarcal de Monzón de la CNT recogió en sus actas el caso de la localidad de Esplús (Huesca), dividida desde el principio del conflicto entre colectivistas e individualistas. Estos últimos, procedentes en su mayoría de Izquierda Republicana, procedieron a organizar la UGT de nueva planta después del 19 de julio, hecho que aprovecharon los anarquistas para negarles la participación en el Comité local y la distribución de armamento aduciendo que solo podían intervenir y armarse las organizaciones constituidas previamente a esa fecha. Las reticencias ácratas provenían de la idea de que en algunos lugares de las comarcas pirenaicas del Alto Aragón los antiguos caciques estaban intentando preservar sus redes de influencia y reconvertir sus antiguas clientelas injertándolas en un sindicato rival a la CNT.[23] Los nuevos ugetistas de Esplús recurrieron, sin éxito, a los comités superiores. Persistieron en sus demandas a Barbastro, Lérida y Madrid hasta finales de septiembre de 1936, sin ningún éxito. Por ello, «llegaron al acuerdo de manifestarse, todos ellos, delante del comité, hombres, mujeres y jóvenes, mostrando su desacuerdo con éste y su estructura». De Barbastro hicieron venir una delegación de cuatro miembros del Comité Provincial del PC. La concentración comenzó a las tres de la tarde del 8 de octubre. Mientras tanto, los colectivistas, en previsión de hostilidades, se infiltraron entre los manifestantes. El griterío hostil de los manifestantes obligó al presidente de la Ejecutiva de la UGT a salir al balcón para calmar los ánimos. Al verle, algunos jóvenes manifestantes pretendieron asaltar el edificio y lograron desarmar a uno de los hombres que montaban guardia. Otro, que logró refugiarse en la armería, hizo fuego, alcanzando mortalmente al presidente de la UGT. Varios más resultaron muertos por disparos. La multitud se dispersó y los delegados comunistas fueron desarmados, aunque posteriormente se les puso en libertad.

Lo peor estaba por venir. En menos de dos horas llegaron a Esplús fuerzas al mando de un delegado de Investigación provincial. Varios responsables de la manifestación fueron detenidos y ejecutados pocas horas

más tarde. Uno de los rebeldes «se hizo justicia por su propia cuenta» antes de ser detenido. Otras víctimas fueron cazadas por las patrullas de control cuando se encontraban ya lejos del pueblo. Asimismo murió una pareja «por haber atentado con arma blanca contra uno de los guardias provinciales al entrar este en su casa para un registro sin importancia». Los registros y detenciones duraron hasta la mañana siguiente, terminando cuando sobre las once se presentó un camión de guardias de Asalto procedentes de Lérida, cuyo teniente se dirigió al pueblo instando al restablecimiento de la tranquilidad. La limpia había conseguido su objetivo de amedrentar a los «individualistas». Como se ufanó el Comité, «a las 48 horas ... todos los vecinos del pueblo, las pueblas de Torregrosa, Rafales, Vencillón, Partida del Pilar y torres adyacentes se presentaban al Comité diciendo que su deseo era trabajar comúnmente con la colectividad...».[24]

No todos los anarquistas vieron con buenos ojos este tipo de actuación. En los papeles del dirigente del PSUC y de la Columna Carlos Marx, José del Barrio Navarro, se conserva el acta de una reunión celebrada en Sariñena el 13 de octubre, y en la que Durruti y él intervinieron sobre el asunto de los conflictos en retaguardia.[25] Durruti comenzó afirmando que era una tragedia que allí no se hubiera tomado en serio la guerra, y que no hubiese más que noticias de «que aquel pueblo se ha levantado, que aquel otro pueblo también».[26]

> A mí me sorprende —continuó— las pocas veces que salgo del frente, salgo para Lérida cuando me dicen: *Durruti, esto no puede seguir así. Estamos preparados y vamos a andar a tiros*. ¿Qué es esto? ¿Es posible que la retaguardia *vaya a andar a tiros*? ¿Que nosotros tengamos que dejar en los pueblos compañeros de confianza que velen por los intereses? ... Inmediatamente creo que hay que crear ese Estado Mayor, que sea de confianza, no del Gobierno de la Generalidad y del frente, sino de toda Cataluña y Aragón, para que en un momento dado, que se necesiten tres o cuatro mil hombres, pueda yo decir: *Arriba todos los fusiles y al frente,* y que Fraga y Lérida y todas las poblaciones respondan a la consigna del Estado Mayor y que allí no haya intervención ni de tendencias socialistas, comunistas, etc. ... y esos 10.000 fusiles que están en los pueblos —que hoy guardan allí por el temor— ... tienen que estar hoy en el frente y cuando vengan más fusiles estableceremos nuestros Comités y nuestra vigilancia en la retaguardia, pero de momento todo el mundo al frente.

Del Barrio tomó la palabra para dar cuenta de que, en ausencia del coronel Villalba y como miembro del Comité de Guerra, había tomado la decisión de enviar fuerzas de carabineros a Graus, con orden de detener a todo el Comité del Pueblo. «Si no hubiéramos mandado los veinticinco carabineros a Graus, los compañeros de la CNT nos fusilan a diecisiete hombres, que no eran todos socialistas, que eran republicanos en mayoría», aseguró. Y tuvo la precaución de no enviar a la Guardia Nacional Republicana, el cuerpo de seguridad que había sustituido a la Guardia Civil, para no suscitar amargos recuerdos de las luchas de esta contra el pueblo.

En Selgua «los compañeros de la CNT han fusilado al presidente de la UGT». Fue necesario mandar una compañía a Barbastro por petición del Comité local, y después de ello llegaron comisiones con demandas de socorro de Fraga y «de cinco o seis pueblos de la parte de abajo». Del Barrio concluyó tajantemente: «O se hace la vida normal y todas las armas van al frente y servirán para luchar contra el fascismo, o por el contrario, tendremos que seguir mandando gente a los sitios para que no se enfrenten con la Guardia Nacional los que se empeñan en luchar contra nosotros».

Sin embargo, la violencia en el ámbito local no corría en una sola dirección. En las provincias de Cuenca y Toledo, los alcaldes de Villamayor y de Villanueva de Alcardete formaron una checa que actuó bajo la denominación de «Comité fantasma», denunciado por la prensa anarquista por la comisión de violaciones, robos y secuestros que culminaron en el asesinato de un aparejador afiliado a la UGT, el 26 de agosto de 1936, y de su madre y hermana el 2 de septiembre.[27] En marzo de 1937 se les atribuyó el asesinato de dieciséis militantes de la CNT en Villanueva de Alcardete. *Castilla Libre*, órgano libertario de Madrid, anunció que el Comité Regional del Centro estaba realizando activas gestiones «para que se haga estricta justicia» y amenazó con tomar medidas drásticas. El otro portavoz anarcosindicalista en la capital, *CNT,* lanzó en sus páginas un duro ataque directo contra el PCE, que *Mundo Obrero* reprodujo:

> Tú, partido u organización antifascista, que nos consta que tienes a tus militantes en todos los frentes; que sabemos que haces grandes esfuerzos por mantener la unidad de todas las fuerzas antifascistas; tú, organización proletaria, ¿por qué mandas asesinar a trabajadores?

La respuesta fue inmediata y airada: estaba demostrado que los crímenes eran siempre resultado de la infiltración de la quinta columna. Por tanto, «nosotros nos guardaríamos muy bien de acusar a la CNT ni a nadie por hechos dolorosos acaecidos en Valencia, en Barcelona o en cualquier otro lugar».[28]

Se abrió una investigación para aclarar las responsabilidades».[29] En Madrid se reunió el Comité de Enlace de las organizaciones obreras, y la representación del PC propuso que se nombrara una comisión del Frente Popular que elaborara sobre el terreno un informe sobre los sucesos ocurridos. Todos los representantes se mostraron de acuerdo. Los de la CNT prometieron proponer a su organización la aceptación de este acuerdo del Comité de Enlace.[30] Intervinieron los tribunales populares y de la causa subsiguiente se dedujeron cinco condenas de muerte y ocho de prisión.[31]

A pesar de la confidencialidad con que se trataron los enfrentamientos interpartidarios, no se pudo evitar que muchos casos salieran a la luz. Tras los duros enfrentamientos en Madrid que se derivaron del tiroteo del que fue víctima el consejero de Abastos de la Junta de Defensa de Madrid, el comunista Pablo Yagüe, a finales de diciembre de 1936, la CNT y el PCE decidieron hacer pública una declaración conjunta para evitar nuevos enfrentamientos.[32] Se acordaron tres puntos: 1) no romper el frente de lucha antifascista; 2) que las críticas mutuas no se apartasen de la cordialidad y la objetividad; y 3) que se cortasen de inmediato los incidentes que surgieran, y si era necesario, que se acudiera a los órganos superiores de cada organización.

No fue un acuerdo muy efectivo ni duradero: el 20 de enero la prensa publicó un nuevo llamamiento, incluyendo esta vez a la CNT, la FAI, la UGT y el PSUC para evitar enfrentamientos fratricidas. El motivo era, una vez más, la muerte en Barcelona de un trabajador por disparos de otro.[33]

La resistencia a la colectivización

En las comarcas catalanas y en tierras aragonesas se sucedieron durante los meses anteriores a los «hechos de mayo» distintos episodios que obedecieron a una dinámica de enfrentamiento entre colectivistas y partidarios de la explotación individual, donde se entremezcló una multiplicidad de factores: el impulso de una profunda revolución social, transformadora tanto de las estructuras sociales como del concepto de propiedad, a menudo importada por los trabajadores urbanos que llegaban con las columnas procedentes de las capitales industriales, frente a los usos, las inercias y los intereses propios de un campesinado apegado a una mentalidad consuetudinaria sobre el trabajo y el disfrute de la tierra; las iniciativas de reconfiguración total de la economía y la distribución de bienes a escala local frente a la necesidad de la subordinación de la producción agrícola a las necesidades de una economía de guerra centralizada; y la pugna por el control de la retaguardia entre una CNT-FAI que procuró mantenerlo allí donde había impuesto su dominio por las armas durante las jornadas posteriores al aplastamiento de la sublevación y otras fuerzas políticas, en particular el PCE-PSUC, que se lo disputaron en pos del fortalecimiento del aparato gubernamental.

Las divergencias entre partidarios y adversarios de la colectivización surgieron en la zona republicana casi al mismo tiempo en que el aplastamiento del levantamiento militar fragmentó el territorio, pulverizó las viejas relaciones sociales y los regímenes de propiedad, y volatilizó las antiguas jerarquías locales. Las columnas milicianas acamparon sobre los escombros de este derruido edificio social, que ellas mismas contribuyeron a barrer, primero con la eliminación de los representantes del viejo orden de cosas; después, con la incautación de tierras y propiedades con las que abastecer sus necesidades.

La solución colectivista no era la única posible. Por supuesto, fue la preferida por el estrato más pobre del campesinado, el que carecía de tierras. La colectivización le permitió, por primera vez, acceder a la capacidad de gestionar en plano de igualdad un bien común y, en última instancia, otorgó a los otrora jornaleros la dignidad que les habían negado décadas de explotación extrema, sojuzgamiento social y marginación política. Pero otros sectores del campesinado, igualmente pobres aunque

dispusiesen de una pequeña propiedad o un arrendamiento (en ocasiones enfitéutico), tenían sus propias opciones, desde la secular reivindicación del *reparto* a las fórmulas arbitradas por las nuevas autoridades de la República en guerra. El Ministerio de Agricultura, bajo el mandato del ministro comunista, Uribe, fue la herramienta para impulsar la profunda transformación agraria que los comunistas creían que correspondía a aquella coyuntura histórica. Aunque teóricamente los dirigentes comunistas no dejaban de mostrar su admiración por los logros alcanzados por la agricultura colectivista en la Unión Soviética, no creyeron adecuada su traslación al caso español debido a los bajísimos niveles de mecanización de las tareas y de capacitación técnica del campesinado. Apostaron, en su lugar, por el fomento de la producción cooperativista, por el favorecimiento de la creación de unidades de producción, consumo, venta y distribución de carácter mixto, en las que pudieran integrarse los campesinos que hubieran optado por mantenerse al margen de los experimentos colectivistas.[34] Con ello se pretendió, en definitiva, alcanzar dos objetivos fundamentales en tiempos de guerra: mantener el flujo del abastecimiento de víveres desde la retaguardia a los mercados urbanos (lo que, a juicio de los comunistas, garantizaba mejor la iniciativa cooperativa que la vocación cuasi autárquica de las colectividades locales); y fomentar la adhesión del pequeño campesinado a la República, una opción que estaba mucho más emparentada con la política jacobina de la Revolución que con la influencia soviética.

El reparto fue desestimado como una manifestación propia de quienes estaban «más interesados en aumentar sus posesiones que en la creación de una nueva sociedad».[35] La opción por la colectivización tampoco se ajustó a interpretaciones unívocas —hubo divergencias acerca de quién debería ostentar la dirección, si los comités revolucionarios, la propia colectividad o el sindicato— y variaciones polifacéticas de fenómenos colectivistas —colectividades ricas que acabaron explotando a colectividades pobres; colectividades con salario familiar igualitario y colectividades con diferenciaciones retributivas de acuerdo a la «contribución social» de técnicos y no especialistas; colectividades antiautoritarias o sometidas al férreo control de un comité...—.[36] Asimismo, constituye un error muy

extendido afirmar que el PCE se opuso por sistema a las colectividades. Diversos estudios han demostrado que no fue así, y que, de hecho, un significativo porcentaje de este tipo de explotación operó bajo el control de la UGT, o incluso en combinación con la CNT, en varias regiones de la zona republicana.[37]

La clave de la adopción de uno u otro modelo estuvo, en los primeros tiempos de la guerra, en la capacidad para ejercer la coerción armada para contener o eliminar a los partidarios del modelo alternativo. En Aragón y las comarcas del interior catalán, esa fuerza cayó del lado del colectivismo propiciado por las columnas libertarias, cuyos integrantes, trabajadores de la ciudad, poseían un ideal apologético acerca del campo y de la colectividad,[38] y una contraimagen peyorativa del pequeño propietario asimilado mentalmente a la figura del pequeño burgués, por pobre que fuera.[39]

En Cataluña, las tensiones fueron *in crescendo* cuando la Generalitat estableció el ingreso obligatorio de los campesinos en la Federación de Sindicatos Agrícolas de Cataluña (FSAC) —federación única de cooperativas agrarias dirigida por la Unió de Rabassaires—. Como respuesta, algunos sectores anarquistas intensificaron su programa de colectivización forzosa. El resultado fue la proliferación de protestas contra los Comités (Riudarenes y La Garriga entre noviembre de 1936 y enero de 1937) que desembocaron en hechos luctuosos en Cervià de les Garrigues el 23 de octubre de 1936 y en Palau d'Anglesola el 9 de febrero de 1937, con un balance de varios muertos. También se produjeron atentados mortales contra dirigentes de la FSAC (como el de la comarca de la Selva, vinculado al PSUC) y fusilamientos de acreditados dirigentes locales republicanos (en Ginestar el 21 de noviembre y en Garcia, el 3 de diciembre). En todos los casos intervinieron fuerzas foráneas bajo el mandato de significados dirigentes de la FAI, como Dionisio Eroles, jefe de los servicios de policía de Barcelona.[40] En el Alto Aragón, zona de irradiación de las tensiones catalanas, vecinos de San Esteban de Litera, en la comarca de Tamarite (Huesca), denunciaron el fusilamiento de cuatro de sus vecinos en octubre del año anterior: un carpintero con taller propio, socialista; y un albañil y dos labradores, apolíticos. Como se deja intuir en la denuncia dirigida al

ministro de la Gobernación el 31 de mayo de 1937 (en pleno reflujo de la influencia anarquista tras los choques de Barcelona), en el origen de los asesinatos se encontró la resistencia contra la colectivización del pueblo y la intervención de patrullas forasteras.[41]

El irrespirable clima de desorden público en Cataluña llevó el 3 de enero al recién designado comisario general del ramo de la Generalitat, Eusebio Rodríguez Salas, a declarar a la prensa que los actos «de terrorismo realizados por gentes incontroladas no persiguen otra finalidad que producir un estado de alarma entre las personas pacíficas y honradas [proporcionando] con semejante proceder una ayuda eficaz a los negros designios del fascismo». Refirió incidentes en Vilanova i la Geltrú, donde un hombre fue asesinado por diferencias laborales, apareciendo el cadáver carbonizado en una carretera del pueblo. Diversos grupos de sujetos, haciéndose pasar por policías, efectuaron registros amedrentadores en locales de organizaciones rivales, como tuvo que sufrir el Casal Nacionalista; en otro caso se condujo detenidos a comisaría a unos muchachos afiliados al POUM, desapareciendo de inmediato sus apresadores sin dar explicaciones. Por último, refirió la desaparición de unos obreros que trabajaban en la fábrica Hispano-Suiza y de los que se ignoraba su paradero, a pesar de las activas gestiones que se estaban realizando para descubrirlo. Rodríguez Salas terminó su intervención ante los periodistas diciendo que en Cataluña no debía haber más detenciones que las oficiales y que no debían actuar más tribunales que los tribunales populares.[42]

El puñetazo en la mesa de Salas apenas cambió las cosas en las semanas siguientes, durante las que tuvieron lugar los hechos más lamentables, previos al estallido final de mayo. El 6 de febrero, José Pérez Pérez, secretario provincial de la FTTE (Federación de Trabajadores de la Tierra de España) de Huesca envió una patética queja a Ricardo Zabalza, secretario general de esa Federación y en ese momento gobernador civil de Valencia. En ella relató la detención de dos campesinos y sus familiares en el lugar de Almazara tras entrevistarse con él para quejarse de las amenazas

del comité del pueblo. El apresamiento fue llevado a cabo por un Comité de Investigación de la CNT. El ambiente de desesperación y la tensión acumulada auguraban la tormenta que rompería unos meses más tarde:

> Aquí estamos como los condenados a muerte: esperando que se cumpla la sentencia. Vivir en Aragón casi constituye una vergüenza, ya que cuantas barbaridades cometen los que se llaman cenetistas, hacen la vista gorda los responsables de esa organización. Y en cuanto al Gobierno de la República, ni hablar. No se ve su autoridad por ninguna parte. Hoy tenemos un lío formidable, pues publicamos un periódico y amenazan con asaltarlo. Nosotros queremos evitar el choque, pero creo que no será posible.[43]

El 19 de febrero, en el pueblo de Centelles, en la comarca de Osona, se produjo un grave enfrentamiento entre vecinos y miembros de las Juventudes Libertarias, resultando muertos cinco hombres, cuatro habitantes de la localidad y un forastero de las Juventudes. El motivo, según alegaron algunos de los implicados que resultaron detenidos, fue que cundió en el pueblo la alarma de que había ladrones, en vista de lo cual salieron con sus armas y se defendieron de los supuestos malhechores. Veinte vecinos se entregaron voluntariamente a la policía y fueron trasladados a Barcelona para la realización de las pesquisas.

Los sucesos de Centelles fueron un eslabón más en la cadena de choques entre adversarios y partidarios de la colectivización. Los muertos eran afiliados veteranos del Sindicato Agrícola Cooperativo de Centelles, vinculado a la Unió de Rabassaires, hasta el punto de que varios de ellos habían tomado parte en la revuelta del 6 de octubre de 1934. Su entierro se convirtió en una manifestación de duelo general, quizás la última ocasión en la que comparecieron públicamente representaciones de todas las fuerzas políticas y sindicales catalanas (ERC, JSU, CNT, UGT, POUM y Ateneo Obrero). *Solidaridad Obrera* se sintió obligada a publicar una nota en la que, bajo el titular «Hechos reprobables», el Comité Regional de la CNT hizo constar su más enérgica protesta contra estos y otros hechos que se venían sucediendo en ciertas comarcas de Cataluña, imputándolos a provocaciones, por una parte, y a la inevitable llegada a sus filas de «elementos cuya concepción ética de las cosas deja bastante que desear».[44]

Durante el sepelio, el portavoz del Consejo Central de la Unió de Rabassaires de Cataluña subrayó que «los compañeros vilmente asesinados habían luchado siempre por la revolución, no pudiendo sospechar que sería precisamente en nombre de ella que serían, primero, perseguidos y luego expoliados y hasta asesinados». Terminó pidiendo a las autoridades, y en particular al presidente de la Generalitat, que recogieran el espíritu de aquella comarca, que no pedía venganza, sino justicia, y que se liberase a los detenidos.[45]

Los días 25 y 26 de enero de 1937 tuvieron lugar los gravísimos hechos de La Fatarella, en las tierras del Ebro de Tarragona. En sus campos convivían, de forma cada vez más irritada, pequeños campesinos y jornaleros partidarios de la colectivización. Las condiciones de vida de ambos eran muy precarias. Como ha descrito brillantemente Josep Termes, quienes quisieron imponer la utopía colectivista eran gente precipitada en la miseria que se enfrentó a campesinos y arrendatarios sumidos en la pobreza.[46] El caso era parecido al de Gandesa, donde los vecinos denunciaron una situación insostenible y generadora de tensión:

> La llamada colectividad que patrocinaban los cenetistas había acaparado, además de la tierra de los elementos facciosos, la de una cantidad considerable de pequeños propietarios y arrendatarios, la que siéndoles imposible trabajar toda esta tierra colectivizada [*sic*] trajeron forasteros al pueblo, so pretexto de ayudarles a labrarla, pero que en realidad eran los matones del pueblo, ya que la tierra continúa sin cultivar, y ellos se pasean con el fusil al hombro. No teniendo en cuenta que nuestros camaradas vecinos del pueblo se encontraban, y se encuentran aún, sin trabajo.[47]

El ambiente de hostilidad entre los campesinos y la minoría colectivizadora fue en aumento hasta estallar el día 25 de enero. Tras una concentración en la plaza del pueblo, los vecinos invadieron los terrenos de la colectividad y se apropiaron de su sede y armamento. Alertados los anarquistas de los pueblos vecinos y solicitado el auxilio de las patrullas de control de Barcelona, se entabló combate entre los forasteros y los habitantes de La Fatarella, que les hicieron frente con escopetas de caza,

causando tres muertos entre los atacantes. Enfurecidos, los miembros de la FAI y las patrullas acabaron irrumpiendo en el lugar, donde pasaron por las armas a treinta y cuatro personas.

La prensa anarquista quiso hacer pasar el caso de La Fatarella por un levantamiento de la quinta columna.[48] Hasta se sacó a relucir una bandera monárquica escondida en un domicilio particular y al inevitable cura emboscado. Pero ni la Generalitat ni el resto de fuerzas políticas tragaron el anzuelo.

El goteo de incidentes prosiguió y comenzó a motivar las primeras decisiones en firme para cortarlo. El 9 de febrero fuerzas de la Columna Durruti detuvieron y fusilaron al maestro de Utrilla (Teruel) y a seis individuos más, sin formación de causa. Los hechos fueron denunciados al ministro de la Gobernación, el socialista Ángel Galarza, por la agrupación socialista, las juventudes y el sindicato minero de la localidad, quienes añadían que «varios compañeros directivos de las organizaciones» mencionadas tuvieron que huir del pueblo. Galarza dio traslado de la denuncia al delegado del gobierno en Aragón, Francisco Ascaso, sin obtener respuesta.[49]

El 26 de febrero, con motivo de nuevos sucesos en Manresa que aumentaron la lista de víctimas ocurridas durante los últimos días, el Comisariado de Orden Público de las comarcas tarraconenses dio a conocer a los alcaldes y presidentes de organizaciones políticas y sindicales una nota en la que culpabilizó de los conflictos a individuos que pertenecían antes del 19 de julio a partidos de derechas. De esa idea —en cierta medida, reconfortante— participaban todas las organizaciones. El ministro Galarza advirtió por aquellas mismas fechas que si estas no se autodepuraban, lo haría el gobierno.[50] Conviene retener esta percepción, porque la muy extendida sospecha sobre la infiltración fascista en las filas del adversario alimentó no solo la paranoia antitrotskista del PCE, sino el resquemor permanente de todos hacia todos durante buena parte de la guerra, y en especial, en las trágicas jornadas que se avecinaban. Cuando en Chirivella fueron abatidos a tiros dos afiliados a Unión Republicana, se achacó la

responsabilidad a los miembros de la ex Derecha Regional, camuflados como «izquierdistas de nuevo cuño, dueños de la gestora municipal y del Comité de guerra».[51]

El comisario de Orden Público de Tarragona afirmó con rotundidad que había que terminar con las irregularidades y las imposiciones:

> Ni las colectivizaciones, ni las incautaciones, ni las detenciones, ni las ejecuciones deben hacerse por capricho o arbitrariamente ... Quien perturbe nuestro trabajo para ganar la guerra y la revolución, demostrará que es un fascista emboscado con un carnet, ya sea de la CNT, UGT, Esquerra o POUM, y como a tales los trataremos.

La Comisaría de Orden Público de Tarragona, por medio de los consejeros de Seguridad Interior de los respectivos pueblos de estas comarcas, se mostró dispuesta a garantizar el nuevo orden revolucionario, asegurando que solo ellos estaban autorizados para efectuar detenciones y registros, siendo detenido quien se extralimitase en unas funciones que no le fueran propias, «pues la Policía, Guardia de Asalto, Guardia Nacional y compañeros de Investigación, adscritos por las organizaciones a las Comisarías de O[rden] P[úblico], son los únicos que pueden efectuar servicios de Seguridad Interior en la retaguardia». Por tanto, «tienen que desaparecer inmediatamente los grupos de tal o cual organización, que, por el pánico de las armas, imponen modalidades de costumbre y tradición, y conmueven la vida tranquila y modesta de los pacíficos ciudadanos de los pueblos».[52]

En marzo fue en Granollers donde estallaron tumultos por asuntos de colectivización.[53] Pero el epicentro de los sucesos motivados por esta causa se trasladó a Levante, dando como resultado la adopción de las medidas más drásticas hasta aquel momento. El 13 de marzo la prensa publicó una enérgica «nota del ministro de la Gobernación para acabar con los perturbadores y con los emboscados». El departamento puso en conocimiento de la opinión pública —dentro de los márgenes razonables de censura— los sucesos acaecidos en la provincia de Valencia y que se habían iniciado en el pueblo de Vinadesa. La nota relató que la fuerza pública hubo de actuar para impedir que «una minoría tratara de imponerse a una gran parte del pueblo» por procedimientos violentos. Cuando el incidente se

consideraba prácticamente resuelto, sin apenas choques, la fuerza pública fue agredida, teniendo necesidad de ser reforzada. Al mismo tiempo, desde determinadas organizaciones se ordenó una movilización general que afectó a unos cuantos pueblos de la provincia, cortando comunicaciones e impidiendo el tránsito por carretera. Hubo que vencer la resistencia haciendo uso de la fuerza, lo que causó un número indeterminado de bajas. Entre los detenidos, destacó la nota ministerial, como siempre ocurría en esta clase de sucesos, se encontraban «enemigos de la causa republicana».[54]

El informe que expuso Mariano Vázquez a los responsables de la CNT ofrece mucha más información que la nota pública, y revela que los choques de marzo en Levante fueron el prólogo más extenso y violento de los hechos que tendrían lugar dos meses después en Barcelona. Los enfrentamientos comenzaron el 8 de marzo por la negativa de los miembros de la CNT de Vinadesa a dejar un local, que ellos consideraban propio y otros que era del pueblo, para la realización del funeral de un militante socialista caído en el frente. Los familiares y compañeros de este se empeñaron en llevarlo a cabo, y los anarquistas, con escasa sensibilidad, disolvieron el duelo a tiros. A partir de ahí, comenzó una espiral absurda: se detuvo por los disparos a tres cenetistas, y en represalia los anarquistas empezaron a capturar socialistas. Gobernación mandó de inmediato una camioneta de guardias de Asalto que no llegaron a intervenir, porque a su llegada todos los detenidos habían sido liberados por sus captores.

Pero cuando los guardias se retiraban a Valencia, se vieron rodeados por confederales llegados de los pueblos de la comarca —probablemente alertados desde Vinadesa— que atacaron la camioneta. Los choques entre anarquistas y guardias se extendieron a Moncada, y en Gandía se levantaron barricadas y fuerzas de la CNT emplazaron ametralladoras, a fin de impedir la circulación de fuerzas que marchaban de Alicante a Valencia. Vázquez describió plásticamente el ambiente del momento:

> En otras localidades habían [*sic*] conatos de sublevación, los choques iban a recrudecerse. Los teléfonos, manejados por camaradas de Valencia, con buena fe, pero irreflexivamente, alarmaban a la región. Órdenes de movilización. Preparativos. Excitación. Todo anunciaba una guerra en retaguardia, que nos hundía definitivamente. Y cuando esto sucedía el enemigo iniciaba el ataque en masa sobre Guadalajara, y nuestras milicias eran arrolladas, o hundidas.

> Kilómetros y kilómetros conquistaba el enemigo con facilidad. Por otra parte se rumoreaba insistentemente que el enemigo iba a atacar por el sector de enlace, entre Aragón y Valencia. Ataque que de llevarse a efecto, fácilmente podía cortar las comunicaciones entre Valencia y Cataluña, cortando por Castellón.[55]

En la comarca de Utiel se cursaron órdenes de huelga general. Nadie sabía quién la convocaba. Los anarcosindicalistas responsabilizaron a los republicanos. En Burriana, donde funcionaba una fábrica de munición controlada por la CNT para su propio abastecimiento, se presentó el día 3 una compañía de guardias de Asalto para incautarse de la producción y la maquinaria. Al día siguiente los cenetistas locales se lanzaron a la recuperación del material, enfrentándose a tiros a la fuerza pública. Los combates se prolongaron todo el día, y al atardecer llegó al pueblo un grupo de integrantes de la Columna de Hierro para reforzar a los anarquistas. Solo la intervención del Comité Nacional de la CNT detuvo los enfrentamientos, a cambio de que la fuerza pública devolviese la maquinaria al Comité local. Un grupo de ácratas de Almazora detuvo una camioneta de guardias que se retiraban, a los que desarmaron, y a punto estuvo de ocurrir una tragedia si los responsables de Burriana no les llegan a decir que los pusiesen en libertad con devolución de su impedimenta.[56]

El balance de los enfrentamientos fue de cuatro cenetistas y once guardias muertos en los choques de Vinadesa y Moncada. No hay cifras de Burriana. La gota parecía colmar el vaso. La CNT apareció como un grupo incapaz de controlar a sus bases, donde los meros comités comarcales desobedecían a los comités regional y nacional, que instaban al fin de la lucha. «De esta forma —reconocía Vázquez— se nos restaba fuerza moral, ya que en Gobernación conocían "el caso que nos hacía la Organización cuando le aconsejábamos que cesara en su actitud".» Por otra parte, se otorgaban bazas al argumentario comunista, que únicamente tenía que poner en paralelo la coincidencia de los levantamientos de retaguardia con el desarrollo de ofensivas por el enemigo fascista para extender la sospecha de la relación entre lo uno y lo otro.»[57]

Ante la gravedad de los acontecimientos, Gobernación dio, como primera providencia, orden de recogida de armas largas pertenecientes a particulares. Con fecha del 12 de marzo el ministro dirigió al director

general de Seguridad y a los gobernadores civiles la siguiente orden, que apareció en la *Gaceta* el día 13:

> En el momento que reciba esta orden, publicará VE un bando en el que se indique que se concede un plazo de 48 horas a todos los ciudadanos para entregar en la DGS, Gobiernos Civiles y Alcaldías las armas largas que tuviesen en su poder, así como los explosivos y materias explosivas. Pasado dicho plazo, la fuerza pública hará registros en aquellos lugares en que se sospeche que pueden existir armas largas y procederá a la recogida de las mismas y detención de las personas que las hubiesen ocultado, las cuales serán entregadas a los Tribunales de Justicia para que sean juzgadas con arreglo a las leyes y al bando que en la *Gaceta de la República* se publicará el día 13 del corriente. En cuanto a las armas cortas, se concederá también un plazo de 48 horas a todos los partidos políticos y organizaciones que hubiesen concedido tarjetas para la tenencia de dichas armas cortas para que envíen relación nominal de las concedidas, que serán inmediatamente revisadas con arreglo a mis disposiciones anteriores.[58]

A pesar de la aparente contundencia de la anterior disposición, la consigna de desarmar a la retaguardia no llegó a materializarse. El citado informe de Mariano Vázquez en nombre del Comité Nacional de CNT reveló que Galarza mantenía un doble juego.[59] Mientras hacía públicamente manifestación de restaurar el principio de autoridad gubernativo, por debajo llegó a un acuerdo con los anarquistas. Por una parte, ante el delicado problema de la intervención de la fuerza pública en algunos pueblos, con los conflictos subsiguientes, convino en la designación de doce delegados por cada sindicato (CNT y UGT) que acudieran allí donde se produjera un problema y evaluaran la forma de solucionarlo, no pudiendo intervenir las fuerzas del orden hasta que los delegados considerasen precisa su actuación. Por otra, de las palabras de Vázquez se deduce que se había llegado a un pacto con Gobernación sobre el espinoso asunto de las armas:

> Otro aspecto ofrecía la recogida y control de armas. También en circular anterior os informábamos de lo que había que hacer, y cómo habíamos llegado a un acuerdo con Galarza. Omitimos pues la repetición de lo que ya conoce la organización.[60]

Lejos de resolverse el problema de la seguridad en la retaguardia, los incidentes siguieron sucediéndose. Patrullas adscritas al denominado Cuerpo de Investigación y Vigilancia del Consejo de Aragón interrumpieron un encuentro entre el jefe de la 22 Brigada Mixta, el comunista Francisco

Galán, y vecinos del pueblo de Aguilar de Alfambra. Seis individuos armados con fusiles Máuser le dijeron que tenían orden de prohibirle todo contacto con la población civil. Tras un diálogo muy tenso, «escudados ellos en su superioridad material», Galán logró que le permitieran continuar. Más tarde elevó su queja por lo ocurrido a Largo Caballero en persona.[61]

En Bellver, a mediados de abril, se produjo un levantamiento libertario. A raíz de ello, miembros de la CNT-FAI ocuparon la central de teléfonos, que no abandonaron en las semanas siguientes a pesar de las protestas de UGT y Rabassaires. Al mismo tiempo, procedieron al almacenamiento de armas pesadas en previsión de lo que pudiera ocurrir.[62] Entre el 3 y el 16 de abril se remitieron varios informes al Ministerio de la Gobernación por parte del Servicio de Información del Departamento de Guerra informando de los controles existentes en Mora de Rubielos, cortando la carretera entre Teruel y Valencia. Sus integrantes fueron señalados como milicianos confederales por los informantes, que añadieron descripciones sobre el trato, los registros e incluso robos a que fueron sometidos los vehículos detenidos, y las vejaciones a sus ocupantes aun después de identificarse como oficiales del Ejército Popular.[63] Las armas seguían en manos de quienes no debían.

El 7 de abril fue asesinado un guardia nacional republicano, afiliado al PSUC, en Olesa de Montserrat.[64] Fueron detenidos tres jóvenes y un hombre por tenencia ilícita de armas, en virtud de la nueva norma de Gobernación, suplantación de autoridad y llamamientos a la insubordinación. El entierro se convirtió en una nueva manifestación de duelo y de demostración de fuerza. El órgano anarcosindicalista condenó el asesinato, pero al mismo tiempo comenzó a denunciar que su organización estaba siendo perseguida y acorralada.[65] En algunos lugares, la población comenzó a protestar airadamente contra los comités. No se trataba ya de que ciertas concepciones económicas, como la de la sustitución del dinero por vales o la extinción del salario individual, indispusieran a los pequeños comerciantes, paralizaran los intercambios o desincentivaran el trabajo. Los experimentos de ingeniería socioeconómica amenazaban ya incluso con poner en riesgo las tareas de defensa, y estaban creando en la retaguardia nuevas y odiosas formas de exclusión social, teniendo como víctimas a los

refractarios a la colectivización. Y la conjugación de ambos factores, inoperancia y desmoralización, no podía sino debilitar el esfuerzo de guerra gubernamental.

Un ejemplo de lo primero se dio en Ejulve, donde se estaban ejecutando las obras de fortificación del Maestrazgo. Dado que el pueblo vivía en régimen de colectividad, los jornales devengados por los paisanos no eran percibidos por ellos, sino por la propia colectividad. El problema vino cuando vecinos evacuados de otros pueblos y que no eran colectivistas, cobraron directamente su salario, generando un clima de desigualdad que ponía en riesgo la ejecución de las construcciones defensivas, paralizadas en el sector de Alcorisa, máxime si se tiene en cuenta que existía una enorme escasez de mano de obra en la comarca.[66]

En otros casos, la población local pasó a la acción contra los dirigentes colectivistas. El 30 de abril, cuando volvían de efectuar un trueque de trapos y zapatillas viejas por víveres y cemento, el camión en que viajaban los responsables de la colectividad de Mosqueruela, en la raya de Teruel con Castellón, fue interceptado en el monte y tiroteado por un grupo de medio centenar de hombres armados con escopetas de caza y cartuchos de postas. Murieron tres de los ocupantes del vehículo: Antonio Bella, secretario administrativo de la colectividad; Pablo Alcón, presidente del Consejo Municipal, y Victoriano Montero, guarda forestal. Los tres pertenecían a la CNT. Tras los hechos y la correspondiente investigación, se detuvo a treinta y cinco vecinos de Mosqueruela, mientras que unos setenta hombres de las masías de los alrededores desaparecieron de la comarca, refugiándose en Villafranca del Cid. En el transcurso de la instrucción los vecinos del lugar firmaron una solicitud colectiva en la que dieron su testimonio de descargo. Todos se proclamaban antifascistas y miembros de una antigua cooperativa agrícola progresista, y por ello opuestos a la colectivización que les fue impuesta. Los colectivistas desarmaron a los elementos de izquierda, trajeron a simpatizantes de otros pueblos, recogieron el dinero bajo amenaza de fusilar en la plaza al que ocultase moneda y se incautaron de todos los comestibles que había en las casas. No reconocían autoridad alguna y ejercían la censura postal para evitar que los descontentos del pueblo solicitaran ayuda de fuera.[67]

El día 29 de abril, movidos por la necesidad de proveerse de alimentos y tabaco, géneros que les eran negados por la colectividad al haberse negado a entrar en ella, salieron algunos individualistas a Villafranca. Como quiera que el presidente del Consejo, Alcón, les había amenazado con fusilarlos por rebeldía si abandonaban el término municipal, llevados del miedo y sabiendo que sus explotadores retornaban en un camión, les tendieron la emboscada y huyeron.[68]

Los inculpados por los hechos de Mosqueruela ingresaron en prisión el 9 de mayo. Cincuenta y dos vecinos pasaron a disposición del Tribunal Popular en Alcañiz, pero conforme las investigaciones fueron progresando, los inculpados (todos menos dos) fueron puestos gradualmente en libertad.[69] Los acontecimientos de Barcelona, cuyo resultado prefiguraba el destino del Consejo de Aragón, pusieron el broche final a un convulso periodo.

LA PUGNA POR EL PODER LOCAL

En zonas del interior el problema radicó en el ejercicio del control del poder local, en el que se empleó todo tipo de argumentos descalificadores para desautorizar a los nuevos dueños de la situación. El 1 de febrero de 1937 la Sociedad de Trabajadores de la Tierra (UGT) de Montalvo remitió al gobernador civil de Cuenca una comunicación con motivo de la constitución del Consejo local. Los ugetistas se mostraron en desacuerdo con tener que convivir con elementos de la CNT que habían «pertenecido hasta hace muy pocos días a un partido de derechas ligado a los [caciques locales] antiguos correligionarios del conde de San Luis, el verdugo que tenía esta provincia para martirizar a los defensores de la República y de la clase social». Los solicitantes se mostraron dispuestos a evitar que individuos que «se han introducido en la CNT con careta derechista, los que han dado vivas a la religión» tomaran parte en el Consejo local.[70] En otros lugares las cosas llegaron a más. El 10 del mismo mes el gobernador respondió a la Sociedad Obrera de Trabajadores de la Tierra de Altarejos que iba a enviar a algunos miembros de la Brigada Social para imponer

tranquilidad mientras que el Juzgado de Instrucción trabajaba sobre las denuncias acerca del problema «de los afiliados "modernos" a la CNT», que no era solo de esa localidad. El 9 de febrero, la Agrupación Socialista Madrileña informó de que en el pueblo de Barajas de Melo estallaron incidentes entre los elementos de la CNT y UGT, «habiendo habido incluso víctimas».[71]

Tener en las manos los resortes del poder local no era cuestión baladí. Suponía asegurar los recursos disponibles para los afiliados propios con preferencia a los adversarios, y ello determinaba, en ocasiones, la diferencia entre la supervivencia y la desesperación. El siguiente caso lo ilustra. La Sociedad de Trabajadores de la Tierra de Traiguera, en Castellón, remitió al gobernador civil una comunicación en la que daba cuenta de que en dicho pueblo se estaba construyendo una carretera local por cuenta del Estado, en la que solo trabajaban vecinos de la localidad. El problema era que la CNT del pueblo se oponía a que se contratasen afiliados a la UGT en las obras, «causándoles los consiguientes perjuicios por la provocación de obtener sus salarios con el producto de su trabajo y que se trata sólo de pobres jornaleros que al verse en esa opresión ilegal equivale a decir que se les hace imposible su subsistencia».

Por parte de la organización sindical socialista se hicieron las gestiones pertinentes, tanto a nivel local como con las direcciones provinciales, sin resultado positivo. Para empeorar las cosas, la asamblea general de afiliados a la CNT en el pueblo de Traiguera tomó el acuerdo «de no dar trabajo a ningún jornalero afiliado a la UGT, y que si alguien se presentara para ello, sería fusilado en el mismo camino en construcción». Por todo lo expuesto, a los ugetistas locales no les quedó más remedio que dar traslado del problema al Comité Ejecutivo Nacional.[72]

Los incidentes ocurridos en Yebra (Guadalajara) reunieron en su etiología todos los ingredientes anteriores. Con fecha del 11 de febrero Pascual Tomás comunicó al gobernador de Guadalajara que la Federación de la Industria de la Edificación había enviado una carta al sindicato en la que se referían los sucesos acaecidos en el pueblo de Yebra. Según los informantes, los elementos «titulados de la CNT» se habían llevado al alcalde y al secretario del ayuntamiento, afiliados a la UGT, sin que hasta la

fecha se supiera su paradero. Dado que el gobernador había desarmado a los elementos de izquierda, y aprovechándose de ello, forasteros pertenecientes a la CNT, algunos de Madrid, acudieron al pueblo y mataron «a un compañero de la Juventud Socialista, quedándose en el pueblo [estos] elementos e imponiendo su poder por el terror». Dos semanas después, el gobernador dio respuesta, con más información y matices.

«Como ocurre en la mayoría de los casos —comenzaba su misiva— la realidad no se ajusta a la versión que los elementos de los pueblos hacen de las cosas.» El gobernador refirió unos sucesos previos de los que no dejaba constancia la queja sindical, y que él atribuyó al alcalde del pueblo, quien

> según información de carácter particular y que no ha podido ser concretada recabó una noche del pasado diciembre el concurso de unas milicias comunistas de la provincia de Madrid, las que hicieron desaparecer a algunos individuos del pueblo de carácter más o menos reaccionario pero que se encontraban bajo la disciplina de la CNT. Este alcalde, que pertenece a la UGT y al Partido Socialista, en su irresponsabilidad de conducta, recurriendo en esa época tan avanzada de la revolución a tales procedimientos, que tanto daño pueden hacer en el terreno internacional, es indudable que encendió con ello la tea de la discordia en extremo violenta.

En respuesta, la CNT desplazó al lugar uno o más coches «y sin previo aviso hicieron fuego contra uno de los muchachos que en aquella época hacían guardia a la entrada del pueblo, afiliado a la Juventud, matándolo». El gobernador, que acababa de tomar posesión, desplazó inmediatamente fuerza pública al pueblo, pero cuando llegaron no había ya coches ni personal extraño, y aunque se intentó darles caza por las diversas carreteras, nada se consiguió.

Mientras llegaba el juez especial que se solicitó para la investigación de los hechos, el gobernador ordenó el desarme del pueblo —a excepción de «los elementos de izquierda y de cargo responsable»— y dejó acuartelado un pelotón de Asalto. La detención del alcalde y de otros elementos fue realizada por agentes de policía. Los detenidos fueron conducidos a la Comisaría de Buenavista de Madrid, y puestos en libertad dos días después. El gobernador se encargó de enfatizar que «en ningún momento ha intervenido la CNT para ninguna detención, ni en ese pueblo ni en ninguno de la provincia desde mi toma de posesión, ya que persigo con el mayor desvelo que no se produzcan estos hechos». A pesar de ello, el

clima de temor era tan intenso en la provincia que cuando, días después, el Juzgado de Pastrana reclamó la detención y comparecencia del alcalde y otros ciudadanos con motivo de la investigación —lo que efectuó un pelotón de guardias de Asalto—, desde Yebra llamaron al Gobierno Civil «manifestándome que había ido la CNT a detener y esa CNT fantasma eran los Guardias de Asalto uniformados. Ese detalle le dará por sí solo idea de la fantasía de ese pueblo».[73]

Cuando comenzó el mes de abril, la atmósfera estaba cargada de tensión y, aunque no quisiera reconocerse, la pugna entre los dos modelos de gestión de la seguridad y la organización económica de la retaguardia, el comunista —de ámbito estatalista y centralizado— y el anarquista —local y autogestionario—, se había generalizado y presagiaba en lo inmediato una confrontación definitiva.[74]

¿QUIÉN CONTROLA LA RETAGUARDIA ?

Como ya se ha comprobado, las disputas por la imposición de un cierto modelo de control de la retaguardia se encontraban tras los sucesos que ensombrecieron las relaciones entre las organizaciones populares durante los primeros meses de la guerra. Lo que se ha visto hasta ahora son los choques entre las bases. Lo que se abordará a continuación son las polémicas entre las cúpulas acerca de la severidad y eficacia en las tareas de vigilancia, que condujo a nuevos reproches que ahondaron la grieta abierta en el consenso antifascista.

El antecedente más remoto de este fenómeno fue el que se derivó del ataque al delegado de Abastecimiento de la Junta de Defensa de Madrid, Pablo Yagüe, el 23 de diciembre de 1936.[75] Fue en los convulsos días del asedio a la capital y en medio de la concurrencia de mecanismos de control de la retaguardia excitados por el combate contra la quinta columna. El episodio se produjo tras la negativa de Yagüe a detenerse por más tiempo en un control de la CNT que estaba procediendo a su identificación. Al intentar proseguir su marcha, fue tiroteado por los integrantes de la patrulla, resultando herido de gravedad.

Los comunistas, a través de su secretario provincial, Francisco Antón, desplegaron una campaña a lo largo de la semana siguiente, reclamando «más autoridad, más unidad y más disciplina» para luchar contra lo que consideraban una provocación.[76] Se abrió una agria polémica sobre los denominados «incontrolables», en la que todos se acusaron mutuamente de albergar en sus filas a elementos sospechosos. El PC cargó con toda su fuerza contra los anarquistas, de los que pensaba que su particular idiosincrasia les hacía particularmente proclives a la infiltración y a la indisciplina.[77]

La primera consecuencia de los hechos fue que la Junta Delegada de Defensa de Madrid dispuso que la vigilancia en las calles y carreteras la ejercieran únicamente las fuerzas de Órden Público del gobierno. Cualquier otro que persistiera en ejercer tareas de vigilancia sin autorización, pasaría a ser considerado como faccioso y tratado como tal. Sin embargo, los comunistas no obtuvieron la satisfacción de ver condenados a los imputados, contemplando con consternación cómo eran absueltos por un tribunal popular,[78] al que los comunistas acusaron de dejarse intimidar por la presencia de hombres armados de la FAI. Ello dio pie a un manifiesto del Comité Provincial de Madrid del PC redactado en términos muy duros:

> Aseguramos que este es el último atentado que se comete. Que nadie se crea que este veredicto concede patente de corso para repetir nuevos atentados o para hacer lo que le venga en gana. Quien en adelante vierta nuestra sangre obrera tendrá que purgar su culpa.

El Comité Provincial terminó haciendo un llamamiento a la CNT para que expulsara de sus filas a los incontrolados y a rehacer la unidad antifascista.[79]

Como ya se señaló anteriormente, el Comité Central del PCE y el Comité Nacional de CNT intentaron templar los ánimos con un comunicado conjunto.[80] Pero a nivel de Madrid la organización y la prensa anarquistas no eran proclives al acercamiento. No habían pasado dos semanas cuando de nuevo circularon rumores alarmantes según los cuales se preparaba un ataque armado contra las organizaciones de la CNT, atribuyéndose el origen al miembro del Comité Provincial del PC de Madrid, Juan Alcántara,

agregado a la Dirección General de Seguridad.[81] Ello llevó a los comunistas a reiterar públicamente su voluntad de mantener relaciones cordiales con la CNT.[82]

Sin embargo, estaban a punto de estallar los incidentes más graves en torno a la cuestión de la vigilancia en retaguardia, en los que también se vio implicado periféricamente el Partido Socialista. El 20 de abril afloró en la prensa confederal el «escándalo Cazorla».[83] José Cazorla Maure era el consejero de Orden Público de la Junta de Defensa de Madrid desde diciembre, sucediendo en el cargo a Santiago Carrillo y, como él, procedente de la JSU. El delegado especial de prisiones, el anarquista Melchor Rodríguez, le acusó de mantener una checa clandestina en el número 7 de la calle Fernández de la Hoz, a la que eran conducidos individuos puestos en libertad por los tribunales ordinarios, por falta de pruebas, pero sobre los que se seguían albergando sospechas de quintacolumnismo. El caso saltó a partir de las pesquisas de Rodríguez sobre el paradero de un joven, Ricardo Pintado Fe, afiliado al partido y soldado del Quinto Regimiento, sobrino del subsecretario de Justicia Mariano Sánchez-Roca. A pesar de sus credenciales, y pese a no haber cargos contra él, permaneció sesenta y ocho días preso en el local de Fernández de la Hoz.[84]

El asunto marcó las discusiones de los últimos días de existencia de la Junta de Defensa madrileña, que se disolvió el 23 de abril.[85] Aunque Cazorla cesó como consejero, no cejó en su afán de saneamiento de la retaguardia allá donde fue destinado durante la guerra. Y tras él, le siguió la polémica por sus métodos. Designado gobernador civil de Albacete el 18 de julio de 1937, en sustitución del también comunista Jesús Monzón, apenas había pasado un mes en su nueva plaza cuando fue objeto de una queja conjunta firmada por todas las organizaciones del Frente Popular de la provincia (a excepción del PC). El motivo fue el despliegue de registros domiciliarios y detenciones que se llevaron a cabo por orden suya en las que, subestimando el recurso a agentes del cuerpo de policía, se emplearon a fondo miembros del Comité Provincial del Partido Comunista. Requerido por las fuerzas del Frente Popular a explicar su actitud, Cazorla respondió que, habiendo estimado insuficiente la plantilla de policía para la

envergadura de la operación necesaria contra la quinta columna local, «había requerido el auxilio de elementos de su confianza, que resultaron ser del Partido Comunista». Las organizaciones frentepopulistas objetaron que, si precisaba ayuda, debería haberse dirigido a la totalidad del Frente Popular y nunca a un solo sector, pues en caso contrario «resultaría que el Gobernador no era de una provincia, sino de un sector político de la provincia en que actúe».[86]

No fue el único caso de esta naturaleza. Un nuevo abuso de esta índole fue denunciado en Murcia el 14 de abril, en este caso por el PSOE.[87] En tal fecha se dio a la prensa una nota de protesta de la Agrupación Socialista de Murcia por los excesos cometidos en la supuesta represión de la quinta columna. El motivo inmediato fueron las quejas elevadas a la Federación Provincial del PS por miembros de la Policía Gubernativa, que se quejaron de la comisión de irregularidades que dañaban «el prestigio del Cuerpo y de la España antifascista». Tras la sublevación militar, se efectuó en la provincia una profunda depuración de las fuerzas de seguridad y una reorganización a base de «elementos procedentes de los partidos y organizaciones del FP, todos avalados» por sus grupos. La armonía reinante duró hasta que al tomar posesión del cargo el ex gobernador comunista Luis Cabo Giorla trajo consigo a dos elementos, Ramón Torrecillas Guijarro y Domingo Ranchal, «que iniciaron ciertas gestiones policiacas al margen de las actividades que desarrollaba la comisaría». Al mismo tiempo surgieron en Murcia brigadas de policía que actuaban exclusivamente por su cuenta, llegando incluso a establecerse en un local distinto al de la comisaría. Los componentes de estas brigadas se dedicaron a repetir registros domiciliarios sobre los que ya habían efectuado los agentes de la plantilla de Murcia y a detener a individuos puestos en libertad después de juzgados por los tribunales competentes, e incluso a personas de absoluta confianza y lealtad. La única colaboración que solicitaron de la policía de la ciudad fue que «les hicieran de simples cicerones ya que para ellos era totalmente desconocida esta población».

La actuación que levantó más polémica fue la de Ramón Torrecilla Guijarro, quien a su llegada se atribuyó una completa independencia alegando que era un delegado de la Dirección General de Seguridad. Los

asuntos de policía quedaron desde entonces totalmente en sus manos, hasta el punto de que el comisario jefe de Murcia despachaba con él directamente. Posteriormente retiró de la comisaría a un número considerable de agentes para ponerlos a sus órdenes directas. Estos agentes, calificados como de confianza, fueron presentados al nuevo gobernador civil, Antonio Pretel (de la UGT pero también comunista).

Torrecilla fue acusado de emplear métodos brutales con los detenidos, y de llevarlos a cabo en locales no oficiales. Los detenidos fueron apaleados, a consecuencia de lo cual algunos tuvieron que ser hospitalizados. Otros, tras sufrir los malos tratos, fueron finalmente puestos en libertad por resultar inocentes. Torrecilla se defendió de las quejas de los agentes disconformes, amenazándoles: constantemente se vanagloriaba de «que a él, que había dado 160 paseos a agentes de los antiguos, no le asustaría hacer lo mismo con alguno que le fallara, pues él era capaz de mandar a un agente a un servicio y que éste no volviera».[88] Para redondear el cuadro, se sospechaba igualmente que pudiera haber irregularidades en la requisa de cantidades en metálico y alhajas.

Los socialistas manejaron el conflicto recurriendo a dos vías: por una parte, propusieron al PC una reunión conjunta con UGT y la JSU para publicar una nota en la que se rechazaran los abusos y a sus autores, a los que se negaba cualquier apoyo; por otra, movilizaron al ministro de la Gobernación. El director general de Seguridad, Wenceslao Carrillo, llamó al comisario de policía de Valencia, verificando la información de la denuncia y significándole que no estaba dispuesto a tolerarlo. Mientras tanto, Torrecilla cometió un error fatal: sus hombres realizaron dos docenas de detenciones, y entre los apresados se encontraba el cuñado de un destacado socialista murciano. Las averiguaciones pertinentes llevaron a concluir que estos presos se hallaban en una casa de la calle de la Frenería donde eran objeto de malos tratos y donde al parecer se les tenía encerrados en un habitáculo reducido.

La Agrupación Socialista de Murcia puso el grito en el cielo y decidió, tirando por elevación, convertir el escándalo en un motivo para forzar el desplazamiento del gobernador civil. En una reunión con el PC que se celebró el día 5, los socialistas transmitieron su malestar por las detenciones

y, en general, por el mantenimiento de una comisaría clandestina al servicio particular de este partido. Sugirieron que se tomaran medidas antes de que el asunto saliera envenenado a la opinión pública. La misma protesta se elevó al gobernador Pretel por parte de Fernando Piñuela, secretario general del PS murciano.[89] Aquella misma noche el presidente de la Casa del Pueblo aconsejó a Pretel la dimisión para evitar males mayores.

El día 6, cumpliendo las órdenes del director general de Seguridad, se liberó a los detenidos encerrados en la calle de Frenería trasladándolos a comisaría. Las evidencias de maltrato que mostraban los presos acentuaron la hostilidad de la población contra el gobernador, a quien se consideró políticamente responsable. Pretel puso tierra por medio momentáneamente, mientras que el órgano de la CNT comenzó una campaña contra él con profusión de aspectos truculentos.[90] Durante el día 6 de abril, Piñuela sugirió dos veces al PC el sacrificio de Pretel, sin que los comunistas accedieran a lo propuesto. El día 9 se reunió el Frente Popular, acordando solicitar del fiscal la depuración de los hechos. En esta ocasión, los socialistas y la UGT decidieron no forzar públicamente la situación frente al PC en aras de «la armonía de ambos partidos». Pero en privado, en una reunión conjunta nocturna, manifestaron su decisión de lanzar una nota de prensa rompiendo toda solidaridad con el gobernador, que había regresado ese día, si no declinaba el cargo. La JSU, de mayoría socialista, ya tenía redactada una nota análoga y subordinaba su publicación a que de la reunión saliera la dimisión de Pretel.

Los comunistas dijeron que tenían que consultar. De madrugada manifestaron que Pretel se marchaba, y que se disimularía su dimisión diciendo que había sido llamado por el ministro de la Gobernación. El día 10, Piñuela marchó a Alicante para dar cuenta a Lamoneda y a Llopis de la delicada situación política, y el 11 se acordó solicitar a Galarza un gobernador socialista. El ministro se comprometió a que en el siguiente Consejo de Ministros se haría la propuesta de un gobernador socialista para Murcia y uno comunista para Jaén. Se manejaron los nombres de Lamoneda y Pascual Tomás. Mientras tanto, el vicepresidente del Consejo Provincial, Norberto Pérez Sánchez, encargado interinamente del Gobierno Civil, ya

había cortado la campaña de prensa anarquista que, por los tintes que había adquirido, estaba contribuyendo al «desprestigio de las organizaciones antifascistas de la capital y al envalentonamiento de la quinta columna».

Para sorpresa de todos y con profunda indignación de los socialistas murcianos, el día 13 por la noche volvió Pretel a la ciudad. Piñuela declinó toda responsabilidad ante Galarza, convocó al PC y anunció que publicaría la nota de condena que no se había publicado con anterioridad. En última instancia, Pretel continuó en el cargo hasta su sustitución por el socialista Vicente Sarmiento Ruiz, el 13 de julio de 1937.[91]

Las polémicas en torno a los casos Cazorla y Pretel compartieron unas mismas bases: una, de carácter estratégico, giró en torno a las concepciones contrapuestas acerca de cómo debía funcionar la justicia en tiempos de guerra. *El Socialista* expresó su postura en un editorial:

> Los delincuentes deben y pueden ser juzgados exclusivamente por los Tribunales adecuados. Y el fallo que los Tribunales dicten es el único que debe regir. No se nos acobarda el ánimo a la idea de que pueda dictarse una sentencia de muerte. Nos asusta, en cambio, pensar que unos cuantos facinerosos, se llamen como se llamen, constituidos en Comité de Salud Pública, se dediquen por su cuenta a aplicar sanciones que ningún organismo oficial ha refrendado. Ni admitimos la posibilidad de que haya servicios policiacos que funcionen al margen de las autoridades del Gobierno a pretexto —suponemos que el pretexto será ese— de que es menester limpiar la retaguardia.[92]

El órgano comunista, por su parte, sostuvo una posición distinta, más próxima a la consideración de una justicia de excepción que la socialista, anclada aún en el legalismo de preguerra:

> No llevan razón quienes se lamentan de que se agudice el celo de las autoridades de Orden Público. A nosotros nos parece bien —como ideal— que no haya presos gubernativos. Pero nos parece mejor que no haya un solo fascista en libertad de acción. Cierto que hay Tribunales Populares. Mas no se olvidará que los Tribunales precisan pruebas materiales. Y ya tienen mucho cuidado [los enemigos] de que no existan pruebas para condenarlos. Y cuando existe la convicción de que un individuo es enemigo de nuestra causa, corresponde a las autoridades impedir que desarrolle su actividad. ¿Vigilándolo? La guerra no permite estos lujos. Las leyes de la guerra son otras. O se le detiene o se le envía a batallones de fortificación. Eso es lo que recomienda el Ministro de Gobernación. Eso es lo que hace el Consejero de Orden Público, camarada Cazorla ... Son medidas de guerra y, por añadidura, legalidad republicana y revolucionaria.[93]

Es cierto que la concepción de la vigilancia sobre la quinta columna sostenida por Cazorla, por ejemplo, excedía los límites garantistas defendidos por los socialistas y por la actitud filantrópica del anarquista Melchor Rodríguez. Pero también lo es que la aplicación de una política persecutoria más estricta acabó con el coladero de fugas hacia la otra zona en que se habían convertido extensas zonas del frente central, uno de cuyos casos emblemáticos fue la de Ramón Serrano Suñer, que pudo escapar a Salamanca, vía Bayona, donde se puso al servicio de la superación del «Estado campamental» reinante en la zona facciosa y sentó las bases de la institucionalización de la dictadura franquista.

El ingrediente de la polémica fue de naturaleza táctica, y pivotó sobre las disputas partidistas acerca de la titularidad de los gobiernos civiles, máxime cuando se agudizaron las diferencias entre los comunistas y los seguidores de Caballero. En los casos de Albacete y Murcia no puede dejar de rastrearse la labor de Martínez Amutio y de Piñuela, que tanto se significarían durante los últimos compases de la contienda en la articulación de una alternativa anticomunista y antinegrinista para la consecución de un armisticio. El caso de Cazorla, de nuevo, ilustraría al final de la contienda el grado de desagregación al que llegaron las fuerzas del Frente Popular, tomando como piedra de escándalo las atribuciones sobre el control del orden público en fecha tan tardía como enero de 1939. Cazorla fue denunciado por las organizaciones integrantes del Frente Popular de Guadalajara, donde fue destinado como gobernador civil, por su política de nombramiento para puestos de responsabilidad de agentes afines y el desplazamiento de elementos incómodos. El incidente fue la excusa para la exclusión de los comunistas del Frente Popular provincial, y el pretexto para la detención del gobernador, a manos de los hombres de Cipriano Mera, en los convulsos momentos iniciales del golpe de Casado.[94]

Las tensiones acumuladas durante la «primavera caliente» de 1937 estaban a punto de condensarse en una tormenta de carácter general. Sobre la ineficacia de la gestión gubernamental en la dirección de la guerra, en la centralización de la economía, y en el aseguramiento del orden en la retaguardia se insertó el estallido del levantamiento barcelonés. El 27 de abril cayó acribillado en Molins de Llobregat Roldán Cortada, dirigente de

la UGT catalana y del PSUC. Una semana después fueron detenidos por estos hechos ocho miembros de la CNT.[95] Para entonces, en las calles de Barcelona se estaba dirimiendo el episodio que iba a precipitar la caída del gobierno de Largo Caballero, la entrada en una nueva fase de la reconstrucción de la autoridad del Estado republicano y el periodo de apogeo de la presencia comunista.

8

Los antagonismos con Largo Caballero (enero-mayo, 1937)

EL AÑO 1937 COMENZÓ con los ecos de lo que parecía el fin de una primera fase de la guerra, marcada por la desorganización, el espontaneísmo y la retirada permanente, y el comienzo de una nueva etapa, caracterizada por la formación del nuevo ejército popular, la llegada de la primera ayuda del exterior y las primeras batallas efectivas de contención (Madrid, Jarama), e incluso las primeras victorias (Guadalajara) frente al enemigo.

En este ambiente, el PCE desplegó una febril actividad en cuatro frentes interiores: la aproximación al PSOE con vistas a la formación del Partido Único del Proletariado (PUP); el refuerzo y ampliación de su propia organización mediante intensivas campañas de propaganda y movilización; el intento de limar las asperezas con la CNT a cuenta de su enfrentamiento acerca de la naturaleza de lo que estaba en juego en la guerra; y el combate abierto contra el trotskismo. Pero en todos ellos tuvo que lidiar con las tensas relaciones que, de una forma crecientemente abrupta, iban a mantener la plana mayor del PCE y sus asesores políticos y militares soviéticos con el presidente del gobierno, Largo Caballero.

EN BUSCA DEL PUP

Los intentos de suturar la vieja escisión del movimiento obrero de raíz marxista en España eran casi tan viejos como la misma ruptura, pero nunca se habían intentado resolver de otra forma que mediante la fagocitosis de

una parte por la otra, ya fuera por el enunciado de los frentes únicos para el arrastre a posiciones revolucionarias de los trabajadores engañados por la cúpula «social-fascista», ya por la mera absorción del corpúsculo menor (el PCE) por la organización matriz (el PSOE). El VII Congreso de la IC y el deslizamiento hacia posiciones izquierdistas de importantes sectores del Partido Socialista desde 1934 facilitaron la formulación de un discurso en el que, desde el reconocimiento común, ambos sectores pudieron plantearse una fusión aunque no abandonasen nunca su intención de ser quienes imprimiesen su carácter al nuevo y reconstituido Partido Único del Proletariado (PUP) español.

En los primeros días de enero, el órgano central del PCE lanzó una campaña mediante la que, basándose en las supuestas demandas mayoritarias expresadas en los frentes de combate y de trabajo, los trabajadores de ambos partidos exigían «una sola disciplina y una sola dirección».[1] La idea fue esgrimida antes de la guerra para llevar a cabo la fusión de las juventudes, e igualmente —aunque con rasgos propios y con reparos por parte de la Internacional y de su sección española— para la formación del PSUC en los primeros días de la contienda.

Diversos factores operaron para que la consigna quedase en el congelador durante los primeros meses de la guerra. Se señaló que la inmadurez del socialismo español, a juicio de los comunistas, dificultaba la penetración en su seno de las ideas unitarias lanzadas por la IC. Por otra parte, la propia debilidad inicial del PCE —debilidad tanto numérica como de formación ideológica— podría tener como consecuencia la mera absorción por parte del PSOE de la organización comunista sin que esta, como preveían los acuerdos de la IC, pudiera imprimir la línea y hegemonizar la dirección del nuevo partido unificado.[2] En definitiva, se corría el riesgo de que, en lugar de absorber al PS, el PC resultara engullido por aquel. Cabe pensar, por último, que en este aparcamiento del proceso unitario jugó también un papel el deseo por parte de Stalin de evitar la apariencia de una sovietización de la República bajo la égida de un potente partido proletario fruto de la unificación marxista.

Estos factores iniciales habían mutado a comienzos de 1937. El PCE se había fortalecido numéricamente de manera importante, constituyéndose en una poderosa organización con presencia en los sindicatos unificados, fuerte peso en las filas del nuevo ejército popular y, lo que es más importante, con la hegemonía sobre el movimiento juvenil, cuyos principales dirigentes procedentes del campo socialista se habían pasado a sus filas durante los días del asedio a la capital de la República. La llegada del material soviético y de las Brigadas Internacionales durante las jornadas críticas del cerco de Madrid, unido a la pasividad ostentada por la Internacional Obrera Socialista (IOS) a pesar de los reiterados requerimientos a la movilización solidaria con la causa republicana,[3] fortaleció el prestigio de la IC y de su filial española, debilitando a la vez al PS.

Durante los meses siguientes en Moscú hubo una intensa actividad respecto a los asuntos españoles. El 14 de marzo se produjo una velada en el Kremlin, con la asistencia del Politburó del PCUS, encabezado por Stalin, con Voroshilov, Molotov y Kaganovich, y la presencia de Marty y Togliatti. Durante la conversación sobre el tema de España, se planteó la necesidad de «unir los partidos comunista y socialista en un solo Partido Socialista Obrero», mostrándose la plana mayor soviética proclive a conceder que si los socialistas mostraban reticencias a que el nuevo partido entrase en la Comintern, se aceptase su independencia siempre y cuando tampoco se adhiriera a la IOS.[4]

El 20 de marzo, Stalin recibió a los escritores Rafael Alberti y María Teresa León. Tras recordarles que «el pueblo español no está en este momento en condiciones de llevar a cabo la revolución proletaria» porque «la proclamación de los soviets [en España] uniría a todos los estados capitalistas y favorecería al fascismo», señaló que era necesaria la unificación de los partidos comunista y socialista, que ahora tenían el mismo objetivo fundamental (la república democrática). Tal unión fortalecería el Frente Popular y ejercería un efecto de atracción sobre los anarquistas.[5]

Las antenas de la Comintern detectaron las distintas posiciones de los líderes socialistas al respecto. Wenceslao Carrillo y Álvarez del Vayo estaban de acuerdo en la fusión inmediata. Largo no se oponía formalmente a la unificación, pero se aproximaba a la opinión de Araquistáin, que la aceptaba si el nuevo PUP se adhería a la Segunda Internacional. Según Del Vayo, para Caballero era condición *sine qua non* que se excluyera del partido unificado al ala centrista del PSOE (Negrín, Prieto, Lamoneda). Ello confirma que Caballero y sus partidarios concebían el proceso de unidad política del proletariado como un arma en su lucha contra otras fracciones del Partido Socialista. Sin embargo, y en la práctica, los comunistas habían encontrado una colaboración regular en el transcurso de los últimos meses con los socialistas de centro (Negrín y otros) para activar la puesta en marcha del nuevo ejército. El PCE debía procurar mantenerse al margen de esa política intrigante entre fracciones socialistas.[6]

El 24 de abril, tras una reunión de alto nivel entre las direcciones de ambos partidos, se publicó una nota ordenando la creación de comités de enlace.[7] Por parte socialista, la determinación tardaría meses en materializarse, y lo haría en el marco —una vez más— de disputas internas por el control de la dirección del partido, entre centristas por un lado (Lamoneda y Prieto), y caballeristas por otro. Entre el 17 y el 22 de julio tuvo lugar la reunión del Comité Nacional del PS, de la que surgió la resolución de impulsar la redacción de un programa común por parte del Comité de Enlace, así como la sanción a las federaciones y agrupaciones que se negaran a participar en las reuniones de sus respectivos comités de enlace territoriales.[8]

Los pasos dados por el PS estuvieron marcados por la prudencia y por el afán, en todo caso, de preservar su autonomía. También, como ha recordado Graham, por la obstrucción de los representantes de la UGT. En última instancia, el sector caballerista se iba a erigir en el baluarte de la independencia del PSOE como partido, logrando, a la larga, un reagrupamiento bajo su cobertura de una parte de los integrantes de las tendencias antaño enfrentadas en el seno de la familia socialista.[9]

Uno de los aspectos que más resquemores suscitó en la relación de los socialistas con los comunistas fue el tema del « proselitismo». Hubo un constante reproche durante los primeros meses del año 1937 sobre el crecimiento exponencial de las filas comunistas como resultado de agresivas campañas de captación, realizadas en todos los ámbitos y mediante recursos que iban de la omnipresente propaganda al ofrecimiento de ascensos y posibilidades de promoción.[10] Con ello, pensaban los socialistas, se obtenía un peso político desmesurado a costa de pagar el precio de alojar en las filas del proletariado a todo tipo de emboscados e indeseables.

El PS quiso conjurar este riesgo congelando las afiliaciones posteriores al 18 de julio, y la UGT procedió a una revisión de los carnets expedidos con posterioridad a esa fecha. En tal sentido, el ministro de la Gobernación, Galarza, lanzó el 31 de enero la invitación a que fueran las propias organizaciones las que se autodepurasen, proponiendo que los carnets posteriores al 18 de julio fueran distintos —incluso de formato y color— y no procurasen a sus poseedores derechos, sino solo deberes. «Cotizar y trabajar, sí —afirmó—, pero los cargos y los fusiles para los afiliados con anterioridad a la sublevación.»[11] El PCE se consideró en la necesidad de defenderse de las acusaciones más o menos larvadas. Tras afirmar que los comunistas estaban «orgullosos de que el pueblo español nos haya distinguido con su confianza»,[12] sostuvo que los hombres que se incorporaban al partido lo hacían al mismo tiempo «a la unidad del Frente Popular y a la disciplina del Gobierno de la República». Lo hacían para desmentir que el PCE —como se le acusaba en diarios de determinada organización— abrigara propósitos dictatoriales y de imponerle al pueblo «esa camisa fascista aunque la tiñan de rojo de la dirección política de un solo partido».[13]

En cierta medida, algunos de estos reproches apenas lograban ocultar cierta estupefacción y lentitud de reflejos por parte de la vieja cultura socialista para adecuarse al contexto de movilización de masas que exigía la realidad de la guerra total. Su expresión asomaba, en ocasiones —y no, evidentemente, con esa intención—, a las páginas de la propia prensa:

Permítasenos recordar nuevamente aquel reproche que unos afiliados, en carta remitida desde uno de los frentes de combate, nos hacían un día: «Como el partido —nos decían— no da señales de vida en los frentes, ni hace propaganda, nos damos de baja en él para ingresar en otro...». Si se fueron aquellos militantes, cuya fe socialista resultaba tan endeble, bien idos están. Ningún esfuerzo haremos nunca por retener a nadie. Si en lugar de tratarse de dos o tres, como se trataba, se hubieran ido dos o tres mil, diríamos lo mismo.[14]

La crisis de gobierno que determinó la salida de Largo Caballero situó de nuevo la pugna de tendencias en el primer plano de la agenda del PS. En virtud de la búsqueda del control del partido y del apoyo al nuevo gobierno Negrín, el equipo dirigente socialista activó el acercamiento al PCE y la elaboración del pacto de unidad. El programa fue dado a conocer el 19 de agosto, y en sus principales apartados consistía en lo siguiente:

1. Reforzamiento de la potencia combativa del EPR. 2. Potente industria de guerra. 3. Concurso activo para los trabajos de fortificación y la construcción de refugios para los combatientes y para la población civil. 4. Contribuir activamente a la organización y funcionamiento rápido de los transportes al servicio de los frentes y del Ejército mediante una política consecuente de obras públicas, sobre la base de la construcción de nuevas carreteras y ferrocarriles estratégicos, de reparación de las carreteras deterioradas y reposición de material. 5. Coordinación y planificación de la economía. 6. Política práctica de mejoramiento sistemático y serio de la situación material de las condiciones de trabajo, de existencia y culturales de la clase obrera rural y urbana. 7. Política agraria de intensificación de la producción agrícola y de reforzamiento de la unidad del proletariado urbano y rural en los campesinos trabajadores, no solamente en todo el periodo de guerra, sino también después de la victoria. 8. Política de guerra y avituallamiento. 9. Reconocimiento y respeto de la personalidad jurídica e histórica de Cataluña, Galicia y Euskadi, que asegure de esta forma la unión estrecha y fraternal en la lucha común de todos los pueblos de España contra el enemigo común: el fascismo español e internacional. 10. Política tendente a hermanar las buenas relaciones de ayuda con la pequeña burguesía industrial y comercial. 11. Orden público riguroso en todo el territorio de la República. 12. Fortalecimiento del FP. 13. Unidad sindical. 14. Unidad juvenil. 15. Unidad internacional. 16. La defensa de la URSS.[15]

La línea por la consecución del PUP, sin embargo, se vio dificultada por las disputas internas entre los sectores del PSOE. Al igual que los caballeristas habían concebido la fusión con el PCE como una mera absorción que ampliase la base de sus posiciones en la batalla interna contra los prietistas, ahora la dirección encabezada por Lamoneda se apoyó en la alianza con los comunistas para desplazar a los partidarios de Caballero de los órganos de dirección, en el partido, en el sindicato y en todos los niveles

territoriales, con éxito desigual. Raros fueron los casos donde el movimiento unitario llegó a su consumación, como ocurrió en la provincia de Jaén por decisión de sus respectivos órganos provinciales. Lo más habitual fue que, perdido el control sobre el gobierno, el partido y, por último, el sindicato, ciertas organizaciones se convirtieran en plataformas seguras para la defensa de las posiciones caballeristas, radicalmente opuestas a las del PCE. Levante fue una de esas regiones contestatarias. La Agrupación Socialista valenciana fue una de las primeras en distinguirse por su apoyo a Caballero y sus ataques al PCE, hasta el punto de que *El Socialista* —que calificó sus manifestaciones públicas como un «complejo acuerdo de adhesiones y repulsiones»— se vio en la obligación de recordarle que «el partido es uno e indiviso. Y no hay partidos dentro del partido. Porque la guerra está en las trincheras y no en nuestras filas».[16]

En Albacete, donde tenía vara alta Justo Martínez Amutio —frontalmente opuesto al gobernador civil designado desde el 18 de julio de 1937, el comunista José Cazorla— la Agrupación Socialista se erigió en uno de los bastiones de la oposición a la Ejecutiva nacional.[17] Desde ella se dirigieron en los meses siguientes algunos de los términos más duros contra la línea de aproximación entre el PSOE y el PCE, basándose en los ya clásicos argumentos de la deslealtad, el proselitismo del comunismo, la naturaleza dudosa de sus nuevos afiliados, y el chantaje por el agradecimiento a la ayuda soviética.[18] Los términos en los que concebían la unidad orgánica marxista dejaban traslucir las viejas concepciones partidarias del socialismo arrumbadas por la realidad de la nueva situación: quien debía tomar sobre sí la tremenda responsabilidad de reunir al proletariado era el Partido Socialista, «esa élite directiva que tanto nos enorgullece a todos los militantes».[19]

El anticaballerismo fue el pretexto más empleado para justificar la paralización o ruptura de los comités de enlace. En agosto, el Comité Provincial de Asturias del PC se dirigió a la Federación Provincial del PSOE para buscar el entendimiento después de que esta hubiera manifestado su disgusto por las pretendidas palabras ofensivas del representante comunista Juan Ambou en un mitin de unidad, divergencias

que se habían agravado hasta materializarse en escritos firmados por secciones de batallones del ejército, con el consiguiente peligro de división.[20]

El principal foco de oposición antiunitaria se constituyó en torno a la Agrupación Socialista Madrileña (ASM). No hubo que esperar a la salida de Caballero del gobierno para que apareciesen los primeros roces. En abril, cuando se llevó a cabo en Madrid la constitución del nuevo consistorio en aplicación del decreto de 29 de diciembre del año anterior, la ASM se negó a conceder una representación proporcional a los comunistas en la candidatura propuesta por las juntas directivas de la Casa del Pueblo. Los seis candidatos eran afiliados socialistas. A pesar de las encendidas protestas del Comité Provincial del PC, que publicó un manifiesto y un editorial en *Mundo Obrero*, la ASM consideró el asunto fuera de los términos del pacto de unidad,[21] y recordó que «el hecho de que los camaradas comunistas tengan representación nutrida en muchos comités, incluso en la Comisión Ejecutiva de la Casa del Pueblo» no desmiente que «los militantes comunistas están en relación de evidentísima minoría, respecto a los militantes socialistas, en los Sindicatos de la Unión General».[22]

Las hostilidades se acentuaron en junio, con una carta pública en la que se acusó a los comunistas de camuflar sus intenciones, de realizar un trabajo solapado de disgregación en el seno del PSOE, y de preocuparse no tanto de la unidad con los partidos afines, como de su absorción.[23] Uno de los documentos más reveladores es el que la ASM elevó a la Comisión Ejecutiva socialista en julio de 1937.[24] En él aparecieron formulados, por primera vez, los términos de acusación que un sector creciente del socialismo iba a esgrimir contra la pretendida hegemonía comunista, procurando tanto alimento espiritual a los ajustes de cuentas del exilio.

El texto comenzaba haciendo una apelación al espíritu de independencia nacional ejemplificado en la guerra de independencia, para pasar a deplorar la pérdida de impulso combativo que podía suponer para el pueblo español la pretensión hegemónica de «la Sección Española de la Internacional Comunista». La elección de la denominación del PCE no era casual: la ASM pretendía deliberadamente resaltar su papel dependiente de

un poder extranjero, un partido «supranacional, despótico e incompetente», por contraste con el PS, «internacional como el que más pero también españolísimo como ninguno». Se denunciaba su papel divisionista, su proselitismo, su política totalitaria y su afán de imponer un despotismo tan antiespañol como el despotismo fascista. La ASM declaraba que no había mejorado la imagen internacional de la República por haberse deshecho de los elementos más izquierdistas y haber postergado la revolución social; antes bien, los sectores reaccionarios se habían crecido al ver a esta derrotada, y los gobiernos habían aumentado sus recelos al apreciar la hegemonía comunista y su ascendiente —como «tutores reales o pretensos [*sic*]»— sobre el nuevo gobierno. Porque no eran solo los comunistas a quienes cabía atribuir su propio y fulgurante ascenso:

> Hay otro partido que secunda subsidiaria y dócilmente las campañas divisionistas, espectaculares y difamatorias del PC, incluso contra sus propios coafiliados. No pronunciaremos su nombre; no queremos avergonzarnos de las miserias de nuestro propio linaje.

Búsqueda de la hegemonía por parte comunista, instrumentalización de un sector del Partido Socialista que actuaba como irresponsable compañero de viaje: argumentos que se convertirían en operativos al final de la guerra, suministrando justificación política al golpe de Casado y a la constitución del Consejo Nacional de Defensa. La carta de la ASM prefiguraba el final:

> Una de dos, o ese partido [el PCE] ... restablece la unidad de acción antifascista con todas las organizaciones sindicales y con todos los partidos, señaladamente con sus sectores más revolucionarios, venciendo pruritos de competencia en cuanto a la dirección de la guerra y la revolución, o ese partido tiene que ser apartado de la gobernación pública como un enemigo de la España republicana. No hay términos medios.

En ese objetivo, los caballeristas se encontrarían de la mano con otros sectores en marzo de 1939.

Choque de trenes

Las circunstancias que determinaron la salida de la presidencia del Consejo de Ministros del viejo líder socialista, Largo Caballero, tras haber sido sahumado por la propaganda y enaltecido su gobierno como «el de la Victoria» fue uno de los episodios de la guerra que más ríos de tinta hizo manar de las amargas fuentes polemistas del exilio, entre ellas —la más acre, sin duda— la de Luis Araquistáin.[25] En la segunda entrega de su monumental trilogía sobre la República en guerra, Viñas acometió la tarea de desmontar la tesis de que la caída de Largo Caballero y el subsiguiente ascenso de Negrín a la presidencia del gobierno fue achacable a las manipulaciones comunistas y soviéticas.[26]

Para los comunistas, lo que había ocurrido en el primer semestre de 1937 fue, básicamente, un cambio en la correlación de fuerzas dentro del espacio de las fuerzas marxistas. El PSOE en su conjunto, y sobre todo sus dirigentes, fueron incapaces de comprender los grandes cambios producidos en España a raíz y como consecuencia de la sublevación. Muestra de ello es que durante todo el transcurso de la guerra el Partido Socialista no estableció una política oficial, ni un programa ni una línea de conducta acorde con las necesidades derivadas de la guerra. Como señaló Uribe, «no celebró ninguna reunión ni asamblea representativa del partido donde éste estableciera una política de cara a los problemas acuciantes de aquel periodo».[27]

En ausencia de una estrategia coordinada, y atravesado sin remisión por las discrepancias internas no sustanciadas por el estallido de la guerra, el PSOE se plegó sobre sí mismo para proteger su organización de un aluvión indeseado de nuevos militantes de origen y conciencia no comprobados. La consecuencia fue el aorillamiento del Partido Socialista, cuya cultura política se mostró incapaz de adaptarse, a la velocidad que exigían los acontecimientos, a las necesidades de la movilización política de masas.[28]

Carente de una formación monolítica detrás y de una línea clara apoyándole, Caballero ejerció el poder de forma más parecida a la del presidente de un comité de huelga que a la de un jefe de gobierno. Su desconfianza hacia los comunistas y los conflictos a los que dio lugar se materializaron durante la primavera en las medidas sobre la composición

del comisariado de guerra, el disciplinamiento de la economía (cuyos esfuerzos debían ir íntegramente dedicados a sustentar el esfuerzo de guerra, acabando con los «experimentos» localistas) y el desarme de la retaguardia.

Las relaciones entre los comunistas y Caballero, que habían sido correctas e incluso de colaboración durante los meses previos a la guerra y durante los primeros tiempos del «gobierno de la Victoria», comenzaron a agriarse durante los preparativos de la defensa de Madrid y se corrompieron durante su desarrollo.[29] La resistencia de Caballero a modificar su forma de ver las cosas,[30] y lo que consideraba intempestivas intromisiones de los asesores rusos en su potestad para ordenar la política militar de la República, llevaron a la agudización de un clima de hostilidad creciente y mutua confrontación. A ello había que añadir la laceración que supuso para Largo el paso de las Juventudes a la órbita comunista, lo que, a la larga, secaba las fuentes del viejo movimiento fundado por Pablo Iglesias, y en el corto plazo, imposibilitaba el gambito de ensanchamiento de la base izquierdista en el seno del partido para desplazar a Prieto y sus adláteres. De arquitecto de la bolchevización del PS, Caballero había pasado a ocupar un lugar simbólico pero marginal en la escena política. Quizás ello explique la defensa enrocada de sus posiciones al frente de Presidencia y Guerra.

Durante los días 23 a 28 de diciembre de 1936 se celebró una reunión del Secretariado de la Comintern, durante la cual Codovilla se despachó duramente contra Caballero. Moscú no creyó conveniente tensar tanto la cuerda. El 8 de enero de 1937, mediante telegrama a Díaz, Gerö y Codovilla se ordenó una aproximación al presidente del gobierno. Codovilla, enfundándose disciplinadamente sus opiniones de la víspera, cumplimentó la orden de inmediato, con vistas a mejorar las relaciones. Al mismo tiempo, la IC destacó en España a Stoian Minev — Stepanov o «Moreno»—, como tutor para el PCE yuxtapuesto a Codovilla, de la precisión de cuyas apreciaciones se desconfiaba cada vez más en «la Casa». Stepanov contaba con cierto predicamento entre los dirigentes españoles: entre 1927 y 1935 había sido instructor de las secciones francesa y española de la Escuela Leninista de Moscú —por la que pasaron casi todos ellos—, y había participado activamente en el proceso de derribo de Bullejos, Adame

y Trilla y en el encumbramiento de Díaz, Hernández y Pasionaria.[31] Estaba casado de segundas con una española, Josefina Simón, y conocía bien, pues, tanto el idioma como los entresijos del partido español, pero le lastraba perjudicialmente su radical estalinismo, de tal apasionamiento que le resultaba un pesado impedimento para la aplicación de una ponderada apreciación de la estrategia a seguir.

Las críticas recibidas por Caballero y la inmanejabilidad de los comunistas en su lucha intrapartidaria abrieron la caja de los truenos mutuos. Para desmontar la influencia comunista en el Ejército Popular, Caballero, como presidente del gobierno y ministro de la Guerra, adoptó medidas que redujeron el trabajo político en su seno y la capacidad de mando de los miembros del PC que habían alcanzado determinados grados: en sendas órdenes de 16 de febrero y 14 de abril de 1937, estipuló que los oficiales procedentes de las milicias solo podrían ascender hasta el grado de mayor (el equivalente a comandante), habiendo ya algunos que estaban al frente de brigadas y divisiones; en segundo lugar, cesó a todos los comisarios y estableció que para solicitar su reingreso declarasen de nuevo sus datos y filiación política. El PCE interpretó ambas medidas como un ataque directo contra sus militantes y denunció las consecuencias «desmoralizadoras» de ambas directivas.[32]

Los comunistas lanzaron a Caballero la acusación de pretender privar al Ejército Popular de su carácter político. Según un informe fechado el 28 de marzo[33] el ministro de la Guerra había emprendido «una auténtica cruzada contra los comunistas». Varios de los comisarios cesados fueron reemplazados por socialistas o anarcosindicalistas. Quince comisarios políticos socialistas fueron nombrados para la fuerza aérea, pese a que en ella la presencia socialista era inexistente. Los comisarios comunistas fueron rebajados a la función de montar guardia en los aeródromos. Dos comisarios de la armada y dos comités de marineros fueron arrestados, según el informante, porque eran comunistas. Los sindicatos adquirieron la facultad de recomendar a los estudiantes destinados a la escuela militar. Para homogeneizar la inspección del ejército, se nombraron ocho inspectores —seis socialistas y dos trotskistas, expulsados hacía varios años del PC— «con salarios muy altos y con el derecho a elegir cada uno de

ellos cinco o seis ayudantes». A comienzos de marzo entró en vigor un decreto sobre la militarización del transporte. Se organizó un batallón, a cuya cabeza se puso a ciento once comisarios políticos, todos socialistas, siendo el del transporte un sindicato compuesto y dirigido mayoritariamente por comunistas.[34]

Dos acontecimientos, bélico y político, respectivamente, acentuaron la distancia entre Caballero y el PCE. El primero fue la pérdida de Málaga, el 8 de febrero, fruto de un encadenamiento de despropósitos. El segundo, los críticos discursos vertidos por la dirección comunista durante la celebración del Pleno ampliado de su Comité Central en Valencia, entre el 5 y el 8 de marzo. La caída de Málaga tuvo un efecto demoledor sobre la zona republicana, después de dos meses en los que la moral se había robustecido al compás de la heroica defensa de Madrid, la tenaz resistencia en el Jarama y las fanfarrias victoriosas de Guadalajara. Málaga devolvió a la República a los días de la imprevisión, la desorganización y la desbandada. Quizás una de las descripciones más patéticas de lo ocurrido en esas fechas se deba a Zugazagoitia. La ciudad había sido abandonada sin defensa, la población civil se lanzó, fugitiva, por la carretera de Almería, donde fue ametrallada a placer por aire y cañoneada sin piedad desde el mar. Entre los facciosos y Almería se interponía solamente lo que pomposamente algunos llamaban un frente defensivo que no dejaba de ser «un retén de milicianos dispuesto tras las piedras de una barricada», prestos a replegarse a la sierra a la primera aparición de las tanquetas Ansaldo italianas.[35]

Como reseñó el propio Zugazagoitia, «el mito de Caballero estaba roto». Prieto había intentado contactar con él durante toda la noche que precedió a la caída de Málaga, sin resultado. El periodista escuchó durísimas críticas contra el jefe de gobierno, y él mismo las formuló. Se generalizó la idea de que «mientras los negocios de la guerra dependan de [Caballero], todo irá de cabeza y perderemos Almería, Valencia, Barcelona y la guerra».[36] El propio presidente de la República, Azaña, participaba de esa idea. Durante la entrevista que mantendría con Pasionaria y Díaz para dar salida a la crisis de gobierno de mayo, dijo mostrarse partidario de

separar el Ministerio de la Guerra de la presidencia del Consejo de Ministros, además de apostar por una mayor presencia comunista en el gabinete.[37]

Los comunistas recogieron ese estado de ánimo y lo convirtieron en movilización. Como la difusión de la noticia de la pérdida de la capital andaluza fue prohibida, organizaron de inmediato una manifestación masiva ante la sede de la presidencia del gobierno en Valencia, siguiendo un esquema de agitación que el partido aplicó en similares situaciones críticas a lo largo de la guerra. La petición de responsabilidades se centró en la figura de los militares profesionales: el subsecretario de Caballero, el general Asensio, y el coronel Villalba, designado por aquel como jefe del frente de Málaga, de quienes se acabó logrando su destitución y procesamiento. Todavía los comunistas no apuntaban directamente a Caballero. En la ya referida reunión del 14 de marzo en el Kremlin, Stalin dejó claro que no se debía destituirle porque no había otra figura más adecuada para encabezar el gobierno. Había que procurar que solo renunciara al puesto de ministro de la Guerra y apoyar a otro comandante en jefe.[38] No se contentó con exponer su opinión, sino que la convirtió en directriz de obligado cumplimiento tras recibir los informes de los asesores militares en España, Goriev y Berzin, de los que se derivaba una valoración negativa hacia el liderazgo militar de Caballero que no tenía por qué hacerse extensiva a su liderazgo político.[39]

QUIÉN ES QUIÉN EN LA CAÍDA DE CABALLERO

En plena ola ascendente, el PCE celebró en Valencia, a comienzos de marzo, un Pleno ampliado del Comité Central que adquirió el carácter de un auténtico congreso. Durante sus sesiones se expusieron los logros alcanzados por la República en guerra, en lo relativo al impulso a la revolución democrática (reforma agraria, erradicación del poder de la oligarquía, creación de Ejército Popular, obra educativa y cultural) y se postularon los objetivos a corto plazo, aquellos que el partido consideraba inexcusables para ganar la guerra: la creación de una potente industria de

guerra —para lo que se propugnó la nacionalización y el fin de las experiencias colectivistas parciales— y el refuerzo del Estado, comenzando por la supresión de los micropoderes concurrentes de la retaguardia.[40] El grado de madurez alcanzado por el PCE en la formulación de una política capaz de gestionar el Estado en las circunstancias del momento no escapó a la atención de Caballero. Como recordó Uribe,

> nuestra reunión de marzo del 37 ... no obtuvo de él más que este comentario: Eso es un programa de gobierno. Por la forma de decirlo le parecía extrañar mucho que nosotros fuésemos capaces de tener una política y un programa de gobierno acorde con las necesidades de la defensa de la República.

Esa mutación que chocaba a Caballero no escapó a la percepción de otros observadores, no necesariamente predispuestos de manera favorable al comunismo. En un informe elevado un año después, en el que se hacía balance del proceso de reconstrucción de la organización militar republicana, el agregado militar de la embajada francesa, el teniente coronel Henri Morel, dijo a propósito del PCE:

> El Partido Comunista desde el comienzo de la guerra ha constituido el principal elemento de orden y disciplina en la España republicana. En medio de la debilidad de los partidos burgueses, de la incoherencia de los sindicatos y de los anarquistas, el PCE, que ha salvado Madrid, y creado las primeras fuerzas regulares del ejército republicano, representa una cosa muy distinta de lo que sugiere su ideología. Es preciso precaverse de toda analogía de política interior cuando se traspasan las fronteras. El PCE que se encuentra es un partido de tipo jacobino y patriota, y el elemento más sano y más fuerte de la España republicana.[41]

Durante los discursos se vertieron críticas hacia la política del gobierno que fueron tomadas por Caballero como un ataque personal. Se polemizó sobre la supuesta intención de formar un «gobierno sindical» con representación mayoritaria de UGT y CNT, porque eso significaría la ruptura definitiva del Frente Popular. Pasionaria y Díaz postularon en sendos discursos la necesidad de depuraciones en el ejército para evitar catástrofes como la de Málaga. El mensaje tenía una doble faceta: expulsar

de inmediato del ejército «a los ineptos y a los traidores» y hacer «al propio tiempo una política de promoción y educación de los nuevos cuadros de oficiales forjados en la lucha».[42]

Particular disgusto suscitó a Caballero el discurso de Jesús Hernández. Sin ser necesariamente la más dura de las intervenciones, sí fue la más sensible por ser proferida por un miembro del gabinete, lo que fue interpretado por Caballero como una manifestación de deslealtad. Hernández apeló a que el gobierno estuviera atento «al grito de la calle»:

> Exigimos al Gobierno que limpie su propia casa, arrasando lo que debe arrasar. Las responsabilidades, cuanto más altas, más severas. Lo digo en representación de mi partido, pero lo digo también como Ministro. Los mandos tienen que ser populares. Las victorias se ganan con el cerebro, no con impulsos alocados. Cuando nuestro partido, cuando el pueblo español ha señalado a un hombre como traidor es necesario que el Gobierno le escuche.[43]

Caballero pretendió cesar a Hernández el 9 de marzo. Al no lograr su propósito, criticó abiertamente al PC y los asesores rusos. Porfiaba en que mientras él fuera el jefe de gobierno y del Ministerio de la Guerra usaría enérgicamente su derecho a nombrar a sus propios subordinados, lo que pretendió hacer extensivo al gobierno, donde se encontraban representadas las organizaciones integrantes del Frente Popular. Pero como no podía expulsar al PCE del gabinete sin romperlo, centró la diana de sus dardos en Hernández, pidiendo al partido que lo sustituyese.

Mientras tanto, y prácticamente desde su llegada a España, Stepanov no ahorró críticas a Caballero, a pesar de la postura oficial soviética. Este es uno de esos puntos en los que, en el devenir de la organización comunista, se aprecian diferencias entre la línea oficial diseñada desde el exterior y la defendida por la sección territorial en base a condicionantes internos. El 28 de marzo, Stepanov envió un informe a Dimitrov que este reenvió a Voroschilov,[44] en el que indicaba que la debilidad del gobierno y la falta de una firme política sobre cuestiones militares estaba creando las condiciones para una inminente crisis de gobierno.

Desde el pleno de marzo se había desatado una dura campaña anticomunista por parte de Caballero y su prensa adicta: «Los diarios *Adelante, La Correspondencia de Valencia, Claridad*, etc., publican

artículos contra el PC, contra Hernández, contra los dirigentes de la JSU». Se trataba de recuperar la iniciativa en los ámbitos en que se había cedido el control a los comunistas en virtud de los procesos de unificación: en la UGT y, sobre todo, en la JSU, donde los seguidores de Caballero daban los primeros pasos para crear una nueva Federación de Jóvenes Socialistas, orgánicamente ligada a la UGT y al PSOE. Estas maniobras serían las que llevaran algún tiempo después a Araquistáin a afirmar: «En las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas o *Ursificadas*, como algunos humoristas las llaman) se ha iniciado una fuerte reacción contra la absorción por los comunistas y ya en varias provincias los jóvenes han borrado del título de su partido la "U" falaz y recobrado su antigua independencia de partido español».[45]

Stepanov —y con él la dirección española— decidió imprimir un acelerón a la campaña contra Caballero, a despecho de lo que pensasen en Moscú. Quizás Stepanov, viejo conocedor de los mecanismos internos de la Comintern, aplicó la fórmula según la cual nunca se es demasiado radical. ¿Debía permanecer callado el PC, para no complicar más la situación, o debería pasar a la ofensiva? La necesidad perentoria de obtener los cambios necesarios en el Ministerio de Guerra y en la política del gobierno, no podía materializarse sin cambios en la posición gubernamental. La intensificación del nivel de presión y la fijación del objetivo máximo quedaron palmariamente recogidas en las inequívocas palabras de Stepanov:

> Insisto en esta cuestión, y no sólo en mi propio nombre, sino en el nombre de toda la dirección del partido. El partido no quiere llegar a un estado de cosas tal que ustedes pudieran declarar que no se comporta como deberían hacerlo comunistas activos, responsables de su partido, sino como escolares que contemplan las directrices de la Comintern como la letra de la ley, poniéndolas en práctica hasta cuando cambian las circunstancias. Todos están de acuerdo aquí en que las directrices y consejos de la Comintern son absolutamente correctos en todas las cuestiones; sólo hay una que ha sido superada por los acontecimientos, y es la que atañe a la posibilidad de encontrar un acuerdo con Caballero. Aquí todos piensan que es imposible un acuerdo, que se han agotado todas las posibilidades, que hay que adoptar una posición dirigente y obligar a Caballero a abandonar el puesto de ministro de Guerra, y si se hace necesario, también el puesto de presidente del Consejo de Ministros.[46]

Para reforzar su posición, Stepanov y la cúpula española halagaron los oídos de sus destinatarios en Moscú. Por supuesto que Caballero no quería la derrota, pero temía una victoria militar completa sobre el enemigo que significara para todo el mundo la hegemonía política del PCE. Como un resultado así sería «una cosa natural e indiscutible, esa perspectiva indiscutible» horrorizaba a Caballero y a los anarcosindicalistas.

De este informe han extraído néctar para sus lecturas prejuiciosas Radosh y sus colaboradores, que apuestan sin dudar por que la voluntad comunista no era esperar pasivamente a un desarrollo «natural» de la crisis gubernamental oculta, «sino apresurarlo, y si es necesario, provocarlo, a fin de obtener una solución a esos problemas». De aquí a la supuesta provocación de la toma de la Telefónica barcelonesa en mayo se abría un camino directo.

Tan teleológica proyección se sustenta, necesariamente, en la vieja tesis bolloteniana acerca de que «la caída de Largo Caballero se había convertido en el principal objetivo de Moscú a corto plazo».[47] Algo que los diarios de Dimitrov no permiten seguir sosteniendo por más tiempo. El 14 de marzo, durante una reunión del politburó en el Kremlin con la presencia de Marty y Togliatti, Stalin dijo: «No se debe destituir a Caballero (no hay otra figura más adecuada para encabezar el gobierno)», si bien se le debía convencer de renunciar al puesto de ministro de la Guerra y apoyar la designación de otro comandante en jefe. El 20 del mismo mes, Stalin en persona recibió a Rafael Alberti y María Teresa León, a los que comentó: «Caballero ha demostrado su carácter resuelto y su voluntad de luchar contra el fascismo. Caballero debe ser preservado como cabeza del gobierno, pero sería mejor dejar a otro el mando de las fuerzas armadas».[48]

Sin embargo —y tal como había ocurrido durante el proceso de formación del propio gobierno Caballero— los comunistas españoles actuaron durante la crisis gubernamental en ciernes de acuerdo a condicionantes internos, creyendo, eso sí, que la línea imprimida por Stepanov convalidaba su actuación con los criterios de la Internacional, pero desbordando en la práctica las directrices de Moscú, como puede comprobarse del análisis del siguiente cronograma:

Fecha	*Acontecimiento*
8 de enero de 1937	Nombramiento de Stepanov para los asuntos españoles
9 de febrero	Cese de Rosenberg y nombramiento de Gaikis como embajador
16 de febrero	Disposición limitando el grado máximo de ascenso de los oficiales de milicias
17 de febrero	Manifestación de Valencia pidiendo responsabilidades por la pérdida de Málaga
19 de febrero	Reunión de Largo Caballero con Azaña: posibilidad de crisis, rechazada por Azaña
20 de febrero	Mitin de Pasionaria en Valencia pidiendo depuraciones/Noticia del nombramiento del embajador Gaikis
21 de febrero	Informe de Gaikis a Krestinski
22 de febrero	Informe de la embajada soviética sobre la situación española
6 de marzo	Pleno del CC en Valencia/Discursos de Pasionaria y José Díaz pidiendo depuraciones
7 de marzo	Informe de Marty en Moscú, favorable a Largo Caballero
8 de marzo	Intervención de Jesús Hernández en el pleno de Valencia
9 de marzo	Intento de cese de Jesús Hernández, no efectuado
12 marzo	Carta de Stepanov a Moscú, críticas a Largo Caballero
14 de marzo	Velada en el Kremlin: Stalin, Vorochilov, Molotov, Kaganovich, Marty, Togliatti y Dimitrov. Sólo Largo Caballero podía ser presidente de gobierno.
17 de marzo	Informe de Stepanov, más críticas a Largo Caballero
20 de marzo	Entrevista Stalin/Alberti: elogios a Largo Caballero
28 de marzo	Informe de Stepanov, posibilidad de desplazar a Largo Caballero
31 de marzo - 9 de abril	Ofensiva nacionalista en el norte.
14 de abril	Telegrama de Moscú: sólo Largo Caballero podía ser presidente de gobierno/Cese de los comisarios políticos
20 de abril	Primer intento de dimisión de Largo Caballero
3-5 de mayo	Enfrentamientos de Barcelona
4 y 7 de mayo	Informe de Stepanov sobre la situación española
7 de mayo	Informe de Orlov a Moscú sobre los hechos de Barcelona
11 mayo	Entrevista Litvinov/Eden, tranquilizando a Occidente/Segundo informe de Stepanov
16 de mayo	Dimisión de Largo Caballero
18 de mayo	Nombramiento del gobierno Negrín
28 de mayo	Discurso de Jesús Hernández en el cine Olimpia de Valencia, justificando la posición del PCE en la crisis.

Conviene remitir al lector a la comparación entre las apreciaciones de Moscú (que se han sombreado a fin de destacarlas) y el comportamiento de los actores españoles. Como puede comprobarse, la actitud del PCE frente a

Caballero no obedeció mecánicamente a las indicaciones procedentes del centro director internacional, cuyas prescripciones fueron rebasadas por unos comunistas españoles que en esa coyuntura cabalgaban sobre la cresta de una ola ascendente. Refutando a Bolloten, todos querían a Caballero fuera del gobierno... menos Stalin, que pensaba que era quien mejor podía encabezarlo. Una pena para las laboriosamente trabadas argumentaciones en base a las selectas (por sesgadas) fuentes secundarias y a las memorias acibaradas por la derrota y el exilio.

EL ACTO FINAL

De los diarios de Azaña se desprende que eran muchos —y no solo un grupo de conspiradores comunistas— los que deseaban ver a Caballero fuera de puestos de responsabilidad. Si Stalin valoraba que sería conveniente pasar el testigo de la dirección de la guerra a otras manos, las opiniones de los que tenían que lidiar con Caballero en España se formulaban en términos mucho más rudos, de los que el más suave era «desastre». Giral aseguró a Azaña que republicanos, socialistas y comunistas estaban persuadidos de que la situación no podía prolongarse, que no era de recibo que cuando algún ministro preguntaba por los asuntos de guerra y pedía noticias, Caballero le contestara: «Se enterará usted por los periódicos». En opinión del presidente de la República, Largo había entrado en una fase en que desconfiaba de todo y de todos, y percibía cualquier objeción a sus posturas como un ataque personal.

Cuando Azaña regresó a Valencia tras los acontecimientos de Barcelona —que se tratarán en el siguiente capítulo—, el presidente del Consejo le planteó un asunto que creía importante: la destitución del general Miaja, al que acusó de haberse entregado al PCE y estorbar sus planes militares otorgando todos los mandos importantes a los comunistas y suministrándoles solo a ellos las mayores cantidades del mejor material. A Azaña la conversión comunista de Miaja le movía a risa, conociendo sus antecedentes. Colegía que su aproximación al PC era «una medida de precaución, para ganarse el apoyo y defensa de un partido político». Las

relaciones entre Caballero y Miaja empeoraron con la presidencia de este último de la Junta de Defensa de Madrid, donde había adquirido una enorme popularidad que encelaba a Caballero. Pero la excusa inmediata aducida por Largo no podía ser ninguna de estas, de bajo perfil, por lo que acudió al terreno del código de justicia militar para imputar a Miaja estar «insubordinado, y que no había dado cumplimiento a la orden de enviar a Extremadura siete brigadas de la guarnición de Madrid» para la operación que Caballero pensaba lanzar para cortar la zona rebelde. Miaja, según estas acusaciones, había reunido a otros mandos y había expresado dudas sobre la corrección y oportunidad de la operación. Azaña le recomendó prudencia y le indicó que todo ello no era motivo bastante para cesar a Miaja, por el descontento y las divisiones que ello podía suscitar. Por la noche le llegaron a Azaña documentos del Estado Mayor de Miaja que demostraban que las órdenes del ministro de la Guerra se estaban cumpliendo,[49] lo que denotaba ignorancia o mala fe por parte de Caballero. Casi tanta como la que demuestra Bolloten, quien, tan puntilloso en la selección de citas, *se olvidó* de reseñar este apunte de Azaña, prefiriendo seguir a pies juntillas las descabelladas tesis de Araquistáin acerca de la confabulación universal (de los comunistas, los rusos e incluso de los centristas del PSOE) para impedir una victoriosa operación en Extremadura que hubiese convertido a Caballero en indesalojable.[50]

La entrevista de Azaña con los republicanos Martínez Barrio y Giral fue sumamente reveladora. Todos los partidos «formaban una piña que facilitaría cualquier solución», pero quienes iban a actuar de ariete serían los comunistas, que, en el siguiente consejo de ministros, tomarían la iniciativa pidiendo una rectificación de las políticas de guerra y orden público y, caso de no obtenerla, se retirarían del gobierno. Los socialistas y los republicanos los apoyarían en su demanda.[51]

Azaña comprendió que las conversaciones entre los tres partidos estaban muy adelantadas. Confirman el hecho las memorias de Uribe, cuando relata que los comunistas se pusieron en contacto con la Comisión Ejecutiva del PS para establecer una línea de conducta común a seguir. Hubo coincidencia plena en la apreciación de las circunstancias políticas «y

en la necesidad de poner fin a aquella situación producto de la conducta política de Caballero». Se convino incluso cómo había de procederse en el planteamiento de la cuestión en el seno del gobierno.

> Las cuestiones serían planteadas por nosotros y los socialistas que estaban con la Ejecutiva procederían en consecuencia con nuestra determinación si las cosas, como se preveían, determinaban nuestra retirada.[52]

¿Qué interés podía tener para el resto de partidos que fuesen los comunistas los que se cobrasen la cabeza de Caballero? La respuesta se encuentra brujuleando entre las líneas de los diarios de Azaña. Ya en marzo o abril Largo le había dicho que presentía «una nueva expulsión de los proletarios del poder, como la de 1933».

> Por salud pública —concluyó el presidente de la República— era indispensable que quienes se considerasen «expulsados» del poder lo fuesen por oposición conocida de otros que tuvieran los mismos títulos para hablar en nombre de los proletarios.[53]

La aplicación del pacto interpartidario para originar la crisis de gobierno se aplazó una semana. Caballero acudió con la propuesta de la destitución de Miaja, y casi todos los ministros intuyeron una maniobra del presidente del Consejo: si había quienes le negaban su voto, podría reorganizar el gobierno prescindiendo de ellos; o bien podía plantear una crisis total, «echando sobre los que no secundasen su criterio la responsabilidad de haber dejado al Gobierno a los pies de Miaja». Tanteando prudentemente el terreno al que se les había conducido, los comunistas aplazaron el enfrentamiento con Largo. Enfatizaron que en ningún caso ampararían a un general desobediente y que aprobarían su destitución si se probaba cualquier acto de insubordinación. Si el ministro de la Guerra encontraba motivos para el relevo, plantearon que los trajese al Consejo y ellos no se opondrían. El asunto principal quedó en suspenso, pero las espadas permanecían en alto.

El día 11, en un mitin en Valencia, José Díaz desplegó el argumentario que los comunistas iban a emplear en solicitud de firmeza gubernamental. Díaz cargó contundentemente contra la incapacidad política del gobierno,

del que dijo que si no era capaz de disciplinar la retaguardia, debía dejar paso a otro. Salieron a relucir todos los flancos débiles de la política gubernamental durante los seis meses anteriores. Las críticas, que arrancaron contra Galarza, siguieron contra la CNT por incoherencia con su presencia en el gobierno y terminaron por elevación —aunque sin nombrarle explícitamente— alcanzado a Caballero:

> Se han levantado con fusiles, con ametralladoras, con cañones, con carros blindados ... que en lugar de estar en el frente estaban escondidos no sé dónde esperando la hora de emplearlos contra la República. Nosotros no sabemos dónde, pero hay alguien que tiene la obligación de saberlo. En primer lugar, el Gobierno. En segundo lugar, el Ministro de la Gobernación. O el Ministro de la Gobernación desarma a los que quieren apuñalar a la revolución y a la guerra por la espalda, o debe dejar de ser ministro (Enorme ovación)... O las organizaciones se someten a lo que las necesidades de la guerra y la revolución exigen, haciendo que el Gobierno del Frente Popular gobierne contando con las masas o, de lo contrario, desautorizan a sus propios representantes en el Gobierno ... Quien procede con debilidad y a veces con cobardía, no merece estar en el sitio desde el que hay que meterle mano a la quinta columna (Fuerte ovación)... Por haber exigido la realización de todo esto nos hemos ganado no pocas enemistades, especialmente por parte de los que, en lugar de apoyarse en la capacidad y voluntad creadora del pueblo y darle a la guerra toda la amplitud que exige para ser ganada rápidamente, se obstinan en que ésta se desarrolle según un plan limitado, empírico y personal.[54]

Fue en la reunión del gabinete del jueves 13 de mayo cuando se produjo la crisis. Rememoró Uribe que, comenzada la reunión y viendo que, como siempre, Caballero apenas decía nada, los comunistas, en aplicación de la forma de proceder pactada con los otros partidos, plantearon las cuestiones y propusieron las medidas que a su juicio debería adoptar el gobierno, centrándose particularmente en la persecución legal del POUM por los hechos de Barcelona. Hay que señalar que

> conforme a lo acordado y a la línea de conducta que nos habíamos trazado no propusimos nada contra los elementos anarquistas participantes en los hechos, conscientes de que medidas contra la CNT y represión contra ésta podían haber producido una verdadera catástrofe, teniendo en cuenta las unidades confederales en los frentes.

Ante la negativa de Caballero a proceder contra el POUM, los ministros comunistas se levantaron y salieron de la sala donde se reunía el Consejo. Caballero pretendió continuar pero entonces Prieto dijo que «la

retirada de los comunistas es la crisis y el gobierno no puede continuar deliberando». Había procedido tal como había quedado previsto con los socialistas. Ante estas palabras de Prieto, Caballero levantó la reunión y pidió audiencia a Azaña.

El presidente de la República percibió, en principio, que Largo quizás pretendía que él cohonestase su decisión de prescindir de los comunistas sin necesidad de dimitir, pero al final las circunstancias le condujeron a tomar la decisión. Caballero insistió en que los comunistas tenían animadversión contra su persona por no haber disuelto el POUM. Azaña le planteó que reconsiderase medidas conciliadoras, pero poco después Largo le presentó por segunda vez la dimisión, debido a que la Comisión Ejecutiva de su propio partido le comunicó por carta que sin los comunistas, los ministros socialistas tampoco permanecerían en el gobierno. Sin saber cómo resolver la situación, Caballero ardía en ira a los ojos de Azaña.[55]

Con vistas a resolver la crisis, Azaña convocó una reunión de dirigentes políticos de las fuerzas del Frente Popular. Los comunistas, por boca de José Díaz, manifestaron su disposición, en aras de la necesidad de mantener la unidad, a formar parte de un gobierno encabezado por Caballero, pero a condición de que no fuera al mismo tiempo ministro de la Guerra. Los socialistas, por su parte, ratificaron su posición de que si los comunistas no participaban en el gobierno, ellos tampoco colaborarían en el mismo. Los representantes de los republicanos se manifestaron en el mismo sentido. Caballero no aceptó esta condición, argumentando que la sola presidencia del gobierno sin la responsabilidad al mismo tiempo del Ministerio de la Guerra le convertía «en una especie de marioneta o muñeco sin facultades reales, en un cargo formal». Días después contraatacó con una solución aberrante: propuso no solo conservar la cartera de Guerra sino acumular las de Marina y Aire. A Prieto lo relegaba a Agricultura, Industria y Comercio. La facultad decisoria del Consejo de Guerra pasaba a ser la del ministro del ramo (o sea, él).[56] Tales pretensiones eran inaceptables para todos. A despecho de las versiones posteriores, la dirección del PSOE lo tuvo entonces muy claro: «Por nuestra parte no hubo desplazamiento [de Caballero], fue él quien se desplazó sin tener en cuenta la opinión de la Ejecutiva favorable a que siguiera siendo presidente del Consejo».[57] La

crisis se resolvió con el nombramiento de Negrín como nuevo jefe de gobierno. A ojos de sus adversarios, los comunistas habían logrado situarse en el punto más alto de su influencia. Para ellos mismos, y para sus adversarios, parecía estar al alcance de la mano «el asalto a los cielos». En realidad, una vez conquistada la cima, lo que se vislumbraba en el horizonte era un tortuoso camino de descenso.

9

Un vector exterior: la lucha contra el trotskismo

UNO DE LOS ASPECTOS de la guerra de España que ha concentrado una enorme atención, particularmente de la historiografía extranjera, ha sido el papel jugado por el POUM, su persecución y liquidación a manos del estalinismo y de sus agentes locales, los comunistas españoles. A pesar de su carácter minoritario y de su escasa capacidad de influencia, el estudio del POUM ha suscitado una abundante producción historiográfica caracterizada por manifestarse en términos casi siempre favorables. La alargada sombra de Orwell, la monstruosidad de las purgas estalinistas y el escandaloso secuestro y asesinato de Andrés Nin han contribuido a que se extienda sobre el POUM un halo legendario y una especie de manto de indulgencia. Pocos han osado rasgarlo para ejercer una crítica fundamentada de la teoría y la praxis política del POUM, concitando reacciones desmesuradas.[1] Autores de toda tendencia, seducidos por el atractivo del romanticismo revolucionario, han añadido su aportación a la magnificación de un grupo político que fue un agente menor en el conjunto de las fuerzas actuantes en el campo republicano, y que no hubiera pasado de ocupar un lugar excéntrico, similar al del dogmático PCE de antes de la guerra, o subsidiario de otras fuerzas de mucha mayor entidad, como el anarcosindicalismo —con quien su identidad de objetivos era meramente coyuntural—, si no fuera porque se erigió en enemigo que había que batir en el contexto del gran proceso de aniquilación de las interpretaciones polifacéticas del comunismo a beneficio del dogma estaliniano entre 1936 y 1938.

Los orígenes de la izquierda del PCE deben rastrearse ya desde los propios tiempos fundacionales del partido. El clima de radicalización en que se produjo la escisión del tronco socialista en 1920 determinó que una parte de los nuevos comunistas compartiera la orientación ultraizquierdista (ataques al oportunismo, al reformismo y al parlamentarismo) que soplaba desde el Buró de Amsterdam de la III Internacional. Juan Andrade y otros miembros del recién nacido PC español mantuvieron contactos con algunos de los más destacados dirigentes de izquierdismo —pronto condenados por Lenin y luego relegados y excluidos por la Comintern— como Pannekoek o Amadeo Bordiga. En estos primeros momentos del desarrollo del comunismo español destacaron figuras que alcanzarían posteriormente renombre en el ámbito del comunismo no estalinista, como el propio Andrade, director del órgano oficial del PCE, *La Antorcha*, Joaquín Maurín y Andrés Nin. Algunos, como el propio Nin —miembro del Secretariado de la Internacional Sindical Roja (Profintern) entre 1922 y 1929—, ostentaron puestos de alta responsabilidad en las nuevas estructuras internacionales del movimiento comunista.

Los componentes de esta corriente se formaron en el izquierdismo escisionista de los años veinte y en el sindicalismo revolucionario de raíz soreliana. Cuando la CNT abandonó en 1922 sus simpatías pro bolcheviques, los disconformes con el distanciamiento de Moscú animaron la creación de los Comités Sindicalistas Revolucionarios como tendencia favorable a la III Internacional dentro de la CNT. Entre sus impulsores se encontraban Maurín, Nin, Hilario Arlandis y Bonet, y su órgano fue *La Batalla*. Los CSR establecieron contactos con los núcleos comunistas españoles. Juan Andrade empezó a colaborar con cierta frecuencia en *La Batalla*, y los sindicalistas revolucionarios se integraron en 1924 en el PCE, constituyendo su Federación Catalano-Balear.

La dictadura de Primo de Rivera sometió a continua persecución al minúsculo PCE. Sus publicaciones fueron suspendidas, sus actividades prohibidas y sus dirigentes pasaron continuamente por la cárcel. Entre caída y caída, el Buró Político del PCE tuvo tiempo de tomar posición pública

sobre el *affaire* Trotsky, declarándose en abril de 1925 seguidor de la línea de la Comintern y de las enseñanzas de la revolución bolchevique, condenando el papel de Trotsky en el fomento de la división interna y apostando decididamente por la necesidad de la disciplina leninista.[2] Desde entonces, bajo la capa del antitrotskismo se iban a librar pugnas que tenían bastante menos de ideológicas que de simples y duras luchas personales por el control de la dirección, contando con la homologación de quien tenía la capacidad para otorgar la patente de idoneidad bolchevique, la Comintern.

Tras el VI Congreso de la Internacional Comunista (agosto de 1928), en el que se fijó la línea del *tercer periodo*, la Comintern impulsó la bolchevización de la dirección del PCE, depositando la responsabilidad en manos de la *troika* Bullejos-Adame-Trilla y excluyendo a quienes se hubieran identificado con la «oposición trotskista». Era la aplicación del mandato efectuado por el Comité Ejecutivo de la IC, que en enero de 1928 fijó la definición de «trotskismo» para etiquetar toda forma de disensión, considerada no ya como un error ideológico, sino como una «traición abierta al movimiento revolucionario internacional del proletariado», e instó a sus secciones nacionales a «erradicar de sus filas, con la máxima energía, a todos los elementos cuya lucha fraccional es un legado insano del trotskismo».[3]

Andrade, uno de los primeros que se identificó con la Oposición de Izquierda, fue destituido en 1927 como director de *La Antorcha*. Junto con otros de los miembros fundadores del PC (Julián Gómez *Gorkin*, y Luis Portela), sus siguientes pasos todavía al frente de la Agrupación Comunista madrileña consistieron en entrar en relación con la Oposición de Izquierda Internacional, que animó la fundación en Lieja, por parte de emigrados, de la Oposición Comunista Española (OCE) en febrero de 1930. Su liderazgo lo ostentaba un antiguo activista de Vizcaya, Francisco García Lavid —alias «Henri Lacroix»—, [4] refugiado en Bélgica. Sus postulados se alineaban con las posiciones de la izquierda bolchevique (Trotsky, Zinoiev y Radek) explicitadas en diciembre de 1926 en el VII Pleno ampliado de la Comintern.[5]

Fue el movimiento que condujo a la génesis de esta organización lo que en 1929 produjo en el movimiento comunista español la primera controversia de cierto calado sobre el trotskismo. García Lavid remitió en octubre de 1929 una carta a distintos ex compañeros de las Juventudes con la intención de ganarlos para la oposición de izquierda. En ella denunció el apoyo acrítico del III Congreso del PCE a las decisiones del VI Congreso de la IC, donde se había ratificado la exclusión

> de todos los camaradas de izquierda; de todos los mejores bolchevikis [*sic*] (Trotsky, Rakovsky [y otros]); de todos los más grandes de la revolución rusa; de los que, fieles a las enseñanzas de Marx y de Lenin, luchan contra la invasión del «kulak» y del «nepman»,[6] contra la degeneración de la revolución rusa y de la IC, por la pureza de las ideas comunistas, por la revolución internacional y contra la idea bastarda del socialismo en un solo país proclamada por Stalin y todos los que con él marchan a remolque de la nueva burguesía rusa hacia el oportunismo socialdemócrata.

Denunció Lavid la falta de la más elemental formación política comunista en el PCE, dado que «la gran mayoría de sus componentes se encuentran indocumentados para elaborar fórmulas marxistas y de gran fondo teórico». Atacó en su misiva a la burocracia estalinista e interpeló abiertamente a los comunistas españoles:

> ¿Creéis vosotros que Trotsky es un contrarrevolucionario? ¿No sufrió bajo el régimen zarista y sufre bajo la dictadura de Stalin y de la burocracia? ¿Creéis que Rakovsky, el «embajador modelo» como todos lo hemos llamado, que firmó un manifiesto de la oposición rusa, por cuyo motivo Briand, el primer ministro francés, pidió su destitución al gobierno soviético y éste se impuso; Rakovsky, dos veces condenado a muerte en Rumanía, destituido de embajador soviético por «indeseable», perseguido sin tregua por la burguesía mundial, puede ser contrarrevolucionario? ¿Creéis que ... el secretario del camarada Trotsky durante las batallas de la revolución, uno de los campeones más fieles de la guerra civil y uno de los fundadores de la «checa», muerto haciendo la huelga del hambre en las prisiones de Stalin podía ser un contrarrevolucionario?

Concluía García Lavid lanzando un patético llamamiento a sus ex camaradas para salvar a la IC y la Revolución Rusa, luchando «contra la degeneración burocrático-burguesa», a la par que ofrecía el envío de publicaciones en las que se contenían las posiciones de Trotsky y la oposición de izquierda.

Por el aparato oficial del PCE fue Jesús Hernández el encargado de responder, apresurándose a aclarar que no tenía ninguna simpatía por el trotskismo, y clausurando cualquier polémica, de partida, con el clásico argumento de autoridad tomado de la escuela estaliniana:

> Cierro este primer asunto, con este broche de Lenin, modelo en este momento, que encaja perfectamente aquí: «El que no está con nosotros, está contra nosotros». Fuera cual fuese su historial anterior, Trotsky, dada su posición actual, se encuentra en la acera de enfrente, lo que en pura lógica supone que su pasado queda totalmente anulado ante el presente. Si su libro *La revolución desfigurada* podía dejar algún asomo de duda respecto a la sinceridad (equivocada) de su autor, la lectura de la prensa de oposición, y especialmente de su folleto *Mon exil*, la disipa por completo.

Al margen de los modismos castizos, que denotaban la *profundidad* teórica de la polémica, no le faltaba razón a Hernández, sin embargo, en la apreciación de que los postulados de los oposicionistas se encontraban a años luz de la realidad política, de la situación del partido y de la mera comprensión de las masas y de los militantes españoles:

> ¿Es que ignoráis que en España no contamos ni con una octavilla (legal) que pueda permitir acercarnos a las masas y difundir nuestro ideal? No creo que lo ignoréis y siendo así, ¿qué efectos puede producir en los medios obreros un órgano trotskista que al igual que los que publicáis en el extranjero rebose bilis contra el «stalinismo», «el burocratismo», el «oportunismo», etcétera, etc., en una palabra, un órgano de difamación de la Revolución Rusa y de toda su política en general? Los efectos no se le ocultan al más miope. El obrero español, desgraciadamente poco documentado para poder penetrar y discernir por cuenta propia, se perdería entre el marasmo de unos juicios, tesis e ideas (que no sin dificultad podemos comprender los que consagramos el 100 × 100 de nuestros esfuerzos al estudio de estos problemas) y el resultado sería una desorientación y una desmoralización que redundaría en perjuicio de esa fe que hoy poseen en la Revolución Rusa y en sus hombres, fe que les pone a cubierto de las insidiosas campañas que anarquistas, socialistas y burgueses emprenden sin tregua contra el régimen de los soviets; y esta decepción se operaría con tanta más facilidad, cuanto que la difícil situación por que atraviesa nuestro Partido.

Resultaba imposible para los miembros ordinarios del partido desentrañar, comprender o participar en las luchas políticas desplegadas en el seno del PCUS y trasladadas, miméticamente, al movimiento comunista internacional. Sometida a censura, la información procedente de la URSS llegaba a España limitada o de forma muy confusa. En cualquier caso, se

percibía que su plasmación llevaba consigo las semillas del enfrentamiento interno y la división organizativa.[7] Hernández denunció el intento de crear en el interior del partido plataformas de oposición, a las que en la lógica que estaba adquiriendo el movimiento comunista bajo la égida de Stalin consideró una tentativa «criminal». Acto seguido remitió copias de la carta y de la contestación al Comité Ejecutivo del PCE, que le respondió felicitándole por su celo y anunciando la publicación de su texto en la prensa del partido.[8] En circular fechada el 9 de diciembre, el Comité Ejecutivo del PCE exhortó a todas las organizaciones que hubieran recibido las misivas de Henri Lacroix a que las enviaran a la dirección, poniendo como ejemplo de reacción la de Hernández («Es así como debían haber contestado todos los camaradas») y deplorando que no todos hubiesen actuado con tanta firmeza.

De entre los antiguos dirigentes del PCE, la OCE se ganó a Andrade, que pasó a formar parte de su Comité Ejecutivo, al que poco tiempo después se incorporó Andrés Nin, miembro de la Oposición de Izquierda en la URSS. En Cataluña, Joaquín Maurín creó el Bloc Obrer i Camperol (marzo de 1931), resultante de la fusión de la Federación Comunista Catalano-Balear con el Partit Comunista Català. Andrade y Nin, por su parte, alumbraron la Izquierda Comunista de España (ICE) en marzo de 1932, y siguieron hasta 1933 las orientaciones generales de la Oposición de Izquierda Internacional, si bien Trotsky mantuvo desde 1931 una actitud crítica hacia los oposicionistas españoles a causa de lo que juzgaba como falta de decisión para crear una estructura fuerte en una coyuntura en la que se creía aún posible conquistar la hegemonía dentro de un PCE numéricamente débil y políticamente marginado. Las posiciones entre la ICE y García Lavid mostraban las diferencias entre quienes apostaban por el mantenimiento de una organización comunista no estalinista independiente (Nin) y quienes, siguiendo la táctica «entrista» propugnada por Trotsky, postulaban penetrar en el PC para luchar por su control desde dentro.[9] Pero, para entonces, la bolchevización, con su disciplinamiento de la militancia y sus órganos para la selección de cuadros, hacía prácticamente imposibles las maniobras de infiltración.

Poco importaba que el mismísimo Trotsky no reconociese su magisterio sobre el partido que resultó de la fusión de la ICE y el BOC, el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) —fundado en septiembre de 1935—, e incluso que vertiera sobre él críticas acerca de su línea y estrategia. El epíteto «trotskista» —de momento solo a modo de insulto y no todavía de acusación criminal— comenzó a caer sobre el nuevo partido, aunque en la práctica el POUM se alineara con el denominado Buró de Londres del Comité Internacional por la Unidad Socialista Internacional, agrupación de diferentes organizaciones socialistas europeas entre las cuales destacaba el Independent Labor Party (ILP) británico.[10] El antitrotskismo se había erigido ya en concepto-comodín, en un arma en las luchas por la supremacía entre diferentes facciones, proporcionando una imagen antitética del bolchevismo auténtico, una reconfortante explicación para las derrotas, un marco interpretativo para la acción y una potente herramienta para silenciar la discrepancia en las propias filas.[11]

Las urgencias de la política interior mantuvieron ocupada la atención de los comunistas españoles durante los siguientes años, comenzando por la propia reestructuración de su dirección, con la exclusión del equipo de Bullejos y la formación del nuevo núcleo en torno a Díaz, Hernández e Ibárruri. La preocupación por el trotskismo no volvió a aparecer con cierta intensidad hasta febrero de 1936, en el marco de la elaboración de las candidaturas del Frente Popular y de la discusión sobre los procesos unitarios que desembocaron en la formación de la JSU. La paranoia antitrotskista se excitó a partir de la inyección de un vector externo, importado de la lucha interna de la política soviética, dado que en aquel momento se estaba agudizando la persecución en la URSS contra los seguidores —reales o supuestos— del viejo líder bolchevique caído en desgracia, en el marco del refuerzo del poder personal de Stalin que sobrevino tras al asesinato de Kirov (en diciembre de 1934) y la limpieza generalizada de opositores desplegada por el equipo dirigente del PCUS.[12]

En lo tocante a las candidaturas, el PCE no pudo evitar que el POUM signase el pacto del Frente Popular, ni que Maurín ocupase un puesto de salida que le posibilitó ser elegido diputado. Caballero jugó con las rencillas entre comunistas ortodoxos y heterodoxos para configurar listas en las que

aparecieran representados en proporciones controladas las fuerzas minoritarias con las que pretendía ampliar la base de su proyecto de liderazgo de una izquierda revolucionaria incluso contra la mayoría de su partido. La contrapartida se la jugaron los comunistas en el caso de las juventudes. El asunto partía de premisas delicadas. Durante los años anteriores, la dirección de la Juventud Socialista, en busca de una identidad izquierdista que la alejase de las corrientes reformistas del partido de sus mayores, había coqueteado con el trotskismo: uno de sus máximos dirigentes, Santiago Carrillo, mantuvo entre agosto y septiembre de 1935 una cordial polémica teórica con Maurín, cuyo punto de partida fue la invitación de la FNJS al BOC para que entrase en el PSOE y reforzase su ala izquierda.[13]

El 21 de febrero, Codovilla telegrafió a Manuilski y a la KIM (Internacional Juvenil Comunista) que destacados miembros de la dirección de los jóvenes socialistas — Santiago Carrillo y Federico Melchor— se habían mostrado de acuerdo con las resoluciones del VI Congreso de la IJC y los principios del marxismo-leninismo; con aceptar que la construcción del socialismo en la URSS estaba siendo realizada bajo el liderazgo del Partido Bolchevique y que Stalin era el más firme defensor de Lenin. Aceptaban, asimismo, la lucha contra el trotskismo, manifestando su simpatía por la adhesión a la IJC y apoyando el ingreso en su congreso nacional. Por último, se mostraban dispuestos, temporalmente y con vistas a continuar el trabajo de bolchevización del Partido Socialista, a participar en su próximo congreso.[14]

No lo tenían fácil: el mismo Dimitrov alertó acerca de que «la creación de la fracción de Trotsky en el seno de la Juventud Socialista, encabezada por Bullejos, junto con la creciente actividad de Maurín en Cataluña y otros lugares indica el creciente peligro del trotskismo en España». Tarea urgente del PCE era la de coordinar esfuerzos con el ala izquierda de los socialistas en orden a quebrar esta amenaza. El PCE parecía no tomarse en serio el asunto, ganándose con ello una reprimenda de Dimitirov:

> Mientras que nuestro partido no está haciendo prácticamente nada por realizar una campaña contra el trotskismo y mientras nuestra prensa en Cataluña no ha publicado nada durante semanas, Maurín está llevando a cabo tres trabajos. Es imperativo lanzar un ataque con

determinación contra el trotskismo. Desenmascarar la política aventurera de Maurín y Cía., sus relaciones con Doriot, un agente de Hitler, sus actividades escisionistas, su hostilidad al frente popular. Concentrad toda la actividad en este punto: la unificación de todas las fuerzas proletarias de Cataluña con el objetivo de arrancar a las masas de la influencia de Maurín ... En la tarea de educar a los nuevos miembros del partido es muy importante concentrar la atención en el contrarrevolucionario papel de los trotskistas en la URSS, España y otros países.[15]

Es conveniente señalar la alusión a Jacques Doriot en este contexto. El ex dirigente comunista francés constituía, en aquel momento, el paradigma del traidor pasado a las filas del enemigo. Doriot fue el gran adversario de Jacques Duclos por el control del que había sido bastión comunista de Saint-Denis. Sus discrepancias políticas con las directrices de la Comintern, en confusa mezcolanza con la frustración de aspiraciones personales de poder frente al dúo Thorez-Duclos, motivaron su expulsión del PCF. Su nuevo proyecto político, el Partido Popular Francés, evolucionó hacia el fascismo y, en su lucha por arrebatar la hegemonía del movimiento obrero y popular al PCF, adoptó la táctica de lucha callejera violenta, llegando sus hombres a atentar contra Duclos.[16] Su conversión al fascismo marcó profundamente la percepción de los comunistas acerca de sus disidentes. No hay que olvidar que precisamente los comunistas franceses (el propio Doriot en los años veinte, Rabaté y Duclos en los treinta) ejercieron un decisivo papel de tutores del PCE por delegación de la Internacional. El asunto Doriot parecía la prueba del nueve de adónde conducía la línea de apartamiento de Moscú, y no hay que menospreciar su influencia, poco destacada en la literatura, sobre la equiparación entre el POUM y el fascismo tras los sucesos de mayo de 1937, que a ojos del PCE debieron parecer una profecía autocumplida. Es más, es probable que el ejemplo Doriot tuviese mucho más poder de convicción para los comunistas españoles que las fatigosas disquisiciones teóricas acerca de la naturaleza contrarrevolucionaria del trotskismo.

LA FABRICACIÓN DE UN ENEMIGO INTERIOR

En las primeras semanas de la guerra, como ya se señaló con anterioridad, los dirigentes comunistas españoles, contrariados por la formación extemporánea y escasamente controlada del PSUC, comunicaron su aceptación del hecho consumado solo en razón de que con ello se tomaban posiciones de lucha efectiva contra todos los enemigos del comunismo: el fascismo en armas, los intempestivos anarquistas y los trotskistas. El único elemento desasosegante era que, como exigían las normas de la bolchevización, los comunistas no tenían la mayoría en el comité del nuevo partido, algo que el tiempo y los esfuerzos invertidos en la formación de sus miembros debían resolver.[17]

La pulsión antitrotskista se enervó en proporción directa a la evolución de los acontecimientos en la URSS y a la asunción por parte de los comunistas locales de la percepción del POUM como una fuerza divisoria e incontrolable. Entre el 19 y el 24 de agosto tuvo lugar en Moscú el denominado «Proceso de los 16». En él resultaron condenados varios miembros de la izquierda del PCUS, entre ellos Zinoiev y Kamenev, pasados por las armas de inmediato. El 3 de septiembre, el Comité Ejecutivo del POUM aprobó una resolución reclamando la concesión de asilo político en Cataluña para Trotsky. Diez días después, *La Batalla* arremetió contra la URSS por la adhesión de Stalin al acuerdo de no intervención.[18]

En octubre, *Mundo Obrero* denunció la naturaleza escisionista y contrarrevolucionaria del POUM, debido a la constitución de su sección juvenil, la Juventud Comunista Ibérica, al margen de y contra la estructura unitaria de la JSU.[19] Con ello se puso en marcha la campaña tendente a identificar al POUM con el enemigo: si la JSU era el arma más potente de la unidad antifascista, quebrar su unidad solo podía entenderse como una operación a favor de los objetivos fascistas. Así lo publicitó la dirección juvenil en una nota en la que, con la firma de su secretario general, Santiago Carrillo, se afirmaba de manera tajante: «Los que van contra el gobierno hacen el juego a la Junta de Burgos».[20] Pocos días después, la JSU convocó un mitin durante el que se lanzó otra idea del argumentario común, el

desenmascaramiento: «Hay que desenmascarar a los provocadores emboscados que, utilizando el nombre de Lenin, realizan propagandas perjudiciales para las fuerzas del Frente Popular».[21]

La primera medida práctica para la exclusión del POUM de los organismos unitarios antifascistas fue su apartamiento de la Junta de Defensa de Madrid. Las protestas del POUM, achacando la decisión a la intervención soviética, motivaron la inserción en la prensa catalana de una nota de protesta del cónsul Antonov-Ovseenko.[22] Fue el punto de partida de un *crescendo* que culminó entre el 13 y el 17 de diciembre con la precipitación de la crisis del Consejo de Gobierno de la Generalitat, mediante la que los consejeros del PSUC plantearon y consiguieron la salida del representante del POUM, Andrés Nin, de esta institución.

La acentuación del carácter del POUM como sirviente del enemigo fue incrementándose al compás de la escalada de los acontecimientos foráneos. Entre el 23 y el 30 de enero de 1937 tuvo lugar el «Segundo proceso de Moscú», que terminó con la liquidación de Piatakov y Radek. El día 25, *Mundo Obrero* publicó un texto cuyos argumentos se convertirían en reiterativos durante los siguientes meses: «¿A quién sirve el POUM? El trotskismo al servicio de Franco». En él se denunciaban las actividades del POUM —calificación de la JSU como traidora, ataques a la URSS, adulación a la CNT y a las Juventudes Libertarias con el fin de romper el espíritu de unidad antifascista, supuesta connivencia con el enemigo—, para concluir que «de la misma manera que consideramos necesario acabar con la sublevación y derrotar a los ejércitos mercenarios, así consideramos absolutamente preciso exterminar a los aliados del fascismo en nuestra retaguardia, a los llamados trotskistas, a los que dirigen esa partida que se llama POUM».[23] En la página de información internacional, y a toda plana, se ofrecía al lector un amplio artículo titulado «El bandido Trotsky, agente del bandido Hitler», en el que además de verter sobre aquel la insidia del ofrecimiento a Alemania y Japón de territorios de la URSS a cambio de su ayuda para derribar a Stalin, se insertaron sendas caricaturas del Führer y del fundador del Ejército Rojo con los nombres cambiados, a modo de errata absolutamente intencionada.

En aquellos momentos, los comunistas no se encontraban solos. *Claridad*, órgano de los socialistas caballeristas, publicó un primer artículo en plena batalla de Madrid en el que atacó duramente al POUM «por sus críticas a la URSS y al PC, por decoro para con los aliados y para la unidad proletaria».[24] El 26 de enero, *Claridad*, jaleado por el PCE, afirmó: «El POUM actúa como el mejor agente de nuestros enemigos».

> Hay en España un partido —no sabemos decir si son cuatro gatos, como suele decirse, o cuatro letras, como a veces ocurre— que hace descaradamente [el trabajo del enemigo bajo bandera roja]. En sus periódicos resuena un eco de todas las radios fascistas y facciosas. En sus tácticas lleva camino de ganarse la laureada, la esvástica y el fajo de vergajos. Ese partido es el POUM. Las emisoras de Turín y Berlín están perfectamente sintonizadas con *La Batalla* y con la emisora del POUM. Las temerarias afirmaciones de Gorkin, Andrade y demás comparsas son glosadas con fruición por todas las agencias enemigas ... El POUM —dígase trotskista o archirrevolucionario— actúa como el mejor agente de nuestros enemigos y hay que darle tratamiento de enemigo.

El mismo número de *Mundo Obrero* incluía en la portada una viñeta de Bardasano en la que un puño aplastaba a un sapo con la leyenda: «Así hay que aplastarlos ¡¡POUM!!». *La Batalla* se percató del dogal que se cernía sobre el cuello del partido y salió en su defensa pidiendo la constitución de una comisión de encuesta internacional para dilucidar las mentiras que contra ellos vertía la prensa ortodoxa, como la que, trasladando a España el modelo Kirov, pretendía acusarles de complot para asesinar a Azaña, Caballero, Pasionaria y Díaz.[25]

Pero, y esto es significativo de que a los comunistas les estaba costando extender su propaganda antitrotskista más allá de las fronteras más afines, otros artículos de *Mundo Obrero* manifestaron la extrañeza del partido acerca de la nula repercusión en la prensa española del proceso de Moscú.[26] Parecía que nadie, salvo ellos y *Claridad*, hubiese penetrado en la amenaza que suponían las actividades del «centro paralelo trotskista» y sus agentes extranjeros. Por ello, la prensa del partido intensificó la campaña durante los días siguientes bajo el titular «El POUM es una avanzadilla fascista en nuestro campo».[27] La consigna adquirió para los comunistas

rasgos de profecía consumada cuando se abrieron las sesiones del «Tercer proceso de Moscú», celebrado entre el 2 y el 13 de marzo de 1937, que culminó con la condena y ejecución de Bujarin, Rykov y Yagoda.

Hubo nuevas consecuencias de la insistente campaña comunista el 8 de febrero. La Consejería de Orden Público de la Junta Delegada de Defensa de Madrid se incautó de la emisora y del periódico del POUM. Asimismo se clausuró la imprenta donde se tiraba el periódico del POUM para las milicias, *El Combatiente Rojo*.[28] Fue el prólogo de lo que ocurriría el 27 de mayo con el órgano central del POUM, *La Batalla*.[29] Las incautaciones y suspensiones chocaron con la oposición del anarcosindicalismo madrileño, enfrentado a cara de perro con los comunistas locales. El diario *CNT* de la capital publicó una nota el 8 de febrero en la que se indicaba: «En todos los frentes hay milicianos del POUM. En la retaguardia se grita: Aplastemos al POUM. ¿Qué opina de esto el señor Ministro de la Guerra?». *Mundo Obrero* ironizó sobre las posiciones anarquistas: «Se defiende con gran ardor al POUM. Y se llama señor al camarada Largo Caballero».[30]

El PCE no podía permitirse en ese momento rivalizar al mismo tiempo con la CNT y el POUM. La central anarcosindicalista era demasiado fuerte, así que hacía falta apartar a los anarquistas del punto de mira, y la campaña giró casi exclusivamente hacia ellos como destinatarios. El 12 de febrero, *Mundo Obrero* comenzó una serie de artículos en los que glosaba supuestos ataques contra la CNT por parte de los trotskistas: «Por este camino nos vamos a encontrar con una acracia llena de campos de concentración». «La CNT ha servido de punto de apoyo a la obra contrarrevolucionaria de socialistas y estalinianos.» «Hoy mismo la CNT se apropia la consigna de defensa de la Patria. Se deja arrastrar a una política de capitulación, de concesiones a la burguesía y saboteo general a la revolución.»

Lo curioso del caso es que las frases en cuestión no podían imputarse al POUM, sino que se habían tomado del *Boletín* de un grupúsculo ultraminoritario, el denominado Grupo bolchevique-leninista de España (IV Internacional).[31] Se trataba del grupo fundado por Grandizo Munis, antiguo militante de la ICE. Partidario de las tesis de Trotsky, fundó la Sección Bolchevique-Leninista de España, que publicó el periódico *La Voz Leninista*. La sección solicitó el ingreso en el POUM como fracción, pero

fue rechazada, afiliándose entonces sus miembros de forma individual. No les valió. El 5 de abril de 1937 la mayoría de ellos fueron expulsados. Los contenidos de su propaganda dieron mucho juego, pues en los días y semanas siguientes permitieron a *Mundo Obrero* seguir poniendo en guardia a todos los sectores políticos contra las diatribas de esta secta cuyos asertos se transfirieron arbitrariamente al POUM.[32] El objetivo era extender la idea de que, como afirmó Domingo Girón en la Conferencia Provincial del PC, celebrada el 14 de abril, la lucha contra el trotskismo no era un asunto particular del PC, sino que afectaba por igual a todas las fuerzas del Frente Popular.[33]

Todos los esfuerzos del POUM se dirigían, como señaló el encargado de negocios ruso, Marchenko, en una carta a Litvinov el 22 de febrero, a conseguir el apoyo de sectores del anarquismo descontentos con la línea de la organización confederal, o a aproximarse a los caballeristas, en rumbo acelerado de colisión con el PCE. En cualquier caso, en la primavera de 1937 el POUM debía ser consciente de que, falto de un peso específico con el que oponerse al rodillo comunista, estaba luchando por su supervivencia y esta dependería del sustento que pudieran proporcionarle otras fuerzas.[34] Es probable, como señala Viñas, que sin los hechos de mayo la pugna contra el POUM quizás hubiera seguido dilucidándose por vías esencialmente políticas o de contención legal.[35] Sin embargo, su abanderamiento del movimiento insurreccional de Barcelona, sus proclamas contra el gobierno y el Frente Popular y sus ataques contra la Unión Soviética contribuyeron a convertirle en un adversario «objetivo».

El POUM en su laberinto

Los acontecimientos que tuvieron lugar en Barcelona entre los días 3 y 6 de mayo de 1937 han marcado un hito en la historiografía sobre la guerra civil. Para unos, supuso el fin de la fase revolucionaria y romántica de la guerra, y la confirmación del ascenso definitivo a posiciones hegemónicas del comunismo español teledirigido desde Moscú. Sus consecuencias habrían sido la caída del viejo líder sindical Largo Caballero y su

sustitución por un títere de Stalin, Negrín, y la liquidación del proceso espontáneo y utópico definido por la floración de poderes locales autónomos, milicias populares y experiencias económicas colectivistas, en beneficio de una centralización burocratizadora que solo beneficiaba a los comunistas. Para otros, mayo del 37 supuso la recuperación del control estatal sobre las fronteras, el restablecimiento del orden público y la imposición de una disciplina económica y militar. Una vez superada la fragmentación política, jurídica y económica del periodo anterior, la República podía dedicarse, en serio y con todas sus energías, a la tarea vital de hacer la guerra.

No voy a extenderme en la descripción y el análisis de los enfrentamientos que ensangrentaron las calles de la capital catalana, pues me atengo en ello a los trabajos de Viñas y Gallego.[36] El papel desempeñado en ellos por el POUM resultó magnificado tanto por los esfuerzos de la propia organización por subirse a un carro que otros habían contribuido a desbocar, como por sus enemigos comunistas ortodoxos, que dieron un relieve desmesurado a la presencia de poumistas entre las filas de los insurrectos de Barcelona para alcanzar su objetivo de barrer definitivamente a este partido de la escena política. Los órganos comunistas enfilaron sus baterías de inmediato contra la pequeña formación a la que acusaban de trotskista, exigiendo su pronta liquidación. *Mundo Obrero* no dudó en emplear los epítetos más duros:

> A sueldo de Franco. El POUM, incitador a la rebelión, enemigo del pueblo ... El POUM, aliado a lo más turbio de una organización sindical que ha debido depurarse, ha planeado la rebelión, ha incitado a la rebelión y ha consumado la rebelión ... Es hora de exterminar al POUM ... y a todos los hombres y grupos que desde otras organizaciones le hacen el juego y secundan sus actividades, inspiradas por Franco, Hitler y Mussolini ... El POUM debe ser disuelto, y sus hombres, eliminados de la vida pública.[37]

La explicación que el POUM daba sobre su actitud no le situaba en el origen del levantamiento. Según su versión, el partido siempre había sostenido que la clase obrera podía tomar el poder sin necesidad de recurrir a la insurrección armada. En un ejercicio de voluntarismo revolucionario, los dirigentes del POUM pensaban que «bastaba que [el proletariado]

pusiera en juego su enorme influencia para que la relación de fuerzas se decidiera en su favor y se llegara a la formación de un gobierno obrero y campesino, sin violencias de ningún género». No seguir esta línea por parte de quien debería haberlo hecho —la CNT— motivó que la irritación acumulada por la clase obrera estallara «en un movimiento espontáneo, caótico y sin perspectivas inmediatas». Ante ese escenario sin salida, ¿qué hacer? El POUM lo tuvo claro:

> Ya los obreros en la calle, el partido tenía que adoptar una actitud. ¿Cuál? ¿Inhibirse del movimiento, condenarlo o solidarizarse con él? Nuestra opción no era difícil. Ni la primera ni la segunda actitud cuadraban con nuestra cualidad de partido obrero y revolucionario y, sin vacilar un momento, optamos por la tercera: prestar nuestra solidaridad activa al movimiento, aun sabiendo de antemano que no podía triunfar.[38]

Para un partido cuyos responsables y propagandistas se jactaban de su superioridad teórica, política y estratégica sobre otras corrientes marxistas, hay que reconocer que, como pieza de análisis de la situación concreta, el texto citado dejaba bastante que desear. La desorientación convertida en táctica alcanzó, sin duda, cotas de difícil parangón durante la jornada del 4 de mayo, cuando por la tarde se reunieron los líderes de los «amigos de Durruti» —el grupo anarquista encabezado por Jaime Balius que había liderado la contestación contra la línea gubernamentalista de la CNT— con los del POUM. Habiendo llegado a la conclusión de que el movimiento insurreccional estaba condenado al fracaso, la resolución adoptada consistió en una fuga hacia delante, en la que menudearon, en confusa mezcolanza, las propuestas de fusilamiento de los «culpables», el desarme de las fuerzas de seguridad, la socialización de la economía, y la disolución de los partidos «que hayan agredido a la clase trabajadora».

La asunción de la responsabilidad por lo sucedido y la retracción del anarcosindicalismo dejó al POUM en el centro del foco y precipitó su persecución jurídica y la de sus líderes, extendiendo el consenso por la penalización a otras fuerzas que ya no eran solo los comunistas. El 15 de junio la organización fue puesta fuera de la ley, cerrada su prensa y detenidos sus dirigentes. El POUM clandestino no cejó en contraatacar difundiendo hojas en castellano y catalán. Sabedor de que iban a acusarlo

de haber debilitado la situación en la retaguardia mientras se hundía el frente Norte, el Comité ejecutivo del POUM divulgó que el gobierno —el de Negrín— era el responsable de la caída de Bilbao, literalmente «regalada» a los fascistas «con la complicidad de las mal llamadas "potencias amigas", para impresionar a la clase trabajadora y crear un ambiente de armisticio». Lógicamente, no había faltado la aquiescencia de la URSS que, disponiendo de «miles y miles de aviones y tanques, que podría aplastar a Franco como se aplasta una mosca, no le interesa actualmente la salvación de Bilbao [sino] el aplastamiento del POUM y de las demás fracciones revolucionarias del proletariado». Ante ello —y sin apercibirse de que su posición estaba absolutamente superada y en grave riesgo— fantaseaba con «un gobierno fuerte, pero un gobierno revolucionario de la clase trabajadora. Un gobierno CNT- UGT, responsable ante las asambleas de los Sindicatos, como paso progresivo hacia el Gobierno Obrero y Campesino».[39]

Los agentes soviéticos no iban a permitir que el episodio se cerrase sin imprimir una dramática vuelta de tuerca, ni que se les escapase una presa sustanciosa, el imputado como responsable de una fracción local del enemigo global del Estado soviético, actuante en una «zona caliente» del teatro europeo y en un momento en que en Moscú se pasaba por las armas a la plana mayor del Ejército Rojo.

Se debe también a Viñas, basándose en las investigaciones de Maria Dolors Genovès (quien tuvo la excepcional oportunidad de ver algunos de los documentos esenciales de la KGB), la reconstrucción del secuestro y muerte de Andrés Nin.[40] El manejo de los hilos conduce directamente a Orlov, quien puso la primera piedra de su operación en un informe que envió a Moscú el 7 de mayo, al afirmar que Nin habría urgido una «insurrección armada apelando a los trabajadores pobres de Cataluña y a los marxistas» para «unirse a las tropas de Franco en el frente de Aragón».

Semejante montaje solo podía tener como objetivo aislar la figura del veterano dirigente comunista heterodoxo para actuar contra él. De la naturaleza de ese pacto *contra natura* entre Nin y el francofalangismo —el representante nativo del escisionismo y la sucursal indígena de Hitler— debían emerger las pruebas que lo condenaran, demostrando universalmente

la esencia perversa del trotskismo. De ello se encargarían los agentes de la NKVD, entre ellos el propio Orlov y viejos conocidos como « Grig». Este último entró en contacto con el jefe del servicio de contraespionaje en la Ciudad Condal, un tal Victorio Sala, que actuaba bajo el seudónimo de «J». En uno de los telegramas de la colección «Venona» (mensajes de la KGB cruzados entre Moscú, Nueva York y México, interceptados por los norteamericanos en los años cuarenta y cincuenta), Sala aparecía citado como encargado de seguir la pista a los trotskistas que operaban en el país azteca. Había acreditado méritos para ello en Barcelona, donde «J» había logrado con gran éxito introducir una red de informadores en las filas del POUM. Se trataba de una operación tan secreta que rendía cuentas directamente al propio Orlov.[41] Sala aseguró disponer de gente que seguía día y noche los movimientos de los cabecillas del levantamiento barcelonés, sugiriendo que para acceder a ellos había que hacerse pasar por anarquistas.

El grupo de « Grig» centró su atención tanto en algunos anarquistas españoles como en los extranjeros y probablemente fueron responsables de un número indeterminado de «desapariciones». Pero ello no quiere decir que ni los hombres de Victorio Sala ni los del lituano tuvieran que ver con ninguna provocación para desencadenar los hechos de mayo. Lo que sí hicieron, en medio de la confusión, fue liquidar a muchos de los que la NKVD suponía enemigos. Como señala Viñas, en este sucio trabajo contaron con la ayuda de militantes comunistas pertenecientes a los órganos de seguridad locales, que se veían como la vanguardia protectora de la República.

De Nin se encargó el propio Orlov, quien ideó la trama para secuestrarlo —fue detenido el 16 de junio y trasladado irregularmente a Alcalá de Henares entre el 18 y el 21—, fabricar las pruebas para vincularlo a una red de espionaje franquista recién descubierta en Madrid, interrogarlo bajo tortura y hacerlo desaparecer bajo la burda cobertura de su supuesto rescate por agentes de la Gestapo disfrazados de interbrigadistas alemanes. Es difícil establecer el grado de conocimiento que poseyeron los dirigentes comunistas españoles sobre lo ejecutado con Nin. Jesús Hernández, en sus memorias redactadas catorce años después (y ya expulsado del partido), relató el suplicio de Nin y cómo informó de ello a Díaz, a quien atribuyó

una reacción de indignación. Sin embargo, nada de ello se trasluce en las referencias coetáneas a los hechos. Los ministros comunistas aguantaron estoicamente el tipo en las reuniones del gabinete en las que se acusó a su partido de la desaparición de Nin y solo elevaron sus protestas cuando las acusaciones apuntaron, por elevación, a la URSS. También es cierto que, en opinión de algunos responsables de la Comintern, no estaban haciendo todo lo posible para devolver el golpe y explotar los hechos de mayo en pos de la erradicación de los últimos vestigios de trotskismo. En un informe fechado el 17 de julio, una tal Kitaiets reconocía que «la lucha contra este enemigo se hace de manera incompetente e insuficiente».[42] El informante detectó una escasa convicción en la lucha del PCE contra el POUM, como si su papel ya estuviese cumplido con el despliegue de una campaña de prensa que se atenía a un guión fijo, sin que las cambiantes circunstancias le motivaran a modificar e intensificar la argumentación. «Se insiste en no utilizar (con los pretextos más fantásticos e independientemente de cualquier presión) documentos y materiales que demuestran la actividad traidora de los trotskistas en España.»

Hasta los disciplinados dirigentes españoles debían haberse dado cuenta de que las «pruebas» fabricadas por Orlov (los mapas con tinta simpática, la firma «N», los carnets de Falange y los falsos agentes de la Gestapo) eran un insulto a la inteligencia. Así se lo habían parecido también a Negrín cuando Orlov se los presentó en persona, dando lugar a un incidente que Marchenko resolvió inmediatamente presentando disculpas al jefe de gobierno y relevando a Orlov.[43] Era difícil hacer tragar ciertas cosas incluso a las disciplinadas bases comunistas. Wilebaldo Solano, uno de los impulsores de la investigación de Genovés y secretario en 1937 de las juventudes del POUM ha señalado que Gerö se quejó de que era difícil mantener la campaña contra su partido ya que «los del POUM y los anarquistas son considerados como camaradas por los militantes del PSUC porque lucharon duramente contra la sublevación militar-fascista», o que a él mismo, ya en la clandestinidad, militantes del PSUC le recomendaron que en sus desplazamientos por Barcelona para asegurar la distribución ilegal de su prensa no cogiera el metro, sino taxis.[44]

Existía, por último, entre los dirigentes comunistas una cierta conciencia de que el asunto concernía a un ámbito que escapaba a su capacidad de control. En conversación con Vidarte, Uribe rechazó que los comunistas españoles tuvieran nada que ver con la desaparición de Nin. «Si como tú dices —apuntó— ha sido Orlov, de la policía especial de Stalin, ni nosotros, ni Togliatti ni Codovilla podemos hacer absolutamente nada.»[45] De ahí que, como lamentaba Kitaiets en su informe, «la dirección del partido no se interesa ni en las consecuencias ni en los registros materiales, como si eso fuese cosa de los “amigos”».[46]

El de Nin no fue el único caso de muerte violenta en aquellos trágicos días. Aunque el más escandaloso, por las circunstancias que lo rodearon y lo emblemático de la víctima, la resaca de los hechos de mayo dejó un reguero de ajustes de cuentas entre organizaciones durante las semanas —y hasta meses— posteriores. El recién nombrado consejero de la Generalitat, el ugetista y miembro del PSUC Antonio Sesé, fue asesinado el 5 de mayo por disparos, presuntamente de anarquistas, cuando se dirigía a tomar posesión en el gobierno de la Generalitat. Los anarquistas italianos, Camilo Berneri y Francesco Barbieri,[47] Alfredo Martínez, miembro del comité regional de las Juventudes Libertarias, y meses más tarde el austríaco Kurt Landau, simpatizante del POUM, fueron asesinados por elementos comunistas. El capitán polaco de las Brigadas Internacionales Leon Narwicz, que se había ganado la confianza de los dirigentes del POUM antes de las jornadas de mayo presentándose como simpatizante de la oposición rusa, levantó sospechas tras las masivas detenciones posteriores al 16 de junio. Andrade le identificó en una foto de prensa, en la que aparecía junto a Líster y otros destacados mandos comunistas. En febrero de 1938 Narwicz intentó entrar en contacto de nuevo con la organización clandestina del POUM, sin saber que ya se conocía su carácter de agente del NKVD. Le dieron una cita en un descampado de la calle Legalidad, en Barcelona, y el 10 de febrero de 1938, un grupo de acción del POUM le disparó tres tiros en la cabeza. Gorkin consideró que, de alguna forma, Nin había sido vengado.[48]

En los frentes se produjeron algunos choques entre unidades del POUM y del PSUC. En la zona de Velillas (Huesca), una columna del POUM se disputó a tiros el Parque Móvil y los depósitos de Intendencia con el Batallón Rojo de Choque de la 27 División del PSUC, comandado por José del Barrio. Este reconoció que en su unidad existía una «Compañía de Trabajadores» a modo de batallón de castigo, a la que eran incorporados todos los sospechosos de ser «mala gente». A ella fueron destinados como soldados rasos antiguos jefes de milicias del POUM, como Piquer, uno de los mandos de la columna que, con Jordi Arquer, había operado desde el principio de la guerra en el frente oscense.[49] Según informó el comisario del sector norte de Huesca, el día 5 hombres de las divisiones Ascaso y Lenin (la 28 y la 29 según la nueva ordenación del frente) intentaron marchar a Barcelona siendo contenidos en Lérida y reintegrándose a sus bases el 6 por la tarde. En el ínterin, a su paso por Barbastro fusilaron a ocho presos de la cárcel. Fuerzas de la CNT-FAI ocuparon el puesto fronterizo de Benasque y el cuartel general de la zona del frente, desarmando a los carabineros que lo custodiaban, apoderándose de tres ametralladoras antiaéreas y de una importante dotación de granadas de mano.[50] El día 5, en la localidad de Oliete (Teruel) fueron pasados por las armas cinco vecinos: dos comunistas, un ugetista, un afiliado a Izquierda Republicana y un simpatizante de las derechas. Dos días más tarde, en el pueblo de El Grado (Huesca) aparecieron asesinados tres militantes de UGT. En todos los casos, los procesos instruidos imputaron los hechos a integrantes de la CNT.[51]

Daños colaterales

La resolución de los hechos de mayo comportó, debido al reflujo de la influencia anarquista, un ajuste de cuentas generalizado allí donde hasta entonces los libertarios habían ejercido una indiscutible hegemonía con el apoyo de columnas y patrullas foráneas. En las comarcas catalanas, el miedo que antes habían suscitado colectivizadores y patrulleros se tornó en venganza cuando los habitantes percibieron el declive del poderío

anarquista. Al tiempo que en sus octavillas los comités regionales de Cataluña de CNT, FAI y Juventudes Libertarias afirmaban que «contra la voluntad popular se ha formado un gobierno faccioso» y clamaban «contra el fascismo de aquí y de allá»,[52] sus órganos de prensa denunciaron durante aquellos días la oleada de actos violentos de los que resultaban víctimas sus militantes.

Entre el 12 y el 18 de mayo, *Solidaridad Obrera* publicó todos los días referencias como el abandono en el término municipal de Cerdanyola-Ripollet, por parte de una misteriosa ambulancia, de los cadáveres de doce militantes de las Juventudes Libertarias (12/5); la desaparición de cinco anarquistas en distintas misiones, en Bujaraloz y Alcañiz (13/5); los «fusilamientos y simulacros de fusilamientos, secuestros, tortura, desaparición misteriosa de trabajadores militantes» en Tortosa (cuatro «paseados» durante un supuesto traslado a la cárcel de la capital) y Tarragona, donde se perseguía «como fieras a los militantes de la CNT y de la FAI [había habido 13 muertos de la CNT en los combates del 5 al 6 de mayo] y se mantienen centenares de presos» (14/5). En Bisaura de Ter una manifestación de mujeres atacó el local de CNT, que resultó destrozado. En Montesquiu también se asaltó el local; en los días 5 y 6 se habían dado en esta población duros combates entre miembros de la CNT llegados de la comarca y afiliados a ERC, PSUC, UR y Estat Català, auxiliados en última instancia por fuerzas de orden público que resolvieron la situación. Hubo sesenta detenidos que se despacharon a Ripoll, donde fue preciso ponerlos en libertad, pues la CNT había apresado a otros tantos miembros de UGT, ERC y PSUC prometiendo darles el mismo trato que recibieran sus compañeros.[53] Hubo enfrentamientos en Cardona, donde fuerzas de la CNT apoyadas por patrulleros de Manresa atacaron las sedes de Esquerra y sus Juventudes, de Estat Català, la Unió de Rabassaires y el Sindicato Agrícola Cooperativo, donde causaron un muerto al volar la puerta con una granada de mano.[54]

En buena parte de las poblaciones de las tierras del Ebro, Tortosa y provincia de Barcelona se produjeron incidentes que fueron desde la profusión de amenazas (en San Carlos de la Rápita los milicianos de la antigua Columna Medrano de la FAI dijeron que iban a Amposta y que

«cuando volvieran acabarían con los contrarrevolucionarios» del pueblo), hasta los combates con fusilería y cartuchos de dinamita (en Esparreguera, La Garriga), pasando por el corte de las carreteras con barricadas (Ulldecona, en el punto de la vía que marca la divisoria entre Tarragona y Castellón, con vistas a impedir el avance de fuerzas gubernamentales hacia Barcelona) y la vigilancia a cara de perro entre organizaciones rivales (Gandesa). En La Farga de Llosas se pidió el fusilamiento de los afiliados a la Confederación (18/5). Como medida defensiva, los libertarios procedieron a desarmar a los elementos de UGT y PSUC en algunos pueblos, como Vic (16/5) y Manlleu (18/5). En todas estas localidades la situación había sido la inversa durante los días comprendidos entre el 4 y el 6 de mayo. Allí donde consiguieron su objetivo de desplazar o reducir a la impotencia a los anarquistas locales, sus adversarios se preocuparon mucho de dejar claro que un tiempo había terminado:

> Se desplazaron a los pueblos de la comarca, donde continuaron sus saqueos y desmanes, sobre todo en cuantas colectividades campesinas posee la CNT. Incluso en uno de los pueblos por que atravesaron, en Tivenys, publicaron un bando según el cual cuantas propiedades habían sido requisadas habían de ser devueltas, a partir de aquel momento, a sus antiguos dueños.

Como gesto cargado de significado simbólico, se arrancó la placa dedicada a Durruti. En tierras de Aragón, sin llegar al choque directo, el presidente del Consejo estimó como una provocación el envío por la Dirección General de Seguridad del Gobierno de Valencia de fuerzas de orden público a las localidades de Monroy, Torres de Arcas y Peñarroya el 12 de mayo. Dichas fuerzas se retiraron después de dos días y de las gestiones personales del delegado general de Orden Público de Aragón. Fue un apaciguamiento pasajero. El 6 de julio la Delegación del Gobierno dio una nota oficiosa en la que salió al paso de los rumores sobre lo ocurrido en distintos pueblos de la comarca de Cinca (Zaldín del Cinca, Oso, Belber y Albalate del Cinca), donde un destacamento de la Guardia Nacional Republicana mandado por el jefe de seguridad de Lérida ocupó las citadas poblaciones y detuvo a catorce ciudadanos ligados a los consejos

municipales y a la federación de colectividades. El asunto se resolvió de nuevo de forma negociada, pero anunciaba ya la intervención definitiva para la supresión del Consejo de Aragón.[55]

La laxitud en la persecución del trotskismo de la que, según los informantes a la Comintern, adolecieron los comunistas españoles frustró la posibilidad de convertir el juicio a la cúpula del POUM en un proceso ejemplarizante. A ello contribuyeron también la movilización de organizaciones independientes —ligadas a la Segunda Internacional, al Buró de Londres o a la Liga de los Derechos del Hombre— que destacaron delegaciones de diputados para interesarse por la suerte de los justiciables.[56] A finales de junio distintas personalidades se dirigieron al embajador en París para interesarse por los detenidos. La inquietud por lo ocurrido con Nin llevó a considerar también como un asesinato la muerte del militante trotskista británico Bob Smillie, fallecido de apendicitis en Barcelona. Durante los siguientes días, distintos sindicatos franceses, la Federación Socialista del Sena, personalidades de la cultura, periódicos suizos y la Liga de Trabajadores Revolucionarios de los Estados Unidos dirigieron peticiones, cartas e informes interesándose por camaradas detenidos en España o solicitando el cese de la persecución contra el POUM.[57]

Fenner Brockway, secretario del Buró Internacional, se entrevistó el 5 de julio con Giral, quien le confirmó que los cargos contra el POUM serían, básicamente, la incitación al levantamiento de Barcelona y el llamamiento a los trabajadores para que no depusieran las armas. No había ninguna intención de imputar al POUM la acusación de integrar una organización fascista o la inteligencia con el enemigo. El 6 de julio Brockway recabó telefónicamente de Zugazagoitia, mediante un abogado defensor puesto a disposición de los presos poumistas, garantías sobre la publicidad del proceso y seguridades sobre la integridad de los detenidos. El ministro de Gobernación no le comunicó, sin embargo, su impresión de que «procede fusilar a varios encartados». Esto se lo reservó para una consulta a Negrín, en la que mostró su indecisión motivada por la continuación sin noticias de la desaparición de Nin.[58] Puede que con ello, y con la voluntad de no ahondar en más problemas que debilitaran la posición del gobierno, quedara

a salvo la vida del resto de integrantes de la cúpula del POUM. Brockway se entrevistó asimismo con Mariano Vázquez, secretario de la CNT. De este encuentro se deduce la enorme confusión a la que las divergencias entre distintas corrientes disidentes del comunismo podían arrastrar a un observador externo: Vázquez, que había prometido a Brockway el apoyo confederal en la lucha contra la criminalización del POUM, mostró a este, indignado, «una hoja instando a la huelga general de las industrias no de guerra y proclamando la solidaridad de la CNT con el POUM». Vázquez creía que la hoja debía haber sido publicada «con fines provocativos por los comunistas», y advirtió que las manifestaciones de solidaridad de la CNT con el POUM no se darían antes de que se hubieran pronunciado los tribunales. Brockway le pidió la hoja y comprobó que iba firmada por «los bolcheviques leninistas (IV Internacional)». Su indignación fue similar a la de Marianet. «Yo no discuto el derecho de los B-Ls a publicar lo que quieran —afirmó—; lo que me indigna es la estupidez que compromete a unos extranjeros, por culpa de unos niños deficientes mentales.» Brockway tuvo que explicar a Vázquez la diferencia entre los B-Ls (bolchevique-leninistas) y el POUM, «y parece que se aplacó algo». De lo que no cabía duda es de que con esos argumentos, y por encima de las sutiles matizaciones sobre capillas para o filotrotskistas, el PCE podía emplear aquellos panfletos contra el POUM y, de paso, contra la CNT.[59]

El 22 de julio se anunció la creación del Tribunal Especial de Espionaje y Alta Traición, destinado a juzgar a los miembros del POUM encarcelados. Desde ese instante la maquinaria de *agitprop* de la Comintern creyó conveniente alimentar el argumentario antitrotskista con la publicación de materiales que reforzasen las conocidas imputaciones. El caso más conocido es el del libelo titulado *Espionaje en España*, firmado por un supuesto experto internacional, de nombre Max Rieger, y con prefacio de José Bergamín. Fue publicado en Barcelona por Ediciones Unidad, del PCE, en 1938.[60] Su autoría sigue siendo objeto de polémica, entre quienes atribuyen el texto a Wenceslao Roces —subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública con Jesús Hernández— y quienes lo endosan al periodista francés George Soria. Este último sí firmó con su nombre otro opúsculo en la misma línea, *El trotskismo al servicio de*

Franco. Un testimonio documentado de la traición del POUM en España. La evidencia de que era un artefacto elaborado *ad hoc* para el proceso y, por lo tanto, de dudoso valor, no se les escapó ni a los propios comunistas españoles. Togliatti no dejó de hacer una irónica referencia a ello en sus notas privadas, con fecha de 13 de abril: «Libro del proceso. ¡Tenemos muchos de estos!».[61]

En cualquier caso, ni uno ni otro libelo consiguieron su propósito. El Tribunal Especial falló el día 29 de octubre de 1938 que «de lo actuado no se desprende como probado que los acusados facilitaran a los elementos facciosos noticias de ninguna clase referentes a la situación de los frentes de batalla u organización de la retaguardia», ni que hubieran mantenido contacto con potencias extranjeras ni organismos policiacos o militares. Dejando fuera de duda su marcada significación antifascista, y su contribución inicial a la lucha contra la sublevación militar, la actuación por la que eran condenados era la que les había conducido a levantarse en armas con el «propósito de superar la República democrática e instaurar sus propias concepciones sociales».[62]

Contra lo que posteriormente ha publicitado toda una corriente de propaganda anticomunista y antinegrinista, el juicio contra el POUM no fue una reproducción de los procesos de Moscú.[63] La vista duró once días, del 11 al 22 de 1938. El acta de acusación responsabilizó al Comité Ejecutivo del POUM —Gorkin, Andrade, Arquer y Bonet— de alinearse con la reacción nacional e internacional, eximiendo a las bases, a las que se consideraba compuestas de revolucionarios honestos; de mantener una línea derrotista y divisoria, al negar el carácter nacional de la guerra, calificarla de lucha de clases y denunciar la injerencia soviética; de implicación en robo y evasión de capitales; y de fomentar el abandono del frente de la 29 División durante los hechos de mayo. El fiscal pidió treinta años de cárcel para Gorkin, Andrade, Arquer y Bonet, quince para Rebull y la absolución para Escuder. La defensa pidió la absolución. La sentencia se publicó el 2 de noviembre, se aceptó la acusación de rebelión, pero no la de espionaje y traición. Gorkin, Andrade y Bonet fueron condenados a quince años, Arquer a once y resultaron absueltos Rebull y Escuder. Se confirmó la disolución definitiva del POUM y de la Juventud Comunista Ibérica.[64]

A ello contribuyeron, sin duda, las garantías procesales republicanas, pero también —como lamentaron algunos informantes soviéticos— la falta de movilización del PCE. Dekanozov, responsable de la GPU, reportó a Moskvin a mediados de diciembre que Stepanov había tenido una actitud «absolutamente pasiva en relación con una cuestión política tan importante como era la preparación del aparato del partido para el proceso del POUM que se ha celebrado, si bien disponía de todo lo necesario. Como consecuencia del hecho de que el aparato del partido no fue movilizado a tiempo, el efecto del proceso ha sido significativamente inferior».[65]

La actividad del POUM después de su disolución legal continuó, aunque lógicamente atenuada, según denunciaron distintos informes. El 8 de diciembre, Togliatti reflejó en sus diarios tras una visita al frente del Este que, ante una actividad de propaganda casi nula por parte del PCE, en el XXI Cuerpo de Ejército preponderaban los anarquistas y «el POUM trabaja mucho», lo que se traducía en la difusión de hojas de este partido entre las tropas. Unos días antes, el 3 de diciembre, Mije informó que en medio de la desorganización de la retaguardia, «quien se mueve mucho es el POUM». Tanto que se había detectado trabajo en el seno del ejército y la creación de células en uno de los *sancta sanctorum* comunistas, las unidades de guerrilleros. Como no podían exponer abiertamente su militancia, concluía Mije, se orientaban a ingresar en el PSOE, que les defendía.[66]

El resentimiento contra Negrín llevó a algunos poumistas a postular el asesinato del presidente del Consejo, junto o separadamente con el ministro de Gobernación. Incluso, como señaló Viñas citando a Heiberg y Ros Agudo, se estableció contacto el 5 de agosto a través de la quinta columna con el jefe de la inteligencia militar franquista, el coronel José Ungría. El Servicio de Información y Policía Militar (SIPM) debería facilitarles medios para huir a Francia y posteriormente a América. Las armas necesarias podían obtenerlas de una unidad del Ejército Popular en la que el POUM todavía tenía influencia. Los franquistas se apresuraron a aceptar la propuesta, comprometiéndose a suministrar a los ejecutores pasaportes y cien dólares a cada uno de los participantes en el atentado, con una condición: los objetivos debían ser Negrín y Álvarez del Vayo.[67] El episodio, evidentemente irresuelto, conduce sin embargo a una conclusión

paradójica en la cual, a la postre y por vía de venganza, los partidarios de la tesis de la inteligencia «trotskista» con la quinta columna podían ver confirmadas sus sospechas.

Como de tantos otros aspectos de la guerra de España, Stalin extrajo una enseñanza en lo relativo al combate contra el trotskismo. En marzo de 1939, cuando el conflicto español llegaba a su fin, mantuvo una reunión con Beria y Sudoplatov, alto responsable de la NKVD. En ella se decidió la suerte final de Trotsky, que residía en México desde enero de 1937, acogido por el gobierno del general Lázaro Cárdenas. Debía ser eliminado antes de que acabara el año y de que la guerra estallase irremediablemente. «Como prueba la experiencia de España —dijo—, sin la eliminación de Trotsky no podemos confiar en nuestros aliados de la Internacional Comunista, si los imperialistas atacan a la URSS.» No se podía garantizar el despliegue de un esfuerzo consistente de resistencia si a la vez que al agresor había que «hacer frente a la traicionera infiltración de los trotskistas en [nuestras] filas».[68]

No solo Stalin sacó sus conclusiones. También lo hizo la cúpula dirigente de la CNT y, contra lo que se sostendría después, ni erró en la identificación de los orígenes de la crisis —aunque se circunscribiera a un solo partido— ni evitó la autocrítica:

> [En] la crisis de mayo los comunistas deseaban echar a Largo Caballero y a nosotros del gobierno, y aprovecharon los hechos ocurridos en Barcelona en aquellos días. Nosotros no podemos ser llevados a donde los demás quieran ... La organización catalana fue llevada a un hecho del cual no tenía conocimiento la organización.[69]

Nada que ver con las versiones memorialísticas de posguerra o las reelaboraciones efectuadas por simpatizantes faístas, como Peirats, que obviaron en la medida de lo posible aquellos documentos que no cohonestaban su propia interpretación.

III Parte

10

Las dimensiones del PCE: los números

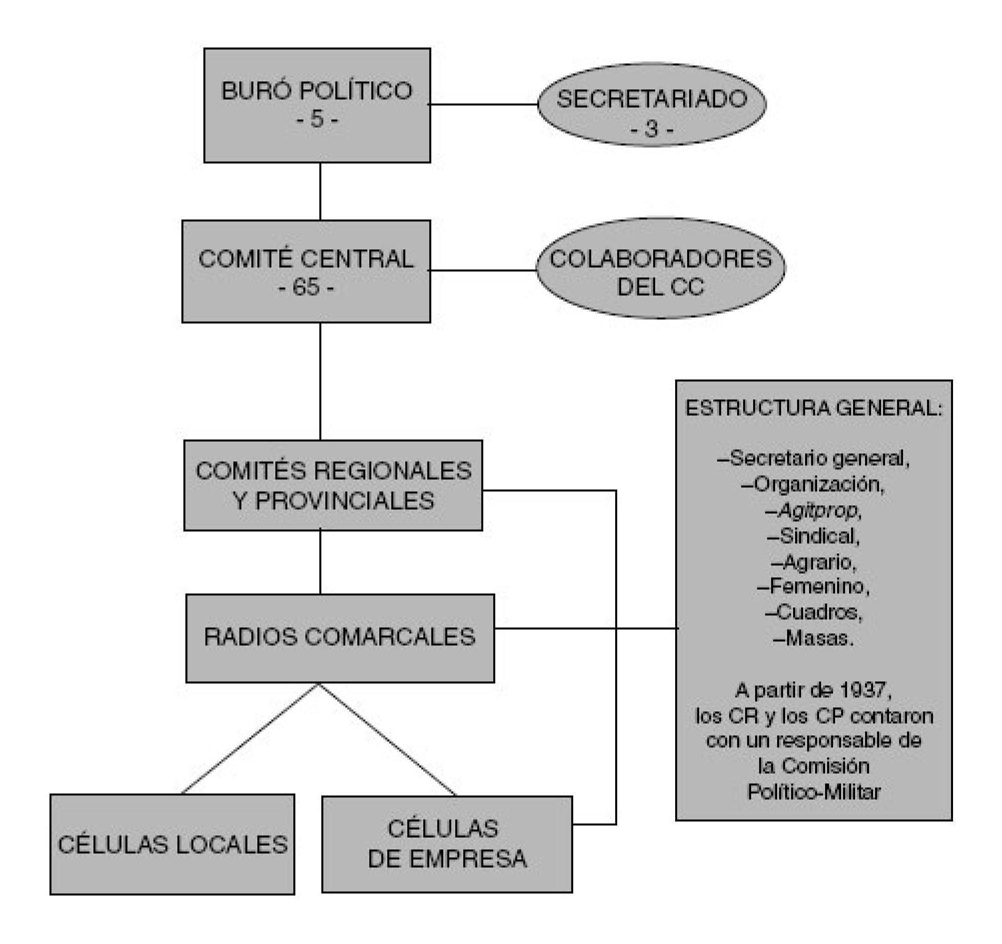
HA LLEGADO EL MOMENTO de detenerse para contemplar la maquinaria del PCE en su momento de mayor esplendor, el marcado por el intervalo entre los plenos de su Comité Central de marzo y noviembre de 1937. La cuantificación de la militancia es uno de los indicadores al que tanto partidarios como adversarios han recurrido para enfatizar el encumbramiento de la organización comunista durante la guerra civil. Los partidos comunistas, que vieron la luz y se desarrollaron durante la era que rindió culto a los ensayos de planificación y a la evaluación cuantitativa de los fenómenos sociales, cultivaron el afán por la estadística, los balances y las demostraciones gráficas de la propia fuerza numérica con un doble objetivo: en el plano interno, la evolución de la militancia constituía un indicador demostrativo del éxito de la recepción de su política entre las masas; de cara al exterior, y casi siempre con una cierta dosis de largueza en la valoración de los datos, mostraba en qué medida engrosaban las filas del ejército del proletariado en la marcha hacia la revolución. De ahí que la Secretaría de Organización, la sección del aparato encargada de promover la expansión del partido, la ampliación de su militancia y el encuadramiento efectivo de sus miembros adquiriese un lugar preponderante en el organigrama comunista.[1]

Controlar los flujos de afiliación, «acoplar» —como se decía en el argot organizativo— a los nuevos militantes, dotar a los comités territoriales de direcciones sólidas y operativas eran tareas cuya ejecución debía enfrentar numerosas dificultades. Conviene comenzar señalando algo

que fue una constante en la historia de la militancia comunista: nunca se supo gestionar eficazmente la marea de afiliados que arribaron al partido en los momentos pletóricos, ni tampoco se pudo contener su hemorragia y el desmoronamiento de las estructuras organizativas llegados los tiempos difíciles.

La organización comunista

Para entender la estructura organizativa del PCE es necesario recordar que el partido era la «Sección Española de la Internacional Comunista», el destacamento español del partido mundial de la revolución, y así lo reflejaba tanto en sus estatutos como en la cabecera de sus órganos de expresión.[2] La Comintern, fundada en 1919, impulsó la creación de secciones nacionales que, actuando en sus respectivos países de acuerdo a las peculiaridades de cada contexto, debían perseguir un objetivo común y dotarse de un organigrama centralizado definido en el V Congreso de 1924.[3]



Un vistazo a la organización comunista revela de inmediato unos rasgos característicos peculiares: una disposición jerárquica que estructuraba una relación de dependencia de las organizaciones inferiores respecto a las superiores, y unas corrientes de fuerza que recorrían toda la maquinaria de la cúpula a la base, transmitiendo la «línea» del partido como un engranaje. Cada nivel replicaba la composición del núcleo de dirección a su correspondiente escala, y todo el conjunto ofrecía esa imagen militar de «ejército del proletariado» tan cara a la concepción leninista de la política. Asimismo, se aprecia el encuadramiento de base en torno a los dos posibles ámbitos de actuación del afiliado, la localidad y la fábrica. El V Congreso de la IC propició la militancia en las empresas por la mayor cercanía al ámbito natural de la lucha de clases contra el capitalismo y en busca de la subordinación del movimiento sindical en el mismo lugar de su implantación. A pesar de ello, los comunistas debieron continuar recurriendo al encuadramiento territorial, debido a la llegada a sus filas de grandes contingentes de inactivos, jóvenes o mujeres, y a una reiterada

incapacidad del partido para atraerse mayoritariamente al proletariado industrial,[4] tradicionalmente ligado al Partido Socialista o al anarcosindicalismo.

El PC se regía por el centralismo democrático, principio organizativo que combinaba, en teoría, la discusión en las bases para la determinación de la táctica con la más férrea disciplina en la ejecución de los acuerdos una vez adoptados, la unidad de acción sin fisuras y el criterio de autoridad de los órganos superiores sobre los inferiores.

La concepción leninista del partido era antitética de los modelos asamblearios, al estilo anarquista, o de los partidos de masas con diferentes corrientes, propios de la cultura socialdemócrata.[5] Este modelo rígidamente jerárquico supuso, en la práctica, la preponderancia de los órganos ejecutivos (los comités) sobre los representativos (congresos y conferencias) y de la iniciativa personal (secretarios o responsables) sobre la colegiada (los propios comités).[6] Esto se tradujo en una forma peculiar de promoción interna, la cooptación o designación de un individuo para el desempeño de un puesto de responsabilidad en un comité superior a iniciativa de ese mismo comité, sin que mediara elección por una asamblea de base. La cooptación premiaba la fidelidad al partido y prefiguraba el modelo de cuadro ortodoxo. Se empleó para la sustitución de núcleos dirigentes gastados por nuevos equipos de dirección —como en el caso del «grupo Bullejos»—; para la consolidación y refuerzo de un aparato permanente, como el que encabezó José Díaz durante todo este periodo; para promover la incorporación al Comité Central de la dirección de la Juventud Socialista Unificada; y como poderoso mecanismo de atracción para la labor de captación de personalidades de relieve —intelectuales, dirigentes de otros partidos (Margarita Nelken, Félix Montiel)—, en lo que sus adversarios descalificaron como agresivas campañas de proselitismo.

El V Congreso de la IC impulsó un proceso de homogeneización ideológica conocido como *bolchevización*, traslación a las secciones nacionales de la evolución experimentada por el PC de la Unión Soviética y de su concepción agónica de la lucha bajo el *tercer periodo* de la crisis capitalista. Los partidos comunistas se vieron obligados a dar respuesta en su seno a las disputas surgidas en el ámbito soviético (caracterización y

persecución del trotskismo) y a erigirse en valladares defensivos de la «Patria del socialismo» contra el enemigo exterior e interior. El máximo grado de sometimiento a una línea solo quedaba garantizado por la militarización del partido.[7] Se impusieron, como elementos positivos, los criterios de unidad, rapidez de la ejecución, responsabilidad personal y disciplina, así como sus contravalores, la desviación y el oportunismo. A ello se añadió la codificación de un cuerpo teórico dogmático, el marxismo-leninismo, transmitido a través de una pedagogía oficial encarnada en las publicaciones oficiales y las escuelas de formación de cuadros. La Escuela Leninista de Moscú formó, seleccionó y distribuyó los cuadros de una segunda generación de dirigentes, jóvenes y libres, por tanto, de la mácula de la experiencia vital en los escindidos partidos socialdemócratas.[8] La supeditación de la teoría a la práctica política se compensó mediante una sobredosis de ideología que, en última instancia, esterilizó los esfuerzos de la Internacional por dar respuesta teórica a elementos emergentes, como el fascismo, y diseñar en consecuencia métodos de acción adecuados para incidir sobre la realidad a escala nacional. La sustitución del análisis marxista por un recetario de fórmulas estereotipadas derivó, como ha señalado Hobsbawm, en el absurdo de suponer que una situación internacional dada implicaba una idéntica reacción en partidos situados en contextos muy diferentes.[9]

El resultado final fue la limitación de las discusiones políticas,[10] la sucesión periódica de procesos de depuración y la transferencia al centro director de Moscú de la capacidad para formular y propagar la estrategia del partido mediante la figura del delegado de la Comintern. Era el medio de impedir la dispersión y la heterogeneidad ideológicas, administrando y disciplinando el movimiento comunista mundial mientras se alimentaba de manera retórica el fuego mítico de una revolución cuya perspectiva de realización se difuminaba en un horizonte inconcreto.[11]

LAS CIFRAS DE AFILIADOS

La única obra que ha tratado sistemáticamente la evolución cuantitativa de la militancia del PCE para el periodo anterior a la guerra civil es la de Rafael Cruz. Sus datos revelan el incremento de afiliación durante el periodo republicano, desde el poco más de un centenar de adherentes, el 14 de abril de 1931, a los 88.523 declarados el 18 de julio de 1936.[12]

Antes de profundizar en la exposición de las cifras brutas conviene ser precavidos a la hora de otorgarles un crédito absoluto ya que, como señalan este y otros autores, es muy posible que el PCE, como otros partidos comunistas, exagerara los guarismos para acrecentar su importancia real frente a la Comintern, enmascarar las fluctuaciones de la militancia y, con ello, sus posibles errores políticos; y a un nivel más pedestre, para recibir de la Internacional una mayor consignación económica de la que realmente le correspondía. Presumiblemente, esta lógica no quedaría limitada a los órganos de dirección nacional, sino que atravesaría todos los escalones, desde los comités regionales y provinciales hasta los radios y células, que incrementarían conscientemente las cifras de adherentes para aumentar la confianza que los distintos comités superiores depositaban en los cuadros de los niveles inferiores.[13]

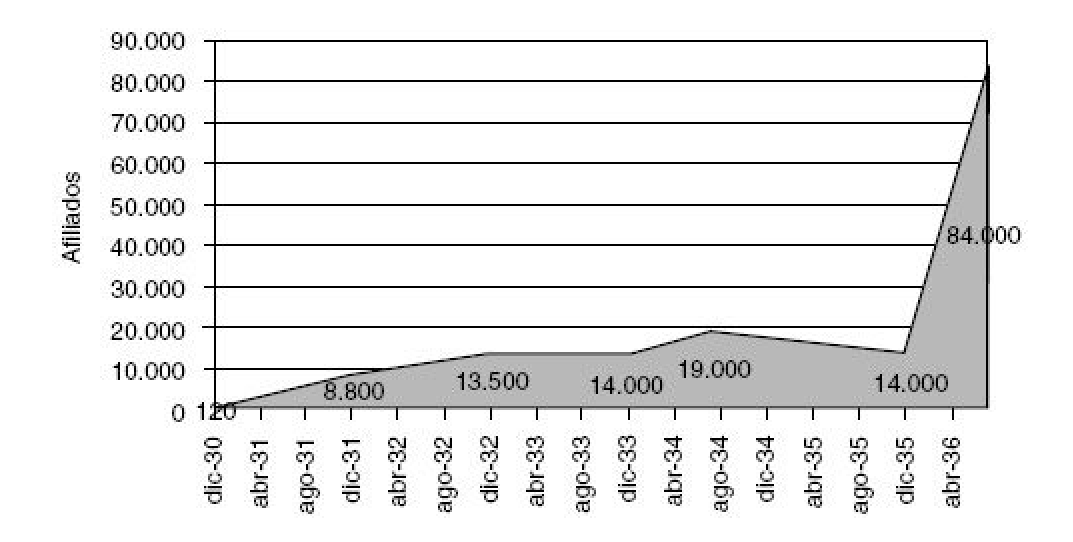
Por todo ello, concluye Cruz, los datos de afiliación deben ser abordados desde una lectura llena de reservas. Las incertidumbres estadísticas no fueron privativas del partido español, encontrándose también en sus homólogos francés e italiano. En ocasiones no se ofrecían todas las cifras, en otras había una superabundancia de ellas pero se desconocía cómo habían sido recopiladas. Lo mismo reza para el resto de organizaciones operativas en la España republicana. En el último trimestre de 1937 se calculó en 350.000 el número de miembros de la JSU, cantidad idéntica a los adheridos al Socorro Rojo Internacional (SRI); en torno 2.000.000 los asociados a UGT, y 1.200.000 a CNT. Para el PSOE los datos para 1936 oscilan entre 60.000 y 75.000 afiliados.[14]

Los nuevos afiliados arribaban al partido con ritmos que dependían de dos tipos de variables: las estructurales y las coyunturales. Las primeras, lógicamente, tenían que ver con factores que no dependían de las circunstancias inmediatas. En momentos de efervescencia política podía

producirse una plétora de adhesiones que, una vez remansadas las emociones, devenían en pérdida de entusiasmo, moderación del activismo u otras manifestaciones de relajamiento (cotizaciones atrasadas, inasistencia a reuniones). Adhesiones selladas en medio del entusiasmo de una huelga victoriosa no se renovaban pasado el momento de exaltación; afiliados recientes dejaban de renovar el carnet y pagar las cuotas; o las presiones del entorno y las dificultades de la vida cotidiana desanimaban el mantenimiento de una militancia, como la comunista, que exigía del afiliado la entrega de una gran parte de su tiempo y esfuerzo.[15] En sus memorias Vicente Uribe narra un ejemplo de cómo la colisión entre las convicciones, la dogmática forma de entrega exigida por la organización y los hechos de la vida cotidiana acababan teniendo serias repercusiones en las filas comunistas:

> Una causa o pretexto de la desaparición de las Juventudes [en la Vizcaya de los años veinte] fue que para muchos miembros de la Juventud había llegado la hora de casarse y, bien porque no pudieran vencer los prejuicios de las interesadas o por otra razón, el caso es que el casarse por la Iglesia ... aparecía como una traición, no sólo a los ojos de los comunistas, sino también a los ojos de los obreros, que exigían que los comunistas fuesen enteramente fieles a lo que decían defender. El caso es que muchos se desfondaron, paralelamente al hecho matrimonial, incluyendo algunos dirigentes en la escala local que en múltiples ocasiones habían dado grandes muestras de abnegación, entusiasmo y combatividad. Está claro que en las circunstancias de entonces casarse por la Iglesia para un revolucionario aparecía como el acto de un renegado y todo el mundo lo aceptaba así, empezando por el interesado, y perdía toda autoridad personal [y] política.[16]

Las fluctuaciones debidas a estos factores configuraron un modelo de «partido-colador»,[17] en el que entraban y salían los afiliados tras un breve tiempo de estancia en sus filas. Ello sin contar que los procesos periódicos de purga, las exclusiones y los abandonos voluntarios contribuyeron a forjar el dicho de que «el mayor de los partidos existentes es el de los ex comunistas».[18]



Gráfica 1. *Afiliados al PCE en la Segunda República*.

Las variaciones coyunturales, por su parte, se sucedían al compás de episodios específicos, y es posible seguir su evolución en la gráfica 1. Se aprecia que la curva de la evolución del PCE entre 1931 y 1936 se caracterizó por dos periodos claramente diferenciados: una etapa larga de muy lento crecimiento, con dilatadas fases de estancamiento alternando con retrocesos durante los que se perdía casi todo lo ganado; y una fase final de despegue acelerado que culminó con la plétora derivada de la movilización contra la rebelión militar en julio de 1936.

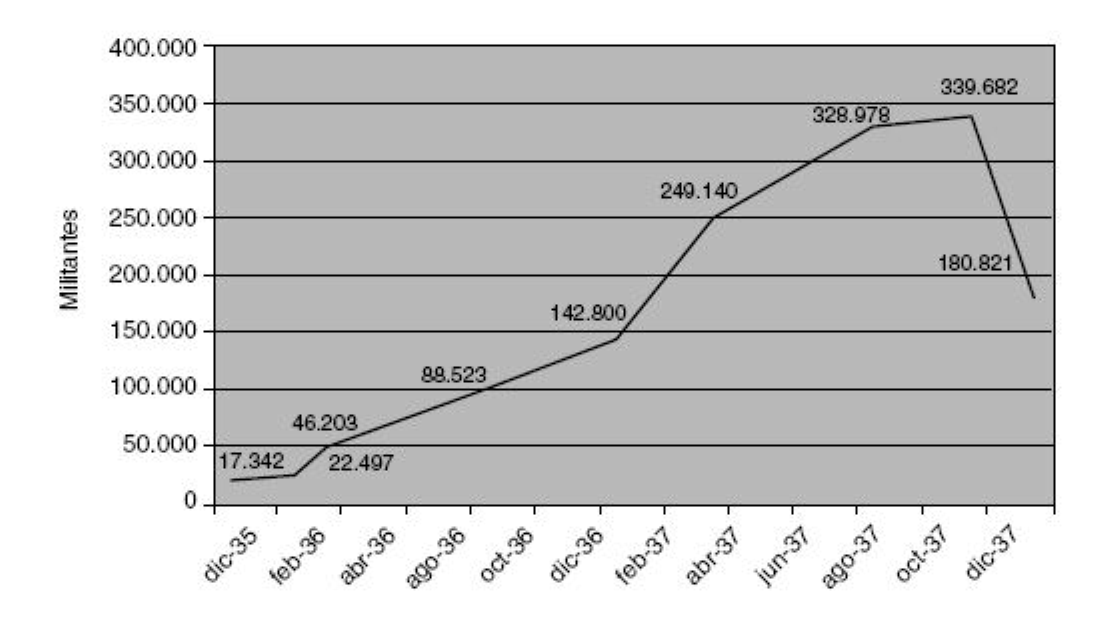
En el primer periodo se aprecia cómo la salida de la clandestinidad, con la proclamación de la República, trajo consigo una afluencia de nuevos miembros, probablemente relacionada con el estrechamiento de los lazos de vinculación partidaria por parte de simpatizantes que hasta entonces no habían dado el paso decisivo por miedo a la represión, la recuperación de viejos camaradas desligados, y la adhesión pública de nuevos adherentes sin experiencia militante previa, que se integraron en el partido como resultado de la intensificación de las expectativas abiertas por la nueva situación política.[19] Solo estos últimos eran susceptibles de incrementar en términos positivos los efectivos del partido, pero al mismo tiempo, constituían el contingente más fluctuante y volátil.

Contrariamente a lo que la propaganda comunista solía pregonar —y a lo que cierta mentalidad simplificadora pretende trasladar de forma mecánica—, el despliegue de una línea política esencialista y radical ante la agudización de las tensiones sociales no aportaba necesariamente réditos a las filas comunistas. Como evidencia la curva de evolución de la militancia, los periodos de ganancia durante el periodo republicano anterior a la guerra fueron los dos semestres posteriores a la instauración del nuevo régimen y, fundamentalmente, la primavera de 1936, tras el triunfo del Frente Popular, desembocando en la oleada de adhesiones que se produjo en julio relacionada con la percepción —que se mostraría rápidamente errónea— de una victoria inmediata sobre la sublevación militar.[20] Los periodos de involución —la llegada al poder de la coalición radical-cedista— o represivos —tras octubre de 1934— comportaron el estancamiento, cuando no el franco retroceso, del ritmo de crecimiento de la organización. Añádase a todo ello que hasta el giro estratégico emanado del VII Congreso de la Comintern en 1935, con la orientación hacia la formación de frentes populares, el PCE se mantuvo en la línea de denuncia del «socialfascismo» y en la praxis cotidiana más dogmática y sectaria, lo que contribuyó a su aislamiento.[21]

LA EVOLUCIÓN DE LA AFILIACIÓN DURANTE LA GUERRA

Las cifras de los efectivos del PCE durante el periodo de la guerra proceden de los informes elevados a la Comintern por los delegados designados para tutelar al partido español, y de los elaborados por los responsables de organización españoles, tanto de ámbito nacional como regional. Es posible reconstruir la curva evolutiva a partir de los datos que proporcionan los informes de Vitorio Codovilla («Luis», tutor de la IC desde 1932 hasta el verano de 1937); Jesús Hernández (miembro del Buró Político, responsable de *agitprop* y posteriormente ministro de Instrucción Pública); Stoian Minev (« Stepanov» y «Moreno», delegado de Moscú desde enero de 1937 hasta el final de la guerra); Palmiro Togliatti («Alfredo» y «Ercoli», colega a la par que rival de Stepanov, llegado en

julio de 1937);[22] y los informes internos dirigidos, en última instancia, a la Secretaría de Organización del partido, responsabilidad que incumbía a Pedro Checa.



Gráfica 2. *Evolución del número de militantes durante la guerra civil*.

Como puede apreciarse en la gráfica 2, en el desarrollo cuantitativo del PCE se aprecian tres fases. La primera, entre julio y diciembre de 1936, muestra una tendencia ascendente con ritmos de diferente intensidad. La efervescencia de las jornadas de julio de 1936 atrajo a sus filas una marea de nuevos afiliados. El entusiasmo inicial contribuyó a cuadruplicar los efectivos con que contaba el partido tras el triunfo electoral del Frente Popular. La agónica campaña de movilización sin precedentes desplegada durante las críticas jornadas de la defensa de Madrid se tradujo en el mantenimiento de un crecimiento expectante, que se disparó tras el fracaso franquista en la toma de la capital.

La segunda fase, que abarcó casi todo el año 1937, marcó el orto de la militancia comunista en guerra. La epopeya de la defensa de la capital republicana, durante la que se dieron episodios con una fuerte carga emotiva (la llegada de las Brigadas Internacionales y de la ayuda militar soviética), la recuperación de un espacio habitable y seguro para las clases populares no identificadas con las manifestaciones más radicales del

proceso revolucionario, la contribución a la reconstrucción del Estado republicano, la forja del Ejército Popular, y todo ello unido a las divisiones internas no resueltas del socialismo, la pasividad de la socialdemocracia internacional y el declive de la influencia anarquista, contribuyeron a que las filas del PCE alcanzaran los casi 340.000 afiliados al terminar el año.

La tercera fase marcó el inicio del declive; 1938 comenzó con un desplome espectacular de los guarismos, consecuencia de la pérdida de bastiones importantes durante el año anterior (Málaga y el norte), de la movilización y trasvase de efectivos a la zona este tras el corte del territorio republicano y, como no podía ser de otra manera, del abandono de un importante contingente de afiliados de aluvión ante el deterioro de las expectativas bélicas.

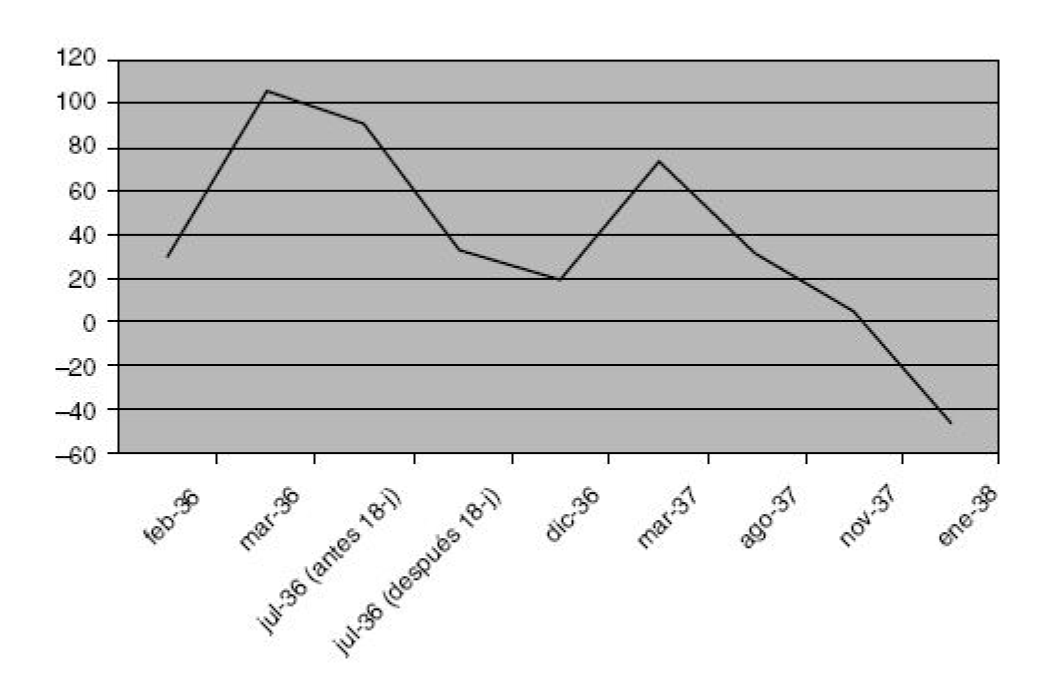
Carecemos de datos sobre la evolución posterior, pero cabe sospechar que el pesimismo por la marcha de la guerra y el aumento de la inquietud por el futuro aceleraran la tendencia decreciente de la curva de efectivos. Esta vinculación entre expectativas, percepción de la coyuntura y tasas de afiliación, materializada en ritmos internos de crecimiento de intensidad variable, queda de manifiesto si se calcula el porcentaje de nuevas adhesiones entre los sucesivos intervalos temporales.

Evolución numérica y porcentual de la militancia del PCE (1936-1938)

Fecha	*N.º total de militantes*	*Porcentaje de incremento en el intervalo*
DICIEMBRE, 1935	17.342	-
FEBRERO, 1936	22.497	+29,8
MARZO, 1936	46.203	+105,4
JULIO, 1936 (ANTES DEL 18-J)	88.523	+91,6
JULIO, 1936 (DESPUÉS DEL 18-J)	118.763	+34,2
DICIEMBRE, 1936	142.800	+20,2
MARZO, 1937	249.140	+74,5
AGOSTO, 1937	328.978	+32,0
NOVIEMBRE, 1937	339.682	+3,2
ENERO, 1938	180.821	-46,8

Tabla 1.

En la gráfica 3 se aprecia cómo las ganancias más pronunciadas se produjeron en los meses inmediatamente posteriores a las elecciones de febrero de 1936, resultado de la generación de enormes perspectivas como fruto de la nueva coyuntura política —debiendo señalarse que nunca después volvería el PCE a crecer porcentualmente tanto—, y en 1937, ante la contemplación del partido como fuerza fundamental del esfuerzo de guerra, con influencia gubernamental y sostén del orden republicano. Asimismo se puede observar la ralentización ante la incertidumbre de la evolución de la guerra en el último trimestre de 1936 y, sobre todo, el desplome de la afiliación a partir de 1938, con una pérdida neta de casi la mitad de los efectivos declarados tras la caída del norte y el corte en dos de la zona republicana.



Gráfica 3. *Porcentaje de crecimiento de la militancia del PCE (1936-1938).*

En conclusión, se puede afirmar que el flujo creciente de afiliados al PCE durante la guerra estuvo relacionado con su potencial como partido influyente o de gobierno, situado en un espacio de centralidad y presto a recoger las sensibilidades y aspiraciones de un conjunto heterogéneo de

sectores sociales. Como se verá después, fue su capacidad para formular objetivos propios de un ideario popular de izquierdas, antifascista, unitario, democrático y patriótico lo que le proporcionó la fuerza para erigirse en un baluarte decisivo de la República en guerra, mucho más que la vacua retórica ideologizada o la postulación episódica de metas socialistas.[23]

Crítica de las cifras

Como ya se señaló anteriormente, es conveniente someter a crítica la información sobre la cuantía de la militancia proporcionada oficialmente por la organización, dado que eran varios los elementos que se concitaban para transmitir una evaluación sobrevalorada. Tomemos, por ejemplo, las cifras facilitadas por los distintos comités provinciales en marzo de 1937 (tabla 2):

Provincia	Afiliados	Obreros	Obreros agrícolas	Campesinos	Intelectuales	Clases medias	Mujeres	Militarizados
Albacete	9.000	1.300	4.500	2.000	180	1.020	1.000	5.000
Alicante	15.500	4.000	2.000	8.000	700	800	800	3.700
Almería	6.000	1.500	3.000	700	150	650	200	3.000
Baleares	1.500	500	250	650	40	60	200	1.200
Euskadi	12.000	11.500	-	100	70	330	500	9.000
Castellón	1.700	470	100	900	20	210	85	1.000
Ciudad Real	12.000	3.000	3.400	4.700	400	500	750	9.000
Córdoba	3.100	500	2.400	200	-	-	200	1.400
Cuenca	10.000	1.000	5.000	3.400	200	400	500	2.000
Asturias	20.000	14.000	-	3.500	1.100	1.400	1.800	13.500
Granada	10.000	1.000	-	8.400	100	500	500	5.000
Guadalajara	8.000	2.000	3.000	2.650	150	200	1.000	3.500
Aragón	1.325	500	-	745	50	30	60	700
Jaén	15.000	2.000	10.000	2.000	50	950	1.200	4.500
Madrid	40.000	20.000	12.000	3.200	800	4.000	1.500	30.000
Murcia	14.000	4.200	2.100	6.300	840	560	1.000	3.500
Santander	10.000	3.000	-	6.000	300	700	800	5.000
Toledo	6.567	1.759	2.533	1.951	90	234	234	10.000
Valencia	20.000	9.000	2.500	8.000	200	300	2.400	12.000
Extremadura	11.000	1.800	6.200	2.000	500	500	600	7.700
Málaga	18.000	6.000	5.300	4.700	500	1.500	2.800	12.000
Tánger	840	640	-	-	15	185	200	300
Total (1)	245.532	89.669	64.283	70.096	6.455	15.029	18.329	143.000
Total (2)	249.140	87.660	62.250	76.700	7.045	15.485	19.300	131.600
Diferencia	-3.608	2.009	2.033	-6.604	-590	-456	-971	11.400

*Fuerza numérica y composición social del PCE en marzo de 1937**

* Datos del Comité Central ampliado de marzo de 1937.

Tabla 2.

Se trataba de la primera valoración exhaustiva de la pujanza del partido durante el transcurso de la guerra civil. Varios factores llaman la atención:

a) La expresión de las cifras en casi todos los casos en números redondos: solo un Comité Provincial (el de Toledo) emitió un balance de cifras ajustando hasta la unidad.

b) La referencia a comités provinciales cuyos ámbitos geográficos, por las vicisitudes de la guerra, se encontraban en su totalidad o en gran parte bajo dominio franquista (Tánger, Extremadura).

c) Los errores aritméticos y las desviaciones respecto a la valoración final oficial en prácticamente todos los apartados de la tabla.

Todo ello lleva a deducir que las cantidades enumeradas no se referían a militantes activos, sino a carnets distribuidos a comienzos de año a los comités provinciales por la organización nacional. Dicho de otra forma, no hay que confundir matrices de afiliación expedidas a los comités para su reparto a las organizaciones locales con militantes efectivamente registrados. Para calibrar la militancia real habría que tener en cuenta el dato de los carnets efectivamente tomados por un titular específico, restando la cantidad de los carnets devueltos. Existe una referencia interna que puede ilustrar acerca de las dimensiones reales del contingente comunista: en un informe del segundo semestre de 1937 se estimaba que si el número de carnets expedidos por el Comité Central era de 341.282, los militantes controlados por los comités provinciales en diciembre de ese mismo año eran 246.027, lo que arroja una diferencia de 95.255 (un 27,9 por 100).[24]

El crecimiento en términos absolutos de la afiliación, además, no había ido acompañado de un desarrollo en términos análogos de la organización. Como resultado de tal disfunción, una parte no desdeñable de los nuevos adherentes no se había integrado activamente en la vida del partido:

> Teniendo en cuenta las grandes dificultades de organización durante la guerra, especialmente en el Ejército, donde tenemos el grueso de nuestros afiliados, y la inexistencia de células en casi toda la zona republicana, hay que asegurar que *la inmensa mayoría de estos afiliados llegados después del 18 de julio del 36 que componen el 75 % de nuestro partido no han hecho vida en el mismo*.[25]

Algo parecido se daba también en el PSUC. Las fuentes oficiales afirmaban que el partido catalán tenía unos 50.000 militantes en marzo de 1937, y que en cinco meses habría llegado a los 60.000. Ahora bien, el informe que Miguel Valdés elaboró para el Comité Central de enero de

1938 afirmó que una serie de comités comarcales habían dado cifras de militancia en la retaguardia superiores a la realidad: el PSUC tenía menos de 40.476 militantes en julio de 1937, lo que suponía una desviación del 32,5 por 100.[26]

La percepción pesimista sobre la evolución de la guerra no hizo sino incrementar el índice de retraimiento. En un encuentro entre Togliatti y el responsable de la organización del partido en Madrid, Domingo Girón, en abril de 1938, este reconoció que la mitad de los militantes no acudían a las reuniones de célula. A comienzos de 1939 el porcentaje alcanzó el 60 por 100.[27] Como vimos antes, el 46,8 por 100 de la militancia registrada se esfumó en el tránsito de 1937 a 1938. No sería aventurado pensar, por tanto, que existió un notable índice de volatilidad de los afiliados al PCE durante la guerra, que podría oscilar razonablemente —dependiendo del momento — entre el 30 y el 40 por 100 del contingente oficialmente consignado.[28]

La persistencia en el ofrecimiento de datos sobrevalorados se explica, por una parte, en la contrastada tendencia de los partidos comunistas a la ostentación de una vanidad organizativa que les impedía reconocer debilidades y que se manifestaba en la práctica en la propensión a no borrar del cómputo general —especialmente a efectos propagandísticos— a quienes se habían dado de baja o no llevaban a cabo una vida activa en el partido.[29] Por otra parte, el reclutamiento era el indicador por excelencia del éxito de la labor proselitista del partido. Proveniente de una cultura en la que, a diferencia de los socialdemócratas, los resultados electorales no constituían la medida del éxito o el error político, los comunistas emplearon las cifras de adhesión como una herramienta que plebiscitaba el éxito de su línea de actuación. Ello tiene que ver, asimismo, con el giro estratégico que había supuesto la política de Frente Popular. Durante la etapa sectaria anterior a 1935, el número de afiliados no era objeto de consideración especial: los comunistas estaban acostumbrados a marchar «contra la corriente» y, en la clásica consideración leninista del vanguardismo, la opinión favorable de una mayoría no era un criterio válido, por sí solo, para verificar la justeza de una estrategia; un partido se juzgaba no por la masa o por el número de individuos que cotizaban, sino por la homogeneidad de su ideología, de su dirección y de su organización.[30]

Pero el frentepopulismo, con el aplazamiento *sine die* de los objetivos revolucionarios, provocó una transformación del papel del partido que, sin abandonar su naturaleza de «ejército del proletariado», moderó su papel ofensivo para adquirir los rasgos propios de un destacamento acampado en territorio enemigo. Allí donde se combatía abiertamente al fascismo, el partido ocupó una franja intermedia que limitaba con la defensa de la democracia y las transformaciones radicales, pero no socialistas, de la sociedad. Dada esta naturaleza campamental del partido, ahora sí se consideraba esencial contar los miembros que integraban sus filas y llevar a cabo intensas campañas para aumentar su número. De ahí también que el reconocimiento de una mengua en su cuantía constituyese paladinamente una confesión de error o debilidad que la dirección comunista no estaba dispuesta a asumir. Fue mucho más cómodo, en ese caso, dejar de publicitar las estadísticas de organización —como ocurrió a partir de 1938— y retornar al discurso «contra la corriente», tentación en la que incurrieron, como veremos más adelante, algunos dirigentes y organizaciones territoriales.

Realidad organizativa

Más allá de los discursos públicos y de los informes para la Comintern, es en los documentos internos de organización donde se revela que entre las cifras y los datos reales de militancia controlados por los comités territoriales había diferencias ostensibles. Incluso durante el momento estelar marcado por el pleno del Comité Central de marzo de 1937 las cifras eran mucho menos halagüeñas que las dadas a conocer por la propaganda. Como ya se señaló antes, el 75 por 100 de los miembros del partido lo eran a partir de julio de 1936. De la cuarta parte restante, solo un 18 por 100 había militado en la época relativamente normal de febrero a julio de dicho año. Se estimaba que la mitad de los 22.947 afiliados existentes en febrero de 1936 había sucumbido en los primeros meses de la guerra, restando solo

unos 11.000 militantes de la «vieja guardia». De la bisoñez de la militancia daba cuenta la estimación sobre su antigüedad (tabla 3), tomando como referencia el mes de diciembre de 1937:

Militantes	*Antigüedad en el partido*
11.000	Más de 2 años
24.000	Dos años
42.000	Año y medio
160.000	Un año
90.000	6 meses

Tabla 3.

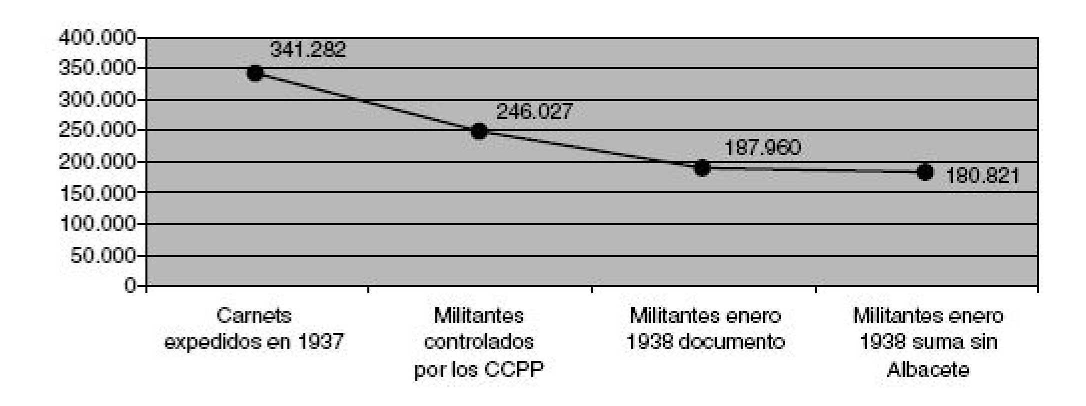
En esa fecha el 89,3 por 100 de los efectivos se habían adherido al partido tras el comienzo de la guerra, y el 45,9 por 100 ostentaba una «veteranía» que oscilaba entre los 6 y los 12 meses. Así las cosas, entre los carnets expedidos durante el año 1937 y los militantes controlados por los comités provinciales había una diferencia de 100.000 individuos. De estos, en torno a 50.000 se daban por desaparecidos tras la caída de Málaga, Santander, Asturias y en los diversos frentes de la República, además de los carnets sobrantes que hubiesen quedado en poder de las organizaciones provinciales. Los 50.000 restantes eran afiliados nominales que tenían en su poder el carnet del partido sin que estuviesen «controlados por una organización del mismo».

Evolución de la fuerza numérica del PCE (1935-1938)

Comité Provincial	*A Dic-1935*	*B Feb-1936*	*C Mar-1936*	*D Jul-1936*	*E Mar-1937*	*F Nov-1937*	*G Dic-1937/ Ene-1938*	*Dife-rencia G-F*
Albacete	130	209	300	1.300	9.000	11.500	ND	-
Madrid	1.304	1.500	3.450	8.000	45.000	85.500	63.426	-6.574
Alicante	600	1.000	1.500	2.000	15.500	16.000	10.000	-6.000
Almería	50	150	300	1.700	6.000	10.650	10.000	-650
Castellón	50	70	83	100	1.700	3.500	3.000	-500
Ciudad Real	500	600	900	1.500	12.000	15.500	16.000	500
Aragón	188	242	411	820	3.000	16.550	8.000	-8.550
Córdoba	762	1.250	ND	4.300	3.110	10.000	10.935	935
Cuenca	50	80	150	750	11.500	12.500	8.500	-4.000
Granada	200	670	1.532	2.400	10.000	11.939	6.500	-5.349
Guadalajara	90	120	255	350	8.000	10.500	7.000	-3.500
Murcia	300	400	1.063	2.500	14.000	20.000	12.000	-8.000
Valencia	1.200	1.300	3.185	6.500	20.000	34.000	25.460	-8.540
Total						258.139	180.821	-50.228

Tabla 4.

La tabla 4 proporciona una impresión directa de lo letal que resultó para el PCE el corte del territorio republicano, la movilización de un sustancial contingente de sus afiliados varones y su circunscripción, como organización, al ámbito de la zona centro-sur, mientras que el gobierno y las direcciones nacionales de los partidos, siguiendo al gobierno Negrín, se asentaban en Cataluña. En cualquier caso, la tendencia a la baja venía definida ya desde 1937, como puede comprobarse en la gráfica 4:



Gráfica 4. *Tendencia de la militancia entre 1937 y 1938*.

De aplicarse a las cifras consignadas en enero de 1938 un índice medio de volatilidad del 30 al 40 por 100, y estimando que la provincia de Albacete mantuviese los últimos niveles de afiliación conocidos (11.500), lo que daría 192.321 carnets en toda la zona centrosur, la militancia real del PCE estaría situada en esa fecha entre los 128.214 y los 115.393 individuos, y aun así —recordemos los análisis de la Secretaría de Organización— es probable que solo una cuarta parte (en torno a 30.000) ejerciese un activismo político notorio. La tendencia decreciente quedaría confirmada por la evolución de una organización tan emblemática como la de Madrid, cuyos registros permiten hacer un seguimiento hasta el primer semestre de 1938 (tabla 5). El declive iniciado a partir de comienzos de dicho año continuó con carácter general, a excepción del incremento relativo de la militancia femenina, cuyas características veremos después.

Nuevas afiliaciones al PC en Madrid (1936-1938)

Nuevos afiliados	18/04/36	07/11/36	01/04/37	31/12/37	01/04/38	01/05/38
Madrid capital-hombres	673	688	994	528	317	254
Madrid capital-mujeres	192	290	493	355	329	314
Madrid provincia-hombres	489	269	882	617	314	196
Madrid provincia-mujeres	50	75	335	215	171	223
Total	1.404	1.322	2.704	1.715	1.131	987

Tabla 5.

En conclusión, es preciso redimensionar la magnitud del PCE en este periodo, sobre la que se edificó la leyenda de una gigantesca y bulímica maquinaria de absorción, destinada a justificar todo tipo de actitudes

preventivas y de rechazo. Aunque se dieran por buenos los 340.000 adherentes de 1937, ello no significa que el PCE pudiera convertir a toda esa masa de aluvión en un ordenado y eficaz conjunto de activistas durante toda la contienda. Y, en cualquier caso, su llegada a la escena política fue el resultado de unas circunstancias excepcionales, las de la puesta en tensión de toda la sociedad debido a las extraordinarias circunstancias de la guerra. Solo a ellas se debe la inflexión en el tradicional distanciamiento de la población española respecto a la toma de partido y a la participación en la vida pública, y ello siempre hasta un cierto grado, que nunca alcanzó al de otras sociedades coetáneas movilizadas en masa por movimientos políticos de nuevo cuño. Fue la propaganda —propia y adversa— la que erigió el mito del partido omnipresente en todos los ámbitos de la República en guerra. Un mito en el que sus enemigos estaban dispuestos a creer, y que los propios comunistas no estaban interesados en desmentir.[31]

11

La implantación territorial del PCE

EL REPARTO TERRITORIAL DE los efectivos comunistas fue tan irregular como desigual era el desarrollo económico y social de las diversas regiones españolas y las experiencias políticas de sus habitantes en el primer tercio del siglo XX. Conocemos la distribución geográfica de la militancia antes de la guerra gracias el estudio realizado por Cruz:

Distribución regional de los afiliados en 1936 (antes del 18 de julio)

Región/ Provincia	*Afiliados **	*% ***
Andalucía	15.001	32,8
Cataluña	1.900	4,2
Madrid	3.450	7,5
Castilla La Nueva	2.501	5,4
Castilla La Vieja	1.939	4,2
Galicia	3.212	7,0
Asturias	3.500	7,7
País Vasco	1.305	2,8
Levante	6.096	13,3
Canarias	1.500	3,3
Baleares	300	0,7
Extremadura	3.662	8,0
Aragón	411	0,9
Cantabria	350	0,8
Marruecos	586	1,3
TOTAL	45.713	100

*FUENTE: Cruz, *op. cit.*, p. 304.
** Cálculo del autor (FHS).

Tabla 6.

Agrupando los datos por conjuntos regionales homogéneos destacaba como organización más importante la andaluza, a mucha distancia de las demás, constituyendo casi un tercio del total. Junto a la de Extremadura representaba el 40,8 por 100 a nivel nacional, lo que señala que existía ya antes de la contienda una importante presencia del PC en las regiones latifundistas con un importante contingente de proletariado agrícola, especialmente tras las grandes movilizaciones de braceros del verano de 1933 y de la primavera de 1936.

Pero sin duda el núcleo más importante del comunismo meridional radicó en este periodo en Sevilla capital, donde la constitución de un fuerte núcleo organizativo fue consecuencia de la adhesión de la Federación Local sevillana de la CNT a la línea comunista bajo la dictadura de Primo de Rivera. Dirigentes como José Díaz, Saturnino Barneto, Manuel Delicado o Antonio Mije ingresaron en el PCE llevándose consigo las importantes organizaciones anarcosindicalistas que controlaban: obreros del puerto, metalúrgicos, cigarreros, aceituneros, ferroviarios, camareros y tipógrafos.[1] El advenimiento de la República no hizo sino incrementar el poderío comunista en la capital hispalense, donde los niveles de sindicación alcanzaron altísimas cotas y la conflictividad huelguística contribuyó a la formación del mito de «Sevilla la roja» o el «Leningrado español».[2]

Fue en Sevilla donde tuvo lugar la primera gran aparición del PC en la agitada situación sociopolítica que marcó los inicios de la República, liderando la huelga general del 9 al 13 de junio de 1931. Aunque se saldó con una estrepitosa y sangrienta derrota —durante su transcurso se aplicó la *ley de fugas* en el Parque de María Luisa a cuatro afiliados detenidos, y a su finalización fue derribada a cañonazos, por orden del general Ruiz Trillo, la Casa Cornelio, considerada el cuartel general del comunismo sevillano—, la huelga general contribuyó a visibilizar al PC y a su dirección andaluza, muy pronto llamada a ocupar puestos relevantes en la organización nacional.[3] Tampoco es casualidad que fuese en una provincia andaluza,

Málaga, donde fuera elegido en 1933 el primer diputado comunista español, el médico Cayetano Bolívar, en el marco de una alianza electoral precursora en dos años al giro cominteriano hacia los frentes populares.[4]

La franja norte de la Península estaba representada en un 18,2 por 100, si bien de forma desigual: el mayor peso lo ostentaba Asturias, seguida de Galicia, Euskadi y, a mucha distancia, Cantabria. No en balde el norte había sido el principal bastión de la organización comunista desde sus orígenes y, junto al núcleo sevillano, su principal vivero de dirigentes (Dolores Ibárruri, Vicente Uribe, Jesús Hernández, Leandro Carro). Los comunistas controlaron durante mucho tiempo buena parte de las federaciones adheridas a la Casa del Pueblo de Bilbao, y con la República ejercieron gran incidencia sobre la Federación Local de San Sebastián y el sindicato del hierro vizcaíno,[5] pero sobre todo gozaron de la gran incidencia en el ámbito público del activismo de las Juventudes.[6]

En Asturias, los comunistas, que habían sido casi hegemónicos durante el proceso de escisión tercerista, extendían su influencia a lo largo del eje Gijón-Mieres, es decir, del centro de actividad portuaria a la cuenca minera. Precisamente fue la presencia de este sector la que garantizó una gran relevancia al partido a través del control de Sindicato Único de Mineros (SUM), uno de los bastiones de la organización sindical comunista, la Confederación General del Trabajo Unitaria (CGTU).[7] En Galicia se experimentó un significativo incremento de la organización tras el desarrollo de las grandes movilizaciones laborales impulsadas por los grupos sindicales comunistas en los astilleros de Ferrol, en el ferrocarril en Orense y en las industrias conserveras de Vigo.[8]

Levante agrupaba el 13,3 por 100 de la militancia. Siendo un terreno menos abonado que otro para la difusión de las ideas comunistas, debido a la generalización de la pequeña propiedad terrateniente y a un mayor nivel de vida de la población campesina dedicada a la agricultura intensiva, algunos observadores detectaron durante el periodo republicano cierta penetración del PC en zonas densamente pobladas que contaban con un sector industrial en desarrollo (Buñol, Elda), lo que se tradujo en el impulso de pujantes movimientos huelguísticos y ocupaciones de fábricas.[9]

Las dos Castillas aportaban el 9,6 por 100, teniendo que diferenciar entre la Nueva, más próxima a las características de las regiones meridionales en cuanto a problemática agraria, y la Vieja, en cuyo porcentaje influyó la irradiación de la minería leonesa-palentina y el núcleo ferroviario e industrial de Valladolid. Un ejemplo de situación que potenciaba el incremento del atractivo por el comunismo es el de la Villa de Don Fadrique (Toledo), donde al activismo de un significado grupo de comunistas locales se unió la existencia de una «clase patronal [que] al mismo tiempo era de las más cerriles». Los conflictos planteados en esta situación se vieron, con harta frecuencia, abocados a la violencia,[10] y la esterilidad del recurso a la interlocución por la actitud de los patronos fortaleció las opciones radicales frente al reformismo socialista impulsado desde el Ministerio de Trabajo. Toledo fue una de las provincias donde el PCE consiguió crear una base destacada antes de la guerra, con cuarenta radios locales y un número de militantes que colocó a la provincia en un lugar destacado, tras plazas reputadas de raigambre revolucionaria como Córdoba, Asturias, Sevilla, Málaga, Madrid o Vizcaya.[11]

A pesar de ser las dos áreas más importantes del país, Madrid y Cataluña acusaron los vaivenes de las luchas intestinas en el partido durante los primeros años de la República. Madrid contaba con un escaso 7,5 por 100 del total de la militancia. El informe del Comité Central al IV Congreso del partido, celebrado en marzo de 1932, imputó al deficiente trabajo de la dirección encabezada por Bullejos el declive de la organización madrileña que, habiendo duplicado sus efectivos desde abril de 1931, experimentó un acusado estancamiento por efecto del abandono y la ausencia de una eficaz política de encuadramiento.[12] En Cataluña solo se contaba con el 4,2 por 100 de la fuerza partidaria, acusándose el peso de la pérdida de la Federación Catalano-Balear tras la escisión maurinista. Por último, el PCE quedaba relegado a un lugar marginal en ambos archipiélagos y en un Aragón cuya capital, Zaragoza, estaba hegemonizada por el anarcosindicalismo.[13]

De todo ello se concluye que, antes de la guerra civil, el Partido Comunista exhibía mayor músculo militante en las regiones meridionales, donde había logrado raigambre organizativa en el ámbito sindical o suscitar

expectativas de transformación revolucionaria entre el proletariado agrícola; en el norte-noroeste, con la implantación entre los trabajadores de la minería y la siderurgia; y entre el proletariado de las pequeñas industrias locales de Levante. Su presencia era considerablemente menor, e incluso inapreciable, en las zonas con una pujante industria ligera y un importante sector terciario (Madrid y Cataluña) y, sobre todo, donde se concurría por el espacio de la izquierda con un Partido Socialista cohesionado y todavía hegemónico, y un anarcosindicalismo potente y activo.[14] Mientras esas circunstancias no cambiaron, el PCE se vio confinado a una posición testimonial.

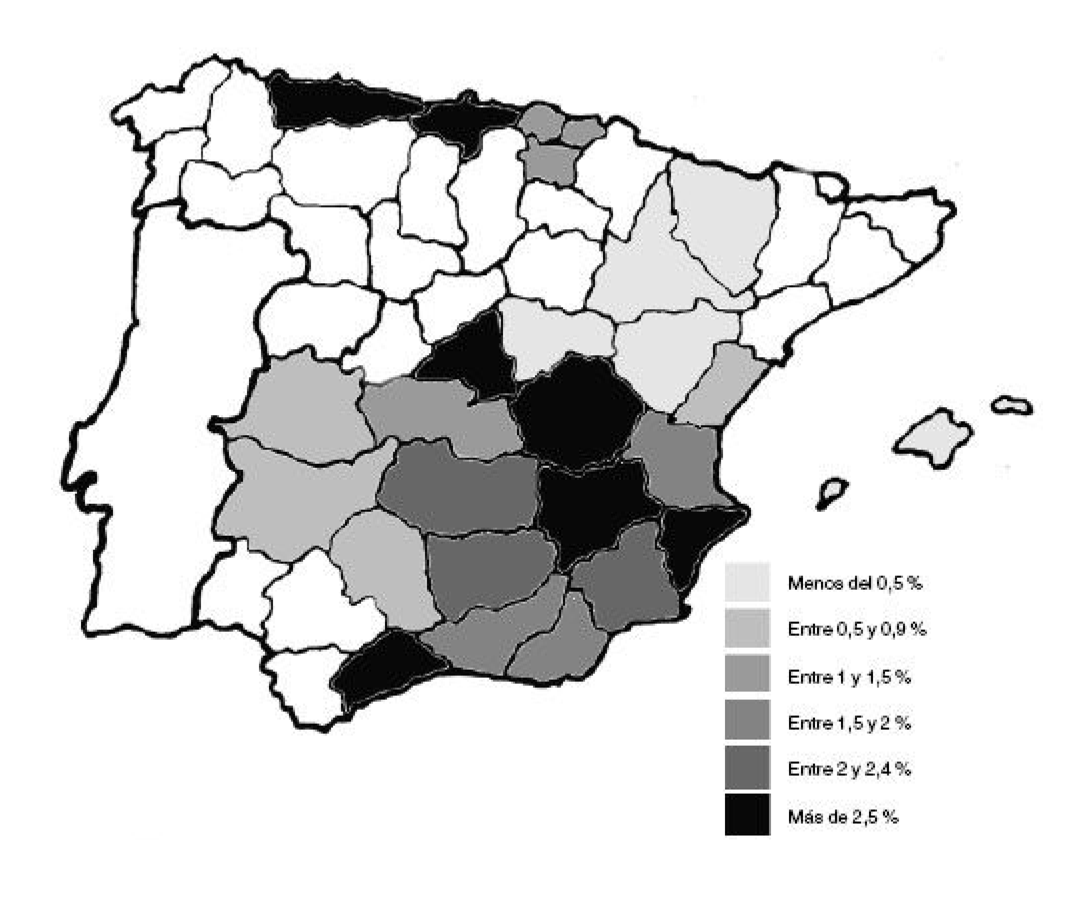
Cambios en tiempos de guerra

La guerra vino a transformar significativamente la distribución territorial de la afiliación comunista (tabla 7 y mapa 1). La pérdida de importantes bases territoriales en Andalucía y Extremadura, por una parte, y en Galicia, por otra, contribuyó a la concentración de la militancia por efecto del desplazamiento en busca de refugio en las zonas leales más próximas (Málaga, Asturias). Las evacuaciones y los fenómenos paralelos de la movilización general para la defensa de la capital republicana y el traslado de la administración gubernamental a Valencia densificaron la militancia en las provincias del centro y Levante. La atracción por un partido joven y decidido que se ponía a la cabeza de la movilización política y militar, la búsqueda de amparo o de refugio frente a las expresiones más radicales de la revolución, el desvanecimiento o la disolución de las viejas fuerzas republicanas, la parálisis y las viejas inercias del Partido Socialista, las adhesiones «en socorro del vencedor» o de simpatía por quien en ese momento era percibida como la organización más potente y capaz de llevar a buen término el esfuerzo de la guerra en la zona republicana hicieron el resto.

Porcentaje de militantes sobre el total de la población (marzo, 1937)

Provincia	*Afiliados*	*Población*	*Índice*
Albacete	9.000	332.619	2,7
Alicante	15.500	545.838	2,8
Almería	6.000	341.550	1,8
Baleares	1.500	365.512	0,4
Euskadi	12.000	891.710	1,3
Castellón	1.700	308.746	0,6
Ciudad Real	12.000	491.657	2,4
Córdoba	3.100	668.862	0,5
Cuenca	10.000	309.526	3,2
Asturias	20.000	791.855	2,5
Granada	10.000	643.705	1,6
Guadalajara	800	203.998	0,4
Aragón	1.325	1.031.559	0,1
Jaén	15.000	674.415	2,2
Madrid	40.000	1.383.951	2,9
Murcia	14.000	645.449	2,2
Santander	10.000	364.147	2,7
Toledo	6.567	489.396	1,3
Valencia	20.000	1.042.154	1,9
Extremadura	11.000	1.112.174	0,9
Málaga	18.000	613.160	2,9

Tabla 7.



Mapa 1. Distribución geográfica de la militancia del PCE, por provincias (1937).

A continuación se aborda el análisis de las organizaciones regionales del PCE en la España leal, con una salvedad, la relativa a aquellos lugares donde la actividad desarrollada, el protagonismo de sus militantes y dirigentes, y las circunstancias de la guerra condujeron a estas organizaciones a adquirir rasgos propios: Madrid, Valencia y Cataluña. De las dos primeras se hablará a lo largo de todo el trabajo dado que por radicar en ellas los órganos de dirección se convirtieron en una metonimia del Partido Comunista a escala nacional, al menos en el plano superestructural. Sobre Cataluña existen excelentes trabajos que, en los últimos años, han proporcionado al PSUC una excelente historiografía propia, y a ella me remito.[15] Solo trataré algunos aspectos del PSUC en lo que atañe a las zonas de contacto con el PCE, no siempre compartidas de manera cordial a lo largo de la guerra.[16]

El Norte

En el Norte y al comienzo de la guerra los comunistas trabajaron de manera independiente en Vizcaya, Santander y Asturias. Posteriormente, el 26 de junio de 1937 fue organizado el Buró del Norte, que funcionó como una suerte de Comité Central para toda la zona.[17]

Los orígenes del PC en el País Vasco se remontaban a marzo de 1934, cuando se planteó la transformación de la Federación Vasco-Navarra del PCE en el PC de Euskadi. El congreso constituyente se celebró en Bilbao a principios de junio de 1935.[18] Tenía entonces 800 miembros. El 18 de julio contaba con 4.000; en octubre su número ascendió a 7.500-8.000; y en febrero de 1937 alcanzó los 12.000.[19] Su órgano de expresión era el periódico *Euskadi Roja*, que en marzo de 1937 tiraba entre 45.000 y 48.000 ejemplares diarios. El secretario general del partido, Astigarrabía, desempeñaba la cartera de Obras Públicas en el gobierno vasco.

Partidarios y adversarios de los comunistas vascos creyeron apreciar en su línea política tendencias autóctonas y concomitancias con los nacionalistas vascos, con los que, según algunos, estaban entrando en competencia por atraerse prosélitos entre los campesinos y obreros del PNV.[20] La creencia en esa tendencia y la búsqueda de responsabilidades por la caída del Norte llevó a un proceso de depuración del PC de Euskadi que se llevó a cabo en dos fases. La primera vez fue ante el Buró Político en Valencia el 19 de julio de 1937. Allí, Astigarrabía y Jesús Larrañaga hicieron autocrítica según el modelo estaliniano. Sobre Astigarrabía pesaba negativamente su enfrentamiento con Codovilla y Goriev.[21] Koltsov le retrató como un dictador, falto de talento, que dirigía el partido de forma personalista y desacertada. Por fin, en el Pleno del Comité Central del PCE celebrado en Valencia en noviembre de 1937, se acusó a Astigarrabía de no hacer una política independiente del gobierno vasco y del PNV. Siguiendo los argumentos expuestos por Ángel Álvarez, «Angelín»,[22] miembro del Comité Central, se criticó con dureza la actuación del partido en todo el norte, su sectarismo, su incapacidad para superar el aislamiento y el alineamiento, en el caso de Euskadi, con el gobierno autónomo y su

«defensa de los intereses de los capitalistas vascos». Se acusó a Astigarrabía, sin fundamento, de «nacionalista». Al final le cayeron encima todas la imputaciones del manual del momento (fraccionalismo, lucha contra la IC y la URSS y trotskismo) y se acordó su expulsión.[23]

Después de la pérdida de sus bases naturales, la actividad política del PC de Euskadi quedó reducida a la convocatoria esporádica de conferencias de activistas en Barcelona. La primera de ellas se reunió los días 12 y 13 de diciembre de 1937 para hacer balance sobre las causas de la derrota y aprobar por unanimidad la expulsión de Astigarrabía.[24] En una deriva que les iba a enfrentar con el resto de las fuerzas republicanas, los comunistas vascos, y en particular Larrañaga, cometieron el error de imputar a sus aliados errores gravísimos. Larrañaga intervino en un mitin en Villaverde Trucíos (Santander), en el que criticó duramente tanto al gobierno vasco como a las autoridades de Santander y Asturias. Gonzalo Nárdiz, consejero de Agricultura del gobierno vasco por ANV, afirmó que «Larrañaga responsabilizó al gobierno vasco de abandonar Bilbao y de haber dejado en pie las industrias de guerra, acusaciones que en aquellos momentos suponían casi incitar a la vindicta a cualquier fanático».[25] En represalia por esas críticas se prohibió la difusión de *Euskadi Roja* en Santander y Larrañaga fue destituido por Prieto de su puesto de comisario del XIV Cuerpo de Ejército.

En Asturias el partido contaba con 10.000 afiliados. A pesar de la tradición de lucha obrera de la región, la dirección mostraba muchas deficiencias en su trabajo. Los comunistas asturianos quedaron en medio de una pinza formada por los anarquistas y los socialistas. Al principio, un comunista desempeñaba la Consejería de Guerra en el gobierno interprovincial, pero más tarde, los socialistas les despojaron de este cargo, que pasó al propio gobernador, Belarmino Tomás, provocando las protestas del PC, cuyo papel quedó muy disminuido en el desarrollo de la vida política de la provincia.[26]

En Santander fue tras la victoria del Frente Popular cuando comenzaron a afluir de manera lenta pero constante nuevos afiliados al PCE, hasta alcanzar la cifra de 1.000 en vísperas de la guerra. El secretario general del partido en la provincia era Ángel Escobio. A mediados de

septiembre se decidió la formación de la Junta de Defensa para coordinar el esfuerzo de guerra en la provincia, integrada por catorce direcciones generales, de las que solo una fue para el PC, la de Marina. El 23 de diciembre se formó el Consejo Interprovincial de Santander, Palencia y Burgos, donde los comunistas obtuvieron dos representantes.[27] Como en otros lugares, el partido incrementó significativamente sus filas a partir de julio de 1936. De los 1.000 afiliados que tenía en esa fecha pasó a los 3.500 en diciembre, y a los 10.000 en marzo de 1937, agrupados en once comarcales y 92 radios. Respecto a su composición social, predominaban los campesinos propietarios (6.000), seguidos de los obreros (3.000), clases medias (700) e intelectuales (300). Su órgano de expresión, *El Proletario*, alcanzó una tirada de más de 10.000 ejemplares.

Otras organizaciones de masas e iniciativas vinculadas al PC en la provincia santanderina fueron el Socorro Rojo Internacional (SRI), con 8.000 militantes, las escuelas premilitares Alerta, el Hogar Antifascista Femenino y el Instituto de Orientación Marxista. Con todo ello el PC ostentaba el 10,1 por 100 de los cargos municipales en los ciento dos ayuntamientos de la provincia, ocupando la cuarta posición detrás de UGT (34 por 100), PSOE (26,2 por 100) e IR (10,8 por 100).[28]

Como en tantos otros lugares, el PC acabó enfrentándose a los socialistas debido al intento de estos de frenar el proselitismo prohibiendo toda propaganda efectuada por un solo partido, es decir, la que no fuera emitida en nombre del conjunto del Frente Popular. El delegado gubernativo prohibió la distribución en Santander del *Boletín del Norte*, el semanario del partido editado en Torrelavega, secuestró la propaganda que llegaba desde Asturias, encarceló a sus vendedores y despojó a las imprentas del PCE de papel prensa. A consecuencia de estos enfrentamientos quedó paralizada la actividad de los comités de enlace para la unificación de socialistas y comunistas hasta la caída de todo el sector.[29]

El Centro

La meseta sur fue una de las regiones donde el PC experimentó un mayor grado de desarrollo durante la guerra. En Cuenca apenas había habido implantación comunista hasta la creación del radio de Tarancón, estrechamente conectado con Madrid. Sin embargo, las características sociales y políticas de la provincia —tradicional feudo conservador—,[30] los escasos medios de acción con que contaba la militancia, la pésima red de comunicaciones y la represión dificultaron su desarrollo. Como ejemplo, en *Mundo Obrero* no hubo ninguna referencia a Cuenca hasta mayo de 1936. No hubo candidatos comunistas en las listas del Frente Popular, ni en febrero ni en la repetición de elecciones celebrada en mayo.[31] Algo parecido ocurría en Albacete, donde entre 1933-1935 «el partido es desconocido en la provincia, reduciéndose la actividad a la capital. El nivel político de los camaradas es bajo». La actividad del partido quedaba casi limitada a la difusión y propagación de la prensa legal e ilegal. El número de afiliados era de alrededor de un centenar a comienzos de 1934.[32]

Todo cambió con el estallido de la guerra. La provincia de Cuenca permaneció durante todo el conflicto en la retaguardia republicana y sobre la estratégica línea de comunicación entre Madrid y Levante. La organización comunista contó pronto con un órgano propio, el semanario *Cuenca Roja* —diario desde agosto de 1938— y posteriormente con el apoyo del gobierno civil durante el mandato de Jesús Monzón (mayo de 1938 a marzo de 1939). Desde un cierto punto de vista, la provincia de Cuenca podría considerarse como un ejemplo de afloración de adherentes comunistas por reacción defensiva a la presencia de las fuerzas anarquistas que chocaban con la población campesina. La denominada «Columna del Rosal» actuaba en la zona de la serranía de Cuenca, con bases en Priego y Beteta, desde donde hizo incursiones hacia la capital de la provincia, Uclés y Tarancón.[33]

El caso del radio de Villaconejos de Trabaque sería uno de los que haría las delicias de Broué o Víctor Alba, debido a la composición social de sus integrantes. Entre los nuevos afiliados durante la guerra se encontraron Pedro Álamo Orejón, integrante del primer comité del radio de Villaconejos en 1937, cosechero de cereales que en 1943 sería designado alcalde y jefe local de FET y de las JONS, además de concesionario del estanco; o de

Daniel Galindo Hernández, secretario administrativo del radio, más tarde (1943) fiscal municipal y comerciante.[34] Del análisis de la composición del Comité Provincial se desprende que predominaron en él los afiliados de origen no proletario: los denominados «intelectuales» y las profesiones liberales acapararon la mitad (el 40 por 100 y el 10 por 100, respectivamente) de los cargos directivos.[35]

El radio se formó precisamente para precaverse de la proximidad de la Columna del Rosal e ingresaron en él uno de cada cinco adultos del pueblo. Sus actas se caracterizan por la práctica ausencia de debates, y por la mera consignación del alta de nuevos miembros. La propia dirección central del partido llegó a lamentarse de las enormes carencias organizativas en Cuenca: «No se controla en absoluto la provincia. No existen células. Pocas comisiones y muy débiles ... Algunos radios de la provincia han sido organizados por fascistas. Han avalado a elementos de Falange cuyas fichas están en la Dirección General de Seguridad». No era una hipérbole. Ahora bien, reducir las motivaciones para la adhesión a una lógica de mero oportunismo resultaría una simplificación reduccionista. Hay casos en los que la realidad era mucho más compleja: en la provincia de Ciudad Real (otra de las que contó durante la guerra con un mayor porcentaje de militancia comunista en proporción a su población), los comunistas tenían organizaciones numéricamente importantes, tanto en las poblaciones con características de ciudad de servicios y una sociología de clases medias y campesinos propietarios (Alcázar de San Juan, Daimiel...), como en los núcleos agrarios proletarizados, donde el mayor peso específico lo ostentaban los jornaleros sin tierras.

Se puede decir que el espectacular ascenso de la afiliación en Cuenca (50 adhesiones en diciembre de 1935, 80 en febrero de 1936, 150 en marzo, 750 en julio, 5.000 en diciembre, 11.500 en marzo de 1937 y 12.500 en noviembre) correlacionó, como en otras zonas de Castilla la Nueva, con el desarrollo del movimiento sindical ugetista a través de la Federación de Trabajadores de la Tierra, que llevó a muchos de sus adherentes, aunque fuera nominalmente, al terreno del comunismo. A ello contribuyó, seguramente, la política agraria del partido, expresada en sus criterios de socialización y no colectivización forzosa, respeto al pequeño agricultor,

facilitación de créditos y aperos; en definitiva, la consecución del programa de Reforma Agraria que fue impulsado de forma continuada por el ministro comunista Vicente Uribe.

ARAGÓN

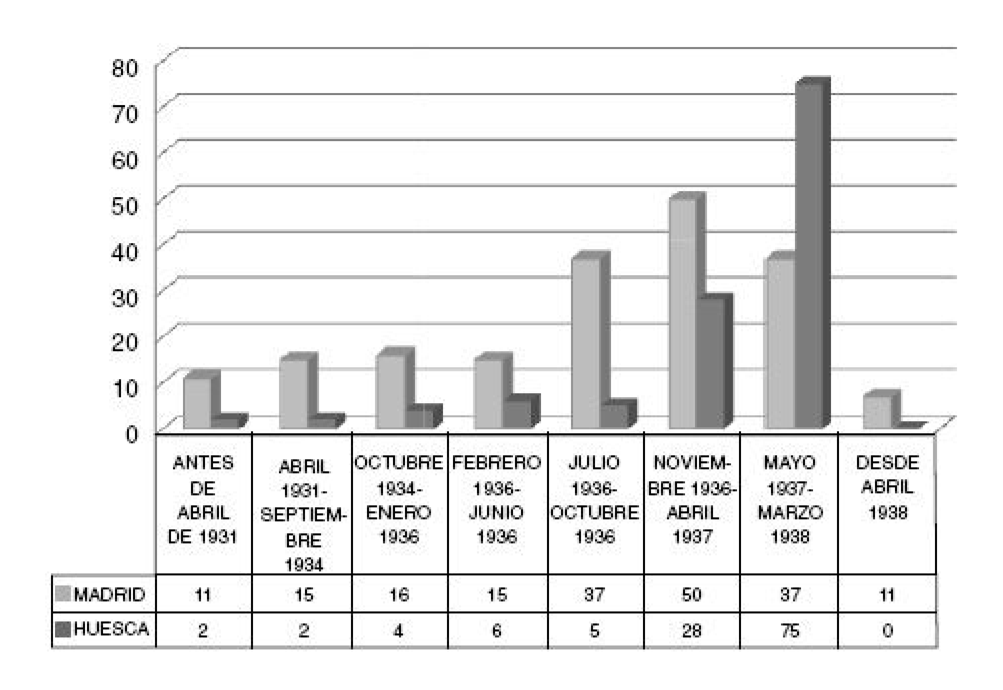
En Aragón el PCE fue durante mucho tiempo una fuerza prácticamente testimonial, por ser Zaragoza una de las perlas de la corona anarcosindicalista antes de la guerra. Como muestra, cuando se formó el radio de la ciudad de Zaragoza y se eligió su primer comité local, ni siquiera disponía el partido de local propio y hubo de albergar su reunión en la sede que le prestó Izquierda Republicana.[36] Hubo que esperar al 9 de diciembre de 1936 para que se constituyera el Comité Regional de Aragón del Partido Comunista, siendo designado su primer secretario general el médico José Duque, procedente de la Agrupación Sindicalista Libertaria de Zaragoza, y secretario del SRI.[37]

Aunque de escasa entidad, el PCE en Aragón ejerció su trabajo político a través de la Juventud Socialista Unificada, la UGT y la creación del semanario *Vanguardia*, en principio órgano de la juventud marxista-leninista y más tarde —mayo de 1937— portavoz del partido en la región. Sus líderes eran muy activos en el SRI y en los sindicatos, en particular, en la Federación de Trabajadores de la Enseñanza —FETE—. También tenía presencia en diversas organizaciones de masas, como la Asociación de Mujeres Antifascistas (AMA), Mujeres contra la Guerra y el Fascismo y la Asociación Pro Infancia Obrera.

Las cifras de militantes oscilan entre los 1.700 de los que hablaba Comín Colomer y los 411 que señala Rafael Cruz para comienzos de 1936.[38] En diciembre de ese año, José Duque admitió que el PC solo tenía radios en otras tantas poblaciones: Mequinenza, Valderrobres y Caspe. Sin embargo, el radio de Caspe se fusionó en junio de 1937 con el Comité Provincial de Zaragoza, por su escaso funcionamiento. El secretario de organización de Teruel informó en julio de 1937 que en esa provincia apenas existían cuadros; en la provincia de Huesca la influencia entre los

campesinos era nula.[39] El problema de organización del PCE —falta de ligazón y empuje de las células, irregular continuidad del trabajo militante — hubo de solventarse con afiliados al PSUC residentes en Aragón. Los mismos comités provinciales fueron, también, creados por arriba.

En los primeros meses de la guerra el PC experimentó un ligero crecimiento, se organizó muy lentamente, comenzó a intervenir con fuerza en la UGT de Zaragoza pero continuó sin tener apenas presencia en los consejos municipales, con un 0,8 por 100 de representantes en ellos.[40] La disolución del Consejo de Aragón y la represión de las colectividades modificó esta situación. Las adhesiones al partido se incrementaron en el verano de 1937. Los registros del Alto Aragón son muy significativos: las solicitudes de alta en el PCE se produjeron en avalancha en el segundo semestre del año, algo sumamente revelador si comparamos la tendencia, por ejemplo, con la de Madrid:



Gráfica 5. *Afiliación al PCE en Madrid y en Huesca (1931-1938)*.

Para mayor abundancia, las categorías profesionales de los nuevos afiliados apuntan hacia ese carácter de refugio que buscaban en el PCE los pequeños propietarios agrícolas, englobados bajo la denominación de «labradores». El PC aragonés se convirtió en una especie de agencia de

mediación entre los campesinos que acudían para reclamar la devolución de sus tierras y aperos tras la disolución de las colectividades y el Instituto de Reforma Agraria del Ministerio de Agricultura detentado por los comunistas.[41] De la misma forma que en el comienzo de la guerra civil las milicias armadas procedentes de Cataluña y Valencia tuvieron una incidencia considerable en el origen de las colectividades bajo hegemonía anarcosindicalista, el control comunista sobre el ejército que intervino en el frente aragonés a partir de julio de 1937 determinó, en gran medida, la inclinación de la balanza a favor del PCE en la región.[42] A pesar de todo, no fue posible extender y consolidar en Aragón una organización importante antes de su caída en manos del enemigo. «No existen células ni comarcales —señaló un informe central de organización en diciembre de 1937—. El Comité Provincial de Teruel es muy débil. En Zaragoza, con 200 pueblos, hay 40 radios.»[43]

Las organizaciones provinciales

Condición *sine qua non* para que la organización sacase todo el partido de sus efectivos era el desarrollo de un eficaz funcionamiento de los órganos de dirección provinciales. Era la única instancia, junto con las escuelas de cuadros, que disponía de la capacidad para instilar disciplina, encuadrar en un trabajo a los afiliados y convertir, en definitiva, a una masa informe de adherentes en un colectivo de activistas. Sin embargo, esta fue una de las asignaturas pendientes del PCE durante toda la guerra, en especial más allá de los núcleos de Madrid y Cataluña. Un informe de organización fechado en diciembre de 1937 era sumamente ilustrativo al respecto.[44] En él se abordaban distintos problemas planteados por los comités provinciales, y los resultados no podían ser más desmitificadores.

En Albacete solo funcionaban cuatro comités comarcales, pues otros que figuraban como tales solo eran en realidad «comités de radio que se limitaban a trabajar en su localidad con el nombre de comarcales». La dirección del partido —seguramente impuesta desde arriba— no era conocida ni aun por las propias bases. El secretario general, el de *agitprop* y

el femenino no eran de la provincia. No funcionaba más comisión que la sindical. Existía poca vigilancia para evitar la infiltración de emboscados: «En el propio comité provincial se ha descubierto un elemento de Falange. También han sido detenidos por fascistas dirigentes de dos radios».

En Ciudad Real la situación no era muy distinta. El Comité Provincial era muy débil y sus miembros muy sectarios. Realizando un trabajo que no se dudaba en calificar de caciquil habían logrado enfrentar a los militantes del partido con los obreros agrícolas de la Federación de Trabajadores de la Tierra, con las colectividades, y con todas las organizaciones de la provincia.

Córdoba era otro ejemplo de sectarismo, en este caso, de género: Con un 37 por 100 de mujeres entre los efectivos del partido, solo una ocupaba un cargo de responsabilidad en la dirección del Comité Provincial.

La relación de defectos continuaba inacabable: en Granada, el Comité Provincial era muy débil: «No hay comisiones, ni comarcales, ni células. El Buró Político incompleto (ni Cuadros ni Femenino). Desligazón con la provincia». En Guadalajara no existían comarcales, sólo células en la capital. En Murcia la dirección no era conocida. «Tradición caciquil muy arraigada.» En Valencia, por último, se denunciaba de nuevo la falta de vigilancia y la «condición no proletaria» de los integrantes de la dirección.

En cuanto a la distribución provincial de la militancia comunista, conviene no perder de vista otro factor determinante: la existencia de un gobernador civil del partido. Era tradicionalmente conocida en España la capacidad de influencia que podía ejercer un delegado gubernativo en una demarcación provincial.[45] En plena guerra, la adscripción partidaria del gobernador debió influir necesariamente en el desarrollo de una línea de apoyo a las decisiones de su organización y de limitación de la capacidad de movimientos de las organizaciones concurrentes. Fue de esta forma, por ejemplo, como se produjo el retroceso de la influencia de los anarquistas en Cuenca tras la designación, en mayo de 1938, del comunista Jesús Monzón Reparaz,[46] o las pugnas emprendidas en Albacete o Murcia por los seguidores de Caballero para desplazar a los respectivos gobernadores en beneficio de un simpatizante de su corriente. Durante el gobierno de Largo Caballero, los comunistas solo contaron con dos gobernadores civiles, Luis

Cabo Giorla, en Murcia,[47] y Antonio Ortega, en Guipúzcoa. El resto del territorio leal fue confiado de forma aplastante a delegados socialistas. Con el primer gabinete del doctor Juan Negrín, el PCE vio incrementada su presencia en los gobiernos civiles de Albacete (Jesús Monzón, inmediatamente seguido del antiguo consejero de Interior de la Junta Delegada de Defensa de Madrid, José Cazorla), Alicante (Nemesio Pozuelo y Jesús Monzón —en su segundo destino—), Almería (Vicente Talens), Castellón (Fernando Rodríguez Fillaseco), y Córdoba (Virgilio Carretero). En mayo de 1938, con el segundo gobierno Negrín, Jesús Monzón asumió el gobierno civil de Cuenca y José Cazorla el de Guadalajara,[48] donde a este último le soprendió el golpe de Casado y Mera.

La continua pérdida de territorio y su división, así como la concentración de fuerzas en torno a Cataluña afectó durante el último año de la guerra a la zona centro, con particular incidencia en torno a Madrid (la organización comunista de mayor peso específico) y las provincias orientales de lo que entonces era Castilla la Nueva (Guadalajara, Cuenca y Ciudad Real), además de Albacete y Almería. La densificación de la zona de Levante presagiaba la importancia estratégica que esta región asumiría durante los últimos compases de la guerra.

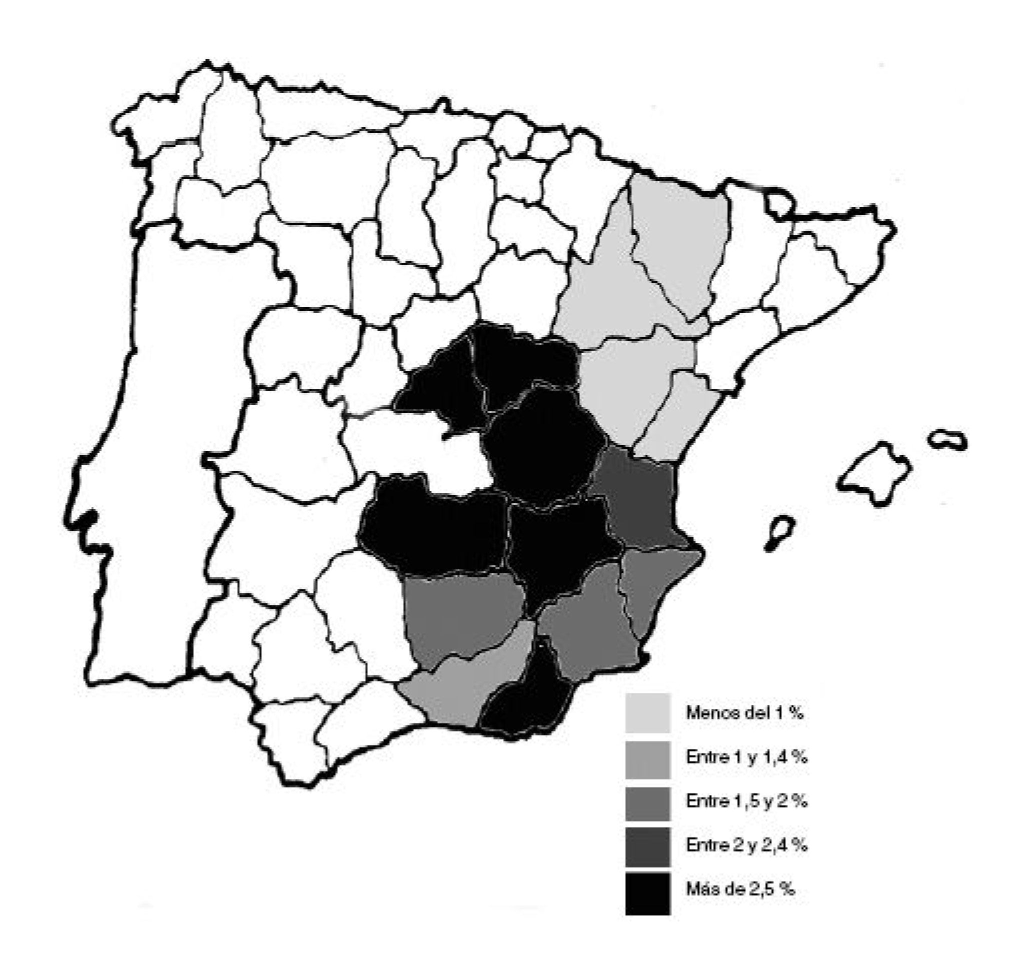
Porcentaje de militantes sobre el total de la población (enero, 1938)

Provincia	*Afiliados*	*Población*	*Índice*
Albacete	15.000	332.619	4,5
Alicante	10.000	545.838	1,8
Almería	10.000	341.550	2,9
Castellón	3.000	308.746	0,9
Ciudad Real	16.000	491.657	3,2
Córdoba	10.935	668.862	1,6
Cuenca	8.500	309.526	2,7
Granada	6.500	643.705	1
Guadalajara	7.000	203.998	3,4
Aragón	8.000	1.031.559	0,7
Madrid	63.426	1.383.951	4,6
Murcia	12.000	645.449	1,8
Valencia	25.460	1.042.154	2,4

Tabla 8.

El repliegue político que acompañó al retroceso en las expectativas sobre la guerra contribuyó a hacer aflorar todos los vicios organizativos y de funcionamiento adquiridos por un partido conformado por la interconexión no siempre satisfactoria de grupos reducidos de dirigentes locales. A comienzos de 1938 los déficits se habían acentuado en todos los campos: falta de vigilancia, escasez de preparación política e incomprensión de la línea del partido.[49]

En Madrid no se difundió el material de propaganda sobre el trotskismo en el ejército. Fue necesario proceder a unas 600 expulsiones del partido en el año anterior y, aun así, hubo infiltrados que lograron luego pasarse al enemigo.[50] En otras provincias el asunto era incluso peor: «En La Carolina la dirección estaba compuesta por peluqueros, empleados, pequeños propietarios, y algunos de estos eran especuladores. En Beas de Segura la dirección estaba compuesta por espiritistas y protestantes. En Cazorla algunos dirigentes eran antiguos señoritos pertenecientes a la CEDA».



Mapa 2. *Distribución geográfica de la militancia del PCE, por provincias (1938).*

El reclutamiento de nuevos militantes se ralentizó e incluso llegó a estancarse. En las industrias de guerra de Madrid «hay una fábrica con 67 obreros y a pesar de que la célula trabaja bien y tiene simpatías no aumenta el número, está estacionada en 14 militantes. En *Standard* [con] 1.060 obreros, tenemos posiciones en el comité de fábrica, control obrero, comisiones sindicales, etc., y sin embargo no contamos más que con 96 militantes». En Murcia el partido «no crece, según confesión del secretario de organización. Los militantes se desmoralizan, no visitan el local del partido». En Ciudad Real había habido «35 ingresos en el último mes, de ellos 20 mujeres en la capital. Da la sensación de que el reclutamiento está estacionado». En Ocaña se contaban en 500 los últimos ingresos, la mitad mujeres, «pero por incomprensión no hay un mayor crecimiento».

En Almería y Jaén se constató netamente la inflexión y el declive en la curva de afiliación: la primera provincia contaba en noviembre de 1937 con 10.650 afiliados, que entre diciembre y enero quedaron reducidos a 10.000. En Jaén se pasó de los 32.000 carnets en noviembre de 1937, a los 30.500 de diciembre para acabar con los 21.000 repartidos en enero de 1938. Solo en Valencia parecían mejorar algo las cosas después de un periodo estacionario, creciendo de nuevo a un ritmo de 10 o 12 afiliados por día, aunque muy lejos de las 55-60 adhesiones diarias que recibió como media entre julio de 1936 y noviembre de 1937.

En Cuenca, desde abril de 1938 ingresaron en el partido 323 hombres y 312 mujeres. En otras provincias, como ya se ha señalado, la tendencia era la misma, y, sin embargo, la incapacidad para incorporar a las mujeres a puestos de responsabilidad denotaba las inercias e incomprensiones de la línea del partido por parte de las organizaciones territoriales y de base.

En Madrid se percibía «falta de responsabilidad en la aplicación de acuerdos». En el radio de Vallecas se expulsó al secretario general «por inmoral [y] subestimación de la mujer». Su concepto acerca de la irrupción de las mujeres en la esfera política no había superado, por lo que se ve, los cánones *clásicos*: «Este camarada ha intentado actos inmorales con la secretaria sindical».

En última instancia, el PC nunca pudo superar eficazmente la distancia que separaba el centro de decisión —allí donde se encontrase la itinerante dirección del partido siguiendo los pasos del gobierno— y las organizaciones territoriales que apenas contaban más que con la prensa del partido y alguna inspección volante para orientar su trabajo.

En unos casos, las direcciones pecaron de elitismo, como la de Murcia, que tenía «miedo a los nuevos ingresos. En Quintanar, Villasequilla, hay compañeros de dirección que dicen que no es conveniente convocar a los campesinos porque estos no comprenden nada». Otras hacían lecturas peculiares de los conceptos de *unión nacional* y *guerra contra la invasión extranjera*: un miembro del Comité Provincial de Cuenca dijo públicamente que «Franco es también el pueblo español y que ese es el sentido del discurso de Dolores». La dirección del partido —clamó el informante— «no dio importancia al hecho». Incluso había quienes creían escrutar las

intenciones ocultas en el seno de la cúpula del partido y volcaban su particular interpretación a beneficio de su sectarismo. En Baza uno de los chóferes del Comité Provincial,

> viejo en el partido, dice que *el Gitano* (refiriéndose a nuestro secretario general, José Díaz) y Mije no tragan eso de la unidad, pero que tienen una espina ... Estos dos camaradas chóferes fueron al local del Partido Socialista a insultarles, llamándoles hijos de puta. Se les llama el grupo de oposición y se les califica de sectarios en broma, sin discutir seriamente con ellos.

El resultado final de tanta confusión no podía ser otro que la inercia paralizante. En Jaén «las células de barriada en la capital no se reúnen desde hace más de dos meses y cuando lo hacen los acuerdos quedan sobre el papel».[51]

En definitiva, uno de los problemas que ha planteado la determinación de la magnitud de la militancia comunista durante la guerra civil ha sido el resultado de adoptar una visión generalista, como si todo afiliado tuviese el mismo nivel de compromiso e irradiase en su entorno idéntico nivel de influencia. Hay veces en que los propios anticomunistas son los primeros en creer a pies juntillas la propaganda que hacía de cada militante un disciplinado combatiente entregado vitalmente a la causa. El grado de compromiso personal no era el mismo para todos aquellos que recibían el carnet.

La hiperactividad de algunos cuadros entregados de lleno al partido podía confundir acerca de la entidad organizativa real que estaba detrás de ellos. El mismo José Díaz alertó de que, con la movilización de las quintas de los años 1932 a 1936, muchos dirigentes de los comités provinciales tendrían que incorporarse a filas, lo que crearía graves problemas de dirección en las provincias al depender el trabajo político en ellas de un reducidísimo grupo de activistas:

> He visto cómo algunos camaradas vienen un poco alarmados porque se va al frente todo el Comité Provincial, o una parte de él, y consideran que en estas condiciones el partido se puede hundir o que puede sobrevenir una catástrofe ... A veces un Comité Provincial depende de un solo miembro, del secretario general, del secretario de organización o del secretario de agitprop, y cuando uno de esos compañeros viene a consultar al Comité Central problemas muy

> importantes de su provincia y lleva media hora en Valencia, enseguida plantea la cuestión: «Tengo que marcharme inmediatamente, porque si no, el Partido no marcha». Pues bien, un Comité provincial o un Comité de radio que dependen de un solo individuo, no es tal comité.[52]

En ocasiones, los déficits de organizadores eran suplidos por auténticos estajanovistas del trabajo político, hasta el punto de preocupar a la propia organización porque impedían la labor y promoción de otros camaradas. Un ejemplo de ello fue el caso del ferroviario Antonio Rodríguez Espina, que tras superar los cursos de la Escuela Provincial de Cuadros en mayo de 1937 y pasar un tiempo como auxiliar del profesorado, por su buen aprovechamiento, fue enviado a Orihuela por el Comité Provincial de Alicante, como instructor del partido en aquel Comité Comarcal. Meses después el secretario de Organización de Alicante envió una carta a la delegación del Comité Central en Madrid —quizás porque el interesado, sevillano, era conocido de José Díaz— en la que se pedía su relevo porque

> al poco tiempo de estar allí ... se había convertido en otro compañero más de la dirección del Comarcal, esto lo demuestra el hecho práctico de que era el Responsable Político-Militar del Comarcal, miembro del Comité de enlace Marxista, Secretario Comarcal del SRI, [y] Secretario de la Cooperativa Campesina.

Unía a su hiperactividad un carácter demasiado «familiar» que le hacía no ser muy respetado por el resto de sus camaradas. «Ante ello —concluía el secretario de Organización alicantino—, y comprendiendo que de esta forma los compañeros del Comarcal no iban a tener ninguna orientación, y [que] con su trabajo iba a impedir el desarrollo de los compañeros de la Dirección, se había pensado en sacarle de allí, utilizándolo en otro trabajo del Partido...» Se le acabó proponiendo, el 1 de diciembre, para secretario de la Comisión de Cuadros.[53]

La militancia de los partidos comunistas podía ser clasificada con relación a una serie de factores que se basaban en conductas externas, que a su vez denotaban niveles de adhesión. El resultado puede expresarse gráficamente mediante un modelo consistente en tres círculos concéntricos: un núcleo duro central, compuesto por los militantes veteranos y la cúpula

de dirección, de reducido tamaño y relativamente estable; un círculo medio fluctuante, compuesto por simpatizantes y miembros de las organizaciones satélites, tendentes a la integración militante ante expectativas favorables o en coyunturas de efervescencia política, pero con cierta tendencia al repliegue y el retraimiento en circunstancias desfavorables; y un círculo exterior, de aluvión, integrado por recién llegados, incluso por oportunistas y emboscados en circunstancias de confusión, de moderado o escaso compromiso militante y elevada volatilidad. Estos dos últimos sectores fueron los que nutrieron el crecimiento del PC en la República en guerra, mediante la afluencia a sus filas de sectores populares que vieron en él la mezcla de radicalismo y republicanismo más coherente, y por percibirlo como el heredero de la tradición republicana de anteguerra trufada con el obrerismo socialista clásico y la modernidad soviética. Fueron también los primeros que se erosionaron ante la proximidad de la derrota, sin que el núcleo central fuera capaz de conservar lo adquirido ni de organizarse a sí mismo para la entrada en una nueva dinámica de clandestinidad tras la derrota.

La corriente de adhesiones que experimentó el PCE durante la guerra civil no fue, pese a lo que han propalado sus adversarios, consecuencia necesaria de una labor de absorción ejercida mediante agresivas campañas de proselitismo y reclutamiento interesado. Más bien fue el resultado de un desplazamiento del PCE hacia posiciones de centralidad, durante el que entró en contacto y asumió como propias las coordenadas nacionales, sociales, profesionales y culturales del ideario popular de izquierdas que antes de la guerra había estado representado por otras opciones. El alejamiento de las concepciones leninistas de vanguardia, de la entrega militante en condiciones de clandestinidad y de las exigencias periódicas de depuración abolió las barreras que dificultaban la toma de posición como miembro del partido, normalizando el proceso de adhesión. La conversión, en definitiva, en un partido de masas llevó consigo que el acto de tomar su carnet no fuese tanto una cuestión de «hacerse» comunista, como de que «ser» comunista llegara a considerarse una cuestión natural.[54]

12

Rostros

SI TENEMOS EN CUENTA que el desarrollo del comunismo en el siglo XX estuvo ligado, entre otros factores, a la seducción que la promesa de un cambio político radical ejerció sobre quienes hasta entonces habían quedado excluidos tanto del ejercicio del poder político como de las apelaciones a participar en el sistema,[1] es preciso abordar el análisis cualitativo de la militancia comunista para comprender la naturaleza de su exponencial crecimiento en el contexto de la guerra civil, más allá de las simplificaciones a las que me he referido reiteradamente a lo largo de este trabajo.

CLASIFICACIÓN SOCIOPROFESIONAL

Sobre la estratificación social de los afiliados al PCE entre 1936 y 1939 ha flotado como un manto persistente e impermeable al análisis empírico la interpretación tradicional que ha fijado la imagen de partido-refugio para incidir en la naturaleza mesocrática y sedicentemente de izquierdas de las masas neocomunistas bajo la República en guerra. Como ha señalado Martín Ramos en el caso del PSUC, uno de los tópicos que entorpecen la comprensión de la guerra civil es el que presenta al comunismo como una organización dominada por elementos oportunistas actuando sobre un magma de clases medias medrosas, muy lejos del carácter auténticamente proletario de la CNT o el POUM, lo que, además, supuestamente contribuiría a explicar su «traición» a un determinado concepto romántico de revolución.

Hace unos años Rafael Cruz aventuró nuevas líneas de interpretación sobre la evolución de la militancia comunista en este periodo.[2] Según este autor, el PCE reclutó un 50 por 100 de sus adherentes en el sector del trabajo manual, urbano y rural. A él se sumaron, indudablemente, propietarios y arrendatarios de tierras, jefes, oficiales, suboficiales y soldados —de tropa y milicias— del ejército, policía, periodistas, artistas, escritores y publicistas, así como artesanos, empleados públicos, gerentes, comerciantes y pequeños empresarios, hasta completar la otra mitad. Esta relación podía modificarse de manera sustancial si se indica que los soldados y milicianos, junto con los integrantes de los grupos sociales señalados en segundo lugar anteriormente superaban de forma amplísima (80 por 100) a los trabajadores manuales (20 por 100). Según Cruz, este escaso porcentaje de trabajadores manuales en el PCE se parece mucho al que tuvo el Partido Bolchevique de la URSS en el transcurso de la guerra civil rusa entre 1918 y 1920, cuando al ubicar a sus militantes como funcionarios y soldados en la maquinaria del Estado y en el Ejército Rojo disminuyó su componente obrera.

Esta diversidad reproduce también las características sociales de los votantes de las candidaturas de la coalición de izquierdas en las elecciones de 1936. Es decir, el PCE pretendió aglutinar en su propia organización al «pueblo» en cuyo nombre se produjo el pacto del Frente Popular, el gobierno republicano de izquierda y el apoyo parlamentario a ese gobierno en la primavera de 1936. Con ello podía reclamar para sí ser la mejor representación del pueblo republicano en su conjunto.

Graham[3] ha explicado que el contexto general neoclientelista indujo a que la gente ingresara en partidos y sindicatos buscando protección social y política en unos tiempos inciertos y caóticos, y muchos optaron por el PC porque era la formación mejor organizada, más disciplinada y más eficiente. En Cataluña y Valencia, en posiciones de retaguardia, la atracción comunista fue muy notable. En ambos lugares dicha atracción se debió principalmente a que los comunistas aseguraron un espacio de seguridad para las personas y la propiedad privada en zonas que habían resultado muy afectadas por los desafíos al *statu quo* social y económico. Así, pequeños propietarios agrícolas y dueños de talleres industriales y establecimientos

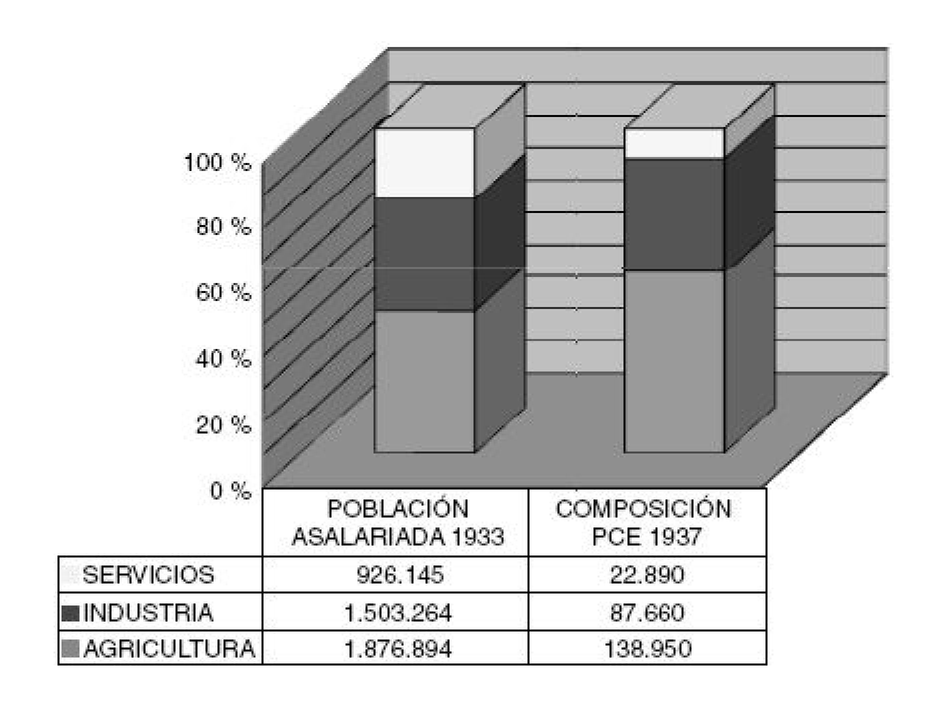
comerciales se unieron en tropel al PCE o al PSUC. Por la misma razón, la ausencia de cualquier tentativa de revolución social en el País Vasco, al igual que las fuertes lealtades nacionalistas de las clases medias bajas hicieron que el PCE permaneciera como un partido marginal, así como en Asturias.

En su obra sobre el PCE en la Segunda República, Cruz reflejó los porcentajes de afiliación por criterios socioprofesionales en el IV Congreso celebrado en 1932. Las cifras daban entonces un aplastante predominio de los obreros agrícolas e industriales (77,5 por 100). Esos datos coincidían aproximadamente con ejemplos concretos como el de Vigo, donde de 115 militantes, 89 eran obreros y 26 marineros; en Coruña, había 46 obreros y, en Santiago, 26 obreros y 2 estudiantes.[4] Sin embargo, es necesario aproximarse con alguna precaución al significado que se atribuía en esta época a las categorías socioprofesionales. La documentación generada por el partido clasificó como obreros a los cuatro delegados gallegos del IV Congreso. Al menos uno de ellos no lo era: Benigno Álvarez era veterinario.

Conviene señalar que la obsesión obrerista, mantenida durante largo tiempo por el PCE, podía llevar a maquillar los datos. Como ha indicado Martín Ramos para el ámbito comunista catalán, el desglose de los diferentes sectores profesionales tiene el inconveniente de que en algunos casos se identifican oficios específicos y en otros ramos de actividad, con lo que los hipotéticos pequeños empresarios que pudiera haber quedarían englobados dentro del título general y no se podrían desagregar obreros y patronos. Con carácter general, la calificación de «pequeños burgueses» nunca se refirió significativamente a pequeños patronos de los ramos industriales, sino a pequeños comerciantes o intelectuales.[5] Esa misma obsesión podía interponer recelos ante el ingreso de miembros no obreros en el partido, pero estos prejuicios solo afectaban al proceso de entrada en el partido, ya que una vez dentro los afiliados de procedencia «burguesa» o «pequeñoburguesa» podían ocupar cargos de responsabilidad.[6] La militancia comunista se caracterizó, en general, por una variedad que posibilitó la coexistencia de carpinteros, tipógrafos, ferroviarios, canteros,

albañiles, electricistas, empleados de comercio, médicos, profesionales liberales, transportistas y funcionarios. Hablar del predominio del proletariado resultaría algo excesivamente simplista.

El relativo o insuficiente peso específico del proletariado entre la militancia comunista española fue siempre una obsesión de los secretarios de organización. En la época de la bolchevización ello podía revelar la debilidad teórica y política del partido y suscitar la desconfianza de la Comintern.[7] El frentepopulismo abrió las puertas del partido a grupos más heterogéneos y fue la causa de que, a la larga, tanto el PCE como el PSUC reprodujeran en su seno y a escala —con las lógicas desviaciones no significativas— la estructura social del pueblo republicano, como se aprecia en la gráfica 6:



	POBLACIÓN ASALARIADA 1933	COMPOSICIÓN PCE 1937
SERVICIOS	926.145	22.890
INDUSTRIA	1.503.264	87.660
AGRICULTURA	1.876.894	138.950

Gráfica 6. *Población asalariada, por sectores, en España (1933) y composición sectorial de militancia comunista (1937).*

Considerado desde el punto de vista de la división tripartita de la actividad económica, la estructura de la población asalariada en España y la declarada por el secretario general del PCE en el Pleno de marzo de 1937 se asemejaban en la prelación de los sectores, con una mayor representación del campesinado y de los obreros y menor de los servicios en el caso del

PCE, lo que corresponde justamente a un partido de clases trabajadoras, independientemente de su relación con la posesión de los medios de trabajo o con la condición de asalariado.

Los nuevos militantes que entraron durante la guerra, entre julio de 1937 y enero de 1938, se encuadraron en la siguiente tipificación: el 40,84 por 100 eran obreros, mientras el 42,18 por 100 eran campesinos, el 8,3 por 100 empleados, el 4,4 por 100 intelectuales o gentes de profesiones liberales, y el 4,1 por 100 pequeños comerciantes. El hecho de que los obreros representaran menos de la mitad de las nuevas incorporaciones llamó la atención tanto de la Comintern como de los observadores externos. Según todos ellos, el partido tenía una militancia distanciada de lo que se esperaba fuese la estándar de un partido comunista.

Quizás el primer factor explicativo deba remitir de nuevo a la estructura de la población activa española, donde el proletariado industrial también suponía menos de la mitad del conjunto. Pero también es útil ver en qué aguas pescaban otras organizaciones de izquierda, para calibrar si el caso comunista era específico o no. A pesar de la escasez de datos cuantificables —por la lógica destrucción de la mayor parte de los ficheros de afiliados— es posible, mediante las fuentes que se han conservado (a las que, lógicamente, hay que otorgar un valor relativo a falta de algo más amplio), comparar las clientelas del PC y del PS gracias a una serie de peticiones de adhesión en los primeros compases de la guerra:

Solicitudes de afiliación al PSOE y al PCE en Madrid (julio de 1936)

	PSOE Madrid	%	*PCE Madrid*	%
Funcionarios	112	7,4	4	1,8
Técnicos	71	4,7	14	6,1
Industriales	101	6,7	4	1,8
Maestros	27	1,8	11	4,8
Empleados	227	15	28	12,3
Comercio	125	8,3	13	5,7
Especialistas	76	5	5	2,2
Servicios	62	4,1	9	3,9
Transporte	234	15,5	22	9,7
Industria	140	9,3	38	16,6
Construcción	151	10	19	8,3
Oficios varios	73	4,8	5	2,2
Agricultura	4	0,3	19	8,3
No cualificados	93	6,2	29	12,7
No consta	15	0,9	8	3,6
TOTAL	1.511	100	228	100

FUENTES: PSOE: CDMH, PS-Madrid, 391(2).
PCE: CDMH, PS-Madrid, 86.

Tabla 9.

Como se aprecia en la tabla 9, el 48,1 por 100 de los aspirantes a afiliarse al PCE en Madrid desempeñaban oficios manuales, en la industria, construcción, oficios varios y agricultura, frente al 30,6 por 100 de los aspirantes socialistas. Por el contrario, el 53 por 100 de estos ejercía oficios «de cuello blanco», frente a un 38,6 por 100 de los comunistas.[8] Hay que insistir en que se trata de una fuente fragmentaria y centrada en el caso de la capital republicana, por lo tanto, con una probable ponderación al alza de sectores como el de servicios, pero a falta de otras, sus cifras apuntan a que el PC no tenía por qué ser, necesariamente, la primera opción de las clases medias, tal como tanto se encargó de difundir Bolloten basándose antes en su prejuiciada impresión que en datos empíricos.

El carácter de partido de las clases populares quedó reflejado en la composición de los delegados al Pleno del Comité Central celebrado en Valencia en marzo de 1937. Al menos el 56 por 100 eran asalariados de la industria y el campo, y un tercio se dividía a partes casi iguales entre pequeños propietarios e intelectuales. Unas estadísticas que, con pequeñas variaciones, se reproducían en el PSUC.[9] Puigsech y Martín Ramos han llegado a la conclusión de que ambos partidos se nutrieron mayoritariamente de los sectores identificados con el proyecto frentepopulista y de los antifascistas que hasta entonces no habían estado organizados políticamente.[10] Los dos procuraron ampliar al máximo su base, pero en cualquier caso siempre el sector de los trabajadores manuales de la industria o el campo fue ampliamente mayoritario.[11]

El PCE, en definitiva, no debe caracterizarse como un depósito de aluvión, refugio de tenderos y labradores o cajón de sastre mesocrático. Fue un partido de trabajadores, asalariados y clases populares, con una representación campesina importante, y ejerció una fuerte atracción sobre la nueva generación intelectual. Su crecimiento e implantación social no respondió a un hecho negativo, como concluye Martín Ramos, sino al de representar una propuesta política concreta: la del frentepopulismo como estrategia más eficaz de lucha contra el fascismo. Sobre todo se benefició de la movilización política que generó el levantamiento militar y la guerra, y para ello desplegó una intensa actividad de propaganda y captación.

El PCE retuvo su base trabajadora de preguerra y la amplió. La naturaleza interclasista del PCE durante la guerra constituyó la clave de la importancia del partido en este periodo. Como ha indicado acertadamente Graham, el partido comunista, como organización de masas, fue capaz de recrear en su interior, al menos hasta 1938, la alianza interclasista del Frente Popular destrozada por la rebelión militar. La capacidad del PCE para dirigirse a la vez a una variedad de sectores sociales e incorporarlos a su proyecto, utilizando discursos políticos en consonancia con cada sector, lo convirtió en el primer partido de la izquierda en contribuir de forma importante a alcanzar el objetivo fundamental de la política española desde 1931: la movilización popular interclasista.

Esta búsqueda de un proyecto nacional de modernización social y política, que antes de la guerra había encarnado un sector del partido socialista —el centrista cercano a Prieto—, fue rescatado en el periodo bélico por un PCE libre de disputas internas entre alas pragmáticas y partidarias de una difusa revolución social, de tal modo que cada vez hubo menos contenido ideológico estrictamente comunista en el discurso del PCE y sí un creciente deslizamiento desde las iniciales posiciones sobre la «revolución democrática» hacia el concepto de «guerra nacional-revolucionaria», sintagma que terminaría perdiendo en 1938 el segundo calificativo para exaltar, en esencia, el patriotismo como factor primordial de movilización. Lo más comunista que conservó el PCE no fue el contenido de sus políticas, sino sus técnicas organizativas y propagandísticas. Uniendo ambos componentes, un discurso con el que se podían identificar todos aquellos que participaban del ideario popular de izquierdas y unas intensas campañas de agitación basadas en recursos propios de la era de la sociedad de masas y apelaciones a un patriotismo regenerador, el PCE se convirtió durante la guerra en el mejor partido republicano conocido en la historia de España.[12]

PROCEDENCIA POLÍTICA

Los nuevos y numerosos afiliados al PCE durante la guerra no procedieron de forma mayoritaria de otros partidos y organizaciones existentes en el sistema político de la República. Como indicó una encuesta realizada por el PCE a finales de 1937, la mayoría de los nuevos militantes no tenían afiliación previa a ningún grupo. Eran personas relativamente alejadas de las redes políticas, por juventud, por ignorancia de sus propuestas concretas o por razones personales hasta ese momento. Solo cabe matizar esta tendencia generalizada al señalar que, si bien los nuevos militantes no pertenecían a ningún partido en el momento de la rebelión militar del 18 de julio, parte de ellos —los más mayores— sí pudieron ser simpatizantes, seguidores, afiliados o votantes de los partidos republicanos hasta 1935.[13]

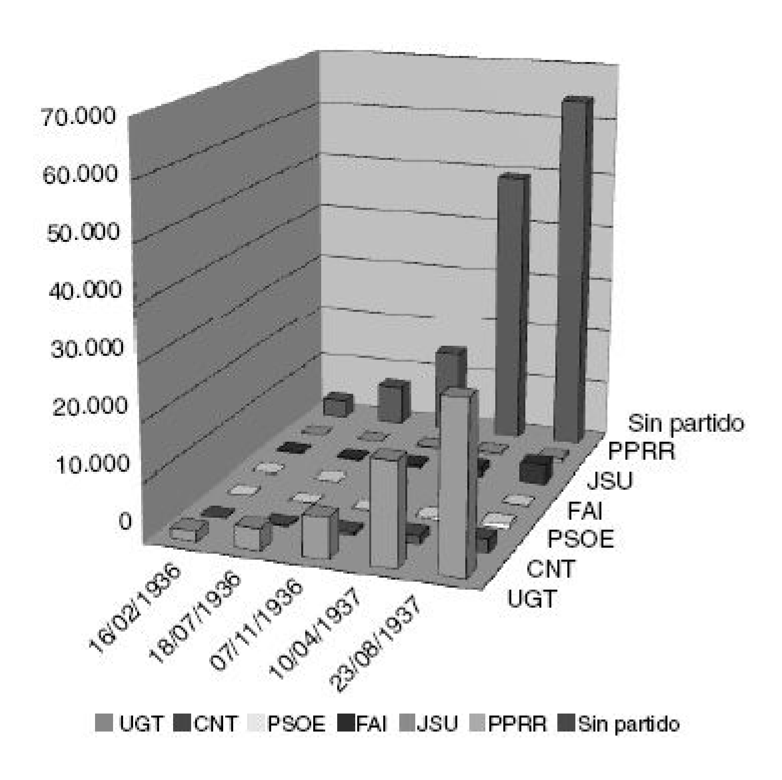
La experiencia militante previa también tenía que ver con la edad de los nuevos afiliados y con las condiciones políticas y sociales de su entorno. El resultado de la suma de esta pluralidad de motivaciones para la toma de partido fue la configuración de una militancia polifacética. En provincias como Huesca (tabla 10), a pesar de cumplirse la norma de la plétora de no afiliados previamente, los de mayor edad, que sí habían militado antes, lo habían hecho en partidos republicanos que fueron sustituidos en la defensa de los valores del ideario popular de izquierdas por el PCE.

Organizaciones Políticas	*Madrid*	*Huesca*
Partidos republicanos	13	25
PSOE	13	4
CNT	3	3
JSU	17	2
N.A.	119	89

FUENTE: AGCCE, PS-Madrid, 86.

Tabla 10.

Pero esta variedad —erigida en categoría prácticamente exclusiva por las interpretaciones bollotenianas y derivadas— no fue necesariamente la norma. Lo habitual es que el reclutamiento se hiciese entre contingentes de población sin compromiso político anterior, como demostraban los datos proporcionados por la organización de Madrid (la más numerosa del partido) en agosto de 1937 (véanse gráfica 7 y tabla 11).[14]



Gráfica 7. *Procedencia política de los afiliados al PCE. Procedencia política y sindical de los afiliados al PC en Madrid (agosto, 1937)*

Procedencia política y sindical de los afiliados al PC en Madrid (agosto, 1937)

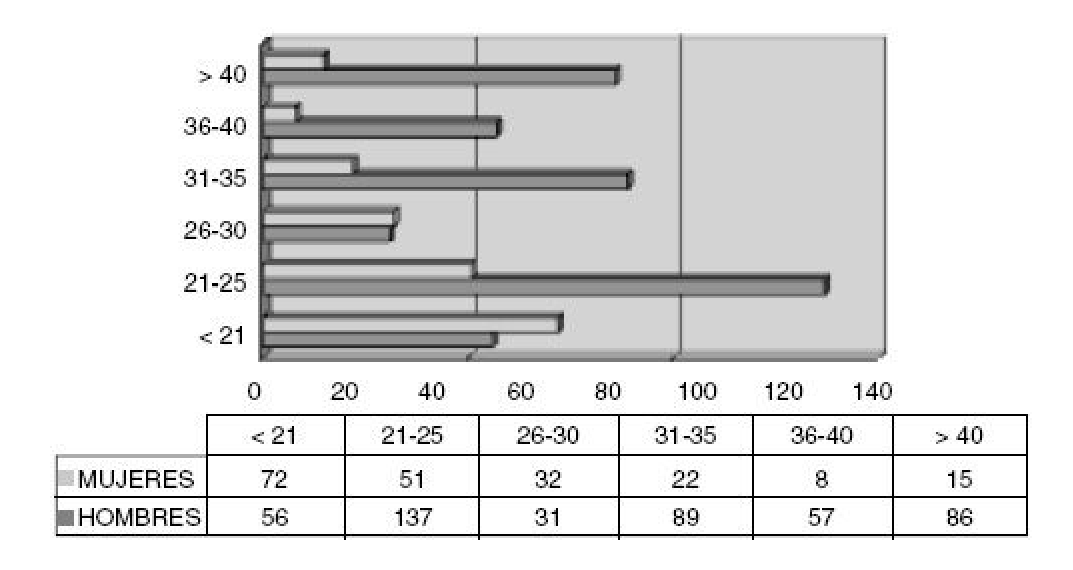
PSOE	1.086	1,7 %
JSU	3.877	6,1 %
PPRR (Partidos republicanos)	865	1,3 %
FAI	34	0,1 %
Sin partido	57.564	90,8 %
UGT	42.398	66,9 %
CNT	2.881	4,5 %
No sindicados	18.147	28,6 %
TOTAL	63.426	100 %

Tabla 11.

En una ciudad como Madrid, la gran mayoría de las nuevas solicitudes de alta eran de jóvenes sin pasado organizativo, seguido de los procedentes de la UGT y, a mucha distancia, de otros partidos de izquierda. A la vista de lo que permiten deducir las cifras, se puede afirmar que la competencia por la clientela con carnet de otras organizaciones fue numéricamente insignificante. Más allá de la leyenda del proselitismo en predios ajenos, a golpe de promesas, corruptelas o amenazas, los datos empíricos muestran que el crecimiento comunista se produjo avanzando sobre dos patas: la del grupo sin partido previo, y la de los integrantes de la UGT, siendo ambos conjuntos perfectamente compatibles. A mayor distancia queda el vivero de la JSU, que quizás hubiera dado sus frutos de haber sido otro el resultado de la guerra, pero que durante ella solo pudo apuntar a que la movilización de la juventud podría llegar a ser un repositorio de militantes comunistas.

Juventud y feminización del PCE

Dos rasgos llaman poderosamente la atención al repasar los rostros de estos nuevos militantes surgidos en la vida política durante la guerra civil: la juventud y la feminización. En 1938, la mayoría aplastante de los afiliados al partido comunista eran menores de 25 años. En Madrid, los jóvenes en general, y las mujeres en particular sumaban la gran mayoría de la militancia de retaguardia.



	< 21	21-25	26-30	31-35	36-40	> 40
MUJERES	72	51	32	22	8	15
HOMBRES	56	137	31	89	57	86

Gráfica 8. *Militancia del PCE, por sexo y edad*.

Graham ha referido el fenómeno del protagonismo juvenil en las luchas políticas y sociales de aquel periodo, que no se circunscribió solo al PCE, aunque esta organización fue la que mejor supo sacarle partido.[15] Al comunismo se incorporó una oleada de hombres jóvenes, pertenecientes a las cohortes más numerosas en la historia del país; una numerosa corriente de individuos radicalizados por la crisis del sistema, el ascenso del fascismo y la fascinación por el mito soviético; una nutrida promoción que se había incorporado a la acción política con la intensificación de las luchas sociales bajo la República,[16] educada en una ideología simplificada donde se aunaban la atracción por la disciplina, el recurso a la violencia y un difuso concepto de revolución trufado de ideales patrióticos. Y mujeres, muchas de ellas menores de 23 años, que irrumpieron algo más tarde pero no con menos entusiasmo que sus coetáneos varones, sumándose con decisión a cubrir los puestos en la retaguardia, en las fábricas y en las células. De los 767 afiliados cuyas fichas fueron recopiladas por las escuelas provinciales de cuadros, la edad media se situaba en 26,2 años.[17]

El aspecto de la feminización de la militancia comunista, por lo desconocido y por las dimensiones que alcanzó, merece un tratamiento detenido. Ninguna otra fuerza alcanzó semejantes niveles de incorporación de la mujer. Solo el PSUC —por razones idénticas a las del PCE— mostró un comportamiento similar. Cuando se constituyó, en julio de 1936, el 5 por 100 de sus bases estaban integradas por mujeres. En octubre de 1938, a poco más de dos meses para la caída en manos franquistas de la capital catalana, la militancia femenina confirmada en Barcelona ascendía al 19,5 por 100.[18]

«¡Paso a la mujer!» fue una de las consignas de la Conferencia Provincial del PC en Madrid a comienzos de enero de 1938. [19] Por primera vez, el compromiso político ofreció a las mujeres jóvenes otras forma de vida y sociabilidad que no eran las circunscritas tradicionalmente a los ámbitos de la familia, la casa y la iglesia. La prensa comunista lo aireaba en sus páginas:

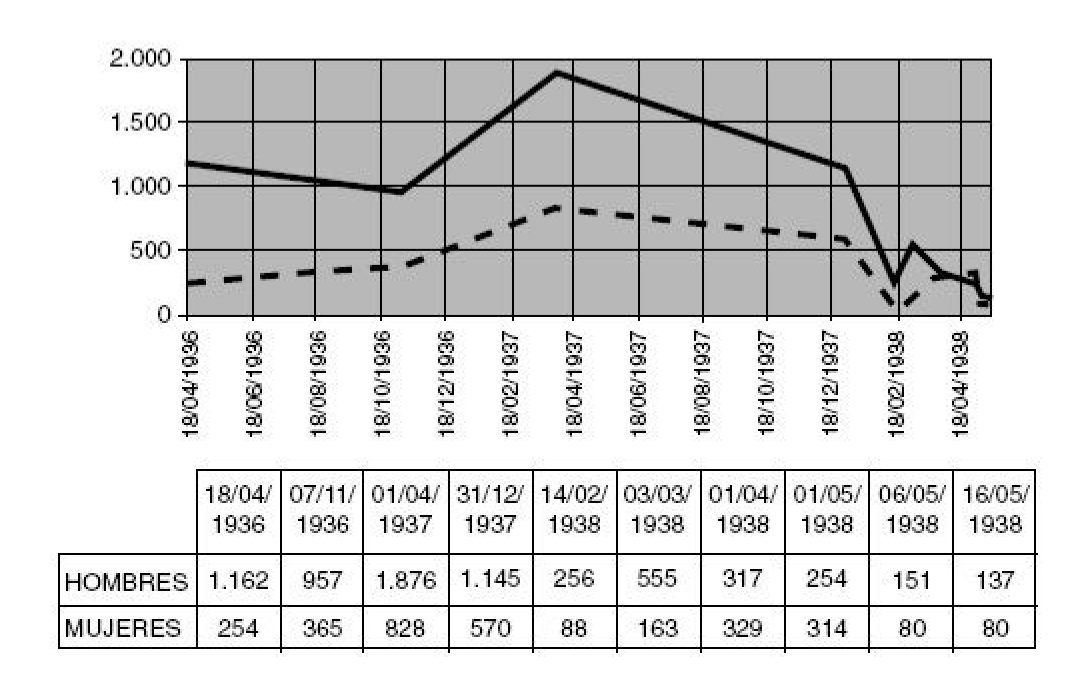
> ¡Más mujeres al Partido! —proclamaba *Mundo Obrero*—. Antes eran muy pocas las mujeres a quienes se podía interesar en la política. Hoy el crecimiento constante de masas femeninas en nuestro Partido y en otras organizaciones está demostrando, no sólo el deseo de incorporación de las mujeres a la vida política activa del país, sino también su gran capacidad ... Mujeres que han visto en el gran ejemplo de nuestra camarada *Pasionaria* que sus energías podían ser aprovechadas para algo más que atender un hogar.[20]

En otras palabras, la militancia comunista fue la forma en que las mujeres jóvenes tuvieron acceso a la modernidad bajo la República en guerra. En las factorías de aviación de Alicante, por ejemplo, el Club Femenino de Fábrica, en el que militaban ochenta mujeres, montó una casa-cuna para compatibilizar maternidad y trabajo. En esas mismas fábricas se realizó una selección de obreras para la impartición de un curso de aprendices «en el cual, además de las enseñanzas teórico-prácticas, se les van a dar unas charlas de orientación social». En Alcoy las trabajadoras de las fábricas textiles, tradicionalmente relegadas a tareas no cualificadas, consiguieron el derecho de acudir a otras secciones de la factoría para aprender las especialidades que antes les estaban vedadas, y se abrió a las mujeres la escuela de formación profesional que había en la localidad, a la que con anterioridad solo accedían hombres.[21]

No es de extrañar, por tanto, la creciente afluencia femenina a las filas del PC, hasta el punto de que, cuando en 1938 comenzó a decrecer el ritmo general de afiliaciones, las femeninas —y en particular, las de las chicas muy jóvenes— rebasaron por primera vez los indicadores de las masculinas (gráfica 9). Mientras todos los sectores mostraban un enorme desfallecimiento, informó Checa en mayo, el reclutamiento se revelaba intenso «sólo de mujeres», en consonancia con el «crecimiento general de la actividad de las mujeres en el país». Se trataba de féminas «inorganizadas, no obreras», o lo que es lo mismo, muchachas sin militancia previa ni actividad laboral hasta ese momento, debido probablemente a su extrema juventud.[22]

Allá donde se celebraron conferencias provinciales, las mujeres acudieron a llenar el hueco dejado por sus compañeros varones, movilizados o —lo que cada vez fue más frecuente— desmoralizados. Los días 10, 11 y 12 de febrero de 1939 tuvo lugar la conferencia del PC de

Toledo. En todos los lugares, las mujeres asumieron un puesto importante en la producción; en Ocaña, sesenta mujeres se incorporaron a los trabajos del campo; en Puebla de Almoradiel, «una viuda de guerra con once mujeres ha podado 15.000 cepas»; en la colectividad de Madridejos quedaron solamente ocho hombres, que «con once mujeres y seis chicos [sembraron] 100 fanegas más que el año pasado. En el nuevo Comité Provincial salido de la conferencia, quince de los veintitrés miembros electos fueron mujeres». [23] Algo similar ocurrió en Murcia: «De veintitrés miembros elegidos para el Comité, once son mujeres».[24]



	18/04/ 1936	07/11/ 1936	01/04/ 1937	31/12/ 1937	14/02/ 1938	03/03/ 1938	01/04/ 1938	01/05/ 1938	06/05/ 1938	16/05/ 1938
HOMBRES	1.162	957	1.876	1.145	256	555	317	254	151	137
MUJERES	254	365	828	570	88	163	329	314	80	80

Gráfica 9. *Afiliación en Madrid (por sexos)*.

Pero no debe extraerse de todo lo anterior la impresión de que las mujeres estaban avanzando y ocupando posiciones de forma incontestable. El artículo sobre la conferencia de Toledo puso de relieve un impedimento: «Sonseca: a las mujeres se les paga la mitad; tampoco se les permite participar en los sindicatos». Como se verá a continuación, las mujeres comunistas no se las tuvieron que ver solamente contra la reacción alistada en las filas del enemigo, sino también contra un adversario interior, agazapado en la pervivencia de mentalidades tradicionales que alentaban entre los propios compañeros de trinchera.

El PC apostó por estimular la incorporación activa de la mujer como «fuerza imprescindible para nuestra lucha y para la victoria». En la gran campaña realizada durante la primavera de 1938 —«desarrollada para lograr la moral de trabajo, de sacrificio y de fe en la victoria que la gravedad de la situación requería»—, las mujeres se habían sobrepujado en la realización espontánea de mítines relámpago en todos los espacios públicos imaginables (calles, cines, transportes...). Eran, pues, merecedoras de toda la ayuda y de todo el apoyo posible para elevar su capacitación cultural y política. Pero, para ello, había que disipar reticencias tanto en los sindicatos como en el propio partido. «Hay que borrar de todos los obreros, de todos los antifascistas, incomprensiones que las subestiman o las consideran como rivales que vienen a desplazarlos», sostenía *Frente Rojo*. «La mujer ha de jugar importante papel en la guerra y después de la victoria.» Y, por si acaso aún quedaban remolones, se sacó a relucir el referente sagrado: «La URSS nos brinda el ejemplo».[25]

Tener que recurrir a semejante argumento de autoridad revela que las resistencias a aceptar a las mujeres en plano de igualdad eran más fuertes de lo que se imaginaba. El secretario de organización lo consignó en su informe del 21 de mayo: «Resistencia de UGT y CNT a la incorporación de la mujer a los trabajos del campo ... Incorporación al trabajo lenta, resistencia de los sindicatos, incluidos los dirigidos por comunistas».[26]

En Levante, donde tras la pérdida de Cataluña se concentraba la escasa industria de guerra que le quedaba a la República, la inercia contraria a la aceptación de las mujeres dejó de ser un residuo del pasado para cruzar la línea roja divisoria de lo que podía considerarse una actitud criminal. La secretaría femenina del Comité Provincial de Alicante informó que la incorporación de la mujer al trabajo tropezaba con el inconveniente de que

> los Sindicatos no quieren. Las industrias de Aviación de gran importancia en la capital tienen en la actualidad unas 200 mujeres. Por acuerdo del Comité de Enlace UGT- CNT no se quería dejar entrar a trabajar a ninguna pero en la asamblea que se hizo por los trabajadores de las [cuatro] fábricas se acordó que sí podían hacerlo.[27]

El Comité Provincial de Albacete, informando sobre el movimiento femenino en la provincia, indicó que diariamente acudían decenas de mujeres a inscribirse al trabajo, «pero son muy pocas las colocadas por la resistencia e incluso oposición de los sindicatos. Únicamente en los metalúrgicos, que es donde tiene mayoría el Partido y donde encontramos más apoyo».[28]

Pero los metalúrgicos albaceteños no eran suficientes para crear opinión. La renuencia masculina de los camaradas varones estaba frenando el crecimiento del partido en un sector cuyas expectativas eran enormemente prometedoras. Cuando el proselitismo *hacia fuera* estaba agotado desde hacía tiempo, era absurdo no comenzar el reclutamiento *desde dentro*:

> Hay aún centenares y millares de hermanas y compañeras de comunistas que no figuran en las filas de nuestro Partido, a pesar de sentir un gran cariño por él. Es preciso que nuestros camaradas se den cuenta que estas formidables energías no pueden ser desperdiciadas, que donde primero se debe hacer el reclutamiento para el Partido es en nuestra propia casa.[29]

Para vencer la resistencia de padres y hermanos, el partido intentó, incluso, la creación de una vía paralela de militancia femenina: la creación de «células de mujeres, secciones femeninas del Partido o clubs femeninos del Partido», no con carácter general pero sí en aquellos lugares donde los comités provinciales detectaran mayores problemas para el mantenimiento de células mixtas.[30]

La tozudez masculina tuvo el efecto de provocar una respuesta airada por parte del sector femenino del partido. Meses atrás, durante una reunión de cuadros del PC de Madrid, una responsable de célula habló «de algo nuevo para el Partido».

> Se nota —apuntó— cierta tendencia feminista entre las mujeres que es necesario hacer desaparecer. Hay que incorporar a las mujeres al trabajo y hacer que ingresen muchos más hombres en el Ejército. Pero esta propaganda debe hacerse sin extremismos, que siempre son perjudiciales. No enfrentándose hombres y mujeres, porque no queremos que exista una separación, sino marchar todos unidos.[31]

Otras activistas se negaron a esconderse y proclamaron orgullosamente su ascenso y sus logros en un mundo que todavía podía resultar hostil a pesar de compartir un difuso ideal de emancipación colectiva. A las páginas del órgano madrileño se asomaron la secretaria general del Sector Oeste, Victoria Moreno, y su responsable femenino, Mercedes Zamaloa. Ambas lideraban una organización que superaba los 3.000 militantes, con 10 células de empresa. Habían puesto en marcha una Escuela de Sector, con cursos internos y externos; organizado conferencias semanales; dotado y abierto una biblioteca y una escuela de formación premilitar; y habilitado un «estudio rojo» para la rotulación de pintadas y pancartas.[32]

Fueron la excepción. Como se recoge en la tabla 12, las mujeres con cargos de responsabilidad ocuparon puestos que, salvo los correspondientes a las organizaciones de base (células y radios), correspondían al perfil de su condición femenina.

Mujeres que participan en los órganos de dirección del PC en Alicante (1938)

ÓRGANO DE DIRECCIÓN	*NÚMERO DE MUJERES*	*CARGO QUE OCUPAN*
SECRETARIADO DEL COMITÉ PROVINCIAL (CP)	-	-
BURÓ DEL CP	3	SECRETARÍA FEMENINA, DE MASAS Y JSU
CP	2	COMISIÓN DE CUADROS Y ORGANIZACIÓN
RADIOS (5)	2	SECRETARÍAS GENERALES
COMARCALES Y CÉLULAS	9	SECRETARÍAS GENERALES Y FEMENINAS
COMITÉ DE ENLACE PC-PS	1	-
COMITÉ PROVINCIAL DEL FRENTE POPULAR	-	-
COMITÉ DE ENLACE UGT-CNT	-	-
CONSEJO MUNICIPAL	-	-
SINDICATO DE CONSERVAS Y SIMILARES DE ALMORADÍ	2	PRESIDENTA Y SECRETARIA
CP DEL SOCORRO ROJO INTERNACIONAL (SRI)	1	SECRETARÍA FEMENINA
CP DE LA AGRUPACIÓN DE MUJERES ANTIFASCISTAS (AMA)	4	SECRETARÍA GENERAL, FINANZAS Y COMISIONES
AGRUPACIONES LOCALES DE AMA	4	-
CP DE JSU	3	-
ORGANIZACIONES LOCALES DE JSU	1	-
CP DE UNIÓN DE MUCHACHAS (UM)	2	ORGANIZACIÓN Y FINANZAS
ORGANIZACIONES LOCALES DE UM	1	-

CDMH, PS-Madrid, 151, *Informe femenino del CP de Alicante*, mayo de 1938.

Tabla 12.

Nunca podremos saber qué hubiera pasado en caso de que la guerra hubiese acabado con el triunfo de la República, pero lo que sí podemos afirmar es que el PCE tuvo la habilidad de proporcionar un marco de referencia atractivo para las cohortes más jóvenes —por entonces muy numerosas— de la población española, y de abrir nuevos cauces de participación para unas mujeres a las que la sociedad tradicional había mantenido secularmente excluidas de la esfera pública. No carecieron de fundamento las apreciaciones de sus dirigentes: en concordancia con los tiempos nuevos que aspiraba a representar, el PC pudo justamente blasonar de ser el partido más joven y feminizado de la España republicana.

Motivaciones

Las razones esgrimidas por los nuevos afiliados para entrar en el PCE en plena guerra civil fueron muy variadas. Podemos conocerlas de su puño y letra a partir de las autobiografías escritas para el aparato o de los trabajos encomendados en el marco de las actividades de capacitación.[33] Hay que despojar a los textos de la retórica propia de la organización —la famosa «lengua de palo» que atenazaba el discurso comunista—, para llegar al fondo de lo que motivó la entrada en el partido de hombres y mujeres de toda procedencia y condición.

Algunos autores han intentado explicar el origen de esta toma de decisión en la búsqueda de la seguridad necesaria en una época en la que cada vez se hacía más complicado sobrevivir de forma aislada, sin integrarse en alguna red política o sindical. Este impulso podría estar en el principio de la llegada a las filas comunistas de un buen número de «inorganizados» en los años previos:

> Siempre fui un sin partido, aunque de carácter liberal. Dedicado exclusivamente al trabajo, pero al advenir el movimiento fascista instintivamente me incliné a los míos, a la masa proletaria víctima de esa tiranía por haberla sufrido, como varios de mis compañeros se daban de alta en el partido comunista creí que ese era mi sitio y aquí estoy, aunque de política entienda poco [Andrés Barcias, Valencia, 21/10/1937].

Lo que fue urgente en los primeros tiempos de la guerra, se convirtió en habitual después de que, tras los enfrentamientos de mayo de 1937, los sindicatos perdieran el poder adquirido y este pasara a los partidos que apoyaban al gobierno, entre los cuales el PCE ocupaba una posición preeminente que le permitía ejercer un patronazgo colectivo.[34] Graham piensa que el PCE logró asegurar una movilización permanente, física y psicológica, tanto de la retaguardia como del frente militar, y proporcionar sentido y comprensibilidad a su relación de dependencia mutua y a las razones globales de la lucha:[35]

> El PC se destaca de la manera con las consignas de apoyo al Gobierno, creación de una potente industria de guerra, mando único, instrucción militar, comisarios de guerra, etc., culminando con la defensa del campesino, demostrando la clara visión del momento, entereza en la actuación, preparación y capacidad, resaltado todo ello por ser un partido que casi estaba ignorado, pero que actuaba más y mejor que todos los que entonces existían [Francisco Burgos, célula 14, Valencia, 22/9/1937].

A ello hay que añadir la fascinación que ejercía entre la juventud y no pocos intelectuales la imagen de la Unión Soviética, percibida como un poderoso paradigma de modernidad económica, eficacia política y vanguardia cultural en un mundo sumido en la crisis capitalista y en la pujante barbarie del fascismo. «La admiración que desde hace años siento hacia el pueblo ruso —relataba otro militante anónimo— por su organización tan formidable y que con toda mi alma deseo hacer para mi pueblo.» Los testimonios de otros permiten conocer los canales de penetración de la imagen de la Unión Soviética durante aquel periodo, y cómo ello operó en el impulso a la afiliación:

> Por medio de la radio procuro oír por las noches las emisiones de Radio Moscú, por ellas comprendo lo que sería España con un régimen como el de la URSS y estas emisiones refuerzan más mi deseo de llegar a ser un día del Partido Comunista de España [Francisco Burgos, célula 14, Valencia, 22/9/1937].
>
> El pueblo ruso con su literatura y hechos consumados me han transformado. Le admiro como admirado es por todo el mundo (aun por sus más encarnizados enemigos). Lo que se admira atrae. Sea esta mi última manifestación para poder justificar el porqué de mi ingreso en el Partido Comunista. Rusia, coloso del mundo, sé que me ampara, pues adelante... [José Bonet, célula 18, Valencia, 1/9/1937].

Pegándose al terreno, más allá de las muestras retóricas de admiración por la edificación del socialismo en la «patria del proletariado», el PCE, con las apelaciones a la erradicación de las viejas oligarquías, a la justicia social, la extensión de la cultura, la unidad popular y la lucha por la paz, más que difundir un programa revolucionario, incidió sobre los hitos del ideario popular republicano, y lo actualizó a la medida de la sociedad de masas en la era de la confrontación ideológica total:[36]

> Desde mi infancia, por influencia de mi padre, viejo luchador republicano ... empezó a despertar en mí el deseo de vivir para luchar por las reivindicaciones del Proletariado del Pueblo Español [Alonso Téllez].
>
> Fui fundador del [Partido] Radical Socialista y de Izquierda Republicana de Burjasot, y como mis ideales exigen bastante más que el ideal republicano encierra, me decidí por el comunismo estando dispuesto a aceptar la dictadura proletaria, siempre que no sea despótica y sí democrática, o sea disciplina férrea [J. Macián, célula 24, Valencia, 21/10/1937].

El PCE supo conjugar intereses concretos y, en ocasiones, contrapuestos, variables según los sectores sociales y los territorios. En Madrid fue la inmediata proximidad del frente, la erosión del Partido Socialista, y la forma de encarar la guerra lo que atrajo a los militares profesionales, por la disciplina, y galvanizó a los jóvenes militantes obreros que creían reencarnar a los marinos de Kronstadt. Las virtudes de una organización centralizada y eficaz alcanzaron, incluso, a los que vivían las vicisitudes de la guerra relativamente alejados del frente:

> La decisión de mi ingreso en el Partido fue concebida después del movimiento subversivo ... por la justeza de sus previsiones contra males mayores ... por ser, en fin, el único partido en el que todo afiliado tiene un trabajo que hacer, no como los partidos republicanos que solo son militantes de número [Afiliado, célula 14, Valencia, 9/9/1937].

En Cataluña, Valencia o Aragón la atracción comunista tuvo que ver más con la garantía de un espacio de seguridad para la propiedad privada y el orden público:

> Otra de las causas que me impulsaron a solicitar mi ingreso en el Partido fue la serie de fenómenos ultrarrevolucionarios que en los primeros meses de la guerra se sucedían, muchos de ellos, casi la totalidad encaminados a destruir al PC, único entre todos que se manifestó desde el primer momento como el más genuino [José Bonet, célula 18, Valencia, 1/9/1937].

Mutatis mutandis, la ausencia de cualquier tentativa de revolución social en Euskadi, las fuertes lealtades nacionalistas de las clases medias y la fortaleza tradicional de otras formaciones obreras hicieron que el PCE permaneciera como un partido marginal, lo mismo que en Asturias y Santander. En el resto del territorio, desde el arco levantino hasta la gran cuña de penetración por la meseta sur hacia Madrid, el principio patriótico fue imponiéndose, por encima de cualquier otro objetivo, como elemento de atracción a la línea comunista:

> Ingresé en el Partido porque desde muy pequeña vi que el PC había de ser en el futuro el que nos llevara a crear una gran España en la que todos los trabajadores de todos los partidos políticos viviéramos unidos y gozando de todas aquellas libertades que hasta ahora no hemos conocido [María Pelegrín, célula 20, Valencia, s/f.]

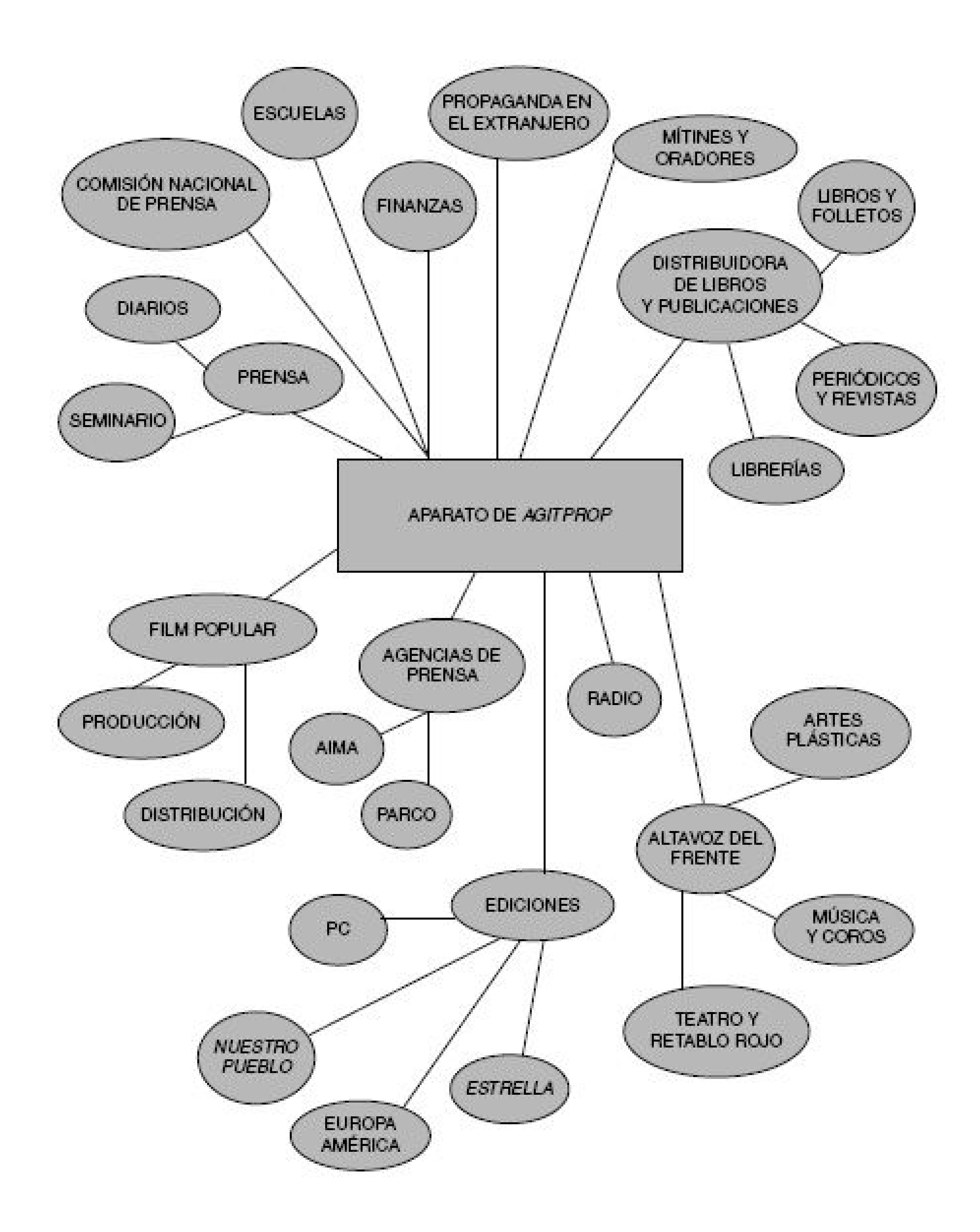
En ello, como se verá a continuación, desempeñaron un papel los mecanismos de transmisión de imágenes y marcos explicativos sobre la naturaleza del conflicto mediante los modernos recursos del mejor y más eficaz aparato de la organización comunista, el de agitación y propaganda.

Formación y lecturas

La gigantesca movilización efectuada por el PCE durante la contienda solo pudo ser llevada a cabo por la instrumentación eficaz de un potente aparato propagandístico, encargado de configurar las ideas-fuerza, las consignas e imágenes con mayor potencial de respuesta de las masas de la República en guerra.

Toda esta actividad era el cometido del gigantesco aparato de *agitprop* del partido, que por su estructura, campos de acción y dimensiones se podría calificar como una megafactoría de producción de contenidos ideológicos (gráfica 10), y cuya puesta en pie se debió fundamentalmente a Jesús Hernández — ministro de Instrucción Pública en el gabinete Caballero— y colaboradores suyos como Wenceslao Roces, Eusebio Cimorra o Navarro Ballesteros. Como se puede apreciar, no hubo manifestación cultural que la *agitprop* comunista dejara sin emplear, desde

la literatura en todos sus niveles —popular, infantil, de vanguardia—, la prensa —periódica, semanal, especializada, para el extranjero—, el grafismo, o el teatro, hasta los modernos medios audiovisuales —la radio y el cine— con su enorme capacidad de sugestión y adoctrinamiento en una sociedad con elevadas tasas de analfabetismo.[37]



Gráfica 10.

Como paso previo e imprescindible para que los contenidos de la propaganda llegaran a sus destinatarios, el Ministerio de Instrucción Pública, encabezado por Hernández, lanzó desde el primer momento intensivas campañas de alfabetización en las filas del EPR.[38] De ello se encargaron las *Milicias de la Cultura*, cuya labor complementaron las actividades del *Altavoz del Frente*, con sus emisiones radiofónicas y sus representaciones culturales en las trincheras.

En el ámbito editorial, el PCE impulsó una enorme cantidad de publicaciones, tanto de prensa periódica, con sus cabeceras de referencia, *Mundo Obrero* —en Madrid— y *Frente Rojo* —en Levante—, como de carácter teórico —revistas y libros— (tabla 13):

Publicaciones del PCE	
Título	*N.º de ejemplares*
Ediciones del PC	1.608.740
Cuadernos militares	161.000
Editorial Nuestro Pueblo	200.000
Editorial Estrella	120.000
Europa América	578.000
Ediciones El Pueblo en Armas	1.700.000
TOTAL	4.367.740
Tirada de los periódicos y revistas del PCE	
Cabecera	*N.º de ejemplares*
Mundo Obrero	41.500
M.O. para los frentes	30.000
El Sol	28.000
La Voz	20.844
Estampa	70.000
No Veas	31.000
Frente Rojo	30.000
Verdad	9.800
Nuestra Bandera	20.000
Tierra, Mar y Aire	8.000
La Voz Del Campo	15.000
Otras provincias	77.000
TOTAL	381.144
Difusión estimada (media de 6 lectores por ejemplar)	2.286.864

Tabla 13.

No hay que olvidar, a la hora de estimar la posible audiencia de las publicaciones comunistas, que algunas de ellas estaban concebidas como periódicos murales, y que otras —por el predominio de la imagen sobre el texto (*Estampa*, por ejemplo)— debían tener un promedio de lectores por

número más elevado que la prensa diaria y muchísimo más que las cabeceras de carácter teórico (*Nuestra Bandera*) o profesional (*Tierra, Mar y Aire*).

Las publicaciones comunistas se caracterizaron por una concepción totalmente moderna, tanto en maquetación como en recursos gráficos. A pesar de ser órganos políticos, recurrieron a elementos propios de la prensa popular del siglo XX (grandes titulares, encuestas, profusión de información gráfica...), que buscaban la implicación emocional del lector, frente al formato más clásico de diarios como *El Socialista*, en el que predominaba el texto destinado al comentario político. Las fotografías y dibujos se utilizaban para transmitir imágenes idealizadas y arquetípicas, según modelos iconográficos popularizados tanto por las vanguardias artísticas como por el naciente realismo socialista soviético. Eran, en definitiva, vehículos apropiados para la transmisión de consignas políticas y permitían la llegada de las mismas a los sectores más populares y de reciente alfabetización.[39]

Era este el material con el que los militantes comunistas alimentaron su formación teórica, cuyos contenidos es posible apreciar a partir de las respuestas dadas a la pregunta sobre sus lecturas en las fichas de ingreso en las escuelas de formación de cuadros (tabla 14). Se deduce que la mayor parte se informaban de la línea del partido a través de los propios órganos de prensa, decreciendo el número de alusiones a otras fuentes a medida que aumentaba su complejidad teórica. Y en este caso, incluso cabría suponer que algunas respuestas —como la que señala la lectura del *ABC del Comunismo de Bujarin*, recientemente fusilado por Stalin en 1937...— tenían más de impostación que de sinceridad.

GÉNERO	*ÍTEMS*
PRENSA PCE	48
LITERATURA PCE	34
LITERATURA MARXISTA	10
LENIN	11
STALIN	3
BUJARIN	3
OTRA PRENSA	4
LITERATURA ANARQUISTA	2
LITERATURA GENERAL	2
NADA	2

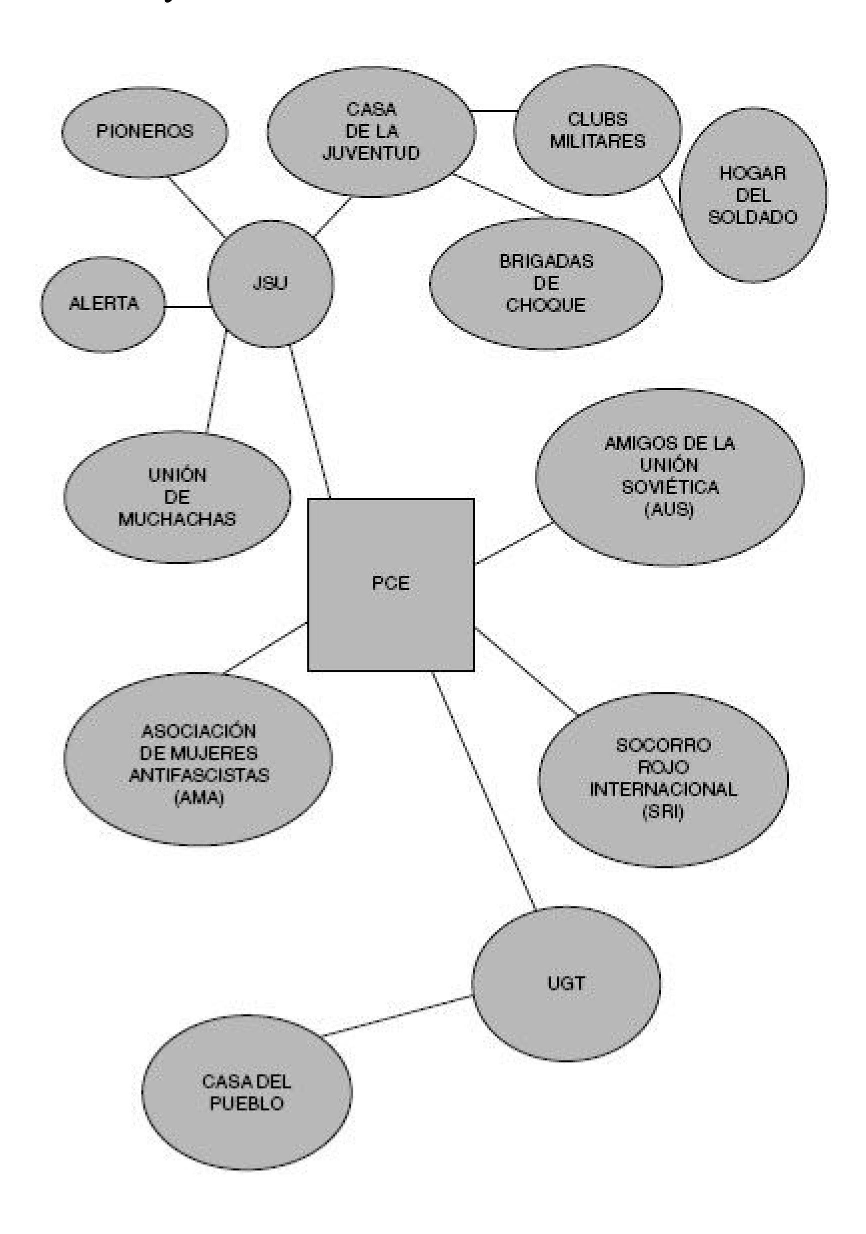
Tabla 14.

Con independencia del nivel teórico, que en el movimiento obrero español, en general, nunca fue demasiado elevado, el dato que conviene retener es que probablemente entre dos millones y medio y tres millones de habitantes de la España republicana tenían diariamente acceso a publicaciones impulsadas por el PCE. A ello se añaden quienes escuchaban emisoras (PCE-1), asistían a la proyección de películas, representaciones musicales o teatrales, contemplaban carteles producidos en sus talleres o eran sorprendidos por los mítines-relámpago y otro tipo de actos de masas.

Es indudable que fue esta extraordinaria capacidad para el bombardeo continuo de consignas lo que contribuyó a la percepción de la omnipresencia comunista en todos los ámbitos del frente y la retaguardia. Esta era una presencia magnificada y que resultó un arma de doble filo, al suscitar entre sus adversarios la falsa imagen de una maquinaria todopoderosa, confundiendo una proyección pública hipertrofiada con una realidad organizativa bastante menos arrolladora de lo que sospechaban.[40]

La «galaxia PCE»

Los partidos comunistas, en puridad leninista, eran la vanguardia del proletariado, el destacamento del sector más consciente de la clase obrera, encargado de dirigir la marcha hacia la revolución. Pero además del partido, otras organizaciones estaban destinadas a trasladar la línea del partido a las masas; a incorporar a la lucha a sectores sociales no necesariamente vinculados orgánicamente al partido; o a establecer lazos de unidad con otros sectores ideológicos afines en pos de unos objetivos comunes. Ese conglomerado relacionado de una u otra forma con el PCE, su línea política o la participación de sus militantes formaba la «galaxia PCE», con el partido en su núcleo y los distintos grupos, asociaciones y frentes de masas orbitando en torno suyo.



Gráfica 11.

El más importante de los colectivos de esta nebulosa fue la Juventud Socialista Unificada (JSU), formada en la primavera de 1936 por la aproximación de objetivos de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas de España (FJS) y la Unión de Juventudes Comunistas (UJC). El proceso que condujo a su fusión se vio impulsado, como ya vimos, por la radicalización de la izquierda socialista después de 1933, con su giro hacia la bolchevización del partido, y por los acuerdos del VII Congreso de la Comintern, entre los que destacó el que postuló la formación de organizaciones únicas del proletariado.

La formación de la JSU fue abordada en un estudio ya clásico de Ricard Vinyes.[41] Conviene recordar, empero, algunos rasgos para calibrar su importancia en el escenario político de la República en guerra. La fusión de la FJS y la UJC se realizó sobre unas bases de unificación que nunca pudieron ser refrendadas por un congreso, previsto para los días 5 a 9 de agosto, que debió aplazarse ante el estallido de la sublevación militar. En dichas bases se contemplaba la constitución de una organización *de nuevo tipo,* marxista-leninista, en efecto, pero flexible en cuanto al reconocimiento de las tradiciones de sus fuerzas integrantes y en lo tocante al encuadramiento internacional del movimiento, compatibilizándose la adscripción a las ramas juveniles de la IOS y la Comintern. La JSU era, en definitiva, un producto de la era frentepopulista, el crisol en el que debían fundirse todas las tendencias juveniles de la izquierda no solo proletaria,[42] sino también progresista, con el objetivo final de actuar como acelerador del proceso de unidad de los partidos adultos y motor de la potenciación de un poderoso bloque antifascista.

El paso de una buena parte de los dirigentes de la JSU a las filas comunistas, especialmente durante el asedio de Madrid, supone para los seguidores de la trampa bolloteniana la prueba del nueve de la pulsión fagocitadora del comunismo sobre las organizaciones afines, la antesala de la «estrategia del salami» llevada a cabo en las democracias populares del Este. Conviene recordar en este caso, como señaló Vinyes en su momento, que en las bases de unificación lo que estaba previsto era la fusión «sobre la

base de la FJS» y la organización resultante mantendría «las actuales relaciones con el partido socialista»; y que, por tanto, el término *unificación* no sería el más apropiado, pues de lo que en verdad se trató fue de un *ingreso* de la UJC en la organización juvenil socialista.[43]

La JSU se convirtió, sin duda, en una de las organizaciones más numerosas de la República en guerra. Según Vinyes, en el momento de la unificación el grupo resultante sumaba 100.000 miembros, de los que la UJC aportó, según datos propios, 32.600.[44] En cuatro semanas alcanzó los 140.000, y según el primer informe de Togliatti a la IC en agosto de 1937, alcanzó la cifra de 350.000 afiliados.[45]

La JSU asumió las funciones de educar políticamente a la juventud, organizar sus actividades, atender a sus necesidades y aglutinar a sus distintos sectores. Su programa asumió los principios del VI Congreso de la IJC, fundamentalmente el que definió los objetivos en torno a los cuales debía girar toda la actividad juvenil:

> Toda la actividad de estas organizaciones debe estar organizada de tal forma que corresponda a los deseos y las necesidades de la propia juventud, para que estudiando, organizándose y luchando por los intereses vitales de la clase trabajadora, se eduque en el espíritu de la lucha por la libertad, por el Socialismo, contra la reacción, contra el fascismo y la guerra imperialista.[46]

La primera necesidad de la juventud en guerra fue la atención a los combatientes. La JSU contribuyó desde el principio a la formación de numerosas unidades militares y al alistamiento de sus miembros. A mediados de diciembre de 1936, Santiago Carrillo afirmó que, de los 30.000 afiliados madrileños a la JSU, 30.000 estaban en el frente. Segis Álvarez, secretario de organización, cifró en más de 250.000 los jóvenes unificados en las filas del EPR a finales de septiembre de 1937.[47] La acción formativa de la JSU en el ejército se desarrolló en tres vertientes: la capacitación política del soldado, la formación técnico-militar y la educación cultural. A tal fin se crearon estructuras como los Clubs de Educación del Soldado —organización de base de la JSU en el EPR, abierta

a la participación de no afiliados— y los Hogares del Combatiente —el marco físico donde se llevaban a cabo las actividades (políticas, culturales, artísticas y deportivas) del club.

En el ámbito urbano la JSU fundó Brigadas de Choque, unidades para la intensificación de la producción, siguiendo el modelo soviético estajanovista. Un ejemplo peculiar fue el del grupo «La Gallofa», colectivo de artistas plásticos que se definían como «trabajadores revolucionarios al servicio de la guerra». De su taller, en jornadas de «16, 18 y hasta 20 horas, habían salido, en mayo de 1937, 312 carteles [a un ritmo de más de uno al día en lo que iba de contienda], 6.925 dibujos, miles y miles de insignias grabadas en metal, cientos de banderas, docenas de cabezas monumentales».[48]

La movilización sin precedentes de las cohortes jóvenes extendió el trabajo político a aquellos que aún no habían alcanzado la edad militar. Para ellos se formaron las escuelas «¡Alerta!» de formación premilitar y deportiva, indisolublemente unida, de nuevo, a la educación cultural y la formación técnica. Sus primeros grupos nacieron en el Madrid sitiado en noviembre de 1936, incorporándose a ellos 11.000 menores de 20 años en el plazo de dos semanas. En el ideario de «¡Alerta!» —grupos en los que no era necesaria la afiliación a la JSU para entrar, pues se declaraban abiertos a cualquier ideología— se reflejaron los contenidos del giro patriótico adoptado por el PCE a lo largo de la guerra: «¡Alerta!» difundió un modelo de juventud ideal, basada en unos valores que podrían pasar por tradicionales —disciplina, justicia, esfuerzo en el estudio, sacrificio— si no fuera porque se orientaban hacia una transformación revolucionaria de la realidad llevada a cabo por una juventud sana, alegre, responsable, solidaria y plena de camaradería.[49]

La politización no se detuvo en la barrera de los 14 años, la edad mínima para ingresar en «¡Alerta!». Una de las características de los movimientos políticos de masas de los años treinta fue la extensión del encuadramiento político a la infancia, siguiendo el modelo de los pioneros de la Rusia posrevolucionaria. Los niños se organizaban en grupos de proximidad geográfica local y se dividían por edades —«excursionistas» (de 5 a 8 años), «pioneros» (de 8 a 12), y aspirantes a «¡Alerta!» (de 12 a 16

como máximo)—. La Federación de Pioneros mezcló las tareas de atención a los niños abandonados, huérfanos o hijos de combatientes con la captación política. No en vano, en una sociedad en la que aún no se habían conocido los mecanismos amortiguadores del Estado asistencial, la consideración sobre la necesidad de actuar para erradicar la miseria, el analfabetismo y la desigualdad de oportunidades de la infancia obrera fue un componente fundamental del compromiso militante.[50]

La JSU tuvo también su rama femenina, la Unión de Muchachas, fundada los días 8 y 9 de mayo de 1937. A pesar del carácter progresista de su ideología y de la incorporación masiva de mujeres a la lucha, la organización juvenil no supo distanciarse abiertamente de algunos valores presentes en la clásica división sexual de funciones: Las jóvenes debían colaborar con su labor asistencial en el frente, como sanitarias, y sustituyendo a los hombres combatientes en las actividades laborales de la retaguardia. Por supuesto, sin dejar de lado el objetivo, común a todo el movimiento juvenil en su conjunto, de fomentar la cultura, la educación, la capacitación técnica y, en el caso específico de las mujeres, la lucha contra los viejos prejuicios de raíz religiosa.[51]

Fuera del ámbito juvenil, las otras grandes organizaciones de la «galaxia PCE» fueron las fracciones sindicales OSR (Oposición Sindical Revolucionaria), los Amigos de la Unión Soviética (AUS), el Socorro Rojo Internacional (SRI) y la Asociación de Mujeres Antifascistas (AMA). Los comunistas reingresaron en la UGT —como se vio en los primeros capítulos, ya habían pertenecido a ella en tiempos de la escisión tercerista, hasta su expulsión en 1922— con la integración en la central marxista de su propio sindicato, la Confederación General del Trabajo Unitario (CGTU). Durante su corta vida, de abril de 1934 a noviembre de 1935, la CGTU dijo contar con 180.000 afiliados,[52] datos evidentemente exagerados. El ingreso colectivo en la UGT fue el primer paso de un movimiento animado por el frentepopulismo que condujo a dinámicas similares en los casos de la Juventud y los partidos de Cataluña. Pero la integración orgánica no significó la dilución de los comunistas en el seno del sindicato. Los militantes del PC conservaron su identidad y su capacidad organizativa a través de las fracciones OSR en cada sindicato de oficio o rama, a través de

cuyas reuniones determinaron la línea de actuación en cada momento y buscaron la incidencia sobre las federaciones obreras locales que actuaban en el marco de las respectivas Casas del Pueblo.

La formación de grupos de Amigos de la Unión Soviética y del Socorro Rojo Internacional se remonta a los años veinte. El SRI surgió en 1921, con motivo de la hambruna que asolaba Rusia a causa de la guerra civil. En el II Congreso de la Comintern y el Comité Central del PC hicieron un llamamiento para acudir en socorro de la población, y la estructura creada para canalizar la ayuda, puesta bajo el mandato del comunista alemán Willi Müzenberg,[53] desarrolló posteriormente las tareas de ayudar a los presos comunistas en otros países y de realizar tareas de propaganda soviética en el exterior. En España, el SRI alcanzó notoriedad con las campañas por la amnistía, el apoyo a las familias de los presos y la evacuación a la URSS de los perseguidos por los hechos de la comuna asturiana de 1934.[54]

Los comités de AUS nacieron en 1927 para impulsar los intereses soviéticos, particularmente en aquellos países con los que la URSS no mantenía relaciones diplomáticas. Sus actividades consistían en la difusión propagandística de los avances de la construcción del socialismo en la Unión Soviética. En 1932 se decidió en Moscú el establecimiento de comités AUS en España; en 1933 decían contar con 7.000 miembros y 14 delegaciones. Se puso especial interés en que sus afiliados no lo fuesen al mismo tiempo del partido. Por ello, entre las personalidades que figuraron como simpatizantes se encontraban personajes de la política y la cultura, como Jiménez de Asúa, Gregorio Marañón, Valle Inclán, Antonio Machado y Federico García Lorca. La expansión durante la guerra, motivada sin duda por la corriente de simpatía desatada por la ayuda soviética a la República, llevó al SRI a alcanzar la cifra de 110.000 miembros en septiembre de 1938, de los que solo en Madrid había 50.000.[55]

La Asociación de Mujeres Antifascistas (AMA) heredó la función de anteriores organizaciones femeninas creadas en los años treinta para luchar contra la guerra imperialista. Más allá de este objetivo, en cierta medida acorde al carácter asistencial atribuido a las mujeres, los partidos marxistas en el periodo de preguerra habían considerado la cuestión de la liberación

de la mujer como secundaria respecto a la emancipación de clase. Fue la guerra la que cambió radicalmente esta perspectiva. Aunque en un principio el papel de la mujer se consideró complementario al del hombre (de lo que era expresión la famosa consigna del PSUC: «¡Hombres al frente, mujeres a las fábricas!»), la masiva incorporación de chicas jóvenes a la actividad política acabó por imprimir un cambio en la valoración del papel de la mujer en la sociedad y en la guerra. La AMA llevó en su programa la lucha contra el fascismo y por la paz, la defensa del derecho de la mujer a la educación, la reivindicación de los derechos civiles y de la justicia igualitaria, y la incorporación plena de la mujer a la vida social y política del país, aunque, como en todos los demás organismos integrantes de la «galaxia PCE», todos los objetivos se consideraron subordinados a la consecución de la victoria en la guerra.[56]

«CURSUS HONORUM»: LAS ESCUELAS DE CUADROS Y LA FORMACIÓN DE EQUIPOS DIRIGENTES

Los datos de las escuelas de cuadros, los organismos creados para acoplar a los nuevos militantes y dotarles de una formación política a fin de convertirlos en el eslabón de enlace entre las bases y la dirección central,[57] son un depósito importantísimo de información sobre la procedencia, datos demográficos, sociales, laborales y vitales de la militancia comunista.

Con el fin de proporcionar capacitación a los activistas más entregados funcionó una Escuela Central de Cuadros a cuyos cursos acudieron varios centenares de militantes.[58] Entre los escogidos para la escuela, los que se afiliaron al partido antes de la rebelión militar, casi el 50 por 100 lo hicieron entre 1935 y el 18 de julio de 1936; un 35 por 100 ingresaron en la organización comunista después de la proclamación de la Segunda República y, el resto, antes de 1931. De resultas de estos porcentajes puede afirmarse que los militantes a los que el PCE encomendó en 1938 la gestión del partido y la movilización de sus afiliados y seguidores carecían de experiencia política, y con toda probabilidad poseían endebles herramientas de la cultura política comunista.

La política de formación de cuadros fue desarrollada a partir de la llegada masiva de nuevos militantes y ante la evidencia de su escasa o nula preparación política, que apenas podía compensarse con un superávit de entusiasmo. José Díaz lo señaló en el transcurso del Pleno de Valencia:

> Necesitamos educar a los nuevos afiliados ... No basta con haber conquistado esos nuevos afiliados; es preciso educarlos políticamente y utilizarlos bien para el trabajo del Partido y para la causa del Frente Popular. Es preciso aplicar el consejo de nuestro gran Stalin respecto a la necesidad de estudiar a los hombres, de ayudarles en su educación política y de colocarlos en el puesto conveniente de acuerdo a su capacidad ... No debe funcionar solamente la escuela central para la educación de cuadros, sino que cada Comité Provincial debe crear su propia escuela.[59]

La organización recogió el guante procediendo a la creación de escuelas provinciales. Según el informe de Togliatti a la Comintern en agosto de 1937, el partido contó con ocho escuelas provinciales y cuatro regionales. Por debajo de las escuelas provinciales se crearon escuelas de radio y sector. El *cursus honorum* del cuadro comunista comenzaba con la selección en la célula para acudir a la escuela de sector o radio, de la que se esperaba saliera con la capacitación para el ejercicio de una responsabilidad política en el comité territorial inmediato. Si era prometedor, el siguiente paso era la escuela provincial, de donde podía verse catapultado a la responsabilidad en alguna de las comisiones del respectivo Comité Provincial o de algunos de los frentes de masas o el EPR.

Escuela de Cuadros del Comité Provincial de Madrid

Fecha de los cursos	*Participantes*	*Hombres*	*Mujeres*
3-19 octubre 1937	42	37	5
6 febrero-9 marzo 1938	43	32	11
12 mayo-15 junio 1938	24	9	15
11 mayo-11 junio 1938	24	3	21

Tabla 15.

Los alumnos de cada promoción se organizaban en círculos. El plan de estudios incluía la introducción a la economía marxista; la historia del movimiento obrero en general, y la del partido bolchevique en particular;

los fundamentos de la Internacional Comunista; nociones de organización del partido; y técnicas de agitación y propaganda, trabajo sindical y movimientos de masas. Se conocen los temarios empleados por la Escuela de Cuadros del PSUC, que, con algunos matices relativos a las cuestiones específicamente catalanas, no debieron diferir mucho de los del PCE. Había una bibliografía mínima que el alumnado debía manejar, y si la superaba, podía abarcar una máxima.[60] La metodología didáctica empleada era la siguiente:

> [El profesor] nos entregaba un folio con la simple enumeración de los ocho o diez puntos principales del tema, y abajo, el material de estudio. Cada uno estudiaba por su cuenta y, en un plazo de quince o veinte días, presentaba en unos veinte folios el desarrollo del tema. En cada caso había que hacer la crítica de las concepciones socialistas, anarquistas y trotskistas sobre las mismas cuestiones. Después, tomando como base uno de los trabajos presentados, que se copiaba para todos, hacíamos la discusión en su presencia, y él resumía finalmente.[61]

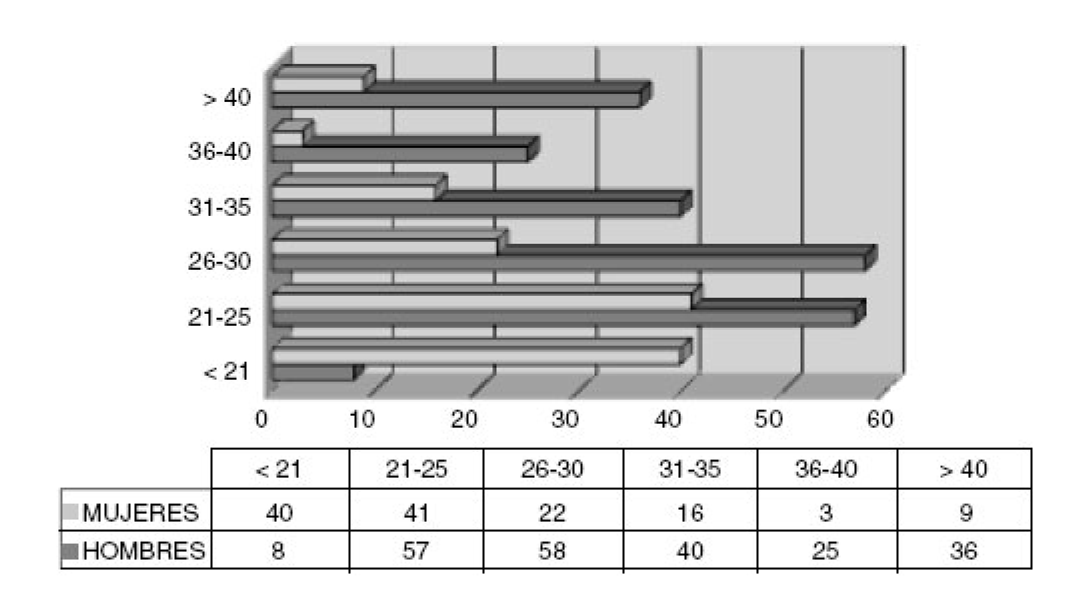
Las discusiones en torno al tema propuesto se realizaban dentro del propio círculo y, posteriormente, en una asamblea general «de balance». Había también una parte práctica. Los alumnos aprendían técnicas de propaganda (periódicos murales, mítines relámpago) y organización de manifestaciones callejeras.

Los ítems valorados por los profesores de las escuelas de cuadros eran los siguientes: preparación política; disciplina; desarrollo de la crítica y la autocrítica; cariño al partido; responsabilidad en el trabajo; interés en educarse políticamente; carácter personal; convivencia; e identificación con la política del partido (en ocasiones se refleja que el alumno tenía resabios pequeñoburgueses, o socialdemócratas, o que estaba influido por un carácter anarquizante). La evaluación favorable era resultado de la consolidación de hábitos de conformidad, obediencia y disciplina. Todas las incidencias eran inscritas en las fichas biográficas de la Sección de Cuadros. En ella se procesaba de forma constante toda información destinada a valorar el «temple estalinista» del estudiante.

Una de las características de las escuelas provinciales de cuadros fue el aumento de edad de los hombres y la progresiva feminización del alumnado a medida que avanzaba la guerra. Esta plétora de la militancia de las

mujeres estaba en relación, como ya vimos, con un fenómeno similar a nivel nacional, probablemente como consecuencia de dos factores: la movilización de la mayor parte de la población masculina en edad militar, y el entusiasmo de las nuevas promociones de muchachas que accedían a la vida política, que les abría por primera vez unos horizontes nuevos hasta entonces inéditos en la sociedad tradicional.

Esto llenó las escuelas de capacitación de mujeres, que aun reproduciendo los mismos rasgos (escasa capacidad política, poca formación cultural) que sus compañeros varones, suplían sus carencias con un enorme entusiasmo.



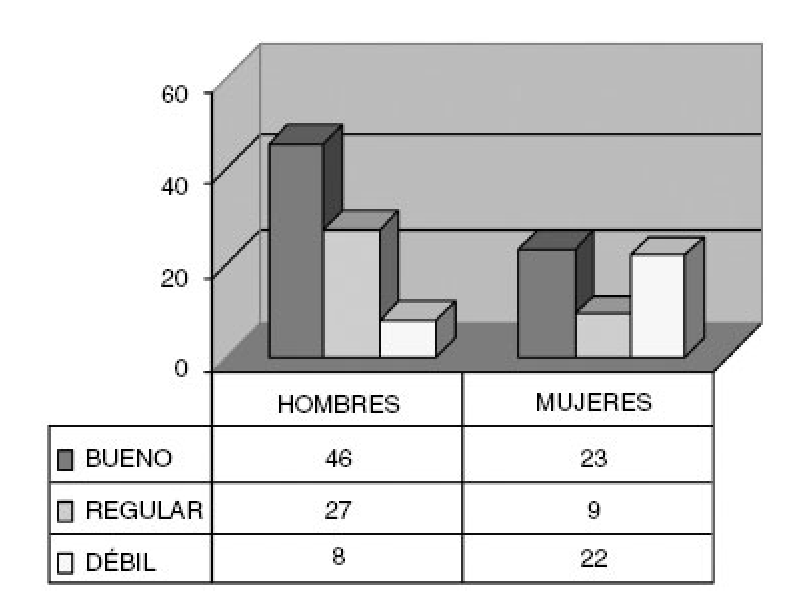
	< 21	21-25	26-30	31-35	36-40	> 40
MUJERES	40	41	22	16	3	9
HOMBRES	8	57	58	40	25	36

Gráfica 12. *Alumnos de las escuelas de cuadros en Madrid, por sexo y edad*.

Sin embargo, se puede constatar un fenómeno característico que define hasta qué punto pervivían incluso entre las organizaciones de la izquierda las viejas mentalidades y prejuicios machistas: en los balances de calificación, se observa una tendencia a la minusvaloración de las mujeres frente a los hombres (un 56,8 por 100 de hombres fueron valorados como de un nivel «bueno» frente a un 42,6 por 100 de mujeres, proporción que prácticamente se invierte en la valoración negativa) a pesar de que fueron convirtiéndose a cada nueva convocatoria en el contingente más numeroso. Al propio tiempo, se constata una mayor indulgencia respecto a los

hombres con un nivel de preparación considerado «regular o débil» que, sin embargo, lograban en su mayoría promocionar a puestos de responsabilidad superior a aquel con el que habían ingresado en la escuela: un 76,5 por 100 de hombres frente al 59,3 de mujeres. Dicho de otra manera, de aquellos que no habían obtenido una valoración positiva, pero que obtenían promoción, un 19,7 por 100 eran hombres, y el 16,7 por 100, mujeres.

Los comentarios críticos acerca del rendimiento y el comportamiento del alumnado, según su sexo, también eran elocuentes. De los hombres se destacaban rasgos propios de carácter masculino: su «carácter individualista», «hosco»: «interpreta la disciplina algo rígida por su carácter autoritario [y] reacciona con alguna violencia ante la crítica mostrando cierta resistencia a la autocrítica» (Luis Guirao); no faltando la autosuficiencia: «Tiene un nivel teórico bastante bueno; sin embargo su desconocimiento de las masas y del trabajo práctico es también bastante pronunciado. En la escuela subestimaba el trabajo práctico al ansia de problemas y discusiones teóricas» (Francisco Gálvez).



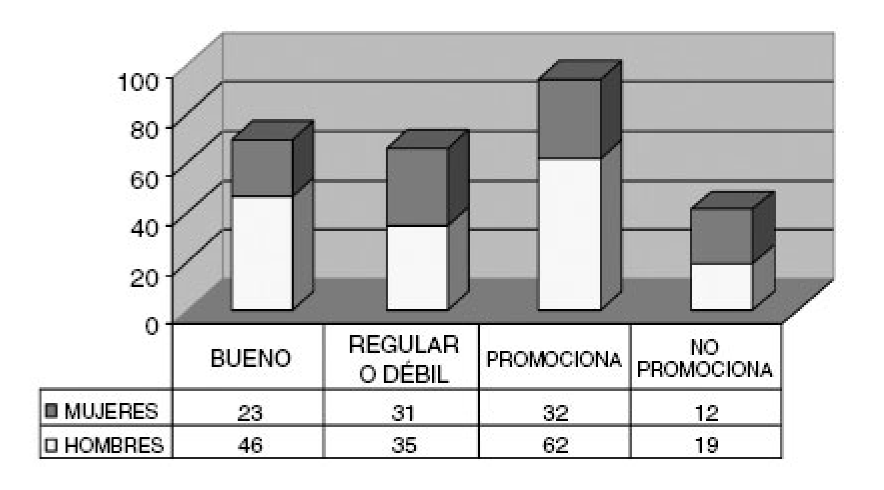
	HOMBRES	MUJERES
BUENO	46	23
REGULAR	27	9
DÉBIL	8	22

Gráfica 13. *Nivel de preparación política según la escuela de cuadros de Madrid (1937-1938).*

Entre las mujeres predominaban las valoraciones de carácter emocional o que aludían a rasgos considerados como inherentes a su condición femenina: «Carácter azorado», «su característica de muchacha

joven le hacía tener alguna incomprensión al distraer [*sic*] en el recreo» (Amalia Rubio); «se conforma con las explicaciones que se le dan» (Margarita Martínez); «se agobia ante el exceso de trabajo» (Soledad Ruiz); «carácter tímido, nervioso y servil ante el jefe y sin embargo superior y vanidosa ante los demás. Poca firmeza revolucionaria y concepto sentimental de la revolución» (Josefina Benito); «Es rencorosa y vengativa ... Esto motivaba que la crítica la ejerciese en sentido destructivo y que al propio tiempo rehuyese la autocrítica» (Hilaria Garrido); «Tiene concepto de superioridad ... Vino a la escuela en la creencia de que se iban a plantear grandes problemas teóricos en los que pudiera plantear y emplear la inteligencia que desde luego posee, reaccionando al ver que las enseñanzas de la escuela tenían un carácter fundamentalmente práctico motivando su estancia a disgusto ... Un trabajo práctico le quitaría en parte ese defecto» (Carmen García).

La valoración discriminatoria hacia las mujeres no pudo evitar que, como se señaló anteriormente, acabaran constituyendo el grueso de los nuevos ingresos en el PC y que se planteara, incluso a nivel de dirección nacional, remover los obstáculos que se oponían a su promoción. Eso explicaría por qué, tras la derrota, las mujeres fueron encargadas de las primeras tentativas de reconstrucción de la organización, como en el caso de Matilde Landa; y el ensañamiento de la represión franquista sobre ellas, ejemplificado en las «Trece Rosas». Por cierto, al menos tres de ellas (Anita López, Dionisia Manzanero y Luisa Rodríguez de la Fuente) pasaron por la escuela provincial de cuadros entre febrero y mayo de 1938. De Anita López el instructor dejó consignado que «ha asimilado regularmente sin destacar en ningún tema especialmente [y] reacciona de una forma pasiva». Obtuvo una calificación de «regular» y fue destinada a la comisión de Agitación y Propaganda del Sector Este); de Dionisia Manzanero, «pide aclaraciones cuando no comprende con alguna timidez» (también «regular» y enviada a la Comisión Femenina del Sector Norte); y de Luisa Rodríguez «inteligencia despierta y capacidad para la comprensión de los problemas del Partido y de la Juventud [pero] sectaria, irresponsabilidad y pereza en el trabajo. No ha aprovechado ni medianamente sus magníficas condiciones» (considerándosela «regular», se la devolvió a su célula).



Gráfica 14. *Correlación entre preparación política y promoción, por sexos*.

Estremece pensar que sobre las espaldas de estas chicas jóvenes, tan incomprendidas por sus propios camaradas, iba a recaer la tremenda tarea de reconstruir un partido clandestino en tan terribles condiciones de represión que a muchas de ellas les costaría la vida.

Una vez superada la formación, en unos casos, o tras años de militancia y lucha, un puñado de cuadros alcanzó los niveles medios y superiores de la dirección del partido. Podemos reconstruir el perfil de los cuadros superiores y medios del partido comunista a través de los informes emitidos por la propia organización, en los que se detallan los itinerarios biográficos de cada uno de los activistas que formaban parte de ella.

Del estudio de un grupo homogéneo de miembros del Comité Central (22) y suplentes de este órgano (15), y cuadros de comités regionales y provinciales (37),[62] se pueden deducir los contornos del miembro típico del aparato dirigente comunista en este periodo. La primera impresión, en consonancia con lo que ya se señaló al hablar de la edad del activo del partido, es que se trataba de un grupo joven, cuya edad media superaba escasamente la treintena, un poco más elevada en los miembros del Comité Central que en los de los órganos territoriales (tabla 16):

Comité	*Media de edad*
Central	32,7
Colaboradores CC	30,8
Territoriales	29,9
Total	32,2

En total, solo hay 7 que tengan más de 40 años.

Tabla 16.

En lo tocante a la clasificación socioprofesional, en el caso de los dirigentes hay una ligera variación respecto a lo que se indicó para las bases. De los 22 miembros del Comité Central, consta el oficio de 21; 9 ejercían actividades de servicios, frente a 12 que desempeñaban trabajos manuales. Entre los 15 colaboradores, la proporción era de 6 trabajadores del terciario por 9 de la industria. Es decir, el sector «proletario» era más elevado que en la media de la militancia de base, rondando el 60 por 100 de los órganos de dirección.

Se supone que la veteranía debía ser otro elemento a tener en cuenta para ascender hasta la cúpula dirigente. Esto fue así para los órganos superiores, pero en todos los casos hay que destacar un matiz: en concordancia con el exponencial crecimiento del partido en los años precedentes, la mayor parte de sus dirigentes ostentaban una «antigüedad» que no iba más allá de los años de la República (tabla 17). Este fue un elemento diferencial frente a la madurez de la mayoría de los dirigentes del Partido Socialista, por ejemplo, muchos de cuyos responsables durante la guerra podían remontar sus ejecutorias hasta la Dictadura o, incluso, la huelga general de 1917.

Antigüedad en el partido

Comité	*Antes de 1931*	*Entre 1931-1935*	*Entre 1936-1937*	*NC*
Central	9	9	3	1
Colaboradores CC	8	6	1	-
Territoriales	8	17	14	1
Total	25	32	15	2

Tabla 17.

Cuando se accedía a un cierto nivel, los *apparatchiks* comunistas partían a recibir formación en la URSS. En los casos analizados, ocho estudiaron en la Escuela Leninista (5 del CC, 2 colaboradores y 1 del CP de Valencia); 2 cursaron estudios genéricos —probablemente de carácter técnico— (los dos, colaboradores del CC); y 1 (colaborador del CC) recibió enseñanzas en una «escuela especial», seguramente como paso previo a la integración en el *aparato secreto* de la Comintern, cuyos integrantes podían pasar a formar parte de los servicios de inteligencia soviéticos en el exterior.

Del repaso a las organizaciones en las que habían militado previamente (tabla 18) se deduce que la mayoría procedían de la «casa» —PCE y UJC, antes de la unificación—, dándose pocos casos de fuga a territorio comunista de dirigentes socialistas, a excepción de la transferencia de jóvenes que se operó con la formación de la JSU.

Organizaciones previas

Comité	*PCE*	*UJCE*	*PSOE*	*JJSS*	*CNT*	*PPRR*
Central	5	4	4	4	2	-
Colaboradores CC	2	5	-	1	-	2
Territoriales	-	3	1	3	1	3
Total	7	12	5	8	3	5

Tabla 18.

Por último, en la cultura comunista las medallas que avalaban una trayectoria revolucionaria eran los episodios de detención o padecimiento de la represión policial y judicial (tabla 19). En este sentido, la aplastante mayoría de quienes dirigieron el partido durante la guerra podían exhibir un pasado de lucha, tanto más intenso cuanto más elevado era el escalón desde el que ejercieron sus responsabilidades.

Historial de detenciones políticas

Comité	*Total*	*Número*	*%*
Central	22	15	68,2
Colaboradores CC	15	10	66,6
Territoriales	37	21	56,7
Total	74	56	75,7

Tabla 19.

En definitiva, este cuerpo de cuadros del partido estaba llamado a ser el regulador de la organización comunista.[63] Surgido de un periodo expansivo, su incremento se vio favorecido por la renovación de las direcciones locales, la necesidad de impulsar la acogida de nuevos miembros y la de garantizar el cumplimiento de las directrices emanadas de la cúpula en condiciones tan sumamente plásticas y dificultosas como las de una guerra. Su juventud y relativa inexperiencia —factores coincidentes con los de la masa media del partido— fueron compensadas por un compromiso militante, fecundado por los mitos revolucionarios soviéticos, muy superior al del común de los efectivos. Fue sobre este núcleo, elemento basal del esfuerzo de guerra, sobre el que se cebaría la represión subsiguiente con la intención de laminarlo para siempre. Y fue de él del que surgieron algunos de los más sacrificados cuadros de la clandestinidad que, en las cárceles, en la guerrilla, y en el nuevo movimiento obrero renacido a finales del los cincuenta, preservarían para el futuro la pervivencia orgánica del partido en condiciones extraordinariamente adversas.[64]

IV Parte

13

El descenso de la cima: las ambivalentes relaciones con el PSOE y la guerra patriótica (1938)

La caída de Largo Caballero supuso un punto de inflexión en las relaciones que comunistas y socialistas habían mantenido desde la formación del Frente Popular. El PC actuó en la crisis como un factor precipitante en un proceso que estaba cruzado por tensiones de carácter estructural (la evolución de la guerra y la forma de enfrentarse a ella por el presidente del Consejo), así como inter e intrapartidarias (la competencia por el espacio político con los comunistas y por el control del partido y el sindicato con las corrientes socialistas adversas).

El desplazamiento del sector caballerista facilitó al sector nucleado en torno a las figuras de Negrín en la presidencia del gobierno, Lamoneda en el partido y González Peña en el sindicato pilotar un doble proceso: la aproximación de posturas con el PC, con el horizonte de una fusión orgánica más enunciada en la teoría que prudentemente abordada en la práctica; y, al mismo tiempo, de defensa de un espacio propio del socialismo histórico frente al *sorpasso* que percibían en el fulgurante desarrollo organizativo y numérico del PCE.

Por otra parte, los comunistas españoles tocaron el techo de su expansión durante los meses centrales de 1937. Alcanzaron sus máximas cotas de afiliación, presencia e influencia entre marzo y noviembre, desde el Pleno ampliado del Comité Central en Valencia hasta el rodaje del primer

gobierno Negrín, pasando por los hechos de mayo, la salida de Caballero del gabinete, la campaña antitrotskista y los primeros atisbos de cansancio por la duración y destino incierto de la guerra. Fueron meses cruciales, durante los que algunos sectores del PCE creyeron llegado el momento de un salto cualitativo, refrenado y reconducido por una nueva tutela de la Internacional, perseverante en la línea de no abandonar el seguimiento gubernamental y la defensa de la República, en un contexto internacional sobre el que se abigarraban los nubarrones amenazantes alimentados por el revisionismo diplomático del Eje.

PUGILATOS DE HONOR Y HEGEMONÍA

Tras la caída de Largo Caballero, las relaciones entre el PCE y el PSOE deben analizarse dependiendo del sector del partido socialista de que se trate. En general, los contactos con el equipo de dirección, el que encabezado por Lamoneda prestó su apoyo al gabinete encabezado por Negrín, siguieron manteniendo un flujo regular, al menos hasta el primer trimestre de 1938, en pos siempre de un nunca acabado proceso de fusión orgánica a través del Comité Nacional de Enlace. Postulada retóricamente, la unidad orgánica de las fuerzas proletarias nunca superó el escollo de los debates teóricos acerca de la forma de organización y de la adscripción internacional del futuro partido unificado. Mientras los comunistas tenían muy claro que la respuesta a todas las cuestiones era la adopción del modelo organizativo leninista y la adhesión a la Comintern, los socialistas, reticentes al proceso unificador, no dejaron de plantear dudas al respecto.[1]

En la prensa partidaria se sucedieron los excursos acerca de las ventajas del círculo socialista o de la célula comunista como estructura básica; del ámbito territorial o de la organización en el lugar de trabajo; de la pluralidad de corrientes o del centralismo democrático; de la vinculación a una u otra Internacional, sin que en la práctica se avanzase más allá del mantenimiento de relaciones de colaboración —a medida que avanzaba la guerra, cada vez menos franca— en los comités de enlace locales y en los distintos comités de Frente Popular.

Más crudo fue el enfrentamiento con el sector caballerista, que estalló en toda su intensidad con la crisis de gobierno de mayo y que acabó determinando las líneas de fractura que explotarían violentamente en los últimos compases de la guerra. La primera apuesta del sector de Caballero fue negar el apoyo de la UGT al nuevo gobierno liderado por Negrín. Cuando el presidente de la República procedió a abrir consultas, el PC se pronunció por un gobierno de Frente Popular «que diera satisfacción a las grandes masas del país en los problemas de la guerra, de la industria y de la limpieza de la retaguardia ... Un gobierno sin exclusión de las organizaciones sindicales». Pascual Tomás, por la UGT, afirmó, por el contrario, que la UGT solo daría su apoyo a un gobierno en el que Largo Caballero ocupase la presidencia y la cartera de Guerra. *Mundo Obrero* le respondió que debía estar hablando «en nombre propio», porque las bases de la UGT, en opinión de los comunistas, pensaban de distinta forma.[2]

El 30 de mayo se produjo un intento de dimisión de la Comisión Ejecutiva de UGT por el apoyo incondicional prestado por el sindicato al nuevo gabinete. Las críticas de los comunistas apuntaron de inmediato hacia Caballero como responsable de una posible ruptura o debilitamiento de la unidad antifascista.[3] Jesús Hernández firmó un artículo titulado «No contra un hombre, sino contra una política», que mereció duras descalificaciones de la prensa libertaria (en concreto de *Castilla Libre*), que condenó lo que a su juicio era el aplastamiento de una tendencia revolucionaria en el seno del Comité Nacional de la UGT. Más allá de valoraciones puntuales, la argumentación anarquista apuntaba ya a la conformación de una alianza con la izquierda socialista para oponerse al predominio del PCE, alianza que se reforzaría en los meses siguientes.

La batalla definitiva en el seno de la UGT se desencadenó entre los meses de agosto y octubre, y en su transcurso se emplearon todo tipo de argucias y filibusterismos. Ante la petición de convocatoria de un Comité Nacional para dilucidar las diferencias, en aplicación del artículo 33 de los estatutos del sindicato, los seis miembros caballeristas que controlaban la Comisión Ejecutiva llegaron a dar de baja a treinta y dos federaciones, incluidas algunas tan emblemáticas como las de Minería o Enseñanza, con la excusa de no encontrarse al corriente en el pago de cuotas. Caballero

intervino con una declaración pública, la primera después de su salida del gobierno, en la que se despachó contra los comunistas, obteniendo de la prensa de estos los más duros epítetos publicados hasta entonces.[4]

Bolloten calificó la operación que consumó la destitución de la Ejecutiva favorable a Caballero como «una resonante victoria para los comunistas». Se basó para ello en la asignación de supuestas simpatías comunistas encubiertas a cinco de los miembros de la nueva Ejecutiva, de los que solo realmente dos eran militantes o simpatizantes del PCE: Felipe Pretel (tesorero) y Amaro del Rosal (vicesecretario).[5] Por cierto, y para mayor abundamiento, ambos habían sido miembros de la anterior Ejecutiva, y los dos figuraban entre aquellos cuya reincorporación exigió Caballero en noviembre para poner fin al pleito, a lo que, en principio, se negaron los comunistas del Comité Nacional.[6]

Oculta deliberadamente Bolloten que la Ejecutiva se componía de 15 integrantes, y no cita que en el Comité Nacional menos de la tercera parte de sus miembros (11 sobre 38) eran comunistas. Afirma, por último, para magnificar la capacidad de maniobra del PC que, aunque es posible que Caballero contara con la mayoría en este órgano y en las bases, sus oponentes lograron de todos modos descabalgarle. Acude para demostrarlo a unas cifras que proporcionó Salas Larrazábal en su *Historia sobre el Ejército Popular de la República*, recogiendo datos de un pleno celebrado en mayo de 1937 en el que 14 federaciones votaron a favor de Caballero (representando a 930.000 afiliados) y 24 en contra (en nombre de 650.000). Claro que entre esta fecha y octubre las circunstancias, máxime en aquel contexto, podían cambiar aceleradamente.[7]

Más allá de las fuentes memorialísticas restan pocos datos primarios para evaluar el peso de tendencias en el seno del sindicato a nivel global. Poseemos, sin embargo, cifras a nivel local en lugares tan emblemáticos como Madrid, fortaleza del caballerismo merced a la posición adoptada por la Agrupación Socialista Madrileña desde mucho antes, incluso, de la salida del gobierno de su líder. Se trata de un informe interno que el PC realizó para pasar revista a su influencia sindical en algún momento del primer

semestre de 1938.[8] En él se recoge el peso relativo de los afiliados a sindicatos según sus simpatías: comunistas, partidarios de la unidad en el partido único, adversarios de esta unidad, indecisos e indefinidos (tabla 20):

Sindicatos y mayorías en Madrid (1938, s.f. concreta)

A) Afiliados en sindicatos con mayoría del PC (y %)	108.775 (37,9 %)
B) Ídem en que se puede conseguir	38.349
C) Ídem tendentes a la unidad	976
Suma y porcentaje A+B+C	148.100 (51.6 %)
D) Afiliados en sindicatos contrarios a la unidad	109.858
E) Ídem contra la Comisión Ejecutiva	2.189
Suma y porcentaje D+E	112.047 (39 %)
F) Afiliados en sindicatos con postura vacilante	23.850
G) Ídem sin criterio conocido	2.940
Suma y porcentaje F+G	26.790 (9,3 %)

El número total de afiliados en Madrid era 286.967, sobre un total nacional de 1.915.285.

FUENTE: AHPCE, Documentos, Relación de los sindicatos en que tenemos influencia en Madrid, 1938, s.f., Film XVII, apdo. 213.

Tabla 20.

La ponderación de afiliados simpatizantes del PC en Madrid debe tener en cuenta la presencia de sindicatos, como el metalúrgico El Baluarte, donde el predominio de los comunistas era manifiesto. En cualquier caso, conviene retener dos cosas. La primera, que la UGT en Madrid estaba partida en tres sectores —el comunista inequívoco (37,9 por 100), el caballerista (39 por 100), y un heterogéneo abanico que probablemente abarcaba desde centristas a indefinidos, pasando por los no comunistas proclives a la unidad y los indecisos (23,1 por 100). La segunda, como evidencia la lectura de estos datos, era que en el bastión caballerista los apoyos al viejo líder de la izquierda socialista, siendo importantes, no eran hegemónicos.

De la alianza coyuntural de los sectores anticaballeristas se derivó, el 12 de octubre, la destitución de la antigua Ejecutiva y la designación de una nueva. Tronó entonces la voz de Caballero, con motivo de un acto de su sindicato, la Sociedad de Albañiles. Como se desprende de la reseña que publicó *Mundo Obrero*, el grado de crispación había alcanzado su punto máximo:

> El historiador de rencores y menudencias ... tiene una preocupación harto sospechosa, harto desorbitada por hablar de un españolismo, de un nacionalismo que los trabajadores, que los revolucionarios de España llevamos en el corazón, pero que no podemos desviarlo hasta el punto de que se convierta en la negación de nuestro internacionalismo de clase ... [Caballero reclama para sí y la UGT la única ayuda internacional, olvidándose de las Brigadas Internacionales] Peligroso camino. Tan peligroso que le hace decir palabras como estas. «Todo el mundo se pregunta si van a ayudar a España para que luego sean los comunistas los que rijan el destino de nuestro país.» Exactamente igual dice Franco ... Miedo al comunismo. Caballero lo tiene igual que toda la reacción nacional e internacional. Naturalmente, no dice que los comunistas no asaltamos nunca ninguna posición ajena. No dice que de senvolvemos nuestra actividad basada en estrictas normas democráticas que, esté seguro de ello, de haberse podido manifestar en términos generales, es decir, en todos los organismos y por todo el país, no hubieran podido él y los suyos aparentar una hegemonía mayoritaria ni podrían ponerse en duda representaciones que siempre, siempre, son inferiores al volumen y a la fuerza de nuestro partido ... No secunde Caballero el pavor de los dictadores fascistas. No tenga miedo al comunismo. España, una vez ganada la guerra, tendrá el régimen que el pueblo español quiera. Nada más que ese. Pero precisamente ese.[9]

Del texto se deducen dos factores que evidenciaban el estado exultante del partido comunista en aquel periodo: la presunción de hegemonía, refrenada por consideraciones de subordinación al interés superior de la guerra, y las veladas alusiones finales a la consecución de un salto cualitativo en la naturaleza del régimen tras la futura victoria.

¿Una Tercera República?

Estas manifestaciones y otras han servido a algunos autores para confirmar su tesis acerca de la voluntad comunista de implantación de una democracia popular *avant la lettre*. De Bolloten a Beevor, pasando por Gorkin, Payne y Radosh, toda una corriente historiográfica especializada en

leer la historia hacia delante ha concluido que durante la contienda ya no podía hablarse, en puridad, de la continuidad de la Segunda República española, sino de una fantasmal *Tercera República* configurada con los rasgos de los sistemas totalitarios que se extendieron por el Este de Europa tras la guerra mundial: régimen de partidos limitado y hegemonizado por el comunista;[10] libertades cercenadas; control policial y militar de la sociedad; y subordinación a los intereses de la potencia tutelar, la Unión Soviética.[11]

Sobre si hubo o no una solución de continuidad entre la República del 14 de abril y la situación posterior al 18 de julio se debatió, efectivamente, en las propias filas comunistas. Es más, podemos anticipar que las dos tendencias, la del desbordamiento y la de la preservación del marco democrático, estuvieron presentes durante la mayor parte de la contienda, conviviendo y oponiéndose dialécticamente. En los momentos iniciales de la guerra, como ya se señaló anteriormente, el PCE apostó por ampliar al máximo la base gubernamental mediante la incorporación de todas las fuerzas nacionales, desde los católicos nacionalistas a la CNT . Un gobierno de salvación dentro del marco de la República Democrática, destinado a realizar las tareas de la revolución democrático-burguesa: reforma agraria, ayuda a la pequeña propiedad industrial y comercial, seguros sociales, jornada máxima, salario mínimo, seguro de paro, enfermedad y vejez, erradicación del analfabetismo, libertades políticas, libertad de culto y reconocimiento de derechos a las nacionalidades. En resumen, el gobierno que, además de la victoria, debería asegurar «el pan, el trabajo, la tierra, la libertad y una amplia democracia para todos los españoles».[12] A todas estas características se añadió, a partir de octubre, el carácter de guerra de independencia nacional frente a la agresión nazifascista, pero en todo caso, cuando se reunieron las Cortes a comienzos de octubre, el secretario general del partido, Díaz, no dudó en establecer una línea de continuidad entre el gobierno Caballero y sus predecesores: «El gobierno actual es la continuación del anterior, es un gobierno republicano democrático».[13]

No era esta la posición, sin embargo, de algunos asesores extranjeros, como Marty, quien, en su informe del 10 de octubre, afirmó que el gobierno y el PC deberían incidir mucho más en la profundización en los aspectos sociales que en la vindicación del carácter democrático de la República.

«No estamos combatiendo únicamente para destruir el fascismo, sino también por los derechos democráticos y los intereses vitales de las masas.» Era necesario asumir la existencia del control obrero de las empresas y la tierra, y regularlo. Impulsar «medidas de seguridad social, protección de ancianos, por los accidentes de trabajo, ayudas a las embarazadas», que atraerían al pueblo hacia la República. No es difícil detectar en estas propuestas la urgencia de entrar a competir con los anarquistas en una situación en que estos estaban llevando la iniciativa en la dinámica de la transformación social. No era cuestión de oponerse a lo que en muchas zonas del país eran hechos consumados, sino incidir sobre el gobierno y su presidente para dar a la República un contenido social: «Debemos crear una República de trabajadores, como está escrito en la Constitución». La consecuencia de esta orientación era clara: la República del Frente Popular del 16 de febrero no era la misma que la del 14 de abril.[14]

No obstante, la posición pública del PCE siguió invariablemente defendida por Díaz. El 3 de diciembre, en plena batalla de Madrid, pronunció un nuevo discurso en las Cortes en el que sostuvo que la lucha entablada en España era entre la democracia y el fascismo. En la ya entonces suscitada polémica sobre la prelación entre guerra y revolución, Díaz defendió que si no se ganaba la guerra, «todos los ensayos doctrinales caerán como un castillo de naipes». Y concluyó:

> Nosotros, comunistas, sin renunciar en un ápice a nuestra ideología y a nuestro programa, decimos que hoy sólo puede haber un objetivo, un solo programa: ganar la guerra. A este objetivo estamos dispuestos a sacrificar y sacrificamos todas las otras reivindicaciones ... Los intereses de los obreros, de los campesinos, de la pequeña burguesía y de los extranjeros respetuosos a la República están salvaguardados por el gobierno del FP.[15]

La victoria de Madrid y el incremento de efectivos en las filas del partido parecieron estimular una ampliación de las expectativas. Un editorial de *Mundo Obrero* de finales de enero de 1937 afirmaba que «el final de la guerra será la confirmación de las conquistas sociales de los obreros y de los campesinos». No era casual la alusión a estas dos clases fundamentales ya que no en vano eran los pilares básicos de la «República de nuevo tipo, una auténtica República democrática y popular». ¿Cuál es el

contenido de este régimen? Francisco Antón, responsable del Comité Provincial de Madrid, lo expuso ante una asamblea de activistas: una República en la que la clase obrera tenía el control sobre la producción; en la que los campesinos trabajaban la tierra para ellos mismos sin rendir tributo al cacique o al terrateniente; en la que estaban garantizados todas las libertades y los intereses de las masas populares y el gobierno era la expresión de todo el pueblo laborioso.[16]

Era conveniente por tanto, señalaba *Mundo Obrero*,

> que sobre las conciencias y los cerebros del proletariado y de los combatientes españoles no se siembren ideas confusas que den por resultado el error mayúsculo de considerar que la democracia que nosotros y que todo el pueblo español defendemos tiene nada en común con la mal llamada democracia de los países capitalistas ... Es evidente que nuestra República no es igual que la República francesa. Es evidente que nuestra democracia no es como la democracia inglesa. Es más, nuestra República no es ni siquiera la República de 1931. Más decimos: no es tampoco la República inmediatamente anterior al 18 de julio de 1936 ... Al final de la guerra, con nuestra victoria, el pueblo —libremente— decidirá sus futuros destinos. Y nosotros, como todos los sectores del proletariado y del antifascismo, respetaremos la voluntad popular.[17]

Esta aparente radicalización del discurso comunista suscitó polémicas con el órgano anarcosindicalista en Madrid, *CNT* , que llevó el debate guerra-revolución al punto que más podía doler a los comunistas, el de la puesta en duda de su coherencia marxista-leninista por el abandono de las posiciones de vanguardia en la revolución social en curso. El reproche llevó al diario portavoz del PCE en la zona centro a definir su postura acerca de la naturaleza de la revolución. Para el PC, no cabía duda de que lo que se estaba desarrollando en España «desde la caída de la dictadura de Primo de Rivera» era la revolución democraticoburguesa. Un proceso que aún no estaba cerrado. Para darlo por terminado hacía falta que se resolvieran todos los problemas de esta fase, lo que aún no había ocurrido. Hay que señalar que, para pretender ser una defensa del leninismo, al comentarista le salió un artículo bastante «menchevique», a fuer de gradualista.

Lo esencial venía a continuación: frente a la concepción anarquista, «la presente guerra no se trata de una lucha social o de clases», dado el amplio abanico de fuerzas antifascistas implicadas en ella, desde la CNT a los

republicanos y nacionalistas vascos. Era una guerra antifascista y contra la vieja oligarquía:

> Nuestra guerra no se hace ... bajo la bandera de comunismo o monarquía, de revolución proletaria y dictadura del proletariado contra la dictadura de los grupos más atrasados, más reaccionarios de las clases dominantes ... Se hace nuestra guerra bajo la bandera de la República democrática y parlamentaria —contra la cual se han sublevado ellos— contra el fascismo. Todavía más a nuestro favor: la guerra ha entrado en una nueva fase. Ya lucha el pueblo español, TODO EL PUEBLO ESPAÑOL, contra el fascismo extranjero que ha invadido nuestro país. Es una guerra, por tanto, nacional.[18]

El discurso comenzaba a deslizarse hacia la formulación de la naturalización de la contienda como guerra patriótica, que se erigiría en el núcleo de la propaganda para la movilización desde 1938 y hasta el final. Pero en el primer semestre de 1937 aún había campo propicio para las concepciones revolucionarias. El 4 de abril *Mundo Obrero* enumeró ante los detractores de la línea del PCE los logros de una revolución democrática inextricablemente unida al desarrollo de la guerra: tierra en poder de los campesinos; fábricas en poder del Estado y bajo control obrero; riqueza financiera del país controlada por el Estado; armas en poder del pueblo, no del ejército de casta; eliminado el poder de la Iglesia; gobierno expresión de la voluntad popular. «Estos son los rasgos esenciales de nuestra revolución —proclamó—. De la revolución hecha e inseparable de la guerra, porque sólo ganando la guerra podemos consolidarla y desarrollarla en toda su amplitud hacia el Socialismo.»[19]

De este periodo data el informe de un asesor soviético que actuó bajo el nombre en clave de «Miguel».[20] En él abordó las relaciones dialécticas entre guerra y revolución, seguramente como material para la impartición de cursos en una de las escuelas de cuadros del partido. Según «Miguel», la revolución se estaba decidiendo en el campo de batalla y sus fuerzas impulsoras eran el proletariado, los campesinos y la pequeña burguesía urbana. No existía separación entre guerra y revolución porque la guerra era la revolución misma. La alianza interclasista estaba destinada a permanecer

durante mucho tiempo, debido a la existencia de un enemigo común:«los terratenientes, los caciques, la gran burguesía y además el invasor que quiere convertir nuestro país en un país colonial».

«Miguel» creía que los reproches de los anarquistas cuando decían que

> el proletariado no quiere luchar por la democracia burguesa, por aquella República Democrática que desde el año 1931 venía oprimiendo y persiguiendo a los trabajadores

eran vanos. Efectivamente —sostenía—,

> la República del 14 de abril era una República Democrática y la actual también lo es. Sin embargo, la diferencia es enorme. Aquella República Democrática estaba basada sobre el poderío económico y político de la gran burguesía, de los terratenientes, de la Iglesia, de los caciques y usureros. En cambio nuestra República Democrática, la del 20 de julio, es una República basada sobre el predominio de las masas proletarias, campesinas y pequeño-burguesas dirigidas por el proletariado.

El asesor soviético llegaba a la conclusión de que

> por la República del 14 de abril no vale la pena batirse, hoy en cambio por la República Democrática del 20 de julio vale la pena, es absolutamente necesario batirse si no queremos traicionar la causa del proletariado y de todo el pueblo.

La profundización y la ampliación de la revolución iban a depender del desarrollo de la guerra, que plantearía cada vez nuevos problemas por resolver. Así, por ejemplo, «la guerra exige imperiosamente la creación de una potente industria de guerra, cosa que no puede ser resuelta seria y definitivamente sin la nacionalización de las industrias básicas del país, del transporte». Si la revolución de octubre podía hacer valer su magisterio, la evolución que podía esperarse del desarrollo de la guerra marcaba una dirección bien definida:

> Es sabido, por ejemplo, que la política económica que el gobierno soviético había marcado en la primavera de 1918 admitía el comercio libre, había establecido el control obrero, etc. Sin embargo, al comenzar la guerra civil en la segunda mitad de 1918 se pasó poco a poco al comunismo de guerra, a la liquidación del comercio, a la nacionalización de toda la industria, tanto la grande como la pequeña, etc. ... Es un hecho histórico que el comunismo de guerra ha sido establecido como resultado de la guerra civil.

Los hechos de mayo marcaron un punto de inflexión y, al mismo tiempo, de conciencia escindida. En el seno del PC convivieron durante un tiempo las tendencias pragmáticas y las maximalistas. En plena crisis, el 5 de mayo, *Mundo Obrero*, polemizando de nuevo con *CNT* acerca del partido único del proletariado y el trotskismo, orilló el sintagma «revolución democrática» para acogerse a un mayor espíritu unitario y, sobre todo, patriótico. Como apoyo argumental suscribía unas palabras de Azaña:

> Sobre esta base de la unión del pueblo español en defensa de sus libertades esenciales de hombre y de las libertades e independencia de su patria es sobre la que está asentada esta enorme coalición de las fuerzas políticas y sociales y de gobierno en defensa de España. Yo estimo que esta coalición y esta unión deben continuar, por lo menos, hasta la paz: por lo menos, hasta la victoria. QUISIERA QUE DESPUÉS TAMBIÉN [las mayúsculas son de *Mundo Obrero*], porque cuando se acabe la guerra y ya haya forzosamente que prestar atención a una porción de problemas que ahora no están más que latentes, nos va a parecer que la guerra es cosa de juego, y que los problemas de entonces serán mucho más difíciles y graves, con ser tan terrible el problema de la guerra misma, y para entonces será necesario también la cohesión de los españoles y el espíritu de abnegación y sacrificio que hoy por hoy reina entre vosotros.[21]

A últimos de mayo, sin embargo, el mismo periódico vitoreaba a la «revolución popular española» y sostenía que cuando terminara la guerra, España dispondría libremente de sus destinos porque para ello se habían abierto por primera vez las auténticas vías democráticas. Cerraba con una frase de Negrín: «Terminada la guerra, España será lo que ella quiera».[22] La línea de desbordamiento perseveró durante los meses siguientes, y creyó acreditarse mediante la consigna de la necesidad de convocar elecciones. En un editorial firmado por su director, Navarro Ballesteros, *Mundo Obrero* glosó de esta forma la conveniencia de los comicios retornando al argumento de la disimilitud entre la democracia de los países capitalistas y la democracia popular republicana esmaltada con «las conquistas revolucionarias logradas por obreros y campesinos» mediante «la revolución popular que se desarrolla envuelta en una guerra por la independencia de España».[23]

Pero nadie mejor que Dolores Ibárruri para ejemplificar esa línea de progresión hacia metas ulteriores. En un mitin ante la Conferencia Provincial de Madrid, y en medio del clima de agitación subsiguiente a la batalla de Teruel, dijo:

> Nosotros tenemos nuestra política independiente. Hemos dicho siempre que a pesar de ser los más ardientes defensores del FP no hemos arriado nuestras banderas revolucionarias ... Nosotros defendemos ardientemente la república democrática; pero mantenemos la necesidad imprescindible de consolidar las conquistas revolucionarias del pueblo. Nosotros seremos y somos en el Gobierno —y conste que a pesar de todas las maniobras no nos echarán de él— la garantía de que la revolución no caminará hacia atrás, sino que se consolidará y marchará, en pleno desarrollo, hacia sus últimas consecuencias.[24]

Cuando Teruel fue momentáneamente reconquistado para la República y los obstáculos de Prieto a la propaganda y la actuación en el seno del EPR encendieron los ánimos, algunos dirigentes piafaban de incomprensión ante el freno tascado por Moscú, ante lo que creían tener al alcance de la mano: «¿Dónde va Prieto? —se preguntaban—. Crea las condiciones de la derrota». Había que negarse a «recibir palos», cuando hasta Rojo —se llegó a creer— se había dado de alta en el partido y Camacho, jefe del Aire, debía admitir que cuando «el Partido da una orden, toda la aviación va donde el partido dice». Los apuntes de Togliatti hervían con las interrogantes de sus tutelados locales. ¿Qué se interponía entre el PCE y su objetivo máximo? ¿Qué opciones había?: «¿Levantarse? No puede ser. ¿Quitar a Prieto? ... Hernández: ¡No! ¿Por qué no podemos hacernos con el poder?».[25]

No es, pues, de extrañar que en organizaciones ya de por sí radicalizadas por la experiencia de combate constante en primera línea, como Madrid, se lanzasen a contender con los órganos de expresión de republicanos y anarquistas acerca de las visiones del porvenir tras la anhelada victoria. El 23 de marzo de 1938, en el paroxismo de la movilización de la opinión republicana con motivo del avance franquista hacia el Mediterráneo, *Mundo Obrero* publicó un artículo que haría correr ríos de tinta. Se tituló «Con toda la claridad posible». Se trataba de una respuesta a *El Sindicalista*, que había sostenido que la única solución para

la guerra era «que España no sea ni fascista ni comunista, porque Francia lo quiere así». Esto indignó a los responsables de *Mundo Obrero*, quienes corrieron a contestar que

> el pueblo español no hace su revolución a gusto del capitalismo. Ni su victoria depende del compromiso previo de hacer la revolución a la medida del capitalismo extranjero. El pueblo español vencerá a pesar de todo. Vencerá con la oposición del capitalismo. Vencerá sin pactos ni mediadores. Y dará a su revolución popular el curso que su voluntad estime oportuno.

Se rechazaron de manera firme los ataques contra el partido y contra la Unión Soviética, a la que se acusaba en algunos foros de cobrar la factura por su apoyo material en forma de imposición de «consignas importadas». Atacar a la URSS y al Partido Comunista de España y «querer ligar la suerte de nuestro pueblo al criterio del capitalismo, ponerlo como condición de victoria, es levantar la bandera de Franco, Hitler y Mussolini. Es hacer el juego a los agentes del enemigo, a los derrotistas y a los amigos del compromiso», sentenció *Mundo Obrero*.[26]

El artículo suscitó una contundente respuesta de José Díaz el día 29. Con el mismo título —«Con toda la claridad posible»— refutó las tesis contenidas en el texto madrileño:

> No conozco el periódico contra el cual está dirigida vuestra polémica; es probable que ... esté escrito por gentes que no quieren bien a nuestro Partido y comprenden bien los problemas de nuestra guerra. Pero la afirmación de que «la única solución para nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista» es plenamente correcta y corresponde exactamente a la posición de nuestro Partido. Es necesario repetirlo una vez más, para que sobre ello no quede la menor duda: el pueblo de España combate en esta guerra por su independencia nacional y por la República democrática ... Nuestro Partido no ha pensado nunca que la solución de esta guerra pueda ser la instauración de un régimen comunista. Si las masas obreras y campesinas y la pequeña burguesía urbana nos siguen y nos quieren es porque saben que nosotros somos los defensores más firmes de la independencia nacional, de la libertad *y de la Constitución republicana*.[27]

Esta apelación a la legalidad constitucional —que no podía ser otra que la de la República del 14 de abril— cerró toda incursión posterior por las deslizantes pendientes del desbordamiento revolucionario, que solo

harían alguna tímida aparición, de la mano de Stepanov y *Pasionaria*, durante los momentos finales inmediatamente previos a la descomposición de la zona republicana.

EL GIRO PATRIÓTICO

Desde entonces, el discurso del PCE se centró en la defensa de un patriotismo sin concesiones a componentes de tipo revolucionario. La proclamación por el gobierno Negrín del programa de los Trece Puntos reafirmó esta tendencia, hasta el punto de que Pasionaria defendió en su informe al Pleno del Comité Central de mayo que la clave de la victoria era «la defensa de la libertad y la independencia de la Patria».[28] La prensa se llenó de apelaciones a este sentimiento: en su salutación al nuevo gobierno Negrín —«Gobierno de Guerra y de Unión Nacional»— el Comité Provincial de Madrid lanzó un comunicado titulado «Fe en el triunfo», que resumía lo que sería el marco argumentativo del PC hasta el final de la guerra: esfumado el término revolución, se apostó por un discurso resistencialista («¡Una muralla de piedra y cemento!») y patriótico («¡Hoy, más que nunca, necesitamos mantener nuestra unidad firme para salvar a España!»).[29] Su concreción gráfica fue recogida por *Mundo Obrero* el 28 de abril: Junto a un vehemente titular («Como el 2 de mayo de 1808 ¡Todos en pie por la independencia de la Patria!»), la primera página contenía un mapa de la invasión de 1808, para concluir: «Como a Napoleón, venceremos a Hitler y a Mussolini».[30]

El uso del vocabulario y del repertorio de mitos y referencias patrióticas no era nuevo, ni en el transcurso de la guerra ni en el caso específico del PCE. Ya en los primeros compases del conflicto, Azaña, el 23 de julio, y *ABC* el 25 del mismo mes aludieron a una «segunda guerra de independencia».[31] El partido comunista contribuyó a la caracterización de la contienda en octubre de 1936 como «guerra nacional-revolucionaria» y formuló su apuesta por la regeneración de España mediante un gobierno popular. Para la movilización subsiguiente en las nuevas circunstancias marcadas por la guerra y la revolución, el arsenal marxista-leninista típico

del que disponía la *agitprop* comunista se reveló insuficiente. Era preciso ofrecer a los distintos sectores combatientes de la España antifascista una referencia común, frente a la excesiva fragmentación de símbolos, puntos de referencia y discursos concurrentes.

El PCE gestionó entonces la elaboración de un discurso patriótico cuyas imágenes y tópicos reprodujeron los estereotipos e iconos del siglo XIX y la revolución liberal, e incluso más antiguos. Frente al monopolio del patriotismo que pretendía detentar un enemigo que, por añadidura, estaba subordinado al decisivo apoyo de potencias extranjeras, los comunistas y, por extensión, la mayoría de los republicanos, quisieron reivindicarse como los verdaderos patriotas. Para instilar a la población ese orgullo nacional renovado recurrieron a un repertorio de mitos históricos reconocibles por la población, y cuya presencia se encontraba explícita en la pedagogía republicana de preguerra. Frente a los mitos de la cristiandad medieval, la unificación territorial de los Reyes Católicos y la proyección agresiva del imperio de Carlos V y Felipe II —genealogía de la hispanidad esgrimida por la reacción—, Pasionaria, en agosto de 1937, propuso otra cronología, trufada de personajes caracterizados por una enérgica rectitud frente al abuso de los poderosos o poseídos del espíritu de resistencia (El Cid, Agustina de Aragón, la Madre España —fusión del pueblo y la nación— Goya...); y de hitos resistencialistas: Sagunto, Numancia, los vascones frente a Roma, los comuneros, las germanías y los *rabassaires*; la guerra de Independencia, cuyo 2 de mayo prefiguraba la resistencia de Madrid; hasta llegar al octubre asturiano de 1934 y el levantamiento popular contra el golpe del 18 de julio. En este contexto, obras como los *Episodios Nacionales* de Galdós devinieron un importante recurso de rememoración histórica, el modelo a seguir por una nueva literatura nacional-comunista.[32]

Quizás el texto doctrinal más completo acerca del giro patriótico del discurso comunista español sea el debido a Jesús Hernández. *El orgullo de sentirnos españoles* apareció en la prensa comunista el 4 de abril, y se publicó posteriormente como separata. Su contexto es el del final de las discusiones internas sobre el abandono comunista del gobierno, la

formulación del programa de Unión Nacional en torno a los Trece Puntos del nuevo gabinete Negrín y el clima internacional previo a los acuerdos de Munich.

Comenzaba Hernández rememorando el origen de la guerra y recordando que habían sido los sectores más reaccionarios de la vieja sociedad española —« los grupos semifeudales, el círculo reducido de privilegiados, los magnates reaccionarios de la banca y de la industria, las camarillas monárquicas y fascistas del ejército y gran parte del alto clero»— los que se habían sublevado no ya «contra el Gobierno legítimo y constitucional de España», el del Frente Popular, triunfante en las urnas el 16 de febrero de 1936, sino «contra la legalidad republicana, contra un régimen pacíficamente instaurado por la voluntad mayoritaria del pueblo español». Es decir, contra la República del 14 de abril. Fueron estas «fuerzas tenebrosas» las que entregaron el país a la colonización de las potencias extranjeras. Se produjo la agresión italo-alemana y entonces la guerra adquirió su verdadera fisonomía: ya no era «la guerra del pueblo español contra sus esclavizadores indígenas, contra las cuadrillas más negras de la reacción» sino «la guerra de todo un país, la guerra de autodefensa de todo un pueblo por la independencia nacional, por la integridad y soberanía de su territorio, por los sentimientos cardinales de la dignidad humana, por la democracia y por la libertad».

La médula de la lucha del pueblo español era, por tanto, la voluntad de no convertirse en una colonia fascista. Y en esa lucha cabían todos:

> Nuestra lucha nacional no es exclusiva de comunistas, de anarquistas o de socialistas, sino la *lucha de todo el pueblo español por un régimen de libertad democrática y parlamentario*. Régimen dentro del cual están garantizadas todas las posibilidades para el desarrollo político, económico y cultural de nuestro pueblo.

El dilema no era fascismo o comunismo, sino «o la supervivencia de un país democrático y civilizado como tal o su degeneración en tierra colonizada». No había nada más revolucionario que defender «ligados a todos los patriotas españoles, la independencia de nuestro territorio y la libertad de sus ciudadanos», principio sin el cual no podía desarrollarse ni la libertad colectiva ni la libertad individual. Dejarse arrastrar por la

fraseología pseudorrevolucionaria solo contribuía a dividir y debilitar la unidad popular. En las circunstancias del momento, era inútil «atormentarse el cerebro con profecías de regímenes futuros ni conjeturas sobre la correlación de fuerzas al día siguiente de la victoria». Lo único importante era asegurar que España saldría incólume de la agresión extranjera, «para asegurar la democracia, para afirmar su libertad, para ensanchar su cultura, para ofrecer a todos sus hijos un clima de bienestar y de democracia, para contribuir a la paz del mundo». La consumación, en definitiva, del patriotismo y el programa regenerador del ideario popular de izquierdas.

La defensa de la patria debía ser el objetivo esencial de cada sector antifascista. «Y la patria somos todos nosotros. Es el pueblo. Es la España físicamente aferrada a su suelo para no dejarse arrasar y someter.» «Somos nosotros los patriotas», proseguía Hernández. Consciente de lo chocante que podía parecer esta afirmación en boca de una fuerza que se había definido siempre por su internacionalismo, el dirigente comunista justificó sus palabras:

> A nadie le suene a extraña esta afirmación. Contra una turba de generales traidores y de verdugos traficantes de su país, asumimos la responsabilidad ante el mundo y la Historia de salvar la independencia de España y sentimos nuestras venas inflamadas de entusiasmo por el orgullo de ser españoles. Por eso en esta hora suprema de impedir que España perezca con todo lo que representa en la historia de la civilización, con todo lo que tiene derecho a ser, hay que esclarecer constantemente ante todos los españoles este carácter básico de la lucha.

Para ello no sobraba nadie. Miles de compatriotas que no estaban adscritos a ninguna ideología revolucionaria se sentían igualmente impelidos a la lucha ante el peligro de que España cayera bajo dominio extranjero. Estos hombres eran útiles, necesarios, e indispensables:

> En el derecho a defender la independencia y la libertad españolas ningún español nos es ajeno. Debemos, con todo cuidado, no hacernos extraños a estos patriotas, forzándoles a defender concepciones políticas que no se han acomodado aún a sus convicciones ... He aquí la única cualidad que nos es obligada a *todos los españoles, sea cual fuera nuestra bandería política*. Quien, llámese como se llame, luche por impedir el regreso a ese pretérito de ignorancia y miseria, a esa amenaza de ignominia y de muerte, es nuestro aliado, nuestro amigo y camarada, aunque no se cubra con el pabellón político de nuestras respectivas ideologías proletarias. No es imprescindible. Basta con que sea honradamente un español, un patriota que ama a su país.[33]

El giro patriótico supuso, pues, la subordinación de los objetivos de transformación a los de defensa nacional dentro del paradigma nacional-revolucionario que hasta 1937 había defendido el Partido Comunista. Se pusieron en valor, en definitiva, los valores fundacionales de la República del 14 de abril como denominador común a todos los verdaderos españoles que luchaban por la independencia de España —incluidos los de la zona franquista— en el marco de un regeneracionismo inserto en el difuso pero reconocible ideario popular de izquierdas que había fraguado durante el último tercio del siglo XIX y el primero del XX. Los contenidos de un marxismo-leninismo enunciado poco menos que en términos rituales quedaron relegados definitivamente al papel de referentes propios de autoidentificación dentro del magma de una «unión nacional» que perviviría a la guerra y a la derrota.[34] Una unión nacional que, erigida en formulación estratégica del PCE, cuyas sucesivas coberturas desde los tiempos de la guerrilla hasta los de la Junta Democrática, pasando por la Unión Democrática Española y el Pacto para la Libertad, consolidaría la concepción del partido como el principal albacea del legado republicano y, por tanto, la fuerza con la que necesariamente había que contar en el futuro para la recuperación de la democracia y las libertades abrogadas por la dictadura franquista.[35]

DE CRISIS A CRISIS: LOS COMUNISTAS Y EL ENFRENTAMIENTO CON PRIETO

Mientras los comunistas pulsaban la vena patriótica de la resistencia, estaba a punto de sonar el canto del cisne de los intentos de unidad orgánica del proletariado. A mediados de octubre de 1938, la prensa comunista publicó las primeras disensiones públicas con Prieto a cuenta del papel del comisariado.[36] El episodio de la reconquista y pérdida de Teruel ahondaría la polémica con el ministro de Defensa Nacional, y con ella se iría al garete de forma definitiva, debido al reagrupamiento de sectores socialistas antes rivales, la línea de aproximación entre estos y los comunistas.

Ni que decir tiene que la salida de Caballero del gobierno, a pesar de que las intenciones de Stalin y la Comintern fueran las de que hubiera conservado la presidencia, fueron capitalizadas por los dirigentes comunistas locales como un triunfo personal. En el pecado de la desaforada propaganda llevaron, posteriormente, la penitencia de cargar con el sambenito del maquiavelismo, pues fueron legión, desde Azaña hasta los centristas de su partido —excepción hecha, lógicamente, de sus propios seguidores y de los anarquistas—, los que respiraron aliviados por la salida de Caballero del gobierno. En cualquier caso, el paso dado debía ser considerado tan grande por los comunistas que no temieron fanfarronear sobre su poder de influencia incluso ante sus colegas del gabinete. Con motivo de una de las reuniones en las que se trató acerca del espinoso asunto de la desaparición de Andrés Nin y de las responsabilidades que cupieran a quien entonces era director general de seguridad, el comunista Ortega, como quiera que se plantease su destitución con desdoro, el ministro Jesús Hernández expuso con cierta altanería la posición de su partido al respecto:

> Ya sabéis cómo trabajamos nosotros —declaró Hernández—; siempre planteamos las cuestiones abiertamente, y si no nos escucháis, recurrimos a las masas. Ahora bien, no queremos causar una crisis gubernamental, pero si la política del gobierno no cambia, nos veremos obligados a forzar una crisis, y ya habréis comprobado a raíz de la crisis del gobierno Caballero que poseemos la fuerza suficiente para ello.[37]

Si estas manifestaciones de fuerza se hacían ante los demás, en *petit comité* algunos se mostraban exultantes. A Codovilla, el viejo tutor de la Comintern, se le calentó la boca en una reunión con carácter ampliado del máximo órgano de dirección, el Buró Político, a la que asistieron Giorla, Hernández, Uribe, Checa, Delicado, Martínez Cartón, Etelvino Vega y José Antonio Uribes.[38] Para el argentino, se estaba entrando en una nueva y decisiva fase. «Hemos llegado a una tal situación que solamente el Partido del proletariado puede salir airoso de ella», dijo, para soltar a continuación:

> Estamos en una encrucijada que es preciso romper para poder triunfar ... Es necesario partir del punto de vista de que el proletariado ha de tener la hegemonía en la dirección del país. Los obreros, los que trabajan con entusiasmo, están cansados de esta retaguardia en la que abundan

> las clases parasitarias y los despreocupados por los problemas de la guerra. Solamente el PC es el que puede organizar todas las energías del pueblo.

Lógicamente, tal desarrollo del partido no podía ser visto sino con reticencia por todos aquellos que no formaban parte «de todas las fuerzas sanas y honradas de España» que habían encontrado su eje fundamental en el PC, y por lo tanto se aprestaban a lanzar contra él «todo lo más podrido que tiene nuestra retaguardia». Codovilla elevó el tono. Se acercaban momentos decisivos: la lucha contra el partido «se hará cada vez más aguda, sobre todo entre los alegres que creían que nuestra lucha era una algarada que iba a durar unos meses, que todo iba a ser requisar pollos y jamones». La situación no podía continuar así mucho tiempo:

> Cada día el gobierno va consumiéndose; las masas se plantean por qué el partido no tiene una mayor participación en el gobierno porque ven en él el único que puede organizar todas las energías que existen en nuestro pueblo. El gobierno actual no representa ni refleja la combatividad de los frentes; en el carácter social tampoco representa al pueblo ... Creo que es necesario, primero, que el gobierno arroje el lastre burgués.[39] Segundo, que el partido tenga mayor fuerza en el gobierno ocupando carteras decisivas. Está comprobado que solamente él puede limpiar de enemigos la retaguardia y además intensificar el trabajo en las industrias. Debemos tener una participación más directa en la dirección de la guerra; debemos trabajar con esa perspectiva. Debemos valorizar nuestro partido y cuando pidamos algún sitio de dirección debe ser completo, para evitar con la coparticipación que nuestros esfuerzos sean baldíos. Cuanta más energía mostremos, más nos haremos respetar.

Las implicaciones eran evidentes: dejarse de tácticas unitarias con la burguesía, acción decidida, reclamar más poder para el partido. El retroceso al lenguaje del *tercer periodo* se consumaba en el cierre de su intervención: «En el Comité de Enlace hay que decirles [a los socialistas]: si vosotros no realizáis la unidad lo hará la base sin vosotros». Para Codovilla, los tiempos de frente único por la base habían vuelto.

A alguno, en Moscú, debieron endurecérsele las arterias leyendo las conclusiones del tutor de la IC. Llovía sobre mojado. Alguien tan poco mesurado como André Marty había calificado sus métodos de dirección en octubre de 1936 como los propios de un «cacique».[40] Fue entonces cuando la Comintern, que había mandado a España a Stepanov en enero —otro destacado representante del ala más dogmática (si no fuera incurrir en el

pleonasmo) del estalinismo—, decidió enviar en misión a Palmiro Togliatti («Alfredo», como sería conocido entre los españoles). La intención parecía clara: había que consignar a un tutor que tutelase a los tutores. En el marco de esa redundancia, Codovilla era quien más chirriaba y quien fue, por lo tanto, sacrificado.

Sobre si Togliatti había estado o no antes en España se ha vertido una larga polémica, aguzada con el testimonio de Jesús Hernández que, por su enemistad con el personaje, lo convirtió en el *deus ex machina* de todas las decisiones adoptadas por el PCE desde entonces, en particular las que tuvieron que ver, a su juicio, con las eliminaciones políticas de Caballero y Prieto y la supuesta instrumentalización de Negrín. Ricardo Miralles, en su biografía de Negrín, cuestiona la veracidad del testimonio de Hernández sobre la presencia de Alfredo en una reunión del Buró Político preparatoria de la caída del gobierno de Largo Caballero, cuando aún no había llegado por esas fechas.[41] Marcela y Mauricio Ferrara también lo negaron,[42] pero otro biógrafo de Togliatti, Giorgio Bocca, recurrió a G. R. Colodny —antiguo combatiente de las Brigadas Internacionales que resultó herido en Brunete— para sostener su apuesta por la veracidad del testimonio del ministro comunista.

Colodny cita un párrafo del diario de Koltsov, corresponsal de *Pravda*: «Al mismo tiempo que llegaba la plana mayor del general Goriev a Madrid, llega a la capital española una delegación de la Comintern, encabezada por Palmiro Togliatti y por André Marty, que pone manos a la obra la transformación de la colección políglota de voluntarios en una unidad de ataque». Eusebio Cimorra, antiguo secretario de Hernández y editorialista de *Mundo Obrero* y *Frente Rojo*, al narrar muchos años después los prolegómenos de la caída de Largo Caballero, recuerda: «Durante esos días de la crisis alguna noche no se apagaron las luces en el despacho del ministro de Instrucción Pública; Jesús Hernández y Palmiro Togliatti estaban preparando la soflama del primero, que había de ser el discurso principal en el acto público contra Largo Caballero, en Valencia, el acto que presidió Pasionaria».[43] Por último, otro dirigente del PCI, Mauro Scoccimarro, afirma rotundamente: «[Togliatti] estuvo ya en 1936; estoy segurísimo». Para Bocca, la respuesta al porqué de la insistencia de

Togliatti en negarlo, incluso tras la muerte de Stalin, radica en que «la regla de la Comintern es que el silencio, una vez decidido, se mantiene para siempre, con el fin de no desmentir a los que hacen de cobertura».[44]

Sin embargo, otro eminente historiador del PCI, Paolo Spriano, desautoriza los asertos de Bocca: niega que Scoccimarro pudiera ser una fuente directa, pues se encontraba preso en una cárcel italiana durante el periodo 1936-1939, y cuestiona la validez de la cita que Colodny atribuye a Koltsov y que trata sobre la presencia de Togliatti en España en octubre de 1936, junto a mandos de las Brigadas Internacionales, dado que nunca fue expresada por el periodista soviético, sino que está extraída de un libelo norteamericano de comienzos de la Guerra Fría. Según Spriano, los archivos del PCI documentan la estancia de Togliatti en Moscú mes a mes y semana a semana durante el primer año completo de la guerra civil. Togliatti, según el testimonio de Humbert-Droz, habría asistido entre el público a los dos grandes procesos de enero, contra Zinoiev y Kamenev, y de febrero de 1937, contra Piatakov y Radek, y se encontraría en Moscú cuando murió Gramsci (el 27 de abril de 1937), remitiendo desde allí una carta a Piero Sraffa fechada el 20 de mayo. Spriano excluye, casi con total seguridad, que «Ercoli» hubiera estado en España antes del verano de 1937, aunque tampoco puede descartar que pudiera haber efectuado alguna visita anterior.[45] Pese a todo, queda sin llenar un hueco cronológico entre el mes de febrero y el 12 de marzo de 1937, que bien pudiera haberse colmado con la visita de Togliatti a España entre el 20-21 de febrero (fecha de la llegada a la Península del nuevo embajador designado por Stalin para sustituir a Rosenberg, Lev Gaiskis) y los días 25-26 del mismo mes (días en los que André Marty retorna a Moscú desde España para informar a la Comintern, a la reunión de cuyo secretariado asisten él y «Ercoli» el 12 de marzo). A la eventualidad de una estancia previa apuntan las palabras del futuro senador vitalicio triestino y figura controvertida de la presencia internacionalista en España, Vittorio Vidali, «comandante Carlos», que al narrar a Bocca la reacción que en la Comintern y Stalin provocó la no deseada caída de Largo Caballero recordaba que «se decidió enviar a España a Togliatti *de forma estable*».[46]

En cualquier caso, mientras no sea franco el acceso a los archivos exteriores soviéticos, hay que moverse en el terreno de las conjeturas. A la luz de lo que conocemos por los diarios de Dimitrov, es casi seguro que la imputación de Hernández, realizada en 1953, acerca de la responsabilidad de Togliatti en la caída de Caballero y el ascenso de Negrín sea malintencionada, y obedezca a un ajuste de cuentas entre dos personajes cuya enemistad era patente ya desde los tiempos de la guerra. Ahora bien, eso no descarta la presencia de «Ercoli» en España antes de su toma de posesión como delegado de la Comintern. De hecho, hay tres mensajes descifrados por los servicios británicos que hacían referencia o iban firmados por «Alfredo» entre el 13 de enero y el 3 de febrero de 1935.[47]

Lo primero que hizo Togliatti, tras recomendar encarecidamente a Moscú que Codovilla, que había partido allí para informar a «la Casa», no regresara,[48] fue pulsar la realidad del país, girando visitas a los frentes y recibiendo informes de los comités provinciales. En las primeras reuniones con el Buró Político ya pudo percatarse de que se estaban abriendo grietas con Prieto, quien mientras duró la confrontación con Caballero no había dudado en apoyar el proceso de aproximación unitaria entre socialistas y comunistas. En una reunión del 17 de agosto varios miembros del Buró Político plantearon los problemas existentes en las relaciones con el PS. Giorla aseguró que, aunque el programa común era aceptado por los socialistas, salvo en lo referente a la cuestión nacional de Cataluña, Euskadi y Galicia, el proceso orgánico de fusión no avanzaba con ritmo suficiente. Incluso más, desde la ruptura con los caballeristas, en algunos lugares (Madrid y Alicante) habían dejado de funcionar los comités de enlace. Pasionaria abundó en las tesis de la unidad por la base de su amigo Codovilla: si las cosas no funcionaban, había que trabajar con los obreros socialistas incluso allí donde no se hayan podido constituir comités de enlace. Stepanov cerró el turno haciendo hincapié en la necesidad de fortalecer el Frente Popular y de reconstituir las relaciones con la CNT para restar plataformas de apoyo a Caballero en su lucha antiunitaria.[49]

No era tarea fácil la de recomponer puentes con los confederales cuando, al mismo tiempo, la 11.ª División, al mando de Enrique Líster, estaba aplicando el decreto de disolución del Consejo de Aragón,

promulgado por el gobierno el 11 de agosto.[50] El ente administrativo aragonés se había erigido en un contrapoder autónomo que, desde su creación en octubre de 1936 había procedido a controlar la producción y el consumo en la parte de la región que permaneció leal, a asegurar el orden revolucionario y la consolidación de las colectividades, regular los salarios, y canalizar la exportación de aceite, almendra y azafrán a través del puerto de Tarragona. Sus adversarios, el resto de las fuerzas republicanas —republicanos, socialistas y comunistas—, acusaron a sus dirigentes de imponer el colectivismo «a pistoletazo limpio»,[51] y en cualquier caso, de gestionar una burbuja autosuficiente, que en nada contribuía al esfuerzo de guerra general, en el marco de aquel «frente tranquilo» como era el de Aragón.

Pero si conocidos son los argumentos de los opuestos al Consejo, menos lo son los de la propia organización confederal, que también hizo su lectura de lo ocurrido. Y no fue precisamente autoindulgente. De hecho, Francisco Ascaso, desplazado a Valencia poco antes de la disolución del Consejo, fue excluido de las filas confederales.[52] En el Pleno de Regionales de octubre de 1938, el Comité Nacional de la CNT consideró que aunque en Aragón se dieron las bases para realizar un gran ensayo, «el proyecto se frustró y no por culpa de los militantes aragoneses, sino [por] aquellos que por apetencias personales, deshicieron y deshonraron aquella rica región con una política de grupo». Además, la dirección había incurrido en un prurito purista, en el que no habían caído otras organizaciones regionales menos publicitadas, pero cuyos resultados fueron más efectivos y duraderos:

> En la mayoría de los casos en Aragón no estaban legalizadas las Colectividades. En cambio en Centro, reconociendo los defectos de la Ley de Reforma Agraria, supieron nuestros compañeros manejarla de tal forma que los funcionarios comunistas se ven imposibilitados de realizar su labor de obstrucción a las realizaciones conseguidas.[53]

Si, a pesar de todo, el caso aragonés había sido elegido como el paradigma del «sueño igualitario» anarcosindicalista, era previsible que cuando se aplacaran los ecos de la revuelta barcelonesa, los días del Consejo de Aragón estuvieran contados.

El día 5 de agosto, Enrique Líster recibió directrices para llevar a cabo la operación, por boca del ministro de Defensa, Prieto. Se eligió a la 11.ª División, que acababa de participar en la batalla de Brunete, porque se temía la posible reacción de otras tres divisiones (la 25, 26 y 28) bajo influencia anarquista desplegadas en el frente aragonés, y se precisaba de una unidad fogueada y disciplinada.[54] Líster partió inmediatamente para Caspe. Durante los días que transcurrieron hasta la promulgación oficial del decreto, las fuerzas a su mando se prodigaron en ejercicios demostrativos de fuerza —maniobras de infantería en los alrededores de la ciudad, desfiles de tanques, moviendo ostensiblemente los cañones de sus torretas, despliegue de fuerzas motorizadas— con el objetivo de ejercer una presión psicológica sobre los posibles defensores del Consejo. Cuando llegó la hora H, se comprobó la eficacia de sus resultados: el Consejo de Aragón se desmoronó sin un tiro. Apenas hubo resistencia, dado que, pese a las propuestas en este sentido de la FAI, el Comité Nacional de la CNT logró sacar adelante una resolución en el Pleno de Regionales celebrado en Valencia pocos días antes de la publicación del decreto de disolución (el 7 de agosto), en el sentido de «que la Regional de Aragón opte por el camino de la habilidad para sostener el Consejo, y si se disuelve, que procure situarse lo mejor posible, interviniendo en el organismo que se forme, neutralizando así la ofensiva del adversario».[55]

En los primeros momentos se temió que hubiera fusilamientos, pero lo cierto es que no se desbordó la represión sangrienta que muchos temían y de la que, a pesar de todo, se ha seguido hablando en las memorias y la historiografía posterior. Según el testimonio de Antonio Gambau, hubo tres muertos al intentar fugarse del Palacio de Chacón, sede del Estado Mayor de la 11.ª División, adonde se condujo a los cerca de 150 detenidos en las primeras operaciones.[56] Sobre el destino de los presos existen discrepancias: Líster habla de que todos los consejeros, menos el presidente Ascaso, fueron detenidos cuando intentaban huir. Otros «ciento veintitantos», entre los que según él se encontraban cuatro miembros del Comité Nacional de la CNT , fueron todos puestos en libertad el día 13, y los medios —edificios, imprenta, etc.— que estaban en poder del Consejo de Aragón entregados a disposición del Comité del Frente Popular. Por el

contrario, el acta de traspaso de poderes entre el disuelto Consejo y el nuevo gobernador general, José Ignacio Mantecón, recoge la firma de los consejeros salientes, lo que indica que no huyeron, sino que fueron detenidos después del acto protocolario y de forma arbitraria por las fuerzas de Líster. Por otra parte, el Comité Regional de la CNT presentó ante el Pleno Regional de sindicatos celebrado en Caspe los días 11 y 12 de septiembre la cifra de 475 presos en las cárceles de Caspe, Barbastro y Alcañiz; en diciembre seguían siendo 89, acusados en su mayoría de robos, violencias diversas y tenencia ilícita de armas. Serían puestos en libertad por orden de los gobernadores civiles, sin haberse celebrado juicio y por efecto de la presión popular ejercida durante los días de la batalla de Teruel.[57]

EL DETERIORO DE LAS RELACIONES CON LOS SOCIALISTAS

El 18 de agosto el Comité Provincial de Madrid informó a Togliatti de la situación de ruptura de los comités de enlace y de los pleitos sindicales. La ASM dejaba sentir todo su poder a favor de Caballero. Pero afloraban también los problemas con Prieto. Francisco Antón, secretario del Comité Provincial de Madrid y comisario de Brigada, se estaba colocando en rumbo de colisión con el ministro de Defensa Nacional. Quizás por ello no dudó en verter acres comentarios sobre Prieto, del que dijo que estaba «en la cima de su grandeza» al tiempo que infundía las primeras sospechas sobre sus simpatías por el apaciguamiento. Volveremos más adelante sobre este punto porque sería el punto de arranque de la siguiente campaña.

Togliatti tuvo que modular también las reacciones de los comunistas españoles ante la iniciativa de Stalin de promover la convocatoria de unas elecciones en territorio republicano para fortalecer la imagen democrática de la República en guerra. Las lecturas de raíz bolloteniana situaron en este punto el origen de la añagaza soviética para constituir una «república democrática» *avant la lettre* al estilo de las que proliferarían tras el Telón de Acero en los años cincuenta. Lo cierto es que, en el caso español, el asunto suscitó enormes resistencias por parte de la dirección local, mucho menos

matizadas de las que, a priori, se pulsaron entre otras personalidades ajenas al partido. Cuando el 30 de septiembre Hernández se encargó de soltar la sonda en el Consejo de Ministros —«¿Qué piensa el pueblo?, etc.»—, Prieto concordó en que «este parlamento es una comedia» pero consideró que la celebración de unas elecciones, a pesar de ser una cosa justa, era un proyecto irrealizable en aquellas circunstancias. Azaña, según consignó Togliatti, no era contrario a ello siempre que se limitasen al ámbito catalán.

El episodio de la discusión sobre la oportunidad de celebrar elecciones se tradujo en una manifestación disciplinada *hacia fuera* del partido que escondió una tenaz oposición en el interior, al estilo de lo que en teología se denominaría reserva mental. El debate más enconado se produjo en una reunión del Buró Político del 4 de octubre. Abrió el turno de intervenciones Hernández, quien alertó de que «nadie va a aceptar nuestra solución, por miedo de nuestra fuerza». En buena lógica, si el partido obtenía el 50 por 100 o más de los escaños debería «tener puesto de mando en el país». A continuación, con habilidad de esgrimista, esquivó cualquier posible acusación de oponerse a la directriz superior escudándose en lo que en teoría leninista se llamaría el análisis de la realidad concreta: «La justeza de la línea tropieza con obstáculos formidables». Las Cortes no representarían a toda España, sino solo al 45 por 100 del país; los partidos republicanos burgueses resultarían probablemente laminados; se corría el riesgo de que los socialistas se aglutinaran en torno a los caballeristas. Había una salida parcial: celebrar elecciones en Cataluña, como había aceptado Azaña. Como alternativa global, Hernández propuso aprovechar la reforzada presencia en la dirección de la UGT para cerrar acuerdos de enlace con la CNT .

Pasionaria dijo que las críticas de su compañero de Buró eran justas. Existía el peligro de que los socialistas se acercaran a los anarquistas contra el PC. Delicado, por su parte, hizo equilibrios sobre el filo de la navaja: lo propuesto era un «50 por 100 difícil». También puso como excusa una posible escisión socialista. Antón avisó del riesgo de la formación de un bloque contra el partido. Mije apostó por las elecciones solo en Cataluña.

Uribe fue, curiosamente, el más crítico con la propuesta. La «idea de elecciones entra en conflicto con el Frente Popular», afirmó, y por tanto carecían de valor analogismos como los de «la comparación con Rusia

1917-1919». En el colmo del arrebato para un disciplinado dirigente comunista, dijo que la cuestión «se nos plantea mal», porque así no se fortalecería el Frente Popular. Dado el carácter de la guerra que estaba en curso, la única opción pasaba por no apartarse de la línea del Frente Popular y de la defensa de la República democrática.

El único asistente a la reunión del Buró Político que se pronunció incondicionalmente a favor de las elecciones fue el joven Santiago Carrillo, que creyó confiadamente en que había posibilidades para ello porque las «masas populares [eran]favorables» y, por lo tanto, había que «plantear públicamente» la consigna.

Pues bien, a pesar de todo lo anterior, el PCE dio un supremo ejemplo de disciplina (o de bipolaridad, según se mire) lanzando una campaña pública durante dos meses, en la que, con la contumacia de la propaganda masiva, se exigió la convocatoria de las elecciones. Valga como ejemplo el editorial que *Mundo Obrero* insertó en su primera página el 13 de noviembre:

> Vivimos en régimen democrático ... No es una democracia al uso en los países capitalistas. Las conquistas revolucionarias logradas por obreros y campesinos dan a nuestra democracia un contenido especial, nuevo. Es el signo peculiar de nuestra revolución popular, que se desarrolla envuelta en una guerra por la independencia de España ... El secretario de nuestro partido ha planteado la necesidad de acondicionar los órganos de dirección de nuestro país a esta realidad. Los órganos actuales —Parlamento, Consejos Provinciales y Ayuntamientos— ¿reflejan ni exacta ni aproximadamente los cambios que se han producido en la correlación de clases de nuestro país? La respuesta es negativa. Sobre todo el Parlamento no refleja ni poco ni mucho los cambios que se han producido en la situación ... El PC va a plantear en el FP, a todos los partidos y organizaciones y en primer lugar al PS, la necesidad de una consulta electoral. Esperemos la respuesta. Las razones son tan sólidas que nos autorizan a suponer que todos estarán de acuerdo.[58]

Pronto los avatares de la guerra, con la reconquista y pérdida de Teruel, y los conflictos exacerbados en torno a la procedencia de llevar a cabo campañas de agitación para galvanizar una resistencia que algunos —el ministro de Defensa Nacional y el propio presidente de la República— consideraban prácticamente inútil, llevarían a los comunistas a abandonar la

reivindicación electoral para concentrarse en un nuevo polo de interés: el mantenimiento de la resistencia y la lucha por cortar las tentaciones de capitulación. Y Prieto se situaría en la intersección de ambos factores.

Los choques con Prieto se habían venido dando en varios campos y al mismo tiempo desde la creación del primer gobierno Negrín. En una tormentosa reunión del gabinete el 14 de julio, había dejado claro que no iba a dejar de seleccionar a sus subordinados y que, para trabajar con ellos, prefería no contar con los comunistas, al tiempo que tomó medidas en un sentido muy similar al de su predecesor en el ministerio y antiguo rival, consistentes en la limitación de la propaganda y del reclutamiento político en el seno del EPR. La prensa del PCE encontró pronto la línea de continuidad entre ambas situaciones y la puso de relieve públicamente, aunque con la cautela, todavía, de achacar la tentación del «ejército apolítico» a los tiempos de Caballero- Asensio.[59] Bien visto, a tenor de lo que pasó luego con ambos, no dejaba de ser una advertencia.

Cuestión de cifras: la presencia comunista en el EPR

Como ya se ha dicho, los comunistas fueron desde muy pronto impulsores decididos de la formación del Ejército Popular. El programa en el que se expusieron las propuestas del PCE para el fortalecimiento de la capacidad combativa de la República vio la luz el 18 de diciembre de 1936 y fue conocido como el de «las ocho condiciones de la victoria». En él se exigía la creación «del gran ejército popular», la «disciplina férrea y obediencia a los mandos, un plan general de operaciones y mando único, la implantación del servicio militar obligatorio y asegurar una dirección político-militar a la guerra».[60]

El peso específico de los comunistas en el seno del nuevo ejército ha sido, tradicionalmente, objeto de polémica, casi siempre en el sentido de valorarlo como determinante y arrollador. Por ejemplo, en su monografía sobre la URSS y el PCE, Payne no deja de recopilar citas favorables a su desarrollo del genial artefacto bolloteniano que alude a la existencia de una «Tercera República» o «República revolucionaria» durante la guerra civil, y

entre ellas, como no, concita la de una «gran mayoría de historiadores profesionales» que tienden a estar de acuerdo «acerca de la posición predominante, prácticamente hegemónica, adquirida por los comunistas en el ejército» y en ciertas instituciones del Estado. Destaca entre esta pléyade la sentencia de David T. Cattell, quien en plena Guerra Fría concluyó que «a partir de las evidencias parece claro que el partido [comunista] se hallaba en posición de tomar el poder absoluto en el gobierno *leal si quería y cuando quisiera*».[61] Lástima que ni él, ni Bolloten, ni el profesor Payne hayan tenido a bien explicar por qué entonces no lo hicieron, en lugar de recurrir a las complejas teorías del «camuflaje». Ni por qué tanto poder militar se deshizo como un azucarillo impidiendo al PCE sofocar el golpe de Casado o tomar posiciones decisivas ni siquiera en los momentos finales de desintegración del Estado republicano.

Los autores que apostaron por la hegemonía del PC en el ejército fueron las primeras víctimas de la propaganda comunista al respecto. Ciertamente, las cifras arrojadas por los documentos elaborados por el propio partido y algunos de los asesores rusos así permitirían pensarlo (tabla 21). Al cabo de un año de guerra, en julio de 1937, un informe interno reflejaba la siguiente correlación de fuerzas en el EPR:

Distribución de fuerzas en el Ejército Popular, julio de 1937

Organización	*Número*	*Porcentaje*
Comunistas	14.523	27,7
Socialistas	1.576	3
JSU	4.184	8
CNT	2.452	4,7
Republicanos	804	1,5
Sin partido	29.827	56,9
Total	52.366	100

FUENTE: AHPCE, Manuscritos, tesis y memorias. Informe sobre la guerra civil española, carpeta 19/11, expediente n.º 22, pp. 193-195. Citado en Viñas (2008), CD-Documentos, p. 22.

Tabla 21.

El aluvión de combatientes que habían acudido a las filas del Ejército Popular se nutría, consecuentemente con el origen del impulso, de una mayoría significativa de adherentes y simpatizantes comunistas. Se ha dicho que ello fue el resultado de la oleada de movilización de milicias políticamente conscientes, entre las que el PCE, por sus dotes organizativas y de trabajo político, logró gran número de adherentes. Es cierto que la mitad de los nuevos soldados con afiliación política procedía del PCE, que hizo un enorme esfuerzo de incorporación de sus militantes a filas: en el Pleno de marzo se evaluaron en 131.600 (el 52,8 por 100) los afiliados que estaban combatiendo en el EPR, sobre un total de 249.140.[62] En el caso de Madrid, de los 63.426 miembros con que decía contar el partido a comienzos de 1938, 46.978 (el 74 por 100) estaban integrados en el EPR o en las fuerzas armadas de retaguardia.[63] Pero no es menos cierto que más de la mitad (el 56,9 por 100) de los reclutas del EPR se inscribieron bajo la categoría «sin partido».

Pese a los posibles matices, había un estado de percepción tan extendido sobre la supuesta aplastante hegemonía comunista que hizo confesar a Rojo que «el 80 por 100 del Ejército sigue a los comunistas» y que «cualquier medida del Gobierno dirigida contra el PCE lo estaba inevitablemente en contra del Ejército y lo debilitaba».[64] A nivel de mandos, la presencia comunista resultaba muy destacada:

Filiación de comandantes del EPR, septiembre de 1937

Mandos	*PCE*	*SIMPAT.*	*PSOE*	*REP.*	*CNT*	*S/P*	*TOTAL*
Comandantes Cuerpo de Ejército	5	2		1		3	11
Ídem División	28	3	3	4	4	5	47
Ídem Brigada	56	3	2	2	6	3	72
Total	79	8	5	7	10	11	130

FUENTE: Informe de Sthern (Viñas, 2007, p. 445).

Tabla 22.

Como concluía uno de los más significados asesores soviéticos, Sthern (tabla 22), la presencia comunista era mucho más elevada que la de cualquier otro partido y sobresalía en aviación, tanques y blindados, en el Ejército del Centro y los cuerpos destinados al sur. Todas las brigadas (en número de 25) que participaron en las operaciones de Madrid tenían en su mayoría mandos comunistas. Las mejores divisiones (la 11 de Líster, la 46 de El Campesino y la 39 de Gustavo Durán) estaban comandadas por miembros relevantes del partido.[65]

Descendiendo de la cantidad a la calidad, la valoración sobre el control político y la calidad de la organización de los comunistas en las distintas unidades (tabla 23) arrojaba resultados que añadían algo de templanza al entusiasmo:

Control de unidades en el Ejército Popular, julio de 1937

Organización	Control sobre brigadas del EPR*
PCE	19**
PSOE	15 ***
CNT	9

* Número total de brigadas: 147.
** 4 por el PSUC.
*** 13 de la corriente caballerista.
FUENTE: AHPCE, Documentos, Film XVI.

Tabla 23.

De las 147 brigadas organizadas en julio de 1937, existía una organización política consolidada en 43 de ellas. El PCE reconocía su control sobre 19 (un 44,2 por 100), pero al mismo tiempo confesaba que el resto se hallaba en manos de los socialistas (con un aplastante peso de la tendencia caballerista, por lo tanto, sin posibilidad alguna de establecer con ellas alguna forma de enlace unitario) y anarquistas, con los que las relaciones, a raíz de los hechos de mayo, estaban en su peor momento. El nivel de trabajo de los colectivos militares comunistas en otras unidades donde todavía ninguna fuerza había alcanzado una entidad tal que permitiera adscribirla a una u otra organización dejaba bastante que desear

(tabla 24): frente a las 19 unidades controladas, 11 mostraban un nivel aceptable, y otras 19 se encontraban en situaciones que iban de los primeros pasos (7) a la regular o mala implantación organizativa:

Nivel organizativo del PCE en el EPR, mediados de 1937

Mal	*Regular*	*En desarrollo*	*Bien*	*Bajo control*
5	7	7	11	19

Tabla 24.

Para establecer un enlace entre la organización de los comunistas en el ejército y el partido en cada circunscripción territorial se crearon las Comisiones Político-Militares (CPM) de los correspondientes comités provinciales. Las CPM se encargaban de supervisar el trabajo de partido en las unidades, la composición, las condiciones materiales y la moral de la tropa, las obras de fortificación y las relaciones con las otras organizaciones. En octubre, Togliatti solicitó informes de ellas, y el balance arrojó resultados desiguales.[66]

Había lugares —la mayoría— donde la CPM era muy mala o casi inexistente (Extremadura, Toledo, Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Granada, Córdoba, Castellón, Alicante y Cartagena). Bastantes de ellas se caracterizaban por su sectarismo o por el trabajo del partido al margen de los mandos y de los comisarios. En Extremadura, por ejemplo, los comisarios eran en su mayoría socialistas caballeristas, obstaculizando en lo que podían el trabajo del PC. Como respuesta, los comunistas cargaron contra los comisarios, enajenándose el apoyo de los soldados, que se alinearon con los socialistas. Lo mismo ocurrió en Toledo.

Allí donde, a pesar de todo, existían comités de enlace, las relaciones eran meramente formales. Podía haber células del partido en la mayoría de las unidades, pero con deficiente o mala organización, debido en muchas ocasiones a la débil educación política de los mandos militares comunistas, cuyos efectos eran aún más graves si se tiene en cuenta que actuaban sobre una mayoría de afiliados de extracción campesina y muy bajo nivel cultural. A ello se añadía la falta de orientación sobre la línea política, como en

Ciudad Real, donde ni siquiera llegaba la propia prensa, el principal vehículo de información sobre las posiciones del partido. En la gran mayoría de los lugares que reportaban información se evidenciaban problemas de fortificación, baja moral —acompañada en ocasiones de deserciones al enemigo— y deficientes condiciones materiales de la tropa.

Allí donde las CPM funcionaban bien (Almería, Murcia, Jaén, Este y Levante) era debido a todo lo contrario: las relaciones con los anarquistas era fluidas, neutralizando el trabajo adverso de los comisarios caballeristas, existía organización en todas las unidades y a todos los niveles (Levante) y se publicaban boletines de trabajo (Jaén). En la Marina existía organización en todas las unidades de la escuadra, se había impulsado el Hogar del Marino y las casas regionales. Pero, de nuevo, afloraban denuncias de sectarismo y de preocupación por la mala calidad del trabajo de la CPM en el estratégico enclave de Cartagena. No se salvaba, incluso, una de las joyas del partido, la Aviación, cuyo balance hablaba de «dificultades. Comisarios malos. Organización poca. Nivel político muy bajo».

El campo de batalla del Comisariado

Uno de los ámbitos donde se produjeron las controversias más encendidas entre el PCE y otras fuerzas políticas —con derivaciones políticas en las dos crisis gubernamentales, la de mayo de 1937 que supuso la caída de Caballero, y la de abril de 1938 que llevó aparejada la de Prieto — fue el del Comisariado.[67] Una de las ideas más perdurables ha sido la de que la institución del Comisariado tuvo su origen en el modelo soviético y que fue injertado en el ejército de la República por influencia comunista. Sin embargo, la iniciativa para su formación se debió a Largo Caballero, en su doble condición de presidente del gobierno y ministro de la Guerra, por decretos del 16 y 17 de octubre de 1936, para formalizar la figura —surgida espontáneamente durante los primeros compases de la guerra— del delegado de los comités de milicias. El comisario habría de encargarse de estimular a los combatientes, mantener la moral y recordarles el sentido de la lucha que se estaba desarrollando.

Los anarquistas también reivindicaron su participación en su creación y defensa en fecha tan avanzada como octubre de 1938: el secretario confederal, Mariano Vázquez, defendió al Comisariado de los ataques de un sector de su propio movimiento —la FAI— alegando que «este órgano fue propuesto por nuestra organización»; y González Inestal, subcomisario general por la CNT, aseguró que «nuestra organización ha sido la más fiel defensora del Comisariado, y que Prieto no la deshizo ya por presión nuestra».[68]

Dado que el PCE fue la primera fuerza que entendió la utilidad del Comisariado se ha considerado que fue la que más miembros aportó a su formación. Alpert cita diversas fuentes (Líster, Koltsov, distintos portavoces de la Comintern) en las que se proporcionan datos como que el 80 por 100 de los comisarios del frente central eran comunistas. Prieto, por su parte, al justificar sus medidas limitadoras de la influencia del PC, consideraba que no menos del 49 por 100 de los comisarios obedecían a esta disciplina, ya fuera bajo las siglas del partido o de la JSU. Sus adversarios acusaron al PCE de utilizar a sus comisarios en agresivas campañas de proselitismo, y de ahí que tanto Caballero como Prieto se fijaran como objetivo la reducción del peso específico de los comunistas en la institución. Por ello, asimismo, se consideró que esta pugna había conducido al despliegue de las campañas hostiles que habían culminado con el fin de sus respectivas carreras políticas.

Caballero pretendió limitar el creciente poder del PCE en el seno del Comisariado revisando los nombramientos, lo que le acarreó las críticas de la prensa comunista.[69] También se discutió la supuesta desproporción en el seno del Comisariado General, compuesto por representantes de las organizaciones del Frente Popular, y donde al PCE le correspondió un representante — Antonio Mije— en nivel de paridad con el minúsculo Partido Sindicalista —Ángel Pestaña—, lo que demostraba, a juicio de los comunistas, la falsedad de la «preponderancia injusta». Con Caballero, los comunistas sospecharon que se pretendía una modificación esencial del Comisariado, para convertirlo «en una sección de tipo burocrático, sin autonomía, sin posibilidad de desarrollar funciones que le son peculiares».[70] Fatal decisión, en consideración de los dirigentes del PCE,

cuando el Ejército Popular precisaba más que nunca de esos activistas que eran los comisarios al pasar de las milicias de voluntarios al ejército de conscripción.[71]

Con Prieto, las diferencias pivotaron abiertamente en torno a la cuestión del trabajo político y de propaganda dentro del ejército. Díaz abrió la caja de los truenos tras la toma de Teruel: «No es hoy el momento de plantear en el ejército el problema de las "posiciones" de esta o de otra organización» y poco después, apelando a Stalin como fuente de autoridad, se fijaron posiciones tajantes: «Un ejército que sabe por lo que lucha es invencible. El camarada Stalin pronuncia un discurso en el que refuta las mentiras burguesas acerca del carácter apolítico de los ejércitos».[72]

En 1937 se fijaron las cuotas que cada organización frentepopulista ocuparía en el Comisariado (tabla 25), cuyas cifras son las siguientes:

Afiliación y número de comisarios y delegados aprobados por el Ministerio de Defensa Nacional (1937)

Organización	*División*	*Brigada*	*Batallón*	*Centuria*	*Total*
PSOE	8	13	63	1	85
PCE*	7 (23,3)	29 (22,8)	124 (23,8)	8 (21,6)	168 (23,5)
JSU**	1	11	85	16	113
PSUC***	3	6	28	3	40
IR	1	4	37		42
UR				2	2
P. Sindicalista		1	6		7
UGT	2	24	40	4	70
CNT	7	32	132	5	176
ERC	1	3	4		8
IV		1			1
S/P		3			3
TOTAL	30	127	521	37	715

* Cantidad y porcentaje.
**PCE+JSU= Div. (26,6); Bda. (31,5); Bon. (40,1); Cent. (64,8); Total (39,3).
***PCE+PSUC= Div. (33,3); Bda. (27,5); Bon. (29,2); Cent. (29,7); Total (29).
PCE+JSU+PSUC= Div. (36,6); Bda. (36,2); Bon. (47,2); Cent. (73); Total (44,9).
FUENTE: AHPCE, Film XVI.

Tabla 25.

Los resultados desmienten la afirmación del insigne historiador británico Antony Beevor —militar de carrera, por cierto, por lo que debería ser más cuidadoso con los estadillos—, que en su *best seller* sobre la guerra civil no ha tenido empacho en afirmar que con el consabido apoyo de Álvarez del Vayo al frente del Comisariado General, los comunistas «consiguieron controlar este poderoso cuerpo. En primavera, 125 [*sic*] de los 168 [*sic*] comisarios de batallón pertenecían al Partido Comunista (PCE y PSUC) o a la Juventud Socialista Unificada».[73]

Clamorosos errores aparte, como cualquiera que domine las más elementales operaciones aritméticas podrá comprobar, los comisarios comunistas destacaban a escala de batallón (aunque nunca en la aberrante proporción descrita por Beevor) y brigada, pero siempre en segundo lugar, tras la CNT, lo mismo que ocurría en el ranking general. Solo si suman los datos correspondientes al PSUC y a la JSU se sobrepasa la mitad del Comisariado exclusivamente a nivel de centuria. Ahora bien, habría que ser precavido al incluir a la JSU al completo en la órbita comunista, ya que por esas fechas los caballeristas habían iniciado su campaña para recrear círculos socialistas juveniles que escapasen a lo que Araquistáin denominó la «ursificación» de las juventudes, tendencia que se consolidaría y extendería el año siguiente.[74] En el resto de categorías la proporción de comisarios comunistas quedaba en todos los casos por debajo de la mitad y, en ocasiones, de la tercera parte.

Si esto ocurría durante la época pletórica del orto comunista, es de suponer que la situación iría deteriorándose a medida que la guerra avanzaba hacia un porvenir cada vez más nefasto. El 15 de abril de 1938 los franquistas llegaron al Mediterráneo por Vinaroz (Castellón), cortando la zona republicana. Fue necesario entonces reorganizar el ejército en las dos zonas que permanecían leales, la de Levante (con los ejércitos del Este, Levante, y de Maniobra —o del Ebro, como se le llamaría a partir de julio —) y la zona centro-sur (con los ejércitos del Centro, de Extremadura y Andalucía). Este sería el organigrama que conservaría el Ejército Popular hasta el final de la contienda.

En marzo un informe de Alejandro García Val, antiguo responsable del Quinto Regimiento y representante en el Estado Mayor central, señalaba que el trabajo político del Comisariado en el Ejército del Centro sufrió un descenso muy importante después de las reformas de Prieto. A finales de 1937 fueron desplazados dos tercios de los comisarios pertenecientes al PCE, «y se generaron problemas de unidad con los socialistas que nunca más se han resuelto». La presencia al frente del Comisariado General del Ejército del Centro del socialista caballerista Fernando Piñuela obstaculizaba la labor de los comisarios comunistas, que se encontraban faltos de control, orientación y coordinación con la dirección del partido.[75] La CNT, por su parte, reconoció que se había operado un cambio de política «cuando se plantó cara al PC [por parte del] gobierno ... Una cosa es que no se pueda destrozar a los comunistas y otra cosa es que hayamos conseguido desplazarles de bastante influencia que en el Ejército y en la policía tenían».[76]

Dos informes que se encuentran en la sección del Ejército Republicano del Archivo del PCE describen la distribución tanto de comisarios como de cargos afiliados al PCE y al PSUC en la segunda mitad del año 1938. El primero (tabla 26) estaba fechado el 1 de agosto, y el segundo, sin fecha, era posiblemente posterior a la batalla del Ebro.

Comisarios afiliados al PCE y PSUC (agosto de 1938)

	Grupo ej.	*Ejércitos*	*C.E.*	*Div.*	*Bdas.*	*Total*	*%*
Zona central	1 (1)					1 (1)	50
Zona catalana	- (1)					(1)	-
Ej. Este		- (1)	1 (3)	4 (9)	16 (27)	21 (40)	52,5
Ej. Ebro		1 (1)	2 (3)	6 (9)	16 (27)	25 (40)	62,5
Ej. Centro		- (1)	- (4)	5 (15)	14 (34)	19 (54)	35,2
Ej. Sur		- (1)	1 (2)	1 (5)	3 (10)	5 (18)	27,7
Ej. Levante		1 (1)	4 (7)	11(22)	29 (64)	45 (94)	47,9
Ej. Extremadura		- (1)	1 (2)	3 (5)	5 (12)	10 (20)	50
Unidades sin localizar				- (2)	3 (9)	3 (12)	25
En organización			- (1)	1 (3)	5 (9)	6 (13)	46,1
Totales	1 (2)	2 (6)	9 (22)	31 (70)	91 (192)	135 (292)	
%	50	33,3	40,9	44,3	47,4	46,2	

C.E.: Cuerpo de Ejército; Div.: División; Bdas.: Brigadas.
FUENTE: AHPCE, Ejército Republicano, Mandos militares, caja 112, carpeta 1/7.

Tabla 26.

Se puede comprobar que ni en los niveles de unidad ni en los de ejércitos el PCE ostentaba más de la mitad de los puestos del Comisariado, excepción hecha del los ejércitos del Este, Extremadura y del Ebro, de quien el Comité Peninsular de la FAI, el impenitente adversario de los comunistas, afirmaba con evidente hipérbole que «de todos es sabido que ... tanto a lo que respecta a Mando como a Comisarios ha llegado a tener tal fisonomía que se puede decir, por lo que se refiere a su composición política, que es una especie de Ejército Rojo».[77] La derrota del Ebro y la retirada a través de Cataluña pasaron una abultada factura al Comisariado comunista. El segundo informe (tabla 27) refleja que el desplome fue brutal

en toda la escala y en todas las unidades, pero particularmente sensible en las que habían soportado el peso fundamental de la ofensiva franquista sobre el Este.

Comisarios afiliados al PCE y PSUC (segundo semestre, 1938)

	Div.	*Bdas.*	*Bon.*	*Total*	%
Ej. Este	1 (9)	5 (27)	17 (122)	23 (158)	14,5
Ej. Ebro	5 (11)	14(34)	54 (143)	73 (188)	38,8
Ej. Centro	8 (20)	16 (50)	65 (199)	89 (269)	33,1
Ej. Sur	1 (5)	3 (14)	18 (70)	22 (89)	24,7
Ej. Levante	2 (5)	4 (15)	14 (66)	20 (86)	23,2
Ej. Extremadura	2 (4)	4 (17)	26 (71)	32 (92)	34,8
Totales	19 (59)	46 (317)	194 (671)	259 (1047)	
%	32,2	14,5	28,9	24,7	

FUENTE: AHPCE, Ejército Republicano, Mandos militares, caja 112, carpeta 1/8. Estas proporciones se mantuvieron con una pequeña variación al alza (21 en División y 48 en Brigadas, inalterado (9) en Cuerpo de Ejército, hasta la última relación de la que hay noticia —13 de febrero de 1939—. Fuente: CDMH, PS-Madrid, 151/50.

Tabla 27.

Las diferencias comparadas en los niveles de División y Brigada (tabla 28) muestran que el único sector en el que se incrementó en algo el número de comisarios comunistas fue el de la zona centro. Los demás cayeron a los niveles más bajos conocidos desde la institución del Comisariado.

Diferencias entre los comisarios afiliados al PCE-PSUC en agosto (A) y segundo semestre (B) de 1938.

	Div. A	*Bdas. A*	*Div.B*	*Bdas. B*	*A-B*	
Ej. Este	4 (9)	16 (27)	1 (9)	5 (27)	-3	-11
Ej. Ebro	6 (9)	16 (27)	5 (11)	14(34)	-1	-2
Ej. Centro	5 (15)	14 (34)	8 (20)	16 (50)	+3	+2
Ej. Sur	1 (5)	3 (10)	1 (5)	3 (14)	0	0
Ej. Levante	11(22)	29 (64)	2 (5)	4 (15)	-9	+2
Ej. Extremadura	3 (5)	5 (12)	2 (4)	4 (17)	-1	-1
Totales	30 (65)	83 (174)	19 (54)	46 (157)	-11	-37
%	46,1	47,7	35,2	29,3	-10,9	-18,4

Tabla 28.

Si el PCE había volcado todos sus esfuerzos en la construcción del EPR, empleándose a fondo en desarrollar una intensa y constante campaña de agitación en su seno que se tradujera en réditos políticos e influencia en las distintas escalas de mando, la contrapartida fue un coste muy elevado. Se reveló en la pérdida de millares de vidas de cuadros y militantes experimentados. A finales de 1937, los comunistas valoraron que el 60 por 100 de los militantes se encontraban en filas; que de los 22.500 veteranos de febrero de 1936 la mitad había muerto en lo que iba de guerra. Se había perdido todo contacto con unos 50.000, de los que no se había vuelto a tener noticia tras la caída de Málaga, Santander y Asturias. La sangría alcanzó particularmente a la organización de Madrid, de cuyos 72.909 adherentes en mayo de 1938 más de la cuarta parte fue trasladada a Cataluña y desapareció entre la campaña del Ebro y la retirada a Francia. Se cumplía, de alguna manera, la previsión de Rojo cuando vaticinó a Uribe que de las 50.000 o 60.000 bajas que costaría el mantenimiento de la resistencia a ultranza, casi todas ellas corresponderían a hombres del PCE, dado que las demás organizaciones no sostendrían la lucha con idéntico ímpetu.[78]

Otro tanto ocurrió con los mandos militares afiliados al partido. Como se ha señalado reiteradamente, en la primera etapa de la guerra el PCE había ejercido un enorme atractivo sobre los oficiales profesionales, a quienes resultaba reconfortante el discurso sobre la disciplina, al tiempo que ofrecía el seguro de la posesión de un carnet protector. También fue poderosa la atracción sobre los mandos de milicias, unas veces hechuras del propio partido y otras llegados a él por el ejercicio del mando sobre las unidades de voluntarios que les seguían en el combate, alentados por el prestigio que la propaganda del partido contribuía a airear, encumbrando a quienes se amoldaban al mito del genio militar surgido del pueblo que ejercía el liderazgo de los desposeídos en armas, trasuntos del guerrillero Tchapaiev de las películas soviéticas de la época. El friso de rostros heroicos se esmaltó con las efigies de Líster, Modesto, Valentín González, *el Campesino*, Francisco Galán, Gustavo Durán, Hidalgo de Cisneros. Unos, auténticos jefes militares por méritos indiscutibles. Otros, fabricados bajo el troquel de la propaganda y colocados sobre un pedestal que se reveló de humo al compás de los reveses militares.[79] Aunque en tiempos de tribulación el atractivo dejara de fluir, lo cierto es que el EPR conservó, al menos nominalmente, una herencia de en torno a un 50 por 100 de mandos de filiación comunista de antaño. Informes internos del partido (tabla 29) seguían atribuyéndole una influencia muy importante sobre los distintos escalones del EPR:

Influencia en el EPR (2.º semestre, 1938)

Unidades	*PCE*	*SIMPAT.*	*PSOE*	*REPUB.*	*UGT*	*CNT*	*S/P*	*Total*
Ejércitos	4			2				6
Cuerpo de Ejército	8	3	1	5		1	1	19
División	31	1	3	5	8	1	3	52
Brigada	64	2	19	4	1	21	19	152
Total	107	6	23	16	9	24	23	229

FUENTE: AHPCE, Ejército Republicano, Mandos militares, caja 112, carpeta 1/8.

Tabla 29.

Pero sería engañoso pensar, por ello, que mantuviesen una estricta disciplina de partido: si así hubiera sido, los acontecimientos posteriores al golpe del coronel Casado del 5 de marzo de 1939 hubieran sido de muy distinto signo. Además, los tiempos estaban siendo testigos del resurgir de los militares profesionales, que acaparaban los puestos en los altos escalafones del organigrama militar republicano, dejando a los procedentes de milicias los niveles de brigada hacia abajo. En tal sentido fue elevado un informe al Comité Permanente de ERC por el comisario de la 62.ª División, Pedro Puig Subinya, en diciembre de 1938.[80] El autor, a veces utilizando una argumentación un tanto pintoresca, pretendió realizar una fotografía de la composición política de los mandos del EP. La queja predominante era que el porcentaje de jefes, oficiales y comisarios que tenían simpatías comunistas, o eran miembros del PCE, era muy elevado: hasta un 50 por 100. Puig introdujo el tema en tonos alarmistas:

> No pensamos descubrir nada si decimos que el Ejército está mediatizado por el PCE (sección española de la IC) y por el PSUC (sección catalana de la IC). El jefe del EMC, general Rojo, no es comunista, pero actúa como si lo fuese; el jefe de la 1.ª Sección, coronel Díaz Tendero, es comunista; el subsecretario del Ejército de Tierra, coronel Cordón, también es militante. El jefe del Ejército del Este, teniente coronel Perea, no es comunista pero su jefe de EM, Carvajal, sí, y este último hace lo que quiere.

Puig reconocía que este apoyo era muy desequilibrado, y que se concentraba, básicamente, en el Ejército del Ebro, pero era muy frágil y tropezaba con tendencias opuestas en el del Este. También eran reseñables los casos de los ejércitos de Levante, donde su general, Leopoldo Menéndez, dejaba «hacer a los comunistas», y de Andalucía, al mando del coronel Moriones, de análogas características. Estaba ausente en la Agrupación de Ejércitos de la zona catalana así como en el Ejército de Extremadura, del que habían sido barridos. El informe Puig no puede tomarse demasiado en serio. En el caso, que terminaría siendo crítico, del Grupo de Ejércitos de la zona centrosur, destacó que lo mandaba el «general Miaja, comunista flamante. Casi todos los cuarteles generales pertenecen al PC. Desde allí presionan fuertemente por tal de infiltrarse en las unidades, donde, hasta ahora, no han podido». Y continuaba:

Actualmente, todos los altos jefes del EMC son militares profesionales. Los inspectores generales y los jefes de servicios centrales también. Igualmente son de la escala profesional la casi totalidad de los jefes de CRIM, de los comandantes de plaza y de otros organismos militares. También lo son los jefes de Ejército, menos el del Ebro...

En un ambiente de enfrentamiento entre los profesionales y los procedentes de milicias, que dominaban en las jefaturas de los cuerpos de Ejército, de División y de Brigada, reinaba entre los primeros un gran malestar.

Los profesionales creen que de ninguna manera [los segundos] pueden tener los mismos derechos y ser igualmente considerados que un militar profesional que lleva mucho más y que, además, ha estudiado tres años en la Academia Militar. Los de Milicias ven en el profesional un adversario peligroso que le aventaje en todos los terrenos y con el cual no puede competir. Los oficiales profesionales —concluía— además de estar más o menos preparados (más que los de Milicias siempre) para mover con precisión los múltiples resortes que componen el Ejército moderno y para hacer soldados combatientes y no soldados ciudadanos, tienen el sentimiento del deber y de la responsabilidad, de los cuales los de Milicias no tienen la más ligera noción.

Como era de esperar, la perspectiva de estos fue completamente distinta. Un vehemente José del Barrio tronó:

Los profesionales se han apoderado de todas las Escuelas ... Sí están preparados, pero la tarea de estos profesionales es deshacer la voluntad y el entusiasmo de los alumnos. Han [suspendido] 26 entre 72 cabos. Igual en sargentos y tenientes, en total 156 declarados ineptos. Por tanto, un teniente después de 8 meses de frente debe volver a ser soldado. Yo los hice aprobar a todos porque son gente de combate. Los profesores de Escuelas son profesionales que, obligados a cumplir 6 meses de frente o echados del frente por incapaces, se han emboscado allí.[81]

El avance de la guerra y el incremento de las tensiones intrarrepublicanas tuvo como consecuencia que la vieja percepción sobre la potencial hegemonía comunista mutara en sensación de amenaza. Después de los hechos de mayo de 1937, un Pleno Nacional de Regionales del movimiento libertario decidió la constitución de una Sección de Información y Estadística, con la finalidad de elaborar una base de datos estadística sobre sus militantes en filas y elaborar relaciones de componentes de las células comunistas en unidades militares de la zona, de sus actividades y publicaciones.[82] La sección se organizó en subsecciones:

la de Organización Militar, encargada de elaborar una relación de los compañeros de confianza integrados en el EPR, Marina e Información Militar; la de Seguridad Interior o 3.ª Subsección, a la que se atribuyó la misión de recabar el apoyo de los militantes anarquistas avalados para su ingreso en las fuerzas de seguridad, y de elaborar una «relación de los partidos políticos de la región así como los afiliados que poseen, como igualmente aquellos elementos que mayormente se han destacado en contra de nuestro movimiento»; y la de Servicios Públicos o 4.ª Subsección, destinada a conseguir el control de los recursos estratégicos (agua, gas, electricidad, comunicaciones y transportes). De entre todas las secciones regionales de información destacó la de Levante.

Lo que comenzó siendo un acopio de información para denunciar las actividades políticas proscritas en el seno del ejército por el Ministerio de Defensa Nacional, y para «conocer con antelación a su manifestación con carácter violento los propósitos de nuestros adversarios»,[83] acabó convirtiéndose en un exhaustivo censo de estos cuya elaboración cobraba sentido solo si perseguía una finalidad operativa. Identificar a los mandos comunistas del ejército constituía el primer paso para promover su remoción y, en última instancia, neutralizarlos y sustituirlos, como de hecho se efectuó tras el golpe de Casado en algunas de las unidades objeto de información.[84]

El movimiento libertario recelaba que la posesión por los comunistas de la Subsecretaría del Ejército de Tierra en la persona del coronel Antonio Cordón y el control del Estado Mayor Central les estaba facilitando la absorción de «un 80 o un 90 por 100» de los mandos del EP, ya fuera mediante la práctica de un agresivo proselitismo en el seno de sus unidades, el control del acceso y la graduación en la Escuela Popular de Guerra, o el desplazamiento de los jefes y comisarios no gratos al PCE. Es necesario señalar que Avelino González Entrialgo, antiguo «treintista» asturiano y secretario de la sección de Defensa del Comité Nacional de la CNT desde octubre de 1936, rechazó argumentos como que a los militantes ácratas no se les permitía ir a las escuelas de capacitación de guerra, «manifestando que tan solo una División confederal del frente del Este ha enviado a alguna

promoción más alumnos a toda la Escuela que todas las Divisiones juntas de ese Ejército». Asimismo, se lamentaba de que «tenemos el defecto de creer a todos los mandos que no son de la CNT, comunistas».[85]

A despecho de todo lo anterior, Peirats proporciona una serie de variados ejemplos de estas prácticas. Hay que hacer un inciso para señalar una manipulación muy grave cometida por este autor, durante mucho tiempo depositario del archivo de la CNT, lo que le permitió escribir su conocida trilogía sobre la organización confederal en la contienda civil. El Pleno de Regionales del Movimiento Libertario, según destaca el autor, fue «el acontecimiento orgánico más importante de fines de 1938». Se celebró del 16 al 30 de octubre en Barcelona. Y sigue:

> Para estudiar este importante comicio tenemos a mano tres documentos: la reseña publicada en *Solidaridad Obrera* a partir del 18 de aquel mes, una recopilación de dictámenes correspondientes a la Memoria titulada *Acuerdos del Movimiento Libertario* y un borrador de informe redactado por un miembro del Comité Peninsular de la FAI. Este borrador contiene una serie de apuntes muy interesantes sobre el desarrollo de los debates, tanto más interesantes si se tiene en cuenta que lo publicado por *Soli* es una reseña amanerada, destinada al público. El borrador de informe es, a nuestro juicio, el documento más cualificado, pues revela con bastante crudeza las interioridades del movimiento, cuyas discrepancias brotaron violentamente a la superficie en aquel pleno.[86]

Pues bien, el citado informe solo refleja los debates desde el punto de vista de la FAI. Peirats minusvalora u oculta las intervenciones menos acordes con su perspectiva, como las del Comité Nacional —en la persona de su secretario general, Mariano Vázquez— y las fundamentales aportaciones de Entrialgo e Inestal, responsables del Comité de Defensa y subcomisario general, respectivamente, que ocuparon varias sesiones en desmontar gran parte de las afirmaciones de la FAI y que, precisamente por ello, solo merecieron que nuestro autor las despachara en ¡nueve líneas!

Entre los documentos que cita atribuye una gran importancia al informe de la Secretaría Militar del Comité Peninsular de la FAI, en el que se desglosaba la situación general del EP con el fin de denunciar la aplastante penetración comunista en sus distintos niveles de mando.[87] Para

comprobar la veracidad de sus asertos deben compararse sus cifras con las recogidas en un documento prácticamente coetáneo elaborado por el propio PCE (tabla 30):

		Informe del Comité Peninsular de la FAI		*Informe del PCE*					
Unidades	*Total*	CNT	*Comunistas y otros*	CNT	*PCE-PSUC*	*PSOE*	*REP.*	*SP*	*ND*
Agrupaciones de ejércitos (1)	2	-	2	-	-	-	-	-	-
Ejércitos	6	2 + 1*	3	-	3	-	-	2	-
Cuerpos de ejército	21	2 + 4 *	15	2	7 + 5*	-	5	2	-
Divisiones (2)	70	9	61	8	29 + 1*	2	8	3	1
Brigadas (3)	196	33	163	18	50 + 6*	14	5	-	-
%		17,3	82,7	16,3	58,7	9,3	10,5	4,1	1,1

El informe del PCE no proporciona datos.
El citado documento cifra su número en 52.
En el informe del PCE se reconoce que falta información del resto de brigadas.
* Simpatizantes.
REP: Republicanos.
SP: Sin partido.
ND: No hay datos.
FUENTES: Informe del Comité Peninsular de la FAI (Secretaría Militar) 30/9/1938. Peirats, p. 181.
AHPCE, Documentos, sin título, agosto de 1938 (Influencia del PCE en el EP), Film XVIII, apdo. 218.

Tabla 30.

El informe de la FAI contenía una información numérica deliberadamente agrupada para favorecer la sensación de acoso ante la apisonadora constituida por el rubro «comunistas y otros». El informe del PCE, aún incompleto, redimensionaba el peso real de los comunistas en el conjunto y desagregaba a los «otros» permitiendo valorar el peso relativo de los demás integrantes de un conjunto bastante más heterogéneo de lo que

percibían los anarquistas. Poco después, un nuevo informe comunista (tabla 31) detalló de forma exhaustiva la participación de sus mandos militares en la dirección de las grandes unidades operativas del EP:

Mandos militares afiliados al PCE - PSUC

	GE	*E*		*CE*		*DIV.*		*BDA.*	
Cuartel General	1	-		-		-		-	
Ej. Este	-	-		2	**2**	6	**8**	15	**22**
Ej. Ebro	-	1	**1**	3	**3**	8	**9**	18	**25**
Ej. Centro	-	-		3	**3**	9	**11**	19	**42**
Ej. Sur	-	-		1	**2**	1	**4**	5	**10**
Ej. Levante	-	-		2	**4**	15	**17**	20	**42**
Ej. Extremadura	-	1	**1**	2	**1**	3	**8**	9	**22**
Sin localizar	-	-		-		1		4	
Sin organizar	-	-		-		1		5	
Total	1 (2)	2 (6)		13 (22)		44 (70)		95 (192)	
% 50,9	50	33,3		59,1		62,8		49,5	
GE: Grupo de Ejércitos. Ej.: Ejército. CE: Cuerpo de Ejército. DIV: División. BDA: Brigada	En cada columna, a la derecha y en negrita, el número que aparece en el informe de la FAI bajo el epígrafe «Comunistas y otros». Entre paréntesis, el total de mandos para cada nivel.								

FUENTE: AHPCE, Documentos, sin título (Organización del Partido en el EP), circa septiembre 1938, Film XVII, Apdo. 214.

Tabla 31.

Como puede apreciarse, la argumentación faísta queda rotundamente desmentida por estas cifras. A fuer de clamar por el liderazgo perdido en el marasmo de incomprensiones libertarias sobre la naturaleza del ejército necesario para enfrentar una guerra total, no hubo empacho en recurrir a artificios contables aunque con ello se incurriera en disparidades tan apreciables como las que se perciben en las escalas de División y Brigadas.

Si la FAI y Peirats se hubiesen informado sobre las dimensiones reales de la militancia en el EPR en 1938 se hubieran percatado de que la pretendida influencia comunista se estaba deshaciendo por la base (tabla 32). Lejos quedaban ya aquel primer semestre de 1937 en el que las milicias de voluntarios políticamente conscientes nutrieron con más del 50 por 100 de comunistas las filas del nuevo ejército en ciernes. En el ejército de conscripción, los comunistas —precisamente quienes con más empeño habían apostado por él— apenas llegaban al 15 por 100 como media, salvo las excepciones ya conocidas.

Afiliados al PCE en el EPR (1938)

Organismo/ Ejército	*Fuerzas (abril, 1938)*	*A. Afiliados (agosto, 1938)*	*%*	*B. Afiliados (2.º semestre, 1938)*	*Diferencia A-B*
Ej. del Centro	236.515	25.212	10,7	31.527	+6.315
Ej. del Ebro	62.322	12.937	20,8	14.145	+1.208
Ej. del Este	130.520	9.523	7,3	5.220	-4.303
Ej. de Levante	33.537	11.638	34,7	5.840	-5.798
Ej. de Extremadura	74.995	12.750	17	12.370	-180
Ej. de Andalucía	55.011	7.339	13,3	7.339	0
Aviación		1.416	13,4	1.365	-51
Marina		654*		1.198	+544
Total	592.900**	87.423***	14,7	79.004	-8.419

* Según un informe de Checa recogido en AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14.
** Alpert, p. 299 (no proporciona datos de Aviación y Marina).
***Hay que añadir los afiliados de los organismos de Retaguardia de Cataluña (5.233) y Centro (736).
FUENTE: AHPCE, Ejército Republicano, Mandos militares, caja 112, carpeta 1/8.

Tabla 32.

Los propios informes internos comunistas pintaron un panorama menos halagüeño de lo que sospechaban sus rivales. En su nueva función de comisario general de la zona centro-sur, Jesús Hernández presentó un

informe muy crítico sobre el papel de los comunistas en el EPR ante el Pleno del Comité Central celebrado en mayo. El PC había concedido poca importancia a la tarea de fomentar la unidad con las otras fuerzas antifascistas, limitándose muchos de sus mandos al trato casi exclusivo con los socialistas, cuando debía ampliarlo a todos, incluidos anarquistas y republicanos.

Hernández deploró el sectarismo que había detectado en la actitud de los afiliados en el EPR. «Muchos han creído que era un ejército comunista», cuando en realidad era el de todos los antifascistas. Ese sectarismo se tradujo en

> la actitud de los jefes, que formaban sus capitanes, tenientes, etc., solamente con hombres del partido [provocando] reacciones lógicas de los anarquistas y socialistas ... Perdonar a los comunistas, cuando éstos cometían alguna falta, y en cambio condenar siempre a los de otras tendencias. Ascensos exclusivamente para los comunistas.

Semejante favoritismo sectario, además de envenenar las relaciones con el resto de organizaciones, resultaba contraproducente en cuanto a la formación de los cuadros militares, como se puso de manifiesto en el caso de las escuelas técnicas, donde se había enviado «a aquellos que estorbaban al comandante. Y lo contrario, a los tiralevitas».

La organización comunista en el EPR debía dejar de mirarse el ombligo. Inútiles eran las fracciones comunistas en el ejército que solo discutían de sus problemas y no sabían atraer a los demás. Hernández lo resumió en una frase lapidaria: «Que por los comisarios se hable menos de Marxismo-Leninismo y se preocupen más de las necesidades de los soldados».[88]

El secretario de organización, Pedro Checa, redundó en lo apuntado por Hernández. El trabajo de unidad de los jefes y comisarios era muy deficiente. Como ejemplo, en el I Cuerpo de Ejército, con motivo del 1.º de mayo, en un mitin intervinieron 10 oradores, 7 comunistas, y ni uno de ellos habló de unidad, dándose la paradoja de que solo se refirió a ella un socialista caballerista. Se observaba la tendencia a prescindir de mandos y

comisarios no comunistas, a formar camarillas, a realizar demasiadas reuniones de partido que en muchos casos justificaban las medidas persecutorias contra sus miembros:

> No se tiene en cuenta que el Ejército no es nuestro. Casi todo el trabajo reposa sobre los organizadores. En muchos casos [el] único trabajo [es] buscar militantes. Ninguna autocrítica ... Tendencia de mandos y comisarios de partido a trabajar solo con mandos y comisarios de partido.[89]

Un documento fechado el 3 de agosto de 1938 sobre la situación de la organización militar del PCE en el Ejército del Centro cifró en 34.491 los militantes con los que contaba en las 27 brigadas que lo componían. Aunque reconoció que el número de afiliados se había incrementado a razón de 2.000 al mes desde el último 1.º de mayo, se calificó el trabajo de captación, en general, de flojo, inconstante y desorganizado. Y es que lo importante no era la cantidad, sino la calidad del trabajo político y el conseguir que el grado de implantación dejara de ser tan irregular. Solo existía organización completa[90] en aquellas brigadas donde ya, de por sí, los comunistas ostentaban la hegemonía (eran trece) y, aun así, en nueve de ellas el trabajo político era débil, debido «a la falta de preparación de los camaradas responsables»; en ocho existía organización completa aunque los mandos y comisarios rivales —principalmente socialistas, pero también de Izquierda Republicana y del Partido Sindicalista— impedían o dificultaban sus actividades; en cinco la organización era incompleta y estaba sometida a los mismos imponderables; y en otras cinco no existía organización comunista ni posibilidad de crearla por la aplastante hegemonía confederal. Veinte brigadas carecían de instructor funcionando perfectamente con los comités de brigada. En el resto la organización marchaba muy retrasada y era muy deficiente. La conclusión de García Val, el 13 de agosto,[91] resonaba a los viejos problemas que el PC venía arrastrando en cuanto a acoplamiento y formación de sus militantes a lo largo de la guerra:

> Las debilidades mayores en nuestra organización están en la poca capacidad de trabajo y de dirección de los comités de Batallón ... El bajo nivel político de los militantes, que en general desconocen al partido, y la poca consistencia de la organización que en algunas unidades, al cambiar a unos comités al llegar un mando o comisario no del partido, ha decrecido

> considerablemente. Que el partido se encierra demasiado en sí mismo, no haciendo un fuerte trabajo exterior ... Y la mayor de todas las debilidades es que no todos los militantes participan en la discusión y aplicación de las tareas del partido.

A finales de 1938 la moral caía a ojos vistas y, como denunció García Val, «en la mentalidad de la tropa se refleja con fuerza insospechada la corriente peligrosa de que la guerra se está terminando. De ello se habla en la vanguardia y en la retaguardia, se habla en las cartas de los soldados del frente, se habla en las tertulias, en los paseos, en los espectáculos». La inmediata repercusión fue el desplome de las cifras de reclutamiento. La movilización de quintas tan mayores como las del 23 y el 24 llevó a que se incorporaran menos de la mitad de los llamados a filas, y que de ellos, más del 50 por 100 resultaran inútiles para todo servicio.[92] En los Centros de Reclutamiento e Instrucción Militar (CRIM) se dieron casos como el de Valencia, donde de una expedición de 3.000 reclutas para el frente se «perdieron» en el camino más de 1.500, y otra de 2.000, al llegar a su destino, quedó reducida a 80.

Solo un intenso trabajo político por parte de mandos y comisarios habría remediado en algo esta precaria moral de combate. Pero cuando el antiguo secretario del sindicato de trabajadores de la confección elaboró su informe de la situación en la zona centro-sur a finales de 1938 no escatimó las más duras valoraciones sobre los responsables: «En orden militar se puede observar un exceso de alegría en todos los órdenes y un espíritu de responsabilidad muy poco desarrollado en los mandos. Estos, en general, se preocupan de vivir bien, de tener amigas y casas buenas, dejando que los acontecimientos se desarrollen para después improvisar las soluciones ... En los comisarios podemos observar una situación parecida».[93]

En última instancia, la réplica más dura a las posturas victimistas del movimiento libertario no provino de sus adversarios comunistas, sino de algunos destacados portavoces del sector pragmático de la CNT. En el Pleno Nacional de Regionales, en octubre de 1938, Mariano Vázquez fue contundente. Tras la militarización, los anarquistas no quisieron saber nada de ascensos y continuaron en las unidades militares de simples soldados.

Por eso, si había que achacar alguna culpa a quienes habían permitido la ocupación de altos puestos por destacados comunistas no había que buscar lejos, sino entre las propias filas libertarias:

> Las causas de que un comunista esté de Comisario General en la zona Centro-Sur y no esté sujetado, son responsables los que, explorando el citado bagaje literario y unas normas muy orgánicas aparentemente, pero muy perniciosas en la realidad, no prestan ninguna atención a estas necesidades de conseguir para nuestro movimiento todos los mandos posibles.[94]

A pesar de la evidencia documental, ha sido sobre bases tan arenosas como las asentadas por el discurso de los sectores disidentes del anarquismo sobre las que se sigue sosteniendo el discurso de la hegemonía comunista en el EPR.

PRIETO: ACTO FINAL

El 27 de diciembre, tras la toma de Teruel, Díaz lanzó un nuevo mensaje envuelto en el celofán de los parabienes: «La primera y fundamental enseñanza que hay que sacar de la victoria de Teruel es que se debe evitar todo lo que vaya en contra de la unidad del Ejército, todo lo que tienda a disminuirla ... No es hoy el momento de plantear en el Ejército el problema de las "posiciones" de esta o de otra organización».[95]

Cuando a comienzos del nuevo año se perdieron las posiciones ganadas, el ejército franquista hendió el frente del Este hacia el mar, y al tiempo que la borrasca se cernía sobre Centroeuropa en forma de la anexión de Austria y la reivindicación de los Sudetes checos por Hitler, confluyeron de nuevo dos dinámicas, externa e interna, que motivaron otra vez contradicciones difíciles de gestionar entre el PC español y Moscú.

Los comunistas pusieron la proa a Prieto por su gestión, por lo que juzgaban rudamente como derrotismo y voluntad de acallar la voz de la resistencia, y lo criticaron a fondo en su prensa. Al propio tiempo, en los umbrales de Munich, Stalin llegó a la conclusión de que era hora de que los ministros del PC abandonasen el gobierno republicano español (y que sus homólogos franceses se abstuviesen de ingresar en el galo) para buscar el

apoyo de Francia y Gran Bretaña ante la manifiesta voluntad expansionista alemana. De haber sido el PCE ese mero mecanismo de transmisión de las decisiones de Moscú que le han atribuido las interpretaciones tradicionales, habría aceptado el ucase de Stalin sin replicar. Pero como ocurrió con la entrada en el gobierno de Caballero y en su caída, y con la sugerencia de celebrar elecciones el año anterior, el PCE mantuvo una posición propia, fruto del dinámico contexto de la guerra, de sus condicionamientos internos, de su evolución y de la irradiación de su influencia. En esta situación, directrices como las que venían de fuera colocaron a la organización ante un *tempo* político y una línea que podían no resultar coincidentes con las que convenían a la geoestrategia soviética.

Como en el caso de la crisis que precedió a la caída de Caballero, he resumido la sucesión de acontecimientos en un cronograma, en el que se han sombreado en gris aquellos episodios protagonizados por el PCE que obedecieron a una respuesta autónoma respecto a las directrices emanadas de Moscú:

Fecha	*Stalin*	*Otros*	*PCE*
Enero/febrero 1938			Orientación hacia la «defensa de los intereses populares», intensificación de la movilización anticapitulación (discurso de Jesús Hernández ante el Comité Provincial de Madrid).
2-13/2/1938	Proceso de los 21, contra el «bloque de derechistas y trotskistas».		Parte a Moscú una delegación del PCE integrada por Stepanov y Delicado.
14/2/1938	Stalin dice a Pascua que los comunistas saldrán del gobierno. Negrín está dispuesto a dimitir.		
17/2/1938	Orden de Stalin de que el PCE salga del gobierno: ocupa puestos secundarios. Favorecería la desintegración del bando franquista. Mejoraría la imagen internacional de la República.	Togliatti a Dimitrov: tensiones Prieto/Negrín. El apoyo del PCE al gobierno es imprescindible. Los ministros del PC no deben empeorar las relaciones con Prieto. Apoyo a Negrín, incluir en el gobierno a la CNT. Dimitrov a Stalin: ¿No convendría reconsiderar la decisión?	

20/2/1938			Número de *Frente Rojo* exaltando la consigna de Frente Popular (artículos de Dolores Ibárruri, Uribe y Hernández).
26/2 al 5/3/1938	Pascua intenta convencer a Stalin	Pascua visita a Potemkin: valoración positiva de la presencia comunista en el gobierno.	
9/3/1938			Desencadenamiento de una intensa campaña de agitación (mítines relámpago, asambleas) con motivo de la ofensiva franquista sobre Levante. Oposición socialista y anarquista a esta campaña comunista (origen de la polémica sobre el «silencionismo»).
10/3/1938		Informe de Togliatti sobre la situación en España. Llega a Moscú un informe de Togliatti. En la República abundan críticas al PCE y a Negrín.	
11/3/1938			Artículo de Hernández en *Mundo Obrero*, sobre la «Quinta Columna internacional»: paralelismo entre la lucha contra el trotskismo en la URSS y España, con especial incidencia en el caso español, donde se plantea como una faceta más de la resistencia contra la agresión externa.
12/3/1938	Silencio ante la propuesta de Thorez de entrar en el gobierno Blum. Anexión de Austria (*Anschluss*).		
15-16/3/1938			Máxima intensidad de la campaña de resistencia y denuncia del derrotismo: artículo a doble página de Hernández en *Mundo Obrero* y *Frente Rojo*, llamando a la unidad y la resistencia. Manifestación de Pedralbes.

18/3/1938	Llamamiento a la Sociedad de Naciones y a Chamberlain para una alianza anti-Hitler. Propuesta rechazada por Gran Bretaña. Se confirma la oposición a la entrada del PCF en el gobierno Blum.	Togliatti a Dimitrov: lucha contra cualquier intento de compromiso. Que Negrín pase a Defensa. Puesto de comisario general para el PCE. Reforzar el Frente Popular. Entrada de la CNT en el gobierno. En caso de extrema gravedad, gobierno PCE+UGT+CNT.	
20/3/1938	Stalin da vía libre a la continuación de la colaboración gubernamental.		Artículo de «Ventura»: «El pesimista impenitente»: denuncia de la incapacidad del «pesimista» (analogía de Prieto) para superar el fatalismo, analizar los errores y liderar la resistencia.
23/3/1938		Telegrama de Togliatti. Pregunta si anulación es para la ocasión o general.	Artículo de «Ventura»: «El secreto del heroísmo», criticando la política de marginación de los comunistas del Comisariado. Editorial de *Mundo Obrero* («Con toda claridad posible»), donde se trasluce la idea de que el proletariado español lucha por la victoria y por la revolución comunista. Retorno a España de Stepanov y Delicado.
25-26/3/1938			Reunión del Buró Político del PCE, que rechaza la salida del gobierno.
28/3/1938		Respuesta de Dimitrov a Togliatti. Confirma la anulación de la directriz sobre el abandono del gobierno.	Artículo de «Ventura»: «El silencionismo»: crítica de las posturas (Prieto) partidarias de no dar pábulo a los errores causantes de derrotas, lo que impide —según el PCE— galvanizar la resistencia popular.
29/3/1938		Última reunión del Consejo de Ministros. Prieto extremadamente pesimista.	Artículo de José Díaz en *Mundo Obrero*, rebatiendo el editorial del 23 y defendiendo que el objetivo de la lucha es la independencia nacional y el triunfo de la República democrática.

30/3/1938		Comunicación de Negrín al Buró Político del PCE de que Hernández no seguirá en el gobierno.	Edición de la versión íntegra y ampliada del artículo de Díaz en *Mundo Obrero*.
1/4/1938			Glosas de Navarro Ballesteros (director de *Mundo Obrero*) al artículo de Díaz: «El enemigo principal es el invasor». Artículo de Hernández: «El orgullo de sentirnos españoles»: corrección de la línea a favor de la tesis de la guerra civil como guerra de independencia (y no revolucionaria).
5/4/1938		Reestructuración del gobierno: queda Uribe, sale Hernández.	Artículo de *Mundo Obrero* donde se dan directrices para que se discuta y estudie por todo el partido el texto de Díaz.
22/4/1938		Informe de Togliatti denunciando la línea sectaria adoptada en los últimos tiempos por el PCE.	

Como se puede comprobar, desde comienzos de 1938 se detectó en la línea del PCE una deriva hacia la defensa de los «intereses de las masas populares» y del «pueblo que lucha» (precios de las subsistencias, vivienda...), que se tradujo en la presencia en su prensa, cada vez con mayor frecuencia, del campo semántico «revolución». Marginado el caballerismo, liquidado el sedicente trotskismo y contenido el anarcosindicalismo, el PCE se presentó a sí mismo como el garante de los intereses de la clase obrera y campesina, en una dirección que acabó por suscitar en algunos sectores del partido la tentación de aspirar a un mayor poder.

No era esa precisamente la línea que convenía a un Stalin preocupado por la situación internacional. Mientras en las cancillerías y en la Comintern se discutía sobre el revisionismo diplomático de Versalles por parte de Alemania y se asistía con alarma a la anexión de Austria, el PCE intensificó su campaña de movilización para el sostenimiento del esfuerzo de guerra, en un *crescendo* que arrancó como respuesta la ofensiva que llevó al ejército franquista hasta el Mediterráneo y que alcanzó en la prensa

comunista los ecos de la llamada a la defensa de Madrid en noviembre de 1936. El cénit se alcanzó con la manifestación anticapitulacionista del día 16 ante el palacio de Pedralbes, la sede donde estaba reunido el gobierno.

La campaña desplegó al máximo los recursos de la *agitprop* callejera, lo que suscitó la crítica de sectores socialistas y anarquistas. Los comunistas, por su parte, arremetieron contra el derrotismo y la traición (con un artículo de Hernández sobre la «quinta columna internacional» en clave de lectura interna), apostando por la defensa de la unidad frentepopulista en un sólido bloque gubernamental, por supuesto, purgado de derrotistas. La campaña se personificó en Prieto a partir de la manifestación de Pedralbes, como puede deducirse de los artículos que Hernández firmó con el seudónimo «Ventura». En ellos Prieto apareció crípticamente retratado como el «pesimista» y el instigador del «silencionismo» —los dos rasgos de Prieto criticados por el PC en aquellos días—, a lo que hubo que sumar otros dos textos: «Masas y hombres», en respuesta a los críticos —Prieto de nuevo— de la movilización del 16; y «El secreto del heroísmo», donde se atacó la marginación de los comunistas del Comisariado, otra línea de confrontación con el ministro de Defensa Nacional.

Ahora bien, esta pisada de acelerador estaba llevando al PCE mucho más lejos de lo que deseaba el centro de dirección soviético. Y aquí se acentuaron los *tempos* distintos: mientras entre el 14 de febrero y el 20 de marzo Stalin tomó y mantuvo la decisión de retirar a los ministros comunistas del gobierno español y de no permitir a los franceses entrar en el suyo, en un afán de despejar el camino a una oferta de alianza antihitleriana a los gobiernos occidentales, una parte del PCE —y no la menos importante, la organización de Madrid— se lanzó a postular el carácter revolucionario de la guerra y el potencial objetivo del comunismo en caso de victoria. Fue más de lo que Togliatti —fatigado por la dura discusión habida en el seno del Buró Político español acerca del ucase de Moscú— y la dirigencia moscovita estaban dispuestos a soportar. Tuvo que intervenir personalmente José Díaz (aunque se puede dudar que fuera él personalmente quien redactara la carta de reconvención a *Mundo Obrero*) para recordar al partido el carácter nacional y de defensa de la República

democrática de la lucha. No debió ser fácil, habida cuenta de la llamada general a capítulo de toda la militancia del partido para que acatara el texto canónico de Díaz.

El 22 de marzo, Stalin reconsideró su decisión inicial una vez frustrados sus intentos de aproximación a las potencias occidentales, y teniendo en cuenta los ímprobos esfuerzos que el embajador español, Marcelino Pascua, había realizado en nombre de Negrín para que los comunistas españoles siguieran presentes en su gabinete. Solo uno dejó su puesto, Hernández, precisamente el que más había cargado con la campaña contra Prieto, y a pesar de su tardía frenada en un artículo del 1 de abril, donde resituó los términos de la naturaleza de la guerra, indudablemente nacional y de independencia. Llama poderosamente la atención que, a pesar de tener constancia del giro de Stalin y de su autorización para continuar en el gobierno se siguiera discutiendo acerca de la negativa a aceptar cualquier salida de él. El PCE había destacado personalmente a Moscú a dos representantes, Stepanov y Delicado. ¿Acaso ambos no habían entendido con claridad el cambio de directriz? Desde luego, Stepanov , por lo que recogen las anotaciones de Togliatti , no se había enterado en absoluto. Esta es la transcripción esquemática de su intervención en la reunión del Buró Político, recogida por el italiano:

> Moreno: Objetivo: expulsar a los invasores, independencia de España defender la democracia. Ir más lejos es un error. Unir sobre esta base a todo el pueblo. *Salida es sólo una medida más*.[96]

Tal fue el grado de confusión que Togliatti se vio obligado a pedir a Dimitrov la ratificación de la línea a seguir. En todo caso, el episodio es revelador de las tensiones acontecidas durante el mes precedente entre las necesidades de la estrategia estaliniana y los condicionamientos internos a los que debía dar respuesta el PCE. Cuando aún no había llegado al Buró Político español la decisión sobre el cambio de opinión de Stalin, el día 23 Jesús Hernández hizo un análisis muy crítico con los argumentos de Moscú. La situación internacional, dijo, había cambiado un poco, pero en las democracias no se detectaba síntoma alguno de cambio de actitud. «¿Somos nosotros el factor que puede inducirlos a cambiar su posición?», se

preguntó. «Saben que no se trata aquí en España de instaurar una república soviética.» Por lo tanto, la cuestión no dependía de la presencia o no de ministros comunistas en el gobierno, sino de la preocupación objetiva que se derivaba del conocer la influencia que el PCE tenía en el país. Y «esto no solamente no se puede corregir, sino aumentar». En esa situación, cualquier clase de política contra los comunistas era una política de derrota.

Las implicaciones eran tremendas, y la dirección del partido debía ser consciente de haber transitado por una vereda distinta a la señalada por Moscú, sosteniendo una línea de galvanización de la resistencia, movilización gubernamental y agitación a todos los niveles, cuya conclusión lógica era evitar cualquier tentativa de desalojar sus posiciones en el gobierno, al tiempo que transmitía al exterior una sensación de radicalización contraproducente con los deseos soviéticos de aproximación a Occidente.

El temor a la «desviación» ilustra la necesidad de una segunda confirmación por parte de la Comintern que absolviera a la dirección de su actitud durante el debate sobre la salida del gobierno. Y, por otra parte, el afán de proceder al reajuste de la sintonía con Moscú explica que, en los días siguientes, se produjeran movimientos de fricción ante la obligación de frenar las pulsiones desencadenadas por la intensísima campaña de *agitprop* para la resistencia, que había alentado en algunas poderosas organizaciones del partido la ilusión de plantear posiciones equiparables a la conquista del poder. No parece que esto último resultara sencillo de realizar, sin padecer las convulsiones propias derivadas de lo que podía compararse a un volantazo brusco para cambiar de carril.

Este era el coste de la necesidad de adecuar la actuación política a ras de suelo realizada por la dirección local comunista a la línea de larga perspectiva diseñada desde Moscú. Algo en lo que no reparan tesis mecanicistas como la bolloteniana, pero que era evidente para los dirigentes españoles. Como muy bien expresó Delicado unos años después, rememorando el episodio del ucase estaliniano: «La IC tenía una idea universal de nuestra guerra. Y sin que esto quiera decir que nosotros no comprendiéramos el carácter y las derivaciones internacionales de [ella], lo cierto es que no teníamos lo suficientemente en cuenta la actitud del

imperialismo y de sus agentes para asfixiar la República, con el pretexto de que el gobierno era comunista ... Yo recuerdo que me costó trabajo comprender el alcance político del consejo de la IC y no creo que esa dificultad fuese exclusivamente mía, sino que yo reflejaba el estado de ánimo de todos nosotros».[97]

Queda, por último, deshacer un mito que Prieto, y con él toda la literatura memorialística posterior, asentaron inmediatamente después de su salida del gobierno. Según su versión, el ministro de Defensa Nacional fue una nueva víctima de la conspiración comunista para hacerse con el control político y militar de la República. Los comunistas habrían sido sus ejecutores y los beneficiarios directos de su caída, dado que así eliminaban a un poderoso baluarte que impedía su canibalización (Gorkin *dixit*) del Estado republicano. Como el proceso de sustitución de Prieto ha sido perfectamente definido por Viñas,[98] me limitaré aquí a aportar algunas evidencias primarias más que derriban este prejuicio. Por una parte, el PCE no quería fuera del gobierno a Prieto. Seguramente consideraba que era menos peligroso dentro que fuera, sin responsabilidades y encabezando un sindicato de desplazados y descontentos. De algunas intervenciones de sus líderes se deduce que no estaban interesados en echarle, sino en que corrigiera su línea. Así, por ejemplo, el 15 de enero de 1938 en una reunión de Hernández y Pasionaria con Negrín, Ibárruri dijo al presidente: «No queremos luchar contra Prieto, sino trabajar con él, pero se exige como rectificación como corregir [*sic*]». Negrín estuvo de acuerdo y encargó a Pasionaria que fuera a ver a Prieto para limar asperezas.

A pesar de la pésima opinión sobre Prieto que iba aquilatando la dirección del PCE, en una entrevista de Azaña con todos los líderes de los partidos para resolver la crisis de gabinete Díaz le reiteró: «Nada contra Prieto». Curiosamente fue mucho más claro González Peña: «Cuidado con Prieto ... Mi partido considera que el hombre que más quiero es Prieto, pero en estos momentos debe dirigir la guerra un hombre que tenga fe en la guerra. El hombre del momento, para remontar la situación, es Negrín, que tiene la confianza de mi partido».[99]

Llegó el desenlace de la crisis. La minuta que los representantes comunistas llevaron a la consulta con Negrín decía lacónicamente:

El Partido pide solamente una enérgica política de guerra. Nada contra Prieto, pero hay que reconocer que su dirección hoy no está a la altura de la situación ... Concretamente: Ninguna crisis. Si se quiere ampliar el Gobierno con representaciones de UGT y CNT, que se haga, pero sin que esto nos haga perder tiempo. Plenos poderes a Negrín para reorganizar el Gobierno como Gobierno de guerra y de unión nacional en término de algunas horas. Cada retraso puede ser fatal.[100]

Meses después ya era un lugar común culpar a los comunistas de la desgracia de Prieto. Sin embargo, una versión que apoyaba la posición comunista provino paradójicamente de un ámbito del que no parecía posible esperar algo así, la dirección nacional de la CNT, que en su Pleno de Regionales de octubre, pasando revista a los hechos de abril, recordó:

Dijimos que era una medida saludable la salida de Prieto y Giral del Gobierno. Cuando a este respecto en un Consejo de Ministros Giral provocó un debate, Negrín explicó, historiando detalladamente, el comportamiento pesimista de Prieto y Giral.[101]

Conocemos el contenido de esa intervención de Negrín en la reunión del gabinete del 13 de abril, gracias a las notas de Togliatti , quien seguramente se nutría de las informaciones que le suministraban tanto el ministro Uribe como Benigno Rodríguez, el secretario de Negrín. [102] Negrín consumió un turno de palabra para responder a Giral, quien se lamentó de que se le había retirado de la cartera de Estado porque consideraba que la guerra estaba perdida, como seguramente también lo pensaba Prieto. El presidente comenzó elogiando a su correligionario, pero destacando a continuación su «derrotismo, falta de fe, pesimismo inveterado» y las consecuencias que ello tenía. Cuatro o cinco días antes de la reunión del gobierno, prosiguió Negrín, hubo una reunión de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista:

Prieto expuso que la guerra estaba perdida. Yo tuve que llamarle seriamente la atención a Prieto diciéndole que aquel camino no se podía seguir, que necesitaba otra moral, etc. Dije a Prieto: si usted no tuviera otras cualidades, habría que fusilarle como derrotista. Prieto se puso a mi disposición. En [el Consejo] desplomó todos los ministros [*sic*], creando por ello en mí un estado de ánimo muy malo. La cuestión había que resolverla. Llamé a Zuga y le dije que así no se puede seguir. Prieto consintió y dijo que quería continuar a trabajar en el gobierno. [El PS se mostró] de acuerdo. Se han hecho toda clase de esfuerzos para que Prieto se quedara en el gobierno. Esto es lo que ha sucedido.

Hay que destacar que Uribe intervino a continuación para señalar los «esfuerzos y sacrificios del PC para asegurar la participación de Prieto [en el nuevo gobierno]».

El deterioro de relaciones con una gran parte del arco antifascista era ya un hecho. Los anarquistas se replegaron para consolidar una estrategia de resistencia interior a lo que percibían como la hegemonía comunista. Los socialistas de las tendencias anteriormente enfrentadas entre sí y ahora postergadas procedieron a reagruparse en una plataforma hilvanada por agravios comunes. Los republicanos procuraron reactivar sus adormecidas fuerzas con vistas a recuperar el apoyo de sectores burgueses y cotizar su peso en un posible proceso de mediación internacional. Se enfilaba la cuesta abajo que terminaría en la derrota. Y el PCE, que había sido una fuerza decisiva y el nervio entusiasta de la resistencia, lo hacía en condiciones de claro aislamiento. Como señaló Hernández en una reunión del Buró Político:

> Con los anarquistas es difícil trabajar. Con los socialistas la fusión es problema de perspectiva lejana. Nuestra gente lucha con el heroísmo que conocemos porque piensa que la presencia de los comunistas en el gobierno es una garantía de que no serán traicionados. Militares profesionales nos abandonarían ... En este instante no es posible [dejar el gobierno] ¿Mañana? No comprendo. Duda terrible sobre la eficacia. Se perderá en interior y no se ganará el exterior.[103]

Una reflexión que no tardaría mucho en convertirse en profecía autocumplida.

14

El creciente aislamiento del PCE

LA FORMACIÓN DEL SEGUNDO gobierno Negrín reforzó su carácter de «Unión Nacional» con el retorno de los sindicatos —CNT incluida— al Consejo de Ministros y la formulación de los «trece puntos de la victoria», un catálogo de condiciones por parte republicana para la consecución de un armisticio en condiciones aceptables. El contexto internacional estaba cada vez más enrarecido. Sobre el tapete se jugaba la reivindicación nazi sobre los Sudetes y la suerte de Checoslovaquia, la otra democracia cuyo sino fue sellado —como el de la República española— por la vergonzosa claudicación de Chamberlain y Daladier en Munich. Mientras se consumaba la tragedia centroeuropea, el gobierno español decidió poner toda la carne en el asador y emplear su nuevo Ejército de Maniobra en el Ebro para condicionar una respuesta favorable al alto el fuego de las potencias occidentales, con el vano resultado conocido.

La situación fue analizada por el Secretariado de la Comintern en un informe aprobado el 1 de septiembre 1938. El documento fue el resultado de las discusiones llevadas a cabo entre el 16 y el 30 de agosto, con la participación en Moscú de Codovilla, Marty, Uribe y Togliatti , desplazados para la ocasión.[1] Tras un primer tributo a los logros del EPR en la contención del ataque sobre Levante y los avances en la fase inicial de la ofensiva del Ebro, la IC alertó de los tiempos difíciles que se avecinaban. Era preciso un refuerzo sistemático del ejército, la consolidación de los frentes y una vigilancia continua. Los objetivos para el gobierno y las fuerzas del Frente Popular se expusieron con contundencia: «Reservas,

cuadros, armamento, perfeccionamiento del mando, aprovisionamiento, economía de las armas, fuerte industria de guerra y centralización en manos del gobierno de todos los recursos del país».

Los comunistas y las fuerzas patrióticas se enfrentaban a un extenso abanico de dificultades, la primera y más grave, la presencia de derrotistas y capituladores en sus filas. La lucha contra ellos debía ser implacable, pero precaviéndose de comportamientos sectarios que pusieran en riesgo la solidez del Frente Popular y la unidad con el Partido Socialista. Era hora de sumar y no de dividir, momento de ampliar la base de la resistencia en la lucha por la independencia nacional, tanto en el propio territorio leal como «en el campo de Franco, entre los agentes del invasor extranjero y los buenos españoles que no consienten el pillaje de su país por los fascistas italianos y alemanes». El fin perseguido debía ser la formación de un bloque común de todos los patriotas españoles de ambas zonas para expulsar a los invasores.

El texto es muy importante porque, por primera vez, abandonaba toda retórica de victoria y contemplaba como factible la salida del armisticio:

> En la propaganda en la zona invadida ... deberá desarrollarse de la manera más audaz la idea de un armisticio, explicando que un armisticio y la consiguiente liquidación de la guerra por un acuerdo leal entre los patriotas españoles son posibles a condición de que las tropas de ocupación extranjeras sean arrojadas de España.

Se desmorona así otro lugar común de la publicística anticomunista, el de que el PCE pretendía prolongar la guerra a cualquier coste, incluido el del sufrimiento de la población civil, en aras de los intereses de Moscú. Pues bien, la Comintern, o Moscú —valga la redundancia—, gestionaba ya el escenario de un futurible acuerdo para poner fin a la contienda española que pasase por la salida de las fuerzas extranjeras de territorio español. Para dar ejemplo, en la sesión del 27 de agosto se comunicó a los dirigentes españoles la retirada de las Brigadas Internacionales, con el pretendido fin de conseguir una respuesta recíproca de alemanes e italianos y una aproximación favorable a una mediación anglofrancesa. Se trataba de poner a los gobiernos que formaban parte de la Sociedad de Naciones ante sus

propias contradicciones para romper la política de no intervención, denunciar las aspiraciones expansionistas italo-alemanas, y de paso erosionar el poder interno de estos regímenes.

En pos de este esfuerzo, los obstáculos, además de los capituladores que pudieran negociar una rendición incondicional, eran los factores que erosionaban la moral de la propia retaguardia y podían precipitar su hundimiento prematuro. Era urgente satisfacer las grandes necesidades que comenzaban a manifestarse en la zona republicana —desabastecimiento, carestía, paro, mal funcionamiento de las industrias de guerra, hambre...— y castigar con mano dura a los especuladores. El gobierno debía centralizar todos los recursos y tomar en sus manos la dirección de la actividad económica del país, la administración de las ramas industriales fundamentales, sometiendo a disciplina a los agentes económicos y, en particular, a los sindicatos, considerando esta intervención del Estado como un primer paso hacia la nacionalización.[2]

Los comunistas debían condenar enérgicamente toda presión administrativa sobre los campesinos para extraerles sus frutos, cuya consecuencia inmediata era el fortalecimiento del mercado negro. Por el contrario, había que esforzarse por todos los medios en mantener a los campesinos como aliados del gobierno republicano, dándoles seguridades sobre la propiedad de la tierra, el mantenimiento de un mercado campesino libre protegido por el Estado, y proporcionándoles ayudas en forma de créditos y suministro de productos industriales.

En el plano político había que limar las tensiones existentes tanto entre el gobierno de la República y la Generalitat de Cataluña como entre el PCE y el PSUC. Esto se juzgaba por la Comintern como «el más grave de los obstáculos que se oponen hoy a la centralización y explotación racional de todos los recursos del país». Máxime teniendo en cuenta que las diferencias podían ser explotadas por todos los adversarios de los objetivos de guerra impulsados por el gobierno: los inevitables «trotskistas y otros agentes fascistas», los seguidores de Largo Caballero y los partidarios de una capitulación, en el interior; y los conservadores ingleses y la burguesía reaccionaria francesa, en el exterior.

Para corregir esta situación peligrosa era necesario, en el plano institucional, establecer cauces de relación fluida y de colaboración estrecha entre el gobierno de la República y la Generalitat, mediante la creación de un comité de enlace, la participación de un catalán en el Consejo Supremo de Guerra, y la incorporación de los catalanes a los órganos dirigentes del aparato del Estado. Esto debilitaría las posiciones de los elementos separatistas y los intrigantes políticos dispuestos a cotizar una salida particular al margen de los destinos de la República española.

En el plano político estrictamente comunista, la IC leyó la cartilla tanto al PSUC como al PCE. No era admisible que la deseable unidad de línea política y de acción entre el PCE y el PSUC estuvieran continuamente puestas en cuestión «como consecuencia de las divergencias de puntos de vista sobre toda una serie de problemas concretos y de la falta de coordinación entre las dos direcciones». Ambas direcciones fueron conminadas a poner fin lo más rápidamente posible a esa situación. El PSUC, que era «el partido del proletariado y de todo el pueblo catalán», no debía permitir en sus filas manifestaciones de nacionalismo pequeñoburgués. Es más, aprovechando la circunstancia de la convocatoria de su congreso —que no llegaría a celebrarse— debía conjurar las veleidades nacionalistas proletarizándose, es decir, elevando a su dirección a «elementos nuevos ligados con la clase obrera en las fábricas y en los sindicatos (UGT y CNT)». Debía esmerarse en hacer funcionar colectivamente la dirección del partido y eliminar «toda reserva y todo vestigio de diplomacia y de mezquino espíritu nacionalista» en sus relaciones con la dirección del PCE.

Esta también recibió su ración de reproches y admoniciones: la dirección del PC debía combatir en sus filas y en las relaciones con el PSUC toda manifestación de espíritu anticatalán, y evitar plantear las cuestiones referentes a Cataluña como si ignorase la existencia de la cuestión nacional. En esta senda, se preocuparía por estrechar la colaboración con el PSUC en todos los escalones, desde la dirección hasta la base, garantizando que todos los militantes del PC que se encontraran en Cataluña trabajasen «de una manera disciplinada bajo la dirección del CE del PSUC».

Mientras el PSUC no contase con representación en el gobierno central, el PCE sería

> el defensor obstinado de los derechos de Cataluña, el enemigo encarnizado de toda tendencia a desconocer o limitar estos derechos y a resolver los problemas catalanes con una presión administrativa. En todos los casos en que miembros u órganos del aparato del estado ofendan el sentimiento nacional catalán, el partido debe denunciar tales casos como un crimen contra la unidad del pueblo español y hacerlo necesario para que hechos de este género no se repitan.

En concordancia con el giro eminentemente patriótico e integrador impreso a la dirección de la guerra, la Comintern concluyó haciendo hincapié en la imperiosa necesidad de reforzar, consolidar y ampliar la base del Frente Popular. Atención especial merecían los simpatizantes «demócratas liberales», para quienes se proponía la inmediata puesta en vigor de una serie de medidas tácticas contempladas en el programa de los Trece Puntos, destinadas a impedir que quedasen «al margen de la lucha y a fin de estimularlos a tomar una parte más activa en la guerra por la defensa de la independencia del país»:

> —Poner fin a la confiscación de la pequeña y mediana propiedad, restituyendo a los antiguos pequeños y medianos propietarios no fascistas, sobre la base de la ley, sus bienes mobiliarios o inmobiliarios.
>
> —Garantizar a todos los ciudadanos fieles a la República la libertad de su conciencia religiosa y la libertad de practicar los cultos, empezando por abrir de nuevo algunas iglesias en las ciudades de Barcelona, Madrid y Valencia, con la única salvaguardia de vigilar que no se convirtieran en refugio de la quinta columna.
>
> —Apoyo decidido a la libertad de opinión mientras no estuviera en contradicción con los intereses de la guerra, con la excepción de cualquier atenuación de la persecución contra los «trotskistas y otros agentes al servicio de Franco», el espionaje extranjero y los especuladores.

En la ligazón con las otras fuerzas políticas y sindicales proletarias, se estimaba necesario reforzar las relaciones con el Partido Socialista en la zona centro —muy deterioradas por la resistencia de la ASM— y conseguir que las organizaciones de base de ambos partidos trabajasen «prácticamente en común en todos los dominios de su actividad, en el ejército, en la solución de los problemas de la guerra y de la vida económica y política del país». La unidad de acción entre el PC y el PS debía seguir considerándose como el eje de toda la política del partido. En el ámbito sindical, lo urgente

era la realización de la unidad sindical por la fusión de las dos grandes organizaciones existentes, para lo que era necesario que los comunistas se implicasen de forma mucho más eficaz que hasta la fecha en el trabajo en esta área.[3]

Las grietas se agrandan

A pesar de los denodados esfuerzos políticos y militares por mantener la resistencia, la capitulación democrática en Munich, el empuje arrollador del ejército franquista implementado por la ingente masa de material y apoyo militar del Eje y el agravamiento de las condiciones materiales de existencia hizo cundir la desmoralización en la zona republicana. Los meses comprendidos entre noviembre de 1938 y febrero de 1939 fueron testigos, además de la pérdida territorial de Cataluña y, por tanto, del último bastión industrial de la República, de la ruptura definitiva de la coalición antifascista y de la forja de la trama que iba a conspirar para liquidar la guerra pese a los intentos del gobierno Negrín y el PCE de sostener la resistencia en pos de una evacuación ordenada.[4]

Tras la pérdida de Cataluña no eran muchos los que albergaban dudas razonables acerca del futuro y ello en la medida en que la búsqueda de una «paz honrosa» era el objetivo que compartían las corrientes que cohabitaban —cada vez de forma más irritada— en el Frente Popular. Ahora bien, las diferencias para alcanzar tal objetivo eran notorias. Negrín condensó sus Trece Puntos en tres condiciones esenciales del gobierno, los llamados «tres puntos de Figueras», para finalizar la guerra de una forma honorable: independencia nacional, libre elección de su futuro régimen y ausencia de represalias. Los comunistas se adhirieron a ellos mediante una declaración del Buró Político tras su reunión de los días 30 y 31 de enero de 1939. *Mundo Obrero* publicó el texto el 6 de febrero.

Negrín había llegado a la convicción de que solo si se lograba controlar un arco de territorio comprendido entre Valencia y Cartagena cabría prolongar la guerra lo suficiente para proceder a una evacuación ordenada a través de los puertos. Para ello, decidió instalar el aparato

gubernamental en la «Posición Yuste», en la comarca de Elda, en la encrucijada de las principales vías de comunicación entre el interior y la costa mediterránea.[5] Negrín contó de nuevo con el apoyo comunista. Tras la experiencia del derrumbamiento del aparato del Estado en Cataluña, se temía que en la zona centro-sur el colapso pudiera ser aún más rápido y catastrófico.

La consumación de esta estrategia exigía mantener a raya la posible actuación de quienes barajaban de manera cada vez más abierta la posibilidad de una negociación con el enemigo. La dirección comunista consideró gravísima la situación y puso a disposición del gobierno todos sus activos materiales y humanos. A cambio exigió una acción implacable contra los capituladores: «El Partido Comunista luchará sin piedad contra todos los que en estos momentos pongan cualquier obstáculo a este trabajo e intriguen contra la unidad». Más que nunca había que «perseguir a los provocadores, a los derrotistas y a los trotskistas agentes del invasor» y «elevar sin vacilación alguna a los puestos de responsabilidad, de trabajo y de lucha a los antifascistas más capaces, abnegados y enérgicos».

En un editorial de *Mundo Obrero* se exigió a todas las organizaciones antifascistas la coherencia que el propio partido había demostrado con cuatro prominentes miembros fugitivos de Barcelona,[6] y que, por tanto, adoptasen sanciones fulminantes contra los cobardes, los vacilantes, los derrotistas y quienes no hubiesen estado a la altura de las circunstancias. No hacía falta hilar muy fino para identificar entre los «cobardes y derrotistas» a Largo Caballero, que no había retornado a la zona centro-sur tras la caída de Cataluña. Tampoco cabe dudar de la inquietud que debió recorrer el espinazo de quienes pensaban ya en términos de armisticio o de rendición ante la autopostulación comunista para asumir los puestos de liderazgo de la resistencia. Se trata de una declaración que tuvo efectos importantes en la evolución posterior.[7]

Mientras tanto, frente a Negrín y el PCE, un sector republicano en alza, desde el presidente de la República[8] hasta buena parte de las cúpulas política, sindical y militar, depositó sus últimas esperanzas en algún tipo de mediación exterior de carácter diplomático y humanitario. Muchos mandos

militares confiaban en una negociación directa entre elementos castrenses de ambos bandos, cotizando en ella el derribo de Negrín y de los comunistas que lo apoyaban.

El cansancio ante una guerra que se juzgaba inevitablemente perdida era el principal y fundamental factor de erosión del gobierno. Según Ciutat, Negrín tenía en su contra el estado de ánimo de la mayoría de los cuadros militares y comisarios, que habían visto disiparse toda perspectiva al esfumarse las esperanzas de victoria y que solo pensaban en su evacuación a toda costa y en «su pequeño problema personal». Menudeaban los actos de sabotaje y las muestras de derrotismo.[9] Las organizaciones políticas y sindicales del Frente Popular se ocupaban abiertamente de preparar la huida. Cuando Checa visitó Cartagena, en vísperas de la sublevación, se encontró con la quema de ficheros y archivos en las plazas públicas.

La desolación alcanzó también a las mismas bases comunistas: las fábricas de guerra estaban, de hecho, paralizadas por sabotajes de la dirección, falta de abastecimientos y desmoralización absoluta de los obreros. Veteranos militantes, procedentes de las fábricas de armas de Toledo y Asturias, rompieron «el carnet del PC en bastante número, no por estar contra el PC, pero temiendo el triunfo de los fascistas y para guardarse». En general, las células, a excepción de pequeños núcleos de activistas firmes, iban dejando de reunirse. Los propios dirigentes locales estaban desmoralizados e influidos por los bulos. En los frentes, la disciplina se relajaba y menudearon las deserciones en forma alarmante. Como señaló Zugazagoitia, los soldados que no se pasaban al enemigo, se retiraban buscando el camino de sus casas.[10] Nadie quería ser el último muerto de la guerra. En las ciudades, eran «muchos los que, para no quedar expuestos a sus consecuencias, buscan contacto con el enemigo, al que sirven con el celo de quien espera hacerse perdonar una culpa grave». Casi todos veían prácticamente la guerra perdida y se sentían impotentes ante la perspectiva que se dibujaba.[11]

La maquinaria comunista entró en un acelerado proceso de descomposición. El PCE estaba pagando la factura de una expansión espectacular que nunca fue acompañada, ni siquiera en los mejores momentos, por la articulación de una organización eficiente. Cuando

llegaron los momentos agónicos, la afiliación masiva, que había constituido la base del crecimiento exponencial del partido coincidiendo con los más destacados hitos de la resistencia republicana —Madrid, el Jarama, Guadalajara, el primer gobierno Negrín—, basado fundamentalmente en la afluencia de gente sin experiencia militante previa,[12] se reveló como un ingrediente sumamente volátil.

El proceso había comenzado con el corte de la zona republicana. El 21 de mayo, el secretario de Organización, Pedro Checa, realizó un informe demoledor sobre la situación del partido en la zona centro.[13] Como el gobierno central se encontraba en Barcelona, en la región central se observó una tendencia a constituir gobiernos y juntas de defensa populares y, como en los primeros tiempos, reaparecieron patrullas de control. El PC reaccionó correctamente, pero sin fuerza, todo lo contrario que la quinta columna, cuyas actuaciones cobraron intensidad. En lo que probablemente no pasaran de ser bulos (aunque lo significativo es que se les prestase credibilidad), se decía que en algunos pueblos de Cuenca había habido procesiones, con curas, y que en San Clemente se produjo un tumulto. Se observó también una acentuación de las deserciones, sobre todo en el Ejército de Levante y en el de Maniobras.

En general, en el conjunto de la zona se respiraba un clima de tensa calma que no lograba ocultar signos de debilidad, y hasta de indiferencia hacia la guerra, como ocurría en Madrid. El documento de los Trece Puntos había tenido una buena acogida, pero su interpretación dependía de cada fuerza política. Para los republicanos era el fin de la guerra, dado que ahora habría un pacto con Francia e Inglaterra, y consideraban que había llegado su hora política. En Cartagena se quiso organizar enseguida una gran manifestación de júbilo por el fin de la guerra. Los anarquistas estaban inmersos en disensiones internas. Para los socialistas caballeristas significaba «ganar la guerra, pero perder la revolución». El gobernador civil de Jaén dijo que no toleraría que se popularizara el documento «porque lo consideraba como una claudicación». Tres días después fue destituido.[14] En Extremadura se suscitaron dudas entre los jefes militares, «incomprensión de algunos puntos, dudas sobre la propiedad, la amnistía, la religión». Incluso el PCE tuvo que imponer su disciplina en algunos casos, y aunque

en las bases no se hubiera llegado a comprender bien el sentido del documento, se «ha trabajado bien para la popularización». No era tarea fácil, valoraba el informe de Checa. La vida política se debilitaba en todo el país. No había mítines ni asambleas de sindicatos. Los ayuntamientos funcionaban casi clandestinamente.

La unidad del ejército era débil. Proliferaba el sectarismo y cada estado mayor era en realidad «un grupo de amigos». El del IV Cuerpo de Ejército, liderado por el anarquista Mera, era un caso típico. En el sur, Galán tenía que lidiar «con una División de masones»; en algunas brigadas bajo mando anarquista (Arcas) no se podía trabajar políticamente porque «se fusilan los comunistas» [*sic*]. En el momento en que se mezclaban mandos de diferentes tendencias, había disensiones. Uno de los puntos fuertes de la campaña comunista, la movilización del voluntariado, había resultado un fracaso rotundo en todo el país, y donde se consiguieron resultados fue por la fuerza o a costa de debilitar peligrosamente las direcciones locales del partido.[15]

Los caballeristas habían aprovechado el corte de la zona para asegurar una dirección desde Madrid integrada por su tendencia, ante la ausencia de una delegación de la Comisión Ejecutiva del PSOE. Lideraban los jefes de Madrid y Alicante: Llopis, Tomás, De Francisco, Wenceslao Carrillo. Habían logrado ganar posiciones en la UGT en perjuicio del partido. En Madrid y Alicante estaban constituyéndose grupos socialistas en las fábricas y en el ejército.[16] Habían aprendido la lección y ahora «el PS tiende a desarrollarse, a reclutar; dicen que [hacen] como los comunistas que les obligan» [*sic*].

Los comités de enlace crecían en número, pero con muy escaso resultado. El trabajo conjunto estaba, en la práctica, bastante debilitado en todo el país. Se daba por desaparecida la idea del partido único («Suena forzada», lamentaba Checa). Los sindicatos estaban casi en todas partes en manos de caballeristas. El PC hacía grandes esfuerzos, pero se enfrentaba al dominio de esta tendencia sobre casi toda la zona centro-sur. De ello se derivaba un error sectario: el partido tendía a extender el calificativo de

«caballerista» a todo socialista que no estaba de acuerdo con él, lo que acabó por abarcar a todo el PSOE, paralizando cualquier iniciativa de aproximación.

El Frente Popular estaba inerte por la falta de unidad entre socialistas y comunistas, lo que aprovecharon la CNT y otros para arrinconar al PC. Los comunistas se encontraban cada vez más aislados. Se habían debilitado incluso las relaciones con los republicanos, que manifestaban una tendencia a hacerse un lugar propio aliándose con la CNT contra los socialistas. Se detectaba una mayor actividad de Izquierda Republicana en las zonas rurales, organizando sindicatos o ayudando inclusive al desarrollo de los de la Confederación. Como había dicho Julio Just: «Es la hora de los republicanos».

En el ámbito sindical la UGT mantenía sus posiciones, pero la CNT estaba en crecimiento: en Albacete pasó de 5.000 a 16.000 miembros. También aumentó sus efectivos en Toledo, Cuenca y Ciudad Real. Los caballeristas impulsaban los comités de enlace sindical como una forma de oponerse a la unidad PCE-PSOE. Esta labor de zapa no era contrarrestada por los comunistas debido a la debilidad de su trabajo sindical y su escasa presencia en las fábricas. El informe de Checa calificaba este aspecto como un auténtico «punto negro»:

> El trabajo sindical del partido se desarrolla en los órganos del partido, no en sindicatos y fábricas. Los dirigentes del partido no trabajan en los sindicatos o no son conocidos en los sindicatos; al contrario de lo que hacen los socialistas. Donde hay cuadros sindicales importantes, no trabajan en acuerdo con el partido. También nuestros compañeros que dirigen sindicatos no se diferencian mucho de los socialistas, se trabaja sólo en vísperas de elecciones sindicales.

El saldo de la influencia comunista en el sector estratégico de las industrias de guerra (tabla 33), cuyo fortalecimiento era clave para el programa de resistencia, resultaba desolador:[17]

Militantes del PCE en las industrias de guerra (mayo de 1938)

Localidad	*N.º total de trabajadores*	*Afiliados al PCE*
Valencia*	8.999	268
Ídem > de 200 obreros	7.566	175
Cartagena	7.600	206
Murcia	2.864	143
Alicante	2.800	80
Linares	3.500**	400
Puertollano	5.000	11
Madrid	2.394	360
Total	40.723	1643 (4 % del total)

* «En las empresas pequeñas bastante fuerza, en las empresas grandes domina la CNT».
** Término medio entre los 3.000-4.000 que cita el informe Checa por aproximación.
FUENTE: AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14.

Tabla 33.

En lo que respecta a la organización del partido, las consecuencias de la movilización sobre su aparato aún no se podían evaluar fehacientemente, pero se podía adelantar que se habían perdido cuadros de dirección y disminuido, aunque débilmente, la afiliación en las capitales.[18] Se habían paralizado las campañas de reclutamiento por el temor de enfrentarse con los socialistas a causa de las acusaciones de proselitismo. El propio secretario general, Díaz, se quejó de que el PC había perdido perfil, y de que la prensa, incluso la propia (*Frente Rojo*), apenas resaltaba el papel del partido, dedicando más atención a otras fuerzas (FAI , CNT, PS). En lugar de órganos del partido parecían prensa del Frente Popular: era necesario «destacar más al PC y sus dirigentes, que no quede "camuflado"».[19]

La composición social del partido era claramente insatisfactoria. Escaseaban los cuadros ligados a la producción[20] y en algunas provincias había una mayoría de afiliados de origen no obrero. Se puso como ejemplo Ciudad Real, donde abundaban los «maestros, catedráticos [y] campesinos»; o Almería, donde «en los pueblos [la] mayoría [eran] campesinos y no obreros agrícolas». En Jaén los 7.000 adherentes no habían

incrementado la base proletaria del partido, por tratarse de obreros agrícolas y campesinos, y no de mineros. El reclutamiento femenino se basaba, fundamentalmente, en «mujeres inorganizadas, no obreras». Lo que sí podía constatarse era la enorme juventud de la militancia del partido.

El balance final de Checa arrojaba más sombras que luces sobre la realidad del partido y sobre su futuro, concesión incluida al incremento de la suspicacia sobre la calidad de algunos sectores de afiliados y acerca de la infiltración de enemigos:

> Retroceso en la vida política del partido. No se discute. No se estudia la situación local de las fábricas, etc. Tendencia a cerrarse en sí mismo. Desaparición de la actividad pública del partido. Muchas reuniones de partido largas ... En muchos sitios reuniones no compatibles con las horas de trabajo de los obreros. Trabajo por duplicado (célula, fracción, OSR,[21] radio, etc.). Comisiones con tendencia a convertirse en órganos independientes. Tendencia a dirigir el partido a base de asambleas y sin discurso. Células muy debilitadas. Los Comités Provinciales conocen poco el partido. Las direcciones aisladas de la base del partido. En Madrid ... cierto aflojamiento de la vigilancia ... En Ciudad Real el secretario de organización tenía 1.000 boletines de obreros pidiendo el ingreso, escondidos: descubierto después de muerto. Dos curas. Muchas caras de fascistas en el partido. Masones en Ciudad Real. POUM. Débil el trabajo de la Delegación [en la zona centro]. Falta de cuadros.[22]

Una era tocaba a su fin. El crecimiento del PCE había sido el correlato de un sentimiento ampliamente difundido entre la población de la España republicana de que el partido representaba, por su organización, su disciplina y sus apoyos exteriores, la mayor esperanza en la consecución de la victoria.[23] El PCE había sido un polo de atracción, un referente y un refugio mientras ocupó el lugar de centralidad que le otorgaron el hundimiento de los partidos republicanos burgueses, la fragmentación del socialismo y el decaimiento anarquista. Cuando se hizo evidente que la victoria era una quimera y la derrota una certeza próxima, sus filas comenzaron a clarear a gran velocidad.

La leyenda del control policial comunista

El lento pero imparable desmoronamiento de la organización comunista afectó también a sus posiciones en los aparatos del Estado. Bolloten —no podía ser de otra manera en un tema tan deleitoso para un modelo de historia conspirativa como el de la infiltración comunista en la policía— dejó esculpida para la posteridad la imagen de unas fuerzas de seguridad republicanas copadas por miembros del PCE y compañeros de viaje desde el mismo momento de su reconstrucción.[24] «Los comunistas —sentenció— explotaron al máximo su creciente poder y su habilidad para el proselitismo, la difamación y la infiltración a fin de asegurarse [en el cuerpo de policía regular] una posición dominante.» El corolario habría sido la consolidación de activistas del partido en todos los puestos decisivos, consejerías de Orden Público, comisarías de policía de grandes ciudades, plazas de inspector y la formación de una policía secreta cipaya que actuó como cobertura de la colonización de la NKVD.[25]

En su esfuerzo por recuperar las competencias sobre el orden público, el Estado impulsó el desarrollo de institutos armados a los que procuró mantener al margen de la influencia partidista. Se creó la nueva Guardia Nacional Republicana (GNR) —refundación de la temida y odiada Guardia Civil—, se elevaron a 28.000 los agentes de la Guardia de Asalto y se evaluaron en 40.000 los efectivos del Cuerpo de Carabineros con los que contaba la República para la vigilancia del orden en la primavera de 1937.[26] Nada indica que estas fuerzas, que se encontraban más cerca de Caballero, en el caso de Asalto, y de Negrín, en el de Carabineros, ofrecieran posibilidades para una fácil penetración de los comunistas.

En el caso de la policía urbana y criminal la influencia del PCE corrió pareja a la socialista. No se descubre la pólvora cuando se afirma que probablemente buena parte de los policías profesionales en ejercicio antes del 18 de julio que permanecieron en la zona leal buscaron el amparo de un carnet que, en no pocas ocasiones, fue el del PCE. Operó en ello una lógica de supervivencia, amparo, esperanza de promoción o atracción por el modelo de orden y disciplina similar al que condujo a las filas comunistas, como ya se señaló con anterioridad, a una parte sustancial de los militares de carrera.

Ahora bien, la guerra fue desgastando las posiciones políticas en estos aparatos, y desde 1938 en adelante la realidad del trabajo policial era ya la crónica de un conjunto de lagunas y debilidades insuperables. La situación se fue deteriorando a lo largo del año. Un informe interno fechado el 2 de enero de 1939 reveló la debilidad del Partido Comunista en los cuerpos de seguridad que operaban en Madrid. Se reconocía que la influencia del PCE en las comisarías y dependencias era «muy reducida, por no decir nula». De los 51 comisarios, delegados jefes y secretarios, 8 eran comunistas, frente a los 14 del PSOE, los 10 de CNT, los 5 de Izquierda Republicana y los 12 no adscritos a ningún partido. De los dos restantes, uno había sido expulsado del partido y otro lo había abandonado voluntariamente. De los 900 agentes de policía, los comunistas contaban con 140 con carnet, de los cuales en torno a la mitad no hacían vida partidaria. Algo similar ocurría en el territorio libre de Granada: de 69 agentes con que contaba la policía, solo 9 eran del PC; de 629 guardias urbanos en la provincia, únicamente 60 tenían carnet comunista.[27] En un documento informativo sobre el estado del 22 Grupo Especial de la Guardia de Asalto, que operaba al servicio del SIM (Servicio de Investigación Militar) en Cataluña, se indicó la filiación de los mandos: de 17 citados, menos de la mitad —8— pertenecían al PC. Por el contrario, lo más llamativo era la presencia de numerosos antiguos «patrulleros de control» anarquistas en unidades de Asalto, a las que se habían incorporado por el llamamiento de sus quintas.[28]

En la frontera menudearon las deserciones, que pusieron de manifiesto lo epidérmico y oportunista de muchas adhesiones de antaño. El 24 de abril de 1938 se redactó un informe en el que se denunció la actuación de los jefes y agentes de los sectores 7.º y 8.º de la Comisaría General de Fronteras y Puertos. La mayor parte de ellos huyó antes de que el enemigo se encontrase siquiera a 90 kilómetros de sus posiciones. En sus nombramientos —se declaró— había habido mucho de nepotismo y bastante poco de criterio profesional. Dos de ellos, Nicolás Aldunate y Valentín Navarro, jefes de los sectores de Viella y Puigcerdà y funcionarios de la vieja policía, se afiliaron al PC después del 18 de julio y suscitaron escándalo con algunas de sus actuaciones.[29] Sus casos no eran, con todo, los más graves de los contemplados en la zona: Víctor Fuentes, responsable

de personal de la Comisaría General, nombrado por el caballerista Girauta, y León Antón, jefe del sector de Figueras —en colaboración con el agente quintacolumnista Adolfo Martínez— desertaron al enemigo llevándose consigo documentación tan sensible como el archivo de personal, la cifra y el boletín interno con todo el organigrama del cuerpo.

El informante apeló directamente al PC para que hiciera sentir sus prerrogativas disciplinarias:

> Camaradas del Partido: ¿No habría forma humana de que salieran todos los policías antiguos de la frontera, y no permitirles que se acerquen a la misma, marcándoles un límite de 30 kilómetros? Si no se hace así, se irán muchísimos, pues como cuando llegan a estar con los fascistas no tienen más que decir que son policías antiguos...

La solicitud tuvo inmediata respuesta. En un documento dirigido a todos los partidos y organizaciones del Frente Popular, los afiliados al PC, PS, Partido Sindicalista, PSUC y CNT en el cuerpo de fronteras instaron a sus respectivos grupos a elevar una petición al ministro de la Gobernación con la solicitud «urgente de remover por completo todas las plantillas de Sectores, Destacamentos y Puertos».[30]

A la desmoralización y el afán de ponerse a salvo se añadió el bajo nivel político de la militancia en la policía, el abandono de la vigilancia de la quinta columna y la extensión de una corriente de opinión que sostenía el apartamiento de la política para la mejor consideración profesional.[31] El informe de la organización de Madrid concluyó señalando la política de aislamiento y traslados forzosos a la que venían siendo sometidos los agentes y comisarios comunistas más significados. En otra reunión de secretarios de células de seguridad de las principales comisarías de la capital, habida el 15 de enero, se puso de manifiesto que la policía resultaba ineficaz para combatir a la quinta columna, se propuso convertir a las mujeres, instruyéndolas adecuadamente, en agentes auxiliares, y se lamentó que «mientras se deja trabajar a los falangistas se ha movilizado todo el SIM y la policía para evitar la propaganda del partido».[32] Una semana antes se podía deducir de un informe de Santiago Carrillo que había comenzado discretamente la labor para aislar al PCE de sus contactos con las fuerzas

del orden, con vistas a su neutralización: «Medidas de persecución contra el partido en la policía. 467 policías del partido trasladados. Ídem en Valencia, se prohíbe a guardias, etc., acudir a locales de partido».[33]

El SIM, creado bajo el mandato de Prieto, ha sido acusado tradicionalmente de erigirse en un feudo de los comunistas —con el impagable patronazgo de la NKVD— para eliminar a sus adversarios en la retaguardia republicana. Las imputaciones al SIM mediante el método que Godicheau ha denominado «la amalgama» (sumar de manera inconexa y sin comprobación documental todas las actuaciones dirigidas contra trotskistas y anarquistas, amén de las denuncias sobre checas y centros secretos de tortura) han configurado la fisonomía de un auténtico monstruo represivo subordinado a los intereses comunistas locales y teledirigido por Moscú.[34]

Hay que reconocerle a Bolloten la introducción de la técnica de la «imagen congelada», consistente en fijar una impresión en la retina de sus lectores y dejarla ahí como categoría inamovible a pesar de la cambiante evolución de las circunstancias. El caso del SIM es un buen ejemplo: nuestro autor describe la creación del servicio a iniciativa del ministro de Defensa Nacional, Prieto, mediante decreto del 9 de agosto de 1937. Sus funciones eran «combatir el espionaje, impedir los actos de sabotaje y realizar funciones de investigación y vigilancia cerca de todas las fuerzas armadas dependientes de dicho Ministerio». Su primer responsable en la zona centro fue el comunista Gustavo Durán. Por poco tiempo: según recordó Prieto, Durán procedió a nombramientos masivos de comunistas y él, como ministro, decidió cortarlo. Destituyó a Durán, a pesar de las presiones de Orlov —que poco después de esto abandonó España e inició el camino de su defección— y nombró en su lugar al viejo militante socialista Ángel Pedrero, que destituyó a todos los agentes nombrados por Durán y se preocupó de reclutar solo a socialistas. Como director general, Prieto designó a su amigo Ángel Díaz Baza. Sus sucesores fueron todos republicanos (Prudencio Sayagüés) o socialistas (Manuel Uribarri y Santiago Garcés).[35] Cabría deducir de todo esto que si alguna fuerza política tuvo preponderancia en el SIM, esta fue el PSOE, pero Bolloten no

permite fácilmente que la realidad estropee su artefacto del «camuflaje»: todos estos dirigentes, formalmente socialistas, habían sido ya ganados discretamente para el comunismo.[36]

Muy discreta tenía que ser la atracción cuando en un informe interno fechado el 30 de mayo de 1938[37] se sostenía que en el SIM «a los pocos comunistas que hay se les hace la vida imposible». El SIM, además, como otras organizaciones compuestas por individuos animados por intereses diversos, mostró debilidades derivadas del comportamiento clientelar de algunos de sus mandos. A finales de diciembre de 1938, un informe sobre el 22 Grupo de Seguridad denunció que se había pervertido el objetivo original para el reclutamiento de agentes. Predominaba el compadrazgo, como demostraba el hecho de que, siendo andaluz el jefe de la unidad, lo fueran también el 20 por 100 de los nuevos funcionarios, y, entre ellos, predominando, los anarquistas de CNT-FAI, «y bien es conocida la clase de rebeldía que estos elementos sintieron antes del movimiento [hacia] el PSOE y la UGT, únicos que llegamos a formar la vanguardia revolucionaria en España contra la tiranía».[38]

Bolloten y Peirats fueron los divulgadores de los «miles» de casos de antiestalinistas presos y asesinados en las terribles checas y campos de prisioneros del SIM. No hay autor posterior, sobre todo anglosajón, que no haya repetido el aserto a ciencia cierta.[39] Sin embargo, la documentación de época aporta de nuevo matices interesantes. A través de ella se sabe que en la CNT funcionó una comisión jurídica que informaba al Comité Ejecutivo del Movimiento Libertario del estado semanal de las causas, actuaciones y sentencias. Conocemos el informe fechado el 5 de septiembre de 1938. En él se describió la situación procesal de 50 detenidos atendidos por los abogados cenetistas. De ellos, 11 estaban presos por delitos políticos (10 por repartir octavillas del ilegal POUM y uno por «hechos revolucionarios»), 12 por posesión ilegal de armas, 2 por «cementerios clandestinos», y 4 detenidos por el SIM (que en aquellas fechas estaba centrando su actuación en los desertores).

De los 50 detenidos, 38 fueron puestos en libertad, sobreseídas sus causas o indultados de sus penas. Solo 10 —todos ellos condenados por tenencia de amas— quedaron en prisión. Se debe señalar que fueron

liberados todos los «políticos»; que los letrados constataron «con satisfacción ... que van retornando varios compañeros de los campos de concentración»; que el Tribunal Supremo había empezado «a estudiar nuestros expedientes de indulto, [seis] informados sin excepción favorablemente»; que eran muy pocos los retenidos en la cárcel y prisiones militares por delito de deserción; y que, por último, a pesar de un cierto incremento de detenciones por parte del SIM y de la reserva habitual en las actuaciones de este servicio, se había «podido arreglar logrando la libertad» de los detenidos.[40]

En el último trimestre de 1938 los presos de la Modelo de Barcelona controlados por la comisión jurídica eran 96 (tabla 34). Los delitos por los que se encontraban presos respondían a la siguiente tipología:

Presos de la Cárcel Modelo de Barcelona defendidos por la comisión jurídica del Movimiento Libertario (último trimestre de 1938)

Tenencia de armas y explosivos	16
Atentado contra la autoridad	1
Cementerios clandestinos	1
Asesinato	1
Amenazas	1
Subtotal delitos violentos	*20*
Atraco	3
Evasión de capitales	1
Ayuda a evasión	4
Deserción	1
Indocumentado	2
Subtotal delitos comunes	*11*
Hojas clandestinas	5
POUM	2
Actividades contrarrevolucionarias	4
Espionaje	2
Desafecto	1
Subtotal delitos políticos	*14*
No consta	51
Total	*96*

FUENTE: CDMH, PS-Barcelona, 523, II.

Tabla 34.

El resultado es que menos de un tercio de los presos lo eran por acusación de carácter político, siendo mayoría los que estaban imputados en ilegalidades relacionadas con la posesión de armas y la violencia, y una cuarta parte incursa en delitos de derecho común. La situación ya ha sido señalada por Godicheau, que con otros informes de la sección de Defensa de la CNT llega a la conclusión de que los presos en las cárceles del SIM no superaban la cincuentena en la primavera de 1938, la mayor parte internados por problemas de disciplina y solo unos pocos por querellas políticas.[41]

Respecto a la gestión de los campos de concentración, la documentación revela luchas internas por el control de la dirección, para lo que no se dudó en buscar los trapos sucios de la existente, independientemente del partido al que perteneciese el responsable. En tiempos de tanta tribulación, la gestión de un campo en retaguardia debió de ser una codiciable canonjía y los comportamientos inmorales u honestos dependieron, una vez más, del carácter de los individuos antes que de las directrices expresas de sus organizaciones.

El 12 de junio de 1938 el Servicio Especial de Información de la FAI elevó un informe sobre distintos campos de trabajo de Cataluña. En el referente al campo de trabajo n.º 3, de Omells de Nogaia, se refirieron conductas escandalosas de los responsables: expolio de víveres a los campesinos de los alrededores para celebrar una fiesta particular, amancebamientos, estupros, ebriedad y maltrato a los prisioneros.[42] El jefe del campo, del PSUC, ejercía una labor proselitista amparado por la protección que le brindaba la cercanía de las fuerzas del Campesino y Líster. Las medidas tomadas para evitar las fugas eran draconianas: «Con motivo de la evasión de unos presos, fueron fusilados entre otros seis compañeros, cuyos nombres y sindicatos a que pertenecían fueron comunicados a su debido tiempo».[43]

Cabría pensar que, ante la gravedad de los hechos, la visita de inspección girada el 21 de junio, a instancias del sector anarquista del cuerpo de vigilantes que había insistido en «que por todos los medios busque la Organización la forma de que en cada campo haya un responsable de la misma», pusiera todo el empeño para acabar con los abusos. No fue así: la delegación concluyó que la situación era preocupante pero no irremediable. Era cierto que al mando del campo había un individuo con asimilación de sargento que de una forma insolente provocaba «a los compañeros, negándoles hasta el derecho de verificar reclamaciones por conducto reglamentario». Pero, tras una segunda visita «se ha podido observar un cambio muy significativo en el orden interno del mismo» que tuvo que ver con que a los «compañeros ... se les han dado cargos de responsabilidad», a cambio de aceptar la necesidad de disciplina.

Algo parecido ocurrió en el campo de trabajo n.º 4, emplazado en Concha Bella, donde también se denunciaron «atropellos, anomalías, fusilamientos, siembra de terror y un programa amplio de inmoralidades». Como en otros casos, los responsables eran miembros del PC y nombrados por el SIM jefes de los campos. Aquí, por el contrario, se produjo la sustitución de los denunciados por otro jefe, «el cual parece tiene un concepto muy distinto de lo que han de ser los campos de trabajo y parece que aquello tiende a normalizarse» pese a que pertenecía al mismo partido que los anteriores. En última instancia, las denuncias que impulsaban la labor de zapa de las direcciones de campos parecían tener que ver más con el control de ellos y el reparto de puestos que con las condiciones en que desarrollaban su función.[44] Eso si no trataban de ocultar, en otros casos, actividades irregulares descubiertas y cortadas por la dirección: una inspección en el campo n.º 5 determinó, tras las correspondientes pesquisas, que su jefe fuera acusado infundadamente de incorrección con sus subordinados, favoritismo en los permisos y acaparamiento, debido a su enérgica intervención para cortar abusos de algunos de los vigilantes que lo habían denunciado, consistentes en la realización de registros y requisas de víveres en las masías de los alrededores con la intención de vender el producto de sus ilegítimas incautaciones en el mercado negro. Uno de los vigilantes que prestó testimonio ante la inspección señaló que la denuncia debía haber sido hecha por alguno de los descontentos con la norma de no abandonar las instalaciones más allá de un radio de 50 metros sin permiso del jefe del campo, o por gentes

> que critican todas las órdenes y consignas por sistema, suponiendo que no hayan podido sorprender la buena fe de un delegado de la CNT de los que se dedican a recorrer los Campos de Trabajo y recoger las quejas de los vigilantes sin averiguar si éstas son justificadas.[45]

Marco —uno más— de las luchas hegemónicas entre los dos principales partidos marxistas, el SIM, que comenzó su recorrido siendo objeto codiciado por el PCE, acabó decantándose del lado socialista. Togliatti refirió lacónicamente casos de confrontación: «Acción del SIM contra el partido. Está en manos de los socialistas. Lucha física contra el

partido. Dos casos. Necesita intervención rápida del gobierno».[46] Incluso, al final de la guerra, los comunistas lo percibieron como una amenaza. El responsable madrileño Isidoro Diéguez lo identificó, junto al Cuartel General del Ejército del Centro, el Gobierno Civil y algunos estados mayores como uno de los centros neurálgicos de la conspiración casadista. Una vez desencadenado el golpe, el SIM pasó directamente a ser considerado como parte del enemigo y sus hombres tratados como tales. El comandante comunista Fernández Cortinas relató fríamente la ejecución, por orden suya, de dieciocho oficiales del SIM durante los choques entre las unidades a su mando y las fuerzas casadistas en Madrid.[47]

LA RUPTURA CON LOS SOCIALISTAS

Las tirantes relaciones de los comunistas con otras fuerzas concurrentes en el espacio de la izquierda también agrietaron la unidad en el interior del EP. Con los socialistas los roces fueron *in crescendo*, en un continuo de quejas individuales y colectivas sobre actividades proselitistas, marginación, movimientos a sus espaldas, etc. Un documento de mayo de 1938[48] señaló que las relaciones con los socialistas no eran malas a nivel de las bases, si bien no cuajaban en expresiones orgánicas —comités de enlace PC-PSOE— debido fundamentalmente a las orientaciones en contra emanadas de la ASM, así como por la insuficiente comprensión de la táctica del partido que tenían los propios militantes. «Los mandos socialistas trabajan en contra de la organización del partido», se afirmaba, y los comunistas respondían equivocadamente de una manera sectaria, promoviendo el ascenso casi exclusivo de sus camaradas y reforzando, por tanto, los prejuicios contra ellos.[49]

En Madrid, donde la rivalidad con la ASM era cada vez más violenta, las deficiencias del trabajo de aproximación habían sido ya tratadas desde tiempo atrás. Para algunos dirigentes provinciales del PC, el problema era que no se había sabido trabajar por la unidad y «que la base del partido es antisocialista». El secretario del Comité Provincial, Domingo Girón, no estaba totalmente de acuerdo con esta afirmación, pero consideraba que

> muchos militantes del Partido con responsabilidad, cuando hablan en conversaciones particulares refiriéndose a los socialistas lo hacen con un lenguaje que no se puede emplear. Puede influir en la marcha de la unidad y engendrar en algunos compañeros ambiente antisocialista.[50]

Girón advirtió de las actividades que la ASM estaba desarrollando en el ejército, donde celebraba reuniones con los jefes, comisarios y soldados de su partido. Esta labor acabó dando fruto cuando la paciencia de los socialistas se vio desbordada por las críticas vertidas contra comisarios adscritos al PSOE, dando lugar a reacciones colegiadas de creciente intensidad. En julio, la charla que impartió en Cartagena un miembro del Comité Provincial, en la que criticó supuestas deficiencias en el trabajo de algunos comisarios socialistas, motivó una queja colectiva de estos ante Bruno Alonso, que llegó a tener preparado un artículo contra el PCE para publicarlo en el boletín de la flota.[51]

En el archivo de Negrín se conservan otras muestras de este tipo de quejas, como las que en agosto de 1938 elevó el jefe de la 65 División, Valentín Gutiérrez de Miguel.[52] Las fricciones llegaron a su punto culminante con la «huelga» de comisarios socialistas que tuvo lugar en noviembre de 1938 con motivo de la destitución del comisario inspector del Ejército del Centro, Fernando Piñuela Romero, diputado socialista por Ciudad Real en las Cortes Constituyentes de 1931 y ex alcalde de Murcia. Rojo atribuyó una inmensa importancia a tal acontecimiento, «primer indicio de descomposición» y en la que estuvo mezclado el jefe del SIM madrileño.

En diciembre, el grupo parlamentario del PSOE concretó sus posiciones en una petición para que Negrín realizara cambios en la política de ascensos y destinos militares, «de manera que estos se hagan al margen de la influencia partidista». Entre otras medidas debía reorganizar el Comisariado y prohibir la intervención de los militares en política. En fecha tan tardía muchos socialistas, con sus viejas demandas de «profesionalización» y «apoliticismo» del EP, demostraban que seguían sin comprender cuál era la naturaleza de la movilización de masas en una época de guerra total. Si el PCE les había comido el terreno desde el comienzo no era tan solo por el consabido ejercicio del proselitismo, sino porque había

entendido la necesidad de mantener una movilización permanente de la retaguardia y del frente para que cada uno asumiera una relación de dependencia mutua y las razones globales de su lucha.[53]

En provincias menudearon las protestas por traslados y destituciones. El 30 de noviembre desde Albacete se quejaron al Comité Nacional del PS de que «harto sabéis que la principal labor a que se dedican los comunistas es a desplazar a los socialistas de responsabilidad o de mando». Pero la gota, advertían, estaba a punto de colmar el vaso: «[Hoy] ya no son sólo los socialistas si no que aún de otros sectores antifascistas se nos acercan para decirnos a qué esperamos».[54] Entre las fuerzas de seguridad proliferaron escritos en los que se denunciaban los manejos proselitistas. «¡Alarma en Asalto!», proclamaba un documento quejumbroso que comenzaba diciendo que el cuerpo estaba regido en la actualidad

> por gentes de pasado oscuro e incluso reaccionario entrados en aluvión en partidos extremistas (PC) que han puesto a salvo sus vidas de la justicia popular y se dedican ahora a perseguir a los que no entran en «su» partido. Es el PC formado al calor de los primeros ardores de la revolución el que sigue tan nefasta política.

A ello contribuyó que los jefes del Cuerpo de Asalto procedieran de la antigua escala de mandos, algunos militares, no suficientemente depurados, e incompetentes en muchos casos. Constituía un riesgo inasumible, a juicio de los socialistas descontentos, «que el Orden Público de la República se halle en manos de personal que por virtud de la coincidencia y que para librarse de la justicia del pueblo ... no dudaron en acudir al PC, CNT, etc., y pedir un flamante carnet que les pusiera a salvo de las primeras convulsiones revolucionarias de un pueblo ansioso de justicia y de libertad». Un caso palmario era el del «hoy camarada» coronel inspector general, «uno de los capitanes que más duramente contribuyó a la represión del Glorioso movimiento del 34 en Asturias». Este sujeto, según los autores del panfleto, tenía un hermano detenido en Madrid, por fascista, y gracias a su impecable carnet del PCE había logrado que se le conmutara la pena de muerte por la de cadena perpetua. La capa de infundios se extendía por toda la cúpula de mando. El comandante jefe del 20 Grupo de Asalto, Enrique Roger Martínez, se hizo comunista después del movimiento. «Antes fue

alférez retirado por la Ley Azaña», «se afilió quizá a la UME» y se colocó de cobrador de autobuses para sacarse un sobresueldo, siendo hijo de ganaderos y notorios derechistas de La Roda. El documento, como todos los de esta época, terminaba haciendo sendos llamamientos al orgullo partidista, primero, y veladamente a la acción, después: «Ya es hora de empezar a demostrar que somos los más y los mejores en todos los órdenes, terminando así con esa prudencia infantil a la que hemos estado sometidos durante muchos meses que tanto han perjudicado a los republicanos y socialistas y por lo tanto a la República Española».

Los diputados socialistas se hicieron eco de la especie de que «en los frentes, los socialistas son vejados y perseguidos por sus ideas. Son frecuentes los casos de asesinatos de compañeros nuestros». Esta afirmación, que se propalaba en el Ejército Popular, ya la había empleado Prieto en su informe al Comité Nacional del PSOE, atribuyéndosela a Zugazagoitia.[55] Cuando el grupo parlamentario del PSOE se reunió en Figueras el 1 de febrero de 1939, Tomás Bilbao insistió en el peligro de que se produjera en la retaguardia una persecución contra los socialistas por parte de elementos de otros partidos. González Peña replicó que, de ser cierta tal campaña, debería darse cuenta a la Ejecutiva y al gobierno y negó que los casos que habían llegado a su conocimiento fueran fruto de una estrategia organizada. Se trataba de hechos esporádicos. Zugazagoitia coincidió con él: tampoco creía en una persecución sistemática y terminó recomendando que en el caso de que se produjeran ataques aislados, los afectados se defendieran con toda energía.[56]

En definitiva, las deterioradas relaciones entre comunistas y socialistas no hacían sino reflejar las contradicciones que, a pesar del mantenimiento formal de estructuras unitarias en la búsqueda de una teórica y siempre diferida unidad orgánica, se encontraban inscritas en la naturaleza y en la estrategia de ambas fuerzas políticas. El PSOE, tradicional referente de una clase obrera aún inspirada en prácticas gremialistas y sectores de la intelectualidad durante los periodos de la tardorrestauración, la dictadura primorriverista y la República en paz, no había sabido responder en su conjunto, una vez producida la rebelión militar, a los nuevos retos que imponía la movilización de masas en un contexto de guerra total.

Caracterizado por un *ethos* históricamente reformista, cauteloso en lo que a reclutamiento y táctica se refiere, cuidadoso hasta el extremo en la conservación del aparato a la espera de la ocasión en que las circunstancias le hicieran heredar el Estado,[57] el PSOE reaccionó de forma defensiva. Su desorientación y su parálisis le llevaron a perder su base juvenil y a militantes veteranos — Margarita Nelken, Félix Montiel—, que se adhirieron al pujante movimiento comunista.

El PCE, por el contrario, se mostró capaz de atraerse a distintos sectores sociales, dirigiendo a cada uno de ellos un mensaje específico (defensa de las conquistas sociales republicanas para el proletariado, aseguramiento del orden para las clases medias, respeto a la pequeña propiedad y reforma agraria para el campesinado así como un nebuloso concepto de revolución trufado de antifascismo y patriotismo para la juventud).[58] Todo ello lo convirtió en una organización de masas capaz de aglutinar en su seno la representación de un amplio espectro social interclasista identificado con el proyecto originario del Frente Popular.[59]

Los comunistas supieron dar cauce mejor que ninguna otra organización a la irrupción en la escena política de la juventud de la generación posterior a 1918 —para quien los viejos líderes socialistas solo eran iconos desvaídos pertenecientes al imaginario de sus mayores—, y en particular a la revolución en las relaciones de género que la guerra había desencadenado, con la afluencia masiva de mujeres jóvenes a sus filas. Impulsaron una revolución cultural consustancial al proceso de revolución democrática desencadenada por la movilización popular para la guerra, atrayéndose a los sectores más dinámicos de la intelectualidad y las artes.[60] Usufructuaron la corriente de simpatía derivada de la ayuda soviética (frente a la renuente posición de la Internacional Socialista) y difundieron la imagen de la URSS como modelo de vanguardismo industrial y técnico, eficacia política y modernidad cultural.

Largo Caballero, que con su giro táctico hacia el izquierdismo había abonado el campo para la radicalización de sus bases en el periodo de preguerra, nunca encajó lo que consideraba como la sustracción por el PCE de su reserva orgánica y de cuadros más preciada. El viejo partido había tenido que asistir con estupor, además, a la pérdida de su papel de referente

del proletariado a manos de una organización advenediza, que le disputó exitosamente su propio terreno mediante la articulación de nuevas formas de organización y el empleo de modernas y agresivas técnicas de propaganda. Cuando el entusiasmo movilizador, causa primordial de la pleamar comunista, entró en fase de reflujo, los caballeristas y los restos del antiguo aparato creyeron llegada la hora de recuperar lo que consideraban suyo.

La confrontación definitiva con los anarquistas

Si con el PSOE los comunistas habían jugado la carta unitaria como recurso para una aproximación en la que llevaban todas las de ganar, con los anarcosindicalistas las relaciones habían sido, como ya hemos visto, de confrontación prácticamente permanente. Más allá de los proyectos encontrados acerca de la naturaleza revolucionaria o primordialmente antifascista de la guerra, de la necesidad de impulsar las colectivizaciones cantonales o de potenciar la centralización estatal del esfuerzo económico y militar, entre la CNT y el PCE existía una cuestión de disputa por el liderazgo del movimiento obrero en la República en guerra.

Los anarquistas habían desempeñado un papel decisivo en el aplastamiento de la sublevación militar en lugares clave como Barcelona pero, careciendo de un proyecto de gestión del poder, por su propia cultura política, y acostumbrados hasta entonces a una estrategia de lucha a la espera del «gran día», tuvieron dificultades para decidir qué hacer cuando este llegó con el desarbolamiento del Estado republicano. Se vieron abocados entonces a una dificultosa y traumática transición de la cultura de la resistencia a la cultura de la gestión de instancias de poder, durante la cual intentaron mantener en equilibrio tres elementos que se revelaron contradictorios: hegemonía anarquista, unidad antifascista y sostenimiento del gobierno atacado por la sublevación militar.[61]

En el ínterin, la activación de un dinámico movimiento social y político, estimulado por la efervescencia política y la movilización inducida por la guerra, propició la fulgurante expansión del PCE. Lo que parecía una

irrevocable posición de dominio del anarcosindicalismo, autoidentificado como la marca de referencia específica de una gran parte de la clase trabajadora, resultó progresivamente erosionado por un partido emergente que elaboró un discurso dirigido a ampliar la base social de la izquierda con la introducción del concepto de «pueblo laborioso». Esto permitía incluir en su seno al campesinado propietario y las clases medias. A pesar de que los libertarios motejaron este discurso reiteradamente de contrarrevolucionario, los comunistas lograron sustraerles una parte sustancial de su clientela obrera en bastiones hasta entonces hegemonizados por los confederales como Cataluña. En el conjunto de la zona republicana los anarquistas percibieron prontamente cómo iban cediendo terreno ante el avance comunista. La frustrada hegemonía se transformó en concurrencia y al final de ese camino algunos creyeron adivinar la subordinación y la derrota. Lo expresó contundentemente el Comité Peninsular de la FAI en octubre de 1938: «Del predominio indiscutible que teníamos en la dirección de la guerra contra el fascismo hemos pasado a la categoría de simple carne de cañón».[62]

La traumática experiencia de los hechos de mayo de 1937, la pérdida de peso relativo del proceso revolucionario local frente a la reorganización del poder central, la superación de la fase miliciana de la guerra —con la creación de unas fuerzas armadas cuya estructuración jerárquica y unidad de mando eran ajenas a la cultura ácrata— y el desplazamiento hacia la periferia del protagonismo ejercido por los anarcosindicalistas durante los primeros compases del conflicto, motivaron un giro hacia posiciones defensivas y una recuperación de las viejas raíces resistencialistas ante lo que percibían como la amenaza de una hegemonía comunista latente en la reconstitución de los dos viejos leviatanes del imaginario libertario: el Estado y el Ejército.

La gestación del discurso contra el PCE, y contra un Negrín al que se contemplaba como marioneta de los intereses comunistas y soviéticos, sirvió de alimento para las tentativas de llevar a la práctica algún tipo de medidas contra el gobierno y sus aliados. Es preciso remontarse de nuevo a

los días del corte de la zona republicana para encontrar referencias a los primeros conatos de reuniones entre socialistas y anarquistas de cara a imprimir un volantazo a la deriva de la guerra.

Cipriano Mera anotó en sus memorias que el 19 de abril de 1938 le avisó su compañero Eduardo Val —futuro miembro de la Junta de Casado— de que «los socialistas deseaban tener con los confederales un cambio de impresiones, como consecuencia del aislamiento en que había quedado Cataluña».[63] Acudieron a la cita miembros de la UGT, de la CNT, del PSOE y del Partido Sindicalista. Enrique de Francisco, ex secretario de la ASM, depuesto por los sectores contrarios a Largo Caballero, quería pulsar la opinión de los libertarios sobre la marcha y perspectivas de la guerra. Mera respondió que la unidad era más precisa que nunca y que había que dejar de lado partidismos o particularidades; pero, al mismo tiempo, estaba convencido de que los comunistas jamás pondrían el interés general por encima de las conveniencias de su partido. Los comunistas —concluyó Mera— iban a lo suyo y «únicamente obedecen a quienes todos sabemos». Era una perspectiva errónea, pero para él era evidente que en tales condiciones la situación no pintaba nada bien y que con el tiempo seguramente iría a peor. La reunión se disolvió sin tomar, de momento, ninguna decisión concreta.

Fue el movimiento libertario el que en sus asambleas fue dando forma al discurso que serviría como munición para el golpe casadista que colapsó a la República. El 29 de agosto de 1938 el Comité Peninsular de la FAI elevó un informe al gobierno exponiendo su análisis de la coyuntura. Sin citarlo por su nombre, cargó contra el PCE, al que caracterizó como un partido de escasa fuerza popular, que debía su pujanza al apoyo de una potencia extranjera y a los indudables éxitos obtenidos merced a una intensa propaganda en las filas del ejército e instituciones de orden público, ofreciendo además el sabroso cebo de ascensos y cargos.

A continuación la FAI desgranó un rosario de acusaciones que iban desde el proselitismo al trato de favor, pasando por la sempiterna subordinación a directrices extranjeras. Los comisarios políticos se reunían con los afiliados y con las células que se habían formado en los cuarteles para repartirse los mandos de las unidades. Los destacamentos comunistas

recibían mejor armamento. La intendencia y los transportes funcionaban mal y eran boicoteados cuando no se ponían al servicio del Partido Comunista. Los CRIM y su inspección estaban minados por el PCE, lo mismo que ocurría con los campos de instrucción, y todo ello con el apoyo del subsecretario del Ministerio de Defensa Nacional, el comunista Cordón. Este mismo organismo era responsable de las exenciones, en cuya asignación se producían parcialidades continuas, siempre favorables a los comunistas y a sus «indispensables», con lo cual «tenemos en los puestos bien rentados de retaguardia una invasión mayor que la de la compañía de Jesús en sus mejores tiempos...».

La arquitectura del discurso conducía a un núcleo central en el que gravitaron dos ideas-fuerza: a) los ascensos y galardones se concedían únicamente por criterios de simpatía y de obediencia a las consignas del PCE más que por mérito y capacidad; b) las fuerzas más importantes (blindados, aviación, DECA) estaban bajo control de los consejeros soviéticos (algo totalmente falso, como puso de relieve el propio Mariano Vázquez) y, por ende, al servicio de los comunistas, mientras que la labor de los mandos no comunistas era boicoteada. El deslizamiento se hacía evidente:

> La URSS nos ayuda pero ha puesto en primer plano sus propios intereses. Estimamos que nuestra personalidad no debe estar hipotecada y que la República y nosotros los españoles no debemos abandonar nuestra política y nuestra guerra.

Este informe vino precedido de una serie de asambleas del movimiento libertario donde sus participantes se expresaron incluso con menos miramientos y mucha mayor crudeza. Lo propio de las bases. Al PCE le llegó un documento con la calificación de «muy reservado», en el que se refería la reunión que tuvo lugar el 1 de agosto de 1938 entre la FAI y los secretarios regionales y comarcales de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL).[64] El orden del día giró en torno a la discusión del contenido del boletín interno *Liga Nacional Antifascista*, que publicaban y difundían algunos grupos de la FAI .

En él se criticaba con lenguaje ácido —en sus propios términos, «con frases extremistas y violentas que agradan mucho a la militancia»— a Jesús Hernández, a Miaja (a quien motejaban como «el general Tapadera» y «el Berzas») y al PCE, en general por practicar una política de absorción bajo la pantalla del Frente Popular. Un secretario local de la FAI planteó la imperiosa necesidad de solicitar del Comité Nacional de la CNT que presionara enérgicamente al gobierno para que destituyera e incluso castigara con el fusilamiento al coronel Burillo, responsable, según él, de la caída del frente extremeño, y destituyera por incapacidad al general Miaja «y demás corifeos que lo circundan».

Tras el desahogo vino la lectura del contexto internacional, en la que se partió del sentimiento encontrado de reconocer que era la URSS la única potencia que ayudaba en la práctica al pueblo español en su lucha contra el fascismo pero que ello determinaba la sumisión a su estrategia, en particular por parte de sus agentes indígenas. Se tenía la impresión de que si Francia e Inglaterra no ayudaban decididamente a la España republicana era por la influencia que los comunistas y Moscú ejercían sobre el gobierno y en el Ejército Popular. El problema era ¿qué hacer? Llegaron incluso a especular que hasta los Estados Unidos estarían dispuestos a ayudar eficazmente, «si se acabase con esta tutela bolchevique».

«Necesitamos demostrar al mundo —concluyó un dirigente de la FAI — que no estamos mediatizados por los elementos comunistas y para ello exigir las destituciones de elementos significados del partido, como Jesús Hernández y Miaja, y que esto nos daría más seguridad y buen ver por parte de Inglaterra y Francia, lo que acentuaría la ayuda a la España republicana por parte de los países democráticos. En síntesis, que si nos alejamos de la influencia rusa demostraremos que no es lo que por fuera se dice de dominio bolchevique en nuestra política, con lo que Francia e Inglaterra se decidirían interviniendo en ayuda nuestra.»

La conclusión, en concordancia con lo que se valoraba como la opinión predominante dentro del movimiento libertario, fue la de que «era preciso tomar medidas más enérgicas y violentas contra el PC por su deslealtad y proselitismo».

Las posiciones del Comité Peninsular de la FAI fueron desautorizadas por Mariano Vázquez, en nombre del Comité Nacional de CNT, en términos muy duros:

> Por ningún sector se han hecho afirmaciones tan negativas a los intereses de la guerra. En ese documento se condena al Comisariado, cuando este órgano fue propuesto por nuestra organización ... Se dice que los de aviación están en manos de los rusos. Esto no puede sino hacernos reír a los que sabemos algo de la marcha de la guerra ¿Que están, también, los tanques en poder de los mandatarios de Rusia? Esto fue cierto algún día, pero hoy no es así.

La FAI había incurrido en una cadena de indiscreciones absolutamente irresponsables. «Se señalan planos de operaciones militares —proseguía Vázquez—, y esto no solamente ha sido presentado al jefe del gobierno, sino que circula por las trincheras.» Copias del informe habían sido enviadas a diversas personalidades políticas y militares: a Luis Araquistáin, Martínez Barrio, Largo Caballero, el general Rojo, Indalecio Prieto, Gregorio Jover, o el general Asensio, con el consiguiente riesgo de filtración.[65] «En una nota diaria remitida por el Comité Ejecutivo a todos los sindicatos se decía que en un Consejo de Ministros que se había celebrado recientemente se había mantenido un litigio desastroso. Y esto—continúa— no ha circulado por los Comités responsables, sino que se ha mandado a los sindicatos.» Vázquez terminó colocando a los dirigentes de la FAI ante sus contradicciones:

> Se decía que Negrín dijo: es necesaria la paz y que no era posible la continuidad de la guerra. ¿Habéis leído el último discurso del doctor Negrín? Pues vosotros diréis dónde está la paz que se anuncia ... El Comité Peninsular habla y critica la consigna de la resistencia, con idénticos argumentos que Azaña y Prieto ... Nosotros preguntamos: ¿Dónde existe un hombre capaz de sustituir a Negrín ?

Marianet no se privó de largarle una estocada a uno de los más significados faístas: «En el Comité Peninsular hay quien a los dos meses de guerra consideraba ya que estaba perdida y no ha dejado de pensar así. Me refiero concretamente a [Abad de] Santillán. Así se comprende que haya

podido escribir lo que habéis leído y decir en público que la cobertura del oro estaba agotada y que no hay diferencia entre nuestro ejército y el de Franco».[66]

Pero, a la postre, presionada por una base cada vez más enardecida, y condicionada, al mismo tiempo, por su participación gubernamental, la cúpula histórica del anarcosindicalismo comenzó a moverse en busca de una salida. García Oliver lo expresó contundentemente: «Había que poner fin a la etapa negrinista-comunista».[67] A tal efecto convocó una reunión en fecha indeterminada en el otoño de 1938 a la que asistieron Juan Domenech, Juan Peiró, Federica Montseny, Francisco Isgleas y Germinal Esgleas. El único punto a tratar fue acabar con el gobierno Negrín, presentado como dependiente de la URSS, y proponer a Martínez Barrio la formación de un gabinete dirigido por los anarcosindicalistas para negociar la paz[68] y salvar a la mayor cantidad posible de militantes.

La desconfianza mutua y la incomunicación entre sectores muy significativos del Frente Popular tuvo efectos dramáticos que se proyectaron con letal violencia a medida que el curso de la guerra se tornaba claramente contra la República. A comienzos de 1939 planeaba sobre el espectro político republicano no comunista y opositor a la línea del gobierno Negrín un marco conceptual en el que la presunta subordinación de este a los intereses soviéticos, y la no menos presunta búsqueda de la consumación de la hegemonía por parte del PCE, se enlazaban de manera inextricable. En este sentido es preciso despojar tajantemente a Casado de la «originalidad» de haber ideado la existencia de un supuesto complot comunista. Lo que Casado hizo no fue sino adueñarse en beneficio propio de un estado de ánimo que muchos socialistas caballeristas y los anarquistas se habían encargado de inflar desde el corte de la zona republicana.

El cenetista García Pradas resumió el ambiente imperante en estos términos: «Respirábamos un clima de golpe de Estado, hasta el extremo de que aquel que no lo diese con premura lo recibiría pronto, y ... por consiguiente, de darlo debíamos tratar».[69]

Choques en el interior del EPR

Los anarquistas concedieron enorme relevancia a cualquier fuente que convalidara sus propias opiniones sobre la penetración comunista en la estructura de mandos del EP. El informe de la Secretaría Militar del Comité Peninsular de la FAI se lanzó a clasificar a diversos mandos republicanos, incurriendo en ocasiones en groseros errores de atribución, como se comprobó a tenor del comportamiento posterior de los personajes: en el Estado Mayor Central, el general Rojo se hallaba «sometido completamente a las directrices del Partido»; en el Ejército de Levante, Hernández Sarabia «fue un instrumento fiel en manos de los comunistas»; de su sustituto, Menéndez, «podemos decir lo mismo que del general Sarabia. Es comunista y elemento fusilable en cualquier país que viva la guerra sin política partidista»; al mando del Ejército de Extremadura se encontraba el coronel Adolfo Prada, «socialista comunizante» al que se le había conferido el mando por sus buenas relaciones con «el Partido»...

Ya fuera por la vía de la militancia directa o por la de figurante como compañero de viaje, para los anarquistas apenas si existía unidad del EP que no estuviera hegemonizada por los comunistas. García Oliver le dijo a Vidiella: «En el Comisariado y en los mandos del Ejército tenéis el 67 por 100 y nosotros el 25 por 100».[70] Con ello reconocían a su adversario una preponderancia inmerecida y sentaban las bases para una percepción deformada de la realidad que sería considerada como definitiva por la práctica totalidad de los autores e historiadores anticomunistas posteriores. Ahora bien, como concluye Helen Graham, si el PCE hubiera sido la mitad de poderoso en las fuerzas armadas de lo que se ha sugerido a menudo, Casado y sus compañeros de conspiración no hubieran podido ni siquiera iniciarla.[71]

Los enfrentamientos intestinos entre comunistas y anarquistas recorrieron toda la escala de mandos, saldándose en no pocas ocasiones con resultados sangrientos. Peirats refiere de manera prolija varios casos. Algunos, como la tipificación de deserción y la consiguiente ejecución de soldados que realizaban escapadas a la retaguardia sin permiso, revelan la pervivencia entre los anarquistas de hábitos propios de la superada fase miliciana de la guerra y su resistencia a asumir la disciplina militar y sus consecuencias. Otros, sin embargo, entraban de lleno en la categoría de

asesinatos motivados por rivalidades organizativas. Tales fueron, por ejemplo, el del delegado político cenetista José Meca Cazorla y el del soldado Juan Hervás Soler, simpatizante del POUM, ambos pertenecientes a la 141 Brigada, dados por pasados al enemigo pero, en realidad, asesinados en una emboscada el 16 de marzo de 1938. Como tales también se imputaron otros casos de muertes «accidentales» y ejecuciones ejemplarizantes ante reveses militares.[72] Pero no parece que los comunistas tuvieran la exclusividad sobre este tipo de actos. En un ejército en cuyo origen se encontraban milicias que se formaron en base a grupos de afinidad política, fueron abundantes los casos de soldados encuadrados en unidades donde su organización era minoritaria que denunciaron presiones o amenazas por parte de mandos de ideología rival. Y los hubo de toda adscripción: frente a los casos referidos por Peirats se podría citar, por ejemplo, que en la 77 Brigada, los comunistas denunciaron la muerte, tras una paliza, de un militante de la JSU. Togliatti consignó otros dos asesinatos en una Brigada de la 26 División.[73] Soldados como Salvador Mazagrán, destinado a la 26 División en Pina de Ebro y afiliado al PSUC, prefirió entregarse en Caspe como desertor de su compañía, el 12 de febrero de 1938, a soportar por más tiempo las presiones y amenazas de sus superiores, en particular el teniente Pascual Bardinas, líder de un grupo faísta autodenominado «Bandera Negra».[74] Bardinas y sus hombres no se recataron en decirle «que iban a terminar [con él] el día que fuéramos a fortificar de noche o cuando hubiera operaciones».[75]

El ejercicio de este tipo de violencia ni era nuevo ni unidireccional. Las disputas por la hegemonía a golpe de pistola tenían una larga tradición entre las organizaciones sindicales y políticas. Lo novedoso es que las circunstancias de la guerra prodigaban las ocasiones para que esos ajustes de cuentas o disputas territoriales se enmascarasen como «liquidación de quintacolumnistas», acciones de «incontrolados», aplicaciones del código de justicia militar, bajas en acción o «fuego amigo».

Peirats no duda en culpar a los comunistas de muertes o heridas de militantes anarquistas por «fuego amigo», con absoluta intencionalidad. Documentación generada por la propia Sección de Defensa del Comité Regional de Levante de la CNT matiza sus acusaciones. El 2 de noviembre

de 1938 el Comité Provincial de Alicante del movimiento libertario denunció la situación del comisario de la 144 Brigada, gravemente herido en acción, suponían, de forma premeditada por hombres de su unidad, de mayoría comunista. Ingresado en el hospital de Olot, solicitaban su traslado a otro destino por su seguridad. La Sección de Defensa respondió el 22 de noviembre:

> Vemos que estáis mal informados de lo sucedido a este compañero, lo cual no nos extraña pues muchas veces nuestros propios compañeros nos informan de una manera demasiado particular y poco veraz, pues se da el caso de que por querer ver en todos los sitios el peligro comunista se desfigura muchas veces la realidad de los hechos.[76]

El 17 de noviembre de 1938 llegó a manos de Togliatti, con la marca de «muy reservado», un informe elaborado por el responsable del SIM en el Ejército del Este, comandante Lascurrán. En él se exponían hechos reveladores de una grave desorganización e indisciplina que no se dudaba en calificar como una «ola terrorista desencadenada en la 26 División». Se refería a los asesinatos del comisario Rigavert, socialista y agente del SIM, y de su ayudante, comunista, de la 153 Brigada de la 30 División. El 27 de octubre se había organizado un acto del ejército con los campesinos con motivo del inicio de la siembra, al que acudieron numerosos jefes, comisarios y tropa. El acto terminó a altas horas de la madrugada y, de regreso a su unidad, el coche de Rigavert fue interceptado por un grupo no identificado que disparó sobre sus ocupantes, arrojándoles malheridos a una acequia, donde aparecieron sus cadáveres. El coche se encontró quemado y el chófer —que probablemente estaba complicado con los atacantes— en paradero desconocido. Conviene señalar aquí que Peirats (p. 215), que no dudaba de la intencionalidad y la autoría en otros casos similares, se tornó más cauteloso en este e incluso echó balones fuera: «¿Obedeció este asesinato a un premeditado plan de provocación? ¿Fue más bien un error de ejecución por parte de posibles elementos justicieros? [*sic*]. Ambas hipótesis son admisibles».

A raíz de ello se detuvo a un total de dieciocho personas, entre las cuales figuraban un comandante y varios comisarios y oficiales. La gravedad del asunto fue tal que en los días inmediatos se convocó una

reunión a la que asistieron los generales Rojo y Hernández Sarabia, jefe del Grupo de Ejércitos; el coronel Perea, jefe del Ejército del Este; los comisarios generales José Ignacio Mantecón, Bibiano F. Osorio y Tafall y Ángel G. Gil Roldán; el jefe del XVIII Cuerpo de Ejército José del Barrio y el mencionado comandante del SIM. No cabe dudar de que se trató de una reunión de altísimo nivel. Mientras que Hernández Sarabia, Perea y Gil Roldán consideraron el suceso como una cuestión de mera venganza personal, Rojo advirtió que los hechos evidenciaban la existencia de un triple problema: político, disciplinario y militar.

La 153 Brigada Mixta estaba compuesta por elementos procedentes de diversas unidades tales como la disuelta columna «Tierra y Libertad», el «Batallón de la Muerte», la 29 División y otras caracterizadas por el predominio de la FAI . No tuvo una actuación demasiado brillante.[77] Su Estado Mayor, formado mayoritariamente por afiliados a la CNT, fue denunciado por presunta malversación de los fondos de la brigada, lo que motivó en su momento el envío de Rigavert, quien, tras rigurosa investigación, detuvo al jefe de la misma y a su Estado Mayor, poniéndolos a disposición del tribunal militar. El comisario prosiguió con las tareas de depuración de la brigada, particularmente contra los integrantes pertenecientes al POUM, ya entonces ilegalizado, pero que seguían actuando y publicando su órgano, *La Batalla*. «El comisario —relató el informe de Lascurrán— realizaba esta labor con gran entrega aunque varias veces manifestó que sabía que algún día procurarían atentar contra él.»

Para el jefe del SIM se trataba claramente de un asesinato terrorista que denotaba la situación de indisciplina imperante en el Ejército de Este, fruto de «la pasión política unas veces y la acción de incontrolables otras». Puso como ejemplo a la 26 División del XI Cuerpo de Ejército —la antigua Columna Durruti—, al mando de uno de los compañeros más próximos al mítico líder anarquista, el teniente coronel de milicias Ricardo Sanz. Su composición era mayoritariamente CNT, anarquistas de acción y militantes del POUM. «La especial ideología de los mismos —señaló Lascurrán— les hace creer como obligación de revolucionarios el dificultar la labor de la justicia, basándose en la argumentación de que ésta es burguesa.»

La 26 División funcionaba como un refugio en el que los anarquistas y demás adversarios del PCE se sentían seguros. El propio Peirats refiere por experiencia propia cómo en ella funcionaba una «organización clandestina divisionaria de relación y defensa, los Grupos Culturales Durruti», que manifestaban su «firme decisión de amparar a nuestros compañeros atropellados y de recurrir para ello a la fuerza de las armas, de no haber otro remedio». Era el caso del antiguo consejero de Gobernación del Consejo de Aragón, Adolfo Ballano, quien el mes de mayo figuraba en el estadillo con el rango de comandante, jefe de la 1.ª Sección (Organización). Cuando fue destinado al Ebro desobedeció la orden y permaneció irregularmente en la división. El SIM quiso proceder a su detención como desertor pero Sanz respondió con evasivas y dilaciones, ya que no se conocía «a ningún mayor que haya estado en esta División que tenga el nombre que Vd. indica», que no se encontraba en la unidad o que estaba de permiso.

Lo cierto es que Ballano era una pieza clave de la 26 División porque controlaba personalmente el fichero de la sección, en el que se inscribía con nombres supuestos —«con indicación expresa en algunos casos de no dar detalles de los interesados»— a reclamados por la justicia y «desertores que llegan de otras [unidades], principalmente del Ebro», huyendo del encuadramiento en fuerzas mandadas por los comunistas. Debido a ello albergaba en sus filas una célula del POUM, que celebraba reuniones formales a pesar de su ilegalización y publicaba sus boletines. También circulaba un órgano propio de la unidad, *Ruta*, en uno de cuyos números más recientes se llamaba a los anarquistas a no olvidar sus métodos de acción directa. «La coincidencia con los asesinatos de la 153 Brigada y de la 26 División —concluyó el jefe del SIM— es demasiado notoria para que pueda darse de lado.»

A resultas de este clima de enfrentamiento, la tensión entre los propios mandos del Ejército del Este era máxima: «Los jefes van con escoltas y fusiles ametralladores, como entre enemigos». Los Grupos Culturales Durruti y la FAI de la 26 División elevaron un documento a la organización confederal en el que advertían:

> La causa de los compañeros de la 153 Brigada es nuestra causa, la de los libertarios de la 26 División. Hemos de preveniros que el parentesco de sangre de los anarquistas no podría permitir los crímenes que intenta perpetrar la espúrea familia de Lenin, por lo que significamos la posibilidad de que se vea colmada nuestra paciencia, caso de que a nuestros hermanos de la 153 les ocurriera lo que a todos, por el buen nombre de nuestras ideas, interesa precaver y evitar.[78]

La desmoralización cundía entre la tropa, según revelaba la censura postal. Eran numerosas las cartas que traslucían un sentimiento derrotista y también abundaban las que, haciéndose eco del rumor de que para fin de año se habría acabado la guerra, contenían «insultos graves a nuestro Ejército y a nuestros hombres más representativos».

Las deserciones al enemigo eran numerosas. Obedecían a muy diversos factores, pero uno de ellos en particular llamó la atención de las autoridades jurídicas militares. La actuación de denominados «activistas» que ocultaban sus intenciones haciendo gala de que trataban de desenmascarar a los elementos más débiles del Ejército Popular, para lo cual les incitaban a desertar con el fin de «probar su afección o desafección». Este aspecto llegó a motivar un proyecto de orden preparado por la Asesoría Jurídica del Ministerio de Defensa Nacional el 14 de enero de 1939 en el que se prohibía tajantemente tal tipo de actuaciones. Pero, para entonces, el mecanismo que había de poner fin a la resistencia republicana ya estaba en marcha. Y latía en el interior de sus propias filas.

BOMBEROS PIRÓMANOS

Esta neurosis de confrontación no podía mantenerse indefinidamente sin que se produjese algún brote en la práctica, tal como el que en forma de ensayo general para un contragolpe preventivo tuvo lugar entre los días 17 y 19 de noviembre de 1938. En él se seleccionaron como escenario muchos de los lugares que constituirían los epicentros del golpe casadista.[79]

El 17 de noviembre el socialista Ricardo Mella, gobernador de Alicante, comunicó al jefe de carabineros que los comunistas iban a sublevarse y solicitó la intervención de sus fuerzas para mantener el orden republicano. Se movilizó a los carabineros, dotándoles de fusiles

ametralladores y se fortificó la sede de la comandancia rodeándola de parapetos de sacos terreros. Asimismo el gobernador transmitió el rumor al comandante militar de la plaza, que acuarteló a las fuerzas de retaguardia y servicios durante todo el día 19. Mella se cuidó mucho de alertar en el mismo sentido a las fuerzas de Asalto que mandaba un oficial afiliado al PCE. Tampoco se dio conocimiento al jefe de la Brigada del Servicio de Costas por idéntico motivo.

El bulo trascendió a la provincia y en Elche se detuvo a tres militantes comunistas. En Novelda se instalaron ametralladoras en una fábrica de material de guerra. En Madrid y en Guadalajara ocurrieron hechos similares a los de Alicante, lo que hizo sospechar a los comunistas la existencia de un plan concebido de divulgación de informaciones intoxicadoras a otras autoridades de la zona centro-sur. En Madrid se tomaron medidas discrecionales de vigilancia por parte de las autoridades gubernativas, la policía y el SIM, que no llegaron a más por la rapidez con que los órganos dirigentes del PCE se entrevistaron con las mismas para desactivar el rumor. En Guadalajara, sede del IV Cuerpo de Ejército —de composición hegemónica anarquista—, se procuró alejar de la plaza mediante traslado a un destacamento de guerrilleros, cercanos al PCE, que sustituyó un batallón de la 21 Brigada. Las fuerzas recién llegadas se desplegaron por la ciudad en un operativo de vigilancia centrado especialmente en torno a la sede del Gobierno Civil, cuyo cargo ostentaba el comunista José Cazorla. El partido intentó responder organizando actos públicos para contrarrestar la campaña en su contra, pero solo dio muestras de su debilidad: en Murcia, cerca del epicentro de los acontecimientos, se quiso organizar por el Comité Provincial un gran mitin, con la asistencia de Hernández, Mije y Pasionaria. Al final, informó Togliatti, solo se envió a Diéguez, que pudo dar el mitin ¡a las once de la noche![80]

Aunque sometida a censura, especialmente por la delicada situación que traslucía, la prensa se hizo eco de los acontecimientos de manera críptica, pero comprensible para los lectores. *El Socialista*, en su número del 20 de noviembre, y *Mundo Obrero*, en fecha inmediatamente posterior, cruzaron notas al respecto. El primero, en un editorial titulado «Para los pescadores en río revuelto», advirtió:

> No valen las protestas de fidelidad que han agotado por completo nuestro abundante caudal de hombría de bien. Quien maquina perfidias no tiene por qué aconsonantar las palabras con los hechos. Por eso no carecía de lógica la respuesta del traidor Mola cuando, después de dar su palabra de honor a Batet de que no se sublevaría, dijo a éste al detenerlo que lo motejaba de traidor: «¿Se lo diría usted a alguien si pensase sublevarse alguna vez?

El segundo intentó salir al paso con una nota que fue objeto de censura por parte del gobernador civil de Madrid y que decía lo siguiente:

> ¡Ojo con los enemigos del pueblo! Nos llegan referencias a que la quinta columna y los elementos trotskistas y trotskizantes han esparcido bulos por Madrid en los cuales se dice que el Partido Comunista se preparaba para una sublevación. No nos extraña. Estamos muy acostumbrados a recibir un trato semejante de los enemigos de la causa de la independencia de España. Pero queremos aclarar que el PC lucha en primera fila junto con todas las fuerzas antifascistas por la defensa de la República y de la causa del pueblo. Que los militantes del PC, en el Ejército, en las fábricas, y en el campo, en las oficinas, en las dependencias oficiales, empuñan las armas o los instrumentos de trabajo para ayudar sin descanso a arrojar de nuestro suelo a los invasores y abatir a la canalla fascista. Esa es nuestra norma de conducta.

Terminaban los comunistas solicitando la destitución de los gobernadores de Alicante y Madrid, la del comisario general de policía de la capital y la del jefe del SIM del Ejército del Centro, así como el nombramiento de un juez especial que esclareciera el grado de responsabilidad e impusiera las sanciones penales correspondientes. Nada de esto ocurrió.

Es bastante verosímil que los hechos mencionados tuviesen una repercusión posterior en la actitud de los protagonistas de marzo de 1939: quienes postulaban la resistencia ordenada reforzaron sus tesis acerca de en qué manos debía depositarse la responsabilidad de las zonas geográficas sensibles; los partidarios de la capitulación aprenderían que debían contar con algo más que unas pocas fuerzas de policía y un puñado de gobernadores adeptos para conseguir su propósito de derribar al gobierno.

15

El hundimiento, el golpe y el fin de la guerra

EN MEDIO DE UNA atmósfera viciada se estaba gestando una coalición de militares profesionales, socialistas desplazados y anarquistas al desquite que iban a aprovechar el cansancio generalizado de la guerra para desplazar a quienes consideraban responsables de su decadencia, de la frustración de sus proyectos o, sencillamente, de la inútil continuación del sufrimiento civil. Los comunistas, por su parte, se movían entre el empecinamiento en sostener el esfuerzo de guerra, atacando como derrotismo y traición cualquier intento de negociación o mediación para concluirla, y la desorientación por el ocultamiento que de sus cartas hacía Negrín.

En la conferencia de Madrid, entre el 9 y 11 de febrero de 1939, Dolores Ibárruri pronunció un vehemente discurso en el que vertió ataques contra el caballerismo, Miaja y Casado. Al primero se refirió veladamente cuando hizo alusión a la «terrible herencia de errores, de debilidades, de favoritismos, de claudicaciones y de incapacidades legadas al Gobierno de Unión Nacional», a la que atribuyó parte de la responsabilidad de la pujanza del enemigo. Para los dos últimos destinó el reproche de que se emplease el estado de guerra contra el Partido Comunista, al igual que en los viejos tiempos.[1]

Casado prohibió la publicación de *Mundo Obrero*. Argumentó que en él se insultaba gravemente a Largo Caballero, tildándolo de «ladrón y asesino» —algo absolutamente falso— y el resto de organizaciones del Frente Popular proclamó, en los comités locales y provinciales, su

incompatibilidad con los comunistas. Conviene destacar aquí este ejemplo de cómo las recreaciones memorialísticas pueden deformar lo sucedido y ofrecer un lábil sustento a la reconstrucción histórica superficial. Como le ocurriría a Prieto al focalizar en Jesús Hernández la inquina por los ataques que le condujeron a su salida del gobierno en 1938, Casado personificó en Pasionaria el foco de la virulencia verbal que le malquistó con los comunistas, pero silenció que en el mismo acto el ministro de Agricultura, Vicente Uribe, declamó un ataque mucho más furibundo. Era la primera vez que Uribe intervenía en público tras su regreso a la zona centro-sur y aprovechó la presencia de un auditorio entregado para decir cosas tales como: «Los comunistas sabemos que ... cuando se trata de luchar hay que luchar, sin temor, como el que tienen algunos señores a perder su miserable pellejo, que vale menos que un rasguño de un soldado». Reconociendo la fortaleza del enemigo, Uribe afirmó que lo era más «porque en nuestro campo hay una pandilla de gente que hace la obra que el enemigo quiere». Una de las enseñanzas que se podían extraer de los acontecimientos de Cataluña, concluyó, era que

> en los organismos del Estado, las partes que hay podridas hay que cortarlas por lo sano, sin contemplaciones. Con aquel que pretenda ayudar a los intentos del enemigo de inmovilizarnos cuando el esfuerzo supremo es exigido a todos los españoles, que no tenga confianza en la victoria, hay que realizar una obra de depuración antes de que sea tarde.

Si se comparan las veladas alusiones de Ibárruri y las tajantes propuestas de Uribe habrá que convenir que estas últimas debieron resultar mucho más inquietantes para el conjunto de los capituladores, aunque Casado prefiriera obviarlas en sus memorias.

Un segundo factor agravó adicionalmente una situación ya de por sí harto complicada: la existencia de un serio problema de dirección del partido. Ante la ausencia por enfermedad de José Díaz, se formó un secretariado de tres miembros, compuesto por Dolores Ibárruri, Pedro Checa y Manuel Delicado. Esta *troika* seguía de cerca al gobierno, en el que figuraban dos ministros comunistas (Vicente Uribe y José Moix, este por el PSUC), pero se distanció del resto de órganos de dirección —el Comité Central y el Buró Político (formado por los ya citados más Isidoro Diéguez,

Ángel Álvarez y José Palau)—, que apenas podían ya reunirse al completo. A dos de los miembros, Jesús Hernández y Pedro Martínez Cartón, no se les convocaba para que no desatendieran sus tareas en los ejércitos de Levante y Extremadura, respectivamente. Algunos significados responsables, como Francisco Antón (del Comité Central) y Santiago Carrillo (de la JSU), no habían retornado de Francia. La importancia otorgada al trabajo en el seno de las fuerzas armadas hizo que cobrara un relevante protagonismo la Comisión Político-Militar del Comité Central (encabezada por Sebastián Zapirain), encargada de dirigir la actuación de los comunistas en la estructura de mando del ejército o en el Comisariado.[2]

La tendencia a la fragmentación de la política de la organización comunista durante las últimas semanas de la República se manifestó, de nuevo, en el caso de Madrid, donde ya eran habituales los desbordamientos de la línea oficial. Durante la conferencia provincial se experimentó un avance de posiciones superadoras del marco interclasista del Frente Popular (con el que, de hecho, los puentes estaban prácticamente derruidos desde el manifiesto del Buró Político de Figueras) por la vía de la postulación de un frente único obrero como garantía de la resistencia a ultranza. A ello no fue ajena la presencia en la capital, desde el 27 de enero, de Stepanov, que creía llegado el momento de retornar a las posiciones «vanguardistas» de «clase contra clase». Su propuesta, instilada en la organización del PCE en la zona centro-sur y acogida favorablemente por algunos de sus más destacados dirigentes (Ibárruri y Hernández), consistía en la implantación de una «dictadura revolucionaria democrática» ejercida por un «Consejo especial para la Defensa del Trabajo y de la Seguridad Social [*sic*] encargado de administrar el estado de guerra y compuesto por dos ministros, dos o tres políticos y un par de militares seguros y enérgicos».[3]

Lejos de constituir la formulación de un objetivo de toma del poder por los comunistas, el delirante análisis de Stepanov encubría la fragilidad de la posición del PCE, obligado a abandonarse al ejercicio del radicalismo verbal como único recurso para hacerse temer y frustrar los propósitos de unos adversarios que se conjuraban para aislarlo.[4] No cabe descartar, asimismo, la adopción de una personal pose justificadora con vistas a la exigencia de futuras responsabilidades. Sabiendo el destino corrido por

otros eminentes *missi dominici* (Koltsov, Antonov Ovseenko, Berzin, Kleber...), parecía más seguro afrontar una incierta posteridad desde la defensa retórica de posiciones de un inequívoco revolucionarismo.

Las ensoñaciones del búlgaro duraron lo que tardó en regresar Togliatti a la zona centro-sur desde Francia, el 16 de febrero. El día 23, bajo su influencia, el Buró Político emitió un manifiesto en el que se refirió públicamente por primera vez a la idea de poner fin a la guerra.[5] Pero, para entonces, en el PCE convivían en conflicto dos almas escindidas, reflejo de las encontradas estrategias de sus tutores: la radical y la pragmática. Aislado del entorno, con una base que se estrechaba día a día, y obligado a improvisar tareas de autodefensa y preparativos para un previsible paso a la ilegalidad, un PCE sumido en la confusión derivada de los últimos virajes no iba a ser capaz de ofrecer una respuesta unívoca ante el golpe de Casado. De hecho, mientras que el aparato político, encarnado en el Buró, ligó su destino al del gobierno, los miembros del aparato político-militar —cuadros integrados en el Comisariado en sus distintos niveles o al mando efectivo de unidades operativas—[6] tendieron a actuar de forma autónoma, con presteza y decisión desiguales e incluso sustituyeron a la cúpula del partido cuando se produjo el vacío creado por la huida de esta en marzo de 1939.

La agonía del gobierno Negrín

La sucesión de acontecimientos que condujeron al golpe políticomilitar del 5 de marzo y la constitución del Consejo Nacional de Defensa ha sido prolijamente analizada en el trabajo que el autor realizó en 2009 junto con el profesor Viñas.[7] Me limito aquí a recordar el papel del PCE a lo largo del periodo que condujo desde la crisis final de la República hasta el inicio de la clandestinidad.

Tras la caída de Cataluña y un primer refugio en Francia, Negrín retornó a la zona centro-sur. Le acompañó en su decisión la mayor parte de la dirección del PCE, cuya línea seguía apostando por el mantenimiento de

la resistencia a ultranza. Mientras tanto, el 20 de febrero de 1939 se reunió en Madrid un Pleno Regional de la CNT que acordó la constitución de un comité de defensa de la zona centro-sur.

En su transcurso, Manuel Amil, secretario de la Federación Nacional del Transporte, divulgó que durante su viaje en avión desde Francia había sorprendido una conversación entre dos militares comunistas, según la cual Negrín proyectaba dar un golpe de Estado y destituir a todos los mandos militares que no le fueran adictos. Como quiera que surgieron voces que alertaron de la posibilidad más que cierta de que una lucha intestina solo beneficiaría al enemigo común, García Pradas, director del diario *CNT* y uno de los integrantes de la *troika* que junto a Eduardo Val y Manuel Salgado controlaría el Consejo Nacional de Defensa, se impuso para exponer con vehemencia que, en nombre de los principios libertarios, no quedaba más remedio que destruir las pretensiones dictatoriales de los comunistas, primero, y después «mellar la espada de Franco con nuestros pescuezos». Todo un programa. Val, por su parte, convocó a los mandos militares tras el pleno. Si Negrín, anunció, entregaba el poder a los mandos comunistas que perdieron la batalla de Cataluña después de haber machacado a la CNT y a los catalanistas, «recibirá la respuesta que merece, aunque luego tengamos que lamentarlo todos». A continuación impartió las directrices concretas sobre la mecánica del golpe: deberían permanecer pendientes del parte de guerra que emitiría Unión Radio a las doce de la noche e inmediatamente que oyeran que se había constituido una junta para luchar contra Negrín debían apoderarse del mando de las unidades y destituir o encerrar a los negrinistas sin la menor vacilación. A partir de ese momento todo el movimiento libertario debía considerarse en pie de guerra. Así ocurrió.

En la percepción anarquista sobre el peligro comunista se mezclaban indistintamente las imputaciones sobre la voluntad de hegemonizar el poder con las sospechas de fuga. El 17 de febrero, el responsable regional de Coordinación del Comité de Defensa confederal de Levante envió una orden a Murcia para que «enterados de que esta noche saldrá de Cartagena un barco francés que transporta elementos comunistas, algunos de gran

relieve y con cargos de importancia en el partido», se encareciera a la sección de Cartagena a «procurar la detención de algunos de los interesados que nos sirva de prueba viviente de su actitud».[8]

El 25 de febrero se reunió el Comité de Enlace del movimiento libertario, en el que el representante de la FAI afirmó que con el gobierno Negrín no había posibilidad de «hacer una paz honrosa» y que inevitablemente se necesitaba formar un gobierno «o una Junta de Defensa» a tal fin.[9] En aplicación de los acuerdos tomados por el Comité de Defensa confederal del Centro, se entablaron conversaciones con otras fuerzas políticas y con Casado «para estudiar el método de una sublevación cada día más precisa e inevitable».[10]

El 27 el embrión del plan golpista de los anarquistas llegó a conocimiento del PC, pero con contenidos confusos. Togliatti anotó la constitución de un « Comité Ejecutivo» encargado de «continuar la guerra con matiz revolucionario», que nadie podría evacuar el país sin su autorización y que si UGT y el PC no aceptaban estas premisas darían un golpe de Estado con el apoyo de algunos militares. Más atinada iba la confidencia que le hizo llegar otra fuente:

> Serrano, juez de instrucción de 1.ª instancia saliendo de casa de Melchor Rodríguez se manifestó ante Revilla y el que nos informa que ayer día 25 por la mañana se celebró una reunión en *Jaca* [el cuartel general del Ejército del Centro] participando en ella Casado, Girauta, Besteiro y Melchor Rodríguez, en la que acordaron formar una Junta de Defensa para entregar Madrid, no aceptando Besteiro el puesto de presidente, ofreciéndose para ello Melchor a quien lo aceptaron [*sic*]. Acuerdos: Libertad de todos los presos políticos, disolución del SIM, aplicación del estado de Guerra con las fuerzas en la calle para que nadie se mueva, y en particular los comunistas, y entregar Madrid sin motivo.

Dos días más tarde, una nueva entrada de los apuntes de Togliatti dejó constancia de que lo peor estaba en marcha: «Se confirma por información directa posición CNT-FAI orientación hacia un golpe de estado, constitución de Comité Ejecutivo Revolucionario, formación de grupos de acción que empiezan a funcionar la mañana de [hoy] controlando las habitaciones del partido y sus dirigentes».[11]

Las dos citas anteriores dejan en absoluta evidencia la impostura sobre la que Casado, sus colaboradores en el golpe y los propagandistas que justificaron posteriormente su actuación edificaron la tramoya de la revuelta necesaria contra la entrega del poder militar a los comunistas por parte de Negrín, mediante los nombramientos para empleos estratégicos aparecidos en la *Gaceta* a comienzos de marzo. No fue necesario que un goteo de disposiciones sobre personal alertase a los verdaderos patriotas de las siniestras intenciones del presidente del gobierno de entregar lo que quedaba del país a los lacayos de Moscú: ellos ya tenían previsto cómo iban a actuar 9 días antes de que culminasen tales nombramientos. Convenía, a los efectos de proyección exterior, sumar a la trama a un sector significativo de los socialistas, para que la posible lucha que se desencadenase no pareciese una reedición de los hechos de Barcelona con casi los mismos contendientes. Para ello, faltaba convencer al viejo catedrático socialista, que había permanecido al margen de toda influencia durante la guerra, de que prestase su prestigio al frente de la presidencia del órgano golpista, a fin de sumar fuerzas —ya que no legitimidad— a un movimiento cuya cabeza era el Estado Mayor del Centro, y su brazo ejecutor las fuerzas confederales del IV Cuerpo del Ejército. Lo conseguirían durante los días siguientes.

El asunto de los ascensos —*causa belli* esgrimida por la publicística antinegrinista durante décadas— tuvo su origen en los tanteos de Negrín cerca de sus mandos militares para conocer sus impresiones sobre un plan de resistencia escalonada que permitiera poner en marcha la salida de personas significadas y cuadros políticos y militares que no pudieran convivir con los vencedores. Madrid sería abandonada en el primer mes. Se establecerían líneas de repliegue en Tarancón, entre Murcia y Albacete y en torno a Cartagena, desde donde la Flota procedería a la evacuación.

La reunión con los principales mandos del EPR tuvo lugar en Los Llanos (Albacete), y de ella Negrín extrajo la impresión de que los jefes militares estaban poseídos de un ánimo anticomunista exacerbado. Mientras tanto, Hernández, en nombre del PCE, le planteó el 3 de marzo una visión sobre la situación y sus alternativas que evidenciaba las contradicciones internas que recorrían el interior del aparato comunista. Para estas fechas, Hernández, miembro del Buró Político, apenas había vuelto a mantener

contacto con el resto de la cúpula del partido, ocupado en la campaña para impulsar la moral del ejército mediante los campeonatos de emulación entre unidades. Contradiciendo abiertamente la posición oficial expresada por el PCE en el manifiesto del 23 de febrero —por el que se aceptaban las condiciones del gobierno, los Tres Puntos de Figueras, para terminar la guerra—, propuso abiertamente a Negrín emplear a discreción el poder que ponía en sus manos la declaración del estado de guerra:

> El estado de guerra pone todo el poder en manos de Vd. y ese poder debe ser temible, en primer lugar, para sus ministros. De hecho, hace mucho tiempo que Vd. no gobierna con la colaboración de la mayoría de los ministros. Pues bien, *es llegado el momento de conservar las apariencias pero gobernar dictatorialmente*.[12]

Era, en definitiva, la fórmula de Stepanov frente a la de Togliatti, a quien Hernández detestaba.[13] Negrín rehusó. Esa no era su opción. Las medidas que había meditado serían dadas a conocer en una próxima alocución radiada y los ascensos que las implementaban estaban preparados para publicarse en el *Diario Oficial*. Respondía con ello, en cierta medida, a las sugerencias de los propios comunistas, quienes a iniciativa de Checa y por conducto de Cordón habían propuesto a Negrín hacia el 19 o 20 de febrero una serie de nombramientos de carácter personal y organizativo. Entre ellos figuraban la creación de un gabinete del presidente con Jesús Monzón, comunista, como secretario; la separación de Garijo, sospechoso de traición, del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos; enviar a Francisco Ciutat a la sección de operaciones; nombrar a un jefe de ingenieros y un comisario del Grupo de Ejércitos (coronel Ardid y David Antona, respectivamente); establecer un Ejército de Maniobra, tomando como base los cuerpos XVII, XXII y la Agrupación Toral con Modesto y Delage como mando y comisario, respectivamente; relevar y procesar a Casado, por su dudosa conducta, sustituyéndolo provisionalmente por Bueno o Barceló; trasladar a Virgilio Llanos para comisario de la Flota y a Fernando Rodríguez al puesto de comisario de la base naval de Cartagena; destituir a Ángel Pedrero como jefe del SIM de Madrid; sustituir a los comandantes militares de Murcia, Albacete, Valencia y Alicante y nombrar nuevos gobernadores en provincias tales como Alicante, Almería y Albacete. De

estas sugerencias Negrín escogió algunas y rechazó o modificó otras. El PCE se plegó a su decisión, aunque a tenor de lo que posteriormente informó Francisco Ciutat, el balance no satisfizo a los comunistas y puso en alerta a los libertarios.[14]

El 16 de febrero se celebró en Madrid una reunión del Comité de Enlace de su movimiento. El secretario del subcomité nacional de la CNT informó sobre la opinión dominante entre los ministros respecto al problema de la resistencia del gobierno, la situación de la flota y la de las provincias levantinas. Se acordó transmitir al presidente, por intermedio de Segundo Blanco, que de «ninguna manera se permitirá que ninguno de los jefes y comisarios comunistas llegados de Francia sean puestos en ningún cargo».[15]

Poco después se produjo un segundo escalón de nombramientos. El 24 de febrero (*Gaceta* del 25) se ascendió a Casado al empleo de general. Sin embargo, en una reunión de Negrín con Mera y Casado que este relató, acusó al PCE de querer apoderarse de todos los mandos del ejército y, al tiempo, de aspirar a dar el golpe final para «presentar las cosas de tal modo que el mundo tenga la impresión de haber sido el partido comunista el único que resistiera hasta los últimos instantes», dejando a los demás en el oprobio. Fue entonces cuando, según la confidencia que Togliatti consignó en sus apuntes, Casado tuvo la reunión en la posición *Jaca* con Besteiro, Girauta y Melchor Rodríguez para organizar el golpe. Para dar el paso sedicioso no le hizo falta conocer el contenido de las últimas rondas de nombramientos, los que aparecieron en la *Gaceta* del 1 de marzo (el ascenso a general de Antonio Cordón) y los que se anunciaron el 3 de marzo, esos que, según él mismo y su secuaz Mera, habrían servido en bandeja al PCE el control del Ejército Popular.[16] Aquellos ascensos contribuían realmente al diseño del control sobre la geografía de la evacuación, otorgando el mando sobre el arco mediterráneo comprendido entre Alicante y Murcia a fuerzas seguras. Nada había de extraordinario en ellos que permitiese colegir una entrega del poder militar al PCE. Es más, como ha señalado Viñas, Negrín había empezado a tomar medidas para reducir la influencia comunista en el ejército, procurando limar asperezas y

desarrollando una línea en la que deseaba maximizar su propia influencia y autoridad. La rebelión cortó decisivamente toda posibilidad de evolución en el sentido que deseaba.

La desaparición de los ejemplares de los números relevantes del *Diario Oficial del Ministerio de Defensa* sirvió durante algún tiempo para mantener a Casado bajo indulgencia. Se argumentó que si no fue el día 3 habría sido en los días 4 o 5 cuando Negrín consumó, por fin, su malévolo plan. La recuperación posterior de un ejemplar del *Diario* del 3, en el que no se contenía nada de lo sostenido por Casado, demostró la falsedad de tales asertos. Historiadores como Payne, sin embargo, haciendo bueno aquello del *si non è vero è ben trovato* no precisa de pruebas impresas y hace unos años todavía auguraba que resultaba poco probable que la controversia sobre los últimos nombramientos pudiera resolverse alguna vez. Este autor lamentó que la pérdida del número relevante del *Diario Oficial del Ministerio de Defensa* impidiera en el futuro «saber exactamente cuántos comandantes comunistas nombró Negrín el 5 de marzo».[17]

Los comunistas no estaban en la dinámica de preparar un golpe, sino en situación de prever acontecimientos y contar con un aparato capaz de hacerles frente. El PCE había sacado lecciones del derrumbamiento del Estado en Cataluña y temía que en la zona centro-sur fuese más rápido y catastrófico. Era preciso montar un dispositivo que sostuviera al gobierno y al partido, por este orden, con gente firme y segura ante la tentativa sediciosa que se aventuraba. Pero si el partido, como se deduce de las confidencias recogidas por Togliatti, tenía constancia de la preparación del pronunciamiento con más de una semana de anterioridad, hay que concluir que respondió con enorme torpeza. El PCE careció de decisión para adelantarse a los conspiradores, de fuerza para sofocarlos y de coordinación en la respuesta a su pronunciamiento. De ahí la variopinta gama de respuestas al golpe del 5 de marzo, que fueron desde el acatamiento en algunas provincias a la resistencia armada en Madrid, pasando por la movilización expectante en Levante. De ahí, también, el desplome definitivo.

UN HUNDIMIENTO EN TRES ACTOS: CARTAGENA, ELDA, MADRID

El prólogo del último acto comenzó en Cartagena el 4 de marzo. Al día siguiente la flota abandonó la base rumbo a Bizerta. En la madrugada del 5 al 6 de marzo, se constituyó en Madrid el Consejo Nacional de Defensa. Fue un periodo en el que predominaron numerosos síntomas de imprevisión, desorientación y desmoralización. Checa aludió, en concreto, a la desprevención de Galán, que se dejó aprehender en Cartagena por los marinos sediciosos, a la incapacidad de Cordón por valorar la gravedad de la situación y al desmoronamiento anímico de los cuadros provinciales comunistas de Murcia. La reconstrucción escrupulosa de los hechos fue abordada por el autor junto con Viñas en otra obra, a la que me remito para su descripción.[18] Existe, por lo demás, una abundante literatura sobre el episodio, recogido en numerosas fuentes secundarias y memorialísticas.[19] Lo que conviene destacar es que la sublevación tomó como epicentro el lugar sin duda más sensible para la estrategia de repliegue ordenado y protegido de evacuación de los mandos militares y los cuadros más comprometidos del Frente Popular: la base naval de Cartagena, y su instrumento imprescindible la flota, cuya disponibilidad era vital para procurar la salvación de miles de militantes, ya que su fuerza operativa aún podría haber forzado una salida del puerto con posibilidades de éxito a pesar del patrullaje continuo de la flota de bloqueo franquista.

Lo que se produjo en Cartagena fue un levantamiento contra el gobierno encabezado por el almirante Buiza, de acuerdo con el grupo conspirador de Madrid coordinado por Matallana, mediante el que se presentaría un ultimátum a Negrín en el sentido de que o negociaba inmediatamente la paz o la flota se hacía a la mar hasta que el gobierno resignase sus poderes en las autoridades militares. Pero sobre ese levantamiento «por España y por la paz» se insertó un segundo vector, compuesto por elementos abiertamente pro franquistas y por militares deseosos de hacerse perdonar su reciente pasado republicano, que se sublevaron bajo la consigna: «Viva Franco. Arriba España».[20]

Ante la espiral de acontecimientos, Buiza dispuso que los barcos saliesen a la mar, insistiendo en su argumento de que la única solución al caótico enfrentamiento desencadenado en Cartagena era la resignación de los poderes del gobierno ante las autoridades militares para que estas negociasen directamente el fin de las hostilidades. La flota se puso en fuga a las 12.30 del día 5 de marzo, rumbo al puerto argelino de Bizerta. Mientras tanto, fuerzas comunistas de la 206 Brigada redujeron el foco insurreccional de la base y reconquistaron Cartagena. No sirvió para que la flota, que ignoró los radiogramas que le informaban del restablecimiento del orden, retornara a puerto. Agentes de la quinta columna podían blasonar de su gran logro: «Nosotros habíamos recibido una consigna de Franco: hacer salir la Flota. Desde el momento en que se han ido, aunque el movimiento sea sofocado, no nos importa. Hemos logrado lo que nos proponíamos; dejar a la República sin su último baluarte de resistencia».[21]

Al tiempo que se consumaba la traición de la flota, Casado desplegó su operativo en la zona centro-sur. La reacción de los comunistas fue desigual y motivada, según los lugares, por análisis divergentes, consecuencia de la falta de coordinación entre el grupo dirigente, y con apoyos materiales y políticos de entidad muy variable. El Consejo Nacional de Defensa (CND), apoyado políticamente por el diputado socialista Julián Besteiro, sustentado militarmente por las fuerzas anarquistas del IV Cuerpo de Ejército comandado por Cipriano Mera, e inspirado por encima de todo por el coronel Segismundo Casado, se constituyó en los sótanos del Ministerio de Hacienda la noche del 5 de marzo de 1939. Los motivos esgrimidos por los golpistas para derrocar a Negrín fueron su supuesta ocultación deliberada de lo desesperado de la situación tras la pérdida de Cataluña, su empecinamiento en una resistencia inútil que solo favorecía los intereses de una potencia extranjera a costa de la prolongación del sufrimiento del pueblo español y su subordinación a los dictados de la fuerza política indígena que ejecutaba los planes de un Estado Mayor foráneo.

No voy a profundizar aquí en la mezcla de proyectos contradictorios con que cada una de las fuerzas políticas acudió a la formación del CND y en la evolución que experimentó su percepción de la situación al compás de los hechos. Me remito a lo expuesto en *El desplome de la República*.

Solamente destacar que los días y semanas siguientes al golpe fueron testigos de una auténtica catarsis anticomunista entre sus adversarios de corta o larga fecha de animadversión. Los anarquistas ajustaron cuentas con el PCE, cuyo apoyo a la política de Frente Popular había sido la responsable de todos los fracasos experimentados por el movimiento antifascista. En el pecado llevaban la penitencia: ya vendrían ahora «los otros [que] se encargarán de deshacerlos políticamente».[22] Por su parte, los socialistas (excluidos los que, agrupados en torno a las comisiones ejecutivas del PSOE y de la UGT, siguieron apoyando a Negrín y al gobierno legítimo, por supuesto) operaron como un sindicato de agraviados por la política hegemónica de los comunistas durante el periodo anterior, nucleando en torno a la antaño rival corriente caballerista a todos los excluidos por el rutilante ascenso del PCE durante la guerra, los seguidores de Largo Caballero, Prieto y Besteiro. Conviene recordar, en cualquier caso, que no faltaron socialistas y ugetistas que se apresuraron a declarar la ilegalidad de origen del CND.[23]

En el CND, en definitiva, se aunaron proyectos muy heterogéneos. Su único denominador común era el apartamiento de Negrín y de los comunistas, y la consecución del difuso concepto de una «paz honrosa». En correspondencia, los comunistas desataron en el extranjero una campaña contra el CND que lo presentaba como una amalgama de oficiales ambiciosos, aventureros anarquistas, políticos traidores y trotskistas que cumplían su misión como agentes del fascismo.[24] Los comunistas se dejaron llevar por el exceso en la calificación de los conjurados, pero acertaron en el pronóstico de lo que iba a venir, aunque erraran en su prevención y tratamiento. El 22 de febrero el Buró Político del PCE publicó un manifiesto titulado «Para terminar la guerra salvando la independencia de España y la libertad del pueblo y excluyendo toda represalia», en el que advertía:

> El triunfo del fascismo en nuestra Patria no significaría una etapa breve y transitoria de gobierno reaccionario, como fue la dictadura de Primo de Rivera o el bienio negro. El triunfo del fascismo sobre la República no sería una simple derrota parcial o pasajera. Sería el fin de

> todo lo que los obreros han conquistado en decenas de años de trabajo y en duros combates; sería el fin de toda libertad, el aplastamiento de la dignidad humana, la esclavitud más dolorosa.[25]

La errática reacción del PCE ante el golpe casadista puso en evidencia que carecía absolutamente de un plan para salir de la guerra. La reacción de quienes estaban reunidos en Elda junto con Negrín fue la de, tras una fase de estupor, marcharse para no caer en manos de los sublevados. Los dirigentes comunistas decidieron en una primera reunión que Dolores Ibárruri fuera la primera en emprender el camino del exilio, precedida por Cordón y Núñez Maza. Le acompañaría Stepanov , por indicación de Togliatti, quien aprovechó la ocasión para desembarazarse de él. El resto de la plana mayor del PCE (Uribe, Delicado, Angelín, Modesto, Líster, Castro, Delage, Benigno, Melchor, Moix, Checa y el propio Togliatti), concentrada en el aeródromo de Monóvar, llevó a cabo la que sería la última reunión en territorio español, en la que se trataron tres puntos: la toma de posición ante el CND; decidir el cupo y orden de evacuación, y la designación de una nueva dirección ilegal del partido. Togliatti escribió al respecto:

> Planteé a Modesto y a Líster la cuestión de si consideraban posible, militarmente, volver a hacerse con la situación. Ambos respondieron que no era posible y que el partido, solo y privado del apoyo del Gobierno, no podía hacer nada.[26]

Líster, en concreto, dijo que «no sólo ahora, pero jamás la tuvo el partido solo, para ello». Con este dictamen, Togliatti convalidó la decisión de cerrar la página de la guerra en España para sacar del país a la mayor parte de la cúpula y pasar a organizar la lucha clandestina.

Los dirigentes objeto de evacuación partieron hacia Orán entre el 6 y el 7 de marzo, salvo Togliatti, Checa y Fernando Claudín, que se quedaron para coordinar la evacuación de cuantos cuadros pudieran localizar y preparar la acción ilegal. Sin embargo, su misión se vio dificultada al apresarlos las fuerzas casadistas en las afueras del aeródromo de Monóvar y conducirlos a la cárcel de Alicante. Como informó Togliatti poco después, su situación fue bastante incierta pero, al final, lograron convencer al jefe local del SIM (socialista y viejo conocido de Claudín) de que los dejara en

libertad y los trasladara a Albacete, donde descubrieron que la situación era tan confusa y difícil como en Alicante. Se habían dictado órdenes de detención contra los dirigentes, mandos y comisarios comunistas. Togliatti y sus compañeros se marcharon y contactaron con altos mandos militares que, hasta entonces, habían pertenecido al partido, como Mendiola, Camacho y algunos otros, que en ese momento les negaron su ayuda. Después de múltiples peripecias pudieron componer una declaración pública del Buró Político (la del 12 de marzo) y poco más tarde se enteraron de que Jesús Hernández se había adelantado con otra.

Togliatti valoró que había fallado la ligazón con las masas. El PCE se había orientado excesivamente hacia la utilización de las posiciones conquistadas en el aparato del Estado y del ejército. La reacción no había sido la adecuada, aunque los camaradas se habían visto también constreñidos por las valoraciones de un consejero soviético respecto a la oportunidad de llevar a cabo un golpe de fuerza contra Valencia. Se descartó de entrada derribar al CND. En su opinión, ello implicaba retirar unidades del frente y abrirlo a la ofensiva enemiga. Pero es que además no había seguridad de que los soldados obedecieran, al no comprender el motivo del enfrentamiento con las fuerzas casadistas (lo que en aquellos momentos se estaba produciendo precisamente en Madrid). El PCE no contaría con aliados y sobre él recaería la responsabilidad de haber hecho que la guerra acabase en el caos. Este argumento sería, no obstante, objeto de controversia ulterior en Moscú y la Comintern terminaría desechándolo.

Mientras tanto, en el resto del aparato comunista se extendía la confusión. En Valencia Jesús Hernández decidió, de acuerdo con el jefe de los asesores soviéticos, «S.»[27] —al que aludía veladamente Togliatti en el informe referido—, actuar por su cuenta apoyándose en la hegemonía comunista en el XIV Cuerpo de Guerrilleros y en la base de tanques de Calasparra. El resto de unidades con las que pensaba contar la Comisión Político-Militar comunista eran: la 19 División, desplegada en Tarancón; la Agrupación Toral, en Ciudad Real; el XXII Cuerpo de Ejército; la división de tanques y la 15 División del XXI Cuerpo de Ejército. Se diseñó un plan consistente en disponer las fuerzas de tal modo que pudieran lanzarse sobre Madrid para aplastar al CND o sobre la zona del litoral levantino entre

Valencia y Cartagena, bloqueando y, si era necesario, tomando la capital y asegurando los puertos. Cuando, a medianoche, Unión Radio de Madrid anunció la constitución del Consejo Nacional de Defensa (CND), Hernández se reunió con González Montoliú, miembro de la Comisión Político-Militar, Jesús Larrañaga y el responsable de los consejeros soviéticos. Poco antes Hernández había logrado mantener una breve conversación con Negrín en la que le comunicó que «aquí la situación la tenemos de la mano y si Vd. lo ordena podemos aplastarlos». Negrín le recomendó calma y no hacer nada hasta que el gobierno deliberase. Solicitada la opinión del responsable de los consejeros, su respuesta fue que había que intentar actuar junto con el gobierno y de acuerdo con la dirección del partido. En caso contrario, el PCE se encontraría solo y aislado y «en estas condiciones, luchar en dos frentes contra el franquismo y contra la Junta [CND] constituida por los socialistas, anarquistas y republicanos es una tarea superior a nuestras fuerzas». En última instancia, habría que tratar de llegar a un compromiso con el CND, para «tratar de salvar el Partido y el Ejército».[28]

No hubo más orientaciones. Hernández llamó a Elda, pero la dilación en la toma de resoluciones le desesperó. El núcleo comunista de Valencia debía actuar empleando su propia cabeza. Y lo hizo en principio en el sentido al que estaba acostumbrado: esperar unas directivas que no llegarían jamás, porque el núcleo dirigente que estaba junto al gobierno procedía en aquel momento a abandonar el país. La situación del PCE se hizo crítica: por fuga o por captura de sus principales dirigentes, se encontraba prácticamente descabezado y falto de línea a seguir.[29] Fue en ese momento cuando el sector político-militar rellenó el vacío dejado por la dirección desaparecida y preparó otro tipo de respuesta. Tras asegurarse posiciones en la carretera Madrid-Valencia, Hernández formó un nuevo Buró Político, integrado por Larrañaga, Palau, Zapirain y Martínez Cartón, y decidió asumir de forma directa todo el trabajo militar, publicando un manifiesto en nombre de la nueva dirección con fecha 9 de marzo. En él se llamaba a la resistencia contra el CND, se instaba a los comisarios y militares comunistas a no relegar el mando ni a entregar las armas bajo ningún concepto sin haber conseguido la restitución de la legalidad frentepopulista

y sin que hubieran cesado las persecuciones contra el PCE, que incluían la liberación de los prisioneros y la autorización de la difusión de su prensa. En caso contrario se emplearían los tanques contra el CND.[30] No pasó de ser la justificación a una actitud expectante. Las fuerzas acumuladas por Hernández sirvieron para obligar al general Menéndez a negociar una atenuación de la persecución al partido en Valencia, pero nunca se pusieron en marcha hacia Madrid, donde otro sector aislado de la dirección comunista se había levantado en armas para derribar, aquí sí y decididamente, al CND que había usurpado los poderes de Negrín.[31]

La confusión fue general a lo largo del 8 de marzo. Llegaban informaciones de que en algunas provincias el PCE gozaba de vida legal porque sus comités provinciales —o una parte significativa de sus miembros, muchos de ellos a título de dirigentes de la UGT— se habían adherido a la Junta. Además, el supuesto control de las fuerzas armadas mostró no ser tan férreo como los comunistas o sus adversarios pretendían. El PCE no pudo contar con el apoyo del XX ni del XXI Cuerpos de Ejército, cuyos jefes, Gustavo Durán y Ernesto Güemes, aunque miembros del partido, rehusaron oponerse al CND toda vez que lo consideraban como el único poder legal existente tras la marcha de Negrín. Algunos destacados cuadros militares, como Domingo Ungría o el Campesino huyeron antes de tiempo y comprometieron el éxito de las operaciones en sus zonas. Por otra parte, los nombramientos efectuados por Negrín habían perdido toda su posible efectividad por abstención, retrasos, errores o ineptitud.

Tras muchos tira y afloja, a primera hora de la madrugada del 11 de marzo las autoridades del CND en Valencia reconocieron la legalidad del PCE, la libertad de los presos, la autorización de su prensa y la reapertura de sus locales. La dirección comunista levantina optó entonces por aceptar el ofrecimiento y centrarse en procurar la salvación del máximo de cuadros comunistas.

Mientras tanto, en Madrid se representó el contramodelo de la táctica preconizada por el delegado jefe de la Comintern. Aparte de la influencia que sobre la dirección madrileña tuviera el hecho de estar prácticamente desconectada del Buró Político (o de sus restos), su reacción cuadraba a la perfección con la línea que había mantenido la organización de la capital

durante casi toda la guerra, casi la de un partido dentro del partido, actuando con un significativo margen de autonomía, como llegaron a criticar destacados dirigentes del mismo. Su carácter combatiente de primera línea, el mito forjado por el éxito en la defensa de la ciudad en noviembre de 1936, el talante pugnaz con el resto de fuerzas políticas y sindicales, habían educado a sus miles de militantes, en particular cuadros jóvenes, mujeres y mandos milicianos en la épica de la resistencia y en los mitos del octubre soviético. Todo ello constituía una mezcla difícil de manejar por parte de una dirección errante tras los pasos del gobierno, primero a Valencia, luego a Barcelona y por último a Levante y cuyas directrices llegaban tarde o necesitaban ser reiteradamente explicadas para que los comunistas madrileños las cumplieran.

Las relaciones rotas entre las organizaciones del Frente Popular de Madrid desde el mes de enero abonaron el terreno para lo que vino después. En las luchas callejeras que asolaron la capital mártir de la República durante siete días se ventilaron pleitos que se remontaban a los tiempo de la Junta de Defensa —con los anarquistas— o a la caída de Caballero —con la ASM—. El golpe de Casado abrió la espita por la que salieron traumáticamente a la superficie las enemistades contenidas por la pervivencia del Frente Popular y el imperativo de resistencia a las órdenes del gobierno para mantener la confianza en la victoria. Diluido el primero, derribado el segundo y perdida definitivamente la tercera, las fuerzas de rozamiento que se habían acumulado a lo largo del tiempo se liberaron, como en la tectónica de placas, con una brutal intensidad.

La reacción de los comunistas madrileños osciló entre la ofensiva irresoluta y el repliegue defensivo. «No hubo dirección militar ni jamás hubo un plan de conjunto. La dirección como tal no llegó a estar ni siquiera en el papel», recordó Francisco Félix Montiel.[32] Uno de los asesores soviéticos, «Miguel», dejó una descripción vívida de la desorientación, del desconcierto y de la angustia reinantes entre los militantes.[33] Despiste, desorganización, escaqueos y, en particular, la incapacidad de poner en marcha lo que siempre había sido el fuerte del partido, es decir, la maquinaria de propaganda. Cuando en el fragor de los combates llegaron instrucciones de Checa con la directriz de negociar, la desorientación y el

desánimo se apoderaron de los militantes madrileños. Nunca, ni siquiera durante los días de noviembre de 1936, se habían formulado la clásica cuestión de ¿Qué hacer? en un contexto tan confuso. Entonces el enemigo y el objetivo estaban claros. Ahora se debatían entre la desesperación y el estupor.

Casado, mientras tanto, había ganado tiempo, lo que permitió la aproximación de las columnas de socorro encabezadas por las tropas del IV Cuerpo de Ejército de Mera que, procedentes de Alcalá de Henares, entraron en la capital por el eje de la carretera de Aragón. Las posiciones comunistas fueron cayendo en cascada. La llegada de un enviado de la dirección reconstituida por Hernández, Montoliú, proporcionó los argumentos definitivos para el repliegue. Convenía buscar una salida al conflicto, dada la imposibilidad de continuar luchando por un gobierno que ya no existía y por el riesgo de que cayera sobre el PCE la responsabilidad final por la pérdida de la guerra. Era preciso explorar las posibilidades de reconquistar para el PC una situación de legalidad a fin de proceder a la evacuación. La intensidad de la presión sobre el CND se modularía de acuerdo a la respuesta del mismo a las demandas de la dirección central comunista.[34]

El día 11, tras el fracaso de los últimos intentos de progresión, las fuerzas comunistas se replegaron a los ministerios. Allí les alcanzó la noticia del establecimiento de conversaciones. La lucha cesó definitivamente a las ocho de la mañana del domingo 12 de marzo. En los días inmediatamente siguientes el PC madrileño se sumergió en tareas propias de un grupo en transición a la clandestinidad. Se intentó restablecer el contacto con los radios, orientando el trabajo a la reorganización de los comités, el reagrupamiento de todos los militantes en sus respectivas células, y la distribución a todos ellos de los comunicados del Buró Político para que los reimprimieran y difundiesen. Ante la carencia de papel y tinta, se ordenó pintar en las paredes y colocar carteles con consignas. Se comunicó a los radios el lugar donde se celebraban los consejos de guerra para que se asistiera a ellos y se visitase a los presos. Se instó a la formación de comisiones de mujeres que se dirigiesen al CND pidiendo el cese de los fusilamientos, como los que se ejecutaron contra Barceló y el

comisario Conesa, y la libertad de todos los detenidos. Se intentó en dos ocasiones hacer una manifestación de mujeres pero no llegó a realizarse por falta de asistentes. La organización comunista de Madrid, que había llegado a contar con cerca de 75.000 militantes, se estaba disolviendo como un azucarillo.

En Levante, mientras tanto, Togliatti se reunió con Hernández y su plana mayor el 11 de marzo. Según Ciutat, contemplaron el riesgo de rápido deterioro de la moral de las fuerzas movilizadas para combatir al CND y valoraron que la continuación de la lucha armada solo tenía sentido si se hubiera buscado «apoderarse del poder», pero «la conquista del poder no tiene objeto, dado que se ha llegado a una situación en que todo intento de resistencia es inútil y el enemigo no parece dispuesto a conceder ninguna condición favorable en la paz que se busca». Al PCE, además, no le interesaba que la derrota militar, ya inevitable, se desarrollase bajo su control:

> Es preferible que los traidores suscriban con su nombre el período vergonzoso para evitar confusionismos posteriores y es de interés por el contrario para el Partido no tener nada que ver con las jornadas de claudicación, quedando absolutamente a salvo de responsabilidades históricas que pudieran debilitar en el porvenir su base política o el prestigio del Partido, cuya historia militar durante la guerra queda indeleblemente unida a todas las jornadas gloriosas: defensa de Irún, defensa de Madrid, resistencia del Norte, toma de Teruel, defensa de Valencia y batalla del Ebro. No parece particularmente de interés luchar por tener una intervención en la derrota.[35]

En definitiva, para el tiempo que se avecinaba era más conveniente que el prestigio comunista quedase a salvo y que se ligara a lo que desde entonces se erigiría en el conjunto de hitos conmemorativos del imaginario del PCE sobre las glorias de la resistencia.

Quedaban para consumo interno las enseñanzas extraídas de la derrota, que se reflejarían en los días y semanas siguientes en los informes que muchos cuadros políticos y militares elevarían a la Comintern para explicar su visión de lo ocurrido. Y lo que se observaron fueron, en su mayoría, debilidades que difícilmente se compadecen con la imagen de una organización conspirativa dispuesta a lanzarse al asalto del poder: unas labores de información claramente muy deficientes durante el periodo

previo al golpe casadista; carencia de organismos militares preparados de antemano y listos para actuar en cualquier momento con unidad de mando, cohesión y disciplina, y exceso de voluntarismo individualista; ineficaz respuesta del aparato de agitación y propaganda; falta de coordinación entre la dirección y de asistencia mutua entre fuerzas comandadas por miembros del partido; en última instancia, incomprensión de la nueva situación creada por el golpe y la salida del gobierno Negrín. Se había combatido desigualmente en nombre de un gobierno inexistente y se había tensionado al máximo al PC para, a la postre, no perseguir la conquista del poder.[36]

Mientras tanto en el resto del territorio la situación se descompuso a pasos agigantados. En Ciudad Real, fuerzas al mando del nuevo gobernador, el anarquista David Antona, integradas por la 126 Brigada y dos tanques tomaron al asalto la sede del PCE capturando a todos sus ocupantes. En Almería ocurrió otro tanto, mientras a dirigentes de radios y comités se les presionaba para que se adhiriesen al CND y desautorizasen la línea de su propio partido. Los locales de la JSU, del PCE y de todas las organizaciones de su galaxia política (tales como los Amigos de la Unión Soviética, el Socorro Rojo, las Mujeres Antifascistas, el *Altavoz del Frente* y la Unión de Muchachas) fueron desvalijados y clausurados. Particularmente simbólico resultó el asalto a la casa de la JSU en Alicante, donde, como señaló el Comité Provincial, tras destituir a la ejecutiva local y proclamar solemnemente la refundación de las antiguas Juventudes Socialistas, los participantes se entregaron a una ceremonia iconoclasta en la que destruyeron bustos de Lenin y retratos de Santiago Carrillo. En Granada, según el correspondiente comité, se repitió desde el día 7 el cuadro de detenciones, allanamiento de sedes, detención de militantes y deposición de mandos castrenses.

En Baza, José María Galán y la mayor parte de los cuadros militares y políticos comunistas fueron detenidos por orden del comandante militar. La reacción más violenta tuvo lugar en la demarcación del Ejército de Extremadura y Andalucía. Según narró el delegado del PSUC en Madrid, en el VI Cuerpo de Ejército se detuvo al comisario, al jefe de la 148 Brigada de la 38 División y a sus sustitutos, matándolos en un tiroteo. Desapareció el comisario de la 29 División, Navarro, del PSUC, « ignorándose si consiguió

escapar o le hicieron prisionero, fusilándolo». A Urbano, responsable de la Comisión Político-Militar del VI Cuerpo, se le condenó a muerte así como a varios mandos, comisarios, instructores y miembros de la misma. En el territorio del VIII Cuerpo de Ejército fueron detenidos y también condenados a la pena capital varios miembros de los comités comarcales, de radio y del Comité Provincial de Córdoba. Un batallón del CND asaltó el cuartel de la 162 Brigada de Guerrilleros en Fuensanta haciendo prisioneros a varios comunistas y fusilando al comité local de Buitrago.[37] La operatividad de las listas confeccionadas desde tiempo atrás por los comités de defensa confederales se puso así de manifiesto. La dureza de la actuación contra los comunistas no solo debió obedecer a un ajuste de viejas cuentas sino que tendría un carácter preventivo, para impedir movimientos de apoyo a Madrid.

En tal contexto, el objetivo de la liberación de los presos pasó a ser el objetivo prioritario. En virtud de ello no es de extrañar que el aparato político-militar madrileño depusiera las armas sin conseguir prácticamente contrapartida favorable alguna. La prensa, controlada por el CND, se hizo eco de la liberación de unos 3.000 prisioneros hechos por los comunistas, de los cuales unos 500 habían estado encerrados en El Pardo. Se afirmó que entre ellos figuraban viejos luchadores republicanos y socialistas en los que se notaba no solo la fatiga sino también la tristeza por el trato de que habían sido objeto. Hubo numerosos casos de ejecuciones sumarias por ambos lados.

El desmoronamiento

La moral de los cuadros locales y militantes de base se hundió por doquier y definitivamente. El Comité Provincial de Valencia reunió un catálogo de comportamientos que iban desde el abandono de toda actividad («O., responsable de cuadros que dejó de asistir a las reuniones de Comité», «el secretario general, camarada L., estaba atemorizado y no atendía como debía la dirección del sector [Norte]», «L. M., secretaria de Trabajadores de la Tierra dejó de asistir al sindicato del partido pretextando que su

compañero era de la CNT», «M. A. se negó a ir por el partido ni admitir a nadie en su casa») a la adopción de posiciones contrarias al PCE («N. P., del comité y consejera provincial, redactó una carta de adhesión a la Junta», «el antiguo secretario general de este sector, J. N., pretendió que el comité condenase la política del partido», «P., ferroviario, que traicionó intentando arrastrar a otros militantes para que el sindicato y la célula condenaran al partido»), pasando simplemente por la huida («R., ferroviario, pidió permiso al partido para ir a Madrid y salió de España sin conocimiento del partido y a través de la masonería a la que pertenecía», «P. S., de la comisión de industrias de guerra y G., de *agitprop*, que vaciló y desertó durante unos días»).[38]

En Almería, el ingeniero comunista delegado de Reforma Agraria y varios integrantes del propio Comité Provincial se adhirieron al CND en calidad de dirigentes de la UGT, así como veinte militantes de la fracción comunista del Sindicato de Empleados Municipales, que publicaron una nota en la que declaraban rotos todos sus vínculos con el partido, «negándose a aceptar su disciplina por no haber condenado el movimiento de Madrid».[39] Lo mismo hizo el secretario del SRI. Según reseñó el Comité Provincial, en Alicante, plaza clave de cara a la evacuación, la mayor parte de los militantes y organizaciones locales dejaron de dar señales de vida. Desaparecieron muchísimos de quienes trabajaban en el aparato de dirección y los dirigentes de los sindicatos. No había posibilidad de reunir un mínimo de responsables para la organización del paso a la clandestinidad, y los que resultaron encargados de quedarse en España para formar parte de la dirección ilegal no se avinieron a cumplir las órdenes.

Refugiado en casa de otro italiano, Ettore Vanni, director del diario comunista valenciano *Verdad*, Togliatti restableció la comunicación con la Comintern a través de su mujer, Rita Montagnana, desplazada hasta Levante para transmitirle las consignas de «la Casa», y trató de conseguir, sin éxito, el envío de barcos de la France-Navigation.[40] Togliatti publicó un último manifiesto, el 18 de marzo, supuestamente en nombre del Comité Central, notablemente divergente en contenido con respecto a su propio documento del 12. Quien fuera designado para quedarse en España y dirigir

la lucha clandestina, Jesús Larrañaga, llegó a decir que cuando asumió la responsabilidad de la dirección, circulaban tres manifiestos distintos con tres diferentes orientaciones políticas.

Durante los últimos días, los esfuerzos se centraron en la formación del aparato clandestino y en la organización de la evacuación. Para lo primero se enviaron delegados a las provincias a fin de asegurar la formación de nuevas direcciones clandestinas —muchas de ellas integradas por mujeres—, se prepararan medios de impresión y se buscaran puntos de apoyo para el trabajo ilegal. Se llevó a cabo una campaña de explicación de los hechos mediante octavillas «sobre la "paz", la "resistencia", "los comunistas qué quieren", "quiénes son los dirigentes comunistas", "quién se ha sublevado" y "para qué"». La difusión de estas consignas chocó, sin embargo, con fuertes resistencias en Valencia, particularmente aquellas que afirmaban que «Casado se ha sublevado como Franco». Otro tanto ocurrió con la distribución del documento del 18, probablemente porque los responsables valencianos no querían suscitar problemas añadidos que supusiesen trabas a la evacuación.

Se creó una nueva dirección, con Larrañaga al frente, que ya tenía experiencia previa en el desarrollo del trabajo ilegal. Le acompañaban Pozas, responsable de organización; Navarro Ballesteros —ex director de *Mundo Obrero*— para la propaganda; Montoliú, responsable del enlace con el ejército; Sosa, del contacto con las autoridades; Pinto, encargado del contacto con los sindicatos; un miembro de la JSU; y Fernando Rodríguez, para las tareas de evacuación.[41]

Una parte de esta actividad respondió a un estado de ánimo que Ciutat describió pormenorizadamente.

> La gran masa de los militantes del Partido mantenía la convicción más firme de que la derrota militar no era más que un accidente desfavorable de la lucha, pero en ningún caso la terminación de ésta ... Se trataba de conseguir las mejores condiciones para el planteamiento de la nueva batalla a venir en la fase inmediata de la lucha.

A partir del 21 de marzo se transmitió a los últimos dirigentes que debían abandonar el país la consigna de concentrarse en la comarca de Cartagena a través de carreteras cada vez más inseguras. El 24, bajo el

mando de los hombres de Artemio Precioso, se tomó al asalto la escuela de vuelo de Totana, desde la que despegaron Togliatti, Checa, Hernández y Claudín pocas horas antes de la entrega pactada de la aviación republicana a Franco. Aterrizaron horas después en Sidibel-Abès, desde donde se les trasladó a la prisión de Orán.[42]

En aquellos días terminales se formó una comisión encargada de la preparación de pasaportes y de la selección de cuadros. Con todo perdido, el PCE fue invitado por la Agrupación de Ejércitos a formar parte de una Junta de Evacuación Nacional —con el voto adverso del movimiento libertario—.[43] En ella se decidieron los cupos correspondientes a cada organización del antiguo Frente Popular. Fue de esta forma como pudieron salir de forma organizada los últimos 51 comunistas en los navíos *Lézardieux* y *Stambrook*.[44] El resto cayó en manos de los vencedores en la vorágine del puerto de Alicante.

V Parte

16

Las cambiantes lecturas de la guerra: de la acomodación al canon interpretativo

RESULTA CASI UNA OBVIEDAD señalar que para un movimiento fundado en el materialismo histórico y que operaba en el marco de una estrategia de alcance global, las posibles enseñanzas a extraer de la guerra de España resultaban de un enorme valor por lo que tuvieran de aplicables, revisables o evitables para el conjunto del movimiento comunista internacional. Los soviéticos se interesaron de inmediato en la realización de un balance que integrase las perspectivas militares, políticas, económicas y sociales del conflicto español. El 30 de marzo Dimitrov se reunió con José Díaz, que había llegado con su familia a Moscú el 6 de febrero y se encontraba convaleciente de una operación de su crónico mal estomacal y acordaron proceder al examen concreto de la nueva situación con la participación de representantes de los comités centrales del PCE y del PSUC.

El 7 de abril se celebró una reunión con la asistencia de Díaz, Dimitrov, Molotov, Beria, Manuilski y Stalin. El líder soviético demostró que había contemplado atentamente la evolución de la situación en España y que le había llegado información muy fluida, tanto de la Internacional como de los órganos militares y civiles del Estado soviético.[1] Stalin criticó al PCE no tanto por lo que había hecho sino porque no había actuado con suficiente claridad para orientar a las masas en la situación creada por el golpe de Casado. Es importante subrayar que, según Stalin, «si la situación hubiera sido insostenible el partido hubiera podido anunciar que consideraba posible sustituir al Gobierno por otro, más adecuado al

momento, y entonces disponerse a terminar la guerra». A su juicio, el mantenimiento de la resistencia a cualquier coste no había sido una actitud correcta. A veces, afirmó, era preciso aceptar una derrota, como ya había hecho Lenin en 1905. Pero, subrayó críticamente, entonces el Partido Comunista debería haber explicado la situación al pueblo y no dejarlo abandonado y sin orientación.

> Cuando fue preciso luchar contra el enemigo —concluyó— los comunistas [españoles] se han mostrado eficaces y han acumulado una enorme experiencia. Cuando ha sido necesario ceder el poder, llevando a cabo una retirada, no han sabido hacerlo.

Stalin concluyó que «habría que organizar una conferencia de comunistas españoles para aclarar estas cuestiones e identificar lecciones para otros partidos. También hay que aprender de las experiencias negativas». Sus instrucciones para que se elaboraran informes por los protagonistas provocaron una reacción instantánea. El 8 de abril se cursó un telegrama a Díaz y Pasionaria, y se invitó a esta a que, junto con Jesús Hernández, Joan Comorera y Togliatti, se desplazara a Moscú para participar en las discusiones sobre lo sucedido en España.

INFORMANDO AL JEFE

Los principales cuadros políticos y militares comunistas españoles fueron interpelados a medida que llegaban a Moscú tras arribar a Leningrado por la ruta del mar Báltico. La organización de la evacuación a la URSS corrió a cargo de un comité, integrado por responsables del PCE y de la Comintern, encargado de seleccionar los militantes comunistas y los miembros de las Brigadas Internacionales que serían admitidos en la Unión Soviética en calidad de refugiados. El comité estuvo integrado por Dolores Ibárruri, Jesús Hernández, Modesto, Líster, Pedro Martínez Cartón, Irene Falcón y Francisco Antón, por el PCE; y por la Internacional, Togliatti —que presidía el órgano—, Maurice Thorez y André Marty.[2]

El número de asilados en la URSS oscila, según los autores, entre los 3.500 y los casi 4.000. Un informe del Comité Central del PCE y la Cruz Roja soviética evaluó así la emigración total: emigración política, 891; estudiantes de las escuelas de aviación, 157; marineros, 69; total adultos: 1.239; niños que marcharon en expediciones, 2.895; niños que marcharon con sus padres, 87; total niños: 2.982; emigración total: 4.221.[3]

A su llegada a la URSS, los evacuados españoles fueron conducidos a distintos destinos, dependiendo de su puesto en el organigrama del partido y de su nivel de especialización. Los dirigentes se instalaron en Moscú. Tras pasar por un proceso de selección llevado a cabo por la Comisión de Cuadros, les fueron asignados distintos cometidos en el aparato de la Internacional. La mayoría se albergaron en el famoso Hotel Lux, residencia habitual de los representantes en la Comintern de las distintas secciones nacionales. Los más destacados recibieron alojamiento en Kunsevo, la finca donde se encontraban las dachas en que residían los principales líderes de la Comintern: Dolores Ibárruri, Pedro Checa, Vicente Uribe y Jesús Hernández se instalaron inicialmente allí, en la vecindad de Manuilski. Los cuadros intermedios fueron llevados a la Escuela Planiernaya, una antigua casa de reposo de los sindicatos, situada a 15 kilómetros de la capital soviética. Tenían pagados todos los gastos de manutención, alojamiento y vestido, así como una asignación mensual de ciento veinte rublos. Durante el año y medio que se preveía durase su formación, las familias quedarían albergadas en casas de reposo.

Los mandos militares fueron divididos en dos grupos: los de carrera —como Francisco Galán y Antonio Cordón— se integraron en la Academia Superior Vorochilov; los procedentes de milicias —Líster, Modesto, el Campesino, Tagüeña...— lo hicieron en la Academia Frunze. Sus retribuciones quedaban equiparadas a las que correspondieran a su rango en el Ejército Rojo. Los demás militantes fueron destinados al trabajo en fábricas de los alrededores de Moscú. Percibirían un salario de 300 rublos mensuales durante el primer año, con el que deberían comprar la comida, pagar la casa, abonar las cuotas sindicales y políticas correspondientes y, cuando se acabase la ropa proporcionada por el Socorro Rojo Internacional, vestirse. Transcurrido este tiempo, cada cual cobraría de acuerdo a lo que

produjese. Todo lo anterior suponía asumir que en la sociedad supuestamente sin clases operaban otras distinciones de estatus que hacían realidad la clásica crítica orwelliana de que «unos eran más iguales que otros».

Los niños fueron acogidos en escuelas, donde recibirían educación por parte de los maestros españoles que también llegaron en el grupo de emigrados. La entrada de la URSS en la guerra mundial produciría, años después, una tremenda diáspora a lo largo y ancho de la inmensidad del territorio soviético: los dirigentes políticos seguirían a los organismos del poder soviético y de la Comintern hasta sus refugios de Kuibishev y Ufa, en Bashkiria; las academias militares se instalaron en Tashkent, en el Cáucaso; y fábricas y escuelas se desperdigaron desde Samarcanda hasta los antiguos territorios de la república de los alemanes del Volga.

El 14 de abril, Dimitrov habló con Díaz y luego, más extensamente, con Enrique Líster, que acababa de llegar de París. Este opinó que la salida de España del gobierno Negrín y de la dirección del PCE había sido inevitable porque, de lo contrario, los hubieran detenido los casadistas. También señaló, no obstante, que si el 5, día del golpe, Negrín se hubiera dirigido a Madrid junto con Modesto y él mismo habría sido posible contrarrestar a Casado y restablecer la situación. Pero, añadió, evidentemente Negrín no tenía la menor intención de adoptar ninguna medida.[4]

El día 13 de mayo Dimitrov volvió a hablar con Díaz y tuvo un primer contacto con Dolores Ibárruri. Registró en su diario su admiración por Pasionaria y se encerró inmediatamente con Togliatti para hablar de temas españoles. «Alfredo» se puso inmediatamente a la tarea de redactar un larguísimo informe sobre la evolución política española tras la capitulación en Munich de las democracias. El testimonio de Togliatti es muy importante porque fue uno de los escasos asesores que desarrolló una visión global de la guerra desde la óptica republicana y comunista y permaneció en España hasta el final.[5] Dimitrov también recibió un completo informe del encargado de negocios de la embajada soviética en España, Marchenko.[6]

El 17 de mayo llegaron a Moscú, entre otros, Pedro Checa, Jesús Hernández, José Palau y Pedro Martínez Cartón, y Dimitrov prosiguió su incansable tarea de recopilación de datos. El 20 de mayo recibió a uno de los últimos asesores soviéticos que había salido de España, Mijailov (alias «Ruben»), quien le contó cosas muy interesantes sobre el golpe de Casado y los últimos días de la República. Mijailov se comprometió a escribir un informe detallado.[7] El 24 Dimitrov tuvo otra larga conversación con Stepanov , que se comprometió a escribir su correspondiente informe sobre lo vivido en España.[8]

A finales de mayo empezaron a llegarle a Dimitrov algunos de los informes que había encargado. Aparte de los de Marchenko, Togliatti y Stepanov , los informes parciales de los cuadros políticos y militares españoles cobraron una importancia fundamental para la comprensión de lo sucedido al final de la guerra. Stepanov había salido de España, junto a buena parte de la dirección y cuadros militares comunistas, el 6 de marzo y no asistió a los acontecimientos que se desencadenaron a partir de aquel momento. En cuanto a Togliatti, estuvo desconectado de los restos de la dirección comunista en la crucial semana entre el 6 y 11 de marzo. Durante esos días se produjeron los combates en Madrid y los conatos de enfrentamiento en Levante. Por lo tanto, los informes que elevaron los cuadros locales españoles que participaron en los hechos a ras de suelo adquirieron una importancia fundamental para comprender el papel comunista durante los últimos días de la República.[9]

La resultante del análisis y combinación de los informes parciales debió concluirse antes de que el 28 de julio se produjera la reunión entre el Secretariado de la Comintern y el grupo dirigente español integrado por Díaz, Ibárruri, Uribe y Hernández. La discusión apenas llevó dos semanas. El 10 de agosto se convocó una nueva reunión con los mismos participantes. En ella se aprobó un documento que llevaría la firma del Comité Central y que se tituló *Las lecciones de la guerra por la independencia del pueblo español*. En él no se ahorraron críticas hacia la práctica totalidad de los dirigentes españoles, sobre cuyos errores se volvería poco después en una resolución del Buró Político. Pero el debate del que tanto se esperaba se eclipsó bruscamente. Su necesidad ya no

parecía tan perentoria ni sus enseñanzas tan útiles. Líster indicó que «la discusión fue cortada poco después, lo mismo entre nosotros que con el secretariado de la Internacional Comunista».[10] Había irrumpido en escena el pacto germano-soviético.

CONTRADANZAS TEÓRICAS AL COMPÁS DE LA GEOESTRATEGIA

Las distintas actitudes adoptadas por los dirigentes del PCE en el desplome republicano pasaron factura en los años siguientes. Una buena parte de los miembros del aparato político-militar perdió protagonismo. Algunos se vieron marginados en el exilio (Martínez Cartón, Puente...). Otros desaparecieron mientras ejecutaban acciones en la España franquista (Larrañaga, Diéguez...). Los desacuerdos con la línea oficial desembocaron en disidencia y expulsión.[11] Hubo varios que se dedicaron a emborronar el pasado en libros infumables (Castro Delgado, Montiel). Todavía en 1952 se produjeron reuniones del máximo órgano de dirección del partido en las que se discutieron temas relacionados con decisiones tomadas durante la guerra.[12] Y en 1956, el Movimiento de Acción Socialista, del ex dirigente del PSUC José del Barrio, reclamó un congreso de reunificación comunista, cuyo primer punto del orden del día fuese la revisión del papel que cada cual jugó durante los últimos días de la guerra.[13]

El 8 de julio, antes de que se reuniera la comisión encargada de aprobar el proyecto de resolución de balance entre el PCE y el PSUC, se aceptó un primer documento sobre *La situación de España y las tareas actuales del Partido*.[14] Aunque fundamentalmente destinado a establecer un nuevo organigrama con vistas a la situación creada por el paso a la clandestinidad y el exilio,[15] contenía algunos puntos interesantes acerca de la valoración en caliente de las consecuencias inmediatas tras el final de la guerra.

No cabía duda de que la victoria de Franco con el apoyo alemán e italiano suponía a corto plazo una etapa de reflujo del movimiento obrero revolucionario. Pero teniendo en cuenta cómo se deterioraba rápidamente la

situación internacional era posible que la consolidación de la dictadura franquista se viese comprometida a la larga por la erupción de un conflicto europeo a gran escala.

> En el caso que estallase un conflicto armado en Europa y Franco participe en él al lado de las potencias del eje fascista, no cabe duda que España sería el punto más débil en el frente de los agresores y se crearían rápidamente en el país condiciones favorables a la transformación de la guerra de agresión imperialista en guerra civil contra el fascismo y los invasores extranjeros.

Atención a los términos empleados: la futura guerra sería de agresión imperialista (no *entre* potencias imperialistas) y resultaría de un nuevo ataque «de los países fascistas a los pueblos libres de Europa». En esta perspectiva, la tarea fundamental del PCE era la de contribuir a la creación de un frente lo más amplio posible, de una Alianza Nacional más dilatada que el viejo Frente Popular pero que en nada desdeñase la huella dejada en la memoria colectiva por la experiencia unitaria de la guerra civil. El Frente Popular habría confirmado durante ella «su necesidad histórica como forma de organización alrededor de la clase obrera de todas las fuerzas democráticas». Por ello, el Partido Comunista debería esforzarse en restablecer el contacto con los partidos y organizaciones antifascistas que lo integraron, particularmente con el PSOE.

Ahora bien, ello no significaba hacer tabla rasa de lo ocurrido en el último tramo de la guerra ni de los errores que habían contribuido a fracturar la resistencia. Antes de pensar en recomponer la unidad con los elementos sanos del antifascismo, había que hacer limpieza: «desenmascarar delante de las masas a los agentes del enemigo y traidores que, con sus intrigas y trabajo de disgregación, han roto la resistencia del pueblo y al final han entregado el país a Franco y a los invasores». Un elenco encabezado, como no podía ser de otra forma, por los trotskistas del POUM y del PSOE, seguidos de la FAI y, en general, por los organizadores del golpe de Casado, «enemigos abiertos de la unidad, agentes del fascismo en el seno de la clase obrera y del pueblo». El PCE sabría distinguir entre ellos y los cómplices inconscientes —los que «por cansancio o engañados

por las promesas, o la ilusión de paz», habían aceptado la implantación del CND—, que entonces reconocían su error y manifestaban querer volver a la unidad y a la colaboración con los comunistas.

En este primer documento se recogió ya la necesidad de crear una sección de propaganda dependiente directamente del nuevo Secretariado restringido. Se encargaría de la edición de la revista ideológica, de un semanario español en Francia y de la publicación de una historia de la guerra, amén de libros y folletos divulgadores de la experiencia acumulada por el PCE. Tras esta primera etapa el 28 de julio tuvo lugar la reunión con el Secretariado de la IC. José Díaz, Dimitrov y Manuilski presentaron un proyecto de resolución. La actitud y el comportamiento de Togliatti fueron condenados. Durante un tiempo que casi abarcaría el resto de vida de José Díaz —hasta 1942—, Togliatti no sería grato a los ojos de los máximos dirigentes del PCE, como anotó Dimitrov en su diario.[16]

El 10 de agosto se aprobó en la Comintern el documento que se titulaba *Las lecciones de la guerra por la independencia del pueblo español*.[17] En su preámbulo se ensalzó el mantenimiento durante treinta y dos meses de una lucha heroica contra los generales sublevados, las fuerzas militares de Alemania e Italia y la reacción internacional. Finalidad última de tal lucha había sido salvaguardar la independencia de España y defender las conquistas democráticas de todos los pueblos. Ello había sido posible gracias a la galvanización unitaria que supuso la existencia del Frente Popular.

Como en un dramático banco de pruebas, el conflicto había mostrado más allá de la retórica la praxis de todos los partidos, de sus responsables y de sus cuadros de dirección. Ya era posible juzgarles por sus palabras y sus hechos. Los aspectos esenciales de este documento fueron los siguientes:

—La caracterización de la guerra como de independencia nacional, por las libertades democráticas, por las conquistas económicas, por el progreso social y por la paz.

—La identificación de los objetivos que motivaron la agresión del Tercer Reich y de la Italia fascista, que no eran otros que la apropiación de las fuentes de materias primas (cobre, hierro, plomo, mercurio) y la

utilización del territorio español como base estratégica contra Francia, Inglaterra y otros países.

—La reivindicación de la política de Frente Popular como plenamente válida y operativa para el futuro: «Es un arma política potente ... contra la reacción interior e internacional y contra la agresión militar del fascismo extranjero».

—La definición de la naturaleza política de la República en guerra como democrática y popular, un régimen sustancialmente diferente a los capitalistas. En el interior había defendido el programa de la coalición antioligárquica que impulsó el proyecto de una profunda transformación de los regímenes de propiedad y producción en un contexto de pluralidad política antifascista. En el exterior defendió las libertades democráticas de todos los países contra la reacción y contra la agresión de las potencias del Eje.

La validez de esta fórmula, avalada en la práctica por la experiencia española, podía generalizarse como alternativa viable y consigna política central para impulsar amplios movimientos de masas en aquellos países en los que, como Alemania e Italia, se precisaba establecer una trayectoria de salida de la opresión fascista que involucrase a distintos sectores populares y que no pasase necesariamente por la perspectiva de una revolución proletaria.

Sobre esta lectura impactó la firma del pacto germano-soviético y el subsiguiente abandono formal de las tesis frentepopulistas, lo que evidentemente tuvo consecuencias deletéreas sobre las sucesivas valoraciones de la guerra civil entre agosto de 1939 y junio de 1941. Esto ya se pudo percibir en los debates que se iniciaron el 14 de agosto y en los que participaron José Díaz, Pasionaria y Jesús Hernández, por parte española, y Manuilski, Pieck, Gottwald Stepanov y Gerö por el Secretariado de la Comintern.

Aparecieron bastantes discrepancias que fueron reflejándose en diversos proyectos de resolución del Buró Político. Por fin, se llegó a una propuesta de resolución sobre *Debilidades y errores del Partido en el último período de la guerra*.[18] En consonancia con los cambios de

orientación que estaban teniendo lugar, se situó a medio camino entre la interpretación de la guerra de España como lucha antifascista y un cierto retorno a planteamientos teóricos anteriores al giro hacia la estrategia de frentes populares.

El texto puso en cuestión la labor de los responsables de la dirección comunista en los tres principales ámbitos de actuación, a saber ejército, gobierno y el propio partido. Jesús Hernández no había sabido contrarrestar la descomposición en el interior del primero mediante la influencia que podría haber ejercido como comisario del Grupo de Ejércitos de la zona centro-sur. Vicente Uribe no supo compatibilizar adecuadamente su condición de miembro del Buró Político con su puesto en el gobierno. A su seguidismo gubernamentalista añadió defectos de carácter («falta de la necesaria cordialidad y modestia») que dificultaron la relación con otros dirigentes de cara a la resolución de problemas. Por último, el responsable de organización, Pedro Checa, manifestó una tendencia al empleo de métodos de trabajo excesivamente personales («caciquiles»), consistentes en tomar decisiones de suma importancia *en petit comité*, de manera que apenas si llegaban a conocimiento del resto del Buró Político ni al del Secretariado. Ello contribuyó a la descoordinada respuesta frente al golpe de Casado: mientras unos adoptaron medidas para hacer frente a los acontecimientos, la mayoría permaneció a la expectativa.

El inicio de la guerra en Europa y el papel asumido por la URSS durante el periodo de la *entente* con la Alemania hitleriana motivaron un giro retórico hacia posiciones recordatorias del lenguaje cominterniano del periodo del «socialfascismo». Había que teñir de un rojo intensísimo el discurso para tapar las vergüenzas del pacto con el antaño monstruo militar-fascista. El mensaje comunista se encapsuló en un formato dogmático que pretendía, con su aparente radicalismo, encubrir las vergüenzas de una *Realpolitik* soviética difícilmente explicable para el universo de la izquierda.

El 31 de octubre, Dimitrov publicó un artículo titulado «La guerra y la clase obrera de los países capitalistas», en el que copiando las orientaciones doctrinales de Stalin de septiembre de 1939, calificó la ruptura de hostilidades entre la Alemania nazi y las democracias occidentales como

«una nueva guerra imperialista entre el capitalismo franco-inglés y el alemán, guerra por la conquista de nuevos mercados, de esferas de influencia, de colonias, guerra por un nuevo reparto del mundo». La lectura sobre la política de Frente Popular se conjugó en tiempo pasado. Fue justa mientras duró la lucha del pueblo español porque posibilitó en la práctica trazar la línea divisoria entre «las fuerzas revolucionarias y las del campo de la reacción». De aquella prueba salieron fortalecidos los partidos comunistas, «únicos defensores consecuentes de la causa justa de la España revolucionaria». Las consignas «frente único obrero y frente popular» continuaban siendo válidas para el futuro, si bien desde una formulación que retornó a la línea previa al VII Congreso de la Comintern, es decir, a la época sectaria de los «frentes únicos por la base».

El PCE, como no podía ser menos, no tardó en adecuar su discurso al de la IC. En su documento *La lucha armada del pueblo español por la libertad e independencia de España*[19] se pudo apreciar el ocaso de la línea de Frente Popular y el retorno hacia un modelo de partido bolchevizado de vanguardia. Todo ello acompañado del despliegue de un dogmatismo analítico y de una agresividad dialéctica que, en la práctica, apenas dejaban margen de maniobra para las alianzas con otras fuerzas. El antiguo seductor, cuyas asechanzas tanto inquietaron a socialistas y anarquistas durante la guerra de España, perdía su encanto a pasos agigantados.

A la hora de valorar la evolución de la República durante la guerra civil se formularon apreciaciones sorprendentes respecto a lo que se había sostenido hasta entonces. El error más grave tras el alzamiento derechista del 18 de julio de 1936 habría sido el de «no romper completamente el viejo aparato de la España semifeudal [mediante] un Gobierno de mano dura que superase todas las dificultades». Dándose las condiciones adecuadas para ello, los comunistas españoles no plantearon la implantación de la dictadura del proletariado porque habría supuesto la reducción de la base social de apoyo a la lucha por la independencia nacional y facilitado a la reacción internacional la justificación para el estrangulamiento de la España revolucionaria. Aunque el PCE y el PSUC no lograron su objetivo y las debilidades posteriores de los gabinetes republicanos condujeron a la República a su desastroso final, había un resultado positivo en su haber: la

clase obrera española y el proletariado internacional pudieron apreciar que «solamente el PC tenía una visión clara y una línea política firme y justa, correspondiente a las características de la guerra del pueblo español».

El resto de las conclusiones siguieron este delirante camino: la lucha del pueblo español había demostrado que la consecución de la revolución dependía de la existencia de «un partido revolucionario único, monolítico, y una sola organización sindical dirigida por este partido» como correa de transmisión; de la «unidad revolucionaria del proletariado, con el PC a su cabeza»; del exterminio del enemigo interior; y de la sustitución «del viejo aparato del Estado al servicio de la reacción, sustituyéndolo por un nuevo aparato al servicio de la clase obrera y del pueblo» que, como enseña la experiencia soviética, no podía ser otro que «el Gobierno de la dictadura del proletariado».

Que tales conclusiones no conducirían a ninguna parte lo demuestra el hecho de que desaparecieron totalmente en cualquier interpretación posterior realizada por los comunistas acerca del periodo de la guerra civil. Ni ellos mismos se las creían. Pero he aquí que *mutatis mutandis* esa misma sería la lectura que sobre el papel del PCE hicieron —y hacen— los guerreros de la Guerra Fría, que creyeron encontrar en tal perfil estereotipado la verdadera naturaleza del gran camuflaje comunista del que fue víctima inocente la España traicionada.[20]

El documento concluyó con la fijación de tareas políticas ante la situación marcada por la guerra en Europa occidental. Es, quizá, uno de los textos más paradójicos que puedan encontrarse a la hora de cohonestar análisis leninista y pragmatismo estalinista. Partiendo de la calificación del conflicto europeo como guerra imperialista, la consecuencia lógica que se derivaría del previsible quebranto del sistema capitalista y de la maduración de «las condiciones favorables para la lucha del proletariado, de todos los explotados y oprimidos por su liberación definitiva», sería la que Lenin defendió en Zimmerwald en 1915: la transformación de la guerra imperialista en guerra civil por parte del proletariado. Sin embargo, en el otoño-invierno de 1939 la consigna fue que «ante esta guerra la clase obrera

de todos los países capitalistas tiene un solo camino justo: la lucha despiadada contra ella, lucha por la paz contra la burguesía de su propio país».

La torsión argumental destinada a justificar la necesidad de no sumar aliados a las partes beligerantes arrojó finalmente por la borda el argumentario estratégico con que el PCE, junto con Negrín y los partidarios de la resistencia, había explicado la necesidad de ganar tiempo a la espera del estallido de una conflagración continental:

> Defendiendo decididamente los intereses de nuestro pueblo, tratando de impedir que el pueblo español sea utilizado como carne de cañón en la segunda guerra imperialista, luchamos sin piedad los comunistas y lucharemos contra la política de la falsa neutralidad de Franco, contra la política que conduce a envolver al pueblo español en la guerra imperialista.

La culminación temporal de lo que cabría caracterizar como « bolchevización» de las lecturas sobre el conflicto español llegó con un manifiesto firmado conjuntamente por Dolores Ibárruri y José Díaz. Vio la luz el 25 de noviembre de 1939 y se tituló *La guerra justa de España y la guerra imperialista*,[21] dirigido «a todos los miembros del PCE, a la emigración española, al pueblo que sufre y lucha bajo la dominación de Franco». En él se afirmaba que

> la guerra europea actual no tiene nada de común con la guerra justa, con la guerra de independencia nacional que llevaban los obreros, los campesinos, las masas populares de España contra la reacción interior e internacional. La guerra europea actual es una guerra imperialista; guerra dirigida contra los intereses de la clase obrera, de los trabajadores y los pueblos. Es una guerra entre los bandos imperialistas por la dominación del mundo. No es una guerra antifascista.

Se trataba de un curioso documento este en el que, además de loar como ejemplos de «autodeterminación» los de Ucrania y Bielorrusia al desgajarse de Polonia e incorporarse a la URSS —aunque hubieran sido absorbidas por Stalin en virtud de las cláusulas secretas del pacto con Hitler—, se responsabilizaba de la guerra a «los Chamberlain, Daladier, Blum y Attlee», a los «jefes vendidos de la II Internacional», al imperialismo italiano..., sin citar ni en una sola ocasión el expansionismo nazi.[22]

Con estas directrices los comunistas españoles reflejaron inequívocamente dos cosas. La primera es que, derrotados y en el exilio soviético, no estaban en condiciones de hacer valer sus percepciones originales, por muy documentadas que fuesen. La segunda es que, tras el desplome republicano, comenzaba la bolchevización en serio de la dirección del PCE. Ya no habría escapadas ocasionales, en función de condiciones lejanas que no se aprehendían siempre correctamente desde Moscú. Las nuevas condiciones reclamaban un enfoque muchísimo más tosco que el que Togliatti había exhibido en España. Triunfaba la línea sectaria y en ella se movía Stepanov como pez en el agua.

Superándose incluso en su aplicación, la dirección del PCE exiliada en México ordenó suprimir de la prensa, de los mítines y de las comunicaciones internas todo cuanto pudiera molestar al socio alemán, volcando únicamente sus ataques contra el «imperialismo inglés».[23] Uribe publicó en *España Popular* que los comunistas no iban a propugnar la participación en la «guerra imperialista» porque se oponían a cualquier forma de unión sagrada con la burguesía y los imperialistas. En otro prodigio de reinterpretación de la implicación nazi en la guerra de España, llegó a sostener que se había debido a las maquinaciones de «los imperialistas y la reacción internacional» que habían orientado su política «para lanzar lo que entonces era imperialismo agresor —el fascismo alemán — contra la patria del socialismo».[24] Del folleto, editado por Editorial Popular, resta un ejemplar en el archivo del PCE sobre cuya portada, escrito a bolígrafo, se encuentra un apunte: «No es oportuno». Probablemente, el anotador lo estamparía después del 21 de junio de 1941, cuando sobre la Patria del Socialismo se desencadenó la Operación Barbarroja.

Al compás de las victorias hitlerianas en 1940, la visión ideológica de la guerra europea esbozada en las páginas precedentes se vio rudamente sacudida. Sin fecha concreta se celebró en la capital soviética una reunión de la dirección del PCE, integrada por Jesús Hernández, Dolores Ibárruri y Enrique Castro Delgado con Stepanov , Marty y Togliatti. Por parte española asistieron también, como expertos militares, Cordón y Líster. Antón se encargó de tomar apuntes. El resultado se plasmó en un documento titulado *La guerra nuestra y el Partido*.[25]

Que a aquellas alturas se discutiera de nuevo sobre la guerra civil solo podía obedecer a un afán de reflexión acerca de qué rasgos pudieran ser de utilidad en un conflicto como el que estaba viviendo Europa.[26] De nuevo las fuentes permiten apreciar la evolución en los planteamientos estratégicos: el que iba de la denuncia de la guerra imperialista a la futura formulación de una nueva alianza interclasista y de carácter nacional contra el nazismo.

En este documento la mayoría evocó su propia experiencia personal y aportó su particular opinión sobre el pasado, pero miembros del Secretariado de la Comintern no habían convocado la reunión para escuchar batallitas o justificaciones a posteriori. Togliatti y Stepanov recondujeron el debate al terreno práctico. El primero criticó las intervenciones anteriores: «Hasta ahora han dado poco los camaradas españoles. Nos interesa explicar la experiencia teniendo en cuenta la situación de hoy». Esta afirmación es clave. La situación en aquellos momentos era la perspectiva del desarrollo de luchas de carácter nacional en alianza con las fuerzas populares, incluida la burguesía patriótica. Stepanov perfiló los temas hacia los cuales debía proyectarse el análisis: ¿Por qué Madrid había luchado mil días y París ni uno solo? Francia tenía un ejército y se rindió; los españoles, por el contrario, «el 18 de julio no tenían armas ni cuadros y han luchado 32 meses». Era necesario hacer hincapié en el carácter de la guerra como popular y de independencia y extraer enseñanzas tanto de la derrota como de la debilidad para organizar el trabajo en la retaguardia del enemigo o en el proceso de formación de las milicias. Liberación nacional, organización de la resistencia y reconstitución de las fuerzas armadas: tales eran los puntos candentes que la Internacional Comunista quería someter a análisis a la luz del caso español. Moscú buscaba petróleo para lo que estaba por venir en el giro patriótico del PC español de 1937-1938.

En estos puntos, la guerra civil española aparecía de nuevo como un cierto ejemplo a emular. El cambio empezó a percibirse a los más altos niveles antes de la ruptura del pacto Molotov-Ribbentrop. El 20 de abril de 1941, Stalin reflexionó acerca de que era preciso que cada partido se dedicara a abordar los problemas concretos de cada situación concreta, que eran diferentes de país a país. La Internacional era una fórmula del pasado.

En aquellos momentos los problemas nacionales ganaban predominancia. Al día siguiente Dimitrov dio instrucciones a Togliatti y a Thorez para que empezaran a pensar en cómo podría terminar la IC su actividad rectora de cara a los distintos partidos comunistas nacionales y devolver a estos su autonomía operativa. Poco tiempo después, la Internacional Comunista, fundada en 1919 como partido de la revolución mundial, dejaba de existir.

LA HISTORIA CANÓNICA Y LA FOTO PARA LA POSTERIDAD

El último episodio en el que de nuevo fueron protagonistas la guerra civil y el informe a Stalin se materializó mucho más tarde y en circunstancias completamente diferentes. Se trató de la publicación del canon oficial del PCE sobre el periodo 1936-1939 bajo el título de *Guerra y Revolución en España*. Su redacción vino precedida de la publicación, en 1960, de la historia oficial del Partido Comunista Español, en aplicación de un mandato del VI Congreso, celebrado en Praga en diciembre de 1959.

La guerra civil continuó siendo para el PCE una especie de «pasado que no pasa». Entre la añoranza de los tiempos en que pudieron asaltarse los cielos y la continuación de una lucha contra la dictadura que buscaba sus raíces legitimadoras en la epopeya de los años treinta, sus dirigentes siguieron periódicamente preguntándose por el pasado a fin de interpretar su presente.

En el verano de 1952 se produjo un debate en el seno del equipo dirigente con motivo de una carta de Pasionaria «sobre el papel del PC en la guerra y sus enseñanzas para el futuro». Intervinieron en ella varios miembros del Buró Político. Se estaba a las puertas de una convulsión en el mundo comunista. La vida de Stalin se encaminaba a su fin mientras arreciaba la amenaza de nuevas purgas. Las últimas, acaecidas durante los últimos cuatro años, habían laminado a buena parte de la generación del interbrigadismo y la resistencia antinazi incorporada a los gobiernos de las democracias populares.[27] En el PCE se llevaban a cabo los movimientos para desplazar a la vieja guardia personificada en Francisco Antón y a Vicente Uribe. Paradójicamente, era una de las supervivientes de esa vieja

guardia, Dolores Ibárruri, la que se iba a encargar de procurar su descabalgamiento a beneficio de la nueva generación de dirigentes procedentes de la JSU, encabezada por Santiago Carrillo.

En la carta de Dolores resonaban aún ecos de los balances de los primeros tiempos del enclaustramiento ideológico de la inmediata posguerra. Otro hubiera sido el destino, apuntó, si desde los primeros momentos hubiera habido un gobierno fuerte, con voluntad de victoria, capaz de tomar en sus manos firmemente, sin dudas ni vacilaciones, la dirección de la guerra. Un gobierno que no hubiera cedido

> a chamarilerías políticas ni a presiones odiosas, no poniendo en primer lugar las ambiciones del grupo político de su jefe y no levantando tantos obstáculos y barreras a la acción del partido comunista, que era el único partido que desde la dirección hasta el último afiliado estaban dispuestos a luchar y a defender la República y en cuyas filas no penetraban las corrientes capituladoras que minaban el resto de las fuerzas republicanas.

Aparte de lamentarse por lo que pudo ser y no fue, otros dirigentes intentaron encontrar el origen de los problemas que impedían al partido actuar de forma eficaz en el momento presente. Antonio Mije se lamentó del error consistente en no dejar un aparato clandestino del PC en el territorio que el enemigo iba ocupando, como también de no prestar suficiente atención al trabajo político organizado en la retaguardia franquista. Le apoyó en su valoración Ignacio Gallego, que buscó la explicación en la resistencia mental de los comunistas a aceptar la posibilidad de la derrota: «Teníamos la idea infantil de que el fascismo no podría sostenerse en el poder, la idea de que nuestro pueblo no soportaría el yugo fascista, es decir, no teníamos suficientemente en cuenta la situación real que se había creado con la subida de los fascistas al poder».

Estaba, además, el problema de la escasez de militancia en los sectores civiles y de su pobre preparación política. El PCE se volcó en los frentes durante la guerra, y abandonó el trabajo en las fábricas y en los sindicatos. Delicado acabó por remachar la crítica a la penuria teórico-política del activo del partido: el crecimiento durante la guerra a base de una «proporción de obreros agrícolas y campesinos enormemente superior a la de los obreros industriales» habría sido históricamente determinante para

que perdurara «esta impreparación política e ideológica, este desconocimiento de lo que es el partido, [que] viene arrastrándose y constituye un gran obstáculo para el desarrollo político y espíritu de partido».

La sociedad española, aunque con lentitud, evolucionaba y ya no era la de 1936-1939. Al mismo tiempo el universo comunista se vio convulsionado por la muerte de Iósif Visariónovich Dzhugashvili y las subsiguientes revelaciones del XX Congreso del PCUS sobre el culto a la personalidad y sus crímenes. Dio comienzo un largo proceso de rehabilitación de numerosas víctimas, entre ellas de gente que, como Marchenko, Koltsov o Berzin, habían estado en España y a su retorno habían perecido en las mazmorras de la Lubianka. El régimen de Franco había sido admitido en la ONU con el voto favorable de la URSS, y los gobiernos de El Pardo y el Kremlin habían anudado ciertos contactos que fructificaron de forma espectacular en, por ejemplo, la repatriación de muchos de los «niños de la guerra» y de los prisioneros de la División Azul.

Por lo demás, era también el tiempo en que el PCE desplegó la línea política de la «reconciliación nacional». En 1956 tuvo lugar el primer gran conflicto universitario, y a comienzos de la década de los años sesenta se reactivó la oposición obrera con la huelga de Asturias y el nacimiento de Comisiones Obreras. La dirección del PCE consideró que era necesario elaborar una historia de lo que entonces se presentó como la «Guerra Nacional Revolucionaria». Se trataba de combatir la propaganda franquista, fijar la genealogía de la futura recuperación democrática y, de manera no confesa, vindicar la política del PCE frente a las corrientes críticas que comenzaban a surgirle a babor al rebufo del cisma chino y del radicalismo de la nueva izquierda antiestalinista.

En la estela de una tradición que se remontaba a los tiempos de la edición de la *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS*, se buscó condensar la versión ortodoxa de la biografía del partido como sujeto colectivo en forma de manual para la formación de militantes y cuadros. Sus contenidos debían ayudar «a los militantes y simpatizantes del partido, y en particular a las fuerzas jóvenes que en los últimos tiempos afluyen en

buen número a nuestras filas, a comprender más profundamente la teoría y la política del Partido y a prepararse para aplicarlas con acierto en las nuevas situaciones que nos esperan».

El texto fue redactado por una comisión del Comité Central integrada por Dolores Ibárruri, Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y José Sandoval. La *Historia* sentó las bases de la consagración definitiva del canon comunista, conformando una topografía reconocible en los hitos de un imaginario colectivo bosquejado durante las últimas reuniones de la dirección en las jornadas previas a la derrota. La guerra de España fue, en esta última versión definitiva, una guerra revolucionaria, el resultado de una reacción popular contra el asalto al poder por parte de la oligarquía feudal, la aristocracia terrateniente, el capitalismo monopolista y el ejército de casta, es decir, la reacción española en su versión poliédrica. Fue, también, una guerra nacional, por la independencia, frente a la agresión, primero, y a la invasión después de las potencias del Eje, que codiciaban los recursos nacionales y las inmensas posibilidades de la Península para convertirse en plataforma para nuevas agresiones. La guerra de España fue, por último, la gran causa del internacionalismo, la que movilizó la solidaridad de los trabajadores y de los antifascistas de todo el mundo, en contrapunto al bloqueo criminal que las potencias capitalistas habían impuesto al gobierno legítimo bajo el pretexto de impedir una generalización del conflicto. En esta lucha épica, el PCE apostó por la formación de un bloque plural de fuerzas populares en pos de la creación de una República de nuevo tipo, no socialista pero sí consecuentemente antioligárquica y antimonopolista.

Todos estos axiomas estaban preñados de lecciones sobre la situación política del momento. El mundo de la confrontación bipolar y las necesidades de la lucha contra la dictadura impactaron sobre la lectura del pasado. La definición de la guerra nacional revolucionaria correspondía a las características de las guerras de liberación anticolonial. Bastaba sustituir el sujeto de la agresión imperialista (el Eje por EE.UU., la Legión Cóndor por la base de Torrejón) para obtener un diagnóstico de coyuntura en el que seguían siendo válidas las recetas ensayadas en España (unidad de fuerzas populares, antimonopolismo, antiimperialismo) e indiscutible la

procedencia de los apoyos externos: «La conducta de la Unión Soviética en relación con la guerra de España fue una prueba de lo que para los pueblos que luchan por su independencia y su libertad, por el progreso social, significaba y significa la existencia del País Soviético».

No haría falta que Julián Gorkin creyera descubrir en la República en guerra el «primer ensayo de democracia popular»: la *Historia del PCE* se atribuyó su patente al declarar la experiencia española como «en cierto modo, la precursora de las modernas democracias populares de Europa en la primera fase del desarrollo de estos Estados, con las diferencias derivadas, claro está, de las circunstancias sociales e históricas tan distintas en que una y otras surgieron a la vida». Hechas las salvedades que la España de 1936 no formaba parte de ningún glacis geoestratégico de contención frente a una agresión contra la URSS, que no había Ejército Rojo de ocupación como garante de la toma del poder por los comunistas locales y que no hubo sometimiento del resto de fuerzas políticas a la dirección imprimida por el PCE —premisas inseparables de la constitución de una democracia popular en su acepción ortodoxa—, el aserto solo podía explicarse por el intento del comunismo español de reivindicar un puesto de referencia al lado de los «partidos hermanos» del bloque soviético en un momento en que el movimiento comunista internacional se deslizaba por la pendiente de un nuevo proceso de fragmentación.

Ayuno de una elaboración teórica de peso a lo largo de su historia, el intento del PCE de atribuirse la génesis del concepto de democracia popular tenía un fundamento tan poco consistente como el reconocimiento que, por aquellas fechas, se otorgó —en forma de doctorado *honoris causa* por la Universidad de Moscú— a Dolores Ibárruri por su «destacado papel en el desarrollo de la teoría marxista revolucionaria».[28]

Durante los años siguientes la comisión que había elaborado la historia del partido prosiguió sus trabajos y fruto de ello fue la publicación de *Guerra y Revolución en España*. El primer volumen se publicó en 1967. Se necesitaron diez años para que la magna empresa se viera culminada. De la comisión redactora se autoexcluyó Líster por discrepancias con Santiago

Carrillo acerca de la orientación que debería darse a la interpretación de la guerra. Modesto, que durante sus últimos años de vida residía en Praga, no fue invitado a formar parte del grupo de trabajo.

La comisión consultó los informes que los cuadros políticos y militares, y los militantes con cierto grado de responsabilidad o protagonismo en los hechos, elevaron al partido en los primeros tiempos del exilio, y que sirvieron de base para la elaboración del informe a Stalin que el autor y Viñas dieron a conocer en *El desplome de la República*. Probablemente cotejaron una de sus copias limpia de anotaciones coetáneas, como las que José Díaz escribió en tono marcadamente crítico. Dado que *Guerra y Revolución* pretendía ser la lectura canónica del periodo y consolidar los hitos fundamentales del imaginario comunista, el ruido que habrían introducido los acres comentarios del antiguo secretario general hubiera resultado difícilmente asimilable. En cambio, sí se enriqueció con el aporte del relato de las vivencias de los veteranos del partido, de los protagonistas directos de los hechos y en particular de aquellos que tuvieron una participación directa en los que se desarrollaron durante los últimos momentos de la guerra civil.[29]

El resultado final —junto con la publicación de las memorias de Pasionaria o las distintas intervenciones de Santiago Carrillo[30] a lo largo de la siguiente década— fue la consolidación definitiva de las credenciales que el PCE exhibió ante la sociedad española en los años del tardofranquismo y de la transición: las que le acreditaban como el legatario de la épica de la lucha antifascista y como el animador fundamental de la resistencia contra la dictadura, desde sus mismos comienzos y sin solución de continuidad.

Conclusiones

ESTE ESTUDIO SE HA propuesto poner de relieve la necesidad de releer la historia del PCE durante la guerra civil prescindiendo de los prejuicios, estereotipos e interpretaciones sesgadas que fueron introducidos en la segunda mitad del siglo pasado como pretextos de una batalla ideológica y geoestratégica. Un enfoque que hasta ahora ha tenido un enorme peso en la historiografía, basado en la literatura memorialística de posguerra y en las interpretaciones subjetivas de los protagonistas de los hechos, laceradas por la derrota y el interminable exilio.

No hay ninguna justificación para que los investigadores del siglo XXI permanezcan prisioneros del esquema interpretativo que ha atenazado durante décadas cualquier tentativa de interpretación del papel desempeñado por el Partido Comunista de España durante el crucial periodo de la guerra civil. La evidencia documental relevante, accesible hoy en día a cualquiera que acuda a los archivos españoles y extranjeros, permite profundizar, a partir de fuentes directas, en el análisis de una realidad mucho más compleja que la que sugirieron las simplificaciones maniqueas de la Guerra Fría.

Las fuentes en que se basa este trabajo permiten realizar una nueva lectura acerca de algunas ideas que hasta ahora han operado como lugares comunes en la historia del comunismo español.

El PCE fue una fuerza política que ocupó un lugar periférico y marginal en el sistema de partidos mientras mantuvo un discurso esencialista, radical y sectario. En las condiciones de legalidad otorgadas por la República, apenas incrementó sus filas durante el periodo en que siguió al pie de la letra la ortodoxa línea cominterniana del *tercer periodo*, consistente en ataques al «socialfascismo» esterilizadores de cualquier posibilidad de entente con otras organizaciones proletarias. La dimisión de

la responsabilidad por los hechos de octubre de 1934 por parte de la izquierda socialista, las eficaces campañas de solidaridad —interiores y exteriores— con los represaliados de Asturias, y el giro estratégico adoptado por el VII Congreso de la IC en 1935, facultaron una mayor visibilidad del PCE y su posicionamiento en el origen de la ola unitaria que culminó en el pacto del Frente Popular y la subsiguiente victoria en las elecciones de febrero de 1936.

Al enarbolar la bandera del antifascismo, el PCE fue capaz de asentarse en un espacio político y social nutrido de las tradiciones del ideario republicano de izquierdas de entre siglos, cuyos ingredientes fundamentales eran los conceptos de justicia y reforma sociales, progreso, libertades, laicismo, e instrucción popular. Un espacio semivacante por efecto del desplazamiento del discurso ideológico de las organizaciones veteranas del movimiento obrero (socialistas de izquierda y CNT) hacia la exaltación de la revolución social, y por la ingénita debilidad organizativa de los partidos republicanos burgueses. El frentepopulismo sustituyó el objetivo revolucionario de clase por un proyecto interclasista para la defensa de la democracia burguesa, cuya revolución consideraba inconclusa y cuya existencia estimaba amenazada por el ascenso rampante del fascismo, con grave riesgo para todos. Para congregar al pueblo tras esta bandera, el PCE revitalizó el repertorio ideológico de la vieja cultura radical, dotándola de nuevos contenidos y referentes, como el de la modernidad asociada a la imagen de la joven Unión Soviética, e imágenes adoptadas del panorama iconográfico bolchevique, difundidas mediante novedosas técnicas de agitación y propaganda.

A medida que la guerra se prolongó y se hicieron más evidentes los intereses extranjeros implicados en su resolución, el PCE imprimió a su propaganda un tono patriótico que eclipsó las referencias revolucionarias, incluso aquellas que hacían referencia a términos de la inconclusa revolución burguesa. Fue la impregnación definitiva del discurso comunista español por el ideario patriótico, cuajado de mitos y referencias pertenecientes a la cultura política del progresismo liberal decimonónico, que alumbró el republicanismo popular de entre siglos. La clave del éxito del PCE fue conjugar la defensa de este ideario de izquierdas de amplio

espectro, en el que podían reconocerse amplias capas del pueblo republicano, con la capacidad organizativa propia de un partido de masas y la explotación de los instrumentos adecuados para una movilización intensiva en el contexto de una guerra total.

Merced a este giro, el PCE pasó a ocupar progresivamente un lugar de centralidad en la política del momento. Tuvo la habilidad de desplegar en torno suyo un conglomerado de organizaciones (la «galaxia PCE»: Socorro Rojo, Amigos de la Unión Soviética, Mujeres Antifascistas) que ampliaron la base del frentepopulismo y extendieron su mensaje a otros sectores de la izquierda no necesariamente vinculados orgánicamente con el partido. El principal logro de estos frentes de masas fue el de alimentar la percepción del PCE como un partido-providencia, capaz de suministrar estímulo moral y ayuda material tanto a los combatientes como a la retaguardia, estableciendo entre ellos un vínculo de apoyo mutuo que dotaba plenamente de sentido a la lucha global contra la reacción y el fascismo.

El PCE fue una organización cuyas dimensiones fueron magnificadas interesadamente por la propia propaganda, pero también por sus adversarios, que pretendieron justificar sus errores por la supuesta aplastante superioridad de los comunistas. Fue un partido cuya militancia creció de forma acelerada —durante la primera mitad de la guerra—, pero que, en un plazo tan breve, nunca pudo dar el salto cualitativo de convertir la cantidad en calidad, es decir, de controlar y encuadrar con eficacia a todos los que solicitaron su carnet, y de transformar a una masa de simpatizantes y afiliados en un organizado contingente de activistas.

Las exageraciones propias y ajenas dotaron al PCE de una entidad mucho mayor de la que en realidad tuvo. La extensión de su organización fue bastante irregular, no logrando cuajar estructuras sólidas más allá de las grandes áreas urbanas, como Madrid, Valencia o Cataluña —en el caso del PSUC—, y algunos de sus territorios limítrofes. Es cierto que en el interior de algunos resortes del Estado (ejército, fuerzas de seguridad) ocupó inicialmente posiciones influyentes, pero no logró mantenerlas todo el tiempo —y mucho menos, incrementarlas hasta obtener una presunta hegemonía—, disfrutando de una suerte de poder difuso, basado en el control de distintas piezas del mecanismo estatal, pero entre las que faltó

una trabazón sólida y eficaz. Frente a la tesis tradicional que la dibujó como el efecto de una máquina todopoderosa, capaz de ejercer presiones insostenibles para sus adversarios y provocar a voluntad caídas y desgracias políticas, la actuación del PCE resultó limitada, e incluso impedida, cuando las autoridades o el conjunto de las fuerzas rivales pudieron oponerle una acción decidida o concertada. Es posible asegurar, incluso, que el éxito de la propaganda del PCE tuvo efectos contraproducentes para el propio partido, pues al amplificar su presencia pública mucho más allá del límite efectivo del poder que estaba en condiciones de ejercer, le llevó a ser percibido como un aparato amenazador dotado de una influencia avasalladora.

El PCE no fue un competidor del PSOE o de la CNT por la absorción de clientela con el carnet de ambas organizaciones. Las reiteradas acusaciones de « proselitismo» en predios ajenos efectuadas contra los comunistas decaen a la luz de los datos de reclutamiento. El activo del PCE se nutrió fundamentalmente de gente sin experiencia previa, de las cohortes más jóvenes de la población, numerosas en la sociedad española de la década de 1930 e impelidas a la acción política debido al contexto de radicalización de la época; y entre ellas, a medida que avanzó la guerra, de mujeres que vislumbraron en el compromiso partidario una puerta de acceso a la modernidad.

Respecto a los socialistas, la praxis de la agitación, la propaganda y la captación de nuevos miembros por parte del PCE se mostró muy eficaz en un contexto en el que primaba la urgencia de la movilización, y en el que los tiempos políticos estaban marcados por la emergente respuesta inmediata a las necesidades bélicas. La vieja estrategia socialista de la persuasión paciente y de la consecución del apoyo diferido para cuando llegase «el gran día» —o, más modestamente, las próximas elecciones—, unida a una vanidad organizativa propia de la aristocracia obrera, puntillosa respecto a la calidad requerida a los aspirantes a integrar sus filas, se revelaron obsoletas en tiempos que exigían resolución y respuesta urgente.

El PCE ganó por la mano a los socialistas merced a su disciplina interna, su unidad de criterio, el prestigio de la invocación al sostén de la URSS al esfuerzo de guerra republicano —en agudo contraste con la retracción de la socialdemocracia europea y sus organizaciones— y, por

supuesto, también a su capacidad para ofrecer a los neófitos puestos de relevancia en aquellos aparatos de la administración o del ejército donde ejercían influencia. Ofertas de promoción y palanca para la obtención de relevancia pública fueron recursos constantes de la dinámica de relación, propia de los vasos comunicantes, entre ambas corrientes de la izquierda a lo largo de la historia reciente. Al fin y a la postre, lo que le hizo el PCE al PSOE durante la guerra civil fue algo parecido a lo que el PSOE le hizo al PCE durante la década de los años ochenta del siglo XX. *Nihil novum sub sole*. Pero, en cualquier caso, el mayor éxito del PCE fue la captación del flujo afluente de la juventud a través de la fagocitosis de la dirección de la JSU. Esta, y no la absorción del partido adulto, habría sido, de culminar la guerra de otra forma, la principal amenaza para el relevo generacional en las filas del Partido Socialista.

Respecto a los anarquistas, que pretendieron materializar de forma inmediata la revolución desde una perspectiva micro (transformaciones radicales de la economía, la sociedad y las relaciones de producción a escala local), los comunistas opusieron el enfoque macro, su lectura de la guerra como una lucha agónica total, para lo que propusieron la articulación de los recursos e instrumentos necesarios para afrontarla. Pero, más allá de las visiones enfrentadas acerca de la naturaleza de la guerra (revolucionaria o primordialmente antifascista), de la prioridad al impulso de la revolución igualitaria en el marco de una confederación de comunas locales o de la centralización estatal en pos de la maximización del esfuerzo de guerra, entre la CNT y el PCE se dio la más aguda disputa por el liderazgo del movimiento obrero durante la República en guerra. Los anarquistas, que habían ejercido una hegemonía indiscutida en amplios sectores y extensas áreas territoriales durante los primeros tiempos de la contienda, se vieron enfrentados a la necesidad de pasar de una cultura antipolítica y eminentemente resistencialista a desarrollar un programa de gestión del poder.

En este trance se vieron acometidos por la expansión de la influencia comunista, que les disputó el espacio retórico de la revolución frente al reformismo —tradicional banderín de enganche del anarcosindicalismo en los años previos—, al tiempo que logró incorporar a su base social a un

amplio espectro de clases trabajadoras englobadas en la categoría de «pueblo laborioso», que no se encontraban cómodas en el campo de las experiencias revolucionarias de los libertarios y que, hasta entonces, habían integrado buena parte del pósito de reclutamiento del viejo partido socialista. La pugna por el control de las clientelas y el liderazgo del proceso desencadenado por la guerra se convirtió para los anarquistas, a partir de mayo de 1937, en una lucha por la supervivencia organizativa ante la evidencia de la reconstitución, bajo la pretendida hegemonía comunista, de los dos leviatanes —Estado y Ejército— contra los que tanto había combatido el movimiento libertario, mientras entonaban en todos los tonos posibles su frustración por la revolución traicionada y perdida.

Frente a lo sostenido reiteradamente por las interpretaciones tradicionales, el PCE albergó en su interior una representación a escala del pueblo laborioso antifascista, con un predominio de los asalariados y una reproducción, ponderada al alza en lo relativo a los trabajadores manuales (campesinos y obreros industriales), de la estructura laboral de la sociedad española de su época. Fruto del crecimiento desordenado, en el PCE convivieron adherentes con escasa formación junto con activistas formados en culturas políticas distintas y contextos diversos. El diferente entusiasmo militante de unos u otros no anuló del todo posibles contradicciones coyunturales con la línea oficial del partido. Aquellos (funcionarios y militares) que se aproximaron al partido como refugio o plataforma de promoción, manifestaron, como era de esperar, una entrega tibia y una fidelidad declinante al compás del avance de la perspectiva de la derrota. Por otro lado, la dirección tuvo que contener los impulsos de algunos de sus sectores radicalizados, aquellos llegados al compromiso militante por el poderoso influjo del mito soviético, entre quienes destacaron los combatientes de primera línea. De ello resultó un equilibrio complejo de sostener entre las dos corrientes que alentaron en el seno del PC durante todo este periodo, la pragmática y la radical. El partido se vio abocado a gestionar las tensiones derivadas de, simultáneamente, sostener al gobierno, disputarse el espacio de la izquierda con otras fuerzas concurrentes y contener —al tiempo de no desalentar, porque era necesario para galvanizar el espíritu de resistencia— el aliento revolucionario de sus militantes.

El PCE fue un partido que formaba parte de una estructura internacional indisociablemente ligada a la defensa de la URSS y sus intereses pero, al mismo tiempo, tuvo que enfrentarse a una situación extremadamente dinámica como fue la guerra civil, ante la que urgía dar respuestas que obedecían a condiciones nacionales. La necesidad de reaccionar ante situaciones cambiantes situó al partido en determinadas circunstancias ante un *tempo* político y una táctica que podían no resultar coincidentes con los que convenían a la estrategia soviética. Tal ocurrió con la entrada en el gobierno encabezado por Largo Caballero, en septiembre de 1936, y con la participación en su caída, en mayo de 1937; con las reticencias ante la directriz de impulsar la celebración de elecciones en el otoño de 1937, y la resistencia a la de abandonar el gobierno antes de la crisis de abril de 1938, que culminó con la salida de Prieto. En todos estos casos se incumplió, o se fue más allá, del alcance previsto originalmente por Moscú.

En esta tarea de guiar la línea del PCE y ajustarla a la sintonía modulada por la batuta soviética se emplearon los tutores designados al efecto por la Comintern, con diversa suerte. Unos, como Vitorio Codovilla («Luis»), apenas fueron capaces de ajustar su estilo de dirección, marcado por el más tosco sectarismo, la pertinaz resistencia al reconocimiento de los propios errores y la tendencia al desbordamiento de posiciones, a la nueva estrategia elaborada por el VII Congreso de la IC. Los efectos se apreciaron reiteradamente en el triunfalismo infundado de los análisis referentes a los primeros compases de la guerra, el uso instrumental del concepto de Frente Popular y la desaforada lectura del panorama abierto tras la salida del gobierno de Caballero. Estos inconvenientes, muy peligrosos en las dinámicas condiciones de la guerra civil, se intentaron corregir por parte de la IC mediante el envío en misión de nuevos delegados. El primero de ellos, el búlgaro Stoian Minev (« Stepanov» o «Moreno»), imbuido de la ortodoxia que en Moscú estaba sirviendo de carburante para alimentar la monstruosa maquinaria de las purgas, reincidió en buena parte en los errores de Codovilla. Su apuesta por el principio de que nunca se era demasiado radical a ojos de Stalin le condujo a desbordar ampliamente los objetivos planteados en la crisis de gobierno de mayo de 1937, y al

planteamiento de metas maximalistas. Ello hizo necesario el envío de una especie de *tutor de tutores*, el italiano Palmiro Togliatti («Ercoli» o «Alfredo»), no menos estalinista que los anteriores, pero sostenedor de una visión mucho más pragmática y coherente, tanto con la estrategia frentepopulista de la Comintern como con las orientaciones de la diplomacia del Kremlin.

« Stepanov» y «Alfredo» encarnaron las dos corrientes coexistentes en el seno de la dirección del PCE: el primero, antiguo profesor de la Escuela Leninista de Moscú, recibió el apoyo de la mayor parte del núcleo dirigente, en particular de Dolores Ibárruri, que no pocas veces se hizo portavoz de sus directrices. Togliatti, sin embargo, a pesar de no contar con la simpatía de importantes figuras del Buró Político español (en particular, fue franca su enemistad con Jesús Hernández y padeció la animadversión de gran parte de los mandos militares, como José del Barrio), supo imponer su orientación de manera interpuesta mediante su influencia sobre el secretario general, José Díaz, y de forma directa sobre el máximo responsable de la cantera juvenil, Santiago Carrillo. En cualquier caso, los roces entre ambas corrientes se manifestaron siempre en el plano de las discusiones internas acerca de los problemas tácticos planteados por la evolución de la situación política derivada de la guerra, y apenas se traslucieron hacia el exterior hasta los últimos compases de la contienda. Habría que esperar a la derrota para que los desgarros ocasionados por sus consecuencias abrieran grietas en la hasta entonces monolítica dirección comunista española.

El apoyo político y logístico de la Unión Soviética, con la llegada de armas y voluntarios reclutados por la Comintern en los decisivos momentos de la batalla de Madrid, fue usufructuado por el PCE, que se benefició de la oleada de simpatía generada por ello en la sociedad republicana. En contrapartida, el partido se implicó en las campañas contra el trotskismo y su organización de supuestos agentes en España, el POUM. La cruzada antitrotskista, que hasta la guerra no había pasado de ser una querella familiar en el seno del comunismo español, se insertó virulentamente en la política republicana como resultado de un factor exógeno, la lucha de tendencias en el interior del PC de la URSS proyectada a todo el movimiento comunista internacional. Más allá de lo absurdo de la mayoría

de las imputaciones vertidas sobre el POUM, la percepción de los comunistas españoles sobre el trotskismo prescindió del inextricable debate teórico para explicarse a la luz de los dogmas impuestos por Moscú y de la experiencia vivencial de los dirigentes nativos. El trato en tiempos pasados con gentes como Jacques Doriot, cuya deriva hacia el fascismo parecía convalidar a ojos de los convencidos de antemano los asertos estalinianos sobre las taimadas intenciones de Trotsky y sus secuaces, se unió a la lectura de la actualidad en la que confluían los desbordamientos en la retaguardia con las ofensivas enemigas en el frente. El secretario de la CNT lo advirtió en su momento. Semejante magma no tenía ninguna dificultad en consolidarse como el sustrato explicativo sobre el que floreciese una teoría de la conspiración.

Como instrumento amplificador, el PCE consiguió algunos de los objetivos que se le prescribieron: logró explotar con eficacia el fracaso de la insurrección de retaguardia de Barcelona en mayo de 1937 y endosar su responsabilidad prácticamente en exclusiva al POUM, en pos de su ilegalización y de la persecución de sus líderes y militantes. Pero fracasó en otros, y de manera particular en la conversión del sumario contra la cúpula del POUM en un juicio simbólico contra el trotskismo en España, a semejanza de los procesos impulsados en la URSS por Yezhov y Vichinski: a pesar de ciertas interpretaciones sesgadas, en 1938 Barcelona no fue Moscú.

El PCE fue, por último, un partido con vocación de poder —lógicamente—, pero que, al tiempo, hubo de retraerse de acometer su conquista por el imperativo de las consignas de Moscú, apostando en cambio por el mantenimiento del pluralismo frentepopulista. El PCE tuvo que hacer equilibrios complejos: consciente de que, a partir de un momento determinado, fue la fuerza fundamental para el sostenimiento del gobierno de Juan Negrín, compartió con él, y en su estela, la política de resistencia y la animadversión creciente que llevaron a su caída en marzo de 1939. No hubo un plan coherente del PCE para la toma del poder, porque este objetivo nunca se planteó en firme. La influencia comunista, muy importante en algunos momentos, pero variable en el tiempo,

territorialmente inconexa y nunca hegemónica, se ejerció siempre en concurrencia con otras fuerzas políticas y sindicales que nunca fueron tan débiles como para dejarse absorber o aplastar por ella.

El PCE fue, no cabe duda, una de las columnas maestras de la movilización de masas para afrontar el esfuerzo bélico en la era de la guerra total. Se erigió en un puntal básico del sostenimiento del esfuerzo de guerra republicano, contribuyendo a hacer posible lo que ninguna otra nación europea había llevado a cabo con anterioridad: resistir con las armas la imposición del yugo fascista. Mantuvo la lealtad hasta el final al gobierno Negrín, que se propuso llevar a término la contienda salvaguardando la dignidad nacional y las vidas de los combatientes comprometidos. Pero el deterioro de la situación bélica, la endeblez política de una militancia que, habiendo llegado en forma de aluvión, se escurrió en caudales crecientes al compás de los reveses militares, y la identificación de su línea de actuación como la de un partido interesado en la prolongación de la guerra y, por tanto, del sufrimiento a beneficio de los intereses de una potencia extranjera, acabaron convirtiendo al PCE en un gigante varado, que acabó desintegrándose por la acción combinada de fuerzas externas y de una acelerada descomposición interior.

Aun con todo ello, el PCE dejó un legado a las generaciones de militantes clandestinos, que, penosa y arriesgadamente, lograron articular unas estructuras de oposición interior a la dictadura franquista, mil veces golpeadas y otras tantas reconstruidas. Un legado consistente en un imaginario épico forjado en los hitos del combate contra el fascismo (Madrid, Guadalajara, Brunete, el Ebro...), capaz de alimentar la esperanza en la reconquista de la libertad. Imaginario y esperanza que, durante décadas, quedaron simbolizados en el indicativo —los primeros compases del *Himno de Riego*— de la principal plataforma propagandística contra el franquismo, significativamente bautizada como Radio España Independiente.

Bibliografía

Archivos

Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH).

Archivo Histórico Nacional (AHN), Fondos contemporáneos.

Archivo del Congreso de los Diputados (ACD).

Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE).

Fundación Pablo Iglesias (FPI).

Biblioteca del Pavelló de la República, Universitat de Barcelona, Fons FP Subsèrie José del Barrio (BPRUB-FB).

Hemeroteca Municipal de Madrid.

Archivo Juan Negrín López, París (AJNL).

The National Archives (TNA).

Prensa periódica

Mundo Obrero.

Frente Rojo.

El Socialista.

Solidaridad Obrera.

La Vanguardia.

ABC, diario republicano de izquierdas.

Memorias y testimonios

Abad de Santillán, Diego, *Por qué perdimos la guerra: una contribución a la historia de la tragedia española*, G. del Toro, Madrid (1975).

Andrade, Juan, *Recuerdos personales*, Ediciones del Serbal, Barcelona (1983).

—*Apuntes para la historia del PCE*, Fontamara, Barcelona (1979).
Araquistáin, Luis, *Sobre la Guerra Civil y en la emigración*, Espasa-Calpe, Madrid (1983).
Ascaso, Joaquín, *Memorias (1936-1938). Hacia un nuevo Aragón*, Prensas Universitarias de Zaragoza-Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca (2006).
Azaña, Manuel, *Diarios completos: monarquía, república, guerra civil*, Crítica, Barcelona (2000).
Barriobero y Herrán, Eduardo, *El Tribunal revolucionario de Barcelona. 19361937*, Espuela de Plata, Sevilla (2207).
Borkenau, F., *El reñidero español*, Ruedo Ibérico, París (1971).
Bullejos, José, *La Comintern en España. Recuerdos de mi vida*, Impresiones Modernas, México (1972).
Carrillo, Santiago, *Mañana, España. Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo*, Ebro, París (1975).
—*Memorias*, Planeta, Barcelona (1993).
Castro Delgado, Enrique, *Hombres made in Moscú*, Caralt, Barcelona (1963).
Checa, P., *Qué es y cómo funciona el Partido Comunista de España (Algunas normas de organización). Con los estatutos del P.C. de España*, Ediciones Europa América, Madrid (1937).
Costa Font, Josep, *Memorias de un colectivista libertario badalonés (1936-1939). La otra revolución desconocida*, Centre de Documentació Antiautoritari Llibertari-Centre d'Estudis llibertaris Federica Montseny, Badalona (2008).
Díaz, José, *La guerra y el Frente Popular*, VOSA, Madrid (1990).
Delaprée, Louis, *Morir en Madrid. Edición de Martin Minchom*, Raíces, Madrid (2009).
Dimitrov, Georgi, *Diario. Gli anni di Mosca*, Einaudi, Turín (2002).
Domínguez Benavides, Manuel, *La escuadra la mandan los cabos*, Ediciós do Castro, La Coruña (2005, 4.ª edición).
Domínguez Aragonés, Edmundo, *Los vencedores de Negrín*, Roca, México (1976).

Duclos, Jacques, *Mémoires. Aux jours ensoleillés du front populaire, 1935-1939*. t. II, Fayard, París (1969).
Falcón, Irene, *Asalto a los cielos: mi vida junto a Pasionaria*, Temas de Hoy, Madrid (1996).
Gambáu Gil, Antonio, *Consejo de Defensa y movimiento colectivista en Aragón, 1936-1939*, Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe, Institución Fernando el Católico, Caspe (2007).
García Pradas, José, ¡*Teníamos que perder*!, Plaza y Janés, Barcelona (1977).
García Oliver, Juan, *El eco de los pasos*, Planeta, Barcelona (2008).
Gitlow, Benjamin, *The Whole Of Their Lives. Communism in America. A Personal History and Intimate Portrayal of its Leaders*, Western Islands, Boston-Los Ángeles (1965).
González, *el campesino*, Valentín, *Comunista en España y antiestalinista en la URSS*, Espuela de Plata, Sevilla (2008).
Guzmán, Eduardo de, *Madrid rojo y negro*, Oberón, Madrid (2004).
Hernández Tomás, Jesús, *Yo fui un ministro de Stalin*, Editorial América, México (1953).
—*Negro y rojo. Los anarquistas en la revolución española*, La España Contemporánea, México (1946).
Ibárruri, Dolores, *El único camino*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú (1963).
—*Memorias de Pasionaria. 1939-1977*, Planeta, Barcelona (1984).
Koltsov, Mijail, *Diario de la guerra de España*, Backlist, Madrid (2009).
Largo Caballero, Francisco, *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, Editores Reunidos, México (1954).
Líster, Enrique, *Así destruyó Carrillo el PCE*, Planeta, Barcelona (1983).
—*Nuestra guerra. Memorias de un luchador*, Silente, Madrid (2007).
Martínez Amutio, Justo, *Chantaje a un pueblo*, G. Del Toro, Madrid (1974).
Matorras, E., *El comunismo en España*, s. e., Madrid (1935).
Maurín, Joaquín, *Revolución y contrarrevolución en España*, Ruedo Ibérico, París (1966).
Mera, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, CGT (ed.), Madrid (2006).

Morrow, Félix, *Revolción y contrarrevolución en España* (1939). Versión on line: http:// revolucionespanola.elmilitante.org/pdf/F_M.pdf.
Paz, Abel, *Crónica de la Columna de Hierro*, Virus, Barcelona (2001).
Peirats, José, *La CNT en la revolución española* (3 vols.), Ruedo Ibérico, Madrid (1978).
Pérez Solís, Óscar, *Memorias de mi amigo Óscar Perea*, Renacimiento, Madrid, (1929).
Portela, Luis, «El nacimiento y los primeros pasos del movimiento comunista en España», en *Revista de Estudios de Historia Social*, n.º 14, Madrid, julio-septiembre (1980).
Prieto, Indalecio, *Entresijos de la guerra de España*, Planeta, Barcelona (1989).
—*Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, Planeta, Barcelona (1989).
Rosal, Amaro del, *1934, El movimiento revolucionario de Octubre*, Akal, Madrid (1984).
Sánchez Montero, Simón, *Camino de libertad. Memorias*, Temas de Hoy, Madrid (1997).
Starinov, Ilya, *Over the Abyss. My Life in Soviet Specials Operations*, Ivy Books, Nueva York (1995).
Minev (*Stepanov*), Stoyan Minev, *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyan Mínev (Stepanov), delegado en España de la Komintern (1933-1939)*, Miraguano Ediciones, Madrid (2003).
Sudoplatov, Pavel y A., *Operaciones especiales: memorias de un maestro de espías soviético*, Plaza y Janés, Barcelona (1994).
Tagüeña, Manuel, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona (2005).
Togliatti, Palmiro, *Escritos sobre la guerra de España*, Crítica, Barcelona (1980).
Valtin, Jan, *Sans patrie ni frontières*, Dominique Wapler, París (1947).
Vanni, Ettore, *Yo, comunista en Rusia*, Destino, Barcelona (1950).
Zugazagoitia, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Tusquets, Barcelona (2001).

Bibliografía secundaria

Ackelsberg, Martha A., *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*, Virus, Barcelona (2000).

Agosti, Aldo, *Palmiro Togliatti*, UTET, Turín (1996).

Aizpuru, Mikel, *El informe Brusiloff. La Guerra Civil de 1936 en el Frente Norte vista por un traductor ruso*, Alberdania, Irún (2009).

Alba, Víctor, El *Partido Comunista en España. Ensayo de interpretación histórica*, Planeta, Barcelona (1979).

Alpert, M., *El Ejército Popular de la República* (1936-1939), Crítica, Barcelona (2007).

Álvarez, Santiago, *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República. Aportaciones a la historia de la guerra civil española (1936-1939)*, Testimonio y reflexión, Ediciós do Castro, La Coruña (1989).

Ararrás, Joaquín, *Historia de la Cruzada española*, Ediciones Españolas, Madrid (1939-1943).

Aróstegui, Julio, y Martínez, Jesús A., *La Junta de Defensa de Madrid. Noviembre 1936-Abril 1937*, Comunidad de Madrid, Madrid (1984).

Aróstegui, Julio, «La república en guerra y el problema del poder», en *Studia Histórica*, vol. III, n.º 4, Salamanca (1985).

« Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española, la persistencia del «Gran Engaño», *Historia Contemporánea. Revista del Departamento de Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco (1990), pp. 151-177.

Avilés Farré, Juan, *La fe que vino de Rusia: La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, UNED, Madrid (1999).

—«Le origini del Partito Comunista di Spagna, 1920-1923», *Ricerche di Storia Politica*, año 3, n.º 1, enero (2000), pp. 3-28.

Aznar, Manuel, *Guerra y victoria de España (1936-1939)*, Editorial Magisterio Español, Madrid (1942).

Ballarín Aured, M., «El PCE en Zaragoza durante la etapa del Frente Popular», en *I Congreso de Historia del PCE*, t. I, FIM, Oviedo (2007).

Banac, I. (ed.), *The Diary of Georgi Dimitrov (1933-1945)*, Yale University Press, New Haven-Londres (2003).

Barranquero, Encarnación, «Orígenes y carácter del Frente Popular», en *Políticas de alianza y estrategias unitarias en la historia del PCE*, Papeles de la FIM, n.º 24, 2.ª época, Madrid (2006).

Beevor, Antony, *La guerra civil española*, Crítica, Barcelona (2005).

Blanco, Juan Andrés, *El Quinto Regimiento y la política militar del PCE en la Guerra Civil*, UNED, Madrid (1993).

Brenan, Gerald, *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Ruedo Ibérico, París (1962).

Brenes Cobos, Sergio José, « Andrés Rodríguez, concejal comunista de Málaga (1931-1936)», en *Revista Jabega*, n.º 88, Centro de ediciones de la Diputación de Málaga (2001). Edición digital: http://www.cedma.com/archivo/jabega_ pdf/jabega88_71-81.pdf

Bocca, Giorgio, *Palmiro Togliatti*, Grijalbo, Barcelona (1977).

Bolloten, Burnett, *La Guerra Civil española: Revolución y contrarrevolución*, Alianza, Madrid (1997).

Broué, Pierre, y Témine, Emile, *La Revolution et la guerre d'Espagne*, Les Éditions de Minuit, París (1961). Traducción española: *La Revolución y la Guerra de España*, FCE, México (1977, 2 vols.).

—*Staline et la Révolution. Le cas espagnol.* Fayard, París (1993).

Bueno, Manuel, y Gálvez, Sergio (coord.), «Políticas de alianza y estrategias unitarias en la historia del PCE», *Papeles de la FIM. Revista de Investigación marxista*, FIM, Madrid, n.º 24, 2.ª época (2006).

Carabantes, Andrés, y Cimorra, Eusebio, *Un mito llamado Pasionaria*, Planeta, Barcelona (1982).

Carr, Edward H., *La Comintern y la Guerra Civil española*, Alianza, Madrid (1984).

Casanova, Julián, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939),* Crítica, Barcelona (1997).

—*Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Crítica, Barcelona (2007a).

Anarquismo y violencia política en la España del siglo XX, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza (2007b).
Casanova Nuez, Ester, *La violencia política en la retaguardia republicana de Teruel durante la guerra civil*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel (2009).
Cattel, David T., *Communism and the spanish civil war*, University of California Press, Los Ángeles (1955).
Ceamanos Llorens, Roberto, *El discurso bolchevique. El Parti Communiste Français y la Segunda República española (1931-1936)*, Biblioteca Nueva, Madrid (2010).
Cervera Gil, Javier*, Madrid en guerra: la ciudad clandestina, 1936-1939*, Alianza, Madrid (1998).
CNT, *Realizaciones revolucionarias y estructuras colectivistas de la Comarcal de Monzón (Huesca). Con notas sobre la represión comunista*, Ediciones Cultura y Acción, Huesca (1977).
Cobo Romero, Francisco, *Por la reforma agraria hacia la revolución. El sindicalismo agrario socialista durante la II República y la Guerra Civil (1930-1939)*, Universidad de Granada, Granada (2007).
Cohen, Gidon, Moragan, Kevin, y Flinn, Andrew, «Un cadeau de Russie. L'École léniniste internationale et le communisme britanique», en *Communisme*, n.º 87, París (2006).
Comín Colomer, Eduardo, *Historia del Partido Comunista de España*, Editora Nacional, Madrid (1967).
—*El 5.º Regimiento de Milicias Populares*, San Martín, Madrid (1973).
Congreso Extraordinario del PSOE, 1921 . Nacimiento del Partido Comunista Español, ZYX, Madrid (1975).
Courtois, S., y Panné, J-L., «La sombra del NKVD proyectada en España», en *El Libro Negro del Comunismo*, Planeta, Barcelona (1998).
Cruz, Rafael, *El Partido Comunista de España en la Segunda República*. Alianza, Madrid (1987).
—«Del partido recién llegado al partido de todos. El PCE, 1920-1939», en Bueno, M., *et al.*, *Historia del PCE, I Congreso 1920-1977*, FIM, Barcelona (2007).

Dallin, Alexander, y Firsov, F. I., *Dimitrov & Stalin, 1934-1943. Letters from the soviet archives*, Yale University Press (2000).

Díez Torre, A., «El PCE en la gestación del frentepopulismo aragonés, 1936-1937», en *I Congreso de Historia del PCE*, FIM, Oviedo (2007).

—*Trabajan para la eternidad. Colectividades de trabajo y ayuda mutua durante la Guerra Civil en Aragón*, La Malatesta Editorial-Prensas Universitarias de Zaragoza, Madrid-Zaragoza (2009).

Dreyfus, Michel, *et al.*, *Le siècle des communismes*, Éditions de l'Atelier, París (2004).

Egea Bruno, Pedro M.ª, «La visión comunista sobre la Armada republicana, El informe de 1938», en *Historia, política y cultura: homenaje a Javier Tusell*, bajo la dirección de Avilés Farré, Juan, UNED, Madrid (2009).

Egido, José Antonio, *Jesús Larrañaga, comunista y abertzale*, VOSA, Madrid (1994).

Elorza, Antonio, y Bizcarrondo, Marta, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona (1999).

—«Codovilla en Paracuellos», *El País*, 1 de noviembre de 2008.

Erice, Francisco (ed.), *Los comunistas en Asturias (1920-1982),* Ediciones Trea, Oviedo (1996).

—«Tras el derrumbe del Muro: un balance de los estudios recientes sobre el comunismo en España», *Ayer*, n.º 48, Madrid (2002).

Espinosa, Francisco, *La primavera del Frente Popular Los campesinos de Badajoz y el origen de la guerra civil (marzo-julio de 1936)*, Crítica, Barcelona (2008).

Estruch, Joan, *Historia del PCE (1920-1939)*, El Viejo Topo, Barcelona (1978).

—*Historia oculta del PCE*, Temas de Hoy, Madrid (2000).

Fernández Rodríguez, Carlos, *Madrid clandestino. La reestructuración del PCE, 1939-1945*, Fundación Domingo Malagón, Madrid (2002).

Fernández Soria, Juan Manuel, *Juventud, Ideología y Educación. El compromiso educativo de las Juventudes Socialistas Unificadas*, Universidad de Valencia, Valencia (1992).

Gabriel, Pere, «Contexto internacional y Frente Popular», en *Políticas de alianza y estrategias unitarias en la historia del PCE, Papeles de la FIM*, n.º 24, 2.ª época, Madrid (2006).
Gallego, Ferran, *Barcelona, mayo de 1937. La crisis del antifascismo en Cataluña*, Debate, Barcelona (2007).
García, Hugo, «Historia de un mito político, El *peligro comunista* en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)», en *Historia Social*, n.º 51, Madrid (2005).
García Bilbao, X, García Bilbao, P. A., y Paramio Roca, P., *La represión franquista en Guadalajara*, Foro por la Memoria de Guadalajara, Ediciones Silente, Guadalajara (2010).
García Venero, Maximiano, *Historia de las Internacionales en España*, Ediciones del Movimiento, Madrid (1956-1957, 3 vols.).
Gibson, Ian, *Paracuellos. Cómo fue*, Argos Vergara, Barcelona (1983).
Gómez, Mayte, *El largo viaje. Política y cultura en la evolución del Partido Comunista de España. 1920-1939*, Ediciones de la Torre, Madrid (2005).
Gorkin, Julián, *España, primer ensayo de democracia popular*, Asociación argentina por la libertad de la cultura, Buenos Aires (1961).
—*El proceso de Moscú en Barcelona. El sacrificio de Andrés Nin*, Aymá, Barcelona, 1973.
—*Contra el estalinismo*, Laertes, Barcelona (2001). Los textos de varios de sus artículos pueden consultarse en internet: http://www.fundanin.org/agorkin.htm
González Martínez, Carmen, *Guerra Civil en Murcia. Un análisis sobre el poder y los comportamientos colectivos*, Universidad de Murcia, Murcia (1999).
Gotovitch, José, *et al.*, *Komintern: L'histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l'Internationale communiste*, Éditions de l'Atelier, París (2001).
Graham, H., *El PSOE en la Guerra Civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939)*, Debate, Madrid (2005).
—*La República española en guerra, 1936-1939*, Debate, Madrid (2006).

Godicheau, François, «La légende noir du Service d'Information Mili taire de la République espagnole, et l'idée de contrôle politique», *Le Mouvement Social* (2002), pp. 29-52.

GRE, véase VV. AA., *Guerra y revolución en España*.

Gross Babette, *Willi Müzenberg. Una biografía política*, Ikusager, Vitoria-Gasteiz (2007).

Guillamón, A., «El terror estalinista en Barcelona, 1938», *Balance. Cuaderno de historia*, n.º 33. Barcelona (2010).

Heine, Hartmut, *La oposición política la franquismo*, Crítica, Barcelona (1983).

Hermet, Guy, *Los comunistas en España*, Ruedo Ibérico, París (1972).

Hernández Sánchez, Fernando, *Comunistas sin partido. Jesús Hernández, Ministro en la guerra civil, disidente en el exilio*, Raíces, Madrid (2007).

—y Doncel López, Almudena, «Quinientas horas para la clandestinidad: El PCE en Levante y el final de la guerra civil», *Congreso La Guerra Civil Española 1936-1939*, Madrid (2006).

Hobsbawm, Eric J., *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona (1995).

—*Revolucionarios: ensayos contemporáneos*, Crítica, Barcelona (2000).

Ibáñez Ortega, Norberto, y Pérez, José Antonio, *Ormazábal. Biografía de un comunista vasco (1910-1982)*, Latorre Literaria, Madrid (2005).

Inquimbert, Anne-Aurore, *Un officier français dans la guerre d'Espagne. Carrière et écrits d'Henri Morel (1919-1944)*, Presses Universitaires de Rennes-Service Historique de la Défense, Rennes (2009).

Jackson, Gabriel, *La República española y la guerra civil*, Crítica, Barcelona (1976).

—*Juan Negrín. Médico, socialista y jefe del Gobierno de la II República española*, Crítica, Barcelona (2008).

Juliá, Santos, *La izquierda del PSOE (1935 -1936)*, Siglo XXI, Madrid (1977).

—"Preparados para cuando la ocasión se presente": Los socialistas y la revolución», en *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid (2000).

Karl, Mauricio (Mauricio Carlavilla), *El comunismo en España*, Sáez Hnos., Madrid (1932).

Kelsey, Graham A., *El Consejo Regional de Defensa de Aragón. II Aragón Libertario (1936-1937). Su acoso y destrucción*, Fundación Salvador Seguí, Madrid (1989).

Kowalsky, Daniel, *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, Crítica, Barcelona (2004).

Kriegel, Annie, *Los comunistas franceses*, Villalar, Madrid (1978).

Largo Alonso, M.ª Teresa, y Calco Sánchez-Malo, M.ª Dolores, «Análisis temático de la prensa de la JSU», en *Historia y Memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León. Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986. Tomo III. Hemerografías y Bibliografías*, Junta de Castilla y León, Salamanca (1988).

Lazar, Marc, *Maisons rouges. Les partis communistes français et italien de la Libération à nos jours*, Aubier, París (1992).

Ledesma, José Luis, *Los días de llamas de la revolución.Violencia política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Institución Fernando el Católico (CSIC), Zaragoza (2003).

López Villaverde, A. L, y Sánchez Sánchez, I., *Honra, agua y pan. Un sueño comunista de Cipriano López Crespo (1934-1938)*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Castilla La Mancha, Ciudad Real (2004).

—«Los radios comunistas en la retaguardia republicana: Cuenca, 1937-1938», en *I Congreso de Historia del PCE*, FIM, Oviedo (2007).

Martín Ramos, José Luis, *Rojos contra Franco. Historia del PSUC 1939 -1947*, Edhasa, Barcelona (2002).

—«La afiliación del PSUC durante la guerra civil (1936-1939): volumen, distribución territorial y composición social», *Revista HMiC*, número V, (2007).

Martínez Reverte, Jorge, *La batalla de Madrid*, Crítica, Barcelona (2004).

Meaker, Gerald H., *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*, Ariel, Barcelona (1978).

Miralles, Ricardo, *Juan Negrín. La República en guerra*, Temas de Hoy, Madrid (2003).

Moradiellos, Enrique, *Don Juan Negrín*, Península, Barcelona (2006).
Morán, Gregorio, *Miseria y grandeza del PCE, 1939-1985*, Planeta, Barcelona (1986).
Núñez, Miguel, *La revolución y el deseo. Memorias*, Península, Barcelona (2002).
Núñez, Xosé-Manoel, y Faraldo, José M., «The First Great Patiotic War: Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939», en *Nationalities Papers*, 37 (2009).
Ortiz Heras, Manuel, *Violencia política en la II República y el primer franquismo*, Siglo XXI, Madrid (1996).
Pacheco Pereira, José, *Álvaro Cunhal. Unha biografía política «Daniel», o jovem revolucionario (1913-1941), T. V.* Temas e Debates, Lisboa (2008).
—«El Partido Comunista Portugués y la izquierda revolucionaria», *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, números 60-61, abril-septiembre (1988).
Padilla, Antonio, *El movimiento comunista español*, Planeta, Barcelona, (1979).
Pagés i Blanch, Pelai, «El POUM durante la guerra civil: La obsesión del estalinismo», introducción a Rieger, Max, *Espionaje en España*, Espuela de Plata, Sevilla (2007).
—*Cataluña en guerra y en revolución, 1936-1939*, Espuela de Plata, Sevilla (2006).
Payne, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo y revolución en España*, Random House Mondadori, Barcelona (2003).
—*¿Por qué la República perdió la guerra*?, Espasa, Madrid (2010).
PCE-Albacete, *Los comunistas en la historia de Albacete (1920-1979)*, Albacete (1990).
Pernía, Luis, y Bolívar, Adoración, *Un tranvía del Bulto a Vista Hermosa (Biografía de Cayetano Bolívar)*, Ediciones PCE, Málaga (2005).
Pike, David Wingeate, *Jours de gloire, jours de honte: le Parti Communiste d'Espagne en France depuis son arrivée en 1939 jusqu'à son départ en 1950*, Société d'Edition d'Enseignement Supérieur, París (1984).
Preston, Paul (ed.), *La República asediada*, Península, Barcelona (2001).

Puigsech Farrás, Josep, *Nosaltres, els comunistas catalans. El PSUC i la Internacional Comunista durant la Guerra Civil*, Eumo, Barcelona (2001).

—*Entre Franco y Stalin. El difícil itinerario de los comunistas en Cataluña, 1936-1949*, Montesinos, Barcelona (2009).

Quiroga-Cheyrouze, Rafael, *Almería, 1936-37. Sublevación militar y alteraciones en la retaguardia republicana*, Universidad de Almería, Almería (1997).

Radosh, Ronald, Habeck, Mary, R., y Sevostianov, G., *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona (2002).

Rees, Tim, «Deviation and discipline: anti-Trotskyism, Bolshevization and the Spanish Communist party, 1924-34», en *Historical Research*, 82, 215 (2007), pp. 131-156.

Reig Tapia, Alberto, *Violencia y terror. Estudios sobre la guerra civil española*, Akal, Barcelona (1990).

Ruiz Alonso, J. M., «Génesis y desarrollo del PCE en Toledo. La Edad de Plata: 1921-1936», en *I Congreso de Historia del PCE*, FIM, Oviedo (2007).

Ruiz Ayúcar, Ángel, *El Partido Comunista, 37 años de clandestinidad*, San Martín, Madrid (1976).

Rybalkin, Yuri, *Stalin y España. La ayuda militar soviética a la República*, Marcial Pons Historia, Madrid (2007).

Sánchez Cervelló, Josep, *¿Por qué hemos sido derrotados? Las divergencias republicanas y otras cuestiones*, Flor del Viento, Barcelona (2006).

Sánchez Recio, Glicerio, *Justicia y guerra en España. Los tribunales populares (1936-1939)*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Diputación de Alicante, Alicante (1991).

Santidrián, Víctor Manuel, *Historia do PCE en Galicia (1920-1968)*, Edicions do Castro, La Coruña (2002).

—*Comunismo y sindicalismo en la España del siglo XX (1920-1936)*, Documentos de Trabajo de la Fundación 1.º de Mayo, Madrid (2004).

Saña, Heleno, *La Internacional Comunista (1919-1945)*, Zero ZYX, Madrid (1972, 2 vols.).

Schauff, Frank, *La victoria frustrada. La Unión Soviética, la Internacional Comunista y la guerra civil española*, Debate, Barcelona (2008).

Seidman, Michael, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*, Alianza, Madrid (2003).

Sepúlveda Losa, R. M., «La primavera conflictiva de 1936 en Albacete», en *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 2 (2003).

Serrallonga i Urquidi, Joan, «El aparato provincial durante la Segunda República. Los gobernadores civiles, 1931-1939», en *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 7 (2007).

Serrano, Carlos, *L'enjeu espagnol. PCF et Guerre d'Espagne,* Editions Sociales, París (1987).

Solano, Wilebaldo, «La larga marcha por la verdad sobre Andreu Nin», en *Utopie Critique*, n.º 4, cuarto trimestre de 1994, París. Versión digital en la web de la Fundación Andreu Nin (http://www.fundanin.org). Entrevista con el autor (15 de mayo de 2005).

Solé i Sabaté, Josep M., *La repressió a la reraguarda de Catalunya (1936-1939)*, Abadía de Montserrat, Barcelona (1989, vol. 1).

Solla Gutiérrez, M. A., «El Partido Comunista en Cantabria durante la guerra civil», en *I Congreso de Historia del PCE*, FIM, Oviedo (2007).

Southworth, H. R., «"El gran camuflaje": Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la Guerra Civil española», en Preston, P. (ed.), *La República asediada*, Península, Barcelona (2001).

—«Los bibliófobos: Ricardo de la Cierva y sus colaboradores», en *El mito de la cruzada de Franco*, Mondadori, Barcelona (2008).

Souto Kustrín, Sandra, «Juventud, violencia política y "unidad obrera" en la Segunda República española», *Hispania Nova* (2001-2002), http://hispanianova. rediris.es/general/articulo/016/art016.htm

—*Y ¿Madrid? ¿qué hace Madrid?: movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Siglo XXI, Madrid (2004).

Termes, Josep, *Misèria contra pobressa. Els fets de la Fatarella del gener de 1937*, Afers, Barcelona (2005).

Thomas, Hugh, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, París (1967).

Thompson, Edward P., «La economía moral de la multitud», en *Costumbres en común*. Crítica, Barcelona (1995).

Tuñón de Lara, Manuel, *El movimiento obrero en la Historia de España (1924-1936)*, Laia, Barcelona (1977, tomo III).

Vinyes*, Ricard, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid (1976). [*En la portada de la edición de 1976 aparece firmado como Viñas].

Viñas, Ángel, *La soledad de la República,* Crítica, Barcelona (2006).

—*El escudo de la República*, Crítica, Barcelona (2007).

—*El honor de la República*, Crítica, Barcelona (2008).

—y Hernández Sánchez, Fernando, *El desplome de la República*, Crítica, Barcelona (2009).

VV.AA., *Guerra y Revolución en España* [GRE] (5 vols.), Progreso, Moscú (1966).

VV.AA., *Relatos de la historia del Servicio de Inteligencia Exterior ruso. T. 3, años 1933-1941*, Relaciones Internacionales, Moscú (2007).

Werth, N., «Violences d'en haut, violences d'en bas dans la révolution russe», en Vigreux, J., y Wolikow, S., *Cultures communistes au Xxe siècle. Entre guerre et modernité*, La Dispute, París (2003).

Notas

1. El estado de la cuestión: la historiografía sobre el PCE en la guerra civil

1. VV.AA., *Guerra y Revolución en España*, Progreso, Moscú (1966), T. II, pp. 266-270.

2. Aunque desde hace algo más de una década, con la implosión de la Unión Soviética y la práctica desaparición del panorama político de la opción comunista, los autores adscritos a las corrientes de la derecha neoconservadora y posfranquista han situado al PSOE en el centro del punto de mira que siempre había ocupado el PCE.

3. En sus memorias Carrillo (1993, p. 332) no reconoce el efecto deletéreo que para el PCE tuvo la derrota tal como se produjo, a tenor de lo que expresa en estos términos: «En cualquier caso el debate posterior, si se hubiera generalizado en el partido, no hubiera contribuido a cambiar nada y podía haber provocado uno de esos conflictos bizantinos, tan característicos de las emigraciones políticas». Lo cierto es que tanto los expulsados en los años inmediatamente posteriores (José del Barrio) como los expulsables en un futuro (Enrique Líster) reclamaron en múltiples ocasiones un debate abierto sobre el comportamiento de la dirección tras el golpe de Casado.

4. La construcción del discurso prietista sobre la deletérea influencia comunista sobre Negrín comenzó con su *Informe ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español* de 9 de agosto de 1938, donde dio cuenta de su versión acerca de su salida del Gobierno. Posteriormente, en Francia y México reformuló varias veces los mismos argumentos, recogidos en Prieto, Indalecio: *Entresijos de la guerra de España*, Planeta, Barcelona (1989); y *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, Planeta, Barcelona (1989).

5. Prólogo a la edición francesa de *Cómo y por qué...,* septiembre de 1939.

6. Largo Caballero, Francisco, *Mis recuerdos, Cartas a un amigo*, Editores Reunidos, México (1954).

17. El artículo se encuentra en AHPCE, Partido Socialista Obrero Español, Dirigentes, Araquistáin, 1939, carpeta 131, 7/4.

8. «Juan Negrín es el hombre de gobierno más funesto e irresponsable que ha tenido España desde hace muchos siglos ... En otras épocas, por mucho menos, se fusilaba a los hombres responsables de tantas catástrofes, de tanta sangre y de tanta ruina, o por lo menos se les condenaba a una merecida prisión a no ser que ellos prudentemente huyeran antes al extranjero a morir en el oprobio, en el olvido o en la pobreza, mientras la Historia dictaba sobre ellos su ardua sentencia.» AHPCE, Partido Socialista Obrero Español, Dirigentes, Araquistáin, Carta al presidente Martínez Barrio, 1939, carpeta 131, 7/4.

9. Martínez Amutio (1896-1983) fue elegido senador por Valencia en las primeras elecciones democráticas de 15 de junio de 1977.

10. «Los principios básicos de nuestra ideología sobre los que se apoyaban nuestras organizaciones, los que sentían nuestros afiliados, tenían en su origen una absoluta coincidencia, pero habían sido adulterados por lo que ... rechazamos la filosofía de lo que se dio en llamar el marxismo-leninismo. Nos separaba esto y una conducta, unos métodos y nuestro respeto a la condición del hombre, unas normas y unas tácticas de lucha, que tampoco aceptábamos, y entre otros aspectos, la ausencia total de lealtad en sus relaciones, además del desprecio a la verdad y a la razón, sin contar con que nosotros nunca negamos, en tanto que socialistas, la condición de españoles y por ello sentíamos una aversión profunda a someternos a los dictados de un poder extranjero.» Martínez Amutio (1974, pp. 13-14).

11. Martínez Amutio (1974, pp. 24-27).

12. García Oliver, Juan, *El eco de los pasos*, Planeta, Barcelona (2008); Mera, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, CGT (ed.), Madrid (2006); Abad de Santillán, Diego, *Por qué perdimos la guerra: una contribución a la historia de la tragedia española*, G. del Toro, Madrid (1975); y Peirats, José, *La CNT en la revolución española*, Ruedo Ibérico, Madrid (1978).

13. De Valentín González lo más conocido es su *Vida y muerte en la URSS*, Bel, Buenos Aires, 1951, y *Comunista en España y antiestalinista en la URSS*, Guarania, México (1952). De Castro Delgado, *La vida interna de la Komintern: Cómo perdí la fe en Moscú,* EPESA, Madrid (1950); y *Hombres made in Moscú*, Caralt, Barcelona (1963).

14. Hernández, J., *Yo fui un ministro de Stalin*, América, México (1953).

15. Hernández, J., «La URSS en la guerra del pueblo español», *Acción Socialista*, n.os 24, 25, 26, 27-28, 31, 32-33 y 34, París, 1952.

16. Southworth, H. R., «“El gran camuflaje”: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la Guerra Civil española», en Preston, P. (ed.), *La República asediada*, Península, Barcelona (2001), p. 460.

17. Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (AFPI), Correspondencia entre Julián Gorkin y Enrique Castro Delgado, AJGG-558-35; *idem* sobre el Campesino, AJGG-559-27; *idem* con José Bullejos, AJGG-558-23.

18. Gorkin, J., *España, primer ensayo de democracia popular*, Asociación argentina por la libertad de la cultura, Buenos Aires (1961).

19. Gorkin, J., *Contra el estalinismo*, Laertes, Barcelona (2001). Los textos de varios de sus artículos pueden consultarse en internet: http://www.fundanin.org/ agorkin.htm

20. AFPI, Correspondencia entre Julián Gorkin y Burnett Bolloten, AJGG558-17.

21. Ararrás, J., *Historia de la Cruzada española*, Madrid, Ediciones Españolas (1939-1943); Aznar, M., *Guerra y victoria de España (1936-1939)*, Madrid, Magisterio Español (1942).

22. García Venero, M., *Historia de las Internacionales en España,* Madrid, Ediciones del Movimiento (1956-1957), 3 tomos. De Comín y Carlavilla se hace referencia más abajo.

23. Comín Colomer, E., *Historia del Partido Comunista de España*, Madrid, Editora Nacional (1967); Carlavilla, M., *El comunismo en España*; Madrid, Bergua (1935); Ruiz Ayúcar, A., *El Partido Comunista, 37 años de clandestinidad*, San Martín, Madrid, (1976); sobre De la Cierva hay una demoledora crítica en Southworth, H. R., «Los bibliófobos: Ricardo de la Cierva y sus colaboradores», en *El mito de la cruzada de Franco*. Mondadori, Barcelona, (2008), pp. 545-586.

24. La editorial francesa que tenía los derechos exclusivos para Europa del libro de Castro era Gallimard, que lo publicó en 1950 con el título *J'ai perdu la foi à Moscou*. Ese mismo año apareció en España, publicado por Ediciones y Publicaciones Españolas (EPESA). Las fuentes comunistas en México hicieron correr el bulo de que la editorial gala pertenecía al movimiento ultraderechista Croix de Feu. AHPCE , Divergencias, 107, 1/1, «Informe sobre el grupo H.C.D», n.º 120, México, (1951).

25. AFPI, Correspondencia entre Julián Gorkin y «el Campesino», AJGG559-27.

26. Hernández, J., *Yo, ministro de Stalin en España*, prólogo y notas de Mauricio Carlavilla, *Nos*, Madrid (1954). Hasta siete años después de su muerte en México, en 1974, no se editaría en España una parte de su testimonio autobiográfico sin las grotescas apostillas de Carlavilla y con el consentimiento de la viuda. El título (*En el país de la gran mentira. Segunda parte del libro «Yo fui un ministro de Stalin»*, G. del Toro, Madrid, 1974) se inspiraba directamente en el del libro del croata Ante Ciliga, *Au pays du grande mensonge* (París, 1938) que se completó en 1950 con *Sibérie, terre de l'exil et la industrialisation*, para adquirir el título definitivo de *Dix ans au pays du mensonge déconcertant*.

27. Morán (1986, p. 78).

28. Fueron los casos de Franz Borkenau o Arthur Koestler, miembros del Partido Comunista Alemán (KPD), destacados ambos en España durante la guerra civil. Las reflexiones de Borkenau quedaron recogidas en *El reñidero español* (1937), y en *World Communism*; Koestler, que escribió sobre sus experiencias en la guerra civil en su *Spanish Testament* (1937), giró hacia el anticomunismo en *El cero y el infinito* (1942), y reflejó su revelador viaje a la URSS en el tercer volumen de su autobiografía, *Euforia y utopía*. Jan Valtin, veterano espartaquista infiltrado en la Gestapo publicó en 1941 *Sans patrie ni frontières*, obra autobiográfica que denunciaba las falsificaciones del estalinismo; el croata Ante Ciliga, fundador del Partido Socialista Obrero Yugoslavo (comunista) y director del semanario *Borba* («La Lucha»), se adhirió al trotskismo y fue deportado a Siberia; escribió un libro testimonial de sus vivencias titulado *Au pays du grand mensonge*, publicado en París en 1938; el peruano Eudocio Ravines, delegado de la Comintern para Latinoamérica, y organizador del Frente Popular de Chile, rompió con el estalinismo tras el pacto Molotov-Ribbentrop de 1939 y publicó *La gran estafa* en 1953; Ettore Vanni, pedagogo y director del diario comunista valenciano *Verdad*, cuyo libro vio la luz en 1950, con el título de *Yo, comunista en Rusia*; los americanos Louis Fischer, periodista, y Benjamin Gitlow, antiguo dirigente del PC de los Estados Unidos, que publicitó su desengaño en sus memorias, *The Whole Of Their Lives*, Western Islands, Boston (1948); Fischer y otros ex comunistas, como el antiguo compañero de Toglliatti y Gramsci, Ignazio Silone, dejaron constancia de sus retractaciones en una obra recopilada por Richard Crossman, *Le Dieu des ténèbres*, París (1950).

29. Su *Homenaje a Cataluña* se ha convertido en la obra de referencia de los nostálgicos de la «revolución traicionada», con continuas reediciones desde su primera aparición en 1938.

30. Gitlow (1965, pp. 271-272). Evidentemente, las interpretaciones se acomodaban a la evolución del contexto internacional específico en que escribía cada autor. Gitlow, que publicó sus memorias el año de la primera gran crisis de la naciente Guerra Fría —el bloqueo de Berlín (1948)—, llevó las implicaciones del conflicto español más allá de donde se había quedado Krivitsky, para quien el motivo esencial de la implicación de Stalin en la guerra de España había sido crear un régimen bajo control para forzar a Francia e Inglaterra a pactar con la URSS o, en última instancia, utilizar a España como base de regateo para llegar a un acuerdo con Alemania. Cito la edición a cargo del inefable Mauricio Carlavilla (Mauricio Karl), *Yo, Jefe del Servicio Secreto Militar Soviético*, Sucesor de Hipólito de Pablo, Guadalajara (1945), p. 126.

31. Bolloten, B., *La Guerra Civil española: Revolución y contrarrevolución*. Alianza, Madrid, (1997, pp. 167-169).

32. Aróstegui (1990).

33. En el transcurso de mi investigación sobre la biografía del ex dirigente comunista Jesús Hernández —Hernández Sánchez (2007)— me dirigí a la institución que custodia los archivos de Bolloten, la Hoover Institution de la Universidad de Stanford (California), para solicitar copia de la información que poseyera sobre el personaje, que aparece en la relación de Bolloten como producto de entrevista personal. Se me remitió amable y gratuitamente en un plazo muy breve de tiempo la reproducción de lo que no dejaba de ser una metódica colección de recortes de prensa y libros, sin señal alguna que revelase la existencia de un trato personal entre el ex ministro de Instrucción Pública y el erudito americano.

34. Véase Hernández Sánchez (2007); y Prólogo a V. González, *el Campesino*, *Comunista en España y antiestalinista en la URSS*, Espuela de Plata, Sevilla (2008, pp. 9-31).

35. Publicación que, como demostró H. R. Southworth, contaba con financiación de la CIA. Southworth, H., «El gran camuflaje: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la guerra civil española», en Preston, P. (ed.), *La República asediada: Hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil*, Península, Barcelona (1999). Para los apólogos de Gorkin no hay problema en hacer de la necesidad virtud: «Si Gorkin hubiese recibido fondos de la CIA habría sido para defender proyectos —en especial, *Cuadernos*— que combinaban el anticomunismo y la oposición al franquismo. Esta revista, según Víctor Alba, posibilitó publicar —y sobrevivir— a un grupo bastante importante de escritores republicanos exiliados, en una época en que la prensa de izquierdas latinoamericana estaba controlada por los comunistas». Ferri Ramírez, M., « Julián Gorkin, la vida de un luchador», introducción a Gorkin, J., *Contra el estalinismo*, Laertes, Barcelona (2001). Se puede consultar on line en la web de la Fundación Andreu Nin: http://www.fundanin.org/ gorkin5.htm

36. Krivitsky cifra la evolución de la militancia comunista de los 23.000 anteriores a la guerra a los más de 200.000 en marzo de 1937.

37. «Después el Frente Popular (dieciséis diputados y unos 25.000 miembros) y de la intervención soviética en España, ese insignificante partido [el PCE] tenía que convertirse en la primera fuerza política del país (alrededor de medio millón de afiliados) y dominarlo casi todo.» Gorkin (1961).

38. Payne (2003, p. 372).

39. Dado que en las listas de ventas aparecen regularmente en posiciones destacadas algunas de las últimas elucubraciones de esta línea, Payne ha decidido aspirar al podio con su última obra (Payne, 2010), en la que ya desde la contraportada estimula las papilas de sus píos lectores con la caracterización de la Segunda República como una «democracia poco democrática», y su absolución a los sediciosos del 18 de julio, ya que «no fue una rebelión contra la democracia porque como tal ya no existía en España».

40. Alba, V., El *Partido Comunista en España. Ensayo de interpretación histórica*, Planeta, Barcelona (1979). Las reflexiones de Borkenau quedaron recogidas en *El reñidero español* (1937), y en *World Communism*; Koestler reflejaría su revelador viaje a la URSS en el tercer volumen de su autobiografía, *Euforia y utopía*.

41. Maurín, J., *Revolución y contrarrevolución en España*, pp. 287 y ss. Citado en Alba, *op. cit*., pp. 176-177. Maurín comete, a lo largo de este análisis, diversos errores cuantitativos (el PCE obtuvo 17 diputados —no 16— en febrero de 1936), cronológicos y de identificación personal (ni Humbert-Droz ni Rabaté eran asesores de la Comintern para el PCE en julio de 1936; lo habían sido entre 1930 y 1932), que Alba no se molesta en comprobar. Gotovitch, J., *et al*., *Komintern: L'histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l'Internationale communiste*, Éditions de l'Atelier, París, (2001, pp. 339-341 y 469-470).

42. Entre ellos, H. R. Southworth, Gabriel Jackson, Gerald Brenan, Hugh Thomas y Stanley G. Payne.

43. Cito la edición de Thomas, H., *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, París, (1967).

44. El acrónimo corresponde a la Federación Catalana de Gremios de Pequeños Comerciantes e Industriales.

45. Thomas (1967, pp. 407-408). Las siglas GEPCI correspondían a los Gremis i Entitats de Petits Comerciants i Industrials, sindicato de autónomos integrado en la UGT catalana. La otra referencia incompleta es a la Federación Campesina de Levante, impulsada por el PCE.

46. Brenan, G., *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Ruedo Ibérico, París (1962). [Cito la edición de Ibérica de Ediciones y publicaciones, Barcelona (1977).]

47. Brenan (1962, p. 368).

48. Brenan (1967, pp. 370 y 390).

49. Jackson, G., *La República española y la guerra civil*, Crítica, Barcelona (1976). La primera edición en español se publicó en México en 1967.

50. Refiriéndose a los oficiales del ejército que entraron en el PCE, Jackson afirma que «se afiliaron al partido, no basándose en la doctrina marxista, sino en la eficacia de los comunistas en la defensa de Madrid»: Jackson (1976, p. 317).

51. Hermet, G., *Los comunistas en España*, Ruedo Ibérico, París, 1972.

52. Broué, P. y Témine, E., *La Revolution et la guerre d'Espagne*, Les editions de minuit, París, 1961. Traducción española en *La Revolución y la Guerra de España*, FCE, México, 1977, 2 tomos. Padilla, A., *El movimiento comunista español*, Planeta, Barcelona, 1979; Estruch, J., *Historia del PCE (1920-1939)*, t. I. El Viejo Topo, Barcelona, 1978. Thomas, H., *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, París, (1967, pp. 407-408).

53. Testimonio de José Agustín Goytisolo, en Vilar, S., *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura (1936-1969)*, Éditions Sociales, Barcelona, París, Madrid (1968), p. 310; citado en Hermet (1972, p. 39); y en Estruch, J., *Historia oculta del PCE*, Temas de Hoy, Madrid (2000), p. 133.

54. Hermet (1972, p. 39).

55. Broué y Témine (1977, t. I, p. 271).

56. Radosh, R., Habeck, M. R., y Sevostianov, G., *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona (2002).

57. Payne, S. G., (2003, p. 302).

58. Se puede apreciar la diferencia abismal que existe entre la interpretación de Payne y la de Rafael Cruz sobre la secuencia de líneas estratégicas de la Comintern comparando la lectura de las páginas 14-16 del libro de Payne: *Unión Soviética, comunismo y revolución en España*, y las 106-108 del trabajo de Cruz: *El Partido Comunista de España en la Segunda República*, Alianza, Madrid (1987).

59. Estruch (2000, p. 132). De nuevo este autor no le concede importancia a citar sus fuentes, y ni siquiera, aunque lo hace reiteradamente en la repetición de lugares comunes, se toma la molestia de consultar a Hermet, quien sostiene: «Es cierto que las centrales sindicales anarquista (CNT) o socialista-comunista (UGT) reúnen efectivos infinitamente superiores a los partidos. Así, la CNT habría alcanzado 2.178.000 miembros, repartidos en 22 provincias, en abril de 1937, mientras que en febrero de 1936 tendría 1.500.000 en las 50 [*sic*] provincias ... La FAI habría pasado de 10.000 a 30.000 adherentes en la primavera de 1936 a 150.000 en abril de 1937». Para estos datos cita a C. M. Lorenzo: *Les anarchistes espagnoles et le pouvoir (1868-1969)*. Traducción española en Ruedo Ibérico, París (1972). Hermet (1972, pp. 36-37).

60. Broué y Témine (1977, t. I., p. 266).

61. Borkenau, F., *El reñidero español*, Ruedo Ibérico, París (1971), p. 160.

62. Broué y Témine (1977, t. I., p. 270); y Estruch (2000, p. 134).

63. Cattel (1955, p. 95). El autor americano no creyó necesario precisar su fuente, pero como se ve eso no ha constituido ningún inconveniente para los que han escrito después de él.

64. AHPCE, Documentos, Afiliados al Partido, Film XVII, 214, año 1938.

65. Broué, P., *Staline et la Révolution. Le cas espagnol,* Fayard, París (1993). El autor, por otra parte, se permite la licencia de enmendar la plana al trabajo de la actual generación de historiadores españoles cuyos trabajos de síntesis son «pobres e inspirados más por las necesidades políticas que por la búsqueda de la verdad histórica». Concluye la regañina dictaminando que en la historiografía española de los últimos años se ha encarnado el estalinismo en su versión negrinista (*sic*), obligándole a él, cual don Quijote de la Revolución Perdida, a retomar la pluma y el análisis en el punto en que lo dejó antaño junto a Émile Témine, y que él mismo considera —modestamente— que había resistido bastante bien el embate conjunto del «tiempo, la afluencia de documentos e informaciones y, más aún quizás, los asaltos repetidos, y muy a menudo insidiosos, de una generación de nuevos *compañeros de viaje*», algunos de los cuales escriben la Historia en función de sus propios prejuicios (p. 17).

66. Courtois, S., y Panné, J.-L., «La sombra del NKVD proyectada en España», en *El Libro Negro del Comunismo*, Planeta, Barcelona (1998), pp. 377-398.

67. Courtois y Panné (1998, p. 378).

68. Beevor, A., *La guerra civil española*, Crítica, Barcelona (2005), pp. 154, 165 y 227. El redondeo exagerado de Beevor («Si a principio del verano de 1936 los miembros del PCE podían ser unos 38.000, hacia fin de año se acercaban a los 200.000 y en marzo de 1937 rondaban los 300.000» —p. 227—) es inexplicable teniendo en cuenta que cita a Estruch (2000, p. 132), que se refiere a 250.000, basándose, a su vez, en las cifras del Pleno de Valencia (249.140 afiliados).

69. La evolución de los distintos marcos interpretativos se puede seguir en el capítulo XVII de Viñas, A., y Hernández Sánchez, F., *El desplome de la República*, Crítica, Barcelona (2009), pp. 413-451.

70. De todos estos encuentros se han publicado las actas correspondientes (véase la bibliografía), excepto, lamentablemente, del tema que constituye el asunto del presente trabajo.

71. Erice (2002, p. 316). Ocho años después, esta afirmación sigue siendo plenamente actual.

72. Elorza, A. y Bizcarrondo, M., *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona (1999); Kowalsky, D., *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, Crítica, Barcelona (2004); Rybalkin, Y., *Stalin y España. La ayuda militar soviética a la República*, Marcial Pons Historia, Madrid (2007); Schauff, A., *La victoria frustrada. La Unión Soviética, la Internacional Comunista y la guerra civil española*, Debate, Barcelona (2008).

73. Elorza y Bizcarrondo (1999, p. 15).

74. Erice (2002, p. 320).

75. Carr, E. H., *La Comintern y la Guerra Civil española*, Alianza, Madrid (1984).

76. Viñas, A., *La soledad de la República* (2006); *El escudo de la República* (2007); y *El honor de la República* (2008), Crítica, Barcelona. Existe una edición en bloque, bajo el título *La República española en guerra* (2009). También, junto con Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Crítica, Barcelona (2009).

77. E. P. Thompson, «La economía moral de la multitud», pp. 215-216, en *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona (1995). Thompson señala acertadamente que semejante reduccionismo haría protestar a los historiadores tradicionales si lo advirtieran en el trabajo de sus colegas marxistas. Constituye «un motivo de sorpresa el clima intelectual-esquizoide que permite a esta historiografía coexistir (en los mismos sitios y a veces en las mismas mentes) con una antropología social que deriva de Durkheim, Weber o Malinowski».

78. Thopmson (1995, pp. 215-216).

79. Kriegel, A., *Los comunistas franceses*, Villalar, Madrid (1978), p. 147.

80. Aunque todavía hay quien se resiste a abandonar viejas trincheras, como Ricardo de la Cierva, quien en su manual de combate contra la Memoria Histórica sostiene su convicción de que, aunque se diga que «el comunismo murió con la caída del Muro de Berlín en 1989 y la desaparición formal de la Unión Soviética ... desgraciadamente, no es verdad. La fuerza deformadora del comunismo se ha transmitido, casi en su totalidad, a la Internacional Socialista, una fuerza que, en definitiva, reconoce el mismo origen que el comunismo, es decir, el marxismo, la doctrina de Carlos Marx. Esa doctrina ... se mantiene incólume ... en considerables reductos del mundo occidental, clerical y universitario, señaladamente en España, al amparo de la Internacional Socialista que, junto a la antigua corriente cultural comunista transfigurada, que no desaparecida, forma lo que desde hace ya una década vengo llamando el Frente Popular de la Cultura». Cierva, R. de la, *El 18 de julio no fue un golpe militar fascista: no existía la legalidad republicana: deformación y violación sistemática de la memoria histórica de los españoles: todas las pruebas,* Fénix, Madrid (2000, p. 14). Sin comentarios.

2. UNA FUERZA MARGINAL: LOS PRIMEROS AÑOS DEL PCE (1920-1932)

1. *Congreso Extraordinario del PSOE, 1921 . Nacimiento del Partido Comunista Español*, ZYX, Madrid, (1975, p. 3).

2. Pedro Baptista da Rocha, citado en Pachecho Pereira, J., *Álvaro Cunhal. Unha biografía política. «Daniel», o jovem revolucionario (1913-1941), v.,* Temas e Debates, Lisboa, (2001, p. 87).

3. Pérez Solís, O., *Memorias de mi amigo Óscar Perea*, Renacimiento, Madrid, (1929, p. 221).

4. Ejemplos de sus violentas actuaciones fueron los altercados durante la convocatoria en solitario de una huelga general en Vizcaya en protesta contra el embarque de tropas del regimiento Garellano con destino a Marruecos, el intento de atentado contra la sede del periódico bilbaíno *El Liberal* y contra su principal inspirador, Indalecio Prieto, el 23 de agosto de 1923, y el enfrentamiento armado con la policía por la toma de la Casa del Pueblo, en cuyo transcurso Pérez Solís resultó herido de gravedad. La vida de Solís experimentaría un giro decisivo durante su estancia en prisión a raíz de estos sucesos: se convirtió al catolicismo por mediación de sus charlas con el padre Gafo y se afiliaría a la Falange Española bajo la República, uniéndose a la sublevación facciosa de julio del 36 y participando en la defensa de Oviedo bajo el mando de Aranda. Como colofón a su ajetreada biografía, retornó como gobernador civil designado por Franco al Valladolid del que en 1920 había sido desterrado por la monarquía de Alfonso XIII. Hernández Sánchez, *Comunistas sin partido. Jesús Hernández, Ministro en la guerra civil, disidente en el exilio*, Raíces, Madrid (2007).

5. El Partido Comunista Alemán (KPD) también recurría a estos extremos en los primeros años de la República de Weimar, como señala Jan Valtin: «Una banda de quince comunistas había tratado de apropiarse de la recaudación de la Sociedad de Gas de Berlín-Charlotenburg, en enero de 1923; algunas semanas después, llevaron a cabo la misma intentona en una fábrica de Berlín: Spandau. Su modo de actuar era extremadamente simple. Revólver en mano y enmascarados, llegaban ante las ventanillas y pronunciaban estas sencillas palabras: "¡En nombre de la revolución, manos arriba!". Enviaron el botín a la sección militar del Partido en Berlín». Valtin, J., *Sans patrie ni frontieres*, ed. Dominique Wapler, París (1947), p. 59.

6. Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Tesis, manuscritos y memorias, *Memorias de Vicente Uribe*, 60/5, Praga (1959); y AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, *Autobiografía de Leandro Carro*, 2/7.11

7. Meaker, G. H., *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*, Ariel, Barcelona (1978, p. 571).

8. Andrade, J., *Recuerdos personales*, Ediciones del Serbal, Barcelona (1983), p. 164.

9. *Ibid*, p. 155.

10. AHPCE, Dirigentes, *Leandro Carro*, 2/7.1.1.

11. Bullejos, J., *La Comintern en España. Recuerdos de mi vida*, Impresiones Modernas, México D.F., (1972, p. 32).

12. Andrade, J., *Recuerdos personales*, Ediciones del Serbal Barcelona (1983) pp. 158-159.

13. Portela, L., «El nacimiento y los primeros pasos del movimiento comunista en España», en *Revista de Estudios de Historia Social*, n.º 14, Madrid, julio-septiembre (1980, pp. 212-213.)

14. AHN, Fondos contemporáneos, Fondos reservados del Tribunal Supremo, Exp. 32, carpeta 8. Causa: Comunismo, 1928. Proceso por conspiración para la rebelión ... ejecutado por individuos pertenecientes al Partido Comunista Español.

15. «Un discurso, pleno de doctrina revolucionaria y de afirmación comunista en la lucha por el frente único, pronunciado por el camarada Jesús Hernández.» *Mundo Obrero*, 15 de septiembre de 1934.

16. Pachecho Pereira (2001, pp. 81-82).

17. AHN, Fondos contemporáneos, Fondos reservados del Tribunal Supremo, Exp. 32, carpeta 8. Causa: Comunismo, 1928. Proceso por conspiración para la rebelión ... ejecutado por individuos pertenecientes al Partido Comunista Español.

18. Bullejos (1972, p. 123).

3. Del relevo en la dirección al giro frentepopulista (1932-1936)

1. El proceso de sustitución de la dirección está analizado en Elorza y Bizcarrondo (1999, pp. 161-169).

2. Elorza y Bizcarrondo (1999 , p. 483).

3. «Los grandes jefes del proletariado. Rosa Luxemburgo y el luxemburguismo» (*Mundo Obrero, MO*, 23 de enero de 1933); y «En este cincuentenario de la muerte del maestro, opongámonos a las traiciones de los jefes socialfascistas al grito de ¡Marx nos pertenece!» (*Mundo Obrero, MO*, 14 de marzo de 1933).

4. «Del discurso del camarada Stalin: La victoria del plan quinquenal» (*MO*, 25 de enero de 1933).

5. «¿Contra quién luchan los jefes anarquistas?» (*Mundo Obrero, MO*, 17 de febreo de 1933); y «Reunión de la Mesa de la IOS: La forja de la mentira y de la capitulación» (*Mundo Obrero, MO*, 3 de abril de 1933).

6. Comín Colomer, E., *Historia del Partido Comunista de España*, tomo II, Editora Nacional, Madrid, (1967, p. 632).

7. Erice, F. (ed.), *Los comunistas en Asturias (1920-1982)*, Ediciones Trea, Oviedo, (1996, p. 84). El censo electoral ascendía a 401.467 personas, de las que votaron 273.950 (el 68,23 %).

8. Barranquero (2006, pp. 35-40). Sobre las circunstancias de la elección de Cayetano Bolívar, Pernía, L. y Bolívar, A., *Un tranvía del Bulto a Vista Hermosa (Biografía de Cayetano Bolívar)*, Ediciones PCE, Málaga, 2005.

9. La línea inspiradora del proyecto socialista de huelga general revolucionaria en el caso de entrada de la CEDA en el gobierno respondía a la vieja concepción *pablista* de que el PS debía prepararse para conquistar el poder cuando mediase una provocación previa de las clases reaccionarias para impedir el inexorable avance hacia la desaparición del capitalismo. Juliá, S., «"Preparados para cuando la ocasión se presente": Los socialistas y la revolución», en *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, (2000, pp. 145-148).

10. Los servicios de inteligencia británicos lograron descifrar los mensajes transmitidos por cable entre Moscú y Madrid, al menos hasta septiembre de 1936. Se encuentran en los fondos HW 17/26 y HW 17/27. El cotejo con algunos de los textos encontrados por Elorza y Bizcarrondo en los archivos ex soviéticos (RGASPI) demuestra que son los mismos que emitía y recibía la Comintern.

11. TNA, HW 17/26, 1692/Sp., 14/1/1934.

12. TNA, HW 17/26, 1693/Sp., 29/1/1934.

13. TNA, HW 17/26, 169y y 1698/Sp., 14 y 28/2/1934.

14. Duclos, J., *Mémoires. Aux jours ensoleillés du front populaire, 1935-1939*, Fayard, París (1969, t. II, pp. 99-100).

15. «Una interviú de *La Libertad*. El camarada Jesús Hernández expone, en nombre del CC, su criterio sobre el frente único» (*Mundo Obrero*, 2 de agosto de 1934).

16. «De las batallas parciales a las jornadas decisivas» (*Mundo Obrero*, 6 y 9 de agosto de 1934).

17. El autor, anónimo, del artículo se refería, a través de símiles, a los puestos desempeñados por Caballero durante la dictadura de Primo de Rivera o el primer gobierno Azaña. Los contenidos del texto en Ceamanos (2010, pp. 177-178).

18. «Discurso del camarada Jesús Hernández. Cordial llamamiento a los camaradas de la CNT» (*Mundo Obrero*, 14 de septiembre de 1934).

19. «Un discurso, pleno de doctrina revolucionaria y de afirmación comunista en la lucha por el frente único, pronunciado por el camarada Jesús Hernández», (*Mundo Obrero* 15 de septiembre de 1934).

20. TNA, HW 17/26, 1757/Sp., 8/9/1934.

21. La prueba del nueve a la que pensaban someter a los trotskistas no era, precisamente, muy sutil: «Si la dirección de la JS trata de utilizar el trotskismo para romper el Frente Unido, vosotros podéis parar rápidamente la maniobra. Vuestra tarea consiste en hacer que la JS, si no se adhiere al KIM, se una a vosotros en el Frente Unido sin trotskistas. La maniobra de la dirección de la JS puede ser contestada inteligentemente mostrando la naturaleza contrarrevolucionaria del trotskismo y podéis explicarles, no en la prensa sino en conversaciones con los líderes, que la Federación de la Juventud, sin cambiar en absoluto su posición con respecto al trotskismo, puede bajo ciertas condiciones acordar la participación de los jóvenes trotskistas en el Frente Unido. La Federación de la Juventud puede tomar este acuerdo si los jóvenes trotskistas declaran su condena de la declaración de Trotsky y se declaran incondicionalmente a favor del poder soviético en la URSS ... si los jóvenes trotskistas se declaran también en desacuerdo con la declaración de Trotsky de que en la URSS no se cumple la doctrina de Lenin respecto a la construcción del socialismo sino que se ha instalado un Termidor, si se declaran asimismo en desacuerdo con la declaración de Trotsky de que en la URSS no existe un gobierno de obreros y campesinos sino que se ha instalado una burocracia. Debéis hacer todo lo posible para conseguir la ayuda de la Juventud Socialista a favor de estas condiciones»: TNA, HW 17/261762/Sp., 29/9/1934.

22. TNA, HW 17/26, 1758/Sp., 18/9/1934.

23. TNA, HW 17/26, 1759 y 1761/Sp., 22/9/y 2/10/1934.

24. Para una aproximación a los hechos de la comuna asturiana, Marta Bizcarrondo, (ed.), *Octubre del 34*, Ayuso, Madrid (1977); David Ruiz, *Octubre de 1934. Revolución en la República española*, Sintesis, Madrid (2008). Actas y textos de la UGT en la edición de Amaro del Rosal, 1934: *El movimiento revolucionario de Octubre*, Akal, Madrid (1983).

25. TNA, HW 17/26, 1763/Sp., 7/10/1934.

26. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, Uribe, 60/5.

27. Es lo que durante bastante tiempo le ocurrió al partido británico. Hobsbawm (2000, p. 19).

28. TNA, HW 17/26, 1765/Sp., 10/10/1934.

29. Como afirma Santos Juliá en un implacable diagnóstico: «Una revolución a fecha fija, pendiente de una provocación que el adversario podía administrar a su gusto y desligada de la anterior movilización obrera y campesina, basada en una deplorable organización armada, sin objetivos políticos precisos, con la abstención de un numeroso sector de la clase obrera sindicalmente organizada, proyectada como mezcla de conspiración de militares presuntamente adictos y de huelga general del gran día, frente a un estado que mantenía intacta su capacidad de respuesta, no tenía ninguna posibilidad de triunfar»: Juliá (2000, p. 184). Un testimonio de primera mano sobre los hechos de octubre sigue siendo la obra clásica de Amaro del Rosal, *1934: El movimiento revolucionario de Octubre*, Akal, Madrid (1984).

30. TNA, HW 17/26,1770/Sp., 27/10/1934.

31. TNA, HW 17/26, 3428/Sp., 9/1/1935. «Parece que la policía cuenta con algunos medios para obtener información sobre el Partido Comunista. Hace ocho o diez días Bravo fue detenido por las autoridades como secretario del [Socorro Rojo] y poco después fue puesto en libertad. Bravo, que ha permanecido en el PC desde su fundación, se ha convertido probablemente en un informador. Se le supone la entrega de dos fugitivos de la policía que ha dado a ésta una gran cantidad de información de otros. Después de esto huyó a Portugal ... La última noche cinco policías preguntaron por Hernández por su propio nombre en su nuevo domicilio ilegal, en el que sólo ha estado dos días y donde, una hora antes, había tenido una entrevista con él. El peligro de que Manso y Díaz sean ejecutados es muy grande. Manso mantiene una actitud muy firme, ha asumido la responsabilidad de toda la iniciativa ... Por favor, debéis organizar de manera urgente una campaña internacional. Desafortunadamente *L'Humanité* no ha dicho nada durante las últimas semanas. Rosado ha sido puesto en libertad provisional.»

32. TNA, HW 17/26, 3422/Sp., 3/1/1935. «Por favor, preguntad a Marty si puede proponer a Vayo, que está en Francia, antes de la llegada de Medina, si puede preparar junto con Nelken y otros la plataforma de oposición del Partido Socialista sobre la que hemos hablado.»

33. TNA, HW 17/26, 1774/Sp., 12/11/1934: «Os avisamos que debéis traer la cuestión de la unificación local de los sindicatos revolucionarios con los reformistas y aquellos sindicatos anarquistas que han tomado parte en la lucha. Podéis traer ante la Comisión de Coordinación la cuestión de la unificación de todos los sindicatos y la creación de un sindicato único». TNA, HW 17/26, 1773/Sp., 9/11/1934: «El 12 de noviembre tendrá lugar una manifestación por el Frente Unido en París, en conexión con el mitin de la Segunda Internacional. Enviad ... uno de vuestros representantes».

34. Comín Colomer (1967, tomo II, pp. 514 y siguientes).

35. Sobre el contexto internacional que coadyuvó a la formulación de la política unitaria de la izquierda, Gabriel, P., «Contexto internacional y Frente Popular», en *Políticas de alianza y estrategias unitarias en la historia del PCE, Papeles de la FIM*, Madrid, n.º 24, 2.ª época, (2006, pp. 19-30).

4. VÍSPERAS (FEBRERO-JULIO DE 1936)

1. TNA, HW-26, 5995/Sp., 30/11/1935: «Caballero ha sido absuelto y nos ha informado de que va a cumplir su promesa.»

2. TNA, HW-26, 5994/Sp., 19/12/1935.

3. TNA, HW-26, 5985/Sp., 21/12/1935.

4. TNA, HW-26, 5891/Sp., 15/1/1936.

5. TNA, HW-26, 5901/Sp., 16/1/1936.

6. Codovilla llegó a transmitir a Manuilski que esto obedecía a alguna maniobra oculta del aparato socialista controlado por Prieto: «El comité ejecutivo del PS ha maniobrado para remover candidatos de la izquierda socialista y comunistas, usando a los candidatos trotskistas en las provincias con intención de forzar a nuestro partido a romper con el bloque. Nuestro partido ha [¿denunciado?] la maniobra pero no ha roto.» TNA. HW-26, 5232/Sp., 4/2/1936.

7. TNA, H.W, 26. 5232/Sp., 4/2/1936.

8. TNA, HW-26, 5232/Sp., 4/2/1936.

9. TNA, HW-26 5631/Sp., 31/3/1936.

10. Archivo del Congreso de los Diputados (ACD), *Documentación electoral*, 141, n.º 16.

11. TNA, HW-26, 5300/Sp., 26/2/1936. La argumentación se basaba en que: «1. Las organizaciones de los trabajadores no están representadas en este gobierno, solo el partido republicano [*sic*]. 2. Este gobierno no ha entregado tierra de los propietarios, el estado y la iglesia a los campesinos. 3. Necesariamente vacilará».

12. Para no dejar lugar a dudas, en la misma fecha en que se dio la directriz anterior se remitió un segundo cable que suprimía las consideraciones negativas sobre el gobierno: «Cancelad [el anterior mensaje]. Sustituidlo por este que sigue a continuación» (suprime la primera mitad, donde figuran los tres puntos numerados). TNA, HW-26, 5308/Sp., 26/2/1936.

13. «La situación política es la siguiente: El gobierno Azaña, bajo la presión política de las masas, está llevando a cabo el programa del bloque popular, y va más allá ... La situación revolucionaria se desarrolla rápidamente. La solución del problema de la tierra por métodos revolucionarios, no pasará mucho tiempo en plantearse con el desarrollo de la lucha, así como el problema del poder.» TNA, HW-26, 5382/Sp., 4/3/1936.

14. «En la manifestación del 1 de marzo en Madrid, en la que tomaron parte más de 500.000 personas, nuestros *slogans* sobre la revolución democrático-burguesa fueron aclamados por una inmensa mayoría de los manifestantes.» TNA, HW-26, 5382/Sp., 4/3/1936.

15. TNA, HW-26,5316/Sp., 4/4/1936.

16. TNA, HW-26, 5631/Sp., 31/3/1936. Bolloten se hubiera transportado de conocer el hecho. Ahora bien, del contexto se deduce que Carrillo asistió a la reunión del Comité Central en calidad de invitado, y que en aquel momento el comportamiento de los representantes de la izquierda socialista era contradictorio: tan pronto se mostraban dispuestos a integrarse en la IC como pasaban a evitar la adhesión a la Comintern y apostaban llanamente por el ingreso en masa de los comunistas en el PSOE. TNA, HW-26, 5808/Sp., 27/4/1936.

17. Souto Kustrín (2004, p. 182). El propio PCE reconocía que el desarrollo de las MAOC se había hecho «con gran negligencia», al menos hasta 1934, y es probable que su organización estuviese territorialmente muy limitada.

18. TNA, HW-26, 5810/Sp., 9/4/1936.

19. Los sucesos están prolijamente descritos en *La Vanguardia* de los días 15 al 19 de abril. También hace referencia a ellos Tagüeña (2005, pp. 93-94).

20. La prensa señaló que algunos de los disparos efectuados desde las azoteas lo fueron por «individuos con boina y camisas rojas». *La Vanguardia*, 17/4/1936.

21. TNA, HW-26, 5743/Sp., 16/4/1936.

22. TNA, HW-26, 5733/Sp., 18/4/1936.

23. TNA, HW-26, 5811/Sp., 26/4/1936.

24. TNA, HW-26, 5808/Sp., 27/4/1936.

25. Antiguo dirigente comunista francés, expulsado del partido en abril de 1934 por sus discrepancias frente a la línea, mantenida por la Comintern y por Thorez, de rechazo a la alianza con los socialistas. Experimentó un giro a la derecha que le llevó a la creación del Partido Popular Francés (PPF), de corte fascista.

26. TNA, HW-26, 5828/Sp., 29/4/1936.

27. TNA, HW-26, 5923/Sp., 9/5/1936.

28. Sepúlveda Losa, R. M., «La primavera conflictiva de 1936 en Albacete», en *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n.º2 (2003), edición digital: http://publicaciones.ua.es/filespubli/pdf/15793311RD26129438.pdf. Véase también Espinosa, F. (2007, pp. 172 y siguientes).

29. TNA, HW-26, 6098/Sp., 2/6/1936.

30. Brenes Cobos, S. J., « Andrés Rodríguez, concejal comunista de Málaga (1931-1936)», en *Revista Jabega*, n.º 88, Centro de ediciones de la Diputación de Málaga (2001), edición digital: http:// www.cedma.com/archivo/jabega_pdf/jabega88_71-81.pdf

31. «Díaz, Luis. Estamos enormemente perturbados por la feroz lucha desatada entre trabajadores de la UGT y la CNT que ha tenido lugar en Málaga y en otras provincias. Os invitamos a hablar con Caballero para que eleve una proposición en nombre de la UGT al comité nacional de CNT con el objeto de abrir una comisión parlamentaria de investigación y conciliación con el fin de liquidar las hostilidades entre los partidarios de las dos organizaciones en Málaga.» TNA, HW-26, 6199/ Sp., 21/6/1936.

32. TNA, HW-26, 5834/Sp., 1/5/1936. «Díaz, Luis. Luis debe venir inmediatamente con información de la situación. Sería bueno que viniera con él uno de los miembros del BP, si no hay dificultad. Dios.»

33. El informe, en castellano y francés, se encuentra en RGASPI, 495, 245, 124. Agradezco conocer sus ideas principales a la generosidad del profesor Viñas.

34. El estudio más reciente sobre la situación en el agro meridional en este momento es el de F. Espinosa, *La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la guerra civil (marzo-julio de 1936)*, Crítica, Barcelona (2008).

35. (Hay una cruz sobre todo este texto con la expresión: *Esto no es publicable*.)

36. Para este proceso, véase R. Vinyes, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, (1978).

37. Los acontecimientos, tal como ocurrieron, iban a desbordar las previsiones: A raíz del levantamiento militar, los afiliados pasaron a ser 118.763; casi un año más tarde, en marzo de 1937, alcanzaban el cuarto de millón. AHPCE, Film XVI, 1937.

38. En el entierro del capitán Faraudo, instructor de milicias asesinado por falangistas, Hernández puso de manifiesto que los comunistas «no somos enemigos de los militares ni del ejército, ni queremos destruir la disciplina sino simplemente depurarlos de todos los elementos fascistas».

5. El comienzo de la guerra (julio-octubre, 1936)

1. TNA, HW 17/27, 6459/Sp., 13/7/1936.

2. TNA, HW 17/27, 6485/Sp., 17/7/1936.

3. «Confirmad recepción nuestra larga telegram [*sic*]. Esperamos información inmediata sobre acontecimientos. ¿Qué representa nuevo gobierno? ¿Es que los partidos del Frente Popular actúan juntos solidariamente para aplastar el putsch fascista? ¿Cuál es la situación en el Ejército?» Citado en Elorza y Bizcarrondo, (1999, p. 292).

4. TNA, HW 17/27, 6511/Sp., 20/7/1936. Según recogen Elorza y Bizcarrondo (1999, pp. 292-294) Codovilla envió a Moscú varios cables en los que, si bien inicialmente denotaba un cierto temor, fue imponiéndose un denodado optimismo que culminó hacia el día 20 con un canto a la heroicidad del partido que le habría de permitir aumentar su autoridad, «encauzar [la] victoria y obtener ventajas para [las] masas populares».

5. TNA, HW 17/27, 6481/Sp., 20/7/1936. «Díaz y Luis ... Si el gobierno, a pesar del apoyo de las masas del FP, vacila, será necesario plantear la cuestión de formar un gobierno para defender la República y salvar al pueblo español con la participación de todos los partidos del FP, comunistas y socialistas.»

6. *Mundo Obrero*, 21 de julio de 1936.

7. «Tracemos, desde ahora, una línea divisoria entre el pasado y el futuro. ¡Nunca más puede revivir el Ejército del golpe de estado! ¡Nunca más! Hay que extirpar sin piedad la casta militarista. Tenemos que aniquilar los mandos, declaradamente enemigos del régimen. Pero no sólo a éstos, sino también a aquellos que emboscados en un profesionalismo que sólo es reacción y tradición vergonzosa, ocultan su enemiga a las ideas generadoras del progreso que lleva en su entraña el triunfo del 16 de febrero. Militares sí, pero militares fieles a la Patria y al régimen que libremente se ha dado el pueblo.» («Hacia un Ejército garantía de la democracia», *Mundo Obrero*, 21 de julio de 1936.)

8. TNA, HW 17/27, 6509/Sp., 21/7/1936.

9. TNA, HW 17/27, 6516/Sp., 21/7/1936.

10. TNA, HW 17/27, 6517/Sp., 21/7/1936.

11. El 21 de julio *Mundo Obrero* advertía a las milicias que «durante la noche pasada algunos elementos, utilizando automóviles, se han dedicado a desarmar a milicianos y compañeros de las Organizaciones obreras y del Frente Popular. Como quienes tales hechos realizan no pueden ser miembros de nuestros partidos ni servidores de la República, advertimos a las Milicias que los detengan y los desarmen, conduciéndoles a las direcciones responsables para comprobar su auténtica personalidad. No se deben engañar los compañeros aun cuando den el nombre de cualquier Organización, pues es sabido que aún hay elementos extraños al pueblo que utilizan diversos procedimientos para malograr la victoria magnífica de las masas populares y de la República en Madrid».

12. Como es de prever, la directriz no tardó en convertirse en consigna aireada por la prensa del partido; «Tierra para los heroicos campesinos», proclamaba un artículo de portada a finales de mes: «Todas las tierras de los exnobles, de los grandes terratenientes, de todos cuantos explícita o implícitamente han amparado la sublevación, deben ser entregadas a los campesinos y a los obreros agrícolas para que las cultiven con sus familias. Para que estas tierras que los irreconciliables enemigos del régimen han dejado yermas y sin cultivos sean transformadas por las manos amorosas y leales de los campesinos en vergeles espléndidos y en bienestar de España y la República y de sus masas laboriosas». *Mundo Obrero*, 30 de julio de 1936.

13. TNA, HW 17/27, 6518/Sp., 23/7/1936.

14. En una sucesión de cables que abarcaban los días 23 al 29 de julio, Codovilla daba cuenta —siempre aludiendo a un inmediato aplastamiento de los rebeldes— de los combates en la sierra de Madrid contra la columna de Mola, de que la insurrección estaba «muerta pero no sepultada», para acabar lamentándose de que la prolongación de los combates se debía a que «el enemigo tiene muchos espías en al campo del gobierno». Elorza y Bizcarrondo (1999, p. 296).

15. TNA, HW 17/27, 6486 y 6487/Sp., 20/7/1936.

16. TNA, HW 17/27, 6512/Sp., 22/7/1936.

17. TNA, HW 17/27, 6541/Sp., 26/7/1936.

18. La nota de Dimitrov conteniendo las directrices fundamentales fue visada favorablemente por Stalin el día 23, y transmitida a Madrid al día siguiente. Dallin y Firsov (2000, p. 45).

19. Radosh, *et al*., (2002, pp. 45-47).

20. TNA, HW 17/27, 6524/Sp., 21/7/1936.

21. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, Vicente Uribe, 60/5.

22. TNA, HW 17/276543/Sp., 25/7/1936. «Díaz, Luis. La agencia Reuter comunica que Pasionaria ha sido apresada por los rebeldes en Salamanca. Telegrafiad si esto es cierto. Secretariado.» La respuesta se envió el día 28: «Dolores está en Madrid. Está libre y en su puesto de combate». TNA, HW 17/27, 6550/Sp., 28/7/1936.

23. TNA, HW 17/27, 6549/Sp., 26/7/1936. «En relación con la campaña de la prensa mundial es necesario publicar una declaración del partido diciendo que el partido, en esta lucha por aplastar la rebelión, habéis adoptado la línea de defender la República democrática y no la de establecer la dictadura del proletariado. Con esta orientación podéis [indescifrable] en todas vuestras intervenciones y escritos y en todos los actos del partido. Secretariado.»

24. La intervención fue reproducida en *Mundo Obrero*, en su número del 30 de julio, bajo el titular: «Defendemos un régimen de libertad y democracia. Dejen los generales —mil veces traidores— de manejar el fantasma del comunismo». La intervención de Pasionaria hizo hincapié en que el PCE, «consciente de su responsabilidad histórica, está con alma y con vida dispuesto a defender la República, a defender la democracia, a defender las libertades conseguidas a través de las luchas sangrientas contra la reacción ... El Gobierno de España es un gobierno surgido del triunfo electoral del 16 de febrero, y nosotros lo apoyamos y defendemos porque es la representación legítima del pueblo que lucha por la democracia y la libertad».

25. Elorza y Bizcarrondo (1999, p. 305) atribuyen al estilo de Ibárruri las referencias literarias clásicas —a las que era tan aficionada la dirigente vasca— como las que aluden a «las cenizas de Don Opas y del conde Don Julián» y los llamamientos galdosianos a la defensa de «la Patria en peligro».

26. Alpert (2007, p. 36) cita el ejemplo del capitán de intendencia José Martín Blázquez, que se hizo cargo con un puñado de militares leales de la administración del ministerio y relató sus experiencias en un libro titulado *I Helped to build an Army*, editado en Londres en 1939. En el caos de los primeros días en Madrid, mientras se producían saqueos por doquier en busca de armas y alimentos, y entre las apremiantes demandas de material por las milicias, los únicos que prestaron su apoyo para mantener un cierto orden fueron los diputados socialistas «y, significativamente, los ocasionales milicianos comunistas que trataban de razonar con otros que hacían peticiones excesivas». Encontrándose en la difícil situación de poder ser acusados de complicidad con los rebeldes, concluye Alpert, eso y el énfasis comunista en la necesidad de disciplina y mando centralizado explicarían el apresuramiento «en resguardarse bajo la protección de algún partido político, especialmente el PCE, que con respecto a la guerra tenía una postura semejante a la suya».

27. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, Vicente Uribe, 60/5.

28. *Mundo Obrero*, 18 de agosto de 1936.

29. *Mundo Obrero*, 26 de agosto de 1936.

30. *Mundo Obrero*, 4 de septiembre de 1936.

31. «Nuestro partido se ha transformado en el eje de la situación, en el elemento vital alrededor del cual las diversas capas sociales del pueblo laborioso encuentran la garantía de la solución a sus problemas.» *Mundo Obrero*, 9 de septiembre de 1936.

32. La frase subrayada lo está en el original de Jean-Richard Bloch: *Espagne*, *Espagne*, París, 1936. Citado en Serrano (1987, p. 24).

33. Serrano (1987, p. 51).

34. Como ha señalado Viñas (2006, p. 92 y siguientes) a esta petición no hay que atribuirle en ningún caso la siniestra condición (la prematura gravitación republicana hacia la esfera soviética) que Radosh y sus colaboradores parecen percibir en la misma. No cabe descartar que en los tumultuosos días de julio, cuando las dificultades que Francia interpondría no se anticipaban plenamente, el gobierno de Madrid quisiera cubrirse las espaldas, como lo hacía con otras capitales

35. La reunión fue revelada por Rybalkin (2007, p. 37). La encontró en el archivo presidencial. En RGASPI, donde se conserva la documentación del Politburó, Viñas no ha hallado la menor traza de ella, ni entre las decisiones normales ni entre las extras. Tampoco se ha recogido en la recopilación de estas últimas publicada en 2001. Quizá ello signifique que se le atribuyó un grado de secreto extraordinariamente elevado.

36. Rybalkin (2007, p. 50).

37. El acertado diagnóstico de este diplomático de la Italia de Mussolini ha sido glosado por Viñas (2006, p. 140). Berardis concluyó su informe anotando que «Un portavoz de los círculos dirigentes moscovita le había confirmado que el Kremlin estaba bastante fastidiado y perplejo y que en ningún caso se entrometería en los asuntos internos de la península, donde tenía todo que perder y nada que ganar».

38. Elorza y Bizcarrondo (1999, p. 301), refieren cómo el 19 de julio Dimitrov se había dirigido al PC francés para encargarle de la movilización de la opinión pública, a continuación de lo cual se planteó la aproximación a la Segunda Internacional.

39. TNA, HW 17/27, 6548/Sp., 26/7/36.

40. Serrano (1987, p. 33).

41. TNA, HW 17/27, 6595/Sp., 31/7/1936.

42. TNA, HW 17/27, 6573/Sp., 29/7/1936.

43. TNA, HW 17/27, 6597/Sp., 2/8/1936.

44. TNA, HW 17/27, 6599/Sp., 3/8/36.

45. TNA, HW 17/27, 6609/Sp., 6/8/36; TNA, HW 17/27, 6623/Sp., 7/8/36; y TNA, HW 17/27, 6635/Sp., 7/8/36. La fecha real de inicio de la ayuda germanoitaliana a los rebeldes se data el 28 de julio, cuando aterrizaron en Marruecos los primeros aviones de trasnporte destinados a trasladar tropas coloniales a la Península. Tres días antes, Hitler había accedido a la petición en este sentido de los enviados de Franco que se entrevistaron con él en Bayreuth. Rybalkin (2007, pp. 34-35).

46. TNA, HW 17/27, 6629/Sp., 7/8/36.

47. TNA, HW 17/27, 6639/Sp., 8/8/36.

48. TNA, HW 17/27, 6708/Sp., 13/8/36.

49. El cable llegó fragmentado en dos días, y los decodificadores británicos tuvieron especiales dificultades para descifrarlo en su totalidad. TNA, HW 17/27, 6722/Sp., 16/8/36; y TNA, HW 17/27, 6731/Sp., 17/8/36.

50. TNA, HW 17/27, 6732/Sp., 16/8/36.

51. TNA, HW 17/27, 6751/Sp., 19/8/36.

52. Rybalkin (2007, p. 40).

53. TNA, HW 17/27, 6713/Sp., 14/8/36.

54. «¡Descifrada por el enemigo —los ingleses— nuestra cifra!»: Dimitrov (2000, p. 42). Como señala Viñas, la referenca a Moskvin en esa entrada del diario puede apuntar a la averiguación de la descodificación por parte de la NKVD.

55. TNA, HW 17/27, 7379/Sp., 19/8/36. La muestra de que se debía estar intentando dificultar la interceptación de los mensajes cruzados entre la Comintern y sus secciones es que la fecha de transcripción de este cable es del 10 de noviembre, tres meses después de su emisión.

56. «Medina, Díaz. Os recomendamos particularmente que los expertos militares enviados deben utilizarse como asesores militares del CC para ayudar al Estado Mayor del gobierno. No está permitido organizar un Estado Mayor en especial para el CC, ya que esto podría causar confusión a la misma unidad necesaria para las operaciones militares.» TNA, HW 17/27, 6759/Sp., 21/8/1936.

57. «Realmente no hay nada extraño en la sinceridad de su discurso, pues resulta difícil imaginar que hubiera un solo miembro experimentado del partido que no creyera que la alianza del Frente Popular era meramente una colación transitoria, cuyo objetivo era facilitar la consecución de los objetivos de la Comintern y del partido.» Bolloten (1997, pp. 437-438). El discuso de Castro está en *Hombres made in Moscú* (1963, p. 243).

58. TNA, HW 17/27, 6767/Sp., 23/8/1936.

59. Serrano (1987, p. 52). La dejación de Codovilla respecto al empleo de Gaymann sirvió a Marty, entre otros motivos, para denunciar a la Comintern el comportamiento caciquil de Codovilla. Radosh, *et al*., (2002, p. 74).

60. Serrano (1987, p. 10).

61. Dimitrov (2002, p. 46, 14/9/1936).

62. Broué (2003, p. 432), y Kriegel (1974, p. 33).

63. La mitificación de Marty arrancó cuando el 19 de abril de 1919 sublevó a las dotaciones de los acorazados *Jean Bart* y *France*, que habían sido enviados al Mar Negro para ayudar a los blancos en la guerra civil rusa contra los bolcheviques.

64. Así lo hizo en sucesivas reuniones en lo que quedaba de mes, el 19 y el 29 de septiembre, como consignó Dimitrov en sus diarios, aunque la munición aportada para la ayuda a España fuese de papel (un artículo de fondo sobre España —el informe de Manuilski— para la *Correspondencia Internacional*).

65. Kriegel (1997, pp. 263-264).

66. Rybalkin transcribe las notas tomadas por Vorochilov en las que Stalin decidió la clase y cuantía de armamento a entregar, y el mariscal le informaba de la situación de los envíos. Rybalkin (2007, p. 51).

67. Rybalkin (2007, p. 53).

68. Serrano (1987, p. 54).

69. Según Rybalkin, Litvinov le dijo a Rosenberg: «La cuestión española ha empeorado nuestras relaciones con el Reino Unido y Francia, y ha sembrado dudas en Bucarest e incluso en Praga». Rybalkin (2007, p. 54).

6. LOS COMUNISTAS EN EL GOBIERNO (SEPTIEMBRE-NOVIEMBRE, 1936)

1. Zugazagoitia (2001, p. 164).

2. Para entonces los centristas del PSOE debían conocer los términos de la carta que Araquistáin había escrito a Largo con la propuesta de gabinete y los objetivos, que más allá de las invocaciones a una revolución siempre abstracta, poco se difereciaban de los proyectos de Prieto de una coalición reformista. Como concluye Graham (2005, p. 81) el caballerismo demostraba que su radicalización izquierdista era mero oportunismo.

3. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, Uribe, 60/5.

4. Duclos (1969, t. II., pp. 176-177).

5. Dallin y Firsov (pp. 48-49).

6. Radosh *et al*., (2002, pp. 51-52).

7. Elorza y Bizcarrondo (1999, p. 313).

8. Confiado, como siempre, en los testimonios expresados a años —y rencores— de distancia de los hechos, Bolloten (1997, p. 224) no duda en consignar: «Ante la actitud inflexible de Largo Caballero y las nuevas directrices de Moscú en el sentido de que el Partido Comunista entrara en el gobierno —directrices que fueron recibidas "con no poco asombro", según el antiguo miembro del Buró Político Jesús Hernández—, los dirigentes comunistas españoles cambiaron su postura y se formó un nuevo gobierno».

9. *Mundo Obrero*, 1936.

10. La formulación del término «economía moral de la multitud» aparece en el artículo del mismo título publicado en E. P. Thompson, *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona (1995, pp. 216-217). El autor se refiere con él a un tipo de consenso popular intregrado por concepciones tradicionales acerca de lo que era ético y legítimo en el comportamiento de los agentes económicos que trataban con las subsistencias en las sociedades preindustriales.

11. Tal como hace Payne, revisitado por Bolloten (1997, p. 227). Beevor, por su parte, fantasea con un hipotético gobierno comunista de posguerra que hubiera dejado a España «reducida a un estado similar al de las repúblicas populares centroeuropeas o balcánicas hasta después de 1989»: Beevor (2005, p. 682).

12. Modesto fue designado por Pedro Checa responsable nacional de las MAOC en el verano de 1934.

13. Blanco (1993, p. 23); Alpert (2007, p. 18). El Cuartel General franquista, ya en plena guerra, y basándose en la existencia de «notorios» documentos elevó la cifra a 150.000, en un afán evidente de magnificar el peligro comunista para justificar la sublevación. También dio pábulo a las historias sobre los «postulantes» comunistas que, durante el 1.º de mayo de 1936, recorrieron los cortejos de la manifestación con huchas pidiendo dinero para comprar balas para la próxima revolución.

14. Souto Kustrín (2004, p. 182), cita a J. A. Blanco, «Las MAOC y la tesis insurreccional en el PCE», en Aróstegui, J. (coord.), *La militarización de la política en España durante la II República*.

15. Blanco (1993, pp. 3-4).

16. *Mundo Obrero*, 9/9/1936. El 14, su editorial exigía «Disciplina y mando único ... Todas las acciones deben estar combinadas por una sola dirección superior. Que no haya poderes cantonales, fuerzas autónomas que actúan según su leal saber y entender».

17. Alpert (2007, pp. 38-39).

18. La aversión al ejército era común a la mayoría de los sectores del proletariado español (desde el rechazo decimonónico de las quintas consideradas como un «impuesto de sangre» a los levantamientos populares contra la guerra de Marruecos), pero particularmente caracterizó al anarquismo y a la izquierda socialista, que durante mucho tiempo siguieron apostando por la estructura miliciana como más adecuada al desarrollo de lo que consideraban la revolución en marcha.

19. Alpert (2007, p. 52 y siguientes).

20. Comín indica que durante la defensa de Madrid, el Quinto Regimiento puso en línea de combate a 18.300 hombres, de los que murieron 2.500 y resultaron heridos 5.700. Comín Colomer, E., *El 5.º Regimiento de Milicias Populares*, San Martín, Madrid (1973, p. 277).

21. Alpert (2007, pp. 54-55).

22. Se trataba de dar solución definitiva a una cuestión fundamental, que el gobierno Giral había abordado provisionalmente mediante la legalización de la ocupación espontánea de fincas para garantizar la recogida de la cosecha en los meses de verano. GRE (t. II, p. 63).

23. El contenido sustancial del decreto de reforma agraria aparece recogido en GRE (pp. 64-66).

24. Casanova (1997, pp. 200-201).

25. Díez Torre (2009, pp. 73-74) describe el caso del radio comunista de Huerto (Huesca) que se dirigió por escrito a la dirección del PC en Aragón para defender la continuidad de la colectividad en la que participaban sus militantes y protestar por la orientación anticolectivista de la cúpula dirigente del partido. Este autor señala que no fueron raros los casos de colectividades conjuntas UGT- CNT, y cita los casos de Gelsa, Andorra, Grañén, Bujaraloz, Azuara, Utrillas, Puebla de Híjar, Albalate del Arzobispo y Graus. (*Ibid*., p. 70.)

26. *Mundo Obrero*, 16/9/1936.

27. *Mundo Obrero*, 15/12/1936. Enrique Castro, a la sazón director general de Reforma Agraria, se encargó de proporcionar el soporte doctrinal a esta línea: «El decreto del 7 de octubre representa un gran paso hacia la liberación de las masas del campo, por Enrique Castro ... Teniendo siempre presente el problema de la revolución en el campo y las diferentes capas existentes en él hemos aplicado fielmente la política del FP, justa a pesar de las voces de algunos que olvidan lo que dijo Engels en 1890 al abordar la cuestión campesina: Nos colocamos decididamente al lado del pequeño campesino; haremos todo lo posible para que a éste le sea más llevadera la existencia para facilitarle el tránsito a la explotación asociada si se decide a ello; en el caso de que no se halle todavía en estado de tomar esta decisión, nos esforzaremos en concederle el mayor tiempo posible para que pueda reflexionar sobre ello en su pedazo de tierra ... Cuanto mayor sea el número de campesinos a los cuales no permitamos descender a la categoría de proletarios y que haremos nuestros en su calidad de campesinos, tanto más rápida y fácilmente se efectuará la transformación social». *Mundo Obrero*, 17/12/1936.

28. La cursiva es mía. *Mundo Obrero*, 27/1/1937. El ministro Uribe enunció algo similar en un discurso radiado: «El PC propugna como el que más el trabajo colectivo de la tierra, que ha conseguido establecer en la URSS y lograr los magníficos resultados de la edificación socialista, pero cuenta para realizarlos con la buena voluntad y el consentimiento de los campesinos; jamás intentará imponer por la fuerza la colectivización del campo». *Mundo Obrero*, 11/12/1936.

29. Graham (2006, p. 352).

30. GRE (t. II, p. 66). De nada de lo anterior hizo compilación Bolloten en su prolijo alegato anticomunista. Preocupado exclusivamente por demostrar que el PCE se preocupó de las clases no proletarias solo con una maquiavélica finalidad utilitaria —el «camuflaje» de los verdaderos propósitos inscritos en su ADN leninista—, no le chocó enaltecer las posiciones maximalistas de quienes aspiraban a la total liquidación de la propiedad privada y de sus detentadores, solo porque denunciaban a los comunistas. Bolloten (1997, pp. 165-172).

31. Como resume de forma ilustrativa Casanova (2007b, p. 231): «Un golpe de Estado contrarrevolucionario que intentaba frenar la revolución, acabó finalmente desencadenándola ... Es muy probable que sin ese golpe, y sin ese colapso de la autoridad del Estado, la revolución nunca se hubiera producido. Pero una vez puesto en marcha ese engranaje de rebelión militar y respuesta revolucionaria , las armas fueron ya las únicas con derecho a hablar».

32. Aróstegui, J., «La república en guerra y el problema del poder», en *Studia Histórica*, vol. III, n.º 4, Salamanca (1985), p. 12. Una aproximación a un caso práctico en Quiroga-Cheyrouze (1997).

33. Ledesma (2003, p. 135).

34. La afirmación está extraída por el investigador Florencio Dimas de los legajos del Sumarísimo de Urgencia, Juzgado Militar Togado Territorial n.º 18 de Cartagena, Archivo de Causas de la Guerra Civil. (Comunicación al autor.)

35. Contra este fácil recurso a echar las culpas a los «incontrolados» se levantaron voces coetáneas en la España republicana —algo inédito, por cierto, en la porción del país sometida al gobierno de Burgos—. En un editorial a raíz de los hechos de Barcelona de 1937: «Y de los irresponsables, ¿quién responderá? —decía *El Socialista*— ¿Acaso constituía misterio para nadie la existencia de patrullas armadas, que dictaban con magnífica irresponsabilidad su ley en muchas poblaciones catalanas? ... El viajero que llegaba de paso a Cataluña ... recibía inmediatamente la impresión de que el Poder público estaba en quiebra o, para ser más claros, no regía ... Y luego, cuando el asombro buscaba explicaciones, se le daba la que públicamente se ha venido manejando para disculpar lo que no tenía disculpas de ninguna clase: "Son los irresponsables que están sin controlar..." ... [Ello supone] consentir que los irresponsables —esos seres maravillosos que escapan a todos los controles que a los responsables nos agobian— sigan haciendo lo que les venga en gana, que es siempre lo peor. ¡Acabemos con los irresponsables!».

36. *Mundo Obrero,* 30 de abril de 1937.

37. Barriobero (2007, p. 123).

38. *ABC*, 31/1/37.

39. Una diferencia esencial entre la historiografía académica y el *agitprop* revisionista neocon es que, mientras la primera asume y explica la represión republicana, la segunda ha abandonado hace mucho tiempo el confortable asilo del «teorema del empate» («todos mataron lo mismo») para volver por los viejos surcos de la propaganda (Vidal en su *Paracuellos-Katyn*) o, simplemente, del negacionismo como F. Pilo, *et al*., *La matanza de Badajoz ante los muros de la propaganda* (2010) o la atribución a terceros: Luis E. Togores, *Yagüe* (2010).

40. En la autobiografía elevada a la secretaría de organización por José Cañas, miembro del Comité Provincial de Jaén del PC, a la pregunta «¿Tiene familiares condenados por desafectos?», respondió tajantemente: «No. Creo oportuno decir que a mi primo [empresario en Alhaurín el Grande], un hermano suyo y un hermano mío les dimos el "paseo" en Málaga, Alhama y Alhaurín de la Torre, siendo tan grande el odio que los oberos le tenían a mi hermano por ser de Acción Popular que lo liquidaron con arma blanca, enterándome de su ejecución Luis González, miembro del CP de Málaga, siendo yo Comisario de Batallón. Con anterioridad a que ello ocurriera habían solicitado mi ayuda la familia negándome a intervenir en nada de lo que estoy muy satisfecho». CDMH, PS-Madrid, 151.

41. FPI, AH-11-2.

42. Ledesma (2003, pp. 241 y 243). En esta tarea se destacaron, por ejemplo, en el Aragón de retaguardia (Caspe) dirigentes locales y provinciales de la UGT y el PCE, a pesar de (o precisamente debido a) su debilidad organizativa.

43. E. Casanova Nuez (2007, pp. 89-90) refiere que a principios de enero de 1937 se produjo la colusión en la zona de Montalbán, donde predominaban los comités locales de UGT- FNNT sobre los de la CNT, entre las columnas FerrerCarod (CNT-FAI) y la Macià-Companys (izquierdas): «En el pueblo de La Hoz vieja ... milicianos pertenecientes a la columna Ferrer-Carod destacados en Muniesa procedieron al fusilamiento de ocho personas, tres de derechas y cinco de izquierdas, cuya actuación parece ser que la provocaron los afectos a la CNT en contra de cuya central está la mayoría del pueblo ... Resulta ser que cuando llegaban las fuerzas de Ferrer-Carod corrían hacia los montes y dormían en las parideras los elementos de izquierda y simpatizantes y cuando llegaban las fuerzas de MaciàCompanys, los elementos de la Confederación y simpatizantes. El estado caótico llevaba aparejado un nerviosismo y terror que impedía dedicarse al laboreo de las tierras y demás trabajos propios del pueblo».

44. Tagüeña (2005, p. 109).

45. Egido (1994, pp. 80-82).

46. El estudio paradigmático sobre la proliferación de policías partidistas y centros irregulares de detención sigue siendo el de Cervera (2006).

47. Cervera, J. (1998, pp. 62 y siguientes).

48. Agapito García Atadell había sido, en los años veinte, secretario general de la Juventud Comunista. Expulsado a finales de la década, ingresó en el PSOE y, al estallar la guerra, formó un grupo especializado en detenciones, incautaciones y «paseos». Cuando pretendió huir a América llevándose un cuantioso botín, en diciembre de 1936, fue detenido en una escala de su barco en Santa Cruz de Tenerife, trasladado a la Península, juzgado y fusilado en Sevilla.

49. *Mundo Obrero*, 30/9/1936. «Un falso folletín aclarado: Por qué y por quién fue detenida la señorita Bueno, agente de enlace del fascismo.» Las «liberaciones» efectuadas por Atadell solían deberse al pago de cantidades de dinero por parte de los allegados a la persona detenida, con lo que se hizo con un capital apreciable cuando se aprestó a huir a Sudamérica.

50. Frente a la norma habitual de ocultar la responsabilidad en este tipo de actos, Peirats (I, p. 79) recoge un texto expresamente elaborado para la citada obra del abogado Ángel Samblancant, en el que dice literalmente: «En la capital chulapa, la actitud provocadora de los detenidos motivó un asalto a las cárceles y la ejecución por la exasperada multitud de numerosos rehenes: de los que iban a hacer de camareros, cuando Mola y Queipo de Llano se sentasen en la mesa que les habían dispuesto en la Puerta del Sol, para servirles un soconusco. Entre los fusilados en la Celular de la Moncloa, figuraban el loro astur Melquíades Álvarez, la pepa agraria Martínez de Velasco y el compañero de juergas de Miguel Primo de Rivera, general Dabán».

51. Informe del agregado militar francés Morel, Inquimbert, A.-A. (2009, p. 199).

52. Azaña, M. (p. 967).

53. En Albacete el asalto a la Prisión Provincial se produjo el 22 de septiembre; en Cartagena, el más violento tuvo lugar el 18 de octubre; en Murcia capital, el 13 de septiembre. Ortíz Heras (1996, pp. 106-108); González Martínez (1999, pp. 168-171). En Santander, el buque-prisión surto en el puerto fue asaltado por milicianos anarquistas en venganza contra el bombardeo de la ciudad en el mes de diciembre. Aizpuru (2009, p. 138).

54. Informe del delegado del gobierno de la República y presidente del Consejo de Aragón (Joaquín Ascaso) al ministro de la Gobernación, 13/2/1937. CDMH, PS-Barcelona, 821.

55. Vicente Isidro Relaño Martínez era delineante de la Diputación Provincial de Guadalajara y afiliado a la UGT en 1925. Provenía del Partido Republicano Presidencialista, constituido en 1928. Más tarde fundó, junto con su hermano Arsenio, el Partido Comunista en Guadalajara, del que fue secretario general desde 1932. Fundador del periódico *Hoz y Martillo* del PCE de Guadalajara, y redactor jefe del semanario de izquierdas *Abril*. Estuvo casado con Isabel Sacristán, miembro de las JSU. Terminada la contienda huyó de la ciudad, pero fue detenido en Alicante. Agradezco enormemente toda esta información a Xulio García Bilbao, del Foro por la Memoria de Guadalajara.

56. García Bilbao, X, *et al*. (2010, pp. 72 y siguientes). Según testimonio oral de la cuñada, que porfió hasta obtener acceso al reconocimiento del cadáver, mostraba todos los impactos de bala en el rostro, para disimular la desfiguración ocasionada por las torturas.

57. TNA, HW 17/276776/Sp., 25/8/1936.

58. «La retaguardia leal. Ni un enemigo más entre nosotros», *Mundo Obrero*, 3/10/1936.

59. Las órdenes del Ministerio de la Gobernación llevaban fecha de 6 y 9 de octubre de 1936. En virtud de ellas se disponía que: «A partir de la fecha de esta orden sólo podrán realizar registros domiciliarios los agentes de la autoridad y las milicias de investigación integradas en las milicias de vigilancia de retaguardia; pero será requisito indispensable que el registro sea ordenado por la dirección general de seguridad...» (art. 3). Esto suponía, en primer lugar, la desaparición de todos los grupos que anteriormente habían actuado en trabajos de investigación, a los que se invitaba a integrarse «en la sección de investigación de las milicias de vigilancia de la retaguardia»; se debería entregar una relación de los miembros de dichos grupos y de sus jefes y los carnés que utilizaban (arts. 1 y 2). Sánchez Recio (1991, pp. 90 y siguientes).

60. Las primeras noticias aparecieron en *La Vanguardia* (16/7/1937) dando cuenta del nombramiento del juez Bertrán de Quintana para la averiguación de enterramientos ilegales en Montcada, Molins de Llobregat, Vilanova i la Geltrú, Terrasa y Sabadell. Protestas por la instrucción de estos sumarios fueron elevadas por la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña de la CNT, la Federación de Grupos Anarquistas de Cataluña, encuadrada en la FAI , y las Juventudes Libertarias de la misma región, que se consideraban para entonces víctimas propiciatorias, «como si en los primeros meses de la Revolución no estuviesen implicados en los aludidos hechos organizaciones y partidos que, a causa de la injusticia notoria de trato [hacia las organizaciones anarquistas respecto a] las demás organizaciones antifascistas de Cataluña, o quedan totalmente al margen de la afanosa persecución u obtienen de las autoridades judiciales que la practican un trato de favor y, por ende, arbitrario», PS-Barcelona, 523.

61. CDMH, PS-Barcelona, 523.

62. Así lo observó el traductor ruso Brusilov. Aizpuru (2009, p. 43). Todo el proceso a los cuatro patrulleros del PC asturiano, en CDMH, PS-Gijón, K-72.

63. En Tremañes fue llevada a cabo la detención de un individuo porque «había roto un brazo a la mujer de uno del partido Comunista, que fue quien ordenó este hecho». Se detuvo a dos médicos, uno de Oviedo y otro de Cabrales, cuyos bienes fueron incautados. En Somio fueron detenidos varios fugitivos en la finca de un abogado. Se habían escondido en una cueva en la que habían habilitado dormitorios y disponían de una radio clandestina. CDMH, PS-Gijon, K-72.

64. En el número 1, del 15 de octubre, salía un edicto firmado por Belarmino Tomás como gobernador de la provincia, en el que de forma contundente se advertía a los jefes de prisión la prohibición «de recibir, trasladar o libertar detenidos» sin la orden previa de las autoridades competentes; asimismo, se anunciaba que las detenciones que se realizaran, sin estar debidamente autorizadas, serían consideradas «como actos facciosos y sus autores entregados al tribunal popular de justicia». El 21 de septiembre, publicada en el Boletín del 22 de octubre, apareció otra orden con el fin de fortalecer la seguridad de los detenidos, fijando un horario para efectuar los traslados en horario diurno. Finalmente, por otra orden de la Consejería de Justicia, publicada en el Boletín del 12 de febrero de 1937 se establecía el horario de trabajo y el tipo de presos que podía realizarlo.

65. «También el Partido nos ordenó a José Álvarez y Joaquín Pérez fuéramos a Bilbao a comprar cuatro cubiertas para el coche Pakar (*sic*) para formar una checa que decían estaba siendo muy necesaria en Gijón». CDMH, PS-Gijón, K-72

66. *La Vanguardia*, 14/4/1938.

67. Según Líster, «alguien ha llamado a este periodo el de las carreras heroicas ... pues aquellos hombres que ante la noticia —verdadera o falsa— de que la caballería mora estaba rebasando nuestros flancos o había surgido a nuestra retaguardia, salían corriendo, volvían un par de horas después al ataque, derrochando verdadero heroísmo, para reconquistar las posiciones que poco antes habían abandonado ante el temor del cerco». Líster (2007, p. 93). La caída de Toledo se consigna en los diarios de Dimitrov y no se vuelve a aludir en ellos al conflicto español hasta la batalla de Madrid.

68. En el informe elevado por Marty el 10 de octubre se hacía esta valoración: «El gobierno de Largo Caballero, que entró en funciones el 3 de septiembre, despertó enorme entusiasmo tanto en la retaguardia como en el frente. Ahora este gobierno está tan desacreditado como lo estaba antes el gobierno Giral. El gobierno pierde su autoridad al mostrar debilidad con los anarquistas ... con las derrotas militares, [la caída de Talavera provocó la de Giral; la de Toledo debilita a Largo Caballero] ... su incapacidad para mejorar el abastecimiento del país ... las discordias internas». Radosh (2002, p. 76). Las operaciones del Tajo se efectuaron bajo el mando del general Asensio; su fracaso en la defensa de Talavera permitió ampliar la zona de contacto entre las fuerzas de Franco y Mola, lo que le granjeó la animadversión de los comunistas. Viñas (2006, p. 239).

69. GRE (II, p. 57).

70. *Mundo Obrero*, 18/9/1936.

71. Radosh (2002, p. 89-90).

72. Formaron parte del mismo, bajo la presidencia de Largo Caballero, Indalecio Prieto, Álvarez del Vayo, Vicente Uribe, Juan García Oliver y Manuel de Irujo. GRE (II, p. 140).

73. Radosh y cols. cometen dos errores de grueso calibre. En la transcripción del informe de Marty (p. 78) le atribuyen al francés la siguiente frase: «Nos las veríamos muy felices si el trabajo de fortalecer Madrid se le asignara al Ministerio *de Obras Sociales* [*sic*, el subrayado es mío] que dirige Just [acotación de los autores: *comunista* (*¡sic!*, *idem*)] y no al de Guerra, encabezado por Caballero». Como todo *lapsus*, revelan en ello la naturaleza profunda de su prejuiciada línea argumentativa.

74. Para los comunistas, «los primeros comisarios políticos aparecieron en las unidades de milicias más influenciadas por el PCE [el Quinto Regimiento], el PSOE y JSU . Hacia mediados de octubre de 1936, la presencia de los comisarios políticos era un hecho evidente y su necesidad se había generalizado». Álvarez, S., (1989, p. 799). Según los anarquistas, el «Comisariado fue propuesto por nuestra organización» (Mariano Vázquez); la CNT «ha sido la más fiel defensora del Comisariado, y Prieto no la deshizo ya por presión nuestra» (González Inestal). Actas del Pleno Nacional de Regionales, CNT-FAI -FIJL, octubre de 1938 (CDMH, PS-Barcelona, 1429).

75. Uribe se mostró inmisericorde con Azaña en sus memorias: «Se decidió que se trasladase a Valencia ... pero el hombre, ni corto ni perezoso, se trasladó a Barcelona, donde le cogieron los acontecimientos de mayo de 1937. El gobierno no le vio el pelo durante este tiempo. Sin duda la situación militar le parecía tan precaria que estimó como lo más prudente estar lo más lejos posible del frente y lo más cercano posible de la frontera». AHPCE. Tesis, manuscritos y memorias, 60/5.

76. Citado en Inquimbert (2009, p. 160).

77. «¡Todo Madrid movilizado! El PC realiza una imponente jornada de agitación. En las calles, en los cuarteles, en las plazas, en los cines, en los aeródromos, nuestro partido lleva la consigna de la lucha por la defensa de nuestra ciudad. Enardecimiento en los soldados. Las masas populares manifiestan su entusiasmo y su decisión de vencer. Vítores a la República, al Gobierno y al PC. El pueblo de Madrid vibra de coraje y de heroísmo contra el fascismo.» *Mundo Obrero*, 20/10/1936.

78. Radosh (2002, p. 92).

79. Los nuevos ministros de la CNT eran Juan García Oliver (Justicia), Juan Peiró (Industria), Federica Montseny (Sanidad) y Juan López (Comercio). GRE (II, 138).

80. Graham, H. (2006, pp. 189-190).

81. En GRE (II, p. 148) se relata la anécdota de que las recibieron en sobres cambiados de manos de Asensio, quien inmediatamente abandonó la ciudad.

82. Graham, H. (2006, p. 189).

83. «Nuestra segunda guerra por la independencia de España. ¡Españoles, la Patria está en peligro!» Editorial de *Mundo Obrero*, 17/12/1936.

84. *Mundo Obrero*, 3/12/1937.

85. «Les informé [al Buró Político] de la situación de mis fuerzas y de la conversación que acababa de tener con Pozas. Díaz me dijo que en lo que se refería a la orden de repliegue de la sierra podía estar tranquilo, que nadie la cumpliría. En lo tocante a mis fuerzas, fue aprobada por el BP mi propuesta de cumplir la orden de replegarlas de las posiciones que ocupaban, pero no a Tarancón, sino hacia Madrid.» Lister (2007, p. 142).

86. GRE (II, p. 162).

87. *Mundo Obrero*, 3/10/1936: «El traidor Mola ha dicho que tiene en Madrid una «quinta columna», que es la que iniciará la ofensiva contra Madrid. Se refiere a los emboscados fascistas, a los espías, a los bulistas y provocadores que aún quedan en nuestra retaguardia. ¡Comencemos por aniquilar esa «quinta columna» facciosa!».

88. *Mundo Obrero*, 26/9/1936:«La defensa de Madrid. Es preciso limpiar la retaguardia».

89. *Mundo Obrero*, 3/10/1936.

90. En una entrevista con Álvarez del Vayo, el encargado de negocios británico, Ogilvie-Forbes, aludió a un editorial de *Mundo Obrero* que solo podía considerarse, dijo, como una incitación al asesinato. Viñas, que recoge la conversación, considera que su lectura no permite confirmar tal impresión, al menos no en mayor medida que otros textos en los que se hacían continuos llamamientos a la necesidad de actuar con mano de hierro y a disciplinar severamente a quienes no quisieran participar en la resistencia. Viñas (2007, p. 37).

91. Reig Tapia (1990, pp. 92-94) consigna la evolución del número de inscripciones de víctimas de la violencia en el cementerio del Este de Madrid: 373 en julio de 1936; 154 en agosto; 199 en septiembre; 113 en octubre. En noviembre la cifra asciende a 798 para caer a 243 en diciembre.

92. La *rezidentura* estuvo encabezada por Orlov, al que tras su desafección sucedió el coronel Eitingon. Por el GRU los principales responsables en España fueron Berzin y Shtern. Su principal obligación era «proporcionar a los colegas españoles ayuda en forma de consejos y en la organización de sus propios órganos gubernamentales de seguridad». VV.AA. (2007, p. 138). Agradezco enormemente al profesor Viñas haberme facilitado la traducción de algunas partes esenciales de esa obra.

93. Sudoplatov (1994, pp. 44 y siguientes). Starinov dejó unas memorias de su ajetreada vida tituladas *Over the Abyss. My Life in Soviet Specials Operations*, Ivy Books, Nueva York (1995).

94. *ABC* del 7 y 10 de octubre. El encargado de negocios británico señaló entonces que las ejecuciones ilegales se desplazaron a los pueblos colindantes para evitar su aparición en los registros de la capital.

95. A últimos de octubre, aviones franquistas lanzaron octavillas sobre la capital amenazando, entre otras represalias, con fusilar a cinco republicanos por cada preso asesinado. El diario *La Voz* del 5 de noviembre, recordó que si no se luchaba, Madrid sería «por muchos días un gigantesco paredón de ejecuciones. Cien mil de tus hijos morirán inmolados y los demás, salvo una pequeña minoría de cómplices de los verdugos ... vivirán de tal modo que acabarán por desear la muerte».

96. «Ha llegado la hora decisiva. El enemigo está en las mismas puertas de Madrid ... ¡Madrileños, por vuestros hijos, por vuestras mujeres, por el porvenir de una España feliz, ocupad las tricheras; defended Madrid del fascismo extranjero; defendedlo de los moros y legionarios! ¡Que no pase el fascismo!» (6/11/1936). «El pueblo madrileño en armas empuja con ímpetu arollador a los ejércitos mercenarios. Los traidores no entrarán en Madrid. Las mujeres, los chicos y las piedras quieren aplastarlos ¡Adelante! ¡A por ellos!» (8/11/1936). «Los rebeldes mueren por centenares a las puertas de Madrid ... ¡Firmes en la resistencia! ¡Hasta cavar la fosa al fascismo!» (9/11/1936). «¡Aplastamos a Fanjul y a Goded; aplastaremos a Franco y a Mola! ... ¡Como ayer y hoy, seguid pegando! ... Madrid combate por su libertad y por su vida ... ¡Adelante, camaradas, hasta exterminar a los canallas!» (10/11/1936).

97. Reig Tapia (1990, p. 95).

98. Delaprée (2009, p. 173).

99. Koltsov (2009 p. 168). Galarza tuvo una entrevista, probablemente el 24 de octubre, con el embajador soviético, Rosenberg, quien le propuso que quizá fuese útil establecer una comisión que examinara los expedientes de los militares presos y seleccionar a quienes quisieran servir en el ejército republicano, aunque solo fuese una fracción. Viñas (2007, pp. 58 y siguientes).

100. Se trataba de un ingeniero alemán de 65 años dedicado al comercio de máquinas agrícolas. Llevaba cuarenta en España.

101. Los pasos recorridos hasta la trágica apoteosis final escenificada junto a los páramos de Paracuellos del Jarama y Torrejón de Ardoz han sido prolija y documentadamente descritos por Gibson (2005) y Viñas (2007).

102. El telegrama completo aparece citado en Viñas (2006, pp. 41-42).

103. Citado en Viñas (2006, p. 45).

104. Martínez Reverte (2004, pp. 577-581). Esta se encontraba bajo las órdenes de Santiago Carrillo quien, como hicieron otros dirigentes de la JSU como Ignacio Gallego, José Cazorla, Federico Melchor y centenares de cuadros, anunciaron la víspera su ingreso en el PCE. Los presos fueron divididos en tres grupos. En el primero figuraban «los fascistas y elementos peligrosos», a los que habría que ejecutar inmediatamente, «cubriendo la responsabilidad». En el segundo, se encontraban los «detenidos sin peligrosidad» a los que se evacuaría al penal de Chinchilla, «con todas las seguridades». En el tercer grupo se integrarían los «detenidos sin responsabilidad» que debían quedar en libertad, «con toda clase de garantías, sirviéndonos de ello como instrumento para demostrar a las embajadas nuestro humanitarismo».

105. Koltsov, pp. 178, 185 y 192.

106. Viñas, A. (2006, p. 67).

107. Werth, N., «Violences d'en haut, violences d'en bas dans la révolution russe», en Vigreux, J. y Wolikow, S., *Cultures communistes au XXe siècle. Entre guerre et modernité*, La Dispute, París (2003, p. 34).

108. Un telegrama del 11 de noviembre así lo confirma: «Estamos inquietos por no tener noticias diarias desde el 6. Todos los días os llamamos como de costumbre. Enviadnos con toda urgencia un correo con explicaciones y propuestas. Haced todo lo posible por restablecer el enlace». TNA: HW17/27. Por tanto, sería dificultoso que, como ha afirmado Antonio Elorza, «avalada o no por Moscú, la decisión de los asesinatos masivos de noviembre del 36 sólo pudo ser tomada por el delegado de la Internacional Comunista en España». Elorza, «Codovilla en Paracuellos», *El País*, 1/11/2008.

109. Aróstegui y Martínez (pp. 295 y siguientes).

110. Según Viñas (2007, p. 53) sin embargo, dentro de la Dirección General de Seguridad siguió funcionando un consejo, puesto en marcha el 7 de noviembre, cuyos componentes estaban nombrados por el consejero de Orden Público, Carrillo, a propuesta de sus organizaciones. Este consejo era de preponderancia comunista y estuvo presidido por Segundo Serrano Poncela, amigo y compañero de Carrillo. La actuación del consejo a la hora de determinar el destino de los afectados (ejecución, liberación, traslado) permite pensar que sus componentes se sentían cubiertos por las organizaciones políticas correspondientes y que el pretexto siguió siendo la necesidad de limpiar la retaguardia de emboscados preparados para apuñalar por la espalda la resistencia republicana.

111. Reig Tapia (1990, p. 97). El declive de la mortalidad por efecto de la represión de retaguardia también fue visible a partir de 1937 en Cataluña: de los 8.360 asesinados en esta región, 6.400 (el 76,5 %) lo fueron antes de finalizar 1936. Casanova (1997, p. 60).

112. Inquimbert (2009, p. 158).

7. «Tacto de codos»: los enfrentamientos por el control y la defensa del espacio político. La «primavera caliente» de 1937

1. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14. Entrada del 15/12/1937.

2. Es sintomático que el estudio de Pagés (2006) apenas cite como precedentes de mayo de 1937 las disensiones por el abastecimiento de víveres en Barcelona durante aquella primavera, y los sucesos de Centelles y La Fatarella, de los que se hablará a continuación. Y que, respecto a estos últimos, siga dando pábulo a la versión de un levantamiento quintacolumnista, sobre todo tras la publicación, un año antes, del minucioso estudio de Termes (2005).

3. Beevor (2005, p. 390).

4. Peirats (1978, t. II, capítulo XX).

5. Uno de los casos que había suscitado un mayor enfrentamiento entre ambas organizaciones fue el asesinato del concejal comunista por Málaga y secretario del Sindicato de Pescadores de UGT, Andrés Rodríguez González, muerto de un disparo en la nuca durante la huelga desencadenada por la CNT contra la restricción legal de algunas artes de pesca. Brenes, S. J., « Andrés Rodríguez, concejal comunista en Málaga», *Revista Jábega*, n.º 88, 2001.

6. Radosh (2002, p. 115).

7. Varios casos se citan en Pagés (2006, pp. 190-193). Como ejemplos extremos, el asalto en Hospitalet de Llobregat (el 26 de diciembre) a las cooperativas de consumo L'Avenç y El Respeto Mutuo por parte de grupos armados que se llevaron todas las existencias, por una parte; y por otra, la incautación por parte de los sindicatos de distribución, alimentación y transporte de la CNT (el 22 de febrero de 1937) de 15.000 sacos de harina de un almacén, con la oposición de Comorera.

8. *La Vanguardia*, 25 de febrero de 1937.

9. Peirats (1978, t. I, p. 176).

10. La carrera de Desiderio Trillas se puede reconstruir a través de la hemeroteca de *La Vanguardia* (24/11/1921, 21/11/1922, 24 y 25/7/1923, 22/5/1924, 30/10/1927, 4/11/1931, 10/12/1933). Después de su muerte se otorgó su nombre a un círculo de la JSU de Cataluña y a un grupo del Socorro Rojo Internacional.

11. Radosh (2002, p. 115). El informe de Antonov-Ovseenko, dirigido al comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, llevaba fecha del 14 de octubre de 1936. El cónsul señala que «mataron no sólo a los esquiroles, sino también a revolucionarios honrados» y que «entre ellos no había ni un solo comunista». El error viene dado porque Antonov-Ovseenko no considerase a Trillas, miembro del PSUC, como comunista efectivo, dada la naturaleza aún ideológicamente plural del nuevo partido catalán.

12. Nota de *El Socialista* reproducida en *Mundo Obrero*, 5/2/1937.

13. Serrano (1987, p. 185).

14. Radosh (2002, p. 93). Se trataba de Enrique Líster, que fue detenido al salir del acuartelamiento del Quinto Regimiento en la calle Francos Rodríguez, y conducido a la checa que la CNT-FAI tenía en el cine Europa, en Cuatro Caminos.

15. CADCI eran las siglas del Centre Autonomista de Dependents del Comerç i la Indústria, integrado en la UGT de Cataluña. Casanova (1997, p. 162).

16. Radosh (2002, p. 63).

17. Existió otra columna anarquista, la denominada Torres Bendito, que se identificó con los sectores más pragmáticos ligados a la dirección confederal. Paz, (2001, p. 38).

18. Citado en Paz (2001, p. 39).

19. Hernández Tomás (1943, pp. 243 y siguientes). El ex ministro comunista dejó un retrato feroz del finado, al que trataba por el alias de *el Chileno* e imputaba haber sido antes de la guerra traficante de estupefacientes, tratante de blancas, asaltador de viviendas y extorsionador, además de cumplir condena por violación.

20. Las cifras oscilan entre los 30 muertos y 80 heridos de la Columna de Hierro y las 38 bajas entre ambos conceptos de la Torres-Benedito, y los 150 muertos que citan algunas fuentes secundarias. Paz (2001, pp. 86-89).

21. Elorza y Bizcarrondo (1999, p. 306).

22. Como ha escrito Casanova (2007b, pp. 24-25), «no parece ... que las colectividades campesinas tuvieran claros precedentes. O, en otras palabras, que se diera una continuidad entre la hipotética situación revolucionaria presente en el campo y en el momento de la sublevación militar y el desarrollo posterior de los acontecimientos. Esta afirmación debe defenderse con altos índices de verosimilitud para Aragón y el País Valenciano y puede estar sujeta a matizaciones en las áreas andaluzas que permanecieron en el territorio republicano y en Castilla-La Mancha».

23. En Gabas, cerca de Barbastro, un Comité de Investigación del Consejo de Aragón atribuyó a elementos ligados a la antigua oligarquía local la fundación de la sección local de UGT con la intención, a su juicio, de alterar el *statu quo* del Comité Antifascista local y oponerse a la obra de la colectividad. Otros casos en Benabarre (Huesca) y Cantavieja (Teruel). Díez Torre (2009, pp. 93-95).

24. Actas de la comarcal de Monzón, sucesos de Esplús, en CNT (1977, pp. 147-152).

25. Barrio, José del, *Relatos, acontecimientos vividos durante la guerra civil* [França], [19--] 210 pp. (Mecanograf.). Acta de la reunión celebrada en Sariñena el 13 de octubre de 1936, pp. 35-39. Asistieron a la reunión: coronel Díaz Sandino, García Oliver, Moles, capitán Guarner, capitán Botet, coronel Villalba, comandante Reyes (de aviación), Durruti, Ortiz, los jefes de la Columna Macià y Companys, del Barrio y Rovira. En BPRUB-FB, Memorias, 2 (2)d, (1), pp. 36 y siguientes.

26. Una muestra de ese ambiente es la conversación telefónica que refiere el propio Durruti: «Anoche mismo estábamos preocupados estudiando la forma de ayudar a los compañeros como habíamos quedado de venir desde Monte Aragón [*sic*] a ayudar a los compañeros de la parte de aquí de Perdiguera y Leciñena. Me llamaron a la una de la mañana: — Durruti, aquí un pueblo, Barbastro./ —¿Qué pasa?/ —Nada. Han venido doscientos aguiluchos y aquí estamos todos dispuestos a armar jaleo./ —¿Qué ocurre?/ —Pues que ha salido de Barbastro Guardia Civil y Carabineros y aquí se va a armar la de Dios./ —Les digo: Sois unos idiotas, estamos aquí mirando de llevar [*sic*] trescientos hombres a la Sierra, a jugarse la vida y vosotros me estáis creando dificultades en la retaguardia. Les insulté y he tenido yo por teléfono que arreglar la cuestión».

27. *Solidaridad Obrera*, 12/6/1937. La reseña es tan tardía debido a que fue entonces cuando debió romperse el acuerdo tácito entre organizaciones que había procurado velar este tipo de hechos durante los meses anteriores en pos del mantenimiento de la unidad antifascista.

28. «¡Eso no se puede preguntar! Los crímenes los cometen los provocadores y los agentes del fascismo.» *Mundo Obrero*, 9/4/1937.

29. Nota 328, p. 165 de *Tesoro artístico y guerra civil. El caso de Cuenca*, de Víctor de la Vega Almagro, Universidad de Castilla La Mancha (2007). Este autor identifica a los alcaldes como comunistas.

30. *La Vanguardia*, 20 y 28/3/1937.

31. Félix Morrow: http://revolucionespanola.elmilitante.org/pdf/F_M.pdf, p. 52.

32. «A nuestras organizaciones: Han ocurrido diversos incidentes entre camaradas de nuestras organizaciones y ello, junto con la necesidad de mantener el bloque de lucha contra el fascismo, ha determinado que el CC del PCE y el CN de la CNT establecieran contacto para fijar la forma de evitar que se puedan repetir hechos como los lamentados en diversas ocasiones y de los cuales cada una de las diversas organizaciones que representan han salido perjudicadas.» Reproducido en *Mundo Obrero*, 2/1/1937 y *Solidaridad Obrera*, 5/1/1937.

33. *Solidaridad Obrera*, 21/1/1937.

34. Cobo Romero (2007, pp. 360-361).

35. Esta acusación recibieron los dirigentes de la UGT de Caspe por no adherirse al proyecto de colectividad impulsado por la CNT. Gambáu Gil (2007, pp. 104105).

36. Para la discusión sobre la dirección, Casanova (1997, p. 201); la taxonomía de colectividades en Rodríguez Torre (2009, pp. 15-16).

37. En Andalucía, Castilla la Mancha y País Valenciano, el 35,8 por 100 de las colectividades fueron gestionadas por la FETT de la UGT, y el 9,9 por 100 en conjunción con la CNT. Cobo Romero (2007, p. 380).

38. Solo mediante el vector inductor que supusieron las columnas es posible explicar la extensión de la colectivización en el Aragón oriental, donde predominaban las pequeñas explotaciones familiares, apenas hubo ocupaciones o expropiación de fincas en el periodo previo a la guerra, la incidencia del decreto de arrendamientos colectivos de 1931 fue escasa o nula y la implantación de la CNT en el sector rural había sido muy débil. Casanova (2007b, p. 24 y 36).

39. Resulta ilustrativo apreciar cómo estaba configurada esta percepción en el imaginario de un representante de esa generación de militantes: «En su inmensa mayoría, los pequeños fabricantes, artesanos, comerciantes al por mayor y detalle, agricultores explotantes de su pequeño bien, así como los especuladores de toda clase de negocios sucios [apréciese la mezcolanza], propietarios de fincas, etc., etc., colocaban sus esperanzas en una vida mejor, no en la abolición, sino en la acumulación capitalista privada». Todos ellos —no podía ser de otra manera— encontraron su acomodo político: «Antes de transcurrir algunas semanas la organización que vendría a colmar las esperanzas de aquella clase sería el Partido Comunista español y su filial ... de Cataluña, el recién "inventado" PSUC». Costa Font (2008, pp. 130-131).

40. Citado en Termes (2005, pp. 56-57).

41. Del carpintero se dijo que «se tiene entendido que era Socialista y para que no organizara a los campesinos en esta Organización por eso lo mataron». El pueblo «es uno de los más ricos ... y tiene una gran extensión de huerta y olivares, riquísimo en remolacha, trigo, alfalfa y cebada; pues este año no producirá ni la mitad de otros años, porque a pretexto de las colectividades nos lo roban todo y en estas condiciones no se puede trabajar». CDMH, PS-Barcelona, 821.

42. «Los actos de terror y pillaje de gentes incontroladas. Manifestaciones del comisario general.» *La Vanguardia*, 3/1/1937. El caso de los trabajadores de Hispano-Suiza —cuatro en total, miembros del Sindicato Metalúrgico de UGT— terminó trágicamente. Según Jesús Hernández, se les mantuvo detenidos en los locales de la Regional de la CNT hasta que un día aparecieron sus cadáveres en la Rabassada, uno de los lugares de ejecución de las patrullas anarquistas. Hernández Tomás (1946, p. 198). El 24 de febrero la prensa dio de nuevo noticias sobre el entierro de otro militante del PSUC y del Sindicato Obrero Metalúrgico de la UGT, Ventura Vergés, a cuyas exequias acudió un amplio séquito encabezado por Comorera y en el que formaban agentes de Seguridad y Vigilancia, compañeros del finado. *La Vanguardia*, 24/2/1937.

43. CDMH, PS-Barcelona, 821.

44. «Si llamándose elementos de la CNT; si pretendiendo obrar en nombre de la CNT hay quienes, abocados a la inmoralidad, cometen acciones censurables; si se llega en los peores casos al latrocinio más descarado, a la imposición violenta, a la irresponsable actuación que crea odios, que puede levantar protestas y producir un estado morboso altamente perjudicial a la buena armonía que debe existir entre el proletariado antifascista, no puede culparse de ello, ténganlo todos en cuenta, a la Confederación [que a título de organización condena estos actos individuales como contrarios al espíritu confederal].» Reproducido en *La Vanguardia*, 25/2/1937.

45. *La Vanguardia*, 24 y 25/2/1937.

46. Termes la ha definido como «una colectivización de miserables contra pobres». Termes (2005, p. 281).

47. CDMH, PS-Barcelona, 1340.

48. *Solidaridad Obrera*, 28/1/1937: «Lo ocurrido en La Fatarella y la 5.ª columna con carnet».

49. CDMH, PS-Barcelona, 821.

50. Mitin de Ángel Galarza y Jerónimo Bugeda en Valencia. *ABC* (de Madrid), 31/1/1937. Galarza propuso que los carnets posteriores al 18 de julio fueran distintos, no otorgaran derechos y solo crearan deberes: «cotizar y trabajar, sí; pero los cargos y los fusiles para los afiliados con anterioridad a la sublevación».

51. *ABC* (de Madrid), 17/4/1937.

52. *La Vanguardia*, 26/2/1937. La nota iba firmada por el comisario de Orden Público, Juan Rodríguez Papaseit, y se afirmaba que con esta disposición estaban de acuerdo las siguientes organizaciones: CNT, UGT, ERC y POUM.

53. *ABC* (de Madrid), 20/3/1937.

54. En concreto, «dos curas, a los que seguramente no llevaba el situarse frente al Poder público ningún anhelo revolucionario, sino el de producir disensiones entre los antifascistas, y el intento de hacer nacer en la retaguardia un nuevo frente de guerra». *ABC* (de Madrid), 23/3/1937.

55. CDMH, PS-Alicante, 65.

56. CDMH, PS-Barcelona, 811. Informe de lo ocurrido en Burriana..., 2/2/1938.

57. La ocasión era tan jugosa que no fue desperdiciada por Uribe, que el 9 de agosto, en un mitin en el cine Salamanca junto con Diéguez y Vidiella aludió a la coincidencia entre «los disturbios en Valencia en el mes de febrero, cuando el fascismo atacaba por Guadalajara». *Mundo Obrero*, 9/8/1937.

58. *ABC* (de Madrid), 13/3/1937.

59. Graham (2005, pp. 87-88) afirma que la ejecutiva del PSOE había recibido en su momento con consternación el nombramiento de Galarza, antiguo miembro del Partido Radical-Socialista, como ministro. Fue acusado en varias ocasiones por la Ejecutiva socialista de adoptar, por un lado, una política beneficiosa para la CNT-FAI , y por otro lado, una política «comunistoide». Lo cierto es que el PCE le puso la proa desde la primavera de 1937 y solicitó en tonos cada vez más duros y elevados su cese.

60. CDMH, PS-Alicante, 65.

61. CDMH, PS-Barcelona, 821. Con fecha 27 de marzo, Galarza trasladó, en nombre del presidente del Consejo, la queja de Galán a Joaquín Ascaso.

62. CDMH, PS-Madrid, 461/27.

63. CDMH, PS-Barcelona, 821. Un oficial en viaje de inspección del sector de Teruel (3 de abril) denunció que «todo cuanto se le ocurra traer a algún militar o persona que por su cargo visita el frente, se lo quitan en el acto y se quedan con ello». Un agente del SIM (9 de marzo) describió una tensa escena en la que su coche y el de un coronel del Estado Mayor con el que viajaban de Alfambra a Valencia fue detenido y registrado dos veces en busca de jamones. Ante las protestas de los militares, el jefe de la patrulla respondió que «si yo sigo hablando con él no me va a dejar pasar ni para arriba ni para abajo». Poco después, hizo un disparo de pistola contra los vehículos cuando se alejaban. El 30 de abril, Ascaso trasladó respuesta a Galarza, en la que los agentes del control excusaban su afán de registro en pos de los jamones arguyendo que «la revisión de los coches obedece a evitar la salida clandestiana de víveres, porque aquélla había llegado a constituir un verdadero abuso que amenazaba con quebrantar las reservas que, en este orden tiene la provincia».

64. *La Vanguardia*, 7 y 8/4/1937.

65. «Los lamentables sucesos de Olesa de Montserrat», *Solidaridad Obrera*, 7/4/1937. «La persecución contra la CNT se agudiza . Se asesina a nuestros militantes y se suspende gubernativamente nuestra prensa», *Solidaridad Obrera*, 17/4/1937.

66. CDMH, PS-Barcelona, 821.

67. La censura postal permite conocer otros casos en los que se acusó a militantes de UGT en filas de «injurias a la autoridad» por mostrarse adversarios de la colectivización en sus lugares de origen. Casanova Nuez, E., *La violencia política en la retaguardia republicana de Teruel durante la guerra civil*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel (2009), p. 110.

68. CDMH, PS-Barcelona, 821.

69. Casanova Nuez (2009, pp. 111-114).

70. «¿No andan sueltos muchos náufragos de la política fenecida que han pagado en dinero contante y sonante su bautismo revolucionario? No es menester que nosotros demos la respuesta. La dan, desgraciadamente con sus acciones, esos flamantes Comités aparecidos en tantos pueblos de España y constituidos, casualmente, por los caciquillos que ayer —es decir, el 16 de febrero del año pasado — todavía votaban a Acción Popular y obligaban a que votaran con ellos los campesinos que estaban a su servicio.» Editorial de *El Socialista*, 29/4/1937.

71. FPI, AH-49-16. El documento está fechado el 2/7/1937.

72. FPI, H-49-10.

73. FPI, AH-51-37.

74. Ello a pesar de que en *Mundo Obrero* (1/4/1937) se asegurara que: «El PC quiere mantener siempre relaciones cordiales con los camaradas de la CNT ... Se nos dice hoy en "Castilla Libre" que en los pueblos hay pugnas y luchas entre comunistas y confederales. No tenemos noticia de que esto suceda en la forma sistemática en se nos quiere presentar».

75. *Mundo Obrero*, 23/12/1936.

76. *Mundo Obrero*, 24/12/1936.

77. «Ha sido en determinadas organizaciones obreras donde principalmente han conseguido infiltrarse estos enemigos de los obreros y de la democracia. Si buscamos la causa, por fuerza habremos de llegar a esta conclusión: la falta de control respecto al ingreso de nuevos militantes. Pero con ser esto grave, aún lo es mucho más el hecho de que después, cuando los nuevos militantes vivían ya la vida de la organización, la falta de control continuaba e incluso se agravaba, quizá por que tal ha sido siempre la norma de ciertas organizaciones.» *Mundo Obrero*, 25/12/1936.

78. *Mundo Obrero*, 29/12/1936.

79. *Mundo Obrero*, 31/12/1936.

80. *Mundo Obrero*, 2/1/1937.

81. El rumor apareció publicado en el órgano de las Milicias Confederales *Frente Libertario*. *Mundo Obrero*, 12/2/1937.

82. *Mundo Obrero*, 1/4/1937.

83. *Solidaridad Obrera* dedicó a este *affaire* varios artículos entre esta fecha y el 2 de mayo.

84. Peirats (1978, t. II, pp. 70-73).

85. Las acusaciones y refutaciones aparecen en las actas recopiladas por Arostegui (1984). A pesar de haber cesado en sus funciones, Cazorla denunció la persistencia de una campaña de «terrorismo verbal» contra él, manifestando su estupor ante la decisión de la Comisión de la Junta Delegada de Defensa de Madrid de no cursar su dictamen en el contencioso entre él y al CNT con la excusa de que «disuelta la Junta, quedaba relevada de continuar su labor». *Mundo Obrero*, 26/4/1937.

86. CDMH, PS-Barcelona, 811.

87. El expediente con toda la información se encuentra en FPI, AH-6-24.

88. «Podemos recordar los casos de un tal Federico Soubrier, maestro nacional de unos 22 años, un individuo de unos 26 o 28 años que dijo ser hijo del depositario o interventor de Fondos del Ayuntamiento de Lorca y que tenía un hermano en el frente ... y otro apellidado López, ex guardia civil actualmente guardia nacional republicano que fueron maltratados violentísimamente ... con un tubo de goma relleno de metal y frecuentes bofetadas. También el joven de 17 años Andrés López Ranchal y un detenido con el anterior fue apaleado durante dos días por los mismos procedimientos por el referido Torrecilla en presencia del gobernador Sr. Pretel Fernández. En presencia del gobernador fue también maltratado sin intervenir hasta última hora el gobernador una sola vez. Leandro fue maltratado con el tubo de goma por el agente Domingo...»

89. Piñuela fue un destacado militante de la corriente caballerista que daría más adelante que hablar al achacar su destitución del Comisariado General de la Zona Centro en 1938 a manejos de los comunistas, provocando una «huelga» de comisarios socialistas en solidaridad con él. Graham (2005, p. 88) señala que la batalla contra Pretel podía haber sido parte de una lucha implícita contra la pasividad del ministro de la Gobernación, Galarza.

90. Las terroríficas historias, adobadas con salvajadas tales como que a los presos les sacaban los ojos con cucharillas, fueron recogidas con regocijo por Peirats, (t. II, pp. 73-77). En el informe del PS murciano, que presentó una denuncia judicial para el esclarecimiento de los hechos, no consta en ningún momento esa barbaridad, de lo que se deduce que fue una exageración interesada de la prensa anarquista.

91. Serrallonga i Urquidi, J., «El aparato provincial durante la Segunda República. Los gobernadores civiles, 1931-1939», en *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 7 (2007).

92. «Palabras que rubricamos. Solamente una justicia tolerable: la legal.» *El Socialista*, 20/4/1937.

93. *Mundo Obrero*, 23/2/1937.

94. FPI, AH-4-48.

95. *Solidaridad Obrera*, 27/4 y 4/5/ 1937.

8. Los antagonismos con Largo Caballero (enero-mayo, 1937)

1. *Mundo Obrero*, 1/1/1937.

2. Puigsech Farrás (2009, pp. 20-21).

3. Véase un ejemplo en los diarios de Dimitrov. El 20 de diciembre de 1936 se reunió el Secretariado, acordando enviar un telegrama a Thorez y Cachin para que en vista de la intensificación «de la intervención de los estados fascistas en los asuntos españoles y el incremento de la amenaza para el proletariado y la República Española», ambos se reunieran con De Brouckère y propusieran la formación de un «comité de coordinación entre la Segunda y la Tercera internacional para abordar los problemas de la ayuda al pueblo español, como:

1. Tomar medidas contra el transporte y desembarco de tropas alemanas e italianas en España.
2. Ayuda en alimentos básicos, medicinas, organización de hospitales de campaña, evacuación de población civil, provisión de medios de transporte (camiones), asistencia técnica mediante fuerzas cualificadas que puedan contribuir a la defensa del ejército republicano, etc.
3. Cualquier forma de ayuda al movimiento de voluntarios en beneficio de la República española.
4. Patrocinio de las Brigadas Internacionales.
5. Convocatoria conjunta de campañas políticas en apoyo del pueblo español.

A este fin, recomendar la formación de comités de coordinación en los respectivos países. Estamos dispuestos a discutir cualquier otra propuesta que pueda ser tomada para coordinar acciones por parte de las dos internacionales en beneficio del pueblo español».

4. «Si los socialistas insisten en que el partido unido no entre en la IC, entonces tampoco deberá entrar en la Segunda Internacional.» Dimitrov (2000, p. 71).

5. Dimitrov (2000, p. 739).

6. Radosh (2002, p. 240).

7. Por el PSOE firmaban Lamoneda y Cordero; por el PCE, Díaz y Checa. *Mundo Obrero*, 24/4/1937.

8. *Mundo Obrero*, 15 a 22/7/1937.

9. Graham (2005, p. 105).

10. A título de ejemplo, *El Socialista* del 3 de abril de 1937 denunciaba en su editorial: «¡Esa labor de captación que se realiza en los frentes de combate, centrada, especialmente, en los camaradas que ejercen mando militar! ¡Esas maniobras de zapa ... encaminadas a eliminar, por buenas o por malas, a los hombres adscritos a determinada disciplina política! ... ¡Ese descomedido abuso —nosotros no tenemos papel, que escasea mucho; ni gasolina, que escasea más, para hacer que nuestra voz llegue profusamente a las líneas de fuego— a que se entregan algunos en su propaganda de partido o de organización!».

11. *ABC* (edición de Madrid), 31/1/1937.

12. *Mundo Obrero*, 27/2/1937.

13. *Mundo Obrero*, 1/3/1937.

14. *El Socialista*, 15/5/1937.

15. Como instrucciones finales recomendaba constituir los comités de enlace locales y provinciales donde no los hubiera aún, elaborar un programa a esos niveles, y popularizar el programa en la prensa de partido. *Mundo Obrero*, 19/8/ 1937.

16. *El Socialista*, 4/6/1937.

17. El 31 de mayo, apenas quince días después de la constitución del gobierno Negrín, la Comisión Ejecutiva del PSOE todavía andaba porfiando con la agrupación albaceteña acerca de la explicación de la salida de Caballero. FPI, AH-11-2.

18. El secretario de la Agrupación, Gabriel Martínez, se dirigió a la Comisión Ejecutiva del PSOE en estos términos: «Todos conocemos la deslealtad del partido que se llama hermano. ¿Quién ignora que un número elevadísimo de sus afiliados han sido siempre enemigos de la clase trabajadora? ¿Qué diría Lenin si presenciase el fenómeno del crecimiento del marxismo español extremado? ¿Es que un marxista se fabrica con darle a un ciudadano un carnet, un cargo o un ascenso? ¿Nos queréis entregar atados de pies y manos a los representantes españoles de la IC? ¿Creéis necesaria la sumisión borreguil a ese partido para ganar la guerra? [Para sostener relaciones amistosas y de agradecimiento con la URSS] no vemos la necesidad de someternos a la línea de la Sección Española de la IC».

19. FPI, AH-11-2.

20. CDMH, PS-Gijón-F, 86.

21. *Mundo Obrero*, 21 y 22/4/1937.

22. *El Socialista*, 22/4/1937.

23. La carta fue publicada, curiosamente, por el periódico anarquista *Castilla Libre*, y respondida por el PCE en *Mundo Obrero*, 1/6/1937.

24. CDMH, PS-Barcelona, 615. El documento carece de fecha, pero se deduce del propio texto.

25. A Araquistáin se debe el canon interpretativo del acoso comunista a Largo en sus artículos sobre «El comunismo y la guerra de España»: Caballero, el otrora «Lenin español» en virtud de la propaganda soviética, había caído en desgracia por negarse a ser manipulado por los agentes del Kremlin, sus servidores indígenas y los «libeláticos» (comunistas tapados con carnet del PSOE, como Álvarez del Vayo) de su propio partido. Araquistain (1983, pp. 211 y siguientes). [Se llama «libeláticos» a los cristianos de la Iglesia primitiva que, para librarse de la persecución, se procuraban certificado de apostasía, RAE.]

26. Viñas (2007, pp. 449 y siguientes). Como señala el autor, esta tesis nació prácticamente de manera coetánea a los hechos: «Recibió un importante espaldarazo con las revelaciones de Krivitsky. Fue fortalecida por el propio Largo Caballero, que tituló un capítulo de la primera, y recortada, edición de sus memorias "Ofensiva comunista" contra el Gobierno». Años más tarde, Jesús Hernández describió su aparente origen con todo lujo de detalles. Indalecio Prieto (pp. 89-94) la confirmó, avalado con toda la autoridad que poseía (y, naturalmente, para hundir un nuevo clavo en el ataúd de Negrín)».

27. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias. Memorias de Vicente Uribe, 60/5.

28. Graham (2006, p. 207).

29. Viñas (2007, p. 567). Bolloten, en su tónica habitual, deja inconclusa la línea de colaboración temporal del PCE con Caballero para prolongar en el lector tanto la instrumentalización del viejo líder como la sensación de desengaño que este debió acusar cuando le sobrevinieron las acerbas críticas comunistas tras la caída de Málaga: «A pesar de la presión rusa y de los estragos que el comunismo había hecho entre sus partidarios, Caballero mantuvo unas relaciones relativamente buenas con el Partido Comunista durante los primeros meses de su mandato, ya que por mucho que se le hubiera provocado de forma encubierta, entre ellos seguía existiendo un grado considerable de acuerdo». Bolloten (1997, p. 285).

30. Azaña señaló estos rasgos de su carácter: «[Caballero] es terco y malicioso en lo que cree conocer, porque toca a su experiencia personal, y en lo que afecta a alguna pasión suya, pero maleable, dúctil, candoroso en lo que no se le alcanza ni le afecta de ninguno de aquellos modos». Azaña (2000, p. 961). Graham (2005, p. 88) añade ese rasgo de carácter consistente en que cuanto más se atacaba, incluso por los suyos, a alguno de su colaboradores (Galarza, Asensio) más decidido estaba Caballero a respaldarlo.

31. Gotovitch, J., *et al*., (2001, pp. 524-525).

32. GRE (t. III, pp. 62-64).

33. Transmitido por Dimitrov a Voroschilov. Reproducido en Radosh *et al*., (pp. 235 y siguientes).

34. Radosh (2002, p. 238).

35. Zugazagoitia (2001, pp. 250 y siguientes).

36. «¿El jefe del Gobierno y ministro de la Guerra hizo, sí lo conoció, algo más que afligirse?», Zugazagoitia, (2001, p. 249).

37. Radosh (p. 241).

38. Dimitrov (2000, pp. 71-72).

39. Directriz contenida en un telegrama de fecha 14 de abril, publicado por Elorza y Bizcarrondo (1999, p. 341). Citado en Viñas (2007, p. 473).

40. Para la versión comunista del pleno, GRE (II, pp. 266-291).

41. Inquimbert (2009, p. 224).

42. Intervención de José Díaz, *Mundo Obrero*, 6/3/1937.

43. Intervención de Jesús Hernández, *Mundo Obrero*, 8/3/1937.

44. Reproducido por Radosh (2002, pp. 235 y siguientes) sin identificación del autor.

45. Araquistáin (1983, p. 179).

46. Radosh (2002, p. 243).

47. Bolloten (1997, p. 567). Como testimonios de autoridad el autor cita las memorias de Jesús Hernández y la novela —pues no merece otra categorización— de Enrique Castro Delgado, como si fuesen fuentes primarias y no elaboraciones realizadas muchos años después de los acontecimientos (mucho más lejanas en el caso de Castro) y teñidas por el desengaño —ambos habían sido expulsados de su partido— o por las urgencias de nuevos realineamientos políticos (en el caso de Hernández).

48. Dimitrov (2000, p. 73).

49. Azaña (2000, p. 952).

50. Bolloten (1997, pp. 710-713).

51. Azaña (2000, pp. 958-959).

52. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias. Memorias de Uribe. Como posteriormente Prieto dio una versión más acomodaticia a sus intereses del exilio sobre este episodio, Uribe proporcionó su propia versión de la cocina del acuerdo: «Sería útil situar la actuación de Prieto en esta cuestión, pues ha sido objeto de falsificación por Prieto mismo. Prieto no estuvo presente en la reunión conjunta con la Ejecutiva del PS, pero Prieto estaba perfectamente al corriente de lo que se había convenido en tratar en la reunión conjunta y lo que se iba a acordar cuando fuimos a entrevistarnos con la Ejecutiva, ésta se encontraba con Prieto tratando del asunto ... Un momento antes de empezar la reunión, Prieto se levantó y se ausentó».

53. Azaña (2000, p. 963).

54. *Mundo Obrero*, 11/5/1937.

55. La descripción del presidente de la República fue enormemente gráfica: Largo, descubriendo su enojo, silbó, más que dijo: «Encargue el señor Presidente de formar Gobierno a los comunistas». «Yo le pedía a usted un consejo serio, y ese no lo es.» ... «¿No son ellos los que derriban al Gobierno? Pues que gobiernen.» Azaña (2000, p. 964).

56. Azaña (2000, p. 968).

57. FPI, AH-11-2.

9. UN VECTOR EXTERIOR: LA LUCHA CONTRA EL TROTSKISMO

1. Fundamentalmente, Elorza y Bizcarrondo (1999), que recibieron por ello el cómodo calificativo de «neoestalinistas» por parte de Broué: «Acerca de “Queridos camaradas”», *Iniciativa Socialista*, n.º 18, otoño (2000).

2. Rees (2009, p. 137).

3. Rees (2009, p. 138).

4. Francisco García Lavid (*Henri Lacroix*) había sido compañero de Jesús Hernández en Vizcaya durante los años de Pérez Solís. Pasado posteriormente al trotskismo, fue durante la guerra civil organizador del batallón de milicias Rusia —que operó en el frente de Asturias— y asiduo colaborador de la revista *Joven Guardia*. CDMH, PS-Bilbao, 72-11 y 19-11. Según algunas fuentes, que no he podido confirmar, García Lavid habría sido asesinado por militantes estalinistas tras refugiarse en Francia.

5. Sobre la OCE, véase la introducción de Pagés a Andrade (1979, pp. 12 y siguientes). Las posiciones en el VII Pleno ampliado en Bullejos (1972, pp. 79-84).

6. Los *kulaks* eran los campesinos propietarios enriquecidos por la venta de sus productos en el mercado libre; los *nepman* eran los empresarios o gestores de empresas privadas. Ambas categorías sociales se desarrollaron en la URSS durante la vigencia de la NEP (Nueva Política Económica), entre 1921 y 1929. Ambas, asimismo, fueron liquidadas por Stalin en la década de 1930.

7. Rees (2009, p. 134).

8. Los intercambios epistolares se encuentran en AHPCE, Documentos, Film III.

9. Las dos tácticas fueron descritas por Codovilla en una reunión del Secretariado (marzo de 1933), a raíz de una supuesta infiltración que no era otra cosa que los residuos de la resistencia a aceptar a la nueva dirección impuesta en 1933 para sustituir a la constituida por Bullejos. Rees (2009, p. 151).

10. Pagés (2007, p. 19).

11. Rees (2009, p. 155).

12. Para la cronología de la persecución de disidentes, Broué (2003, pp. 423434). A partir de enero de 1936 se acentuaron las medidas para la aniquilación de los trotskistas. Se planeó el arresto de todos los viejos trotskistas que quedasen en libertad y su reagrupamiento en campos de prisioneros.

13. El intercambio epistolar fue recopilado por la Editorial Marxista, del POUM, y publicados en 1937. Su contenido se recoge en Alba (1977, pp. 52-74).

14. TNA, 5318/Sp., 21/2/1936.

15. TNA, 5828/Sp., 29/4/1936.

16. Durante la segunda guerra mundial, Doriot puso su partido al servicio del régimen de Vichy y alentó la formación de la Legión de Voluntarios Franceses contra la URSS. Murió por «fuego amigo» durante un bombardeo en 1944.

17. TNA, 6579/Sp., 30/7/1936.

18. Pagés (2007, pp. 22-23).

19. «Siempre de escisión contrarrevolucionaria. Los trotskistas trabajan para el enemigo», *Mundo Obrero*, 12/10/1936.

20. «Contra las maniobras contrarrevolucionarias del trotskismo. Una nota de la Federación de JSU», *Mundo Obrero*, 15/10/1936.

21. *Mundo Obrero*, 19/10/1936.

22. La nota fue publicada por *La Vanguardia* y, en versión catalana, en *Treball* (28/11/1936). Citado en Pagés (2007, pp. 24-25).

23. *Mundo Obrero*, 25/1/1937. Curiosamente, Pagés (2207, p. 27) incluye al órgano caballerista *Claridad* entre «la totalidad de la prensa controlada por los estalinistas españoles» que participaba en la campaña para la eliminación del POUM.

24. *Mundo Obrero*, 20/12/1936.

25. Sánchez Cervelló (2008, p. 169).

26. *Claridad*, 25/1/1937, y *Mundo Obrero*, 26/1/1937.

27. *Mundo Obrero*, 29/1/1937 y 5/2/1937: «Todos los antifascistas piden que el grupo trotskista sea disuelto y se juzgue a sus hombres como enemigos del pueblo». (Precedido el día anterior por un artículo que da cuenta del fin del proceso de Moscú, «una gran victoria antifascista».) *Mundo Obrero*, 6/2/37: «El POUM es también enemigo de los anarquistas ... Los Tribunales Populares deben impedir que se siga apuñalando a la República y poniendo obstáculos al desarrollo de la guerra».

28. *Mundo Obrero*, 8/2/1937.

29. Sánchez Cervelló (2008, p. 170).

30. *Mundo Obrero*, 9/2/1937.

31. «Los aventureros trotskistas calumnian a la CNT», *Mundo Obrero*, 12/2/1937.

32. «Los provocadores trostkistas. Al mismo tiempo que atacan a la CNT declaran que combaten contra republicanos, socialistas y comunistas. ¡Acción decisiva contra los que hacen la propaganda de Hitler y Franco!», *Mundo Obrero*, 13/2/1937. Para ello se recurrió a todas las fuentes: el 10 de marzo, *Mundo Obrero* glosaba un texto de Amadeo Bordiga quien, en su periódico —curiosamente, con idéntico nombre al de Munis— afirmaba: «Vivir en España bajo el control —aún puramente técnico— de las fuerzas contrarrevolucionarias del Frente Popular es engancharse al imperialismo. Los generales rebeldes y los del Frente Popular son nuestros enemigos bajo el mismo título. Nosotros debemos apartar la atención de los obreros de la defensa de los montes del Guadarrama o del frente de San Sebastián».

33. *Mundo Obrero*, 14/4/1937.

34. Según Orlov, el POUM debía contar con unos 13.000 afiliados a nivel nacional. Wilebaldo Solano, entonces secretario de la Juventud Comunista Ibérica, cifró el número de poumistas en Madrid en aproximadamente un centenar (entrevista con el autor, 15/5/2005).

35. Viñas (2007, p. 625).

36. Viñas (2007); y Gallego (2007).

37. *Mundo Obrero*, 7/5/1937.

38. Parte de una declaración del Comité Central del POUM, titulado «El significado y alcance de las jornadas de Mayo frente a la contrarrevolución», publicado el 12 de mayo de 1937. Citado en Alba (1977, p. 159).

39. CDMH, PS-Madrid, 540. La hoja finalizaba con un «¡Fuera el gobierno de los burgueses y los traidores! Ahora más que nunca la revolución y la guerra son inseparables ... Los obreros que están en las trincheras necesitan saber ... que no luchan por una estúpida República democrática, con sus iglesias católicas, cárceles y censura gubernativa, sino que luchan por sus tierras, por sus fábricas y talleres y por sus libertades de clase». El panfleto en catalán alertaba contra la creación de un ambiente propicio a un abrazo de Vergara tras la liquidación de las fuerzas más consecuentemente revolucionarias.

40. Viñas (2007). Las investigaciones de Genovés sirvieron de base para el guión del documental *Operación Nikolai*.

41. Telegrama con ref. S/NBF/T375 (18/9/1953), aunque su contenido se refiere a 1944. La estructura de infiltración debió seguir operativa durante tiempo, pues cuando se pensó en liquidar a Trotsky en México y se encargó del operativo al coronel Eitingon, buen conocedor del contexto español, se señaló que «la toma de contacto con Trotsky se hacía a través de nuestra red en España». Sudoplatov (1994, p. 105).

42. Citado en Pagés (2007, pp. 38-39).

43. Archivo Juan Negrín López de París (AJNL).

44. Solano, W., «La larga marcha por la verdad sobre Andreu Nin», en *Utopie Critique*, París, n.º 4, cuarto trimestre de 1994 /versión digital en la web de la Fundación Andreu Nin (http://www.fundanin.org). Entrevista con el autor (15/5/2005).

45. Citado en Viñas (2007, p. 623).

46. Pagés (2007, p. 39). El eufemismo «amigos» —así como el de «vecinos», empleado por la inteligencia militar (GRU)— hacía referencia a los agentes de la NKVD.

47. *Solidaridad Obrera* (11/5/1937) refería el hecho de forma discreta: «El domingo día 9 nos vimos sorprendidos por una nueva provocación de los llamados "antifascistas". Una vez más, los compañeros de la CNT hemos sido víctimas de los que, diciéndose amigos de la unidad, apelan a la violencia».

48. Gorkin, Julián, *El proceso de Moscú en Barcelona. El sacrificio de Andrés Nin*, Aymá, Barcelona, 1973. Citado por Guillamón, A., «El terror estalinista en Barcelona (1938)», *Balance. Cuaderno de historia*, n.º 33.

49. FPJdB.

50. CDMH, PS-Barcelona, 821.

51. Casanova (1997, pp. 223-224).

52. CDMH, PS-Madrid, 540.

53. CDMH, PS-Barcelona, 1340. Este legajo es la contraparte de la relación anarquista de los hechos, desde el punto de vista de los informes remitidos al Comité Ejecutivo de la UGT de Cataluña por los comités locales.

54. CDMH, PS-Madrid, 461/27.

55. Ascaso, J. (2006, pp. 153-157).

56. Con ello suscitaron acres comentarios de los comunistas españoles. «[Irujo, ministro de Justicia] esgrimía con gran aparato los telegramas y cartas de las más diversas partes del extranjero, sobre todo de socialdemócratas, que si se mostraban poco diligentes en defender a la República y en denunciar los crímenes del fascismo español que les eran perfectamente conocidos, en cambio dieron pruebas de gran actividad en torno a la suerte corrida por el facineroso Nin.» AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias. Memorias de Vicente Uribe, 60/5.

57. AJNL, Escrito de Carlos Esplá, al ministro de Estado, 17/7/1937.

58. AJNL-P, Nota del ministro de la Gobernación a Negrín, 18/7/1937.

59. Los apuntes de Brockway, que estuvo en España entre el 23 de junio y el 12 de julio de 1937, le sirvieron para redactar su opúsculo *The truth about Barcelona*, publicado en Londres en 1937 por el Independent Labour Party.

60. Reeditado actualmente con el prólogo de Pagés (2007).

61. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14, 26/3/1938.

62. Pages (2007, pp. 12-13).

63. Así lo reconoce alguien tan significado como Pagés (p. 17), frente a las viejas tesis de Gorkin. Solano también ha matizado las pretendidas similitudes entre uno y otro caso («Testimonio del proceso al POUM: Barcelona no fue Moscú», 22/10/1988).

64. Sánchez Cervelló (2006, pp. 183-184).

65. RGASPI, 495, 74, 211. Citado en Pagés (2007, p. 14).

66. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14.

67. Heiberg y Ros Agudo (pp. 208 y siguientes). Citado en Viñas (2008, pp. 394 y siguientes).

68. Sudoplatov (1994, pp. 102-103).

69. CDMH, PS-Barcelona, 1429. Actas del Pleno Nacional de Regionales CNT-FAI -FIJL, octubre de 1938.

10. Las dimensiones del PCE: los números

1. Kriegel (1978), pp. 22-24.

2. En el primer punto de sus estatutos se enunciaba que «El Partido Comunista de España (Sección de la Internacional Comunista) representa la unión de todas las organizaciones comunistas existentes en el país, como jefe y organizador del movimiento obrero revolucionario y portaestandarte de los principios y de los objetivos del comunismo. El Partido Comunista lucha por la conquista de la mayoría de la clase obrera y de las masas campesinas, por el establecimiento de la dictadura del proletariado, por la creación de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, por la supresión de las clases y la realización del socialismo, primer paso hacia la sociedad comunista». Checa, P., *Qué es y cómo funciona el Partido Comunista de España (Algunas normas de organización). Con los estatutos del P.C. de España*, Ediciones Europa América, Madrid (1937, p. 27).

3. Saña (1972, vol. I, p. 33).

4. Cruz (1987, pp. 25-26).

5. Según la conocida expresión leninista, en su polémica con Rosa Luxemburgo, las alas de los partidos eran como las de las gallinas, que por más que se desplegasen no permitían tomar la altura de las águilas.

6. Cruz (1987, p. 39).

7. Ejemplo de esa militarización es la cita de Stalin con la que Checa abría su folleto sobre la organización del partido: «Ningún ejército puede prescindir en la guerra de un Estado Mayor experimentado, si no quiere condenarse a sí mismo a la derrota. Y el proletariado, con mucho mayor motivo, si no quiere entregarse a merced de sus enemigos jurados, necesita un Estado Mayor. Una clase obrera sin un partido revolucionario es como un ejército sin Estado Mayor. El Partido es el Estado Mayor del proletariado». Checa (1938, p. 3).

8. La Escuela Leninista internacional se creó en secreto en Moscú en 1926. «Su objetivo era la formación de una élite revolucionaria, instruida teóricamente en el marxismo-leninismo y fortalecida gracias a la vigilancia, la disciplina y la devoción al bolchevismo. Estos principios asegurarían la ruptura definitiva con las tradiciones social-demócratas.» Cohen *et al*., (2006, p. 48).

9. Hobsbawm (2000, p. 17).

10. Algunos cuadros medios que, tras la guerra, se exiliaron en la URSS recordaban aún ese proceso de paso de la discusión permanente al acatamiento: «Yo recordaba cuando éramos jóvenes que discutíamos hasta los más pequeños problemas en el Partido, se discutían y aquí no se discuten ... Cuando [Stalin] plantea el problema de la guerra, al principio era una guerra antifascista, nosotros que habíamos dicho que era una guerra imperialista y todos los documentos que habíamos leído, de que era imperialista, cuando discutíamos entre algunos compañeros, cuando se fue al Partido ... en vez de hacer reuniones con toda la emigración o consigo, se decía: No discutid, ya saldrán materiales». AHPCE, Divergencias, Jesús Hernández, Declaraciones, «Declaración de Orellana», 1947. Caja 107/1.3. Citado en Hernández Sánchez (2007, p. 133).

11. Saña (1972, vol. I, p. 133) resume críticamente el giro estatégico impreso a partir del V Congreso de la IC: «La introducción de este régimen trapense perseguía el fin de sistematizar el proceso de bolchevización iniciado ya anteriormente y de imponer a las respectivas secciones una unidad basada en la obediencia de cadáver».

12. AHPCE, Documentos, *Desarrollo numérico del P. desde diciembre de 1935 a diciembre de 1937*. Film XVI, apdo. 197.

13. Algunos datos permiten extraer estas conclusiones: como se verá un poco más adelante, las cifras provinciales ofrecidas por el Pleno de marzo de 1937 solo estaban ajustadas hasta el rango de la unidad en el caso de Toledo, percibiéndose en todas las demás un redondeo o estimación al alza. AHPCE, Documentos, *Fuerza numérica del Partido y composición social en primero de marzo de 1937*. Film XVI, apdo. 197. Cuando los comités provinciales solicitaban el envío de carnets, lo hacían por centenares (el de Huesca pidió 500 nada más producirse la intervención para la supresión del Consejo de Aragón), lo que no implica que todas estas matrices se tradujeran en militancia efectiva. CDMH, PS-Barcelona, 821.

14. Cruz (1987, pp. 56-62); Lazar (1992, p. 235); Radosh *et al.* (2002, p. 480); y Maurín, J., *Le communisme en Espagne*, Nueva York (1964). Citado en Courtois y Panné (1998, p. 377).

15. La naturaleza de la entrega a la militancia comunista la resume muy gráficamente Kriegel: «El PC ... tiende a conferir una significación casi religiosa a la posesión del carnet y al ser comunista. En consecuencia, tiende a desaprobar las múltiples formas en que se puede vivir la adhesión a una política en una democracia occidental para privilegiar una sola: el enrolamiento militante absoluto. Ignora, en principio, los márgenes inciertos, las fronteras borrosas que en los partidos clásicos, separan y unen al simpatizante, al que cotiza y al militante. De esta manera, la "parte activa" es, debería ser, todo el partido». Kriegel (1978, p. 26).

16. Andrade recuerda cómo le tuvo que contar a su tía Pancha, personaje entrañable que en su juventud suplió el papel de madre, que cuando se casara lo haría por lo civil y eso a pesar de que «incluso el matrimonio civil en nuestro concepto era una concesión a los prejuicios imperantes, porque nosotros no creíamos más que en la unión libre sin intervención *legal* de nadie; que si nos casábamos civilmente era sólo para que pudiera acreditar María su condición de *esposa legítima* y evitarse de esta manera disgustos con la policía y con las autoridades en general». Andrade (1983, p. 143).

17. La expresión se acuñó para definir al Partido Comunista Francés en 1926. Kriegel (1978, p. 25). Otra imagen gráfica es la que caracterizaba al PC como «puerta giratoria», pues en muchas ocasiones tan pronto se entraba como se salía de él.

18. Hobsbawm (2000, p. 15).

19. Un comportamiento similar para el comunismo luso fue descrito por Pacheco Pereira, J., «El Partido Comunista Portugués y la izquierda revolucionaria», *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, n.os 60-61, abril-septiembre de (1988, p. 72).

20. Sería curioso conocer el ritmo diario de afiliación durante aquellos primeros días, pero seguramente la percepción que se obtendría no sería muy diferente de la que Casanova ofrece para el caso de la CNT en la Barcelona del 19 de julio: «Solo los militantes más comprometidos y algunos dirigentes salieron a las calles a combatir, junto a las fuerzas de seguridad leales, a los sublevados. El famoso pueblo en armas apareció después, cuando, derrotado el levantamiento, las calles se llenaron de hombres y mujeres en huelga que el 19 y el 20 de julio habían permanecido en sus casas atemorizados por los disparos y la gravedad de los acontecimientos» Casanova (1997, p. 157).

21. Un ejemplo de ese sectarismo lo aporta en sus memorias Tagüeña, que recuerda cómo dejó la UJC en 1934 cuando se le dio orden de abandonar las milicias juveniles socialistas, en las que él y otros jóvenes comunistas se habían integrado: «Yo quizá hubiera aceptado si me permitieran retirarme silenciosamente; pero [el secretario general] me explicó que debía ser en un acto público. Debía comunicar a los jóvenes socialistas que me iba porque ellos no eran verdaderos revolucionarios, sino que traicionaban la causa del proletariado con posiciones demagógicas». Tagüeña (2005, p. 62).

22. Las referencias se encuentran en los archivos de la Comintern en Moscú (RGASPI), y son, por el orden citado: 495/2/265 (Codovilla); 495/2/245 (J. Hernández); 495/20/262 (Stepanov). El informe de Togliatti lo recoge Radosh (2002), pp. 478-480.

23. Kriegel (1978, pp. 29-30).

24. AHPCE, Documentos, *Fuerza numérica del Partido y composición social en 1.º de marzo de 1937*, Film XVI, apdo. 197; y AHPCE, Documentos, *Informe de organización*, Film XVI, apdo. 205.

25. AHPCE, Documentos, *Informe de organización*, Film XVI, apdo. 205. El subrayado es mío.

26. Puigsech Farrás (2001, pp. 140-143). Un estudioso portugués ha señalado que durante el agitado periodo de la «Revolución de los claveles», el contingente de afiliados nominales, pero «desligados» (sin actividad política) en el PCP oscilaba entre 36,4 por 100 y el 21,8 por 100. Pacheco Pereira (1988, p. 74).

27. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, notas personales, 137/14.

28. Kriegel (1978, pp. 31-32) obtuvo parecidas conclusiones a la hora de calcular la fuerza numérica del Partido Comunista Francés —para una fecha más reciente, 1970—: estimó que los 459.600 afiliados declarados correspondían en la realidad a 275.000 (una diferencia del 41,2 por 100).

29. Cruz (1978, p. 62). Algo similar a lo que ocurre con la Iglesia Católica. El concepto de «vanidad organizativa» está tomado de Pacheco Pereira (1988, p. 76), y define una concepción, en la que concuerdan amigos y adversarios, del PC como una maquinaria enormemente eficaz.

30. Kriegel (1978, p. 22); y Lazar (1992, p. 185).

31. Desde la sociología del riesgo, Ulrich Beck sostiene que la objetividad de un peligro existe en la medida en que se cree en él. El anticomunismo, por tanto, edificó un mito amenazador sobre la base de la percepción de su eficaz y deshumanizadora burocracia, aherrojadora de miles de voluntades. Para la génesis del discurso anticomunista en España, García (2005, p. 19).

11. La implantación territorial del PCE

1. Santidrián (2004, pp. 25 y 27).

2. Santidrián (2004, p. 41).

3. Bullejos (1972, pp. 155-156).

4. La experiencia del Frente Único Antifascista de Málaga en Barranquero (2006, pp. 35 y siguientes).

5. Santidrián (2004, p. p. 42).

6. Para el papel de las Juventudes Comunistas durante el periodo de formación del movimiento comunista, Hernández Sánchez (2007).

7. Erice (1996, p. 46).

8. Santidrián (2004, p. 42).

9. Karl, M. (sobrenombre de Mauricio Carlavilla): *El comunismo en España*. Sáez Hnos., Madrid (1932), 2.ª edición, p. 120.

10. Matorras, E., *El comunismo en España*, s.e., Madrid (1935), pp. 113-114.

11. Ruiz Alonso (2007, pp. 193-197).

12. Matorras (1935, pp. 97-98).

13. Matorras (1935, p. 135). El propio Carlavilla reconoce que se quedó «sorprendido cuando vi que un candidato comunista obtenía unos 5.000 votos en Zaragoza [en las elecciones de agosto de 1931]» por ser esta región «de antiguo, el feudo más hermético del anarcosindicalismo».

14. Avilés Farré (2000, p. 26). El mismo autor analizó la recepción en España del mito del Octubre soviético y de la opción política comunista (1999).

15. Me refiero a los trabajos de Puigsech Farrás (2001 y 2009); y Martín Ramos (2002).

16. Me atengo en ello a aquella clásica definición de Gregorio López Raimundo sobre las relaciones PSUC-PCE y la naturaleza de ambos partidos: El PSUC y el PCE —decía el veterano dirigente catalán— son como dos naranjas, no dos mitades de la misma naranja.

17. Aizpuru (2009, p. 161).

18. Ibáñez Ortega y Pérez Pérez (2005, p. 46).

19. *Mundo Obrero*, 30/10/1936. La cifra de 12.000 en marzo la proporciona Astigarrabía, citado en Egido (1994, p. 93). Brusilov elevaba la cantidad a 20.000 en febrero de 1937.

20. Aizpuru (2009, p. 156).

21. Ibáñez Ortega y Pérez Pérez (2005, p. 59).

22. La intervención de Angelín fue consignada en los diarios de Togliatti, con fecha del 30 de octubre. Denunció las luchas internas entre asturianos y vascos, la fragmentación partidista del ejército y la carencia de comisarios, la inexistencia de fortificaciones, la bisoñez y sectarismo del PC en Santander y la «política regionalista» en Asturias. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14.

23. Egido (1994, pp. 104-106).

24. Ibáñez Ortega y Pérez Pérez (2005, pp. 65-66).

25. Citado en Egido (1994, p. 99).

26. Aizpuru (2009, p. 158).

27. Solla Gutiérrez (2007, pp. 366-367).

28. Solla Gutiérrez (pp. 369-371).

29. Solla (pp. 372-374) y Aizpuru (2009, p. 57).

30. Baste recordar que en la segunda vuelta de las elecciones legislativas de 1936 en esta circunscripción se pensó en presentar al general Franco por parte del bloque de derechas.

31. López Villaverde y Sánchez Sánchez (2007, p. 377).

32. PCE-Albacete (1990, pp. 55-59).

33. En esta población, además de los incidentes ya señalados con la población local, la Columna del Rosal tuvo sus más y sus menos con las comitivas ministeriales —incluso con las de los mismos ministros confederales, como Federica Montseny— que evacuaban el Madrid sitiado con dirección a Valencia. Los tensos altercados aparecen narrados desde perspectivas contrapuestas en Guzmán (2004, pp. 69-70); y Hernández Tomás (1946, pp. 314-315).

34. López Villaverde y Sánchez Sánchez (2007, p. 393).

35. PCE (1990, p. 64).

36. Ballarín Aured (2007, p. 316).

37. Díez Torre (2007, p. 340) y Casanova (2006, p. 223).

38. Ballarín (2007, t. I, pp. 318-321).

39. Casanova (2006, p. 225).

40. El PCE tenía 18 consejeros sobre un total de 2.370 para todos los pueblos (360) de la zona leal. Díez Torre (2007, t. I, p. 336).

41. Durante el otoño de 1937 la Secretaría Agraria del Comité Regional de Aragón del PC recibió a multitud de delegaciones de pueblos para gestionar estos asuntos. CDMH, PS-Madrid, 33.

42. Casanova (2006, p. 226).

43. AHPCE, Film XVI, apdo. 205.

44. AHPCE, Film XVI, apdo. 205.

45. En la jerga política de la España del siglo XIX y del primer tercio del XX, los gobernadores civiles, autoridades directamente designadas por el ministro de la Gobernación y auténticos reyezuelos territoriales, recibían el apodo de «Poncios», por comparación con Poncio Pilatos.

46. López Villaverde y Sánchez Sánchez (2004, p. 32).

47. Le sucedió durante seis meses el diputado comunista Antonio Pretel Fernández, propuesto por la UGT.

48. Serrallonga i Urquias, J., «El aparato provincial durante la Segunda República. Los gobernadores civiles, 1931-1939», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 7 (2007), 54 p. (http://hipanianova.rediris.es).

49. CDMH, PS-Madrid, 588.

50. CDMH, PS-Madrid, 588. «Uno de la Comisión que pasó por la Escuela Provincial [de Madrid] se pasó al enemigo ... Un individuo que era responsable en un provincial se pasó al enemigo con carnets del partido en blanco.» En Valencia «en el aparato del Comité Provincial existían elementos trotskizantes e individuos inmorales, [aunque] desde que está Palau en la dirección [las cosas han cambiado]». No todo eran malas noticias: en Cuenca «por un buen trabajo del partido se ha descubierto en el Batallón de Retaguardia unos trotskistas que preparaban actos de provocación y sabotaje, han sido detenidos por el SIM».

51. CDMH, PS-Madrid, 588.

52. Díaz (1990, pp. 108-110).

53. CDMH, PS-Madrid, 151.

54. Kriegel (1978, p. 135).

12. Rostros

1. Dreyfus (2004, pp. 16-17).

2. Cruz (2007, pp. 143-158).

3. Graham (pp. 204-205)

4. Santidrián (2002, p. 99).

5. Martín Ramos (2007).

6. Pedro Checa, por ejemplo, era delineante y llegó al Buró Político; Manuel Tagüeña o Fernando Claudín, universitarios, fueron miembros del Comité Central; lo mismo que Cayetano Bolívar, médico y primer diputado comunista por Málaga en 1933.

7. El secretario de organización del PSUC Miguel Valdés reclamó que el crecimiento de la base del partido se había de concentrar en la atracción de obreros y combatientes del frente para potenciar el carácter obrero del partido, dado que el PSUC, que se presentaba como un partido de clase veía que este sector social *solo* representaba el 62 por 100 de toda la militancia.

8. No es sencillo reconstruir curvas de afiliación al PSOE, tanto por la carencia de documentación seriada como porque, en los primeros meses de la guerra, el partido paralizó las nueva afiliaciones para impedir la entrada sin control. La serie de CDMH llega hasta enero de 1937, y es la única, que conozca, que permite establecer una tipificación socioprofesional de la militancia socialista.

9. Estadísticas en diciembre de 1937: la composición social del partido se desglosa en cinco categorías: obreros (56 por 100), campesinos (27,4 por 100), empleados (11 por 100), profesionales (3,6 por 100) y pequeños comerciantes (1,9 por 100). Martín Ramos (2007). Este autor compara esas mismas cifras con las del modelo de organización comunista occidental a la que nadie discute ese carácter, una de las formaciones más representativas del movimiento comunista europeo, el Partido Comunista Francés: su composición en 1954 era 58,2 por 100 obreros; 16,5 por 100 campesinos; 11,7 por 100 empleados; 7,5 por 100 profesionales; 4 por 100 amas de casa.

10. Puigsech Farrás, (2001, pp. 141-142).

11. Resulta ilustrativo ver la percepción que los comunistas teníán del campesinado pequeño y mediano propietario, al que no consideraban ni mucho menos «burguesía acomodada». Refiriéndose a Levante, Jesús Hernández comentó los datos oficiales de la Cámara Agrícola valorando que «los campesinos [pobres y medios de la región] eran en su mayor parte arrendatarios (colonos) y medieros. Durante siglos desarrollaron una lucha implacable contra los terratenientes, a veces en campos abiertos, con las armas, y otras en el regateo indignante de los juzgados ... Se crispaba de rabia el torzal de las venas campesinas, apretaban la mandíbula los viejos labradores que habían visto partir a su hijo para el frente a defender aquellas mieses, aquella huerta, de los usureros y los caciques del otro lado de la frontera de fuego». Hernández Tomás (1946, pp., 225 y 235-236).

12. Hay que reconocer a Graham (2006) el mérito de haber abierto la senda de esta óptica renovadora en el análisis del papel del PCE durante la guerra civil, liberándolo de añejos prejuicios.

13. Cruz, en lo que juzgo una errata, se refiere en concreto al Partido Republicano Radical de Lerroux. Es más probable que quisiese referirse al Partido Radical Socialista. En el PSUC, por ejemplo, el crecimiento tampoco se hizo a costa de los partidos republicanos, si bien los que vinieron de ellos (ERC) lo hicieron buscando una alternativa a la desmembración de su partido. Desde julio de 1937 hasta el final de año el PSUC tuvo en Barcelona 2.069 nuevos afiliados, de los que solo el 22 por 100 habían militado anteriormente en otras organizaciones políticas; la mayor parte de los que procedían de otros partidos lo eran de los llamados «marxistas», incluidas las JSU de Cataluña.

14. AHPCE, Documentos, *Informe del Partido sobre la composición políticosocial de la Provincia de Madrid*, carpeta 18.

15. Graham (2006, p. 203).

16. La implicación de la juventud en los escarceos políticos violentos fue en aumento durante la década de 1930, motivando que el Gobierno adoptara en 1934, las primeras medidas para intentar hacer frente a esta situación, mediante un decreto que prohibía la militancia política a menores de 16 años y a los que tuvieran menos de 23 sin el consentimiento de sus padres. Souto Kustrín (2001-2002).

17. CDMH, PS-Madrid, carpetas 86 y 151; PS- Bilbao, 2125, 12; y PS-Gijón, 293-K. No se trataba de un fenómeno aislado. El comunismo fue un movimiento con un fuerte atractivo juvenil durante la década de 1930. El Partido Comunista Alemán (KPD) antes de ser pulverizado por la represión hitleriana, ostentó una media de edad de 34 años, siendo un 30 por 100 el número de sus militantes menor de 30 años. Hobsbawm (2000, pp. 70-71).

18. Martín Ramos (2007, pp. 247-248).

19. *Mundo Obrero*, 13/1/1938.

20. *Mundo Obrero*, 1/3/1938.

21. CDMH, PS-Madrid, 151, *Informe femenino del CP de Alicante*, mayo de 1938.

22. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 314/17, 28/5/1938. Checa se preocupó de destacar la «grande juventud del Partido» en ese periodo.

23. *Mundo Obrero*, 13/1/1939.

24. *Mundo Obrero*, 22/2/1939.

25. *Frente Rojo*, 23/3/1938.

26. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 134/17, 21/5/1938.

27. AGCCE, PS-M, 151, Informe femenino del CP de Alicante, mayo de 1938.

28. CDMH, PS-Madrid, 885, sin fecha.

29. *Mundo Obrero*, 1/3/1938, «Celebración de la Semana de la Mujer del 6 al 15 de marzo».

30. *Mundo Obrero*, 13/1/1939, «Tribuna de prensa de la Conferencia Nacional del Partido. Algunas tareas de organización y la Conferencia Nacional».

31. *Mundo Obrero*, 18/4/1938.

32. *Mundo Obrero*, 5/4/1938.

33. En este apartado se ha empleado una selección de las respuestas a la pregunta «¿Por qué he entrado en el PC?», formulada a sus alumnos por la Escuela de Cuadros de Valencia. CDMH, PS-Madrid, 474.

34. Cruz (2004, p. 64).

35. Graham (2006, pp. 202 y siguientes); para la fascinación por el mito de la URSS, Avilés Farré (1999).

36. Con el calificativo «total» se hace referencia a la confrontación, propia del siglo XX, entre modelos políticos e ideológicos antagónicos, que no podía ser limitada ni parcial, para lo cual era preciso movilizar todos los recursos de la población (en la que desaparecían los límites entre combatientes y no combatientes), desde los materiales a los psicológicos, en pos del objetivo de la aniquilación del contrario. Una de sus derivaciones, quizá la más importante, fue la brutalización de los conflictos durante este periodo. Hobsbawm (1995, pp. 58-59).

37. Toda la información sobre la estructura y funcionamiento de este aparato se encuentra en AHPCE, Documentos, *Informe de la Comisión Nacional de Agitación y Propaganda del PCE*, carpeta 18, 26/8/1937.

38. La tasa media de analfabetismo en aquel periodo oscilaba, según distintas valoraciones, entre el 32 y el 44 por 100.

39. Largo Alonso y Calco Sánchez-Malo (1986, p. 291).

40. Un cuadro del Norte, Félix Bárzana, dejó un retrato bastante desmitificador de cómo operaba en ocasiones el aparato propagandístico comunista. Describía una gira de mítines-relámpago en Asturias: «Contra la fatalidad y contra los coches malos no se puede luchar. Entre Gijón y Noreña se rompió la transmisión de nuestro coche, después de cuatro interrupciones del motor. Otro coche que puso a nuestra disposición el Comarcal de Pola de Siero se incendió entre Sama y Mieres … Es fundamental escoger bien las horas propias de cada lugar. Hemos visto una actuación de otro grupo de Pola a las tres de la tarde. El sol aplastaba y la gente no se encontraba en la calle. Acudió muy poca gente, principalmente niños ... Los oradores de estos mítines-relámpago hay que tener siempre en cuenta especialmente que sean escogidos por su decisión, por su energía y firmeza. En los pocos minutos de intervención ante un público de calle, que no es nuestro por completo como generalmente sucede en los que se organizan en locales, los oradores han de imponerse necesariamente por su acierto en su intervención. Discrepamos rotundamente de los que piensan que a estos mítines pueden enviarse a los novilleros». CDMH, PSGijón, K-99/1, *Informes sobre mítines-relámpago en el Norte*.

41. Vinyes (1976).

42. El máximo nivel de coordinación unitaria se alcanzará con la formación de la Alianza Juvenil Antifascista (AJA) en septiembre de 1937, plataforma unitaria de todas las juventudes, excluidas las del POUM.

43. Vinyes (1976, p. 57).

44. TNA, HW-26, 5631/Sp., 31/3/1936.

45. Citado en Radosh *et al*. (2002, pp. 467-484).

46. Citado en Fernández Soria (1992, p. 51).

47. Fernández Soria (1992, pp. 111-113).

48. Largo Alonso y Calvo Sánchez-Malo (1988, p. 306).

49. Largo Alonso y Calvo Sánchez-Malo (1988, p. 305). Coincide en esta valoración Fernández Soria (1992, p. 173).

50. Filosofía no compartida, como se sabe, por el movimiento libertario que, inspirado en los valores de la educación racionalista y pacifista, desaconsejaba con vehemencia la introducción del belicismo y la política en la infancia.

51. La JSU reconocía que, como «la Iglesia tenía buen cuidado de poner a todo lo que oliese a regeneración el marchamo de pecado», había una necesidad de combatir especialmente el déficit cultural de las mujeres, porque —advertía Aurora Arnáiz— «existen gran cantidad de muchachas a quienes ni aún hoy se les puede hacer comprender que el trabajar con compañeros no conduce a determinados peligros». Citado en Fernández Soria (1992, pp. 223-224).

52. Tuñón de Lara (1977, p. 155).

53. Gross (2007, pp. 163 y siguientes).

54. Kowalsky (2004, p. 136).

55. Kowalsky (2004, p. 136).

56. AMA recibió duras críticas de su competidora, Mujeres Libres, la organización femenina del movimiento libertario, que ponía la emancipación de la mujer por encima de cualquier interés partidista o colectivo. Ackelsberg (2000, pp. 219-220).

57. Empleando un símil militar, como solía el leninismo, los cuadros serían la escala de suboficiales del ejército del proletariado.

58. El estudio se ha realizado con 752 fichas de militantes conservadas en CDMH, PS-Madrid, 86 y 151; PS-Gijón, K, 293; y PS-Bilbao, 215,12.

59. Díaz (1990, pp. 107-108).

60. La bibliografía mínima consistía en: Comorera, *Per la unitat fins a la victòria total*; Dimitrov, *Frente Popular en el mundo*; Ercoli, *Las características de la revolución española*; Lenin, *El socialismo y la guerra*; Ardiaca, *1.ª Conferencia Nacional del PSUC, Resolución*; Comorera, *El camí del Front Popular Antifeixista*, *Lletra oberta al PSUC*; Díaz, *Para aplastar a Franco*. La bibliografía máxima que complementaba a la anterior: Díaz, *Por la unidad hacia la victoria*; Ercoli, *La lucha contra el fascismo y la guerra*; Hernández, *El PC antes, durante y después de la crisis*; y Comorera, *Tres condiciones de la victoria, Resolución Política*. CDMH, PS- Barcelona, caja 937.

61. El método está recogido en Sánchez Montero (1997, pp. 98-100). Sánchez Montero recibió clases de formación política durante la guerra civil en la escuela del Comité Central del PCE, por parte de un antiguo profesor de la Escuela Leninista, el búlgaro Rubén Abramov («Miguel Gómez»).

62. Regional de Extremadura y Provinciales de Valencia y Alicante. CDMH, PS-Madrid, 151.

63. Kriegel (1978, p. 189) se refiere a los «permanentes» como «una estructura generadora de continuidad, homogeneidad y fidelidad al hecho comunista en su naturaleza original». Desempeña «colectivamente la función de depositario de la tradición, transmite el saber comunista y es el polo de estabilidad de un conjunto en el que la comunidad de simples miembros individuales constituye el polo de inestabilidad».

64. Un ejemplo, entre cientos, de formación en el periodo de guerra y volcado posterior de la experiencia militante en condiciones clandestinas sería el de Núñez (2002). Otros tantos esfuerzos anónimos, o menos notorios, en Fernández Rodríguez (2002).

13. El descenso de la cima: las ambivalentes relaciones con el PSOE y la guerra patriótica (1938)

1. El secretario de la hipercrítica Agrupación Socialista de Albacete lo expresaba en estos términos: «Habláis [el Comité de Enlace del PSOE] de la unión con el PC y no sabemos si nos engañáis o si sois vosotros los engañados. Formáis el Comité de Enlace y tomáis unos acuerdos que no valen para nada en absoluto, en cuanto a realizar la unidad se refiere. Para llegar a la unidad de dos partidos que se llaman marxistas y que son internacionales, lo primero a dilucidar es a qué Internacional se ha de obedecer, y lo segundo qué organización se le ha de dar, y una vez hecho esto, consultar a los afiliados mediante un Congreso o plebiscito y sobre estos dos asuntos no se ha dicho nada. FPI, AH-11-2.

2. *Mundo Obrero*, 16/5/1937.

3. En su intento de desautorizar a Largo, el órgano del PCE afirmaba que cualquiera que trabajase contra la unidad del Frente Popular, «éste, tenga el nombre que tenga y diga representar a quien fuere; éste, no habla en nombre de los trabajadores de ningún sindicato, mucho menos en nombre de la UGT ». *Mundo Obrero*, 30/5/1937.

4. «¡Ya ha hablado Largo Caballero! Una carta indigna de revolucionarios y de antifascistas.» «Despechado», «burocratismo dictatorial» y «aventurerismo delincuente» son algunos de los calificativos que se le dedicaron. *Mundo Obrero*, 9/9/1937.

5. El resto de los pretendidos «compañeros de viaje» en versión bolloteniana eran: Ramón González Peña (presidente), Edmundo Domínguez (vicepresidente) y José Rodríguez Vega (secretario general). A todos, en general, les cayó el sambenito por «negrinistas» (*quod erat demostrandum*...); a Peña le adornaba, además, haber liderado la Comuna asturiana de 1934, y a Vega (como a su mentor, Ramón Lamoneda) haber sido miembro del propio PCE en sus tiempos fundacionales, aunque lo hubiese abandonado tiempo ha para reintegrarse a la disciplina socialista.

6. Según figura en los apuntes de Togliatti: «Condiciones de Caballero (CE UGT). 1. Reincorporación de las federaciones expulsadas. 2. Incorporación de los cinco dimitidos de la anterior ejecutiva: Anastasio de Gracia, Amaro del Rosal. Senova?, Llopis, Pretel. Peña dice que no son aceptables ... Nuestros en contra al principio, pero llevar al CN, que el CN decida», 137/14, 7/11/1937.

7. Bolloten (1997, p. 843).

8. Aunque carece de fecha, aparece microfilmado antes de la reproducción del manifiesto del 1.º de mayo de 1938.

9. *Mundo Obrero*, 18/10/1937.

10. Corresponde a Bolloten el hallazgo intelectual de la «Tercera República» izquierdista, de pluralismo solo aparente dada la exclusión de las derechas. Tal sistema se habría desarrollado con la misma guerra, sin que el autor se plantee que fueron las derechas, con su bloqueo a toda reforma estructural y su apoyo a la sublevación militar contra la República —y no meramente contra un gobierno determinado—, las que se colocaron al margen de cualquier sistema que derivase del fracaso del golpe. Para solventar este pequeño inconveniente argumental, Payne remite los orígenes de la voluntad antidemocrática de la izquierda a las mismas raíces del Frente Popular (Payne [2003], p. 385), surco en el que lleva arando los últimos años, como demuestra su última producción.

11. Es de justicia reconocer que el profesor Payne ha introducido matizaciones respecto a la identidad entre el caso español y el de los países de Europa del Este tras la segunda guerra mundial. Pero tales matices conducen a una conclusión que está en concordancia, por su nivel de confusión, con el errado inicio de su estudio cuando trata sobre los periodos de la política cominterniana: «La Tercera República española constituyó la aproximación más cercana a la república popular de toda la historia de Europa Occidental, aunque no es que fuera meramente incompleta, sino, en muchos casos, básicamente distinta del modelo soviético...». ¿Cómo se puede ser «la aproximación más cercana» y, al mismo tiempo, «meramente incompleta» y «básicamente distinta»? Misterio. Payne (2003, p. 388).

12. *Mundo Obrero*, 5/9/1936.

13. *Mundo Obrero*, 1/10/1936.

14. Radosh *et al*. (p. 92).

15. *Mundo Obrero*, 3/12/1936.

16. *Mundo Obrero* 27/1/1937.

17. *Mundo Obrero*, 26/1/1937: editorial: «Por qué defendemos la democracia».

18. *Mundo Obrero*, 5/2/1937. Las mayúsculas, en el original.

19. *Mundo Obrero*, 4/4/1937. El artículo mereció una valoración irónica del diario anarquista madrileño *Castilla Libre*: «Un nuevo cambio de táctica en el Partido Comunista. Por primera vez en varios meses, *Mundo Obrero*, y por ende el PC, empieza a coincidir con los trabajadores revolucionarios, al considerar inseparables la revolución y la guerra». Hubo una airada reacción de *Mundo Obrero* al día siguiente.

20. Podía ser el mismo que con los sobrenombres de Mijailov y Rubén se entrevistó con Dimitrov nada más acabar la guerra. Dimitrov (2000, p. 175). El informe que se glosa se encuentra en CDMH, PS-Madrid, 885. La Revolución Española, por «Miguel» [s.f.].

21. *Mundo Obrero*, 5/5/1937.

22. *Mundo Obrero*, 24/5/1937.

23. *Mundo Obrero*, 13/11/1937.

24. *Mundo Obrero*, 7/1/1938.

25. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14, 3/12/1937.

26. *Mundo Obrero*, 23/3/1938.

27. *Mundo Obrero*, 29/3/1938. El subrayado es mío.

28. Núñez y Faraldo (2009, p. 412).

29. *Mundo Obrero*, 6/4/1938.

30. *Mundo Obrero*, 28/4/1938.

31. Núñez y Faraldo (2009, p. 402).

32. Núñez y Faraldo (2009, pp. 404-408).

33. *Mundo Obrero*, 4/4/1937; en separata, «El orgullo de sentirnos españoles», Ediciones del Partido Comunista de España, Barcelona, 1 de abril de 1938.

34. Graham (2005, p. 283) indica que este giro acabó de sacar de quicio a muchos socialistas, «cuya cólera se avivaba al darse cuenta de que la línea del Frente Popular propuesta por el PC había conducido a la negación de la Guerra Civil como una guerra de clases».

35. Para los movimientos unitarios en el exilio y la resistencia antifranquista, Heine (1983); Morán (1986); y Bueno y Gálvez (2006).

36. *Mundo Obrero*, 19/10/1937.

37. Radosh (2002, p. 270). No es de extrañar que cuando no lograban sus propósitos u obtenían respuestas evasivas o dilatorias, los comunistas manifestasen su frustración: según el informe de Togliatti a Vorchilov y Dimitrov del 30 de julio, durante ese mes «no ha habido ni una reunión del Consejo de Ministros en la que los representantes de nuestro partido no tuvieran que librar una auténtica batalla. Tras una de esas reuniones tormentosas, Hernández llegó y me declaró: "Escriba al camarada Dimitrov y al camarada Manuilski, hágales venir aquí y comprobar lo hermoso que es el FP. Nos está costando sangre y nervios. Tenemos que mantenernos constantemente alerta. Es necesario ... pero resulta terriblemente difícil: tan pronto como se ha resuelto una dificultad surge una docena. De no mantenernos en guardia, nos engañarían dos veces al día"».

38. AHPCE, Documentos, carpeta 18.

39. Tan enfática afirmación motivó que un lector del texto (¿Díaz? ¿Alguien de la IC?) escribiera en los márgenes del renglón dos signos de admiración.

40. En su informe sobre el PC fechado el 14/10/1936 dijo: «Me sentí muy sorprendido a mi llegada a Madrid por el trabajo de Codo. No hay otro término para él que ¿“cacique”? Lo hace todo él mismo ... La consecuencia es que los miembros del partido se han convertido en simples ejecutores de órdenes y han perdido todo sentido de responsabilidad, y eso imposibilita la formación de cuadros. Así por ejemplo, el camarada Checa, sobre quien descansa la responsabilidad de organizar la policía, emplea tres cuartas partes de su tiempo en firmar pases, buscar habitaciones y resolver pequeños problemas. Otro tanto ocurre con Gerö, aunque sus métodos son más suaves». Radosh (2002, p. 75).

41. Miralles (2003). Según la biografía realizada por Aldo Agosti, Togliatti («Alfredo» o «Ercoli» para los dirigentes españoles) llegó a Valencia el 14 de julio de 1937, procedente de Francia. Agosti (1996, p. 230). Bolloten, sin embargo, en correspondencia privada con Gorkin, y tomando como base el libro de Martínez Amutio (1974), señala que Togliatti se encontraba en España ya antes de esa fecha. AFPI, Correspondencia entre Julián Gorkin y Burnett Bolloten, AJGG-558-17, carta de 13 de octubre de 1982.

42. Ferrara, M., *Conversando con Togliatti*, Roma, (1953).

43. Carabantes y Cimorra (1982, p. 170).

44. Bocca (1977, pp. 252-253). «Hernández cita un primer encuentro en España con Togliatti entre el 27 y el 31 de agosto de 1936, en presencia de Duclos, Codovilla, Stepanov y Geroe, para discutir sobre la ayuda que Rusia podrá suministrar a los españoles. Existen pruebas seguras de que cuatro de los enviados de la Comintern mencionados por Hernández estaban por aquellas fechas en España. ¿Por qué debería mentir Hernández sobre el quinto, sobre Togliatti ?»

45. Spriano, P., *Il compagno Ercoli*, Editori Reuniti, Roma (1980), pp. 110-111.

46. Bocca (1977, pp. 255-256).

47. Son los numerados como TNA, HW-26, 3425/Sp., 13/1/1935 («Al Kim: Por favor, informad a Claudín que debe volver el 1 de febrero para entrar en el servicio militar. Alfredo»), 3428/Sp. 19/1935 («Alfredo sale para Amsterdam el 7 de febrero»; y 5231/Sp., 3/2/1936: «Medina me ha explicado sus planes, pero teniendo en cuenta la situación en que me encuentro en este barrio, tengo que dejar la casa donde vivo y nunca podré volver a ella de nuevo. Tenemos que cambiar de casa, y para ello necesitamos al menos un mes. Creo que lo mejor sería que yo vaya allí durante este mes para que podamos hablar. Por favor, responda antes del 10 de febrero porque el 18 de febrero caduca mi visado. Alfredo».

48. «De acuerdo con Moreno [Stepanov] planteé la cuestión de que Luis [Codovilla] no regresara. No quiero juzgar apresuradamente su trabajo, pero puedo decir con seguridad que su presencia daña al partido.» En el mismo informe, Togliatti reparte también su ración a Stepanov «a quien no acuso de nada, excepto de no haber hecho nada últimamente para orientar a los camaradas hacia una correcta autocrítica, lo que propiciaba que cometieran graves errores». Informe de Togliatti fechado el 15/9/1937. Radosh (2002, pp. 495-496).

49. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14.

50. «Las necesidades morales y materiales de la guerra exigen de manera imperiosa ir concentrando la autoridad del Estado de suerte que pueda ser ejercida con unidad de criterio y de propósito. La división y subdivisión del poder y sus facultades han entorpecido en más de una ocasión la eficacia de acciones que, aun siendo puramente administrativas en su origen, tienen como no pueden por menos, repercusión profunda en los negocios de la guerra ... Por ello, de acuerdo con el Consejo de Ministros, y a propuesta de su presidente, vengo en decretar:
»Artículo 1.° Queda disuelto el Consejo de Aragón y suprimido el cargo del delegado del Gobierno, presidente del citado Consejo. En consecuencia, cesarán en sus cargos el delegado del Gobierno en Aragón, don Joaquín Ascaso Budría, y demás consejeros que integran el referido Consejo.
»Artículo 2.º El territorio de las provincias aragonesas afecto a la autoridad de la República queda bajo la jurisdicción de un Gobernador general de Aragón, nombrado por el Gobierno, con las facultades que la legislación vigente atribuye a los gobernadores civiles.»

51. Casanova (1997, pp. 203-204).

52. Se señaló, además, que su nombramiento como presidente del Consejo de Aragón «se hizo no tomando en cuenta el criterio de la organización». CDMH, PSBarcelona, 1429.

53. CDMH, PS-Barcelona, 1429.

54. En sendos textos posteriores, tanto Líster como Jesús Hernández atribuyeron a Prieto una segunda intención: enfrentar entre sí a comunistas y anarquistas. Según Líster, así podría «poner fin a la guerra según sus concepciones ... Si sus planes hubiesen triunfado, hubiese conseguido la derrota de la República dos años antes que lo consiguieron los casadistas». Para Hernández, Prieto hubiese deseado que Líster se entregara «a una orgía de fusilamientos anarquistas. Así se encendería la guerra civil entre anarquistas y comunistas. Ello permitiría presentar al Partido Comunista como una organización que utilizaba los puestos de mando en el Ejército de la República para solucionar sus discrepancias ideológicas con otras fuerzas "antifascistas". Al Partido Comunista se le podía acusar de "abuso" de su predominio en el Ejército y de ser no sólo una amenaza para la FAI , sino para todas las fuerzas del Frente Popular. Así se lograría un rápido reagrupamiento de fuerzas contra el Partido Comunista; así podría presentarse el problema de la eliminación de los comunistas del seno del Gobierno, por las mismas razones por las que se había eliminado a los anarquistas después del *putsch* de mayo. Si los anarquistas se sublevaban contra la República, los comunistas encendían la guerra civil. Unos y otros eran indeseables». Hernández Tomás (1946, pp. 255-256).

55. Gambáu Gil (2007, p. 264). La opinión más extendida entre los sectores de la FAI era que el Comité Nacional de la CNT rehuyó el enfrentamiento porque ya estaba en tratos con Negrín para incorporarse al Gobierno.

56. Gambáu Gil (2007, p. 280).

57. Gambáu Gil (2007, pp. 305-306).

58. «La intervención activa del pueblo en la dirección y la administración del país», firmado por Navarro Ballesteros. *Mundo Obrero*, 13/11/1937.

59. «¿Por qué se ataca a los comisarios? ¿Fueron, acaso, un estorbo?», *Mundo Obrero*, 19/10/1937.

60. GRE (II, pp. 208-216).

61. El subrayado es mío. Citado en Payne (2003, pp. 382-383).

62. GRE (II, p. 267).

63. AHPCE, Documentos, Film XVII, apartado 294.

64. Conversación de Rojo con Sthern, citado en Viñas (2008, p. 444). La confidencia de Rojo estaba hecha en el contexto de las medidas adoptadas por Prieto para reducir la influencia del PC en las fuerzas armadas.

65. Viñas (2008, p. 444).

66. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14.

67. No voy a profundizar aquí en la creación y desarrollo de la institución, pues hay trabajos que la han abordado de manera exhaustiva: Álvarez (1989) y también Alpert (2007, pp. 183 y siguientes).

68. CDMH, PS-Barcelona, 1429. Actas del Pleno Nacional de Regionales CNT-FAI -FIJL, ocubre de 1938.

69. La orden del Ministerio de la Guerra de que los comisarios debían «cursar directamente instancias al Ministerio de la Guerra para revalidar sus títulos, en un plazo perentorio transcurrido el cual, si no han recibido confirmación del Ministerio de la Guerra, deberán considerarse como separados del Cuerpo de Comisarios» fue percibida como una maniobra para filtrar el Comisariado de comunistas. El PC respondió altaneramente que «la reválida de su honroso título puede hallarse en las líneas de fuego». *Mundo Obrero*, 23/4/1937.

70. *Mundo Obrero*, 29/4/ 1937.

71. Así lo recapituló Ibárruri al hacer balance del Gobierno Caballero tras su caída. Alpert (2007, p. 233).

72. *Mundo Obrero*, 27/12/1937 y 9/2/1938.

73. Beevor (2005, p. 297). A Beevor le debió parecer ocioso citar la fuente de sus datos, con lo que nos quedamos con las ganas de comprobar en qué sustenta su impresión sobre la hegemonía comunista en el EPR. Lo único que puedo hacer, por mi parte, es apelar a la paciencia del lector para que compruebe de nuevo en la tabla en qué se parecen las cifras de Beevor y las que proporcionan las fuentes primarias.

74. Sobre las polémicas generadas acerca de este tema hay abundante documentación en el archivo de Negrín. AJNL: Cartas e informes remitidos al presidente del Gobierno de Unión Nacional, 29/11/1938 y siguientes.

75. AHPCE, Ejército Republicano, caja 112, 1/15, Informe de García Val al BP sobre la Zona Centro-Sur, 19/11/38.

76. CDMH, PS-Barcelona, 1429, sesión del 18/10/38.

77. CDMH, PS-Barcelona, 1429.

78. En una carta de Rojo a Negrín del 18 de febrero de 1939 se encuentra el siguiente párrafo referido a los comunistas: «No necesito decirle que de todos los partidos políticos ha sido y es el único que tiene mis simpatías. Creo que cometen un gran error, incluso asumiendo ellos la responsabilidad general de los mandos y de la dirección de esta fase de la lucha, porque van a hacer que se concentren aún más los esfuerzos del adversario y de todos los países y van a lograr que quede definitivamente aplastado su partido, el único relativamente sano en nuestra organización política». Rojo, J. A. (p. 282).

79. Sobre la figura de algunos de estos héroes coyunturales, como el Campesino, véase la introducción del autor a González (2008). Del Barrio, que tuvo un enfrentamiento con él rayano en lo violento durante el cerco de Lérida refirió una anécdota demoledora sobre su genio militar: «En un informe a mí dirigido, el Jefe de la Agrupación de Artillería ... afirma que "El Campesino" ... obligó a los jefes de esas baterías del 15,5 a efectuar 367 disparos contra un grupo de una cuarentena de mulos de transporte. Era la última munición de ese calibre que quedaba y cuando el Jefe de las baterías se opuso a gastar esa munición en salvas absurdas, "El Campesino" personalmente le obligó amenazándole con su pistola. El Jefe artillero, que sabía que "El Campesino" podía aniquilarle impunemente disparó hasta el último de sus obuses en presencia el "héroe"». Barrio, J. del, *Relatos, acontecimientos vividos durante la guerra civil* [França], [19--] 210 p. BPRVB-FB, Memorias.

80. Peirats (1978, III, pp. 182-184).

81. AHN, Fondo General Rojo: «Situación general del Ejército», caja 25/2. Hay una nota manuscrita que dice: «hacer extracto como prueba de la labor derrotista del Comisariado». Un ejemplar de tal documento se encuentra en AHPCE, Ejército Republicano, 1/11, prueba de que también llegó a conocimiento de los comunistas. AHPCE, Documentos, Reunión del CE del PSUC. Resumen del acta que recoge, resumidas, las intervenciones de Del Barrio y Serra Pamiès, 2 de septiembre de 1938, carpeta 19.

82. CDMH, PS-Barcelona, 811.

83. El Comité de Levante reconoció que hubo que superar el principal obstáculo para esta labor: los propios militantes anarquistas, «ya que en una parte de ellos aún predomina el criterio de dejarse llevar por nuestra pseudoimbatible espontaneidad en la lucha ... Estos compañeros ... no comprenden con la objetividad precisa la ineludible necesidad de preparar conscientemente nuestros efectivos, coordinando con toda exactitud nuestra energía material y cuanto preciso sea en el orden del Ejército revolucionario dentro de una sola táctica y pendiente de una única directriz». CDMH, PS-Barcelona, 811.

84. Informes sobre células y mandos comunistas en Levante se encuentran en CDMH, PS-Madrid, 3591, 440/26. La Subsección Militar de Levante informó el 27 de diciembre de 1937 de que «en las Brigadas del Sector de Levante y en algunos Batallones de las mismas tenemos formados grupos de acción e información, empezando ahora la formación de los mismos en las Brigadas de tipo comunista, por contar con medios para ello ... estando en nuestro ánimo el llevar a efecto este trabajo por todos los medios, para comprender que este organismo se puede necesitar en un momento dado siempre en sentido beneficioso para el movimiento libertario». CDMH, PS-Barcelona, 811.

85. CDMH, PS-Barcelona, 1469.

86. Peirats, 1978, III, p. 241; se añade en nota 106: «Tanto la recopilación como el borrador de informe son inéditos». Los informes de Inestal y Entrialgo quedan limitados a la p. 247.

87. Peirats (1978, III, pp. 169-193). Los informes de Inestal y Entrialgo quedan limitados a la p. 247.

88. CDMH, PS-Madrid, 811. Pleno del Comité Central del PCE, mayo de 1938.

89. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14, 21/5/1938.

90. La organización completa consistía en un comité de Brigada de cuatro miembros (secretario general, de organización de finanzas y de *agitprop*), comités de compañía y batallón y células. Existía, además, un instructor del partido en los niveles de Brigada y División. AHPCE, Documentos, Cómo está oganizado el Partido, agosto de 1938, Film XVIII, apdo. 218. El informe de García Val en AHPCE, Ejército republicano, caja 112 1/15, 13/8/1938.

91. Dos días después llegó el relativo a la Armada, cuyas desmoralizantes conclusiones ha expuesto Egea Bruno (2009, pp. 307-356).

92. AHPCE, Ejército Republicano, Ejército del Centro, caja 112, 1/15. *Informe de García Val al BP sobre la Zona Centro-Sur*, 19/11/38. «Reemplazo del 23, había previsto una cifra de 28.249, se han incorporado 12.259, de estos 7.145 útiles para todo servicio. El contingente del 23 nos arroja un déficit sobre las cifras previstas de 15.990 hombres. Reemplazo del 24, contingente previsto, 28.551; incorporados, 14.229; útiles, 8.840; déficit, 14.322.»

93. AHPCE, Ejército Republicano, caja 112, 1/15, *Informe de García Val al BP sobre la Zona Centro-Sur*, 19/11/38.

94. CDMH, PS-Barcelona, 1429. Actas de la sesión del 18/10/1938.

95. *Mundo Obrero*, 27/12/1937.

96. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14. El subrayado es mío.

97. AHPCE, Documentos, *Debate sobre una carta de Pasionaria sobre el papel del PC en la guerra y sus enseñanzas para el futuro,* 19/8/1952.

98. Viñas (2008, pp. 306 y siguientes).

99. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14, 4/4/1938.

100. AHPCE, Documentos, carpeta 19. El documento no está referenciado en el catálogo. Se titula *Nota para la consulta con el presidente* y lleva fecha del 3 de abril.

101. CDMH, PS-Barcelona, 1429.

102. Agradezco enormemente al profesor Viñas esta información: «Negrín tenía a Benigno como hombre de absoluta confianza. No sólo durante la guerra sino también después. No hay que atribuir una significación torva o siniestra a que Benigno pasara informes al PCE. Lo hacían también Uribe y Hernández. Es probable incluso que Negrín lo supiera o lo incitara con el fin de tranquilizar a los comunistas. Aunque sabemos que no se fiaba totalmente de ellos, es obvio que le interesaba mantener las mejores relaciones posibles».

103. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14.

14. El creciente aislamiento del PCE

1. Dimitrov (2000, pp. 90-92). En la sesión del 27 de agosto fue cuando se decidió la retirada de las Brigadas Internacionales, con el fin de conseguir una respuesta recíproca de alemanes e italianos y una aproximación favorable a una mediación anglofrancesa.

2. A tal fin, la Comintern bosquejó las líneas de un plan de actuación consistente en los siguientes puntos: «a) Elaboración y aplicación, con el concurso de un consejo superior de economía, de un plan económico ligado a las necesidades de la guerra [en todo lo relativo a] materias primas, importación, exportación y aprovisionamiento. Resistir a la tendencia que existe en los órganos económicos del estado a buscar solución de todas las dificultades casi exclusivamente con compras al extranjero de cuanto es necesario para el ejército y la población civil.

»b) Atraer de manera sistemática a los comités de FP y a los sindicatos al estudio y solución de los problemas económicos locales.

»c) Depuración del aparato económico del estado de los elementos que no sean leales a la República.

»d) Lucha encarnizada contra los especuladores; incluso si están "camuflados" bajo la careta de miembros o dirigentes de "consejos obreros".

»e) Estrecha colaboración y disciplina de los sindicatos ... para la ejecución del plan económico gubernamental ... esto exige del partido que ponga fin al descuido del trabajo sindical que existe aún en sus filas, sobre todo en la organización de base». AHPCE, Documentos, *Informe del Partido sobre la situación de España después de la formación del Gobierno Negrín*, carpeta 19.

3. En la carpeta 19 de la sección Documentos del AHPCE, y sin referencia directa en el catálogo, se conservan dos copias de este texto bajo el título *Informe del Partido sobre la situación de España después de la formación del Gobierno Negrín*.

4. Los acontecimientos recogidos en este capítulo y los siguientes han sido abordados por el autor, junto con Viñas (2009). En el presente estudio se acotan los acontecimientos principales y se amplía la información con nueva evidencia documental primaria consultada desde entonces.

5. En sus memorias, Uribe criticó la elección. Elda no estaba preparada para albergar al gobierno. Lo que la distinguía de otros lugares era su proximidad a dos aeródromos, «con aviones dispuestos a zarpar en cualquier momento». De aquí que atribuyera a Negrín la idea de escapatoria en previsión de la derrota.

6. «Jesús González (Bulnes), César G. Lombardía, Manuel Fernández Valdés y Eduardo Cuevas ... por haber abandonado el puesto que les había designado el partido, huyendo cobardemente de Barcelona en los momentos más graves, y por la conducta observada posteriormente». *Mundo Obrero*, 3 de febrero de 1939.

7. Largo Caballero siguió dando pábulo en sus memorias a la idea de que fue perseguido por la maledicencia comunista y negrinista incluso en territorio francés y por sus propios correligionarios galos: «El comunista André Martín [*sic*], que había estado en España con las Brigadas Internacionales, publicó un artículo en *L'Humanité* diciendo que Araquistain y yo éramos los responsables de haberse perdido la guerra, porque detrás de nosotros habían entrado en Francia millares de españoles siguiendo nuestro ejemplo. Era concedernos mucho poder de atención, pero se quedó tan fresco. Escribimos una carta replicando al expresado artículo y esta réplica la enviamos a varios periódicos, inluyendo a *Le Populaire*, órgano del Partido Socialista francés (SFIO). Me consta que llegó a manos de León Blum, pero ninguno la publicó». Largo Caballero (1954, p. 254).

8. Desde la crisis que supuso la caída de Prieto, Azaña no se recataba de mostrar sus opiniones incluso de forma extemporánea. El 12 de mayo de 1938 Togliatti recogió las impresiones vertidas sobr el presidente de la República en una entrevista entre Negrín, Delicado y Uribe: «(De Azaña) Discurso el lunes. Quiere decir muchas cosas, salga por donde salga, sobre los desmanes de los primeros tiempos; quiere explicar por qué se producieron [*sic*] en una situación revolucionaria creada por la sublevación facciosa. Sin estos desmanes la República no estaría aquí (por menos motivos se ha fusilado a Tujashevski)». AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14.

9. La inspección del parque de munición de la 199 Brigada, que debía haber llevado a cabo el desembarco en Motril, «encontró vacías las cápsulas detonadoras del artificio de toma de fuego en los cartuchos de fusil que eran, por tanto, absolutamente inservibles. Más de un 30 por 100 de las granadas de mano probadas hicieron explosión prematura, hiriendo a los que las lanzaban. Los detonadores de las granadas de mortero tenían vacías las cápsulas del cebo ... eran por tanto absolutamente inservibles». AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias. Informe de Francisco Ciutat, 68/1.

10. Según Checa, el ritmo de deserciones en Levante era de 1.500 al mes. Algo parecido ocurría en Toledo, Murcia y Alicante. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 20/1/39.

11. Zugazagoitia (2001, pp. 558 y siguientes).

12. CDMH: PS-Madrid, legajo 692**,** carpeta 38, y AHPCE, Documentos, *La lucha armada del pueblo español por la libertad e independencia de España*, 1939, carpeta 20.

13. Se trataba de un informe para consumo interno, destinado al Pleno del Comité Central. Por lo tanto, carente de la habitual retórica propagandística.

14. El cesado era José Piqueras Muñoz, nombrado por el gobierno de Caballero en octubre de 1936. Le sustituyó el también socialista Ricardo Mella Serrano. Orquidi (2007, p. 42).

15. «En Jaén, ¡40.000 por la fuerza! Mayoría miembros del partido y cuadros de dirección ... El partido se ha debilitado extraordinariamente.»

16. En las fuerzas de seguridad en la zona este se crearían en octubre los «Grupos de Amigos de El Socialista (edición de Barcelona)», para escapar a la integración en el PSUC. La dirección nacional del PS encabezada por Lamoneda desaconsejó esta opción. FPI, AH-71-60.

17. Además de las ofrecidas en el cuadro, otras fuentes proporcionaban cifras que, aunque dispares, ofrecían un cuadro de debilidad similar: «Entre los obreros de las fábricas de guerra, que suponían el núcleo más denso del proletariado ... su fuerza era extremadamente débil ... como lo demuestra el que de cerca de 80.000 obreros ... sólo contaran en sus filas alrededor de 1.500, la mayoría obreros no especializados». AHPCE, Documentos, *La lucha armada del pueblo español por la libertad e independencia de España,* 1939, carpeta 20. En «Madrid: 10.000 (950 - 9,5 por 100), Levante: 20.600 (1.092 - 5,3 por 100)». CDMH, PS-Madrid, 811, *Pleno del CC del PCE, mayo 1938*.

18. Se ofrecían cifras de militancia en las principales ciudades: «Madrid: 7.000, con 50 % de mujeres; Valencia: 1.200/1.300; Cartagena: 350; Alicante: 600/700. ([sobre] 150.000 habitantes); Guadalajara: 400/500».

19. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 134/17, 16/4/1938.

20. Se observaba un claro contraste entre los comités provinciales —donde se aplicaba el primer filtro del *cursus honorum*—, la mayoría de cuyos integrantes eran obreros, y los afiliados de las comarcas, entre quienes menudeaban los «empleados, barberos, guardias municipales, poca gente ligada con sindicatos y fábricas».

21. Siglas de Oposión Sindical Revolucionaria, el viejo nombre de las fracciones comunistas en el seno de los sindicatos, que actuaron en el seno de la UGT tras la fusión de la CGTU.

22. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14, 21/5/1938.

23. Graham (2006, p. 433).

24. Salvaba en cierto modo al Cuerpo de Carbineros, hechura de Prieto y Negrín «como contrapeso al ala izquierda de la revolución». Ahora bien, aunque no controlados por el PCE, los carabineros lo fueron por el presidente del Consejo, el doctor Negrín, que a su vez era compañero de viaje de Moscú, lo que por buena interpretación de la ley de la transitividad le servía a Bolloten para sumar otro tanto a los inspiradores del «camuflaje». Prieto pagaría cara su pretensión de aprendiz de mago. Bolloten (1997, pp. 366-368).

25. Bolloten (1997, pp. 370 y siguientes).

26. Bolloten afirma que se incrementaron hasta alcanzar los 60.000 a principios de 1938, sin atreverse a convalidar el mote con el que los anarquistas se referían a este cuerpo, «los cien mil hijos de Negrín ». Bolloten (1997, pp. 366-367).

27. CDMH, PS-Madrid, 394/78.

28. FPI, AH-69-17. 22 Grupo de Asalto, noviembre de 1938. Los 22 «patrulleros» estaban encuadrados en la 87 Compañía. Sobre los motivos para el ascenso de los comunistas, el autor —caballerista a tenor del tono del informe— recurrió a los tópicos del proselitismo, las promesas de ascensos y el otorgamiento de privilegios en el racionamiento.

29. De Aldunate se insinúan conductas reprobables amparándose en la protección de su cuñado, secretario del jefe de la Primera Zona, en las que «había motivo para fusilarle»; a Navarro se le atribuye haberse granjeado, al mismo tiempo, la antipatía de la población de Puigcerdà, de los carabineros y de la policía francesa, imputándole un registro ilegal en territorio del país vecino, en la localidad de Bourg-Madame. FPI, AH-67-3.

30. FPI, AH-67-3.

31. CDMH, PS-Madrid, legajo 3454, carpeta 444/10. *Algunas observaciones sobre el trabajo en Seguridad*.

32. CDMH. PS-Madrid, 885.

33. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14, 7/1/1939.

34. Godicheau (2002, p. 35).

35. Godicheau (2002, p. 369).

36. La imputación resulta, cuando menos, chusca en el caso de Uribarri, antiguo oficial de la Guardia Civil, para quien Líster tiene epítetos durísimos en su relato sobre las operaciones de su división en el frente del Tajo. Líster (2007, pp. 190-192)

37. AHPCE, *Documentos, Informe sobre las fuerzas de seguridad, Film XVII, apartado 214*.

38. FPI, AH-63-10.

39. Esto es lo que afirma Seidman: «En muchos pueblos, los militantes de la CNT fueron encarcelados u obligados a huir ... La represión inspirada por los comunistas tuvo alcance nacional. La CNT afirmó que “miles” de sus partidarios fueron encarcelados y cientos de ellos fueron asesinados». Cargos tan graves los realiza con el solo apoyo textual, como no podía ser de otra forma, de Bolloten. Seidman (2003, p. 189).

40. CDMH, PS-Barcelona, 523. *Informe de la Comisión Jurídica al Comité Ejecutivo del Movimiento Libertario*, 5 de septiembe de 1938.

41. Godicheau (2002, p. 52).

42. Según el informe, el 9 de junio los jefes de campo se dirigieron al pueblo de Senan, para llevarse 6 gallinas, 2 conejos y 52 huevos, sin pagarlo, diciendo que eran para el Hospital de Campaña n.º 3 cuando en realidad eran para celebrar el santo de Antonio Roger, uno de los jefes. Otro de los jefes, llamado García, se desplazó a Barcelona y se trajo a una chica de 17 años para vivir con él, abandonándola a los pocos días y entregándosela a su escolta. «Muy a menudo se emborrachan ... y a los presos que simpatizan con nosotros les dan una paliza ... Esto lo hacen siempre que está de guardia un responsable de Sección del PS, antes encuadrado en nuestra organización ... [Sigue el 13/6/38] También se da el caso de que cada semana llegan expediciones de presos y lo primero que hacen la primera noche es sembrarles el terror por medio de palizas ... [Sigue el 14/6/38]. Van por el pueblo dando el espectáculo asqueroso de los borrachos. A la hora de repartir la cena, hay palos para los reclusos ... Por la noche sigue la juerga, pues incluso han llevado dos maricones a su casa y les han dado ropa de mujer para poder amenizar mejor la fiesta.» CDMH, PS-Barcelona, 523.

43. El hecho fue objeto de reproche por parte de García Oliver a Vidiella, con quien se reunió el día 18 para tratar de temas relativos a la unidad. Sin embargo, de sus palabras se induce un giro inesperado al episodio: «[Habéis] asesinado a 6 anarquistas de un campo de concentración *para hacer escapar a 2 comunistas*». El subrayado es mío. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14, 18/8/1938.

44. «Parece que se pretende ir al nombramiento de Inspectores de Campo y como ya habíamos expuesto, sería interesante que éste recayera en compañeros de la Organización, ya que los cargos responsables están todos en manos de socialistas y comunistas». CDMH, PS-Barcelona, 523.

45. FPI, AH-69-13. El documento está fechado el 20 de agosto de 1938.

46. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 317/14, 3/12/1938.

47. AHPCE, Dirigentes. Fernández Cortinas, *Informe sobre los primeros días de marzo*, 35/5. Hay un contramodelo de «tapado» encarnado en la figura de Fernando Valentí Fernández, militante veterano de IR que fue introducido en la policñía por Cazorla, participó en Barcelona en el arresto del Comité Ejecutivo del POUM y montó la Brigada Especial de Serrano, 108, centro de detención. Perfecto ejemplo de «camuflado» si no fuera porque se sumó, junto con el ex jefe del SIM Pedrero a la sublevación casadista y se dedicará en esas jornadas a la caza de comunistas en Madrid. Godicheau (2002, pp. 48-49).

48. AHPCE, Documentos, Relaciones de nuestro partido con el Socialista y Comités de Enlace que existen (mayo de 1938), Film XVII, apartado 214.

49. En lo que se refiere a Madrid, Graham (p. 296) indica sin embargo que la relación entre las bases socialistas y comunistas era probablemente la peor de toda la zona republicana. Ello tendría consecuencias en 1939.

50. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137714, 30/4/38.

51. AHPCE, Documentos, *Informe de la situación de Murcia después del último pleno de CC (19-7-38)*, Film XVII, apartado 224.

52. AJNP, Actividades del Partido Comunista dentro del Ejército Republicano.

53. Graham (2006, p. 202).

54. FPI, AH-11-2.

55. Viñas (2008, pp. 485 y siguientes).

56. AHPCE, Partido Socialista Obrero Español, *Resumen de periodos de trabajo, actas de reuniones y actuaciones del grupo* [Acta de la reunión celebrada por el Grupo Parlamentario Socialista el día primero de febrero de 1939 en el castillo de Figueras], caja 133, carpeta 3.

57. Una espléndida síntesis de la idiosincrasia del PSOE se encuentra en Juliá (2000), pp. 145-190.

58. La definición pertenece a Fernando Claudín (citado en Graham [2006], p. 202).

59. Graham (2006, p. 205).

60. Para una aproximación al protagonismo cultural comunista en este periodo se puede consultar el libro de Gómez (2005).

61. El proceso ha sido brillantemente analizado por Gallego (2007).

62. Peirats (1978, III, p. 195).

63. Mera (2006, p. 253).

64. AHPCE, Documentos, Film XVII, apdo. 214.

65. Algunos de los destinatarios se limitaron a acusar recibo; otros (Araquistáin, Largo, Prieto, Asensio) expresaron comentarios favorables.

66. CDMH, PS-Barcelona, 1429, Actas del Pleno Nacional de Regionales CNT-FAI -FIJL [Intervención de M. Vázquez en la sesión del 18/10/1938]. En su paranoia anticomunista, García Pradas (1977, p. 296) no dudó en afirmar que «la actitud [del secretario del Comité Nacional de la CNT] frente a la FAI era, en realidad, la del PC, por poco que él mismo lo sospechase».

67. García Oliver (2008, pp. 505 y siguientes).

68. La reacción de Martínez Barrio fue que se trataba de una iniciativa interesante. Azaña había dicho que «había pensado en una solución parecida», pero que «no quedaba tiempo para intentarla». Largo Caballero recibió también la visita de la cúpula ácrata, aunque matizó que se le invitó a sumarse a una remodelación que reforzase al debilitado Gobierno con la incorporación de «personas de solvencia política», no a una remoción de Negrín. De ahí su respuesta: «Les manifesté que venían a invitarme a un entierro y que, sintiéndolo mucho, no podía asistir a él ... No había remedio; la guerra estaba perdida, que lo sabían ellos como yo, y que no me podía prestar, después de todo lo ocurrido, a compartir con Negrín y compañía la responsabilidad de la catástrofe que se avecinaba». Largo Caballero (1954, pp. 248 y siguientes).

69. José García Pradas dejó escritas unas memorias inmediatas, que se publicaron en Nueva York el mismo año 1939 bajo el título *La traición de Stalin*. Sus reflexiones sobre el golpismo se encuentran en las páginas 48-49. Citado por Frank Mintz y Graham Kelsey, p. 12. Posteriormente, se publicaron en Plaza & Janés bajo el título: *¡Teníamos que perder!*, Barcelona (1977).

70. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14, 18/6/1938.

71. Graham (2006, p. 435).

72. Mención aparte merecen los supuestos asesinatos por negligencia culposa o abiertamente intencionados imputados a los médicos comunistas del Cuerpo de Sanidad Militar, donde se rozan tintes rayanos en la paranoia: «No hay exageración si se tiene en cuenta que el mayor contingente de emboscados se daba precisamente entre el personal técnico-sanitario. La revolución ... no pudo crear médicos ni cirujanos ni menos prescindir de los que ejercían esta profesión durante la dominación burguesa. Y la clase sanitaria, salvando respetables excepciones, se ha distinguido siempre en España por su chapado conservadurismo ... El proselitismo, la caza del adherente "distinguido" fue la mejor protección para toda clase de elementos turbios. Y es comprensible que los desafectos o agentes del enemigo tuvieran a gusto acatar al pie de la letra siniestras consignas del comunismo contra los adversarios políticos, quizás por ser la mejor manera de servir a Franco y eliminar al mismo tiempo a sus enemigos» (Peirats, 1978, III, p. 212.)

73. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 137/14, 7/8/1938.

74. Probablemente en homenaje al líder guerrillero anarquista ucraniano Néstor Makhnó (1889-1934), que luchó por igual contra los ejércitos *blancos* y contra los bolcheviques. Las gestas de Makhnó gozaron de cierta popularidad entre los libertarios españoles, como muestra la carta que Macario Royo, delegado de la Regional de Aragón en el Comité Nacional de la CNT, dirigió a unos paisanos de su pueblo, Mas de las Matas (Teruel) asegurándoles que «Aragón ... no será otra Ucrania». Kelsey (1989, p. 42).

75. CDMH, PS-Barcelona, 821. Según el denunciante, Bardinas había sido el responsable de la desaparición de dos concejales de Pina de Ebro afiliados a Izquierda Republicana. Por su parte, se decidió a desertar de su unidad cuando apareció cortado un cable de teléfono y los miembros del grupo Bandera Negra quisieron responsabilizarle de ello, con las consecuancias que son de imaginar.

76. CDMH, PS-Madrid, 439 (1). En todo caso, estaba claro que nadie ejercía de «hermanita de la caridad»: el colectivista badalonés Josep Costa no tiene reparo en reconocer que «como nos vigilábamos unos a otros, en cuanto algún compañero tenía la desgracia de ser víctima de un atentado o maniobra susceptible de pagar con la vida, o, si ocurría una desgracia, enseguida se tomaba la revancha sin contemplaciones...». Costa (2008, p. 129).

77. Sobre las andanzas del Batallón de la Muerte, pintoresca unidad uniformada íntegramente de negro, tocada con boinas con emblemas de calaveras y puñales taraceados ironizó inmisericordemente Jesús Hernández Tomás (1946, pp. 428-430).

78. Peirats (III, pp. 214 y siguientes).

79. AHPCE, Documentos, *Informe sobre unos hechos acaecidos en la zona Centro-Sur*, Film XVII, apdo. 214.

80. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 317/14, 3/12/1938.

15. El hundimiento, el golpe y el fin de la guerra

1. El PCE publicó el discurso completo de Pasionaria. *Mundo Obrero*, 14 de febrero. Ibárruri advertía: «No consentiremos de ninguna manera que el estado de guerra actual sea aplicado tal como lo entienden algunos viejos militares profesionales, tal como lo quieren interpretar algunas distinguidas momias que tenemos todavía la desgracia de padecer (Grandes aplausos)». Desconociendo lo que pasaba en Moscú, Pasionaria todavía afirmaba que la URSS estaba con los españoles y continuaba ayudando, aunque no aludió a armamento sino solo a víveres con que sostener la resistencia.

2. Desde el corte de la zona republicana en abril de 1938, los órganos de trabajo militar del PCE y del PSUC se unificaron en una sola Comisión Político-Militar. CDMH, PS-Barcelona, 248, 4: Partes de trabajo de la Comisión Político-Militar Central del Partido Comunista-Partido Socialista Unificado.

3. Elorza y Bizcarrondo (1999, p. 430).

4. Como señala Graham (2006, p. 432), «siguiendo el modelo del radicalismo verbal de la izquierda socialista de 1934-1936, concebido para contener a la derecha política y militar, los exaltados del PCE de febrero de 1939 tal vez trataron de hacer desistir a los futuros conspiradores cuya actividad era ya en ese momento un secreto a voces en Madrid». Esta estrategia era «miope y peligrosa porque provocaba a un enemigo al que no tenía medios eficaces para contrarrestar, porque, aunque hubiese estado dispuesto a hacerlo, el PCE simplemente no era capaz de tomar el poder en lo que quedaba de la España republicana después de la caída de Cataluña».

5. AHPCE, Documentos, Para terminar la guerra salvando la independencia de España y la libertad del pueblo..., carpeta 20.

6. Conviene matizar que junto al sector político se encontraban figuras procedentes del ámbito militar (Líster, Modesto) que en aquel momento no tenían mando operativo; y otros, como Cordón o Hidalgo de Cisneros, que ocupaban puestos de carácter administrativo.

7. Viñas y Hernández Sánchez (2009).

8. CDMH, PS-Barcelona, 811.

9. Peirats (1978, III, p. 290).

10. Peirats (1978, III, pp. 297 y siguientes).

11. AHPCE, Internacional Comunista, Togliatti, 27/2/1939 y 1/3/1939.

12. AHPCE, Dirigentes, carpeta 35 «Confidencial»: *Informe de Jesús Hernández sobre los acontecimientos de los últimos días*. Subrayado en el original.

13. Entre ambos existía una sorda enemistad que provenía, al menos, de la crisis de gobierno de abril de 1938, cuando Hernández encabezó la oposición de la dirección del PCE a la directiva de abandono del mismo por los comunistas. Posteriormente, Togliatti (1980, p. 255) no ahorró las críticas personales contra Hernández, al que atribuyó el fracaso de la ofensiva de Extremadura para aliviar la ofensiva franquista contra Cataluña en diciembre de 1938: «No estaba sobre el terreno en el periodo de su preparación, llegó el día mismo en que empezaba la operación y se volvió dos días después, precisamente en el momento crítico, cuando su presencia habría sido más necesaria».

14. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, Francisco Ciutat, 68/1: *Informe al Comité Central sobre el desarrollo de los acontecimientos desarrollados en España durante el periodo del golpe de Casado (4 al 29 de marzo de 1939),*

15. Peirats (1978, III, p. 289).

16. Mera (2006, pp. 290) los presentó como disposiciones «que tendían a transformar el EP en un instrumento ciego del PC».

17. Payne (2003, p. 364).

18. Viñas y Hernández (2009).

19. Entre los libros que reflejan los hechos destacan las memorias de Bruno Alonso y la obra de Manuel Domínguez Benavides. Martínez Bande se basa en obras que aluden incidentalmente a los acontecimientos pero con la característica común de que ninguno de sus autores (Pérez Salas, Cordón, Zugazagoitia, Ibárruri, Líster o Modesto) los presenció o protagonizó. Los testimonios de los protagonistas directos hay que buscarlos en el Archivo del PCE, donde están los informes de Artemio Precioso y Francisco Galán. El informe de Artemio Precioso (AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, 50/8) fue concluido a bordo del vapor *Cooperatzia* que le llevaba a Leningrado el 18 de mayo de 1939. El de Galán no tiene fecha pero señala en su cubierta que fue «entregado a Pepe [Díaz], Checa, Comorera, Dolores, Uribe, Líster, Modesto, *Alfredo* [Togliatti]» probablemente a su llegada a Moscú en el verano de 1939.

20. Domínguez Benavides (2005, p. 524).

21. Domínguez Benavides (2005, p. 534).

22. CDMH, PS-Madrid, carpeta 162, legajo 1525.

23. Uno de los testimonios más destacados en este sentido es el de Domínguez Aragonés (1976), la 1.ª edición fue en 1940.

24. BPRUB-AM, 4/14 (b), Informe de Codovilla del 20 de marzo de 1939.

25. *Mundo Obrero*, 25 de febrero de 1939.

26. El 14 de abril Líster informó en Moscú sobre los pormenores de estas reuniones. Se hizo eco de la opinión de los ministros y de los líderes comunistas de que se imponía la huida pues de otra forma podrían haber sido arrestados por los casadistas. Líster estaba de acuerdo pero también pensó que si Negrín hubiera vuelto a Madrid con él y con Modesto habría sido posible derrocar a Casado y restablecer la situación. Dimitrov (2000, pp. 168-169).

27. Viñas señala que podría tratarse del coronel Supanov. En GRE, IV, pp. 310 y siguientes, se menciona a un tal «Shumilov», que había llegado de Madrid tras solicitar autorización a Casado.

28. La relación de Hernández está recogida en su informe conservado en la AHPCE, Dirigentes, carpeta 35 «Confidencial». Hay copia en el RGASPI de Moscú.

29. Las críticas posteriores hicieron hincapié en que, si bien era recomendable que salieran del país los dirigentes más significados, como Pasionaria, en modo alguno estaba justificada la huida de los mandos militares llegados desde Francia a la zona Centro-Sur.

30. AHPCE, Documentos, «¡Españoles! «¡Antifascistas!», 9 de marzo, 1939, carpeta 20.

31. José Díaz lo anotó a modo de reproche en el margen del informe que posteriormente se elevó a Stalin. AHPCE, Documentos, *La lucha armada del pueblo español por la libertad e independencia de España*, 1939, carpeta 20.

32. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, 44/5: Félix Montiel, *Algunos datos y juicios sobre los acontecimientos de España a partir del día 5 de marzo de 1939*.

33. AHPCE, Documentos, Film XXI, apdo. 249, s.f., *Informe sobre la actividad del Partido en Madrid*.

34. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, 42/7, *Informe de Fernando Montoliú sobre los acontecimientos finales de la guerra civil, desde el golpe de Casado. Relato de lo vivido en los últimos días de nuestra guerra*.

35. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, 68/1, Francisco Ciutat.

36. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, 44/5, Félix Montiel.

37. AHPCE, Documentos, Film XX, apdo. 240, *Informe al CC del PSUC del camarada Isidro, miembro de la delegación del PSUC en Madrid y responsable del mismo en el Ejército de Extremadura.*

38. AHPCE, Tesis, manuscritos y memorias, 17/1, *Comité Provincial de Valencia: Informe sobre la posición del Partido ante la Junta de Casado*.

39. Todos firmaron tras una tensísima reunión con responsables del Comité Provincial a los que manifestaron que «a todo trance querían adherirse a la Junta para evitar responsabilidades personales». AHPCE, Documentos, Film XX, apdo. 241, s.f., *Informe del CP de Almería*.

40. La preocupación por no contar con directrices concretas de la IC había llegado a obsesionar a Togliatti en aquellos últimos días: en Elda, requirió a Irene Falcón para que se hiciera cargo del cifrado de los mensajes hasta que se percató de que la emisora, que se encontraba en Albacete, había sido desmantelada por los golpistas. Vanni relata que los días que estuvo refugiado en su casa, sin respuesta a sus mensajes codificados, «se encontraba de un humor negro». Es probable que, conociendo los métodos estalinianos, supusiese que se le iban a pedir cuentas si lograba salir con vida de España. Véanse Falcón (1996, p. 175), Vanni, (1950, p. 21).

41. AHPCE, Dirigentes, *Informe de Jesús Larrañaga (20-5-39),* caja 2.

42. AHPCE, Dirigentes, carpeta 35 «Confidencial», Jesús Hernández; y Tesis, manuscritos y memorias, 50/8, Artemio Precioso.

43. CDMH, PS-Madrid, 523, 6, *Síntesis de los acuerdos adoptados en la reunión del Comité Nacional del Movimiento Libertario celebrada el día 27 de marzo de 1939*.

44. En el *Stambrook* logró salir Pedro Martínez Cartón, quien en los días anteriores, en La Unión, donde se habían concentrado varios mandos comunistas para intentar la evacuación, se mostraba abatido y muy crítico con la fuga de los dirigentes del partido. Fue uno de los primeros miembros de la antigua dirección apartado en el exilio. Hernández Sánchez (2007).

16. Las cambiantes lecturas de la guerra: de la acomodación al canon interpretativo

1. El 26 de enero de 1939 se referencia un encuentro entre Manuilski, Florin, Kuusinen, Gotwald y Dimitrov en el que se acordó enviar instrucciones a Thorez (PCF) y Browder (PCUSA) para intensificar las campañas de ayuda a España y se alertó ante «la capitulación de parte de cierta burguesía y de los elementos socialistas». El 27 se instó a los comunistas españoles a continuar la lucha. El 7 de febrero se insistió en la línea de resistencia, a pesar de la pérdida de Cataluña, y en que no se consintiera la capitulación del Gobierno republicano. Los partidarios de esta deberían sustituirse por los proclives a la resistencia. Desde el 2 hasta el 18 de marzo menudearon, sin embargo, las lamentaciones acerca de la imposibilidad de seguir haciendo llegar ayuda a la República. Dimitrov (2000, pp. 154-163).

2. Pike (1984, p. 96).

3. Las cifras más fidedignas son las que ofrece A. Alted. *et al*., «Una biografía colectiva de los niños de la guerra», en *Los niños de la guerra de España en la Unión Soviética. De la evacuación al retorno (1937-1999)*, Fundación Largo Caballero, Madrid (1999), p. 73.

4. Dimitrov (2002, pp. 168-169)

5. Se publicó en primer lugar en italiano, en sus obras completas. Hay una versión en español en Togliatti (1980, pp. 225-305).

6. Lo dio a conocer Viñas (2008, pp. 523-528).

7. En AHPCE, Documentos, Film XX, apdo. 241, se encuentra un informe sobre la organización del PC en Madrid durante el periodo casadista fechado el 20 de abril de 1939 y firmado por «Miguel», asesor soviético cuya identidad podría coincidir con la del Mijailov-«Rubén» citado por Dimitrov.

8. Publicado en español con el título *Las causas de la derrota de la República española*. Minev (2003).

9. Que el PCE siguió respirando mucho tiempo por la herida de la derrota lo demuestra el que se solicitara de nuevo, durante la elaboración de *Guerra y revolución*, la rememoración de los hechos por parte de los protagonistas, cuyos informes esmaltan la sección del Archivo del PCE denominada Tesis, manuscritos y memorias.

10. Líster (1978, p. 163).

11. Procesos analizados por Hernández Sánchez y Doncel López (2004); y Hernández Sánchez (2007).

12. Por ejemplo, las reflexiones suscitadas por la directriz de abandonar el Gobierno en marzo de 1938. AHPCE, Documentos, *Debate sobre una carta de Pasionaria sobre el papel del PC en la guerra y sus enseñanzas para el futuro,* 19/8/1952.

13. AHPCE, Divergencias, 107, 2/10, «Breves comentarios a la reunión del CC del PCE...», México, 1956.

14. AHPCE, Documentos, carpeta 20, 8/7/1939. La paternidad de este documento la atribuye Morán (1986, p. 18) a Togliatti.

15. Además de determinar la reducción del secretariado y del Comité Central para adecuarse a las nuevas tareas, marcaba las líneas de agitación y proponía la penetración en las organizaciones de masas creadas por el franquismo (Falange, sindicatos...) con el fin de actuar contra el régimen desde dentro. Una idea que solo prosperaría años más tarde y cuyo origen suele atribuirse al propio Stalin. Carrillo (1993, p. 416) y Líster (1983, p. 53). Citado en Hernández Sánchez (2007, p. 179).

16. «Díaz ha hecho saber a Stella [Blagoeva] que no se fía de “Ercoli”.» (Dimitrov-Bayerlein, p. 402, anotación del 12 de julio de 1941.) Algo más tarde, el 19 de julio Díaz confirmó a Dimitrov que basaba «sus sospechas en el trabajo y conducta de “Ercoli” en España». Pasionaria abundó: no tenía plena confianza en él. «Nota algo de extraño, de no nuestro, aunque no puede dar a ello un fundamento concreto.» Dimitrov anotó que ya había habido alguna indicación en tal sentido por parte de la familia de Gramsci y que se acordó que por el momento Togliatti no participaría en los temas realmente secretos sino que actuaría en el ámbito de la propaganda. Dimitrov (2002, p. 404).

17. Es posible que el ejemplar consultado en el AHPCE no se encuentre completo. En cualquier caso, cabe reconstruir algunas de las partes que puedan faltar mediante otros documentos posteriores que fueron reelaboraciones del mismo como, por ejemplo, el titulado *La lucha armada del pueblo español por la libertad e independencia de España*.

18. Se refieren a él Elorza y Bizcarrondo (1999, pp. 439 y siguientes).

19. AHPCE, Documentos, carpeta 20, 1939, s.f.

20. Radosh *et al*. (2002).

21. AHPCE, Documentos, carpeta 20, 1939 s.f.

22. AHPCE, Documentos, Film XX, apdo. 243, *A todos los miembros del PCE*..., 25/11/1939.

23. AHPCE, carpeta 20, noviembre de 1939.

24. Heine (1983, p. 99), y Morán (1986, p. 32). El PCE siguió emitiendo proclamas en este sentido hasta junio de 1941: «Porque cese la guerra imperialista, porque el pueblo español no sea lanzado a la matanza. Por la República Popular española. Llamamiento del PCE en el 1.º de mayo» (AHPCE, Documentos, Carpeta 48, mayo de 1940); «¡A todos los trabajadores de España! ¡Impidamos que España sea arrastrada a la guerra imperialista!» (AHPCE, Documentos, carpeta 22, febrero de 1941); lógicamente, el documento que marcó el giro fue «la criminal agresión contra la URSS. Manifiesto del PCE, PSUC y JSU, México» (AHPCE, Documentos, carpeta 22, 24/6/1941).

25. AHPCE, Documentos, carpeta 21, 1940. No aparece referenciado en el catálogo del archivo.

26. En el diario de Dimitrov (2002, p. 248) figura una anotación del 2 de diciembre de 1940 a tenor de la cual sugirió a Pasionaria y Hernández que se preparara una declaración política sobre la situación en España y las tareas del PCE. Más tarde volvió a ello el 25 de diciembre y el 4 de enero de 1941.

27. AHPCE, Dirigentes, *Debate sobre una carta de Pasionaria sobre el papel del PC en la guerra y sus enseñanzas para el futuro,* 19/8/1952. Las últimas purgas estalinistas fueron las que costaron la vida a Kostov, en Bulgaria, y a Laszlo Rajk en Hungría (1949); y a Slanski, Clementis y Geminder —marido de Irene Falcón— en Checoslovaquia— (1952). Todos ellos fueron juzgados y ejecutados bajo la acusación de «titismo». Hernández Sánchez (2007, pp. 180-182). Una biografía ilustrativa es la del militante y dirigente húngaro, Shiels, Duncan, *Los hermanos Rajk. Un drama familiar europeo*, Acantilado, Barcelona (2009).

28. La ceremonia tuvo lugar el 10 de noviembre de 1961. Morán (1986, p. 351).

29. Todos estos relatos se encuentran en la sección del AHPCE denominada Tesis, manuscritos y memorias, cuyos fondos he empleado profusamente en este trabajo. Es probable que la mayor parte de los autores fueran convocados a testimoniar, como indica Víctor Gómez Serrano, quien elaboró su autobiografía «para la Comisión del libro Guerra y Revolución». AHPCE, 38/10.

30. Ibárruri (1962 y 1984); y Carrillo (1975).

Guerra o revolución
Fernando Hernández Sánchez

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2014

ISBN: 978-84-9892-314-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com